

Teo Palacios

El trono de barro

Jaque al duque de Lerma



Lectulandia

Francisco de Sandoval, joven noble desesperado por su inexistente herencia, descubre una forma de medrar: abandonar a su amante, Juana, y casarse por conveniencia con Catalina de la Cerda. Con ello, Francisco iniciará un rápido ascenso social hasta convertirse en la mano derecha y el valido del rey emperador Felipe III...

Sin embargo, su rápido ascenso estará sembrado de polémica y muchos serán sus enemigos. Enfrentado a la propia reina, Margarita de Austria, incluso su antigua amante buscará su caída. Francisco de Sandoval, para el mundo y la fama ya reconocido como el duque de Lerma, es uno de los personajes más notables de la España de los Austrias. Gobernó el imperio con el atrevimiento y el desdén del aventurero que probablemente era mientras, enfrentado a su amante y a la propia reina, Margarita de Austria, las intrigas palaciegas siembran de odio y muerte las calles de Madrid. Sin duda, un trono de barro...

Lectulandia

Teo Palacios

El trono de barro

Jaque al duque de Lerma

ePub r1.0

libra 05.07.16

Título original: *El trono de barro*

Teo Palacios, 2015

Editor digital: libra

ePub base r1.2

más libros en lectulandia.com

A mis hermanos
Por todo lo que nunca os dije
Por aquellos años perdidos

Agradecimientos

Hay muchos que han hecho posible este libro. El profesor Antonio Feros escribió una maravillosa monografía sobre el duque de Lerma que es la piedra angular de esta novela, y no contento con ello aún fue capaz de comentar conmigo algunas cuestiones históricas. Con Aroa Navarro tengo múltiples deudas; una de ellas es su cariño y su guía desinteresada en los aspectos de vestuario de este libro: sin ti no hubiera sido lo mismo. Augusto Fioretti es un amigo fiel en la distancia que se encargó de confirmar los aspectos de los pasajes que transcurren en París. Te debo una novela, no lo olvido. Ana «Pope» siempre está ahí, no importa el tiempo que pase sin vernos o hablar; te quiero.

Hay toda una generación de escritores increíbles en este país dedicados a la novela histórica: Sebastián Roa, Javier Pellicer, Blas Malo, Nerea Riesco, Manuel Sánchez-Sevilla, Francisco Narla, Ricard Ibañez, Carlos Aurenanz, Miguel Aceytuno, Olalla García... Gracias por vuestra amistad, gracias por vuestro trabajo: compararme con vosotros me obliga a trabajar más duro.

Déborah Albardonedo es mucho más que una agente. Es un faro, una guía, una estupenda conversadora cuando nos da por hablar durante horas al teléfono. Y alguien que siempre cree en mí. Este éxito hay que anotarlo en tu casillero.

A Penélope, mi editora. Y a todo el personal de Edhasa. Vuestro trabajo en la edición de libros es maravilloso. Me siento honrado de que volváis a publicar una nueva obra mía.

A ti, librero. Por confiar una vez más en mi trabajo. Por aguantar en tiempos difíciles.

Tú no puedes faltar en este apartado, lector. Toda esta magia no sería posible sin tu existencia: gracias por fijarte en este libro.

Y a mi roedora... que está siempre al otro lado de la mesa, esperando lo mejor de mí a pesar de que más de una vez lo que le lleguen son gruñidos atareados. Nada sería posible sin ti.

Parte I

Envidia
1575-1598

Capítulo I

La lluvia arrancaba quejidos de la techumbre de la casa de Francisco de Sandoval. Los nubarrones habían oscurecido la tarde madrileña antes de tiempo. El clima seguía siendo frío y la amplia chimenea refulgía con las llamas. Los troncos crepitaban con fuerza lanzando pequeñas chispas más allá del hogar. Sin embargo, Francisco no reparaba en ello, pues estaba disfrutando del cuerpo sudoroso de su amante, una joven andaluza de la que se había encaprichado meses atrás. Ella cabalgaba en ese momento sobre el cuerpo del noble, con el fuego reflejado en la pequeña porción de espalda que su espesa melena negra dejaba entrever. Francisco se alzó del colchón, ensartado en ella, para lamer la miel de aquellos pezones erguidos. Ella gimió al contacto de la lengua, húmeda y salvaje, y apretó su menudo cuerpo con más fuerza contra la ingle del hombre, frotándose enloquecida mientras lanzaba su cuello hacia atrás con un profundo gemido. De repente, él se levantó por completo, saliendo de ella y haciendo que se colocara de rodillas para penetrarla por detrás. Empujó con fuerza una vez y otra, haciendo que la joven terminara doblando los codos para tener mejor apoyo. Una vez se sintió cómoda de nuevo, comenzó a moverse al ritmo de las embestidas que recibía, elevando más el ritmo hasta que, al fin, desde lo más profundo de su cuerpo, la sacudió el latigazo mordaz que la llevó al éxtasis. Sonrió, sabiendo que esa misma noche disfrutaría de otros instantes como aquel. Francisco siempre lograba hacerla gozar.

Se acercaba la media noche y descansaban adormilados y lánguidos bajo las colchas cuando uno de los sirvientes de la casa llamó con urgencia a la puerta. Entró sin esperar respuesta, arriesgándose a despertar el enfado de su señor.

—Don Francisco, debéis levantaros. ¡Rápido!

Francisco de Sandoval apenas pudo reaccionar. Era demasiado extraño que un servidor lo reclamara de ese modo.

—Pero ¿qué estás diciendo, Miguel?

—Debéis daros prisa. Vuestro padre acaba de morir y vuestro tío ya os espera.

No tardó en despejarse la cabeza y comenzó a vestirse con rapidez ayudado por Juana, que lo miraba temerosa a través del espejo al tiempo que las manos le temblaban al ayudarle con el colete.

—¿Qué te ocurre?

—Nada, Francisco...

—Dime qué te ocurre —ordenó con voz suave mientras alzaba el mentón de su amante—. Dímelo —insistió tras besarla brevemente.

—Te vas, Francisco... Te vas, ¿y qué será de mí ahora?

Él rompió a reír, divertido.

—Ahora, querida mía, es cuando menos debes temer por tu futuro. Ahora soy

marqués de Denia... No, querida mía. Nada debes temer —aseguró mientras volvía a rozar con intención los pechos lozanos de ella—. No te alejes demasiado. Volveré pronto, y entonces retomaremos la noche que nos han robado.

En el monasterio de San Jerónimo había más ruido de lo habitual. Se había fundado gracias a la merced de los Reyes Católicos, quienes, de milagro, habían salvado la vida cuando su tienda se incendió la misma noche de las capitulaciones de Granada. Así fue como decidieron erigir, en el mismo lugar en el que se levantaba la tienda, un monasterio en honor a Santa Catalina Mártir. Aquello fue en Santa Fe, y pronto, debido a las insalubres condiciones de la zona, pantanosa y plagada de pulgas, los monjes se trasladaron a la misma Granada hacía ya demasiado tiempo, tanto que se necesitaban obras en el lugar, y con la llegada de la primavera empezaron los trabajos en el refectorio. Los maestros que colocaban los azulejos eran los responsables del escándalo que perturbaba la tranquilidad de aquel lugar de retiro.

Lorenzo Ferrer los observaba oculto junto al atril en el que reposaba la biblia. Debería estar trabajando, pero su espíritu era demasiado inquieto. Quería saber de todo, aprender sobre todas las artes, las ciencias y los trabajos. Era demasiado joven como para comprender que eso era imposible, y sus afanes le habían costado algún que otro disgusto. Ahora reposaba masticando una hogaza de pan que había podido sacar de la cocina sin ser visto. Comprobaba absorto los trabajos cuando una voz apagada, aunque firme, le sobresaltó.

—Así que aquí estás...

No tuvo necesidad de volverse. Cerró los ojos con fuerza y contuvo la respiración. Sabía que lo castigarían.

—Acompáñame —ordenó el abad en el mismo tono apagado que, no obstante, no lograba disimular su furia—. Estoy cansado, Lorenzo —comenzó a decir tan pronto como dejaron atrás el refectorio y estuvieron solos—. Cansado de tu falta de sentido común; de tu falta de interés... De tu falta de obediencia. He sido paciente contigo. Lo he sido por el cariño que te tengo, que todos te tenemos, pues casi podríamos decir que naciste entre nosotros. He sido paciente porque, no hay duda, tienes talento. Eres buen estudiante y podrías convertirte en lo que quisieras. ¿Quieres ser copista? Pocos son capaces de manejar la pluma como tú. ¿Ilustrador? Ya has empezado a trabajar en algún que otro libro, dejando en evidencia a otros que realizan el mismo trabajo, aunque abandonarás el proyecto al poco de empezarlo. ¿Te gustaría traducir? Hablas varias lenguas y podrías hacerlo con facilidad. Y todo ello pese a tu juventud. Créeme —aseguró deteniéndose un breve instante en el corredor por el que avanzaban—, a veces me cuesta comprender el motivo que Dios ha podido tener para dotarte con tanto ingenio e inteligencia y, al mismo tiempo, con tan poco juicio —concluyó endureciendo la voz. Lorenzo caminaba dos pasos por detrás de él, sin atreverse a replicar, cuando salieron al claustro—. Pero ya no más. No más paciencia. No más oportunidades. A partir de hoy te trataré con la dureza necesaria para encarrilar tu camino. Para empezar, te quedarás aquí, en el claustro, al sol. Todo el

día. No beberás ni comerás. Tampoco te sentarás; permanecerás de pie y sin caminar. Quítate el hábito y ponte esto. —Le alcanzó un cilicio de pelo de cabra que le arañó la muñeca tan pronto como lo cogió. Lorenzo miró al abad, pero éste mantuvo la misma actitud, así que, con un nuevo suspiro y sin replicar, pues sabía por experiencia que solo lo llevaría a cosas peores, hizo lo que le ordenaban, sintiendo de inmediato la incomodidad de la prenda. El abad asintió antes de continuar—: Esta noche te flagelarás veinte veces y...

—¡Pero..., mi señor abad!

—¡Serán cuarenta azotes! —replicó el abad con furia—. Y permanecerás una semana sin hablar. Así tendrás tiempo para meditar en lo que quieres hacer con tu vida.

Aún no habían cantado maitines. El día pareció no tener fin. Cada movimiento que hacía en su intento por descansar las piernas hacía que los pelos de cabra del cilicio se le clavaran en el cuerpo, que terminó lleno de heridas. Mucho antes de Sexta, el sudor que se colaba por ellas lo mortificó; en Nona, el suplicio ya era casi insoportable. La sombra alargada del ocaso no lo alivió, pues apenas si fue consciente de su llegada. Le temblaban las piernas y cayó en un par de ocasiones, aunque ninguna de ellas pudo descansar, pues casi de inmediato aparecía algún hermano aleccionado por el abad, que lo urgía a levantarse nuevamente. Se levantó el viento y cayeron unas pocas gotas; lo único que lograron fue enfriarle el cuerpo. Escuchó a los otros monjes en vísperas, pero no fue hasta Completas que reapareció el abad para indicarle el camino. Tenía las piernas agarrotadas y cada paso suponía un tormento para sus músculos. Llegó a duras penas a la celda del abad. Tan pronto como entraron le ordenó arrodillarse y quitarse el cilicio. La visión del pecho lo hubiera aterrado de no haber estado tan agotado: las heridas cubrían toda la piel. En algunos lugares las costras empezaban a ocultar los arañazos. En otros, los bordes estaban enrojecidos e inflamados. Pero ni siquiera eso retuvo la fría ira del abad, que le puso el flagelo en la mano.

—Puedes comenzar.

Lorenzo se echó a llorar. Apenas podía mantenerse de rodillas. Lo miró suplicante. Durante un instante, los ojos del abad se nublaron, pero tragó saliva y volvió a hablar.

—Estoy esperando. Y procura que no sean demasiado débiles o seré yo quien me encargue de tu castigo. No le quedó más remedio que comenzar a flagelarse, abriendo más las llagas que se habían ido formando durante el día en la joven piel.

No llegó a contar ocho; se derrumbó en el suelo y todo quedó sumido en la oscuridad.

* * *

—¡Estoy arruinado!

Francisco de Sandoval se encontraba con sus tíos, Rodrigo y Bernardo, en una de las estancias de su casa. Bernardo había sido ordenado sacerdote hacía poco tiempo y Rodrigo, arzobispo de Sevilla y quien se había encargado de la educación de Francisco, se lo había llevado con él para nombrarlo canónigo y arcediano de Écija. Ahora, unos meses después de que Francisco se hubiera hecho cargo de la Casa Sandoval, se habían reunido a petición de éste, que los había llamado con urgencia.

—¿Has revisado bien todas las cuentas, hijo mío? —preguntó Rodrigo.

—Querido tío, bien sabéis lo concienzudo que soy en estos menesteres. No hay duda. Mi casa apenas recibe veinte mil ducados al año.

—¡Eso es ridículo! —exclamó Bernardo.

—Eso pensé yo, pero he revisado el estado de mi hacienda personalmente y no hay error posible. Las rentas de la Casa Sandoval son, al menos, tres veces menores que las de otros Grandes de Castilla.

Los dos religiosos quedaron en silencio unos momentos. Ninguno de ellos esperaba una noticia como aquella. Era una afrenta. Y un problema, pues no podían permitir que su sobrino se viera obligado a vender tierras y dominios para salir adelante.

—Debes casarte, Francisco.

Fue Bernardo el que habló con voz segura.

—Tío, podéis creer que, en estos momentos, contraer matrimonio es lo último que me preocupa.

—Me temo que no lo has entendido, hijo. Bernardo tiene razón. Te ayudaremos a salir de esta situación; al fin y al cabo, somos familia. Pero nuestros esfuerzos conllevarán tiempo, y tú necesitas mejorar tu posición de inmediato. Un matrimonio podría ayudarte.

—Pero no cualquier matrimonio. Tendría que ser el matrimonio adecuado —terció Bernardo.

Francisco los miraba como si no se encontrara en la misma sala que ellos. Estaba perplejo mientras observaba cómo sus tíos planificaban su futuro. La conversación entre los dos religiosos apenas se alargó antes de dar con la candidata adecuada.

—Catalina de la Cerda —concluyó el arzobispo de Sevilla—. Es la mujer ideal. Su padre, el duque de Medinaceli, tuvo relación con tu padre, no en vano fue uno de los líderes de la facción de Éboli. Don Juan ya está mayor y sin duda querrá dejar solucionada la situación de su hija antes de morir.

—Me parece la mejor opción —concedió Bernardo.

Los dos eclesiásticos se volvieron hacia su sobrino, que seguía sin ser capaz de intervenir en la conversación.

—¿Y bien? —preguntó el arzobispo.

Francisco agachó la cabeza y accedió sin una sola palabra.

—Hay algo más. —Bernardo alzó la voz logrando que lo mirara de nuevo—. Tienes que dejar de ver a esa lavandera andaluza.

—¡No!

—Tienes que hacerlo. La mantienes, la has llevado a vivir a una de tus casas. No podremos negociar tu matrimonio en esas condiciones. ¡Sería un escándalo!

—Entonces no me casaré. Haré lo que me pidáis, pero no abandonaré a Juana —aseguró.

Bernardo enrojeció hasta las orejas. Iba a estallar cuando el arzobispo alzó una mano y la apoyó sobre su hombro, haciendo que callara antes de empezar a hablar.

—Está bien. No la dejes por ahora si no quieres. Pero has de ser discreto. Llévala a otro lugar, que nadie pueda verla cerca de tus posesiones. Solázate con ella, si quieres, pero que nadie más que Dios y tu confesor se enteren de ello.

* * *

Lorenzo pasó todo un día en cama a causa de su debilidad. El hermano Cristóforo, el boticario, fue el encargado de tratarle los azotes de la espalda. Le aplicó unos emplastos de tomillo con vino hervido y lo dejó tumbado boca abajo con orden de que no se moviera. Dormitó gran parte de la jornada. El sonido de los monjes entonando el himno de Nonas lo despertó. Los labios comenzaron a recitar por si solos las oraciones, pero su mente pronto encontró otro asunto en el que concentrarse. Tomó una decisión, aunque no podía actuar de inmediato. Se levantó con cuidado para aliviar la vejiga, pero ni siquiera así pudo evitar un quejido profundo. Caminó despacio, apoyándose en los muros, y regresó tan pronto como se alivió a su jergón de la celda común. Al llegar comprobó que le habían dejado un poco de vino y una escudilla con caldo. Debían de haberlo hecho mientras dormía, aunque no había reparado en ello al levantarse. Tomó el caldo, ya frío, y se dio cuenta de que tenía hambre. Bebió el vino a tragos lentos y volvió a tumbarse. Tenía mucho tiempo para prepararse.

Al poco rato volvió el boticario. Por el gruñido que dejó escapar, Lorenzo comprendió que las heridas estaban mejor de lo que cabía esperar. Era una buena noticia. Apretó los dientes con la nueva cura y se relajó un poco cuando los pasos del hermano se alejaban, pero, antes de salir de la celda, se volvió de nuevo hacia él y le espetó:

—Lorenzo, te llamarán a capítulo. No debería habértelo dicho; el abad ha prohibido que se te hable hasta nueva orden, pero pensé que te vendría bien saberlo para ir preparado.

No dijo nada más, y aun esas pocas palabras fueron pronunciadas con esfuerzo, pero era un buen hombre y había cuidado a Lorenzo cuando apenas era un chiquillo, así que le tenía más cariño que la mayoría de monjes. Le dolía verlo sufrir de ese modo, aunque no podía evitarlo. Lorenzo asintió con la cabeza sin decir nada, pero aquello le servía para reafirmarse en su decisión: no permitiría que el abad lo reprendiera delante de toda la comunidad, ni tampoco volvería a pasar por un nuevo castigo, cosa que aún podía ocurrir.

Pasó la tarde descansando, perfilando su plan y, cuando llamaron a vísperas, se levantó, descubriendo que se encontraba más dolorido de lo que esperaba. Volvió a caminar hasta el claustro, donde aguardó unos instantes por si quedaba algún rezagado. Apretó entonces el paso dirigiéndose hacia la celda del abad. Debía darse prisa. Entró con rapidez. Sonrió con tristeza al comprobar que no estaba equivocado; el abad, que confiaba por completo en su rebaño, seguía dejando la puerta de la celda abierta. Había estado allí muchas veces a lo largo de su infancia y sabía dónde se guardaban todas las cosas, incluidas las llaves que cerraban el monasterio.

Cuando los monjes llegaron a la celda común no lo encontrarían en el jergón. Pensarían que habría salido por cualquier motivo y no le darían importancia. No sería hasta maitines cuando lo echaran en falta, y para entonces ya estaría muy lejos.

* * *

Juana estaba más seria que de costumbre. El pelo negro caía en bucles sobre su generoso escote, incitando a Francisco, que acababa de entrar en la sala, pero los ojos de la muchacha, que normalmente destilaban deseo, estaban apagados y la boca se cerraba con terquedad.

Francisco sabía lo que le pasaba por la mente, así que decidió atacar de inmediato el problema:

—¿Te gusta este nuevo hogar?

Ella le dio la espalda, haciendo un mohín y encogiéndose de hombros, sin responder a la pregunta. Fue a sentarse en una silla que crujió bajo su peso.

—Sé que te hubiera gustado que las cosas fueran diferentes, pero estoy sin dinero. No puedo dejar que sigas habitando en la villa de Madrid en la que te había alojado. Mi situación es muy difícil y voy a tener que desprenderme de ella —mintió con un ligero pinchazo de remordimiento—. Sé que esta casa es peor y los muebles son algo más viejos, pero no puedo hacer otra cosa...

—No me importan los muebles. Ni la casa.

—Entonces, ¿qué te preocupa, chiquilla?

Francisco se acercó hasta ella y le alzó el mentón. Una lágrima brilló con un

destello y resbaló dejando un surco de tristeza.

—Me preocupa que me alejes. Me preocupa que te olvides de mí. No soy más que una simple lavandera con la que gozas en la cama. ¡Pero yo te amo, Francisco! Yo te amo...

—¿De verdad crees que no te correspondo? De ser así, ¿por qué sigo cuidando de ti? Podría haberte enviado lejos, haberte devuelto a Guadix, con tu hermano. No obstante, no lo he hecho, ¿cierto? No, mi querida Juana. Escúchame: ha habido quien me ha animado a olvidarme de ti; y me he negado. Tú seguirás conmigo, pase lo que pase.

—¿Y entonces cómo es que me he enterado de que te vas a casar? Sí, no me mires de ese modo. Incluso aquí, en los arrabales de Madrid, se escuchan las noticias.

Francisco se sentó. No estaba acostumbrado a las bastas ropas que vestía en un intento por pasar desapercibido y se rascó una pierna antes de hablar.

—Es cierto, tengo que casarme. Fíjate bien, Juana: he dicho «tengo que casarme» y no «deseo casarme». La situación en mi casa es desesperada, y el único modo de seguir adelante es a través de un matrimonio ventajoso.

—¡Cásate conmigo! Si de verdad me amas, ¡cásate conmigo! Olvida tu posición y olvida la mía. Las diferencias entre clases no deberían tener sentido en cuestiones de amor. Deja atrás Madrid y vayamos a cualquier otro lugar donde nadie nos conozca, donde podamos...

—Eso no es posible, mi flor —la interrumpió—. No se trata solo de mí. Tengo que cuidar de todos los míos. ¿Qué sería de mi hermana? No. No puedo hacer eso.

Juana rompió a llorar y él se acercó para abrazarla.

—¡Chsssst! No llores, querida mía. Soy tuyo. Siempre seré tuyo.

—¿Me lo prometes? ¿Me juras ante Dios que en tu corazón no habrá otra mujer más que yo?

—Lo juro ante Dios. Siempre que tú jures que me esperarás aquí, en este hogar, que será el nuestro, por muy pobre que sea.

—Vengo de una casa humilde, Francisco. Para mí, esto es un palacio. Y, aun así, con gusto renunciaría a él si a cambio he de estar contigo.

Capítulo II

Baltasar se acercó a la novia, que se encontraba un poco alejada de todos. La algarabía por la boda parecía no llegar hasta ella; una rosa en el interior de una campana de cristal. La conocía bien. Cuando era niño había acudido en su ayuda al caer de un caballo durante una partida de caza. Verla llegar para socorrerlo detuvo al momento sus lágrimas. Desde ese momento había procurado permanecer junto a Catalina de la Cerda tanto tiempo como había podido, lo que siempre era demasiado poco. Él era un chiquillo de apenas diez años y ella pronto sería entregada en matrimonio. Pero los años corrieron y nadie pareció encontrar motivos para desposar a la hija del duque de Medinaceli. Así fue como, tan lentamente como se funde el plomo en el crisol de un alquimista, se fue forjando el amor de Baltasar por Catalina, cuando éste tenía sólo quince años. Durante toda la noche la había visto sonreír con timidez, contestar con una voz que apenas le salía de la garganta a los requerimientos de los invitados. La única que quería su compañía en aquel lugar era la novia, pues la familia de Bernardo mantenía litigios con el conde de Lemos, cuñado del novio, de modo que no se alejó de ella. La había visto responder a los criados con una suavidad aún mayor de la que solía, y Bernardo sacó la conclusión que más se amoldaba a sus deseos: ella no deseaba esa boda. Había intentado hablarle en varias ocasiones, pero resultó imposible. Estuvo en todo momento rodeada de unos y otros, así que, tan pronto como la vio sola, se le acercó con toda la rapidez que pudo sin llegar a llamar la atención, observando los dedos que jugaban con el collar. Antes de que pudiera decir nada, Catalina notó su presencia, se giró y al reconocerlo la sonrisa le brilló en los ojos por primera vez en toda la noche.

—¡Baltasar! Ven, acércate. —Extendió brazos hacia él, lo tomó de la mano y se encaminó al patio, donde unas pocas linternas alejaban la oscuridad de la noche—. ¿Notas el frescor del rocío? —preguntó Catalina sin esperar respuesta.

—Si no deseáis casaros anularé esta boda.

Catalina se volvió con un rugido de sedas hacia Baltasar, que apretaba los labios en un vano intento de evitar que las palabras hubieran salido de su boca.

—¿Y por qué no iba a desear este matrimonio?

—Habéis estado triste toda la noche —contestó sin saber diferenciar si ella estaba sorprendida o si reía—. Apenas habéis hablado con nadie. No habéis sonreído en ningún momento.

—Y tú has estado atento a todo cuanto hacía, ¿no es verdad?

Ante el doble significado de las palabras, Baltasar inclinó la cabeza, algo azorado. Un momento más tarde insistía:

—Si deseabais casaros con Francisco de Sandoval, ¿por qué habéis mantenido esa actitud toda la noche?

—Francisco de Sandoval es un hombre apuesto, de buena casa. Pero...

—Podéis hablarme con confianza. Bien sabéis que lo que digáis quedará entre nosotros.

—¿Sabes, Baltasar? Es la primera vez que me hablas usando reglas tan corteses.

—Ahora sois una mujer casada y yo ya no soy ningún niño. Mas no contestáis a mis preguntas...

—No, ya no eres aquel chiquillo que conocí una tarde de otoño. Bien, sea pues, don Baltasar. Tal vez no seáis un niño, pero aún os queda mucho por conocer sobre el corazón de una mujer. —Catalina calló y Baltasar se mantuvo en silencio, esperando a que se decidiera a hablar—. Toda mujer sueña durante años con el día de su boda. Habla con sus amigas, con sus ayas, con las doncellas que se preparan para su matrimonio. Tiene todo el sentido del mundo, pues nos enseñan a ser amantes esposas, sumisas y agradecidas, por lo que deseamos conocer cuanto antes al hombre que será el custodio de nuestros cuidados durante el resto de nuestros días. Yo no fui menos que las demás. Imaginaba mi boda cada día. Me veía como una nueva Isabel de Portugal cuando contrajo matrimonio con Carlos I, la cual, según mi abuela, fue una boda como ninguna otra. En mi cabecita de niña imaginaba grandes espectáculos y dramas; multitud de caballeros representando luchas y batallas, asediando castillos; toros, cañas y justas; bailes y escaramuzas o hasta batallas contra moros y turcos; niños danzando, equilibristas, hombres lanzando fuegos por la boca, música por doquier, grandes banquetes; obras de teatro para amenizar un día tras otro... Eso es lo que nos meten a las mujeres en la cabeza tan pronto como se nos desteta. Mas, cuando llega el verdadero momento, el día en el que te conviertes en reina del mundo, descubres que todo queda en una orquesta que desafina, hombres borrachos por un vino que de haber estado en la barrica dos días más hubiera terminado por picarse, y la certeza de que tus sueños no le importan a nadie...

—A mí me importan, Catalina. Si hubiera podido casarme con vos os habría dado todo lo que soñabais y más aún.

—Ay, Baltasar... Ahora hablas de nuevo como un niño. Mi flamante esposo es noble, aunque su casa esté arruinada. ¿Dices que tú me darías cuanto anhelo? Tal vez, si lo tuvieras. Mas tu situación es aún peor que la de Francisco. Eres un segundón; es tu hermano quién heredó el título y las tierras de tu padre. Unas tierras y un título que tampoco aportan dinero alguno, pues Vuestra casa también está empobrecida. Tú tendrás que labrarte un futuro a base de rezos o de mandobles. El primer camino hace imposible que os caséis; el segundo abre muchas posibilidades de que dejéis viuda a vuestra esposa antes de lo que debieras.

—Yo os abro mi corazón y vos me tratáis como a un chiquillo. —La voz era firme, pero el temblor de la mano que Baltasar apoyaba en la columna lo delató.

—No, mi querido Baltasar. Sólo os abro los ojos a la realidad. Hablemos de vuestro futuro, pues aunque no podamos desposarnos siempre podremos ser amigos. Decidme, ¿cómo está vuestra hermana?

Baltasar alzó la cabeza y aprovechó el cambio de conversación para apretar los ojos un instante y apresar las lágrimas.

—María está bien, feliz y contenta. ¿Os habéis enterado de su compromiso?

—Sí. Es un buen matrimonio. El conde de Olivares es un hombre de honor. Haréis bien en cultivar su amistad.

Baltasar asintió antes de responder.

—Yo también lo creo. Me han invitado a visitarlos y alojarme en su casa cuando se celebre el matrimonio.

—Me alegro mucho por vos. Pero ¿cómo se me ha podido olvidar? Aún no os he preguntado y me muero de ganas por que me lo contéis: habládme de vuestro viaje a Granada.

Se quedaron conversando largo rato. Baltasar le habló con detalle del inmenso honor que supuso participar en el cortejo que había llevado el cuerpo de Juana la Loca desde Tordesillas a la Capilla Real granadina. Su paso por Aranjuez y la emoción vivida al besar por primera vez la mano de Felipe II.

—Tuvo que ser un viaje maravilloso —comentó Catalina, feliz por él. Baltasar, en cambio, hizo un mohín que no pasó desapercibido—. ¿No fue así? ¿Acaso os ocurrió algo desagradable?

—Bueno... Yo... —tartamudeó un par de veces—. ¡Prometedme que no le contaréis esto a nadie!

Catalina le sonrió y colocó la mano sobre el corazón.

—Os lo juro por el honor de mi casa.

Él suspiró y se lanzó a una palabrería atropellada.

—Hubo un hombre, un granadino más oscuro que el tizón, imagino que sería un maldito morisco, que me ofreció un libro, un libro de historia; bien sabéis cuánto me agradan. Pues bien, resultó ser un timador que se quedó con mi dinero a cambio de un libro falso; me he jurado que daré con ese hombre y lo llevaré ante la justicia. O lo ahorcaré yo mismo en cuanto le eche la mano encima...

Una risa cantarina detuvo el parloteo. Cuando Baltasar se fijó, Catalina ocultaba el rostro tras una mano y se sujetaba el costado con la otra, incapaz de detener la carcajada.

—¿Os reís de que me roben, mi señora?

—¡Líbreme Dios de ello, mi buen Baltasar! No, no me río de vos. Me río porque aquel hombre fue hábil. Debe de ser muy bueno en su trabajo, realizarlo con verdadera profesionalidad, para tomarse las molestias de estudiaros y saber que no podríais negaros a comprar ese libro.

—La habilidad se le acabará tan pronto como termine pendiendo al otro extremo de una sogá.

Catalina recompuso su voz para darle mayor seriedad, aunque la chispa se mantenía en sus ojos.

—Baltasar, atended bien a mi consejo: debéis aprender a sacar beneficio de cada

situación si queréis medrar en la corte. Todo hombre tiene aspectos que, si buscáis con atención, podréis aprovechar en vuestro provecho. Incluso un timador. Vale más usar a las personas que darles muerte. Y ahora, regresemos. Se hace tarde y empieza a refrescar.

La casa estaba casi en silencio. Atrás quedaban las risas y las chanzas. Los invitados se habían marchado hacía tiempo, en especial los familiares de la novia, que habían tenido que poner buena cara ante aquella mascarada. Porque, a pesar de que Francisco de Sandoval había gastado cuanto tenía, e incluso pidió prestado a sus tíos a fin de ofrecer la mejor fiesta posible, lo cierto es que nada salió bien. Los vinos servidos eran mediocres para el paladar de gran parte de los invitados y no había podido contratar a un mayor número de camareros para servir mesas y copas, con lo que la comida, que resultó escasa para todos los presentes, llegó fría y a destiempo. Para colmo de males, Francisco apenas dirigió la vista hacia su nueva mujer, que parecía más una figura de porcelana presta a exhibirse que la verdadera protagonista de todo aquel desastre.

Hacía rato que Catalina de la Cerda había subido a sus aposentos para prepararse y recibir a su esposo; en el salón sólo quedaban Bernardo, quien había concertado el matrimonio, el propio Francisco, que hacía cuanto podía por retrasar el momento de subir a visitar a la novia, y Juan de Tassis, correo mayor del rey. Juan estaba dispuesto a ayudar a Francisco a mejorar su posición y así se lo había hecho saber aquella misma tarde. Llevaban tiempo hablando sobre el tema cuando al fin Bernardo se levantó con intención de marcharse. Francisco le rogó que se quedara un poco más, pero su tío negó con la cabeza.

—Es inútil, Francisco. Antes o después tendrás que subir para cumplir con tu deber ante Dios y ante tu mujer. Y yo he de madrugar mañana. Regreso a Sevilla, no puedo permanecer más tiempo aquí. Mas no te preocupes: dejo a tu lado a don Juan, que te ayudará en todo lo que necesites y pueda hacerse.

No hubo manera de convencerlo, y Juan de Tassis se levantó también para abandonar la casa.

—Nada debéis temer, don Francisco. Os ayudaré en todo cuanto esté en mi mano. Id ahora a disfrutar de vuestra esposa, tiempo habrá en que podamos poner en marcha nuestros planes.

No le quedaba más remedio a Francisco que ir con su mujer. Antes de hacerlo se decidió a beber un par de copas más de aquel vino que otros habían despreciado. Casi había terminado con la botella cuando al fin se dirigió a la cámara de Catalina.

Ella lo esperaba vestida con un sayo negro de seda y terciopelo. Los adornos de oro estaban incrustados de perlas y un largo collar de doble vuelta engalanaba su pecho. El alto cuello del vestido remataba en la lechuguilla, que recogía los pómulos, alargados y pálidos. De las cuchilladas de las mangas, bordadas en oro, sobresalían los puños de la camisa, adornados y almidonados. Los dedos brillaban cubiertos de anillos. Era una indumentaria rica que contrastaba con la penosa imagen que daba

Francisco, medio borracho, con manchas de vino en la gorguera. Se le acercó con manos temblorosas y ni siquiera le dirigió una palabra. Con manos torpes comenzó a desvestirla. Tiró del sayo sin poder desatar los lazos que anudaban la prenda, de modo que se enganchó en el corsé de metal y se oyó cómo rasgaba la tela. Catalina ahogó una exclamación, pero no dijo nada. Se sentía superada por la situación, así que se dejó hacer. Francisco continuó tirando, cada vez más enfadado. Ella pasó las manos por detrás de su espalda y con esfuerzo consiguió aflojar los lazos lo suficiente como para que el sayo pasara por su cabeza.

Francisco se encontró entonces con el siguiente obstáculo: el corsé metálico que moldeaba la figura de su esposa. La empujó con las manos para que girara con rapidez y se colocara de espaldas a él. Buscó hasta dar con el pasador metálico que cerraba el corsé y lo abrió. Catalina respiró con profundidad tan pronto como se vio libre de aquellas tenazas. Sintió escozor en la piel allí donde se había clavado el metal y cerró los ojos con fuerza para resistir la tentación de frotarse al tiempo que rezaba para que no le hubiera producido úlceras. Mientras tanto, Francisco se empeñaba en aflojar el verdugado. Una vez se deshizo de él, dio la vuelta a Catalina, que estuvo a punto de rodar por el suelo debido a la brusquedad del movimiento. Iba a quitarle la camisa, lo único que protegía ya el cuerpo de su mujer de las miradas de Francisco, cuando ella alzó una mano para impedirselo. Tal vez fuera su esposo, pero no iba a permitir que la primera vez que la viera desnuda fuera con aquella tosquedad. Dudaba de que el gesto surtiera efecto pero, para su sorpresa, Francisco se detuvo, pasándose las yemas de los dedos por la comisura de los labios mientras esperaba. Ella se quitó la camisa con lentitud, temiendo la reacción de su flamante esposo.

Francisco la miró de arriba abajo sin creer lo que veía. El pelo oscuro de Catalina envolvía un rostro largo y ovalado, muy pálido, a pesar de que ahora, sin el corsé, respiraba mucho mejor. Tenía la frente estrecha y las mejillas algo mofletudas. Los ojos parecían huidizos y la nariz era pequeña y concluía en unos labios estrechos y delgados. El cuello era corto; los hombros dos pequeñas bolas que sobresalían del cuerpo. Los pechos le colgaban flácidos como pimientos que nadie hubiera recogido de la mata. La cadera era estrecha y las nalgas se adivinaban escasas. Las piernas, largas y delgadas, parecían sujetar el cuerpo con desgana uniéndose en una espesa mata de vello oscuro y rizado.

Francisco se dio la vuelta, encaminándose con grandes Zancadas hacia la puerta. Cuando ya iba a abrirla, la voz de Catalina, hueca y aguda, se escuchó por primera vez en aquella cámara.

—¿Adónde vais?

Francisco se volvió hacia ella y la miró fijamente a los ojos.

—En busca de una mujer de verdad; de pechos firmes, piernas como columnas y trasero generoso.

Y salió sin preocuparse si quiera de cerrar la puerta, dejando a su mujer incapaz de cerrar la boca. Tomó su caballo y lo puso al trote. Los vapores del vino impidieron

que se diera cuenta del carruaje que lo seguía.

A la mañana siguiente despertó junto a Juana y soltó un bufido. Había despreciado a su mujer, quien lo acababa de salvar de un desastre económico, y no contento con eso se había ido a pasar la noche con su amante. La miró a la luz del día, nuevo y radiante, observando las muchas diferencias que había entre aquella lavandera y la noble que se había convertido en su esposa a su pesar. No era sólo una diferencia física. Era mucho más Juana era fresca, espontaneidad, la capacidad de sorprenderse ante cualquier cosa, de mostrar sus emociones a la menor oportunidad. Catalina, en cambio, vivía enjaulada, como si aquel corsé metálico oprimiera ya no sus carnes, si no su propia alma. Era una mujer sin vida, sin emoción. Y era ella la que iba a compartir su vida. Comprendió en ese momento que no sólo debía regresar a su casa; debía, también, disculparse con su esposa. Y aún más, acostarse con ella para consagrar el matrimonio ante Dios. El pensamiento le produjo un escalofrío que lo hizo temblar sobre el colchón. El movimiento despertó a Juana, que lo miró sonriendo mientras se echaba sobre su pecho.

—Buenos días, marqués de mi vida, dueño de mi corazón...

—Buenos días.

Se levantó y la muchacha hizo un puchero que él no llegó a ver.

—¿Te marchas? —preguntó compungida.

—Sí. Anoche no debería haber venido.

—¿Por qué?

Ella se levantó a su vez y lo abrazó, imprimiendo en la espalda del hombre al que amaba el calor de su pecho.

—Porque me casé ayer. Acabo de cometer adulterio. He de ir a confesarme. Y a hablar con mi esposa. Debo disculparme por el modo en que la traté y...

—¿Disculparte? ¿Con tu mujer? —Estaba perpleja.

—Escúchame, Juana. Dependo de mi mujer. No, eso no es cierto... Dependo de la familia de mi mujer. Y para que todo vaya bien tengo que mantener una buena relación con ella. Tengo que tener un hijo con Catalina.

La última frase fue una revelación que cayó con distintos efectos en cada uno de ellos. Él cerró los ojos y aspiró con fuerza, intentando encontrar las fuerzas que necesitaría para enfrentarse a esa situación. Ella, por su parte, se levantó de inmediato y se enfrentó a Francisco.

—¡Jamás! Eres mío, ¿me oyes? ¡Mío! Seré yo quien te dé un hijo.

—Tal vez sea así. Mas, aunque ocurriera como dices, debo tener otro hijo con Catalina. Ella es noble, y tú una pobre lavandera.

—Francisco, no soy menos que cualquier otra mujer sólo porque no sea noble. ¡Mírame bien! —le pidió al tiempo que se acariciaba los senos—. ¿Acaso tiene tu mujer estos pechos? ¿Acaso ella podrá acogerte en su interior como yo lo hago? Bien sabes que no.

—Sí, lo sé —sonrió él—. Por eso no podré dejar de verte.

—Entonces, déjame que disfrute una vez más de tu cuerpo antes de que te marches...

Y Francisco no pudo negarse a la invitación.

Llegó a su casa cerca del mediodía, ojeroso y agotado. Catalina estaba sentada junto a una ventana con un libro en la mano. Francisco no necesitó acercarse demasiado para comprender que se trataba de la Biblia.

—Debéis disculparme —comenzó a decir—. Anoche no era yo quien hablaba, sino el vino. Estaba ebrio, mas eso no es excusa. Sois mi esposa y os falté el respeto. No puedo ni quiero recordar qué palabras llegué a pronunciar. Sólo puedo esperar que no os hicieran demasiado daño y que podáis ser capaz de olvidarlas si acaso aún las recordáis.

Catalina lo miraba con reparo. Suspiró con fuerza y marcó la página que estaba leyendo. Se incorporó con orgullo y eligió con cuidado las palabras para no perder la dignidad en toda aquella situación.

—No debéis preocuparos, esposo. En una noche de celebración no es raro que se pueda llegar a beber más de lo aconsejable. Tampoco ocurrió nada reseñable, a decir verdad. No necesitáis disculparos. Desde luego, no conmigo.

Francisco se adelantó con una sonrisa fingida y besó la mano de su esposa en señal de agradecimiento. A continuación, la tomó de la cintura y la condujo escaleras arriba, hacia la alcoba. Catalina subía los peldaños pensando en lo último que había leído en la primera de las epístolas que San Pablo escribiera a su discípulo Timoteo. En el capítulo dos podía leerse: «No permito que la mujer enseñe al varón, sino que aprenda mostrando sumisión al hombre. No permito que la mujer enseñe, o que pretenda imponer su autoridad sobre el hombre, sino que debe permanecer en silencio». Estaba convencida de que, siguiendo las instrucciones del sabio, cumpliendo con sus deberes de mujer y dándole hijos a su esposo, lograría salvar su matrimonio.

* * *

Lorenzo Ferrer estaba mucho más delgado. Tras su huida del monasterio, hacía ya un año, había dirigido sus pasos hacia el oeste en un intento por alejarse del abad. Ni siquiera cayó en la cuenta de que viajando en esa dirección llegaría a Santa Fe, el lugar donde originalmente había estado ubicado el monasterio y donde se mantenía la ermita de Santa Catalina, arrendada por entonces junto con las tierras que le pertenecían. De modo que, cuando ya había recorrido más de la mitad de la vega granadina, se detuvo, robó unos huevos de un gallinero mal vigilado para calmar el hambre y se echó a dormir lo que quedaba de la noche para regresar al día siguiente

sobre sus pasos y encaminarse en dirección contraria.

Guadix era una ciudad importante, sede catedralicia desde poco después de que los Reyes Católicos conquistaran aquellas tierras. Toda la región, no obstante, se había marchitado desde hacía un tiempo. La rebelión de las Alpujarras, ocurridas casi una década atrás, había supuesto la maldición de aquellas tierras, pues Felipe II terminó expulsando a los moriscos en dirección a Murcia, Extremadura o La Mancha, así que la mayor parte de aquellos pagos terminaron abandonados, los campos sin cultivar, los pueblos medio vacíos. Y todo eso a pesar de que algunos moriscos habían regresado como pudieron a la tierra que les vio nacer.

Tardó varios días en llegar a la ciudad: los dedicó a viajar buscando siempre refugio por temor a que alguien le viera robar un queso, una hogaza de pan o alguna otra cosa. Dormía al raso, arrebujado en la capa que consiguió de un tendadero la misma tarde de su huida, y dedicó los días y buena parte de las noches a meditar en qué iba a hacer con su vida. Debía sacar provecho a sus conocimientos y, por el momento, lo más fácil sería encontrar un lugar en el que dedicarse a la escribanía. Logró hacerse, mediante prácticas poco cristianas, con pluma, tintero, secante y un fajo de papeles de escasa calidad, sucios y medio rotos, y empezó a ofrecerse a todo el que pasaba cerca de la catedral.

No contaba con el recelo de los que veían a un muchachuelo mal vestido y con ojeras garantizando que podía escribir lo que fuera preciso con la mejor de las letras. El primer día durmió sin haber conseguido llevarse nada a la boca. Lo mismo ocurrió con el segundo. A partir de la media tarde se dedicó a buscar un lugar que no fueran las calles para pasar la noche. Tras mucho preguntar, una buena mujer le aconsejó que se acercara hasta las cuevas, pues tal vez encontrara alguna vacía.

Se dirigió entonces al sur de la ciudad, siempre ascendiendo las rampas que llevaban a los riscos. Halló de ese modo algo que nunca había imaginado: en cada uno de los promontorios, en cada picacho que sobresalía por encima de los tejados de las casas, podía ver agujeros enormes, auténticas cuevas excavadas por las manos de los lugareños. Las más amplias y mejor situadas estaban ocupadas por familias completas, pero no tuvo que buscar mucho hasta encontrar una lo suficientemente amplia como para cobijarlo. Se sorprendió al introducirse en ella, pues su interior era cálido, y un escalofrío de placer lo reconfortó. Allí hubiera dormido cómodo y de un tirón de no ser por los constantes gruñidos que soltaban sus tripas.

Los días siguientes no fueron mejores. Tuvo que empezar a desperdiciar el poco papel que tenía haciendo muestras de escritura, y aun así había quien pensaba que aquellos trazos no significaban nada y que era poco menos que un impostor. Poco faltó para que la guardia se lo llevara en una ocasión.

Al fin comenzó a escribir cartas, ya fueran de amor o no. Sin embargo, ningún comerciante confiaba en él para pedirle que se encargara de su correspondencia, ni de sus escritos, mucho menos de sus cuentas, de manera que apenas ganaba lo suficiente para comprar un poco de pan, y no todos los días. Bebía agua de las fuentes y, cuando

podía, robaba un poco de tocino y salía corriendo para no ser descubierto.

Así pasó la primavera y llegó el verano, quedándose en los huesos a medida que pasaron los meses. Hasta que un día se le acercó un hombre. Lo había visto en alguna ocasión rondando por la plaza, caminando de un lado a otro, alto y delgado, de pelo negro muy corto. La frente alta, los ojos marrones y sagaces, la sonrisa sarcástica. Cuando habló, su voz era alegre y desenfadada.

—Eres bueno en tu trabajo, Lorenzo.

—¿Cómo sabéis mi nombre?

Por toda respuesta, el recién llegado se echó a reír. El muchacho, que pensó que era alguien que deseaba pasar un buen rato a su costa, empezó a recoger pluma y papel disponiéndose a marchar.

—¡Espera! Espera. No corras tanto. Sí, conozco tu nombre, igual que lo conoce todo Guadix. En los últimos meses no has hecho otra cosa que proclamarlo a los cuatro vientos a fin de conseguir trabajo. Sin obtener los resultados que esperabas, me atrevería a decir. Sí, te he estado observando —continuó tras comprobar que había logrado llamar la atención del joven amanuense—. Cuando te decía que eres bueno en tu labor lo decía de verdad. Aun así, pasas hambre y nadie confía en ti. Así que, dime, ¿estarías dispuesto a trabajar conmigo?

Lorenzo entrecerró los ojos. Hacía meses que no encontraba a nadie que lo tratara con la más mínima amabilidad y desconfiaba.

—¿Y quién sois vos?

—No es necesario que uses ese lenguaje, Lorenzo, no conmigo. Soy plebeyo y me gano la vida como Dios me da a entender. O el Diablo, que a veces es mejor patrón —afirmó con socarronería—. Tú sabes bien de lo que hablo. Hay veces que es inevitable transgredir los mandamientos de nuestra Santa Madre Iglesia, ¿no es cierto? —Lorenzo asintió, algo azorado, comprendiendo las implicaciones de la frase—. Así pues, dime, ¿te interesa?

—Depende... ¿Qué ofreces?

—¡Jajajaja! Para empezar, un plato de caldo caliente y un buen trozo de carne, amigo mío. —Le pasó el brazo por encima del hombro viendo que sus últimas palabras habían vencido las pocas barreras del joven—. Me llamo Pedro. Pedro Maldonado. Haremos grandes cosas juntos, Lorenzo. Ya lo verás.

Capítulo III

Francisco de Sandoval caminaba arriba y abajo, mesándose la perilla mientras Juan de Tassis, uno de sus más fieles amigos y aliados, le hablaba exponiéndole lo sucedido en su visita a Mateo Vázquez, secretario de Felipe II.

—Me hicieron pasar a su despacho. Como debéis saber, hace un tiempo que se aposentó cerca de la iglesia de San Gil. Ha crecido tanto el número de sus servidores, que éstos se alojan en otro lugar, cerca de la parroquia de Santa Clara. La cuestión, mi buen Francisco, es que tuve que esperar buena parte de la mañana en la planta baja de la casa, observando los cuadros del rey y de las vírgenes que Mateo, como buen eclesiástico, atesora en sus paredes. Subí al fin, cuando mi paciencia comenzaba a escasear, al despacho del secretario, y allí estaba, sentado ante un inmenso escritorio en el que exhibe una cruz de oro. Rodeado de cañones blancos, azules, verdes, amarillos y de muchos otros colores con los que sin duda escribe, aunque en aquel momento se dedicaba a su trabajo usando una pluma de plata. Una estampa de sencillez y frugalidad. Ya sabéis que lo único que le importa es el trabajo y que tiene a sus ayudantes trabajando desde las seis y media de la mañana.

»En definitiva, me acerqué hasta él y, tras saludarlo, empecé a explicarle los motivos que me llevaban hasta allí y nuestra petición de ayuda para vuestra causa: cómo no es justa vuestra situación, ni que se os adeuden tantos dineros y demás detalles que no necesitáis que os dé.

»Mas no me dejó concluir siquiera. Alzó la mano y me interrumpió diciendo que no puede conseguir dinero ni mercedes. Que a diario le llegan decenas de peticiones como la que le proponía. Me mostró un ejemplar de un libro llamado *Galatea*, de un tal Cervantes, un pobre manco que al parecer fue prisionero en Argel tiempo atrás y que conocía de su juventud en Sevilla. Al parecer, el escritor lleva años intentando ganarse el favor del secretario real. Dijo que, como él, decenas. Y añadió que ni siquiera tenía tiempo que dedicarme, ocupado como estaba con la guerra de Portugal. De hecho, insinuó que debería prepararme, porque parece que Lisboa caerá pronto y deberá acompañar al duque de Alba cuando eso suceda.

Francisco bajó a sus hijos, Cristóbal, de cuatro años, y Diego, de tres, de su regazo y les pidió que fueran con su madre. Esperó a que los chiquillos salieran y cerraran la puerta de la cámara y retomó la conversación.

—Tendremos que demostrarle a Mateo Vázquez que estamos de su parte y que nunca apoyamos ni tuvimos trato con Antonio Pérez. Habrá que hacerle regalos, aunque mi economía no me permita grandes dispendios.

—Ni penséis en ello, Francisco —lo interrumpió Juan—. Él no acepta regalos, ni de forma abierta ni de forma encubierta. Rechaza uno tras otro cualquier presente que se le quiera entregar a fin de evitar que se piense de él que no es persona íntegra y

leal a su señor.

—¿Íntegro? ¿Él que colocó a Juan de Ovando en el Consejo de Hacienda y a sus amigos Juan Fernando de Espinosa y a Gutiérrez de Cuellar en la Contaduría Mayor y en todas las juntas posibles?

Francisco gritaba mientras daba esos argumentos, y Juan lo miraba con paciencia.

—Todo eso que decís es cierto, mas no tiene sentido ahondar en ello. Lo importante es que Martín Vázquez no está predispuesto a ayudaros.

—Juan, algo debo hacer. Mi situación es cada vez más difícil. Si las necesidades de mi casa eran complicadas con mis dos hijos, Catalina acaba de decirme esta misma mañana que vuelve a estar encinta.

—¡Enhorabuena!

El marqués se quedó observando a su amigo con cara de furia, aunque poco a poco relajó la mirada al comprobar que la felicitación era genuina.

—Gracias —dijo al fin—, pero eso supone mayores gastos y preocupaciones de las que ya acumulo. ¿Qué puedo hacer, Juan? ¿Cómo actuar? Hasta ahora, vos habéis sido el único amigo que he encontrado en la corte. ¿Hay alguien a quien podamos recurrir?

—Solo se me ocurre el secretario real.

—¡Pero ya os ha dicho que no nos ayudará!

Permanecieron en silencio un tiempo. Francisco se desmoronó en uno de los sillones de la sala y Juan cerró los ojos, obligándose a encontrar una salida. Al fin se levantó, acercándose a su amigo, y habló como nunca antes lo había hecho.

—Escuchadme; si voy a ayudaros en esto no debe haber secretos entre nosotros... —Francisco lo miró, sopesando las implicaciones de lo que le decía, y asintió levemente—. Bien, en ese caso, decidme: ¿lo único que deseáis es mejorar la situación de vuestra casa? O, dicho de otro modo..., ¿hasta dónde alcanza vuestra ambición?

Se miraron fijamente hasta que Sandoval respondió mostrando una sonrisa lobuna:

—Envidia a todos aquellos que disponen de más que yo. Envidia sus posiciones, sus riquezas, su poder... Mi ambición no tiene límites, Juan. Lo único a lo que no aspiro es a sentarme en el trono.

Juan asintió devolviéndole la sonrisa.

—Así debe ser. También yo tengo ambiciones, Francisco. Ser correo mayor del rey es un privilegio, sí. Pero aspiro a más. Sois marqués, mientras que yo solo dispongo del título de correo mayor. Os ayudaré a conseguir lo que deseáis, y espero que vos me ayudéis a mi cuando obtengáis lo que os corresponde. Para ello, y no es algo que os haya de gustar, tendréis que hacer caso de mis instrucciones. —Ante la crispación de Francisco, se apresuró a añadir—: No os preocupéis, que tenéis mi palabra de que nada he de proponeros que vaya contra vuestros deseos. ¿Aceptáis? —Francisco asintió de inmediato—. Así ha de ser, pues. En ese caso, lo primero que

habéis de hacer es mostraros en todo momento como hombre diligente y virtuoso, fiel esposo y amante progenitor, servidor de la Iglesia y leal al rey.

—Todo eso ya lo cumplo, Juan.

—Tendréis que cumplirlo mejor aún, Francisco. Mateo Vázquez vive obsesionado por el trabajo. Es rico, aunque humilde. No desea honores para sí mismo más allá de los que le conceda su trabajo, y a él se dedica en cuerpo y alma. Es un hombre religioso al que no se le conocen escándalos de ningún tipo. Los hombres en los que confía son hechuras de él mismo: trabajadores, honrados, buenos católicos y humildes. Si deseáis que se fije en vos, tendréis que convertirlos en lo que más respeta.

»Sé que lo que os voy a proponer no os agrada, mas no hay otro remedio. Debéis dejar de ver a esa... moza con la que os encontráis de vez en cuando. — Francisco se envaró al escuchar tales palabras—. Sí, Francisco. Yo lo sé, y medio Madrid lo sabe también. Debéis convertirlos en otro hombre. Es el único modo de obtener lo que buscáis. Y debéis empezar por convencer a vuestra esposa.

—¿Qué tiene que ver Catalina con todo esto?

—Creedme... El mejor modo de convencer a los demás de nuestras virtudes es persuadir a nuestra esposa de que realmente las practicamos. Persuadidla, y ella se encargará de hacer que se sepa por todos los reinos —concluyó con energía renovadas mientras apretaba el hombro de su amigo.

* * *

Pedro Maldonado estaba enojado y lo mostraba gritando a voz en cuello. Lorenzo se mordía los labios, con las manos manchadas de tinta y la mesa cubierta de papeles envejecidos. Llevaban años trabajando en aquello, pero no llegaban a encontrar la medida de lo que buscaban. Al principio, el papel era demasiado nuevo. Tuvieron que aprender a fabricarlo, para lo que utilizaron un molino abandonado y medio derruido, y más tarde encontrar el modo de darle un aspecto envejecido. Lo arrugaron, lo mancharon, lo secaron, volvieron a mojarlo, le mordieron los bordes, lo rasgaron, le hicieron quemaduras, lo tendieron al sol durante días... Les llevó meses encontrar el punto exacto en el que tratar el papel para que diera la imagen que buscaban: ajado, quebradizo, arrugado, aunque terso y suave al tacto, como correspondía a un papel de buena calidad.

Pero ahora el problema era otro. Lorenzo era un buen escribano. Demasiado bueno. Su letra era clara y precisa, elegante y cuidada... Y no les servía. Si pretendían copiar la letra de la mayoría de los escribientes, secretarios y demás oficios dedicados a las letras, Lorenzo debía ser capaz de olvidar su cuidada

caligrafía, pues de lo contrario el engaño no surtiría efecto. Ya que de engañar se trataba. De vez en cuando parecía cogerle el pulso y comenzaba una letra algo temblorosa y muy inclinada, difícil de leer; pero pronto se dejaba llevar y terminaba por volver a escribir con su propia caligrafía, nítida y pulcra, con lo que estropeaba todo el trabajo previo.

—¿Qué voy a hacer, Lorenzo? ¡Dime! Llevo meses manteniendo tratos con don Miguel. Dentro de una semana vendrá a Granada, ¿y qué tenemos para presentarle? ¡Nada! Estos documentos ya deberían estar listos para mostrárselos, y lo único que tenemos es un montón de papel inservible. Dime, ¿qué voy a hacer? ¿No sería más fácil escribir con una letra que no entienda ni Satanás a hacerlo en esa otra clara y aseada que tú tienes?

Lorenzo, que llevaba varias semanas soportando con estoicismo toda esa presión, estalló.

—¡Tal vez lo que debas hacer es dejarme descansar un poco!

Pedro se volvió hacia él, con los ojos encendidos por la rabia.

—¡Descansar! Quizá debería dejarte descansando en el mismo lugar en el que te encontré...

Tomó una jarra de vino y se la llevó directamente a la boca, dando un largo trago y soltando después un fuerte eructo.

—Deberíamos ir a por todas... —comentó Lorenzo, poniendo en palabras lo que llevaba un tiempo dándole vueltas.

—¿Qué quieres decir?

—¿Por qué dedicarnos a engañar a un pobre comerciante para sacarle unas pocas monedas? Hemos trabajado muy duro en esto, hemos invertido cada moneda que hemos podido conseguir. ¿Por qué no buscar una recompensa mayor?

—Lo que dices es una locura. —Pedro hacía aspavientos mientras caminaba a grandes zancadas de un lado a otro—. Propones que engañemos a un hombre adinerado para arrancarle una suma de dinero de la que jamás se desprenderá. Si ni siquiera podemos preparar un documento para sacarle unas pocas monedas, ¿cómo pretendes engañarlo para robarle una fortuna?

—No pretendo nada... Llevo tiempo trabajando en algo.

Pedro lo miró a medio camino entre el interés y la indignación. No podía imaginar cómo se había podido dedicar a falsificar otro documento en lugar de pasar todo su tiempo centrado en el trabajo que traían entre manos. Al fin, la curiosidad venció al enfado. Conocía bien a Lorenzo y sabía que era un hombre con inventiva, de modo que quiso saber en qué había estado pensando.

—Bien; Cuéntame ese plan tuyo...

Lorenzo se levantó con presteza y caminó hacia una parte del molino en el que había varias rocas derruidas. Apartó algunas y tomó un bulto envuelto en unos trapos cubiertos de polvo. Regresó de inmediato donde Pedro lo esperaba sentado. Éste tomó en su mano el paquete que Lorenzo le tendía y descubrió un libro.

Tenía una encuadernación en cuero, sencilla aunque bien trabajada, sin cierre de ningún tipo. Al tacto era agradable, y, para su tamaño, el libro era pesado. Lo abrió y encontró un papel de buena calidad, incluso parecía italiano. Animado por la curiosidad, pasó las páginas y leyó las primeras palabras escritas: *Imagen del mundo sobre la esfera, cosmografía y geografía, teórica de planetas y arte de navegar*.

—¿Qué se supone que es esto?

—Un libro de navegación.

—¿Y de qué nos serviría?

—Deja que vuelva a hacerte mi pregunta anterior: ¿para qué realizar pequeños engaños que suponen grandes esfuerzos si podemos hacer grandes engaños con facilidad?

Lorenzo explicó entonces a su compañero cuál era su idea. Al principio con titubeos, pero con más claridad a medida que avanzaba en su exposición. Cuando concluyó, Pedro Maldonado lo abrazó sonriente.

Unas semanas más tarde, Pedro se persignaba al pasar bajo la arcada de la puerta de la casa de los Zafra al ver la cenefa de veneras aladas y monstruos. Era un palacio que tendría poco más de treinta años, construido por el nieto de Hernando de Zafra, quien fuera secretario de los Reyes Católicos. Se trataba del más alto linaje granadino, y su blasón, la torre de Comares, lucía orgulloso en la fachada. Nunca había imaginado Pedro Maldonado la posibilidad de entrar en aquel lugar, residencia del conde. Pero allí estaba, tirando del brazo de su acompañante, que en el último momento parecía dudar.

Atravesaron la arcada y fueron acompañados hasta el gran patio interior, donde los estaba esperando un hombre bajo y fornido. No estaba gordo, pero tenía una incipiente barriga y unos bigotitos que no cesaba de atusarse. Parecía estar leyendo un documento al tiempo que disfrutaba del sol de media tarde. Los miró de arriba abajo. Estaba acostumbrado a tratar con todo tipo de personajes, aunque a aquellos jamás los hubiera recibido en su hogar de no ser por los acontecimientos de los últimos días. Había corrido la voz por toda Granada sobre un joven capitán de barco; decía el rumor que había sido capaz de viajar a todo lo ancho y largo del mundo desde los quince años, y que a todo aquel que quería escucharlo le hablaba de sus viajes, pues era su intención encontrar quien financiara una expedición para encontrar el muy buscado paso del norte. Iba siempre acompañado de un libro del que jamás se separaba, aunque lo mostraba muy satisfecho a los curiosos que se acercaban para que les contara sus hazañas y aventuras. A tal punto había llegado el revuelo que se había levantado con aquel recién llegado, que el mismo conde de Zafra había querido conocerlo.

El conde observó con detenimiento a los dos visitantes, que se inclinaron ante él sin demasiada gracia.

El mayor vestía una simple camisa acordonada, de tela áspera y ruda y color anaranjado, unas calzas demasiado gastadas y un bonete oscuro con el cordón

anudado con escaso gusto y las borlas caídas sobre el lado izquierdo. El más joven iba mejor vestido. Unas botas de cuero, negras y cubiertas de polvo, subían hasta las rodillas. Las calzas eran igualmente oscuras. Vestía un jubón de terciopelo en tonos rojizos, muy trabajado y con adornos, de mangas largas y collar bordado, que cerraba por debajo del pecho con ojales rectangulares. Sobre el hombro izquierdo descansaba una capa gris que había visto muchas estaciones. Llevaba el pelo algo alborotado, como si tuviera cosas más importantes en las que pensar que en acicalarse, y una barba incipiente, rala, aunque dura, cubría su rostro. Bajo el brazo llevaba un libro de foscas tapas.

El dueño de la casa dejó a un lado, sobre una mesa plegable, el documento que había estado leyendo y les prestó toda su atención. La impresión del marinero no podía ser mejor. A pesar de su evidente juventud, debía haber hecho cierta fortuna para vestir aquellas ropas.

—Así pues, vos sois el capitán Ferrer...

—Sí, excelencia —respondió Lorenzo inclinándose una vez más.

—¿Y ése es el libro que vais enseñando a todo el mundo?

—Así es. Se trata de mis anotaciones sobre el arte de navegar, cartografía, cosmografía... Todo lo que nos es útil a los navegantes —explicó con diligencia. Viendo que el conde no decía una palabra más y se le quedaba mirando, se apresuró a preguntar—: ¿Deseáis que os lo enseñe?

El conde asintió y Lorenzo avanzó unos pasos hacia la mesa, dejando atrás a Pedro, que ejercía a la perfección su papel de escriba. Estaba allí como guía, pues había sido él quien había hecho correr la voz de la presencia del capitán Ferrer en Granada y era el único que sabía dónde encontrarlo.

Lorenzo abrió su libro y comenzó a pasar páginas. En algunas se veían dibujos de azafeas y astrolabios; en otras, muchas anotaciones en latín, lo que parecía alemán y aún otros idiomas desconocidos para el conde. Números y más números, cuyo significado no alcanzaba a comprender, pero que el capitán Ferrer explicó que se trataba de longitudes y latitudes de diferentes pasos marítimos y lugares por los que había viajado. El conde prestó especial atención a una ilustración. Estaba plasmada a doble página. En ambos extremos se alzaban dos columnas que sujetaban un friso en el que se podía leer *Recens et integra orbis descriptio*^[1]. En la parte inferior de las columnas, sendas anotaciones que el conde no se detuvo a leer, pues su interés estaba en el centro de aquel maravilloso mapa. El fondo del marco que creaban la columna junto al friso era color sangre y, en cada esquina, una banderola blanca indicaba los puntos cardinales. De arriba abajo y de izquierda a derecha podía leerse *Occidens; Oriens; Meridies; Auster*. Pero lo que más llamaba la atención era el planisferio. Cartografiado con forma de corazón, los azules de los mares destacaban contra el fondo rojizo como zafiros, mientras que la tierra aparecía en color blanco, con el nombre de cada región y reino escrito sobre ella. Diferentes líneas curvas atravesaban el mapa, tanto en sentido horizontal como vertical. En la parte inferior de aquella

increíble representación del orbe se veía una zona en tonos amarillos sobre la que se había escrito *Terra australis nuper inventa sed nondum plena examinata*^[2]. Ríos, montes y lagos. Montañas, islas y mares. Todo el mundo conocido en una hoja de papel.

—... y aquí, el Japón. La fuente de riquezas impensables a la que no se puede llegar si no es mediante un viaje de muchos meses bordeando la costa de África. —El conde de Zafra volvió a prestar atención a las palabras del capitán—. Mas, si os dais cuenta, basta observar el mapa para comprender que, si se viajara por el norte, la travesía sería mucho más corta. Ved cómo aquí —continuó señalando la parte superior del planisferio— la porción de tierra existente es mucho más pequeña. Ya he viajado por las aguas del norte y conozco bien los vientos, pero nunca hubo nadie que se atreviera a financiar una expedición como ésta, si bien los ingleses hablan de hacerlo. ¿Os imagináis lo que significaría para el primer hombre que diera un paso al frente y organizara algo así? Para mí sería la fama... Para él resultaría en honores y, sobre todo, en riquezas. Nadie podría hacerle sombra, pues se convertiría en el más rico de estos reinos, lo que viene a ser igual que el más rico de todo el mundo. Lástima que nadie se haya atrevido a algo semejante —continuó lanzando el anzuelo —, se necesitan muchas y variadas virtudes: honor, templanza, arrojo, valentía... Por eso cuando me dijeron que queríais verme, excelencia, me alegré. Sí, me alegre pues pensé que, tal vez, vos conoceríais a alguien que reuniera todas esas cualidades. ¿Seríais tan amable de presentarme a quien estuviera dispuesto a correr semejante riesgo a fin de convertirse en la persona más afamada de la Tierra?

El conde de Zafra parpadeó al tiempo que soltaba aire. Había imaginado que todos esos piropos estaban dirigidos a él, y al descubrir que se equivocaba frunció el ceño con disgusto.

—¿Que si conozco? ¿Que si conozco, decís? ¡Por supuesto que conozco! ¡Y vos también, puesto que os encontráis frente a él en este momento! Sí, yo financiaré vuestra expedición, mi buen capitán Ferrer —continuó dulcificando la voz al comprobar la cara de sorpresa que había puesto el supuesto capitán, que se inclinaba ante él trémulo por lo que, pensó, era la excitación del momento—. Pasemos al interior de mi casa y hablemos de los detalles... Tendremos que controlar bien el gasto, ya que, bien sabéis, hay poco oro, busquéis donde busquéis. Mas un hombre de vuestra valía sin duda habrá tenido en cuenta todos los detalles... Decidme, ¿habéis calculado el coste de semejante expedición?

—Excelencia, es un gasto excesivo para una sola persona. Pensad que sería necesario fletar dos buques con sus tripulaciones, alimento para varios meses, asegurar el viaje... podríamos superar fácilmente los diez o quince mil ducados.

—¿Quince mil? Claro, claro —respondió con celeridad, aunque su cara había quedado pálida por la cifra. Sin embargo, no podía echarse atrás después de haberse comprometido tan abiertamente.

—Es necesario contar con un grupo de visionarios capaces de entender los

beneficios de semejante viaje, tal como habéis hecho vos, y que bajo vuestra dirección se disponga de todo lo necesario. De cualquier modo, sí podemos empezar a avanzar. Podría viajar a los astilleros para encargar un barco nuevo, o bien buscar en los muelles la contratación de alguno que nos dé seguridad para el viaje, de este modo abarataríamos coste —tranquilizó al conde con una sonrisa—. Podría empezar a buscar hombres, entablar conversaciones con los comerciantes para tratar de conseguir suministros al mejor precio, comenzar a negociar un seguro que cubra los riesgos... Se pueden ir haciendo todas esas cosas mientras vos, excelencia, buscáis a hombres de vuestra confianza que estén dispuestos a hacer el mayor negocio de la cristiandad.

El conde, que había empezado a caminar hacia el interior de la casa, se detuvo para mirar a su acompañante.

—¿Tanta prisa hay?

—Bueno, no necesariamente prisa, si bien hay que tener en cuenta que el mejor momento para partir en busca del paso del norte sería al inicio de la primavera, de modo que las aguas, que durante el invierno se hielan, estén libre de trampas y peligros. Eso nos deja todo el otoño y el invierno para preparar la expedición. Tiempo más que suficiente, siempre y cuando empecemos a trabajar de inmediato.

El conde lo pensó un instante, luego asintió y tomó una vez más la palabra.

—¿Cuánto sería necesario para esas gestiones?

Lorenzo pareció meditar y hacer números. Movía los labios como si contara. Al fin respondió.

—Al menos sería necesaria la décima parte, unos quince mil maravedís, excelencia. Pensad que tenemos que mostrar a aquellos comerciantes a los que visite que pueden confiar en nosotros, que no se trata de una estafa. Y para ello es necesario mostrar monedas... Podemos empezar a hablar con marineros, pilotos...

El conde bajó la cabeza unos momentos, suspiró y luego volvió a mirar a Lorenzo esbozando una sonrisa cansada.

—Sea. Quince mil maravedís. Volved pasado mañana y os estarán esperando.

Lorenzo sonrió a su vez y se inclinó profundamente.

—¡Gracias, excelencia! Hacéis bien en confiar en mí. Seréis célebre. ¡Qué digo célebre! Seréis el hombre más famoso del orbe... Permitid ahora que nos retiremos. Mi compañero y yo comenzaremos a hacer los preparativos para iniciar nuestro viaje tan pronto como nos entreguéis ese adelanto.

El conde asintió satisfecho y vio a los dos hombres partir. Había tenido recelos de lo que le habían contado sobre aquel capitán, pero el libro, y las largas explicaciones que le había ido dando sobre sus notas y viajes, a pesar de que gran parte de ellas no las había entendido, o precisamente debido a ello, habían eliminado toda suspicacia. Llamó a uno de sus sirvientes y le pidió que prepararan la cena mientras la sonrisa se le ensanchaba al verse ya convertido en el hombre que haría posible el paso del norte.

Lorenzo y Pedro caminaban a toda prisa por las calles de Granada. Habían

alquilado una habitación en una pequeña posada, lo más lejos posible del monasterio en el que Lorenzo había pasado su juventud con el fin de evitar ser reconocido. No hacía falta que dijeran nada. Sabían que el conde había mordido el anzuelo y no soltaría la presa. Ambos estaban eufóricos: quince mil maravedís era suficiente para que ambos vivieran durante más de un año. Y lo habían conseguido con unas pocas semanas de trabajo y un engaño bien urdido.

* * *

Baltasar caminaba por el campamento. Estaban a poco más de una hora de camino de la quinta de Taype y habían hecho un alto, enviando algunos hombres de avanzadilla para confirmar que no hubiera ninguna sorpresa desagradable esperándoles más adelante. Desde que empezara la guerra con Portugal, los Monterrey, la familia de Baltasar, había participado de forma muy activa en la defensa de parte de la frontera gallega, capturando incluso algunas poblaciones lusas de cierta importancia, dirigidos siempre por un Baltasar que demostraba en cada acción todo su valor como caudillo. Aquello, en cambio, era algo distinto, algo mucho más personal. Felipe II había anunciado que otorgaría veinte mil ducados a quien pusiera a sus pies a Antonio de Portugal. Poco importaba si vivo o muerto. El rey español quería eliminar cualquier posible aspirante al trono portugués. Baltasar había recibido unos días antes la noticia de que Antonio se ocultaba en la quinta de Taype, y hacía allí había partido a toda velocidad con poco más que un puñado de hombres, casi sin impedimenta, apenas con unos pocos panes para alimentar a los cincuenta que le acompañaban. No se atrevió a llevar más soldados y dejar la frontera desprotegida; en definitiva, las encamisadas solían llevarse a cabo con un reducido grupo de soldados. Marcharon a ritmo endiablado por valles y cañadas hasta encontrar el cauce del Lima y siguieron su curso. Tras dos días de caminatas y mala comida, los hombres estaban exhaustos. Baltasar, acompañado del sargento mayor de la mesnada, los revisaba con ojo crítico.

—Están demasiado cansados, mi señor.

—No me importa.

—Pero no podrán luchar adecuadamente, será como enviarlos al matadero.

Baltasar se detuvo con un gesto brusco y miró con los ojos vidriosos a su acompañante. Lo vio cubierto de polvo, con los bigotes y la barba mustios y resecos, la cara manchada, las botas llenas de barro, la espada colgando del cinto a punto de dejarse caer en el suelo para descansar también ella. La mano se apoyaba temblorosa en la guarda del arma, las piernas traqueteaban una contra otra y amenazaban con tumbarlo en el suelo en cualquier momento. Baltasar calló y el sargento, viendo el resquicio, volvió a tomar la palabra.

—Señor, permitídes descansar esta noche. Partiremos mañana antes del alba. Aún quedan un par de horas para que el sol se oculte. Recuperarán fuerzas y mañana, agradecidos, lucharán hasta dejarse la vida por la casa Monterrey, tal como llevan haciendo desde que esta maldita guerra comenzó.

Baltasar movió el cuerpo y se encaró a la tropa. Estaban desmadejados, mordisqueando mendrugos de pan aquellos a los que aún les quedaba algo que roer. Muchos se habían quitado las botas y mostraban los pies hinchados. Baltasar hundió la cabeza entre los hombros, aspiró con fuerza y tomó una decisión.

—Está bien, descansaremos esta noche. Pero oídme bien: quiero patrullas que vigilen cada palmo de terreno. Si llega a Taype la noticia de que estamos aquí y Antonio de Portugal consigue escapar, juro ante Dios que degollaré personalmente a todos los que forman parte de esta partida.

La noche los cubrió con lentitud. Mucho antes de que oscureciera, las patrullas ya vigilaban el terreno. Los ronquidos hubieran alertado a cualquiera que hubiera pasado a una legua de distancia, pero Taype dormía lejos, sin saber lo que se le venía encima.

En lo más frío de la noche se levantaron los hombres; recogieron mantas y se calzaron botas y zapatos en completa oscuridad, entre reniegos y flatulencias matutinas. La luna brillaba aún alta, arrojando algo de luz. Apretaron los cinturones para acallar los ruidos del estómago y se dispusieron en columna. Baltasar fue el primero en llegar. No había dormido en toda la noche; capturar al enemigo de Felipe II, el único que podía hacerle sombra para conseguir la corona de Portugal, le daría los honores y el acceso al poder que tanto necesitaba. Su familia apenas tenía para mantener a los soldados que se habían visto obligados a levantar y, aunque ya había cumplido veinte años, él seguía dependiendo por completo de lo que su hermano pudiera destinar a su servicio.

Los hombres lo observaron alzado sobre su caballo, silencioso y terco, como siempre. Un hombre joven de pecho amplio y brazo fuerte, poco dado a las bromas o a la conversación, pero que mandaba bien a sus tropas y solía llevarlos a la victoria. Así había sido, al menos, hasta entonces. Lo vieron bajar del caballo y arrodillarse al tiempo que unía ambas manos para rezar una plegaria, y todos lo imitaron. Era la rutina diaria que les daba la seguridad de que Dios luchaba a su lado y las fuerzas necesarias para arrancar una vida a otro hombre de un balazo, al clavarle la pica en las tripas o trinchar con saña una arteria con la daga y dejar que se desangrara mientras se procuraba segar la vida de otro.

Tras el rezo partieron en silencio, descansados, algunos bostezando aún, otros soñando con regresar a su hogar, más al norte, y encontrarse de nuevo con la moza que habían dejado atrás encima de un viejo colchón o entre las balas de un pajar. La noche había sido plácida. Las guardias no tuvieron que pedir el santo y seña y todos marchaban tranquilos. Más de uno se relamía pensando en el saqueo de la aldea; por pequeña que fuera dispondrían al menos de cerdos, ovejas o gallinas con los que saciar el hambre.

Cuando llegaron, el sol aún no se había despertado. En cualquier otra situación hubieran formado en escuadrón de picas, con Baltasar, el sargento mayor y los veteranos al frente, los tambores y pífanos junto a la bandera, en el centro, y los más jóvenes en la parte posterior del cuadro. Las picas hubieran hablado, se hubieran entrechocado metales, lanzado juramentos y repartido órdenes, armando un escándalo suficiente como para despertar a un soldado borracho como una cuba tras recorrer las peores tabernas de todo Madrid. Pero aquello no era un tercio y lo que se proponían era poco menos que cercenar gargantas en la oscuridad, de modo que se agruparon sin un mal murmullo y atendieron a las últimas indicaciones.

—¿Enviasteis a los hombres a vigilar las salidas del caserío?

El sargento mayor asintió en silencio y Baltasar se dio por satisfecho.

—Adelante, pues. Recordad —avisó señalando a los soldados—: poco me importa si es vivo o muerto. Quiero que pongáis ante mí a Antonio de Portugal. O su cabeza. Si un rey no encuentra diferencia entre una cosa y la otra, pocos ascos he de hacerle yo.

—Matad a cualquiera que se os ponga por delante y no vista camisas blancas como vosotros —añadió el sargento.

No fue necesario que el sargento mayor dijera una palabra más; todos se lanzaron al villorrio.

Empuñaron dagas y espadones. Algunos llevaban un arcabuz o una pistola colgada al cinto o a la espalda, aunque esperaban no tener que usarlos. Avanzaron clavándose en los pies encallecidos las piedras de la Calleja que descendía a las primeras casas. Se fueron separando a medida que se acercaban a ellas. Un grupo más numeroso se dirigió a poniente, donde los batidores que habían enviado el día anterior decían que había un par de casas algo alejadas en las que habían visto entrar y salir a varios hombres con apariencia de no ser lugareños: mejor vestidos que los que podían verse por aquellos pagos y sin trabajar ni dedicarse a mayor oficio que sentarse a la puerta de las Casonas para enviar requiebros a las mozas. Baltasar suponía que aquellos eran los hombres del portugués y sería allí donde golpearían con más fuerza. Él mismo iba en cabeza. El resto, dirigidos por el sargento mayor, se repartiría por los demás edificios; por lo que pudiera pasar.

Fue entonces cuando un perro que hubieran tomado por un caballo de no haber ladrado levantando ecos en el valle, tan grande era, dio la voz de alarma. Un portugués que se había levantado para atender a las urgencias de su vientre se alzó las calzas a toda prisa, sin preocuparse de la mierda que lo iba a acompañar hasta la tumba. Fue el primero en morir, con el cuello atravesado de lado a lado por un hierro toledano, pero tuvo tiempo de soltar dos palabras a voz en grito: ¡Ayudar! ¡Ayudar!

Aún tuvieron oportunidad de cortar un par de cuellos a los dormidos, pero pronto tuvieron que hacer frente a hombres armados. Baltasar lanzó dos estocadas al primero que salió por la puerta de la primera casa, ensartándolo. La espada se le trabó entre las costillas y a punto estuvo de perderla. Tuvo que sacar la daga y agrandar la herida

mientras el pobre desgraciado se retorció en el suelo, boqueando igual que una carpa fuera del agua. Cuando logró empuñar de nuevo la espada, se lanzó a por el siguiente. Era un hombre gordo, de papada colgante y una barriga en la que parecía que hubiera incrustado un barril de cerveza. Era lento, pero fuerte. Del primer espadazo hizo trastabillar al desconocido que se había atrevido a sacarlo de un sueño plácido y una cama cálida; estaba dispuesto a hacérselo pagar caro. Con la mano izquierda tomó a Baltasar de la pechera y lo alzó como si fuera un muñeco de trapo. Hizo ademán de lanzarlo contra la pared de la casa. Ése fue su error. Si en lugar de eso le hubiera clavado el estoque, allí hubieran acabado los días de Baltasar de Zúñiga. Pero el gallego estaba llamado a hacer aún cosas importantes y la ira cegó a su contrincante, que quiso machacar a aquel malnacido antes de matarlo. Cuando ya lo levantaba del suelo, Baltasar clavó la daga con toda la fuerza de su brazo contra el cuello del gordo, atravesando papada y lengua y yendo a incrustarse contra el paladar de aquel tipo que olía peor que la sentina de un barco recién llegado de las Indias. La mano lo soltó de inmediato, dejándolo caer al suelo. El pobre gordo, aferrándose a la hoja que le había dado muerte, cayó hacia atrás; un roble cortado en mitad del bosque.

Un par de tiros de arcabuz dieron la bienvenida al sol, que acababa de nacer, y dos gritos sonaron a la primera luz del día. Los aceros traquetearon aún un poco, pero el número de portugueses era reducido y había sido atacado mientras dormían. Apenas hubo resistencia. Baltasar ni siquiera llegó a cruzar su hoja con ningún otro. Así de rápida fue la toma de Taype.

No tardó mucho en llegar el sargento mayor. En el resto de los edificios no habían tenido problemas. Un par de hombres envalentonados ahora yacían muertos sobre sus colchones mientras sus mujeres lloraban a lágrima viva. El resto ni se habían atrevido a levantarse.

—Mal asunto, don Baltasar. Poco soldado para guardar aquí a un rey.

—Traed a los lugareños.

Apenas sumaron tres docenas entre mujeres, hombres y niños. Todos puestos de rodillas, las más jóvenes de entre ellos en cueros, intentando taparse los pechos y el sexo con las manos mientras tiritaban, ya fuera de frío, de miedo o de los pensamientos que podían estar cruzando por las cabezas de los que habían atacado de esa forma a un poblacho sin importancia.

—¿Dónde está Antonio de Portugal?

Baltasar apenas alzó la voz; nadie contestó.

—¡Antonio de Portugal!

Los lugareños se miraban sin entender lo que estaba ocurriendo. Baltasar miró al sargento mayor y, bajando las cejas en un gesto de tristeza que no pudo ocultar, asintió con la cabeza. El sargento se acercó al más pequeño de los críos, un zagal que apenas tendría seis años. Lo puso en pie de un tirón al tiempo que el chiquillo emitía un puchero sordo y sus lágrimas refulgían al sol, cada vez más alto. Puso una daga sobre el cuello del niño. Un grito surgió de la garganta de una mujer y un hombre de

unos treinta años se levantó para intentar arrancar a su hijo de aquellas garras, pero un golpe con la culata de un arcabuz lo tumbó cuan largo era. Baltasar volvió a hablar:

—No quiero haceros daños. Sólo quiero que me digáis quién de vosotros es Antonio de Portugal.

Una anciana, quizá la abuela del rapaz, fue la que contestó sin poder evitar su miedo:

—*Aqui nunca veio Antonio de Portugal.*

—¿Cómo?

La mujer se tiró del escaso pelo, intentando ordenar las palabras, y luego habló con voz lenta y suplicante.

—Aquí nao ha eshtado nunca Antonio de Portugal.

—¿Y quiénes eran estos hombres entonces?

La mujer señaló con una mano al gordo al que Baltasar había dado muerte y que seguía teniendo la cabeza adornada con la daga. Pronunció las palabras mientras sacudía la cabeza arriba y abajo.

—Tudivelo de Guimaraes.

—¿Quién?

—¡Tudivelo de Guimaraes!

—¿Lo conocéis, don Baltasar? —preguntó el sargento mayor, que seguía aferrando al niño.

—Oí hablar de él al duque de Alba. Es un malnacido que le debía dinero a un familiar suyo... —Baltasar se giró, lanzó un aullido de rabia y se fue hacia el gordo. Recuperó la daga y la clavó una vez y otra en el corpachón mientras gritaba—. ¡Todo esto para nada!

—No, señor. Para nada, no. Vuestros hombres deben comer. Y ya que estamos aquí y hay buenas rapazas...

* * *

Francisco esperaba junto a la puerta de su casa a que bajara Catalina. Lo hacía paciente, sentado en una butaca algo ajada mientras limpiaba de motas imaginarias los guantes de cabritilla. Un revuelo anunció la llegada de sus hijos, que venían alborotando por el pasillo. Los miró sonrientes, acuclillándose para acogerlos en sus brazos. El frufú de las telas anunció la llegada de su esposa. Su vientre aparecía muy abultado ya y se notaba que empezaba a costarle caminar. El rostro ovalado mostraba unas mejillas más plenas y sonrosadas, y las carnes habían recubierto un poco los brazos, aunque los hombros seguían sobresaliendo a ambos lados del cuello.

—Cogeos a mi brazo, Catalina —ofreció Francisco acercándose a ella al tiempo que la cogía de la mano—. Os veo mejor color que ayer. ¿Habéis descansado bien?

—Sí, muchas gracias. Aunque el vientre empieza a pesar. Pronto no podré acompañaros a la iglesia.

—Pero mientras podáis iremos ambos junto con los niños. Y cuando vuestro estado os obligue a quedaros en la casa, haré traer un cura para que rece con nosotros, pues debéis saber que también yo permaneceré aquí siempre que mis ocupaciones me lo permitan.

La ayudó a subir al carruaje, que los esperaba ya en la calle, y alzó a los chiquillos antes de subir él mismo. Tan pronto como cerró la puerta, el cochero azotó a los caballos, que se pusieron en marcha.

Catalina lo miraba con fijeza, olvidando a los pequeños, que continuaban con sus juegos y a quienes Francisco tuvo que reprender. Fue entonces cuando descubrió la intensidad de la mirada de su esposa.

—¿Os ocurre algo, Catalina?

Ella suspiró. Un aliento quedo y largo que acompañó con un movimiento de cabeza.

—No, Francisco. Sólo es que... No, nada.

—Querida mía, debéis decirme qué os ocurre —pidió solícito al tiempo que le colocaba la mano bajo la barbilla para levantarle la cabeza.

Ella lo miró y esbozó una tímida sonrisa, asintiendo a continuación.

—Es que... Habéis cambiado tanto... Los últimos meses habéis sido todo atenciones. Antes... Antes apenas os veía, y ahora pasáis mucho tiempo en la casa. Vamos juntos a la iglesia, cuando tiempo atrás no os preocupabais de cumplir con vuestros deberes religiosos. Apenas mirabais a los niños y ahora os desvivís con ellos... Estoy sorprendida con todo esto.

—Lleváis razón, Catalina. He cambiado. Siempre estuve equivocado. Teníais razón cuando decíais que debía dejar a aquella mujer, que me tenía embrujado. Mas no sabía verlo. Teníais razón al decir que debía prestar más atención a mi casa, a mi hogar...

—¿Y qué os ha hecho cambiar? —preguntó ella, interesada por el tono de voz de su marido.

—Vos. Vuestra entrega, vuestra quietud. Me di cuenta de que no podía seguir por ese camino. ¿Sabéis? Un día, al regresar a nuestra casa, os hallé dormida. Teníais vuestra Biblia abierta sobre el regazo, así que me acerqué para cerrarla y colocarla en la mesa. No obstante, antes quise comprobar qué estabais leyendo, y así me encontré con que estaba abierta en una de las epístolas de San Pablo en las que habla del amor. Decía en aquellas palabras que el amor no hace las cosas de forma indecente, ni busca su propio interés. Tampoco lleva cuenta del daño que sufrimos, al tiempo que soporta todas las cosas; todas las cosas las cree y las espera. Me di cuenta de que así era como me amabais, y de que no estaba siendo justo con vos. Me di cuenta de que

solo amándoos del mismo modo lograría la paz para mi alma. Me di cuenta de que la felicidad estaba dentro de mi casa, y no fuera... Y desde ese momento me juré que viviría solo para vos y para mi familia. Dejé de ver a Juana. Sí, así se llamaba. La ayudé, no penséis que me deshice de ella, pero me negué a volver a verla. Y descubrí que podía ser otro hombre, Catalina... Que podía llegar a ser alguien de quien os sintierais orgullosa. He puesto en ello todo mi empeño. Sólo espero conseguirlo algún día...

Catalina no pudo aguantar más y se echó en los brazos de su marido, dando gracias al apóstol por sus sabios consejos. De inmediato comenzó a sollozar mientras él la consolaba chascando la lengua. Su mente, en cambio, se encontraba lejos de allí, junto a Juana, con quien se encontraría al día siguiente, como todos los lunes desde hacía casi un año.

* * *

Baltasar sostenía una copa de buen vino en la mano. Habían pasado varios meses desde el asunto de Taype y se encontraba visitando a su hermana y su cuñado en Madrid. Se trataba de un hogar plagado de lujos: alfombras y tapices, candelabros de oro, sirvientes donde fijara la vista... Era mucho más de lo que tenía su hermano en su hacienda gallega. Él estaba acostumbrado, no en vano disfrutaba de largas estancias en casa de María, a quien amaba por encima de cualquier otro miembro de su familia. Con su cuñado lo unía un fuerte lazo de amistad que se había ido fortaleciendo y estrechando con el paso de los años. Aquella era su casa, más incluso que la que lo vio nacer; y sin embargo aquel día estaba incómodo, removiéndose en la silla; un perro que da vueltas sin encontrar la postura.

—Así pues, ¿el rey os recibió?

Enrique de Guzmán se sentaba frente a su cuñado, mirándolo mientras estiraba las piernas por debajo de la mesa y entrecruzaba los dedos al tiempo que apoyaba las manos sobre el vientre, que iba siendo cada vez más voluminoso.

—Así fue, me recibió, aunque sirvió para bien poco. Besé su mano en Oporto, una vez se hubo sentado sobre el trono portugués. Trono que, dicho sea de paso, logró en parte merced al esfuerzo de mi familia y el mío propio, que bien he sangrado en su nombre y hasta a punto de morir estuve en alguna ocasión. De nada sirvieron nuestros esfuerzos; y de nada sirvió tampoco la amistad que forjé con el duque de Alba, gracias en parte a haber dado muerte al mal nacido del tal Tudivelo. Tampoco nos sirvió haber defendido las fronteras diez veces mejor que los Lemos, malditos sean todos ellos. Merecíamos el reconocimiento real y que se nos recompensara de acuerdo a nuestro esfuerzo. Mas, a la hora de la verdad, el rey olvida a los que bien le

sirven.

Durante todo el discurso no había dejado de darle vueltas a la copa que sostenía.

—Ser rey no es fácil, cuñado. —Pedro seguía recostado en el sillón, ajeno al evidente nerviosismo de Baltasar—. Hay muchos temas a los que atender y los hombres son raudos a la hora de mostrarse ofendidos. Bien sabéis que está en contra de todo lo que huelga a Antonio Pérez, y vuestra casa aún conserva parte de su aroma. Además —rezongó mientras se incorporaba, inclinándose hacia adelante y abriendo las manos en dirección a su compañero—, de haber recompensado a vuestra casa se hubiera encontrado ante un problema con el resto de la nobleza gallega, a la que bien sabéis que no ha llegado ni siquiera a dar las gracias. A vos, al menos, os ha honrado otorgándoos el hábito de Santiago.

—Gran honor y pocos dineros.

—¿Seguís pasando apuros? Puedo ayudaros si es necesario...

—No, no. He recibido la herencia de mi abuela, en gloria esté. Me ha legado ocho millones de maravedíes y una renta de otro medio millón anual. No es que sea gran cosa, pero al menos puedo mirar hacia adelante.

Baltasar dio un trago y se fijó en que su cuñado movía la pierna derecha arriba y abajo de manera compulsiva, señal inequívoca de que estaba pensando algo importante. Lo conocía bien, así que se mantuvo en silencio, esperando intranquilo a que se decidiera a hablar.

—Llevo tiempo pensando en esto, Baltasar, si bien nunca me he decidido a tratarlo con vos. Habéis mostrado vuestro valor con las armas, y habéis visto que no es el modo de alcanzar honores ni riquezas. Sí, sí —continuó alzando la mano hacia su cuñado con el fin de que no lo interrumpiera—, sé bien que vuestro hermano mayor heredó de vuestro padre y el menor está haciendo carrera en la Iglesia y que, por tanto, a vos os corresponde tomar las armas. Lo habéis hecho, y lo habéis hecho bien. Pero hay otro camino. El camino de la diplomacia.

Baltasar resopló mientras soltaba la copa sobre la mesita que tenía a su izquierda.

—Para que pudiera hacer carrera como diplomático necesitaría una experiencia y unos títulos de los que no dispongo.

—Pero yo sí, Baltasar. Yo sí. Sabéis que pronto partiré nada menos que a Roma como embajador ante el Papa. Es un puesto único que os permitiría adquirir esa experiencia que necesitáis. Estaríais a mi lado y podrías realizar contactos, ascender en la escala política. —Baltasar no parecía convencido y volvía a jugar con la copa—. Miradme bien, cuñado: sois hombre instruido y valeroso, arrojado, inteligente y excelente conocedor de los hombres. No os falta buen juicio. Y yo sabré guiaros. Será un camino largo; pero es un camino, al fin y al cabo.

Baltasar volvió a agachar la cabeza y alzó la copa. La movió en círculos unos instantes, haciendo que el vino bailara mientras observaba, con el ceño fruncido y los ojos entrecerrados, los velos que dejaba el caldo en el cristal. Cuando se hubo decidido, se giró hacia su cuñado, que volvía a recostarse apoyando el pulgar en la

barbilla y el índice en el rostro, alzó el cáliz y lo vació de un solo trago.

Capítulo IV

—Hay una cuestión más que me gustaría discutir con vuestra excelencia.

Mateo Vázquez, el secretario de Felipe II, se hallaba tratando con el monarca asuntos de diversa índole concernientes al reino. Ahora, cuando la entrevista tocaba a su fin, se armó de valor para comentar con su rey un asunto delicado. El monarca frunció el ceño y esperó a que iniciara el tema.

—Se trata del marqués de Denia...

—¿Qué tienen sus asuntos que ver conmigo?

Mateo cambió de postura en un par de ocasiones antes de decidirse a hablar.

—Veréis, majestad: conocéis bien que el estado de la hacienda no es muy holgado. Muchos son los problemas que nos acucian en los últimos años, guerras y levantamientos que han hecho que el dinero, pese al comercio con las Indias, sea escaso. Esto es aún más cierto en el caso de algunas casas nobles y, de entre todas ellas, la que se encuentra en peor posición es sin duda la casa de Sandoval.

No lo había pretendido, pero mientras hablaba apretaba con fuerza la pluma que sostenía. El gesto no pasó desapercibido para el rey.

—Tú mismo lo dices, Mateo. El dinero escasea, nobles y plebeyos sufren por igual y yo no puedo estar pronto a ayudar a unos en detrimento de otros, puesto que esto provocaría disturbios justificados.

—Soy consciente de ello, majestad. Sin embargo, permitid que insista en que la necesidad de los Sandoval es extrema. Hace unos días recibía un memorial en el que el marqués explicaba que sus padres y sus abuelos, que tanto han servido a sus señores, han dejado como herencia una casa arruinada, y que le es imposible, y yo lo creo, vivir y sostenerse por sí mismo.

—¿Hablas del marqués de Denia, aquél que casó hará diez años con la hija de Medinaceli y que es uno de los gentileshombres de mi cámara?

—Ése mismo, mi señor. A lo largo de generaciones, su casa ha demostrado lealtad y sensatez. No solicito gran ayuda para ellos, majestad, pero tal vez sí se les podría dotar de una encomienda para que lo ayudara a pasar tan difíciles momentos. Francisco de Sandoval es, además, hombre compasivo y devoto; cierto es que hace años corrió el rumor de que tenía amantes y llevaba una vida disoluta, mas todo aquello resultó ser falso y es hombre sin tacha y abnegado, cualidades que no suelen verse en otros de su alcurnia.

Felipe se mantuvo unos momentos en silencio, fijando su atención en un documento, abstraído a lo que le decía su secretario, que continuaba hablando de los muchos servicios que los Sandoval habían efectuado a lo largo de los años y lo merecido que tenían el favor real. De pronto, el rey interrumpió al secretario.

—Dime, Mateo, ¿no era un Sandoval siervo de la casa de mi hijo Carlos?

El secretario tuvo un escalofrío. Conocía bien la mente del rey, sabía los vericuetos por los que avanzaban sus pensamientos y ahora discernía que el hecho de que Felipe se acordara de Carlos no traería nada bueno para el Sandoval.

—Majestad, uno de ellos era, efectivamente, mayordomo mayor del príncipe Carlos.

—Mayordomo mayor... Debía estar, entonces, enterado de los intentos de Carlos de asesinar al duque de Alba, ¿no es así? —Ante el silencio del secretario, el rey lo miró con fijeza y, de inmediato, realizó una afirmación aún más seria contra los Sandoval—: de hecho —dijo el monarca con mirada inexpresiva—, apuesto a que seguramente estaba enterado de las misivas enviadas por mi hijo a la aristocracia, aquellas en las que solicitaba ayuda a los nobles para destronarme y tomar el poder. Tal vez, incluso, supo del deseo que tenía mi hijo de darme muerte. ¿Qué opinas, Mateo?

El pobre Mateo Vázquez no sabía muy bien qué hacer. Era evidente que se había metido en camisa de once varas al sacar aquel asunto. Aun así, acostumbrado a pasar por similares circunstancias de vez en cuando, se armó de valor y decidió que ya que había empezado por defender la causa de los Sandoval abandonar ahora dicha postura lo colocaría en una posición ingenua ante el rey. No, haría más bien lo contrario a lo que éste esperaba. Soltó la pluma que había aferrado hasta ese momento, apoyó la espalda contra el asiento que ocupaba frente al rey, arregló la sotana que vestía y, tras unir ambas manos apoyando las yemas de unos dedos en los otros, aspiró y comenzó a hablar.

—Majestad, bien sabéis que desde aquel desgraciado accidente en el que vuestro hijo cayó por unas escaleras golpeándose la cabeza su mente no regía todo lo que debiera. Es por esto que intentó alocados planes, como vos bien comentáis. Sin embargo, el príncipe de Éboli, a quien no es necesario ensalzar pues bien sabéis cómo os sirvió, os informó puntualmente de los planes de Carlos cuando vuestro hijo intentaba alguno de sus imprudentes propósitos. Luis, el mayordomo mayor del príncipe, era hombre de confianza de Éboli, así como lo fueron otros miembros de la casa de Sandoval. Por tanto, ¿cómo pensáis que se enteraba Éboli de todos estos asuntos? Según mi parecer, Luis de Sandoval siempre os fue leal, mi señor, al igual que lo han sido siempre los miembros de tan importante casa.

Felipe se mantuvo en silencio. Mateo esperó un tiempo prudencial; al comprobar que no recibía respuesta, comenzó a recoger sus enseres. Nada más cabía decir. El secretario conocía bien la malquerencia que el monarca tenía a conceder favores y mercedes y, además, el hecho de que el marqués de Denia no dispusiera de valedor alguno frente al rey complicaba más aún que éste se inclinara a favorecerle.

Cuando al fin salió de las habitaciones a las frías calles de la Guadalajara del mes de enero, Mateo Vázquez lo hacía pensando en que nadie sería capaz de salvar a la casa Sandoval de la caída.

No tardó Francisco en conocer por boca del propio Mateo que de nada había

servido su súplica de ayuda al monarca, y unos meses después, a principios de abril, conversaba abatido acerca de su futuro con Juan de Tassis, quien se había convertido en su íntimo amigo y confidente.

—No tengo más salida, Juan.

—¿Marchar a vuestros dominios en Valencia? ¿Y qué haríais allí? ¿Es que acaso con vos entre los lugareños crecerán mejor los frutos de aquellas tierras?

—Si así fuera ya haría tiempo que me habría trasladado a ellas, amigo mío. No, no ganaré nada, excepto evitar los gastos de una corte que en nada me favorece.

—Retiraros lejos de Madrid impediría cualquier opción de ganar favores, Francisco. La gracia real no se gana en la lejanía, sino en el interior de los pasillos cortesanos.

—¿Creéis que no lo sé? —repuso abatido.

—¿Por qué no pedís ayuda a vuestro tío?

—¿El arzobispo? No, no puedo hacerlo. Bastantes afanes tuvo ya cuando se hizo cargo de mi educación; y organizando la boda con Catalina. No puedo pedirle más.

—Sin embargo, él mismo se ofreció a ayudaros hace unos años, y gracias a eso conseguisteis que se os incluyera entre los miembros que acompañarían al rey a Portugal. No desdeñéis el poder de la Iglesia, Francisco.

—Cierto es —asintió el marqués—, y gracias a su ayuda parecía que podría acercarme al rey, pues me nombró gentilhombre de su cámara. Pero no obtuve ningún otro favor, a pesar de mis esfuerzos.

—No sois el único, Francisco...

—Lo sé, Juan, lo sé. ¡Y se debe a la maldita manía del rey de mantenerse alejado de todos!

—Los caprichos de un monarca son los que dirigen el reino, y nada podemos hacer nosotros por cambiarlos —comentó con seriedad Juan de Tassis—. Más aún cuando aquellos pocos a los que el rey escucha defienden con celo su posición, evitando que otros podamos acercarnos a él. Y aun así, tenéis una nueva oportunidad con el viaje a Aragón.

—Ésa es mi última esperanza. Hace cinco años que me limito a cumplir con mis funciones. He de hacer algo por cambiar mi situación, de lo contrario será el fin de mi casa.

—Tal vez no tengáis que esperar tanto, Francisco. Ya sabéis que no son pocos los agoreros y adivinos que profetizan un final dramático del rey.

—¿Y en qué cambiaría eso mi posición, amigo?

—Vuestro fatalismo os ciega, Francisco —comentó alegremente Juan de Tassis—. A la muerte de Felipe II, un nuevo Felipe ha de ocupar el trono. Y necesitará hombros poderosos en los que apoyarse.

El marqués de Denia observó con atención a su amigo. Lo conocía bien, y sabía que sus palabras solían encerrar intenciones y juicios.

—Bien, Juan. Sabéis que podéis hablar con libertad. Os escucho.

La sonrisa que esbozó el invitado iluminó sus facciones, y comenzó a exponer su idea mientras caminaba de un lado a otro de la estancia mientras hacía grandes gestos con las manos.

—No ha de durar mucho más en el trono Felipe II, Francisco. Y su hijo es quien heredará el poder. Es cierto que el rey es inaccesible por voluntad propia. Pero... ¿qué hay del nuevo Felipe?

—¡Por todos los santos, Juan! El príncipe tiene sólo siete años...

—¡Mejor aún, amigo mío!

—Debéis haber perdido el juicio...

—En absoluto. Debéis empezar a pensar de otro modo. El príncipe es aún un niño..., de acuerdo. En realidad, como os digo, es algo que os favorece. Podréis acercaros a él, mostrar vuestra preocupación por su educación y, a base de tiempo y esfuerzo, ganar su confianza y amistad. Quién sabe... podríais llegar a convertirlos en el nuevo Álvaro de Luna, el favorito del rey. Del nuevo rey.

—Se opondrán, Juan. Habrá muchos que pongan dificultades a mi amistad con el heredero. Hay demasiados intereses en juego.

—No he dicho que hubiera de resultar fácil.

—Además, ¿cuánto tiempo ha de pasar hasta entonces? ¿Veinte años? Tal vez más.

—Es posible. También pudiera ser que el rey muera antes de tiempo. ¡No! —Alzó de inmediato las manos para tranquilizar a su amigo, que lo miraba con ojos espantados—. No me malinterpretéis, no pretendo urdir su muerte. Lo que digo es que debéis preparar el terreno cuanto antes, pues resulta imposible saber en qué momento el príncipe se convertirá en Felipe III. Y cuando ese momento llegue, Francisco, deberíais estar a su lado si en algo estimáis la fortuna de vuestra casa.

* * *

Francisco comprobó que debía seguir el consejo de su amigo cuando durante el viaje a Monzón, y más tarde a Benifar, fue poco más que un mueble en la cámara del rey.

Capítulo V

Francisco llevaba tiempo acercándose al príncipe Felipe, pero no conseguía entrar en su círculo más íntimo, pues el protocolo de la casa principesca estaba controlado por los favoritos del rey, que limitaban el acceso al heredero a todo aquel que no fuera de su confianza; y Francisco no se encontraba entre ellos.

Aquella mañana paseaba por los jardines de la Casa de Campo. Había decidido sacar a pasear a los niños y a Catalina para que jugaran con la nieve. La escarcha permanecía helada sobre las hierbas y los árboles parecían encogerse ante las ráfagas de aire frío que bajaba de la serranía madrileña. Todos vestían ropas de abrigo. A pesar de todo, para evitar enfriamientos, habían dejado a la pequeña Catalina, de sólo dos años, en la casa. Cristóbal, el mayor, que ya tenía nueve, correteaba yendo y viniendo, arrastrando tras de sí a Diego, que siempre lo seguía como un perrillo fiel, mientras que Juana, la primera hija del matrimonio, una damisela de seis años, caminaba con la espalda muy recta junto a su madre, envuelta en pieles y mirando extasiada el modo en que el vaho escapaba de su boca. En una de aquellas carreras, Cristóbal saltó por encima de un tronco caído. Diego saltó tras él, pero el pie se le enredó entre el ramaje y cayó cuán largo era. Intentó colocar las manos para amortiguar el golpe en un gesto instintivo, sonó un chasquido y un golpe seco y de inmediato Diego comenzó a llorar.

Francisco y Catalina se apresuraron a llegar junto al chiquillo, que había quedado tumbado en el suelo. Catalina lo alzó y pudieron comprobar que el brazo le colgaba como un trapo. Lo alzaron como buenamente pudieron y entre arrumacos y cariños lo tranquilizaron y le pidieron que no lo moviera.

—¡Todo esto es culpa tuya, Cristóbal! —Francisco estaba rojo como la grana y zarandeaba al mayor de sus hijos mientras éste lo miraba a los ojos—. No aprendes, eres impulsivo, actúas sin pensar, no prestas atención a lo que haces ni a lo que se te dice. ¡Tu hermano se ha roto el brazo por tu culpa!

—Basta, Francisco. —Catalina hablaba posando una mano en el hombro de su esposo al tiempo que no cesaba de mecer a Diego—. Lo estás asustando y, en realidad, no ha sido más que un accidente.

Francisco apretó durante unos instantes más el brazo de Cristóbal, que comenzaba a hacer pucheros.

—Dame la mano y no te sueltes. Tú también, Juana. Volvemos a casa; hemos de llamar al médico para que cure el brazo de tu hermano.

—¡Pero habías dicho que cruzaríamos el parque! —protestó la niña, tomando la mano que le tendía su padre y dirigiendo una mirada suplicante a su madre.

—Sí, cariño. Lo sé, pero Diego se ha hecho daño y tiene que verlo un médico. Volveremos otro día.

Regresaron caminando a toda prisa hacia la salida de los jardines, donde buscarían un carruaje que los llevara de vuelta, cruzando el puente que abría el camino de Móstoles.

Mientras avanzaban casi a la carrera, unas exclamaciones de asombro y cierta algarabía llamaron su atención. Fijaron la vista sin detenerse en el lugar del que provenía el alboroto y comprobaron que una decena de personas alzaba voces sorprendidas. Al seguir la dirección de sus miradas pudieron contemplar un hecho sorprendente: sobre las aguas heladas de uno de los estanques un hombre se deslizaba con elegancia, a una velocidad de vértigo, sobre unos pies calzados con un extraño ingenio. Ejecutaba piruetas y giraba sobre sí mismo, como si flotara sobre el hielo en lugar de caminar sobre la tierra, sin perder el equilibrio en ningún momento. Era un espectáculo asombroso y la pequeña Juana tironeó de la mano de su padre en un intento de que se detuviera.

—¿No es sorprendente?

Francisco y Catalina se detuvieron como si los hubiera golpeado un muro al escuchar aquellas palabras. Ella, que seguía cargando con Diego, ya más calmado, apretó al niño contra su pecho.

—Baltasar...

—A vuestros pies, Catalina. ¿Qué tenemos aquí? —preguntó mirando a Juana, que se apretaba contra la pierna de su padre.

—Lo que tenéis aquí es mi familia, don Baltasar —cortó Francisco con sequedad—. Os hacía en Roma, junto a vuestro cuñado.

—Y así era, —repuso sin prestar atención al tono brusco de Francisco y haciendo carantoñas a la niña—. Regresé hace unos meses junto al condestable.

—¿Os alojáis en Madrid? —Catalina se había repuesto de la sorpresa y sonreía a su antiguo amigo—. Vuestra situación es... ¿Es buena? Podríais alojaros con nosotros si fuera necesario.

Francisco puso mala cara ante la sugerencia de su esposa, pero cuando ya abría la boca para replicar llegó la respuesta de Baltasar, que habló con un tono alegre y desenfadado:

—No debéis preocuparos, Catalina. El Papa tuvo a bien gratificarme con una renta de dos mil escudos durante todo el tiempo que permanezca sin casarme. Eso, unido a las rentas legadas por mi abuela, me permiten vivir sin lujos, pero con tranquilidad.

—Debemos irnos, Catalina. Es necesario que el médico vea a Diego.

Francisco apenas lograba contener los temblores que le recorrían el cuerpo tras escuchar a Baltasar. ¿Cómo era posible que aquel jovencuelo hubiera logrado esos honores y mercedes mientras que él, que se desvivía por medrar en la corte, apenas llamaba la atención del rey?

—¿Le ha ocurrido algo?

El rostro de Baltasar había cambiado. Fruncía el ceño al tiempo que apretaba con

fuerza los labios.

—Diego se ha caído. Tal vez tenga el brazo roto. Francisco tiene razón; debemos irnos; aún debemos cruzar lo que resta de los jardines y buscar un carruaje.

—¿Buscar un carruaje? Nada de eso. Permitidme, mi cochero os llevará.

Ni siquiera les permitió rechistar. Tomó a Diego de los brazos de Catalina y echó a andar a grandes pasos. No les quedó más remedio que seguirlo.

Francisco no pudo quitarse de la cabeza en todo el día el hecho de que algo estaba haciendo mal si un hombre al que sacaba veinte años obtenía honores y reconocimientos mientras él se hundía cada vez más en la miseria. Se había avergonzado ante Baltasar al entrar en su casa. No había querido ofrecerle una copa de vino como agradecimiento porque estaba convencido de que estaba acostumbrado a mejores cosechas que la que pudiera servirle. No le pidió que lo acompañara al salón ni lo invitó a sentarse para que no reparara en lo ajado de las sillas.

Al día siguiente, con el rostro cubierto por las ojeras y la lechuguilla mal colocada, fue de nuevo, solo, a la Casa de Campo. Necesitaba pensar. Necesitaba un golpe de suerte que lo sacara de aquella situación. Al llegar al estanque helado volvió a ver a aquel extraño hombre que hacía equilibrios sobre el hielo. Parecía un pájaro que volara a ras de suelo.

No prestó demasiada atención y se sumergió en sus pensamientos, alejándose del bullicio que admiraba el arte del desconocido. Sabía que, tal como le decía Juan de Tassis, necesitaba captar la atención del príncipe, aunque no hallaba el modo de hacerlo. Era cierto que tenía las llaves de su cámara, que tiempo atrás le había entregado el rey. Por tanto, tenía acceso al heredero. Aun así, cuando podía pasar tiempo con él siempre estaba rodeado de otros cortesanos, secretarios, gentileshombres y demás. No podía hablar calmadamente con él y, por tanto, no podía ganarse su favor. Sabía que el príncipe disfrutaba con fiestas, representaciones teatrales y otras algarabías, pero él no tenía recursos ni medios para organizar un evento que estuviera a la altura.

Un nuevo griterío proveniente del grupo de espectadores que acaba de dejar atrás le hizo volver de nuevo su vista hacia ellos.

De pronto lo vio claro. Sabía exactamente qué tenía que hacer para que el príncipe, al fin, se fijara en él. De inmediato salió corriendo hacia el alcázar.

* * *

—Mi señor Muriel —Francisco había descansado sólo el tiempo suficiente para recuperar el aliento y poner en orden sus ideas antes de hablar con el secretario de cámara del príncipe—, perdonad que os interrumpa, pero no pude evitar escucharos

decir ayer, por los pasillos de la corte, que el príncipe presenta en los últimos días un aspecto apático y desganado. No puedo evitar sentirme preocupado ante ello. ¿Acaso se encuentra enfermo?

—Mi querido marqués, no temáis en absoluto por el príncipe —contestó con bondad el secretario mientras sonreía—. No es nada serio. Se trata, simplemente, de este maldito tiempo gélido que impide que pueda salir a pasear y disfrutar de los jardines u otras actividades al aire libre.

—Me complace escucharos, Alonso. —Francisco bajó la mirada y, de repente, como si acabara de tener una idea, alzó de nuevo la vista y habló con entusiasmo. Se tomó incluso la libertad de agarrar por los hombros al secretario—. ¡Pero, mi señor, se me acaba de ocurrir algo que sin duda puede paliar la tristeza del heredero! Y creo que, si puedo contar con vuestra ayuda para que el rey y el mismo príncipe nos acompañen mañana a una visita peculiar, la actual tristeza de Felipe quedaría por completo olvidada.

Alonso Muriel de Valdivieso miró de reojo las manos de Francisco que aún lo sujetaba. Decidió que no debía sentirse molesto por ello y respondió encogiéndose de hombros.

—No os prometo nada, marqués, pero intentaré hacer lo que me pedís. —Al fin y al cabo, que el príncipe estuviera de buen humor lo beneficiaba.

A la mañana siguiente, Felipe II y su hijo se acercaban hasta la Casa de Campo, donde ya los esperaban Francisco y el secretario. Aparecieron cubiertos por gruesas pieles para protegerse del frío, en carruaje en lugar de a caballo. El rey mantenía el ceño fruncido, no muy convencido del beneficio que pudiera reportarle a su hijo aquella salida.

Llegaron acompañados por gran parte de la corte, pues se había corrido el rumor de que un acontecimiento de singulares características había sido preparado por el marqués de Denia para distraer al príncipe y al mismo rey.

Y es que no había resultado fácil, pero Francisco había logrado encontrar al patinador que había hecho las delicias del pequeño grupo del día anterior, convencándolo para que volviera a realizar su hazaña ante los ojos del rey y del príncipe a la mañana siguiente.

Durante un buen rato, el extranjero, pues se trataba de un belga llegado hacía poco a Madrid, deleitó a la familia real, que quedó extasiada ante sus evoluciones sobre el hielo. Al cabo del rato, el rey, alentado por su hijo y ya visiblemente satisfecho, quiso conversar personalmente con el peculiar sujeto, mostrando así toda la curiosidad que su hazaña había provocado.

El patinador fue conducido hasta el carruaje del monarca y allí, junto a la compañía de Alonso Muriel de Valdivieso y Francisco de Sandoval, como premio a tan maravilloso entretenimiento, comenzó a responder con particular acento a las preguntas del rey.

—Ante todo —comenzó a decir Felipe II—, queremos felicitaros por vuestra

destreza. Nos gustaría conocer más de vos, si no os importa. Decidnos, ¿cuál es vuestra gracia?

—Vuestga Excelencia, muy mal es mi idioma español. —Era evidente que el belga hacía esfuerzos por dominar el idioma, pero aún no lo había conseguido, por lo que su habla era lenta y, en ocasiones, difícil de seguir. Esto, en realidad, lejos de disgustar al rey le hizo sonreír, pues el príncipe se mostraba claramente divertido ante las dificultades del extranjero—. Mi iamo Jehan Lhermite, y nací en la ciudad de Ambeges. Mi pgimo es Magtin Lhermite, señoq de Bettinsagt, y llegué a Madgid paga visitag a Pierre Van Ranst. Cgeo que esta pegsona conocéis bien vos, ¿oui?

—Sí, conozco a Van Ranst, pues es ayuda gentilhombre de mi cámara. Así, nacisteis en Amberes y, por lo que veo, sois de familia noble. Decidme, caballero, ¿lleváis mucho tiempo en Madrid?

—Majestad, meses sólo.

—Para llevar poco tiempo entre nosotros habláis bien nuestra lengua. ¿Dónde la habéis aprendido?

—Las mujeges y los niños son maestgos buenos, majestad. Ellos no saben callag y hablan *incesantment*. Tampoco ven malas intensiones en egoges míos, y me cogigen de continuo. A cambio, io patino paga ellos.

—Sí, es una maravillosa cualidad esa que tenéis, señor Lhermite. Veo que calzáis unas curiosas botas. ¿Puedo preguntar qué son?

—Pog supuesto. Io los conozco como *patins d'Hollande*. Podéis veg que son botas con platafogma. Cuchillas de metal son puestas... eh... debajo... —El belga hablaba mientras volvía a calzarse los patines, mostrando el correcto uso de los mismos—. Eh, ¡voila!

Para entonces, el heredero comenzaba a dar síntomas de aburrimiento, y el rey decidió terminar con la visita.

—Señor Lhermite, ha sido un raro y curioso placer conocerle. Venga cuando guste por la Casa de Campo. Quién sabe, tal vez volvamos para ver su curiosa habilidad una vez más.

El carruaje real partió y Francisco se giró satisfecho para regresar a su vez a su hogar. La mañana había sido un éxito. El rey, antes de marcharse, había inclinado la cabeza en su dirección reconociéndole el mérito por organizar un hecho tan sorprendente, el príncipe había reído abiertamente ante alguno de los comentarios que le había hecho mientras el patinador se deslizaba sobre el hielo... Estaba convencido de que empezaba a abrir la puerta hacia una relación más estrecha con el heredero. Era una mañana perfecta... hasta que, al llegar al lugar en el que había dejado su caballo, se encontró con Juana.

—¿Qué haces aquí? —exclamó con voz ahogada—. ¿No sabes que si nos ven juntos pueden volver a correr los rumores sobre nuestra relación? ¿Qué haría yo entonces?

—Francisco, necesitaba verte... He venido desde Móstoles caminando, a pesar

del intenso frío, tal como me ves: con este vestido remendado y un chal viejo. ¡Hace dos meses que no te veo!

Se le echó en los brazos sollozando, pero él la apartó de inmediato, mirando a todos lados por si alguien estaba prestando atención a lo que ocurría.

—¡Ya te dije que tenía que espaciar mis visitas, Juana! Estoy más cerca que nunca de comenzar a hacer realidad todo aquello por lo que llevo años peleando contra toda la corte. ¡No puedo permitirme un escándalo! Regresa a tu casa. Yo iré en cuanto pueda a verte. ¡Miguel! Miguel, toma un carruaje y acompaña-la; ya sabes dónde.

Miguel asintió y corrió en busca de un carro de alquiler.

—Prométeme que vendrás pronto a visitarme, Francisco.

Él la miró preocupado. Saltaba de un pie a otro, se mesaba los bigotes y miraba en derredor ante el menor crujido mientras rogaba que su paje se diera prisa en llegar con el carruaje. A fin de apartarse de aquel lugar donde aún quedaban algunos cortesanos, tomó a la lavandera del codo y la obligó a caminar.

—¿Me prometes que vendrás pronto? —insistió ella, que se dejó llevar.

—Sí, sí. Prometo que iré pronto. Pero, escúchame bien, ¡tú no puedes volver a venir a verme! ¡Nunca! ¿Me oyes? Nunca vuelvas a aparecer en Madrid...

Miguel estaba ya junto a ellos. Descendió de la carroza y sostuvo la puerta para que Juana subiera. Ella, en cambio, se volvió hacia Francisco, que la miraba con dureza.

—¡Pero tenía que verte, mi amor! —exclamó mostrando una sonrisa abierta—. ¡Tenía que decirte que al fin lo has conseguido! —Él la miró sin entender, interrogándola con el ceño fruncido—. Estoy encinta —explicó ella con una carcajada radiante—. Al fin te daré un hijo.

Él asintió al tiempo que le hablaba.

—Eso está muy bien. Iré pronto a verte y me lo contarás todo. Pero, ahora, por Dios, ¡sube!

Mientras se aposentaba en el carruaje, Francisco tomó a Miguel del brazo y lo apartó del carro unos pasos.

—Llévala a Móstoles. Una vez allí, coge todas sus cosas, mételas en un baúl y envíala a Granada, con su hermano. —Miguel asintió. Ya regresaba al carruaje cuando Francisco lo detuvo—. Bien pensado, que se lleve todas sus cosas supondrá un coste innecesario. Que coja lo indispensable. Acompaña-la hasta Granada si es necesario, pero asegúrate de que llega allí. Y de que no vuelve.

De nada sirvieron los lloros ni los ruegos de Juana cuando Miguel la obligó a marcharse. La metió en un carro y le dio un saquito de monedas al cochero, pagándole largamente un viaje semejante y prometiéndole una cantidad igual a su regreso. Cuando el carruaje ya se alejaba, Miguel pudo escuchar cómo aquella pobre mujer juraba que se vengaría del marqués de Denia.

* * *

Necesitó casi cuatro meses para encontrarse con su hermano. Cuando llegó a Guadix, cinco días después de salir de Madrid, se encontró con que Pedro no estaba allí. Le dijeron que hacía tiempo que había salido acompañado de un joven con el que se le veía desde hacía unos años. De vez en cuando volvían, pasaban una temporada en la ciudad, y al cabo volvían a partir. Nadie sabía adónde iban, aunque sí que volvían cada cuatro o cinco meses. No le quedó más remedio que quedarse sola en la casa que había sido de sus padres viendo cómo su barriga crecía. Sabía dónde guardaba su hermano algún dinero para cuando todo lo demás fallaba: en la inserción de una viga del techo. Cuando miró descubrió más monedas de lo habitual; al menos, no tendría que sufrir penurias hasta que regresara.

Se encontraron ya entrada la primavera. Una noche en la que el ventarrón bajaba de las cimas de las montañas cercanas sacudiéndolo todo, se abrió de golpe la puerta de la casa. Juana estaba sentada frente a un fuego escaso, pues la barriga estaba ya alta y le costaba un esfuerzo importante recoger leña. El dinero que encontró había empezado a escasear unas semanas antes, pues pensando que su hermano regresaría pronto no había escatimado en algunos caprichos. De vez en cuando había gastado cincuenta maravedíes en un pollo; otras, setenta en una docena de huevos. Al fin había comprado un par de gallinas por doscientos treinta maravedíes. Y así, poco a poco, había ido dilapidando los dos mil maravedíes que había encontrado a su llegada. Desde hacía una semana apenas tenía para comer más que los huevos de una de las gallinas; la otra había resultado no ser ponedora y se la había comido tiempo atrás.

Ambos hermanos se quedaron sorprendidos. Juana con ojos como platos, asustada al ver entrar a dos hombres en una casa que solía estar silenciosa. Pedro, boquiabierto, pensando en quién podía ser aquella mujer macilenta y delgada pero que, de modo asombroso, mostraba un estado de embarazo bastante avanzado. De repente, la mujer se levantó y se lanzó a los brazos de Pedro, quien terminó por reconocerla.

Pasaron la noche sentados frente al fuego, con Juana contando lo ocurrido entre lágrimas y Pedro apretando la mandíbula con cada escena narrada. Lorenzo escribía en un rincón. Sólo levantó la vista en una ocasión y se encontró con la mirada penetrante de la mujer, que lo observaba con atención.

Unos días más tarde, los dos hermanos caminaban por Guadix. Juana había convencido a Pedro de que necesitaría algunas cosas para cuando llegara el niño. Éste había llegado con una nueva cantidad de dinero, a pesar de que no le había dicho cómo lo había conseguido, y ella estaba dispuesta a gastar tanto como pudiera.

Camaron por los mercados comprando tejidos, mantas, cuencos, tela para cambiar al niño... Llegaron a la plaza que se abría frente a la catedral y encontraron a un monje. En Guadix era un secreto a voces que, de vez en cuando, vendía relicarios. Juana se detuvo de inmediato y se encaminó hacia el religioso. Todos en la ciudad los habían visto exhibir alguna vez un trocito del prepucio de Cristo. En una arqueta había asegurado guardar parte de la capa del rey Melchor. Un relicario de plata con forma de cabeza albergaba, según él, un hilo del sudario de Jesús manchado con su sangre. Había mostrado tiempo atrás un ala del arcángel San Gabriel y un trocito del pico de la paloma del Espíritu Santo. Juana se aproximó y lo miró con descaro, aunque sin atreverse a decirle una sola palabra. El monje, calvo, viejo y arrugado como un árbol seco, sonrió y susurró:

—Tengo justo lo que necesitas. Mira, es una medalla de Ramón Nonato. —Ella puso los ojos como platos. La festividad de ese hombre, que muchos consideraban un santo a pesar de que no había sido canonizado, se había popularizado desde hacía unos pocos años, ganando cada vez más fuerza—. Os puede proteger en vuestro estado, así como a vuestro hijo.

Juana se quedó mirando la medalla. Era de plata, ovalada, y en su centro parecía guardar un trozo de hueso. Miró a su hermano, que sacudió la cabeza en señal de negativa.

Ella, sin hacer caso, preguntó al vendedor.

—¿Cuánto? —Será cara. Es un auténtico fragmento del hueso de uno de sus dedos.

—¿Cuánto?

—Quinientos maravedíes.

—Imposible —cortó Pedro detrás de su hermana. La tomó del brazo y tiró de ella. Juana se zafó, plantándole cara.

—He pasado malos tiempos, Pedro. Apenas he tenido para comer y es posible que el niño que crece en mi vientre tenga problemas... Lo menos que puedes hacer por mí es comprarme ese relicario.

—¿Estás loca? Con quinientos maravedíes podemos comer los tres de aquí hasta que nazca tu hijo.

—¡Suéltame! —gritó ella sacudiéndose el brazo en un intento de volver a soltarse de la garra de su hermano, que la sujetaba de nuevo intentando apartarla del monje—. ¡Suéltame he dicho! Ganas dinero de sobra, y no te he preguntado cómo lo consigues. ¿Y no eres capaz de conseguirme un relicario que podría evitar mi muerte? ¡Eres un egoísta!

La gente empezaba a mirar hacia ellos por el revuelo que estaban levantando, pues la mujer alzaba la voz cada vez más. El monje esperaba paciente para ver en qué concluía todo aquello, sabiendo que aún podía sacar un buen pellizco.

—¡Eres un malnacido! —continuaba contra su hermano—. ¡Me trajeron a rastras desde Madrid y aquí me encontré sola! ¿Y dónde estabas tú mientras tanto, eh?

¡Dímelo! Te vas cada dos por tres y vuelves con bolsas llenas de monedas que...

—¡Cállate! —espetó Pedro soltando un chorro de babas junto con las palabras—. ¿Quieres que me detengan?

—¿Ah, no quieres que eso pase? Pues entonces, ¡cómprame la reliquia y cuida de mí tal como le prometiste a nuestro padre que harías!

Para entonces ya había un grupo creciente de accitanos reuniéndose en torno a ellos, cada vez más interesados por lo que ocurría.

—¡Calla! —Pedro miraba hacia unos guardias de los que rondaban por la plaza, que se acercaban con las alabardas alzadas atraídos por el vocerío—. Tampoco a ti te interesa que se sepa que querías comprar una reliquia... ¿Acaso olvidas que se prohibió su venta hace años?

El monje también había visto a los guardias acercarse y se dio la vuelta para intentar salir de aquel embrollo, aunque el muro de gente que se había agolpado a su alrededor le impidió cumplir su propósito. Trastabilló al chocar contra un hombre fornido de los que observaban y calló al suelo. Juana aprovechó ese momento, se agachó con la poca agilidad que le permitía su vientre, arrancó de las manos del monje el relicario y empezó a empujar a la multitud, abriéndose paso a voz en grito.

Los guardias llegaron por fin hasta ellos y ayudaron a levantarse al monje, que maldecía a la mujer.

—¡Detenedla! ¡Detenedla! Me ha robado. ¡Ha robado el relicario de Ramón Nonato que traía desde Barcelona para nuestra catedral!

—Tú, espera aquí junto al monje. Veamos en qué queda todo esto —ordenó el capitán de la guardia a uno de sus hombres—. Vosotros dos, id a por ella.

No hizo falta que la siguieran durante mucho tiempo. Juana apenas podía caminar con rapidez, mientras que los guardias corrían tras ella. Terminó por tropezar y caer cuan larga era, rebotando la barriga contra el duro suelo. Fue atrapada y llevada de inmediato a una celda, pues en efecto se encontró que llevaba entre las manos un relicario. El monje entregó con fervor la reliquia al obispo, dando muestras de gran fe, aunque renegando en su interior por la oportunidad perdida de ganar un buen dinero. Pedro ni siquiera fue detenido. Había conseguido huir antes de que los guardias le echaran mano.

Juana fue arrojada a una celda apestosa y húmeda en la que sólo había una tabla en la que tumbarse. El tragaluz estaba alto y apenas dejaba entrar un resquicio de sol a media mañana. Estuvo todo el día sin comer y por la noche le llevaron una escudilla con un poco de pan duro y una jarra de agua. El carcelero era un tipejo gordo y mal encarado cuya barriga se bamboleaba delante de él anunciando su llegada. Sudaba a mares y tenía el pelo ralo y lacio pegado a la cara. Tan pronto como la vio, sonrió con lascivia.

—Si quieres que tu estancia aquí sea más confortable sólo tienes que ser amable, chiquilla... —farfulló soltando el aire entre los dientes que le faltaban.

Ella ni siquiera se atrevió a mirarlo a la cara.

—Eres tímida, ¿eh? Bueno, piensa en ello, quizá pases mucho tiempo aquí...

Y se alejó sin decir nada más.

Al tercer día, Juana estaba desesperada. Creía que su hermano la sacaría con rapidez, pero estaba claro que ni siquiera lo había intentado. El carcelero no había vuelto a decirle nada. Se limitaba a llegar dos veces al día, pasarle la escudilla con el pan rancio, el agua sucia y, en un par de ocasiones, un poco de tocino demasiado salado y seco. Pero la miraba con deseo cada vez que bajaba. Y fue así, con el hambre empezando a apretar, cuando decidió que si quería salir de allí tendría que ser a través del carcelero. Jugó sus cartas cuando escuchó los pasos del hombre tras la caída del sol, al día siguiente. Se bajó la tela que le cubría los hombros, arrellanó los pechos bajo la camisa, aunque estaban hinchados por el embarazo y ella siempre había podido presumir de unos senos abundantes y apetecibles; se sentó en la tabla y subió las faldas hasta las rodillas, entreabriendo las piernas.

Así la encontró el carcelero, abanicándose el rostro con una mano, con las mejillas sonrosadas, pues había tenido buen cuidado de pellizcárselas justo antes de que el viejo se acercara a su celda.

—¿Qué te pasa, palomita...? ¿Tienes calor?

Juana no respondió, aunque giró el rostro en dirección al hombre y alzó la cabeza, dejando ver su cuello y los hombros desnudos al tiempo que el pelo caía por su espalda.

—Sí... Veo que tienes calor... Tal vez tengas fiebre. Deja que me acerque y pose mi mano sobre tu frente para comprobar que no estés enferma —comentó mientras abría la puerta de la celda y se introducía en ella. Tuvo buen cuidado de volver a cerrarla, lo que provocó una mueca de disgusto en la mujer, aunque se apresuró a borrarla de su rostro—. Veamos, palomita... Sí, estás acalorada. Has hecho bien en bajarte la camisa, pero tal vez sea insuficiente. Voy a mojarle un poco el cuello. Sí, así... Eso es.

El viejo tomaba el agua de la escudilla con los dedos y acariciaba con ellos el cuello, los hombros y el inicio del pecho de Juana, que se dejaba hacer entornando los ojos y respirando de forma entrecortada, lo que aceleró aún más las acciones del carcelero, quien, cuando la camisa de la mujer ya estaba empapada y transparentaba los pezones, comenzó a pellizcarlos y masajearlos. Lo hizo de forma ruda, provocando una sacudida en Juana que el carcelero tomó de forma equivocada por una invitación más, por lo que no tardó en bajar su boca hasta el pecho de la mujer y comenzar a chupar y lamer.

Juana se contrajo de dolor cuando la mordisqueó por primera vez, ahogó una protesta y, forzando la voz para que pareciera aterciopelada, acercó su mano a la cabeza del hombre para apretarla aún más contra ella mientras le hablaba.

—Necesitaba un amigo... No supe ver que lo tenía en ti... Dime, ¿qué harás por mí?

—¿Qué quieres que haga? —preguntó él mientras le separaba más las piernas y

metía unas manos torpes entre ellas.

Juana se mordió un labio por el dolor del roce de aquellos dedos de piel áspera como la de un alcornoque y él sonrió de nuevo, equivocando el motivo.

—Llévame fuera de estas paredes... —pidió a media voz.

—Eso no es posible —respondió él sin dejar de frotarla.

La mujer cerró las piernas con fuerza y abrió los ojos, acercándose más a la boca del hombre.

—Si no es posible, dime... ¿qué gano yo dejándote entrar en mí?

La tibieza del aliento de la muchacha, más que las propias palabras, volvieron loco al hombre.

—Te trataré bien —contestó besándola en el cuello—. Te traeré las mejores comidas. Podrás beber vino...

Ella relajó un poco las piernas, dejando que aumentara el ardor del viejo al pensar que estaba a punto de conseguir lo que quería. Cuando iba a besarla en la boca, se retiró poniendo de nuevo distancia entre ambos.

—No es suficiente, mi buen vigilante... —Acercó la mano a la entrepierna del hombre y ocultando su disgusto comenzó a masajear su dureza—. Debes dejarme salir...

—No... No puedo hacer eso... Perdería mi trabajo, ¿y qué haría entonces?

Ella aumentó la presión y él alzó la cabeza al tiempo que gruñía con fuerza.

—Sácame, nadie tiene por qué saber lo que ocurrió.

—No, no puedo sacarte. —Ella comenzó a retirar la mano, pero él la tomó por la muñeca, reteniéndola antes de hacer su proposición—. Lo que sí puedo hacer es buscar a alguien que te saque... Hablaré con quien me digas.

Juana no tenía otras opciones, así que asintió. El carcelero no necesitó más y comenzó a bajarse las calzas, dejando a la vista un miembro ridículamente grande. La acomodó en la tabla que le servía de asiento y se colocó entre sus piernas, empujando sin contemplaciones. Un gruñido de dolor escapó de la garganta de la mujer, pero el carcelero no reparó en ello. El vientre de la embarazada chocaba contra su propia barriga, dificultándole la penetración. Resopló mientras lo intentaba cuatro o cinco veces más y ante lo fatigoso del intento la tumbó sobre la tabla. A pesar de que la postura era algo más cómoda, el hombre parecía cada vez más irritado.

Juana cerraba los ojos con fuerza intentando contener la repugnancia que le producía todo aquello. Sentía con cada embestida las carnes de la panza de aquel viejo chocando contra su propio vientre, tirante como la piel de un tambor, y unos instantes después sintió estrellarse contra su piel las primeras gotas de sudor que caían de la cabeza del carcelero. Quiso pensar en otra cosa, pero un nuevo gruñido evitó que lo consiguiera.

—¡Maldita sea! ¡Es imposible follarte con esa barriga que tienes!

Se separó de la mujer y dio una vuelta por la habitación llevándose las manos a la cabeza, con el miembro hinchado bamboleándose con cada paso. La miró, sopesando

darle la vuelta y colocarla de rodillas, pero entonces se le ocurrió una idea mejor. Volvió hacia ella con la mirada enloquecida.

—Abre la boca. —Juana no entendió lo que decía y frunció el ceño—. ¡Abre la boca, te digo!

Ella obedeció y desencajó los párpados al comprobar que aquel malnacido le metía el apestoso rabo y comenzaba a entrar y salir.

—¡Ten cuidado con los dientes, maldita zorra! —le espetó mientras continuaba con aquella danza enfebrecida.

Ella cerró los ojos con fuerza. Apenas podía respirar con la boca llena, la nariz inundada de lágrimas y la barriga del carcelero rebotando contra su cara de forma rítmica. Al poco, el hombre acentuó sus movimientos y cuando llegó al clímax se le introdujo hasta la garganta, dónde sintió cómo el chorro cálido le inundaba las entrañas.

Al fin, el viejo se retiró y ella tosió con fuerza, escupiendo por igual babas y semen. Pudo ver cómo el carcelero salía de la celda y volvía a cerrarla mientras ella inspiraba con fuerza y se limpiaba la comisura de los labios con el dorso de la mano.

—A mi hermano. Tienes que buscar a mi hermano, Pedro Maldonado —exigió antes de que el hombre se fuera.

—Esto no ha ido como esperaba...

—¡Me lo prometiste!

—No te fíes de todo lo que te digan, mala pécora.

La luz del candil se alejó por el pasillo, sumiéndola en la oscuridad. Tan pronto como se apagaron los pasos, volvió a escuchar el caminar de las ratas.

No perdió el sentido, pero sí la razón. El tiempo no existía, el frío y la humedad de la celda dejaron de afectarla. Dejó de comer; también de beber. La luz del día seguía entrando brevemente por el ventanuco, pero ella dejó de advertirlo. Lo único que percibía era la risita del carcelero cada vez que volvía a bajar a llevarle el alimento. En esos momentos se acurrucaba en un rincón, abrazándose la barriga, con las piernas abiertas a causa de su preñez. El hombre dejaba la escudilla, el agua y se marchaba tal como había venido, sin decir una palabra y con una risita de satisfacción.

De repente, cuando el tiempo se había detenido, cuando lo único que hacía era respirar, se abrió la puerta de la celda.

—¡Levanta!

La voz del carcelero le hizo esconderse aún más.

—¡Levanta te digo! Te vas de aquí, han venido a sacarte. —Juana lo miró con repulsión sin entender lo que ocurría—. ¡Vamos! O te vas ahora o te quedarás aquí el resto de tus días, porque no pienso volver una segunda vez para sacarte.

Ante esas palabras, dio un paso adelante. Al principio las piernas casi no le respondían, pero pronto ganó firmeza y velocidad, de modo que antes de que terminara el pasillo el carcelero rezongaba detrás de ella.

Llegaron así a la puerta de salida, donde la esperaba una figura embozada en una capa. Una ráfaga de aire frío vino a recordarle que la primavera aún no había dejado paso al verano. Aquel día, además, llovía con fuerza, y ella se estremeció. El encapuchado la tomó del codo con delicadeza. Siguiendo la indicación del brazo de su acompañante, salió a la calle.

Anduvieron de prisa bajo la lluvia, Juana cada vez más empapada, hasta que su guía se detuvo, se quitó la capa y se la echó por los hombros. Fue entonces cuando Lorenzo habló por primera vez.

—Debemos darnos prisa. Hay que llegar a la casa, recoger los bultos que he preparado y marcharnos de inmediato.

Juana reaccionó al fin, regresando del oscuro lugar en el que había estado sumida durante los últimos días.

—¿Dónde está mi hermano?

—Se fue. No tuvo otra opción, lo estaban buscando —explicó a toda prisa mientras reanudaba el paso—. Yo no me enteré de lo ocurrido hasta el día siguiente. No fue hasta la caída de la noche cuando empecé a preocuparme, pero para entonces no pude hacer nada. Apenas había amanecido cuando comencé a buscaros, me enteré de que habías sido apresada y él andaba desaparecido. De momento no podía hacer nada por ti, así que fui en su busca. Tenemos en Granada un lugar en el que solemos parar. Había pasado por allí, pero ya no estaba, aunque dejó una nota; partía en dirección a Sevilla. Era algo que ya habíamos hablado antes, así que, puesto que él estaba a salvo, regresé a Guadix. Comencé a buscarte, pues no sabía exactamente dónde estabas. Una vez que te localicé, preparé un plan para sacarte, pero me llevó más tiempo del que pensaba.

—¿Cómo lo has conseguido?

—Le presenté al carcelero una carta de Alfonso de Zafra.

—¿El conde de Zafra? ¿Y por qué querría sacarme el conde de Zafra de mi prisión?

Lorenzo apretó aún más el paso, los truenos sonaban cada vez más cerca.

—El conde nada sabe de ti. Tuve... digamos... algún negocio con él tiempo atrás. Conseguí en aquella época algunos documentos con sus sellos. Tu hermano y yo somos farsantes. Nos dedicamos a engañar a otros para ganarnos la vida. Falsifiqué la carta y te saqué de allí. Y volvería a hacerlo aunque el propio San Gabriel me escoltara hasta el infierno para entregarme en mano al mismísimo Satanás tras mi muerte. Y ahora, date prisa. Dudo mucho que descubran el engaño, pero, si llegara a ocurrir, deberíamos estar muy lejos de aquí cuando lo hicieran.

Capítulo VI

Juan de Acuña estaba sentado al sol, disfrutando de los rayos que calentaban de forma suave el jardín. Francisco se hallaba frente a él, con los hombros hundidos, la cabeza agachada y sin mirar siquiera a su anfitrión. Juan de Acuña era por entonces ministro del Supremo Consejo y Cámara de Castilla. Tanto él como Alonso Muriel de Valdivieso ya eran confidentes y valedores del marqués de Denia. Ambos lo estaban ayudando a fortalecer su posición en la corte.

Largo rato llevaban hablando del estallido de Aragón. Desde hacía años, los pillajes y los bandoleros hacían estragos en aquel reino. Hubo incluso disturbios con los moriscos, que hasta entonces se habían mantenido tranquilos e inmersos en sus quehaceres cotidianos. Pero lo que finalmente había desatado la insurrección había sido algo bien diferente. Una sola persona era, en realidad, responsable de los disturbios. Se trataba de Antonio Pérez.

—Iba a ser juzgado por el Santo Oficio —explicaba Juan refiriéndose al otrora secretario real—. Entonces, el pueblo zaragozano, alegando que se habían incumplido sus fueros, se amotinó intentando liberar al reo. Los inquisidores y el propio virrey no tuvieron más remedio que negociar con los amotinados, quienes lograron devolver al preso a la cárcel de los manifestados. Felipe II se ha visto obligado a levantar un ejército de doce mil hombres para sofocar la rebelión.

Cuando escuchó aquello, Francisco se derrumbó en el asiento. La cara se le tornó blanca y poco faltó para que las lágrimas asomaran a sus ojos. La noticia era un nuevo revés para él. Su casa estaba al borde de la ruina; con muchos esfuerzos y privaciones conseguiría soportar su peso hasta obtener el favor del príncipe, tal como se había propuesto tiempo atrás. Todos sus anhelos terminaban en ese instante, pues un nuevo conflicto vaciaría aún más las arcas reales y le daba la excusa perfecta a Felipe II para continuar su política de no conceder mercedes.

Fue entonces cuando Juan de Acuña tomó de nuevo la palabra compadeciéndose de su abatido amigo. Sabía que lo que iba a decir tampoco sería de su agrado.

—¿Habéis escuchado las últimas noticias de la corte? —Francisco miró a Juan forzando los ojos y sin levantar la cabeza, que movió sin energía de un lado a otro—. Baltasar de Zúñiga ha sido nombrado gentilhombre de boca del rey. Será uno de los coperos.

Francisco se levantó de un impulso, apretando los dedos con tanta fuerza que los brazos le temblaban.

—¿Ahora también obtiene favores del rey ese muchacho? ¿Acaso tendré que ver cómo todo el mundo medra en la corte mientras mi casa desaparece?

—Era inevitable, Francisco.

—¿Por qué? ¿Por qué inevitable? ¿Acaso no fue él quien trajo la noticia del

desastre de la Armada Invencible? Sería ésta la primera vez que un rey recompense a uno de sus siervos por el hecho de traer malas noticias.

—Mas no son esos sus únicos méritos. Tendréis vuestros motivos para que no os guste don Baltasar, pero...

—No hay motivos, Juan. El motivo es sencillo: yo me desvivo por mi rey y mi príncipe sin que se recompense mi esfuerzo, mientras que para Zúñiga todo son honores inmerecidos.

Juan se revolvió en el sillón, cruzándose de piernas.

—Y, aun así, debéis reconocer sus méritos: recordad su actuación en la defensa de las fronteras con Portugal hace unos años; el hecho mismo de alistarse en la Armada, donde, por cierto, hizo aliado poderoso en el duque de Medina Sidonia, quien le dio el cargo ni más ni menos que de capitán de artillería en la nave capitana. Y no olvidéis que hace algo más de un año, durante los ataques de Drake a las costas gallegas, fue el primero en acudir. Desde ese momento estuvo intentando que se le reconocieran sus muchos esfuerzos. Se le agravió hace mucho en el asunto de Portugal. El rey no podía dejar pasar más tiempo sin ofrecer una recompensa a un súbdito que es valeroso en la defensa de sus territorios, de lo contrario podría encontrarse en problemas.

—Así pues, ¿he de tomar el camino de las armas?

Juan de Acuña se levantó con gesto cansado, anduvo los pasos que los separaban y, poniéndole a su invitado ambas manos sobre los hombros, le habló con voz lenta.

—Sois ya algo mayor para eso, Francisco —comentó con tono ligero mientras le palmeaba el hombro—. No os preocupéis. Nada habrá de faltaros. Yo me encargaré de ello. Tenéis amigos que os sustentarán durante el tiempo que sea necesario —concluyó con una sonrisa.

* * *

La falta de dinero de Francisco de Sandoval no era su único problema. Desde hacía un tiempo, sus movimientos en la corte no pasaban desapercibidos, ganándose con ellos un grupo de temibles enemigos que, más o menos por esa época, mantenían una reunión.

—Señores, estoy preocupado por el futuro de la educación del príncipe.

García de Loaysa, tutor del heredero, expresaba así sus dudas a dos de sus mayores aliados: el marqués de Velada, mayordomo de la casa del príncipe, y Cristóbal de Moura. Éste último había sido nombrado sumiller de corps del heredero un año antes, pues Felipe II insistía en la necesidad de que los servidores de su hijo formaran un grupo bien avenido, evitando así facciones que pudieran ocasionar

sucesos como los acaecidos con el malogrado Carlos.

—Desde hace un tiempo se encuentra distraído en exceso —continuaba diciendo Loaysa—. Ya sabéis que siempre ha sido dado a los juegos y diversiones, pero últimamente, además, comienza a frecuentar compañías que no le benefician.

—Creo saber a quién os referís —intervino el marqués de Velada.

—Francisco de Sandoval —continuó Loaysa poniendo el nombre sobre la mesa—. Cada vez tiene una mayor influencia sobre el príncipe.

—No debe de ser difícil contrarrestarla —intervino Cristóbal de Moura moviendo una mano con desdén.

—Me temo que os equivocáis en eso. —Loaysa hablaba con voz profunda—. Poco a poco, el marqués de Denia ha ido ganando posiciones y aliados entre la casa del príncipe. Para empezar, se ha convertido en gran amigo del secretario Muriel de Valdivieso. Pero, además, cuenta con la ayuda de Lhermite. Desde que el belga fue nombrado gentilhombre del rey, la amistad que lo une al marqués ha ido en aumento. Todo esto permite que Francisco de Sandoval tenga acceso casi permanente al príncipe.

—Yo respondo personalmente por Lhermite, señores. Es más, le di mi beneplácito al rey para que fuera nombrado, hace ya un año, gentilhombre de la cámara de su majestad. Y puedo deciros, además, que su majestad está pensando en solicitar a Lhermite que enseñe francés al joven Felipe.

—No dudo de las buenas intenciones de Lhermite. —Loaysa se apresuró a tranquilizar al poderoso ministro portugués—. Sin embargo, hemos de tener en cuenta que el belga le debe mucho al Sandoval.

—No se trata, Cristóbal, de sospechar de los que forman parte de la casa del príncipe, sino más bien de que éste comprenda que su obligación consiste en prepararse para beneficiar y proteger al pueblo. Y, para ello, debe dedicarse a fondo a estudiar, a fin de estar listo para sus futuras responsabilidades. —El marqués de Velada hablaba ahora con semblante serio, apoyando los codos con las manos entrelazadas en la mesa.

—Ése es precisamente el problema —confirmó el tutor del heredero—. El príncipe se dedica en demasía al regocijo y poco a sus responsabilidades. Algo tenemos que hacer si no queremos que el futuro del príncipe quede comprometido.

—Dejad este asunto en mis manos, señores —comentó Cristóbal de Moura—, hablaré con el rey. Ya sabéis la importancia que para él tiene la educación de su hijo. Intentaré limitar el acceso al heredero a aquellos que tengan nuestra completa confianza. Quiero decir, por supuesto, la confianza del rey —concluyó el portugués con una sonrisa.

Ajeno a todo aquello, Francisco hablaba con Catalina.

—Pronto cumplirá dieciséis años, tiempo más que de sobra para empezar a pensar en su futuro.

—Lo que deseáis no es pensar en su futuro, sino casarlo. ¡Cristóbal es apenas un

niño! Vos teníais veintitrés cuando nos desposamos.

—Mirad, Catalina. —Se frotó la frente con la mano izquierda intentando calmarse, pero, cuando retomó el discurso, la voz de Francisco era dura y movía las manos con fuerza, manteniendo los puños cerrados—. Tal vez vos no seáis consciente de nuestra situación, pero os aseguro que es muy grave. Durante años hemos caminado haciendo equilibrios para mantenernos en la corte. Más de una vez he estado a punto de tomar la decisión de mudarnos a mis tierras, en Denia, con el fin de acabar con los enormes gastos que nos vemos obligados a hacer aquí: recepciones, fiestas, comidas, ropas, regalos... —A estas alturas caminaba en grandes círculos, repitiendo un discurso que quizá había ensayado en muchas ocasiones. Catalina se había llevado una mano al cuello y los ojos se le habían tornado vidriosos, pero él no lo vio. Ni si quiera la miraba—. Al principio nos valimos bien de vuestra dote. Con ella pudimos mantenernos durante un tiempo; pero luego vinieron los niños y, a pesar de todos los esfuerzos realizados, lo que no llegaron fueron las mercedes del rey. Y así nos hemos ido agotando. De no ser por la ayuda de algunos amigos, a día de hoy estaríamos en la miseria. Hubiéramos tenido que vender esta casa —aseguró abriendo los brazos—, tal vez vuestras joyas, incluso parte del vestuario. Y estaríamos en Valencia, alejados de todo cuanto merecemos. Pero hasta eso está a punto de agotarse, Catalina. —Se acercó a ella, la tomó por los hombros mirándola desde arriba y, cuando vio que luchaba por evitar que las lágrimas cayeran, la abrazó al tiempo que daba un suspiro—. No nos queda más remedio. Cristóbal debe casarse. Es el único modo.

Antes de que Catalina pudiera hablar, otra voz sonó en la sala.

—No lo haré. No me casaré para que vos podáis seguir buscando un modo de alcanzar poder y gloria.

Francisco cerró los ojos con fuerza y apretó los labios sin girarse si quiera. Catalina se separó de él y miró a su hijo. Alzó la vista de nuevo a su esposo, que clavó los ojos en ella. Asintió y, rodeando a su marido, alargó las manos hacia su hijo y comenzó a hablarle.

—No sería de inmediato, Cristóbal. Estas cosas llevan su tiempo y...

—No. Quiero escoger a mi esposa por mí mismo, sin necesidad de que la elijáis vosotros, madre. No deseo que mi boda se convierta en un simple contrato —porfió Cristóbal.

—¿Y cómo elegirías, eh? ¿Le mirarías el rostro? ¿O tal vez querrías fijar la mirada un poco más abajo y buscar unos pechos generosos? —Catalina ahogó una exclamación al escuchar a su marido hablar así y se sentó en un taburete cercano—. Has de saber que esos atributos pasan, hijo mío —continuó acercándose y haciendo un esfuerzo por endulzar el tono—, y que lo importante es asegurar la solidez de tu casa mediante una boda ventajosa.

—Y, no obstante, parece que vos no sois capaces de lograr la seguridad de la vuestra.

La respuesta fue demasiado ofensiva y, antes de que Catalina pudiera evitarlo, la mano de Francisco ya abofeteaba a su hijo con saña. Le golpeó la nariz, que comenzó a sangrar casi de inmediato, manchando la camisa blanca y goteando sobre la alfombra.

—¡Escúchame bien, desagradecido! Aún te queda mucho por aprender. — Francisco señalaba con el índice al muchacho, que apretaba los pómulos chirriando los dientes mientras Catalina, pálida y temblorosa, apretaba un pañuelo contra la nariz de su hijo—. ¡Eres un Sandoval! Tus antepasados sirvieron a reyes y levantaron una de las mayores casas de Castilla. Tú eres su heredero y tendrás que estar a la altura. Medrarás en la corte, y si para ello he de casarte con la hija del mismísimo Satanás así lo haré. Seguirás mis consejos y mis pasos. ¿Has entendido?

—Sí, padre. He entendido muy bien. —Cristóbal lo encaraba sin temor, hablando con voz clara, mostrando el pómulo enrojecido que comenzaba a hincharse—. He comprendido que, si he de medrar en la corte, visto lo bien que os ha ido a vos, jamás deberé hacer caso de vuestros consejos.

Le dio la espalda y, deshaciéndose de las manos de su madre, que se habían quedado colgadas del aire ante la furibunda respuesta, se alejó a grandes pasos.

Tras el portazo, Francisco y Catalina se mantuvieron en silencio. Ella permanecía sentada, arrugando el pañuelo manchado con la sangre de su primogénito. Francisco tenía los ojos encendidos; permanecía de pie, en el mismo lugar en el que se hallaba cuando su hijo le había dado aquella dolorosa réplica. No midieron el tiempo. No supieron si habían estado así un día o un instante. Cuando Francisco reaccionó fue para dirigirse a su mujer.

—Tendréis que ayudarme a convencerlo.

Catalina se levantó despacio entre un murmullo de sedas. Dobló el pañuelo con cuidado, como si fuera una reliquia. Alzó la cabeza con lentitud hasta enfrentar la mirada con la de su esposo y contestó a sus palabras.

—No contéis para esto conmigo, Francisco. Os respeto; mas, al fin y al cabo, yo solo soy un contrato para asegurar la permanencia de vuestra casa.

Capítulo VII

A principios de 1593, cuando la situación del Sandoval comenzaba a ser crítica, Jehan Lhermite se había lanzado con entusiasmo a organizar una fiesta de patinaje en la Casa de Campo. El belga y Francisco habían establecido una buena relación, basada en mutuos intereses.

Las aguas estaban heladas desde hacía semanas, aunque el tiempo había mejorado en las últimas jornadas, con lo que hacía un día perfecto para patinar. Lhermite había contactado con varias personalidades extranjeras buscando a aquellos que pudieran mostrar sus habilidades sobre la superficie congelada. Consiguió reunir a un grupo numeroso que se deslizaba, para divertimento de la Casa Real, sobre el hielo. El acontecimiento estaba resultando un éxito, y el rey y su heredero disfrutaban de un espectáculo pocas veces visto.

Pero, entonces, un hecho fortuito estuvo a punto de dar al traste con la jornada.

La capa de hielo se había ido reduciendo por el buen tiempo de los últimos días, y el peso de las numerosas personas que patinaban sobre ella resultó excesivo. Un tremendo crujido rompió el aire de la Casa de Campo y, de repente, algunos de los patinadores fueron engullidos por las frías aguas, que se abrieron, regocijadas, para recibirlos.

La corte prorrumpió en un grito de espanto. Manos y pies sobresalían del agujero en el hielo, intentando escapar de aquella trampa mortífera. Para la mayoría, aquello no fue más que un susto y pudo salir con rapidez de las gélidas aguas; pero Margarita Walix, una dama holandesa, luchaba en vano. La basquiña verdugada con dos faldetas, el corpiño ajustado, los rellenos de los hombros y los collares y alhajas impedían sus movimientos. Era un verdadero milagro que hubiera podido patinar con todo aquello, algo sólo posible gracias a su habilidad. No tardaría mucho en ser tragada por las aguas. Ya apenas se veía de ella algo más que el alto peinado.

Lhermite no se lo pensó dos veces; patinando a toda velocidad, se lanzó a prender a la dama, que comenzaba ya a hundirse. No le resultó fácil y terminó calado hasta los huesos, pero al fin pudo rescatarla de lo que hubiera sido una muerte segura.

Cuando al fin la condujo a tierra firme, sana y salva, todos prorrumpieron en aplausos y el rey llamó a su servidor, que se presentó ante él sin ni siquiera secar sus cabellos.

—Querido Lhermite —comenzó a decir el monarca—, es evidente que no me equivoqué al elegiros como gentilhombre. A vuestras demás cualidades, caballerosidad y prudencia, hay que sumar ahora el valor.

—Me abgumáis con vuestga amabilidad, majestad. —Lhermite había logrado dominar durante los últimos años el idioma, si bien era incapaz de ocultar el acento, menos aún calado hasta los huesos y tiritando de arriba abajo—. Me limité a haceg lo

que cualquier otro hubiera hecho.

—No lo dudo, mi buen extranjero, no lo dudo —lo interrumpió el rey—. Mas fuisteis vos quien realizó la hazaña, y no otro. Me alegra que estéis a mi servicio. Id ahora a cambiaros, no deseamos que enferméis por el remojón.

—Permitidme, mi buen Lhermite. —Francisco se había acercado a la escena, presto siempre a permanecer cerca del príncipe y del monarca. Envolvió a su amigo con una manta mientras hablaba—. Si mi señor el rey lo permite, quisiera acompañaros.

Y con el beneplácito del rey, los dos caballeros de su cámara dejaron atrás al monarca y al príncipe.

Poco después de la malograda jornada de los patinadores en la que tan bien parado salió el belga, Lhermite volvió a tener oportunidad de preparar una nueva fiesta, en esta ocasión una mascarada con motivo de los carnavales que se celebrarían en El Pardo. Recibió el encargo del propio príncipe, que intentaba agasajarlo y disfrutar de su compañía tanto como le era posible.

Se puso manos a la obra con su entusiasmo habitual y se encargó de todos los detalles de la representación.

Llegado el día señalado, el inicio de la función se retrasó sin que pareciera haber un motivo claro, haciendo que la expectación creciera. La escena que se representaba era, por expreso deseo del príncipe, una boda al estilo rural de los Países Bajos. Por supuesto, nadie en la corte hubiera sido capaz de representarla con mayor éxito que Jehan Lhermite.

Comenzó con una comitiva encabezada por un capellán completamente caracterizado, breviario en mano incluido, y con el rostro oculto tras una máscara. Dicho personaje se convirtió, gracias al entusiasmo que puso en su actuación, en uno de los más alabados de la velada. Cada vez que concluía su parte en la representación, se las arreglaba, de un modo u otro, para ocupar un sitio cerca del rey y, especialmente, del príncipe.

La primera vez que descansó de su papel, se acercó al heredero y le susurró al oído:

—Ya veis, alteza: por nada del mundo se perdería el marqués de Denia una representación en vuestro honor, aunque para ello deba dejar atrás asuntos importantes para su casa.

Así habló Francisco al príncipe en cuanto tuvo la oportunidad, y éste le permitió permanecer junto a él durante toda la velada, no sólo para recompensar sus esfuerzos, sino porque comenzaba a considerar al Sandoval un verdadero compañero.

Y Felipe II además parecía muy satisfecho con la tutela de su heredero, quien se había convertido en un muchacho trabajador, sumiso y obediente a su padre. Nada que ver con lo que había sucedido tiempo atrás con el desdichado Carlos, quien tan mal acabara su destino de heredero real. Sus ministros, en cambio, no estaban tan felices debido a la creciente relación del heredero con el Sandoval, pero no tuvieron

oportunidad de hacer nada por entorpecerla hasta varios meses más tarde.

* * *

Juana reía mientras su hija correteaba junto al hogar. La chiquilla, que ya había visto siete inviernos, tenía un don natural para la imitación y en ese momento se hacía pasar por una camarera de segunda clase de la corte que hubiera sido enviada por su señora a comprar fruta al peor de los mercados de Madrid. Tomaba en sus manitas rechonchas manzanas imaginarias y las olía arrugando la nariz con gesto decepcionado para, a continuación y tras quejarse al frutero de la escasa calidad de su mercancía, meterla con disimulo en la enorme cesta de mimbre que cargaba en el otro brazo.

Juana cosía una camisa ahogando risotadas. Ver a su hija así, tan feliz y risueña, hizo que recordara el terrible parto por el que tuvo que pasar. Fueron treinta y dos horas de sufrimiento. Cuando rompió aguas en mitad de la noche llamaron a la matrona. No tardó demasiado en llegar. Era una mujer plagada de arrugas, delgada como un sarmiento, cuyas manos mostraban dedos alargados y resecos, con más nudos en las falanges que la rama de un pino crecido sobre un acantilado. La sentó en la silla de parto y la abrió de piernas con desgana. Tras observar con detenimiento, se alzó con un crujido de rodillas.

—Apenas has dilatado. Te falta mucho para que el niño salga. —Se giró hacia Lorenzo para darle instrucciones—. Prepara un fuego y hierva agua. Ten preparadas tantas telas como puedas. Me vuelvo a mi casa. Cuando el canal esté más abierto volvéis a buscarme.

Al mediodía siguiente la situación no había cambiado. Juana sollozaba y se removía en la silla a cada instante, atenazada por el dolor y sufriendo calambres continuos por estar tanto tiempo en la misma postura. Enviaron de nuevo a Pedro para que avisara a la matrona. Cuando ésta regresó apartó de un empujón a Lorenzo, que se dedicó a aplicar una compresa fría sobre la frente de su mujer. La matrona se embadurnó las manos con manteca de cerdo, que goteó sobre el suelo de tierra, volvió a agacharse y le metió los dedos sin demasiados miramientos, lo que hizo que Juana diera un respingo.

—Estate quieta, polluela. Déjame que te toque, a ver qué está pasando —dijo con voz pastosa.

Hurgó tomándose su tiempo mientras Juana aguantaba la respiración. De vez en cuando soltaba un chasquido con la lengua o se frotaba la nariz con la otra mano.

—No tienes dolores, ¿verdad?

—Me duele todo...

—No me refiero a eso. ¿No has sentido un dolor profundo, como si te estuvieran desgarrando por dentro? El vientre se te pone duro y a veces cuesta respirar. Son dolores que se repiten de manera cada vez más rápida. Una punzada que va ganando fuerza hasta desaparecer luego. Algunas dicen que es como si les clavaran un cuchillo en los riñones y las rajaran hasta las entrañas.

—Ha penado alguna vez de un dolor fuerte —respondió Lorenzo, pálido aun a la luz del fuego—, pero desde hace tiempo no se queja más que del cansancio y los calambres.

La mujer frunció los labios, arrugando todavía más la piel del rostro.

—Tu cuerpo no está trabajando. Deberías estar expulsando a tu hijo, y en cambio lo estás atenazando. Él está preparado y en posición, pero tú no ayudas.

—¿Y qué puedo hacer? —preguntó Juana, desesperada y llorosa.

—Para empezar, relajarte, niña. Respira con calma y poco a poco. Imagina que se fuera a acabar todo el aire del mundo y lo quisieras para ti. Eso es, muy bien —dijo cuando ella empezó a obedecer sus indicaciones—. ¿Tenéis trapos calientes?

—Sí, hay muchos preparados, tal como me pediste.

—Bien, coge uno. Deberíais haberme llamado antes —comentó en voz baja al oído de Lorenzo cuando este se acercó al fuego—. No sé si podré sacar vivo a tu hijo. Ni siquiera sé qué pasará con ella.

Lorenzo asintió.

—Decidme lo que debo hacer. Nadie morirá hoy en esta casa.

—Veremos. Para empezar, toma ese trapo. Asegúrate de que no esté demasiado caliente. Colócalo sobre el pecho de tu mujer; y empieza a chuparle el pezón.

—¿Cómo?

—¿Qué te pasa? ¿Nunca le has chupado las tetas a tu mujer? Pues es lo mismo, pero con una vieja delante. Vamos, hazlo. Quizá con eso logremos algo.

—¿Y qué harás tú?

—Eso es cosa mía. Pero, si te quedas más tranquilo y dejas de hacer preguntas, te diré que prepararé una infusión. —Empujó a Lorenzo hacia su mujer y comenzó a rebuscar en su faltriquera—. Sí, una infusión es lo que necesitas, niña —dijo ahora con dulzura—. Una infusión que te ayude a estar más tranquila. Tienes todos los músculos agarrotados, y para que el niño salga se tienen que relajar. Tienes el vientre tan apretado que tu marido no sería capaz de metértela aunque la tuviera tan delgada como una brizna de hierba. No pretenderás que salga así tu hijo, ¿verdad? —Juana sonrió ante las palabras de la vieja—. Eso está mejor, chiquilla. Sonríe, todo saldrá bien.

Dejó a Lorenzo, que chupaba con cariño el pecho de su mujer, y tomó un tazón en el que vertió agua hirviendo. A continuación tomó unas hierbas de varios paquetitos y las removi6. Sopló un poco y dejó reposar el cuenco sobre la mesa. Mientras esperaba, para asegurarse de que no quemaba y que las hierbas dejaran su esencia en el agua, comenzó a masajear el vientre de la madre, de forma muy suave al principio,

en grandes círculos.

—Vamos, niño. No puedes quedarte ahí para siempre...

Al poco dejó los masajes y tendió la infusión a Juana.

—Bebe, chiquilla. Te hará bien. Es tila para que te relajes y un poco de clavo. El picante hará que se te remuevan las tripas.

Una vez lo hubo bebido, dejó el cuenco a un lado y tomó un pequeño frasco. Puso un poco del aceite que contenía sobre sus dedos y se puso entre las piernas de la parturienta, comenzando a frotar toda la zona genital de la mujer. Tras lo que pareció mucho tiempo, la vieja asintió.

—Ya es hora de que te pongas de pie, niña.

Se secó las manos en uno de los trapos y le pidió a Lorenzo que dejara el pecho de Juana y la ayudara a ponerse en pie.

—Debes caminar.

—¡No puedo ni moverme!

—Debes caminar, tanto si puedes como si no. Apóyate en nosotros y camina.

Juana pasó los brazos sobre los hombros de ambos y comenzaron a dar vueltas por la pequeña habitación. Al principio las piernas apenas le respondían, agarrotadas de tantas horas sentada. Poco a poco el entumecimiento desapareció y pudo moverse con más libertad. El sol ya se había puesto y Juana estaba agotada después de toda la noche en vela. Cuando pensaba que la dejarían volver a sentarse, la matrona, que parecía contar con toda la energía del mundo, le quitó la idea de la cabeza.

—Bien, ahora, ponte en cuclillas. —Juana se mordió el labio—. No te caerás, no te preocupes.

Obedeció y se agachó entre temblores.

—Arriba —ordenó la matrona tirándole suavemente de los brazos—. Eso es. Baja de nuevo. Quiero que repitas este movimiento. Tú, ayúdala. Cada vez que te agaches suelta el aire y vuelve a tomarlo cuando te levantes, ¿me has entendido?

Juana asintió y la anciana volvió a dirigirse al fuego. Rellenó la escudilla con agua caliente y esparció en ella unas nuevas hierbas. Cuando estaban listas para ser tomadas, le pidió a Juana que volviera a la silla de parto.

—Tómala. Son hojas de frambuesa. Algunos dicen que ayudan, aunque a mí nunca me han dado resultado. Pero cada mujer es un mundo y lo que vale para una no tiene por qué servir para otras. No te preocupes, tengo muchas más: canela, jengibre, clavo... Las probaremos todas hasta que demos con la que te sirve a ti. Escúchame bien, niña: llevo toda la vida trayendo niños al mundo. Soy afortunada, casi todas mis criaturas viven. La tuya no va a ser menos.

Mientras Juana se tomaba la infusión volvió a introducirle los dedos. Comprobó que no había crecido el canal de parto, pero al menos las paredes del útero estaban más relajadas.

—Vamos por buen camino, pero nos queda mucho trabajo por delante. —Colocó un paño tibio sobre la barriga de la madre y en ese momento el niño se removió con

fuerza—. Vaya, parece que le gusta el calor... ¿Puedes conseguir un barreño grande donde pudiéramos meterla?

—Traería la pila bautismal de la iglesia si hiciera falta.

Juana curvó los labios en una sonrisa ante la salida de Lorenzo y la vieja soltó una risotada.

—No es eso lo que necesitamos, pero tienes buena actitud. Anda, ve. Prepararé más agua caliente. Tú, mientras tanto, descansa, chiquilla —pidió.

Pedro y Lorenzo llegaron al cabo con una enorme tina de madera.

—Hemos tenido que pagar una fortuna al vinatero.

—Habéis hecho bien. El vino es bueno para evitar infecciones. Llenadla, el agua está lista. Y tú, chiquilla: toma, mastica este perejil.

Así pasaron la noche, entre baños calientes, paseos, sentadillas y masajes. Las infusiones se sucedieron una tras otra sin descanso y Juana orinó vez tras vez allí donde la encontraran las ganas, ya fuera junto a la puerta o al lado del hogar. De vez en cuando la matrona volvía a meterle los dedos y hacía presión, ensanchando muy lentamente el camino por el que debía aparecer la criatura sin albergar en realidad muchas esperanzas de que fuera a nacer con vida. Su prioridad era no perder también a la madre, aunque tuvo buen cuidado de ocultarlo. Lo peor que le podría pasar era sufrir en aquel estado la pena por la muerte de su bebé.

Cuando descansaban le pedía que se tumbara de lado unas veces. Otras que se sentara en una silla baja. Las primeras luces los sorprendieron con los dedos de la matrona dentro de la madre, abriéndolos y cerrándolos.

—Dicen que en el Japón las matronas usan un alga —comentó la vieja al tiempo que hurgaba—. Les introducen el tallo seco en la madre y este se va expandiendo, forzando el camino para que llegue al niño.

—¡Ah!

—¿Qué te ocurre, chiquilla? —preguntó la matrona sin levantar la cabeza—. ¿Acaso te he hecho daño?

—¡Aaaaaah! Madre de Dios, ayúdame. ¡Este dolor es insoportable!

La matrona se levantó de inmediato y palpó el vientre de Juana, que se había tensado y endurecido.

—¡Rápido! —le pidió a Lorenzo—. Ponte este aceite de almendras en las manos y frótale la barriga.

—¡Dios santo, ayúdame!

—¿Dónde siente el dolor, niña? Cálmate y respira. Pasará dentro de un momento... Respira, eso es. —Juana se fue calmando poco a poco y relajó los hombros. Soltó la madera de la silla, a la que se había aferrado con tanta fuerza que no se dio cuenta de que se rompía una uña. Cuando volvió a respirar con normalidad, la matrona volvió a preguntar—. ¿Dónde sentiste el dolor?

—En la parte baja de la espalda, pero fue... Fue como si me abrieran en canal, un cuchillo ardiente corriendo por mis entrañas.

La vieja asintió. Se agachó de nuevo entre las piernas y volvió a meter los dedos. Por primera vez entraron sin esfuerzo. Se levantó, sonrió y le acarició a Juana la cabeza, chorreante por el sudor.

—Eso ha sido un dolor de parto. Prepárate: vendrán muchos más.

A partir de ese momento todo fue mejor. Los dolores fueron cada vez más frecuentes y con cada uno la apertura se abría un poco más. Francisca llegó al mundo a media tarde, seguido de un chorro de sangre y placenta, entre los alaridos de su madre, que estaba al borde del desmayo. La vieja matrona la tomó entre las manos, un trocito de carne trémula y resbaladiza, tan lívido que parecía el hijo de una esclava negra. Al principio no se movió. No alzó la voz. La matrona le palmeó el trasero, le metió los dedos en la garganta, pero no fue hasta que colocó su vieja boca alrededor de la nariz y la boquita de la niña y sopló varias veces con fuerza que la criatura dio señales de vida. Con el aliento de la mujer apareció por la nariz de la niña un reguero de mocos, placenta y sangre, y tan pronto como se vio libre de esa prisión aspiró con fuerza y empezó a llorar moviendo brazos y piernas.

Juana recordaba con frecuencia aquel día y siempre daba las gracias a la vieja mujer, que había muerto el invierno anterior. Fue Lorenzo el que se encargó de que se le diera debida sepultura. Era el mejor modo de agradecer lo que había hecho por ellos. Gracias a sus esfuerzos, a su sabiduría y a su constancia, pues estaba segura de que muchas otras matronas hubieran abandonado antes condenándolas a las dos a la muerte, podía estar viendo en aquel momento a su hija hacer mohines.

Estaba a punto de dejar la camisa que cosía a un lado cuando alguien dio un golpe sordo en la puerta.

Lorenzo y Juana se miraron con sorpresa. Pedro estaba fuera de la ciudad, de modo que no podía ser él. Antes de que pudieran reaccionar, los golpes volvieron a escucharse. Lorenzo se levantó y se dirigió a la puerta mientras que Juana llamaba a su lado a Francisca, que había dejado sus juegos.

Cuando abrió la puerta, lo que Lorenzo se encontró fue lo último que hubiera esperado. Ante él se alzaban dos frailes vestidos con el hábito de los jerónimos. Lo primero que pensó fue que el abad lo hubiera encontrado después de tantos años, pero de inmediato descartó la idea.

—¿Sois Lorenzo Ferrer?

Asintió y recuperó la compostura.

—Bienvenidos seáis, hermanos. ¿Puedo ayudaros?

—Nos gustaría hablarte. ¿Podemos pasar? Lo que queremos proponerte no es para todos los oídos.

Lorenzo dudó, pero se decidió a franquearles el paso. Los acompañó hasta la mesa y los invitó a sentarse en los taburetes con un gesto.

—¿Puedo ofreceros algo? ¿Vino? ¿Tal vez algo de queso?

—No es necesario —repuso el que parecía llevar la voz cantante. Era un hombre alto y enjuto, cejijunto y de pómulos tan prominentes que parecían estar a punto de

rasgar la piel de un momento a otro. El otro permanecía con la capucha echada, por lo que apenas se le veía algo más que la perilla y el nacimiento de la nariz—. Venimos a proponerte un negocio. Nos han dicho que eras la persona idónea para ello.

—Os escucho.

Lorenzo se echó hacia atrás, apoyando la espalda en la pared, y cruzó los brazos sobre el pecho. Los monjes se miraron y, para su sorpresa, fue el encapuchado el que asintió, dando permiso a su compañero para que hablara.

—Sin duda habéis escuchado los graves problemas que enfrentan a Roma con la Iglesia española. En el trono del Papa no se ve con buenos ojos la adoración que recibe en nuestras tierras el apóstol Santiago. Temen que, si se compara la creación de la Iglesia en estas tierras por parte de Santiago con la importancia de San Pedro, desde Roma se pierda poder e influencia e incluso se llegue a producir un cisma.

»En las últimas Cortes de Castilla se reivindicó la importancia y la antigüedad de nuestra Iglesia. El objetivo es lograr que se reconozca la validez del concilio de Elvira... Tal vez sepas por tu pasado la importancia de ese concilio en nuestras pretensiones, pues son un símbolo de nuestra tradición que muestra que no estamos sujetos a Roma.

—¿Qué tiene todo esto que ver conmigo?

Lorenzo seguía de pie, sin entender qué tenía que ver él en todo aquello.

—Necesitamos una prueba. Algo que demuestre el magisterio de Santiago en estas tierras. Nos han dicho que podríais ser el hombre perfecto para fabricar esa prueba.

—¿Quién os ha dicho eso? —preguntó Lorenzo, preocupado, acercándose hasta la mesa y apoyando los puños sobre ella. Pudo ver de reojo que Juana sujetaba a Francisca con fuerza.

—El hermano Cristóforo es un buen boticario. Y al parecer un buen amigo vuestro. Nos dijo que de vez en cuando le escribís para conocer de su estado. Ya está mayor, pero aún le responden las piernas y la cabeza.

—¿Qué queréis exactamente que haga? —preguntó de nuevo, algo más tranquilo.

—Según nos dijo el hermano Cristóforo domináis varias lenguas, incluida la de los musulmanes, y sois, digamos... fértil de ideas. Necesitamos forjar un engaño tal que nadie pueda dudar de él. ¿Podéis hacerlo?

—¿Qué sacamos nosotros con todo esto? —terció Juana—. ¿Cómo sabemos que no se trata de una trampa?

—Señora, permitid que me presente. —El encapuchado se levantó y se descubrió la cabeza. Era un palmo más bajo que su acompañante, de cara sonrosada, labios finos y perilla bien cuidada—. Mi nombre es Alonso del Castillo. Mi hermano y compañero se llama Miguel de Luna. Pertenece al Santo Oficio. —Al escucharlo, tanto Juana como Lorenzo se santiguaron a toda prisa—. Es el Santo Oficio el que está detrás de todo esto, tenéis mi palabra. El engaño ha de hacerse, y quien nos ayude recibirá una recompensa que le permitirá vivir varios años sin preocuparse por

nada. Puedes ser tú —afirmó dirigiéndose a Lorenzo y apuntándole con un dedo—. O puede ser otro.

Lorenzo miró a Juana con los brazos en jarras y los ojos oscurecidos. Vio a su mujer sujetando aún por los hombros a la niña.

—Esto nos traerá problemas —aseguró ella con un gesto de negación casi imperceptible de la cabeza.

Lorenzo suspiró y volvió a apoyarse en la mesa, esta vez con las manos abiertas, descansando en ellas todo su peso como si no le quedaran fuerzas. Sabía que no podía oponerse a la Inquisición. Si se negaba sufrirían las consecuencias. No podían dejar que alguien conociera sus planes sin participar en ellos. Tamborileó los dedos contra la madera un momento y al instante se sentó con gesto cansado.

—Trae vino, Juana. Junto con pan, queso y tocino salado. —Ella bufó una maldición y se metió en la cocina—. Os quedaréis a cenar, ¿verdad, hermanos? Hay mucho de lo que hablar.

* * *

Felipe II observaba con rostro alborozado los trabajos de la fachada del alcázar. Su padre ya había hecho reformas y cambios en el antiguo edificio árabe que se había transformado en el palacio real, pero para Felipe era una auténtica obsesión.

—Me alegra veros contento, majestad —comentó Cristóbal de Moura tras escuchar de boca de Felipe su regocijo por los progresos del príncipe.

—Sí. Sí, en verdad lo estoy. Necesitaba un grupo de personas trabajando todas en una misma dirección con tal de preparar a mi hijo para las duras funciones que tendrá que acometer, sin que lucharan entre ellos por ganar posiciones en la corte. —El rey calló de pronto, observando las facciones de su ministro— ¿Qué sucede, Cristóbal? Algo de lo que he dicho os ha cambiado el semblante.

—Sois sagaz, majestad. Es cierto, hay algo que me preocupa desde hace un tiempo. Y esa preocupación, lejos de desaparecer, ha ido en aumento con el paso de los meses.

—Bien, pues habla. Todo lo que tenga que ver con mi hijo me interesa.

—Veréis, mi señor. De un tiempo a esta parte, y pese a nuestros cuidados y atenciones, hay personas que están ganando influencia sobre el príncipe. Y esas personas, según mi criterio y el de otros, pueden tener un efecto pernicioso sobre vuestro hijo.

—¿A quién te refieres? —preguntó el rey, ahora interesado y preocupado por lo que le decía uno de sus más fieles servidores.

—Majestad, el marqués de Denia es el objeto de nuestras preocupaciones. Adula

constantemente a vuestro hijo y le hace regalos frecuentes, aunque se dice que su situación económica es crítica. Es evidente que está intentando escalar posiciones con la ayuda de otros. Y muy a nuestro pesar lo está consiguiendo. El heredero habla de él como si fuera un auténtico héroe y mucho me temo que ya se haya convertido en su favorito.

—Esa palabra que usas no trae buenos designios, Cristóbal —contestó el rey con tremenda seriedad.

—Y sin embargo la he utilizado a conciencia, majestad. No podemos olvidar lo dañina que puede llegar a ser la existencia de un privado para un rey. Recordad lo sucedido con Juan II.

El rey frunció el ceño, recordando los diferentes escritos y tratados que había recibido en los últimos tiempos dirigidos al príncipe, alertándole sobre los peligros de cifrar la confianza real en un privado, ya que éste, de forma inevitable, sería una persona dada a la corrupción, que intentaría por todos los medios aumentar su hacienda, llevando a cabo toda práctica posible para evitar que el rey tuviera contacto con otros que pudieran poner en peligro su valimiento.

—Confío en tu buen juicio, Cristóbal. No es por casualidad que eres uno de mis más apreciados ministros. Si crees que el marqués de Denia puede llegar a influir negativamente sobre mi hijo, tal vez haya llegado el momento de premiar sus muchos servicios con un puesto en el que pueda mostrar su valía. El marqués de Cañete lleva ya varios años ejerciendo el puesto de virrey del Perú. Creo que ha llegado el momento de hacerle volver a la corte. ¡Y quién mejor que otro marqués para sustituirlo!

Cuando la mirada del rey y su siervo se cruzaron, ambos esbozaron una sonrisa de complacencia.

* * *

Andrés tenía veintiún años, una barba rala y rubicunda y unos brazos anchos como los muslos de un toro gracias a llevar toda la vida cavando junto a su padre. Desde hacía unas semanas trabajaban en el monte Valparaíso, que con el tiempo sería conocido como Sacromonte, aunque ellos no tenían ni idea de que pudieran tener algo que ver con el cambio de nombre del lugar.

Poco antes, a media mañana, habían hecho un breve descanso para refrescarse. Salieron al exterior a beber un poco de vino y desde allí observaron la negra herida en la que excavaban. No eran los únicos. En las cuevas adyacentes había otros, en grupos o en solitario, dependiendo del tamaño de la gruta en cuestión. El monte entero parecía burbujear con tanta actividad. El propósito era despejar las oquedades

para, a continuación, poder estudiar aquellas que daban signos de haber sido testigo de martirios. Habían regresado al tajo, iluminado por unas pocas teas, y desde hacía un rato volvían a esforzarse, cubiertos de polvo y sudor, a pesar de estar ya avanzado el invierno.

—¿Cuándo piensas hablar con Leonor?

Andrés se detuvo y se volvió hacia su padre, que lo miraba sonriente. Se encogió de hombros y contestó mientras pasaba el antebrazo por la frente para eliminar el sudor al tiempo que se encogía de hombros.

—No lo sé.

—Hijo, llevas más de un año prendado de esa muchacha. Tu madre y yo lo hemos hablado muchas veces: o te das prisa o vendrá otro más espabilado que te la robará.

El joven dio la espalda a su padre y volvió a alzar el pico para descargar un nuevo golpe.

—Quizá sí. Pero no termin... —No acabó la frase, pues la herramienta había golpeado con fuerza contra algo tan duro que hizo que los brazos se sacudieran. Se oyó un sonido metálico que retumbó en la galería—. ¿Qué es esto? —espetó soltando el pico y frotándose las manos doloridas.

Su padre se había acercado y lo apartó a un lado. Removió la tierra que su hijo había estado levantado y palpó el suelo.

—Trae un fanal.

—¿Qué hemos encontrado, padre?

—Aún no lo sé. Ve.

La luz del farol les mostró lo que parecía una durísima piedra labrada con extraños símbolos grabados.

Al momento salió Andrés para buscar a alguno de los monjes encargados de las obras. Al poco había todo un ejército en la gruta dirigidos por un monje alto y huesudo. Trabajaron con cuidado hasta despejar la lápida, que retiraron entre varios hombres, tan pesada era.

Cuando los candiles alumbraron el interior del sarcófago descubrieron los restos de lo que parecía un hombre muerto cientos de años antes. Junto a su mano descansaban unos rollos de plomo.

El monje, después de observar los huesos marchitos, se acercó a la tapa, que había quedado a un lado. Acercó la luz y comenzó a leer en voz baja. Cuando terminó, temblaba de pies a cabeza.

—Id a buscar a Alonso del Castillo.

No se había dirigido a nadie, pero Andrés preguntó.

—¿Qué debemos decirle, hermano?

—Decidle que hemos encontrado a San Cecilio.

Y tras decir esas palabras se arrodilló, tomó entre sus manos el rosario y comenzó a rezar.

* * *

—Sí, alteza. Al Perú. Ni que decir tiene que es un puesto de alta responsabilidad que no puedo despreciar. Pero, a decir verdad, preferiría permanecer aquí, junto a vos, siendo el más humilde de vuestros servidores, antes que aceptar el puesto de mayor importancia del reino. Pues, ¿qué puede ser más importante que servir a mi señor?

Francisco hablaba al príncipe con la voz afectada por la emoción. Si lo mandaban a las Indias, todos sus esfuerzos, todos sus desvelos, resultarían inútiles. Todo el dinero que sus amigos habían volcado en él no dejaría más huella que la del agua en la orilla. Y la verdad era que el rey había tomado una decisión que resultaba en honores para Francisco, un premio a los servicios de su súbdito, además de aportar una buena cantidad de ducados a su hacienda. No obstante, lejos de la corte, Francisco de Sandoval perdería cualquier opción de obtener poder y mejorar la posición de su casa. Eso era lo que Cristóbal de Moura y sus amigos pretendían. El único que podía detener aquel desastre era el príncipe.

Francisco nunca supo con exactitud cómo lo hizo el heredero, pero lo cierto es que el asunto de su Virreinato al Perú fue olvidado y pudo permanecer en la corte, aunque fue por poco tiempo.

Un día, con el sol ya alto, caminaba observando las obras de la Armería Real, casi acabadas. Pensaba en los casi cuarenta años de trabajos para adecentar el palacio al gusto de Carlos, y más tarde de Felipe, cuando lo sorprendió una voz.

—¡Estáis aquí, marqués! Al fin os encuentro. Llevo buena parte de la mañana intentando encontraros.

Cuando se giró encontró que se le acercaba Baltasar de Zúñiga. Venía ataviado con capa y bonete tudor rojos, adornado este último por una airosa pluma. El cuello de la camisa era blanco y por encima asomaba un jubón negro que cubría con una ropilla marrón con algunos adornos más bien pobres. Las calzas y las botas eran del mismo color, quizá con un tono algo más oscuro. Sobre el pecho lucía un rosario con una cruz. Todo el mundo había escuchado que estaba bendecida por el propio Papa y era bien conocida la religiosidad de Baltasar. El conjunto era elegante, aunque estaba algo anticuado.

—¿Y para qué me buscabais, don Baltasar? —preguntó envarado.

—El rey me envía para daros una noticia que, me temo, no os alegrará —anunció mientras una sonrisilla que no pudo ocultar le elevaba la comisura de los labios.

—Bien, decid pues. —Francisco cruzaba los brazos sobre el pecho ante la tardanza de Baltasar a darle el mensaje—. No sé vos, pero yo tengo poco tiempo que perder.

—Cierto. El rey, su majestad Felipe II, me envía a deciros que debéis dejar la

corte y...

—¿Cómo? —Los brazos le habían caído y colgaban ahora a ambos lados del cuerpo.

—Lo que oís, marqués. El rey os envía a Valencia. Os ha hecho un gran honor — y aquí la sonrisa se le ensanchó—: Ahora sois el virrey de Valencia. Me alegra ser el que os dé la noticia y el primero en felicitaros por el nombramiento.

Baltasar se inclinó con cierta burla y al incorporarse se plantó con el pecho expandido y la cabeza alta, las manos en jarras sobre la cintura.

Francisco se adelantó un par de pasos. Era más alto que Baltasar, de modo que inclinó un poco la cabeza para mirarlo a los ojos, los rostros muy cerca. Las manos de Francisco crispadas.

—Os burláis.

Baltasar retrocedió un poco, alzando las palmas de las manos, pero sin borrar el gesto de alegría.

—No, marqués, no me burlo, aunque, ciertamente, me alegro. Si por mí fuera, os alejaría de la corte para toda la vida... —aseguró arrugando la cara en un gesto de desprecio.

Francisco alzó las cejas al escuchar aquello. Sus ojos se abrieron por la sorpresa.

—¿Por qué? ¿Por qué me odiáis de ese modo? Nunca os he hecho mal alguno.

—Vamos, marqués. Es sabido en los pasillos de la corte que si pudierais os libraríais de mí.

—Un rumor falso, como muchos otros. No negaré que os envidio. Sí, os envidió —repitió al comprobar el gesto incrédulo de Baltasar—. Envidio lo que habéis logrado alejado del rey: vuestros honores, la relación que atesoráis con el Papa. Y todo eso pese a vuestra juventud. Pero nunca os deseé mal alguno. Así pues, ¿por qué me odiáis de ese modo?

—Puesto que habéis sido sincero conmigo, haré lo mismo con vos. —Entrecerró los ojos antes de seguir hablando—. ¿Decís que vos me envidiáis a mí? No, marqués —continuó negando con un dedo—, yo soy el envidioso, y cada noche me confieso por caer en ese pecado capital que me atormenta y del que no puedo librarme. Vos sois quien lo tiene todo y yo quien no dispone de nada. Fuisteis Vos quien me lo arrebató todo al desposar a Catalina, pues habéis de saber... —La voz le tembló, pero se rehízo y continuó con firmeza—, debéis saber que amo a vuestra esposa desde que puedo recordar. Sí, Francisco, no me miréis con esa cara. Soñaba con desposar a Catalina mucho antes de que vos aparecierais y la apartarais de mi lado. ¿Y para qué? —El tono de Baltasar había ido subiendo. Gesticulaba ya con intensidad y ahora alzó una mano, señalando con el índice a Francisco, que no lograba salir de su asombro—. Yo os diré para qué: ¡para que corrierais la misma noche de vuestra boda a que os acunaran los brazos de una sucia lavandera! Sí, marqués. Os vi. Os seguí cuando salisteis de vuestra casa. Yo había permanecido en el interior del carruaje, incapaz de alejarme de Catalina, llorando como un chiquillo lo que no podría tener siendo

hombre. Os vi subir, y esperé durante toda la noche a que regresarais con vuestra esposa, mas no lo hicisteis hasta el día siguiente. Así fue como descubrí a vuestra ramera.

—¡Cómo osáis!

—No, marqués. No os hagáis el ofendido ni tiréis de espada. Sabéis que no sois rival para mí, y la verdad, vos y yo lo sabemos, es la que acabo de deciros. Y no contento con destruir mi vida, destrozasteis también la de Catalina. ¡No hay más que verla! Apagada y marchita. Todo su dinero no os sirvió para nada, y ahora continuáis arrastrándoos en la pobreza, intentando lograr el favor del príncipe para que os saque de la miseria Dios sabe cuándo.

Francisco se le acercó en dos rápidos pasos y lo tomó por la ropilla, zarandeándolo mientras le hablaba.

—Sois un malnacido, Baltasar. Tal vez seáis hombre devoto y buen espadachín, pero ahí acaban vuestros dones. ¿Decís que Catalina está marchita y apagada? Será así, si vos lo decís y tan bien la conocéis; pero, marchita o no, es mi cama la que calienta cada noche. —Baltasar se removi6 intentando zafarse de las garras de Francisco quien, viendo que había clavado la hoja en la herida adecuada, abrió las manos y dejó que se alejara trastabillando y llevando la mano a la espada—. ¡Prestad atención a lo que hacéis, Baltasar! Soy virrey de Valencia. Vos mismo lo habéis dicho. Si desenvaináis, si llegáis si quiera a rozarme con vuestro acero, bien sabéis que sufriréis las consecuencias. —Baltasar comprendió la razón de aquellas palabras y no llegó a tirar de la hoja—. He de retirarme de la corte, vos ganáis por ahora. Pero hoy os juro, bajo este sol que nos alumbra, que regresaré a no tardar mucho. Y que será entonces cuando sea yo quien os envíe tan lejos como sea posible de los pasillos de la corte. Os lo juro por esa cruz que lleváis en el pecho.

Francisco caminó con lentitud hasta llegar a su casa, mesándose las barbas con la mano derecha y la izquierda doblada en la espalda, la cabeza hundida entre los hombros. Cavilaba algún modo de salir de aquel enorme problema. Alejarse de la corte podía suponer la despedida a todos sus anhelos. Pensó en solicitar ayuda al príncipe, pero descartó la idea tan pronto como apareció: el rey ya había dado instrucciones de que se le anunciara. Con toda seguridad el príncipe lo sabía y no había podido, o no había querido, hacer nada por evitarlo. No tenía salida.

Al entrar en su casa encontró a sus dos hijas pequeñas, Catalina y María Francisca, sentadas en el suelo. Catalina tenía ya once años y solía llevar a su hermana, de apenas seis, a toda clase de travesuras, pero Francisco era incapaz de reñirlas, siempre le robaban una sonrisa. Así ocurrió en aquella ocasión. Ambas lo miraban de reojo, con la cabeza agachada y los ojos muy abiertos. Tenían la cara cubierta de arroje y María Francisca escondía detrás de su cuerpo lo que sin duda era el frasco que habían tomado sin permiso de la cocina. Él sonrió, hizo un gesto con el dedo para que guardaran silencio y las envió en voz baja a que se limpiaran antes de que las descubrieran, lamentando en su interior no poder ofrecerles chocolate, la

bebida de lujo que venía de las Indias.

Buscó a Catalina y la encontró en el cuarto de bordados, ordenando unas telas. Tan pronto como lo vio supo que algo ocurría. No fue necesario que le preguntara. Se llevó la mano a la garganta, en aquel gesto tan suyo, y esperó.

—Partimos, Catalina. Hay que organizar nuestro viaje. Me han nombrado virrey de Valencia.

—¿A Valencia?

—Así es. No hay nada que hacer —explicó sentándose agotado en una de las sillas—. Abandonamos la corte...

—Pero la boda de Juana... —comenzó a decir preocupada por el enlace de su hija mayor, arreglado tiempo atrás.

—La boda de Juana con el hijo del duque de Medina Sidonia seguirá adelante. Cristóbal y Diego aún tendrán que esperar... —Viendo que su mujer no reaccionaba, y sabiendo lo mucho que echaría de menos Madrid, Francisco se levantó y la tomó por los hombros con delicadeza—. Volveremos, Catalina. El príncipe no permitirá que esté mucho tiempo alejado de él. Lo veré antes de que nos marchemos y me encargaré de arrancarle la promesa de nuestro regreso.

Catalina lo miró con los ojos hundidos al hablar.

—No seré una carga, Francisco. Si debemos ir a Valencia me tendréis a vuestro lado para apoyaros en cuanto sea necesario. —Se alejó de él y se dispuso a salir de la cámara—. Os dejo, hay mucho que preparar.

Cuando cerró la puerta caminaba sin levantar apenas los pies del suelo; Francisco pudo escuchar un sollozo apagado.

* * *

Caminaban satisfechos tras una buena comida. Unos días antes habían dejado Guadix para dirigirse hacia el noreste. Todo había salido bien con el asunto del Santo Oficio. Lorenzo necesitó poco tiempo para preparar aquellos plomos y entregarlos. A cambio recibió la maravillosa suma de treinta y cinco mil maravedíes. Mucho debía estar en juego para la Iglesia si se mostraban así de espléndidos. Lorenzo, su mujer y su hija podrían vivir con esos dineros durante varios años si los administraban bien y no tenían que compartirla con Pedro. Éste caminaba el último, masticando una brizna de hierba y tirando de un mulo viejo que cargaba con los enseres indispensables, pues se mudaban. Juana temía que aquel asunto pudiera destaparse y no deseaba seguir en el mismo lugar que conocían los monjes. Cuando a uno le daban martirio había que ser muy santo para no abrir la boca.

—Tendrás que dejar de escribir a Cristóforo.

A Lorenzo se le subió la comida a la garganta al escuchar las palabras de su mujer y a punto estuvo de darle un ataque de tos.

—¿Otra vez vuelves con eso?

—Vuelvo porque no te decides ni me aseguras que no volverás a escribirle. ¿Quién te dice que, igual que habló con esos monjes, no habla con cualquier otro? No te dedicas a vender sedas, precisamente. —Lorenzo soltó un bufido, aunque Juana no le prestó atención—. ¡Escúchame, hombre! —exigió tirándole de la manga para que se pusiera a su altura—. ¿Acaso quieres que nos pase algo? Francisca es una chiquilla —explicó señalando a la niña, que correteaba unos pasos más adelante—. Si algo nos pasa a nosotros, ¿qué será de ella? Tienes que dejar de escribirte con ese monje, por muy amigo tuyo que sea.

Lorenzo miró a su cuñado, que se encogió de hombros al tiempo que sonreía sin importarle todo aquello demasiado.

—Es el único vínculo que tengo con lo que fui, Juana.

—A nadie le importa lo que fue un hombre en su pasado. Sólo importa lo que eres hoy. Eso es lo que a mí me importa. Hoy eres un hombre que se dedica a asuntos peligrosos. No puedes tener rémoras que nos puedan perjudicar.

Lorenzo miró al frente y retomó el paso. Al poco, notando que Juana lo observaba con fijeza, le devolvió la mirada. Vio que tenía aquella expresión testaruda que ya le conocía y suspiró.

—Está bien. No volveré a escribirle. Será como si hubiera muerto.

Y Juana se abrazó a él, satisfecha de aquel logro.

* * *

—Bien, alteza. Es el momento de despedirme. —Francisco hablaba visiblemente afectado, los que estaban más cerca pudieron ver incluso alguna lágrima bailando en sus ojos—. El Virreinato de Valencia me espera y ya he aplazado mi partida tanto como me ha sido posible.

—Lo sé, mi buen Francisco —respondió el príncipe con su voz de niño—. Y podéis creer que he hecho cuanto ha estado en mi mano para evitarlo, tal como hice cuando la intención de mi padre fue enviaros al Perú.

—Me constan y me honran vuestros esfuerzos. Podéis estar seguro de que nada me satisfaría más que permanecer a vuestro lado. Ahora con más motivos que nunca, pues falta poco para que comencéis a tomar mayores responsabilidades en la política de los reinos y tal vez os sean necesarias personas de vuestra confianza a las que pedir consejo.

—Bien cierto es lo que decís, marqués; sin duda os echaré de menos.

—No más que yo vuestra presencia, alteza. Pero, antes de irme, quisiera poder haceros un último servicio.

—Muchos son ya los que me habéis prestado.

—Y, sin embargo, sé que hay un asunto que os preocupa al no poder cumplir vuestra palabra.

El joven Felipe lo miró extrañado. No sabía a qué se refería.

—El asunto del que hablo tiene que ver con Lhermite. Recordáis, sin duda, que le ofrecisteis un caballo como pago a sus servicios. De esto hace ya algún tiempo, y sé, pues vos mismos me lo habéis comentado en alguna ocasión, que os avergüenza no haber podido hacer honor aún a vuestra palabra. Creedme, alteza: me consta que no se debe a falta de interés, y que en realidad os incomoda la situación. Puesto que nadie sabe por cuánto tiempo habré de estar separado de vuestra compañía, permitidme que sea yo quien haga honor a vuestra palabra antes de partir. Me he permitido la licencia de enviar a mi buen amigo Jehan la mejor yegua de todas las que pudieran encontrarse en Madrid. Podéis estar tranquilo: es un animal de la más alta calidad, digno, si me lo permitís, del regalo de un príncipe. Me he tomado la libertad, asimismo, de solicitar a Lhermite que me tenga al corriente de los asuntos que tengan que ver con vos, pues no podría permanecer sin conocer todo aquello que os acontezca.

Felipe estuvo a punto de echarse a llorar. Era cierto que no poder cumplir con la promesa hecha a su profesor de francés era algo que le avergonzaba, pero no había esperado que Francisco, del que sabía que no se encontraba en una situación económica favorable, fuera capaz de hacer semejante esfuerzo por agradarlo.

Alzando la vista hacia su favorito, le habló con voz temblorosa por la emoción.

—Mi buen Francisco... —La tristeza del heredero por aquella despedida era visible en sus ojos húmedos—. Podéis estar seguro de que no olvidaré este servicio, y todos aquellos que me habéis prestado a lo largo de los últimos años. Cuando regreséis de Valencia, porque regresaréis, yo me encargaré de ello, os estaré esperando. Y entonces, seré yo quien os recompense.

Francisco se despidió del príncipe con ánimos renovados. Sabía que Felipe cumpliría su palabra, por mucho tiempo que pasara.

Capítulo VIII

La multitud que se apiñaba frente al alcázar no dejaba de aplaudir ni prorrumpir en exclamaciones de asombro. Las obras del palacio habían acabado hacía poco tiempo y la enorme explanada que se abría en el lado sur acogía un espectáculo que Madrid nunca había presenciado. Una troupe de al menos dos docenas de personas tenía absortos a los espectadores. Vestían ropas de colores intensísimos: rojos, amarillos, verdes, azules... que destacaban contra el terreno. Habían levantado un sorprendente entramado de cuerdas. Algunas unían varios postes de la altura de seis hombres; otras cruzaban el solar, anudando un extremo a una de las torres del alcázar y el otro al edificio de enfrente. Unas estaban tensas como cuerdas de arco; otras colgaban como la piel en los brazos de una abuela. Y en todos aquellos cables de cáñamo ocurrían cosas.

Sobre uno, tres equilibristas que portaban largas barras en las manos deambulaban de punta a punta a tal velocidad que parecían estar en suelo firme. Justo bajo ellos, en los cordeles más flojos, otro hombre, apenas un muchacho, giraba sobre sí mismo, colgaba cabeza abajo, saltaba en el aire, arrancando exclamaciones aterrorizadas entre el gentío que llenaba la plaza, que pensaba que el chicuelo daría con todos sus huesos en el suelo, para aferrarse en el último instante con una mano y hacer molinetes con su cuerpo. La más larga de aquellas cuerdas, la que iba de un edificio a otro, estaba ocupada por dos de los artistas, que caminaban con lentitud uno hacia otro al tiempo que hacían malabares con diversas pelotas de colores. En el suelo, el resto de la troupe subía unos sobre otros hasta formar pirámides de cuatro hombres, se lanzaban entre sí teas encendidas, saltaban apoyándose en sus compañeros y ganando unas alturas inconcebibles...

Y la multitud chillaba, se llevaba las manos a la boca; algunos cerraban los ojos con fuerza mientras que la gran mayoría aplaudía hasta dejarse la piel viendo todo aquello.

—Llevan tges días aquí y la gente no se cansa de veglos. Los hegmanos Bugatines son la mayog atgacción que se ha podido veg en Madgid.

—¿Bugatines?

—Bugatines, oui. Eh... vosotgos lo escgibigíais con una ege.

—¡Ah, mi buen Lhermite! Por más tiempo que paséis en estos lares jamás podréis pronunciar del todo bien, ¿verdad? No os preocupéis, que comprendí que queríais decir «buratines». ¡Soy feliz, Jehan! Soy feliz por volver a estar en Madrid. Por poder volver a veros.

—Y yo también lo soy pog volveg a tenegos segca, Fgancisco. La cogte es más abugida sin vos. Así pues, ¿es definitivo?

—Desde luego. Hemos dejado Valencia y ya nos hemos trasladado a nuestra

antigua casa; Catalina está radiante, como puedes imaginar. Vayámonos, Jehan —pidió Francisco tomando a su amigo por el brazo—: es mi primer día en Madrid y ya he visto el espectáculo. El príncipe estará esperando.

Caminaban con dificultad, empujados a un lado y a otro por la multitud, cuando Francisco tropezó. Se hubiera ido al suelo de no ser porque su sirviente, un joven que lo acompañaba con los ojos abiertos como platos por lo que veía, lo sujetó. Se recompuso encarándose con el que lo había empujado, pero sólo consiguió llevarse una sorpresa desagradable.

—¡Vos! Os hacía en Galicia... ¿Qué hacéis en Madrid, Baltasar?

—Lo mismo puedo decir yo de vos, marqués —respondió Baltasar con desagrado—. Pensaba que os encontrabais en Valencia, como corresponde al virrey de aquellas tierras. Es cierto que he estado en Galicia, atendiendo a los asuntos de mi familia ahora que mi hermano ha marchado como virrey a Nueva España. Acabo de llegar a Madrid, donde espero poder celebrar como es debido nuestro triunfo sobre vuestros parientes, los condes de Lemos, en la pendencia que tenemos desde hace tanto tiempo...

La socarronería de las últimas palabras era evidente, a pesar de que el bullicio era tal que tenían que gritar para que se les escuchara. A Francisco se le agrió la mañana, y la cosa hubiera podido ir mucho peor de no haberlos separado Jehan.

—Francisco, no debéis entgetenegos. Os espega el pgínsipe.

Y, tirando de él, casi a rastras y ayudado por el sirviente, lo alejó de aquel lugar mientras la sonrisa de Baltasar se congelaba en su rostro.

Así recibió el noviembre de 1597 a Francisco de Sandoval cuando pudo al fin regresar a la corte. Dos años había durado su alejamiento.

Su llegada llegó precedida de regalos para sus amigos y aliados, incluyendo extrañas telas de Berbería a las que llamaban «albornoz» y que eran especialmente útiles debido a que el agua no calaba a través de ella.

—Os dije que regresaríais, Francisco —le recordó el príncipe cuando se encontraron en los jardines del alcázar, mostrando con su amplia sonrisa lo mucho que se alegraba de su vuelta—. Como podéis observar, sé cumplir mi palabra.

—Nunca dudé de ello, alteza —le respondió—. Sólo espero poder volver a serviros tal y como es mi deseo.

—¿Quién os acompaña? No lo reconozco como servidor vuestro.

—Alteza, os presento a Rodrigo Calderón —respondió mientras sonreía al muchacho que lo acompañaba—. Es un joven nacido en Amberes, al igual que nuestro buen Lhermite. Quizá por eso lo tomé a mi servicio como paje. Pero lo cierto es que es avisado y de buena familia, y puedo asegurar que, de seguir así, tendrá toda mi confianza en el futuro.

—Eso mismo puedo decir yo de vos, Francisco, pues grande es mi alegría por volver a teneros cerca. Ante todo, permitid que os felicite por la boda de vuestro hijo Cristóbal.

—Muchas gracias, majestad. Es sin duda un buen matrimonio, pues María de Acuña, como sabéis, es la hija del conde de Santa Gadea. Desde luego, es una buena unión.

—Sin duda, Francisco. Pero Venid, son muchas las cosas que desconocéis de los últimos tiempos en la corte. Dejad que os ponga al día de lo sucedido.

Durante el paseo, Felipe explicó a su favorito su situación: desde julio de 1595, poco después de que el marqués marchara hacia Valencia, y especialmente por causa de la mala salud del rey, el príncipe había ido ganando importancia en los quehaceres de la Corona. Puesto que debía ir adquiriendo responsabilidades, desde entonces era el encargado de representar a su padre en las audiencias públicas. También asistía a la junta, de la que preparaba informes que más tarde discutía con el rey.

—Sin embargo, me resulta tedioso y aburrido tanto papeleo, y a veces desearía que fuera otro quien se ocupara de tales asuntos. Procuero despachar cuanto antes esas reuniones, aunque sin desatender lo importante.

—Y bien que hacéis, mi señor. Es importante que vayáis adquiriendo experiencia política, por supuesto. Mas aún no es vuestra responsabilidad tomar decisiones, y para cuando ese tiempo haya de llegar, deberéis contar con la ayuda de aquellos que os puedan servir bien.

—Ésa es, precisamente, mi opinión. Sin embargo, parece que mi querido padre opina de forma distinta. Hace poco supe que había solicitado a García de Loaysa, mi tutor, un informe sobre mis progresos. Y si bien en él se hablaba de algunas cualidades, también hacía hincapié en que me muestro inflexible a veces, reservado a menudo y con una tendencia a permanecer inaccesible. ¿Y qué esperan, si me separan de aquellos a los que estimo, como vos?

—Ésas son actitudes que vuestro padre practica y cultiva, mi señor, y no veo por qué tienen que ser dañinas para un rey. Es más, según mi opinión, el rey debe ser inaccesible para muchos, manteniendo claras las distancias entre aquellos que gozan de su confianza y los que no.

El príncipe sonreía, visiblemente satisfecho por la respuesta.

—Mi buen Francisco, de veras, no sabéis cuánto os he echado de menos.

* * *

El valle era un lugar inhóspito, lleno de cárcavas y plagado de ramblas. Las últimas jornadas habían añadido la humedad a las demás incomodidades, pues viajaban siguiendo el curso del Segura, de manera que el frío se les clavaba hasta el tuétano. Tenían frente a ellos los montes que lindaban con Ricote. Se habían acercado a aquel lugar desde el norte, tras dar una amplia vuelta.

—Éste puede ser un buen lugar.

Juana contemplaba el paisaje apoyando la palma de la mano en la frente para hacerse sombra. Miró a Lorenzo, que le sonrió asintiendo sin decir nada.

—¿Estáis locos? —Pedro se les acercó a grandes pasos y moviendo los brazos para abarcar el entorno—. Lo que tenemos justo ahí enfrente, según nos han dicho, es el villorrio de Blanca, un pueblucho lejos de todo, plagado de inviernos fríos y veranos ardientes. La antesala del infierno. ¿Y aquí queréis quedaros a vivir?

—Es un lugar tranquilo, Pedro —terció Lorenzo, que poco a poco se había ido acostumbrando a la idea de olvidarse de timar y defraudar—. Nadie nos buscará aquí, nadie en este valle nos conoce. Es el lugar perfecto para hacer tabla rasa y empezar de nuevo.

—Es un lugar para morir de pena. ¿Qué pretendes hacer? ¿Comprarás unas cabras y te echarás al monte? Porque no hay nada más por hacer en un sitio como éste.

—Buscaremos un hogar aquí, en Blanca. Yo me dedicaré a la escribanía.

—¿A la escribanía? ¿Pero tú estás viendo esto, Lorenzo? —preguntó Pedro soltando salivas por entre los dientes—. ¿Qué piensas escribir aquí, el modo en el que aúlla el viento por la noche?

—Es un lugar recóndito, Pedro. Hay varios pueblos en las cercanías, pero probablemente no haya nadie capacitado para llevar registros, escribir correspondencia o llevar cuentas. Yo puedo hacer todo eso y mucho más.

—Además, yo he pensado que puedo empezar a coser. O tal vez a hilar. Queremos dejar atrás los problemas y los temores, Pedro.

Pedro se los quedó mirando. Puso los brazos en jarras, bajó la cabeza, volvió a mirarlos de reojo y les habló señalándolos con un dedo:

—No contéis conmigo para esto. No me quedaré aquí para morir de aburrimiento.

* * *

—Es un mal año. El rey tiene demasiados frentes abiertos, demasiadas guerras. —Baltasar hablaba con su madre. Habían decidido pasar aquella agradable tarde, que ya anunciaba la cercanía del verano, en la Casa de Campo—. De nada han servido los empeños de Clemente VIII por impulsar las conversaciones con el rey de Francia. En los acuerdos que se han alcanzado, nuestra Corona se ve perjudicada de forma clara y, además, el rey se ha visto obligado a reconocer a Enrique IV como soberano francés.

—No le habrá hecho ninguna gracia. Dicen que se ha llegado a gastar dos millones de ducados en ese empeño.

—Y no es todo. Hoy se ha anunciado que Felipe II entregará a Isabel Clara

Eugenia las Provincias Unidas tan pronto como muera. Los planes de boda con el archiduque Alberto están avanzados.

—Nada de eso ayuda a mejorar tu posición, Baltasar. —Inés de Velasco, la madre de Baltasar, hablaba con su contundencia habitual mientras alisaba una arruga imperceptible de su falda—. La situación de nuestra casa no es buena. Tu hermano obtiene grandes rentas en su Virreinato, pero los dineros salen tan pronto como llegan. Deberíamos aprovechar la posición de tu sobrina Francisca como dama de la infanta Isabel Clara Eugenia. Tú mismo eres gentilhomme y un militar experimentado, además de conocer bien los asuntos políticos.

—¿Creéis que no lo sé, madre? —respondió con cariño, tomándole una mano al tiempo que le besaba la mejilla—. He intentado todo lo posible, aunque...

—¡Calla, hijo! Mira, ahí viene el rey...

Felipe se acercaba con parte de su séquito. No era un hombre de estatura elevada. No destacaba por su físico. Y, no obstante, un aura extraña lo rodeaba, haciendo que sobresaliera entre los que lo rodeaban. Tal vez fuera por su semblante, siempre hosco, su carácter taciturno o su pelo, que había dejado de ser rubio mucho tiempo atrás para convertirse en blanco y empezar a ralear, destacando contra sus ropas, siempre negras.

Madre e hijo se pusieron en pie y se inclinaron ante la llegada del rey, que dio muestras de alegrarse por el inesperado encuentro. Los invitó a acompañarlo a merendar y dio orden de que levantaran de inmediato una pequeña carpa en la que disponer de intimidad. Inés y Baltasar disfrutaron así del primer chocolate que probaban en su vida, un placer delicioso para ella y «un tanto amargo» para él. El rey estuvo amable, interesándose por la salud de Inés y de su hijo mayor.

—Mi hermana, María de Austria, os tiene mucho aprecio, Inés —comentó el rey en un momento dado—. Suele hablarme de vuestras visitas al convento de las Descalzas, donde se recluyó hace tiempo, como bien sabéis.

—Es un honor que me tenga en tan alta estima, majestad. Para mí siempre es un placer poder visitarla. Mantenemos muchas conversaciones de mujeres, hablamos de asuntos religiosos y, de vez en cuando —confesó con una sonrisa traviesa—, comentamos los últimos cotilleos de la corte.

—¡Conociendo a mi hermana estoy seguro que hablaréis de asuntos mucho más importantes! —respondió Felipe II divertido—. Pero, ya que estamos confesándonos, mi querida Inés, he de decir que también yo os tengo aprecio. ¿Sabíais que os tuve muy presente para que sirvierais a mi hija como camarera mayor? —Inés no pudo decir nada. A punto estuvo de atragantarse con los pocos sorbos del chocolate que le quedaban y dejó la taza en la mesita con mano temblorosa, sin atreverse a mirar al rey. Baltasar, por su parte, se había quedado inmóvil, temiendo incluso respirar. Aquel nombramiento al servicio de Isabel Clara Eugenia les hubiera dado una vida por completo diferente a la que llevaban—. Sí, doña Inés, tengo muy buenos recuerdos de vos durante el tiempo que estuvisteis sirviendo a mi pobre esposa^[3]. Y

sólo una mujer de valía es capaz de sacar adelante una casa como la vuestra, con seis hijos a vuestro cargo, tras la triste muerte de vuestro esposo, hace ya tantos años.

El rey calló y se dedicó a sorber de su propia taza. Parecía haber regresado a aquellos tiempos pasados; era conocida por todos su tendencia a la melancolía. Tras darle unos instantes de paz, Inés se relamió los labios con recato y se atrevió a tomar la palabra.

—Majestad, debéis perdonarme pero, puesto que es una tarde de confesiones, ¿podría preguntaros el motivo por el que no me otorgasteis aquel inmenso honor?

Felipe II sonrió con tristeza y la miró a los ojos.

—Os contestaré, que bien merecido lo tenéis. Fue una cuestión práctica. Era necesario ofrecer una imagen de estabilidad y, en ese sentido, lo más sensato era continuar confiando en la condesa de Paredes, que como sabéis había sido la última camarera mayor de mi esposa. —Inés asintió agradecida y bajó los ojos. El rey se fijó en que cruzaba las manos y se apretaba los dedos con fuerza—. Mas, como os digo, siempre he tenido a la casa de Monterrey como súbditos fieles y leales. No creáis, Baltasar, que no agradezco vuestros muchos servicios. Pronto habrá cambios en la organización de la casa del príncipe. Hace tiempo que tengo intención de recompensaros por todos los esfuerzos que habéis realizado a pesar de vuestra edad. Decidme, ¿os gustan los caballos?

* * *

—No puedo seguir en esta situación, Juan. —Francisco hablaba con Juan de Acuña—. Hace ya varios meses que regresé a la corte y mi estado es exactamente el mismo que antes de marcharme. He decidido solicitar una audiencia y exponer ante el monarca mi caso.

—No os lo aconsejo, Francisco —contestó Acuña con seriedad—. No sois vos el único al que no se atiende. El duque de Feria se queja de que sus servicios no son recompensados. Asegura que, debido a esto, su casa ha caído en la ruina. No es el momento de hacer peticiones al rey —concluyó con voz misteriosa.

—¿A qué os referís? —preguntó extrañado el marqués.

—Corren rumores extraños por los pasillos. —Juan de Acuña bajó la voz, temeroso incluso de su propio murmullo—. Se dice que el rey vuelve a hablar del perro negro que tanto pavor produjo hace unos años, mientras el Escorial se construía. Está haciendo acopio de extraños cuadros. Aquellos que los ven sienten escalofríos. Algunos incluso susurran que está perdiendo la razón al ver que su tiempo está cerca.

—Ya conozco todos esos murmullos, Juan, y yo mismo he podido ver la cámara

privada del rey. Aprecio vuestra advertencia, pero no me queda más remedio. Si no hago algo, mucho me temo que volverán a apartarme del príncipe. No, amigo mío. Cortesanos y nobles comienzan a tratarme con mayor respeto. Mi posición es ahora más fuerte que cuando me marché hace dos años. Ha llegado el momento de tomar una postura firme en este asunto.

Así fue como unos días más tarde hacía valer su decisión y se encontraba con el rey.

—Majestad, quiero ante todo agradecer la merced que me concedéis al recibirme en audiencia.

—No son pocos los años que lleváis a mi servicio, marqués. Es justo que el rey escuche a sus siervos de vez en cuando. Es algo que sirve para que cada uno sepa cuál es su lugar y, en ocasiones, para que el rey conozca el verdadero estado de las cosas.

Como siempre, y pese a su edad, el monarca controlaba el encuentro. Francisco supo de inmediato que debía ir con cuidado en sus peticiones. No sólo eso, sino que, además, le dejaba muy claro que sus demandas tal vez no fueran atendidas. De modo que decidió cambiar el discurso que había pensado por otro diferente.

—Majestad, he pedido audiencia con vos porque estoy preocupado.

—¿Preocupado? —El rey se inclinó hacia adelante, interesado por aquello. Había esperado algo muy distinto; que el marqués se quejara por la falta de agradecimiento por sus servicios, como hacían todos los nobles. Suponía que iba a pedir que se le entregaran mercedes, alguna merecida recompensa por sus años de trabajo, pero lo que escuchaba de su boca era algo imprevisto que llamó su atención.

—Así es. Me preocupo puesto que, desde el momento en que entré a vuestro servicio como gentilhombre de vuestra cámara, os he servido con todo el amor que un vasallo puede mostrar hacia su señor. Como el más humilde de vuestros criados —comentó señalando de forma intencionada hacia sus ropajes, que apenas pasaban de ser correctos—, he intentado servir a vuestro hijo, quien me honra al tener en tan alto aprecio mis labores.

—Sí, marqués. Me consta que os acercáis con gran celo a mi hijo. —El doble sentido de la frase del rey no podía pasar desapercibido. Francisco sabía que de las palabras que dijera a continuación dependería su futuro.

—Ésa es mi intención, majestad. Serviros a vos y al heredero con toda mi hacienda y mis fuerzas. Pero hay algunos —y aquí el tono humilde y abatido que había estado usando mudó a uno mucho más violento— que os malquistan contra mi persona. Piensan que mi deseo es sacar provecho propio de estos servicios y afanes con los que trabajo para vuestra casa.

»Y ése es el objeto de mi preocupación, mi señor —explicó volviendo al tono lúgubre y abatido con el que había comenzado su discurso, mirando el tiempo hacia el rey con ojos brillantes por las lágrimas—. Temo que las malas lenguas que corren por algunos pasillos de palacio os inclinen a pensar que mis deseos son diferentes a

los de vuestra majestad.

»Me hallo aquí, a vuestros pies —continuó mientras se arrodillaba y abría los brazos en cruz ante la sorpresa de Felipe II, que no había esperado todo aquello—, para explicaros con detalle cuál es la situación de mi casa, a la vez que volver a poner ésta a vuestro servicio. Deseo exponeros cuáles son los objetos de mis desvelos para que podáis comprobar si estos están o no en contra de vuestros deseos...

Felipe II atendió con interés las palabras de Francisco de Sandoval en aquel día, aunque, fiel a su política de los últimos años, no le concedió merced alguna.

Sin embargo, ya fueran las palabras pronunciadas por Francisco en aquella audiencia, o por la influencia de un príncipe que cada vez asumía mayores responsabilidades, en especial por el empeoramiento en la salud de un padre que ya ni siquiera podía firmar los documentos, en agosto de 1598 el marqués de Denia comenzó a ver recompensados sus esfuerzos en la corte. Ocurrió durante una sofocante tarde de calor.

—¡Francisco! Os estaba buscando puesto que estoy muy disgustado con vos.

Francisco estaba junto a su hermana Catalina, sentados ambos junto a una fuente para refrescarse y hablando de fruslerías cuando apareció el príncipe gritando aquellas palabras. Parecía realmente enfadado con él, cosa inusual. Al oír las palabras que le dedicaba el heredero, Francisco se quedó atónito. En todos los años que había dedicado a ganarse el favor del príncipe era la primera vez que recibía un reproche parecido. Tras escuchar aquellas palabras, lo miró desconcertado. Se había quedado mudo. Si realmente el príncipe se había disgustado, podría suceder que sus desvelos y trabajos quedaran en nada.

—¿Y bien? —continuó el príncipe—. ¿No tenéis nada que decirme?

—Alteza —repuso el marqués clavando su rodilla en el suelo de inmediato—, desconozco el motivo por el que he ganado vuestra desaprobación, ya que podéis creer que todas cuantas actividades inicio desde el comienzo del día están dirigidas a agradaros. Decidme pues en qué os he fallado, que intentaré por todos los medios a mi alcance solventar mi error.

—Hoy tenía intención de salir de caza, Francisco. Así os lo hice saber ayer mismo.

—Lo recuerdo, alteza. Me pedisteis que compareciera ante vos a esta hora para acompañaros en la cacería y aquí estaba, esperando vuestra llegada.

—¿Y por qué no está preparada aún mi montura?

Francisco no se atrevió a mirarlo, aunque su tono de voz mostró con claridad que no entendía lo que estaba sucediendo.

—Disculpad, alteza, pero nada sé de ese asunto. Si lo deseáis, iré a interesarme por ello cuanto antes.

—Como caballero mayor de mi casa, Francisco, justamente es ése vuestro deber.

Las palabras del príncipe fueron dichas con dureza, pero cuando Francisco alzó

los ojos en un intento de confirmar lo que acababa de escuchar, la sonrisa afloró al fin al rostro del heredero, que se marchó muy satisfecho dejando a Sandoval y su hermana sin saber qué decir.

El cargo que acababan de anunciarle era mucho más importante de lo que podría parecer. No se trataba sólo del sueldo que obtendría como uno de los principales miembros de la casa del príncipe. Además, lo convertía en uno de los servidores más cercanos al heredero, uno de aquellos que tendrían acceso casi ilimitado a su presencia. Mostraba a Francisco de Sandoval, claramente y a la vista de todos, como uno de los favoritos del futuro monarca.

Era lógico que Francisco necesitara tiempo para asimilar aquella idea. Casi quince años después de comenzar a trabajar con aquel fin, lograba el reconocimiento que había estado esperando, y aunque aún no podía saberlo, apenas pasaría un mes antes de que sus mayores anhelos llegaran a cumplirse.

Capítulo IX

El domingo trece de septiembre, al igual que sucedía con cada aurora, los niños de El Escorial entonaban la misa del alba. Se situaban en el coro del seminario, tras la reja que separaba la basílica del sotacoro. Las voces de los muchachos inundaban cada solitario rincón del templo. El lugar no estaba abierto a visitantes; nunca lo había estado. No era ése su propósito. Los cantos del coro servían, por expreso deseo de Felipe II, para que lo despertaran a diario, pues las puertas de su alcoba se abrían sin más al presbiterio. La cámara que ocupaba el monarca era austera, casi idéntica a las celdas de los monjes. Mas no despertó el rey aquella mañana.

En cambio, sí despertaron las voces del coro a los servidores de palacio, a la comunidad jerónima a cargo del Escorial y, en lo que se convirtió en un canto fúnebre sin precedentes, a todas las campanas de Europa.

Catorce años habían pasado desde aquel otro trece de septiembre en el que la última piedra del palacio-santuario que erigiera Felipe II se colocó, ocupando su lugar y dando por terminada la construcción de El Escorial. Un hecho que nadie pasó por alto cuando se supo que el rey había fallecido. Nadie pensó que pudiera deberse a una casualidad.

Desde muchos años atrás, la gota había atenazado los huesos del monarca impidiendo que llegara a descansar, aun permaneciendo acostado. Una vez más, Jehan Lhermite dio muestras de su valor al ingeniar una silla articulada que había permitido en los últimos meses que el rey pudiera cambiar de postura, y Felipe II aprovechó ese tiempo para prepararse y recibir a la parca; durante las últimas semanas había ido organizando todo lo relativo a su muerte. En realidad, llevaba demasiado tiempo haciéndolo.

Cuando estuvo en Portugal, cinco años antes, encontró los restos de un barco que se había llamado Cinco llagas. De inmediato insistió en que se tomara la madera de dicho navío y que con ella se fabricara el que habría de ser su ataúd.

A finales de junio de 1598, poco después de aquel encuentro con Baltasar y su madre, una vez asumido que no recuperaría la salud a sus setenta y un años, ordenó que se le trasladara del alcázar al Escorial. Seis días duró la triste comitiva, pero finalmente pudo reposar en su cama, mirando directamente al altar del templo, el lugar que había edificado para que le sirviera de sepultura; su pirámide particular.

Por los pasillos de la corte se hablaba ya en voz alta de que la enfermedad no tardaría mucho en acabar con él. El día veintidós sufrió grandes fiebres que lo atormentaron durante una semana. En verdad, se decía que los fuegos del infierno habían descendido para consumir al que había sido el más ferviente enemigo de la oscuridad y el maligno.

Poco después comenzaron a aparecer en su piel llagas y pústulas en un triste

recuerdo del nombre de la nave de la que se obtuvo la madera con la que se había construido su última morada. La primera apareció sobre la rodilla y la sajó el gran médico Juan de Vergara. No sería la postrera vez que le abrieran las llagas durante los últimos días de su vida.

Como buen cristiano, Felipe II solicitó que se trajera a su alcoba la rodilla de San Sebastián en un intento por mejorar de su dolencia. Al llegar la reliquia, al instante pidió que se la acercaran para besarla y se la colocaran sobre la rodilla herida. Sintió alivio de forma inmediata y, como no podía ser de otra forma, solicitó que trajeran hasta él tantas reliquias como fuera posible: el brazo de San Vicente, una costilla del obispo Albano y una multitud más de objetos sacros que se fueron colgando del dosel de su cama, ante la mirada de su hija, Isabel Clara Eugenia, que no se separaba de su padre.

El rey dio orden de que se hicieran limosnas y se ofreciera ayuda a los más desfavorecidos. Se hizo rodear en su alcoba de crucifijos, en lo que todos entendieron como una muestra más de fe por parte del rey; pero también se rodeó de cuadros extraños. Mandó traer lienzos de Hieronimus van Aeken, entre ellos el que llamaban la Mesa de los Pecados Capitales, y hasta otros ocho, que se diseminaron por la alcoba y que el rey observaba, con ojos desorbitados por el temor, mientras no cesaba en sus oraciones.

Felipe II había sido un hombre extremadamente pulcro, y hasta eso le negaba ahora su enfermedad. Comenzó a sufrir incontinencias, y el hedor que emanaba de sus pústulas y llagas era un tormento para el olfato de los presentes. Se hizo incluso necesario horadar la cama para que pudiera evacuar.

Al fin, unos días antes del fatal destino, llamó a Juan Ruiz de Velasco, uno de los gentileshombres de su cámara al que seis años atrás, en Logroño, había dado órdenes exactas acerca de su funeral. Le pidió entonces que abriera un cajón en el que encontraría un crucifijo. El rey explicó que era el que había mantenido entre sus manos su padre en el momento de su muerte. Allí encontró también una serie de velas de Nuestra Señora de Montserrat. Le pidió a su servidor que recordara siempre dónde se encontraban esos objetos, pues cuando le llegara el día de su muerte habría de entregárselos.

Dos días antes de morir, y cuando ya había recibido la extremaunción, se despidió de los suyos. Poco después, tal como era su deseo, los médicos le informaron de que su hora estaba cerca, por lo que solicitó de nuevo la presencia de clérigos y confesores. Entonces, mientras esperaba su último aliento, se dedicó a besar el crucifijo de su padre y repetir, una y otra vez, que moría como había vivido: siendo un buen cristiano.

Fueron Cristóbal de Moura y Fernando de Toledo los que lo prepararon para la sepultura, vistiéndolo con una camisa limpia y envolviendo su cuerpo en una sábana para que nadie pudiera verlo consumido.

Durante aquel día, el rey fue velado en la cámara, y hacia las seis de la tarde se

trasladó a la sacristía. Los monjes se habían apresurado a officiar la misa, que fue reemplazada por un réquiem.

La jornada siguiente, todos los miembros de la corte se encaminaron a la capilla donde se habían reunido la comunidad monástica y el mismo arzobispo de Toledo para officiar la misa de difuntos.

El rey Felipe II había muerto.

Un nuevo Felipe había de gobernar. Tenía veinte años.

Francisco de Sandoval y Rojas contaba cuarenta y cinco, y su momento había llegado.

* * *

—Mi señor marqués, su alteza, el príncipe Felipe, os requiere a su lado —anunció un paje hablando al oído del Sandoval, que se hallaba junto a su esposa, muy pálida, y su hermana.

Francisco asintió y acompañó al paje. Cuando llegó junto al príncipe pudo comprobar que el rostro del heredero mostraba todo el cansancio acumulado durante los últimos días. Por deseo de su padre había permanecido junto a él hasta la hora de su muerte, y desde entonces apenas había podido descansar. Ahora, mientras caminaba hacia la iglesia donde se officiaría misa por el alma del difunto, Francisco pudo ver lo mucho que había sufrido el príncipe.

—Alteza, me han hecho saber que me buscabais. —Habló en susurros, intentando evitar que el resto de los cortesanos que los rodeaban en el cortejo se hicieran partícipes de la conversación—. Lamento encontraros en tan mal estado. Me hubiera gustado estar junto a vos en tan duros momentos, pero ya sabéis que no fue posible.

—Mi buen marqués, siempre sois un apoyo. Incluso ahora. ¿Quién mejor que vos para servirme?

—Si creéis que puedo hacer algo por aliviar vuestro pesar...

—Sí, Francisco. Por eso te he mandado llamar. Ya sé que lo que voy a pedirte no es usual, y que más de un comentario en la corte se suscitará a cuenta de ello. Sin embargo, no veo a ninguna otra persona a quien pudiera encomendarle la tarea que hay pendiente. Cuando concluya la misa de difuntos, el féretro de mi padre habrá de ser transportado hasta el sepulcro real. Estad preparado en ese instante, pues os daré una orden que deberéis cumplir sin falta.

Una vez concluido el sepelio, y obedecida la orden que Francisco había recibido de su nuevo rey, éste le pidió que le acompañara hasta una cámara secreta. Felipe III tenía mucho que tratar con el marqués.

—Gracias, mi buen amigo, por todos tus desvelos y trabajos a mi servicio. Como

dijiste hace algún tiempo, ha llegado el momento en el que es a mí a quien le corresponde tomar las decisiones de la corona. Sin embargo, muchos son los asuntos a tratar y necesito hombres de confianza a mi lado. De entre todos ellos, tú eres el más cercano a mi persona, por cariño y esfuerzos. Pero ha llegado el momento de trabajar, Francisco, y, para ello, es necesario establecer previamente una línea de acción que seguir.

—En ese caso, majestad, creo que sería conveniente hacer memoria de cuanto ha pasado durante el reinado de vuestro padre con el fin de no cometer los mismos errores. No pretendo decir con esto que vuestro padre fuera un mal rey —se apresuró a aclarar—; sin embargo, en los últimos años se han producido demasiados conflictos, demasiados problemas que creo deberíais solventar.

—Adelante. Puedes hablar con libertad.

—Para empezar, deberíamos evitar cualquier tipo de insurrección interna. Recordad el levantamiento de los moriscos en Granada, las alteraciones más recientes producidas en Aragón. Todo ello vino provocado por una política agresiva e intolerante. No son pocos los moriscos que habitan en vuestros reinos y gran parte de la hacienda depende de ellos.

—Es cierto que mi padre era buen cristiano, aunque un tanto rígido.

—Y, sin embargo —continuó Francisco—, también se inmiscuía a menudo en los asuntos eclesiásticos. Sabéis que esto también tiene molestos a los dirigentes católicos. Sería bueno, por tanto, que cada uno se encargara de sus cuestiones: vos las relativas a la tierra, y el clero a las divinas.

—¡No puedo abandonar mi posición como defensor de la cristiandad!

—Por supuesto que no. Y no es eso lo que os aconsejo. Vuestra espada debe estar presta para luchar contra los que se oponen a la Iglesia. Pero dejad que sean ellos los que manejen sus asuntos. Vos dedicaos a reinar, que bastante esfuerzo es ése para que carguéis también con el peso que les corresponde a otros.

—Me parece un buen consejo. Pero hay asuntos que me preocupan más que éste. Especialmente lo relativo a la economía de los reinos.

—Hacéis bien en preocuparos. Vuestro padre estableció tantos impuestos que vuestros súbditos se encuentran al borde de la bancarrota. Esto cobra mayor importancia aún en Castilla, donde muchos están, además, agraviados por el trato que les dispensó en los últimos tiempos. Pero, aun dejando eso atrás, los hidalgos y caballeros están empobrecidos. Los plebeyos, por su parte, cargados de tributos y obligaciones. Y por si esto fuera poco —prosiguió— la mayoría de los nobles se encuentran descontentos. Muchos incluso se sienten ninguneados.

—¿Cómo es eso posible? —exclamó el joven príncipe, que no había pensado jamás en semejante posibilidad.

—Majestad, sabéis bien que vuestro padre se empeñaba en hacerlo todo él, sin contar con la ayuda de nadie. Tal vez debería de haber prestado más atención a algunos consejeros. Muchos nobles se sienten apartados del gobierno, alejados de su

labor natural.

»Hace casi veinte años que vuestro padre no recibía en audiencia a los ministros. Ni asistía tampoco al Consejo de Estado. Creo que deberíais tener esto muy en cuenta. Ya hay demasiadas revueltas a punto de producirse para que, además, no contéis con el apoyo de la nobleza.

—Sí, ya sé que en las Indias la situación no es buena —terció el rey.

—No, no lo es. Los nativos se quejan de la enorme presión que ejercen sobre ellos nuestros colonos. Tal vez podríais dar alguna instrucción al respecto. Pero no es necesario cruzar el océano para prever altercados. En Portugal no son pocos los que están prestos a levantarse contra la Corona, y lo mismo puede decirse de Aragón. Y, además, los moriscos se mantienen al acecho, esperando que estalle alguna revuelta para sumarse a los disturbios. Y no hemos tratado los asuntos con Francia, ni con Inglaterra después del desastre de la Armada —concluyó tras una breve pausa.

—¡Ni menciones eso, Francisco! No pensé que el legado de mi padre fuera éste... —comentó con tristeza el que iba a ser nuevo rey.

—Me temo que así están las cosas. Vuestros súbditos claman por una justicia que creen olvidada, algo del pasado. El tesoro real está consumido, aunque los navíos de las Indias traen montañas de oro. Habéis heredado un reino consumido. Afligido y descontento. Y de vos, y de aquellos que elijáis como consejeros, dependerá cambiar el rumbo de la nave o enfrentarse al naufragio más absoluto.

Mucho conversaron aquella tarde el nuevo rey y Francisco. Cuando éste abandonaba ya el alcázar y cruzaba los jardines hacia la salida era noche cerrada. Caminaba satisfecho, feliz al comprobar que el rey depositaba en él toda su confianza, cuando un ruido llamó su atención. Se escuchaba algo alejado, oculto tras unos setos. Intrigado, caminó en aquella dirección. A medida que se acercaba pudo escuchar unas risitas suaves, atemperadas, y lo que parecía ser una voz masculina. Al cabo comenzó a oír recitar a un hombre.

—... En tus mejillas la rosada aurora, Febo en tus ojos y, en tu frente, el día, y mientras con gentil descortesía mueve el viento la hebra voladora que la Arabia en sus venas atesora y el rico Tajo en sus arenas cría; antes que de la edad Febo eclipsado y el claro día vuelto en noche oscura, huya la Aurora del mortal nublado; antes que lo que hoy es rubio tesoro venza a la blanca nieve su blancura, goza, goza el color, la luz, el oro.

Tan pronto como acabaron los versos se escucharon unos aplausos y unos gritos de satisfacción.

—¡Sois un gran declamador!

—Favor que me hacéis, señoras mías. Permitid que...

—¡Don Baltasar!

Éste se giró sorprendido. No esperaba que alguien, a aquellas horas, pudiera encontrarlo en aquel lugar alternando con dos damas de la corte. Las mujeres, completamente azoradas, se tapaban las caras con los abanicos, agachando la cabeza.

—Señoras, marchaos de aquí antes de que alguien pueda creer que ha ocurrido algo que pudiera poner en duda vuestra honra —ordenó Francisco con aire grave.

Ellas no se atrevieron a replicar siquiera. Agradecieron el gesto con una inclinación y comenzaron una carrera que las llevara lo más lejos posible de allí. Mientras veía que se alejaban, Baltasar se mantenía en silencio, apretando las mandíbulas.

—Sois un insensato.

—No sois mi aya, Francisco. Seguid vuestro camino y dejadme en paz —respondió empezando a alejarse.

—¡No me deis la espalda! —susurró con rabia poniéndole una mano en el hombro—. ¡Sólo a vos se os ocurre, cuando toda la corte está de luto y el rey acaba de ser enterrado, cortejar a unas damas en los jardines!

—¿Os escandalizáis? —Baltasar se echó a reír—. ¿Sois vos quién me va a sermonear sobre moral? ¿Vos, que engañasteis a vuestra mujer desde el mismo día de vuestra boda? —Baltasar se acercó aún más a Francisco, pegando casi su cara a la de él—. ¿Qué os ocurre? ¿No os gusta que os digan las verdades a la cara?

Francisco lo empujó levemente para separarlo de él y lo señaló con el dedo.

—¡Lo que decís es una falsedad! Simples habladurías con las que vos y el resto de mis enemigos quisieron dañar...

—¡No! No fueron vuestros enemigos, ya que por entonces no los teníais. El mismo día de vuestra boda os seguí, como ya os conté. ¡Me la arrebatasteis! ¡Y luego me quitasteis también el nombramiento de caballero del príncipe, que el mismo rey me había ofrecido ya!

Francisco había echado mano al pomo de su espada. Baltasar lo observaba con mirada fiera, sin empuñar aún la suya. Sabía que era mejor que él, que podría vencerle con facilidad, no en vano había hecho carrera en el ejército mientras que Francisco apenas se había alejado de los pasillos cortesanos. Y era, además, mucho más joven. Todo eso pasó por la cabeza de Baltasar al primer chirrido del acerco contra la vaina. Deseaba que Francisco desenvainara, deseaba cruzar su hierro contra aquel entrometido que le estaba arruinando la vida. Sus ojos chispearon ante la idea de darle muerte allí mismo. Y fue ese destello de ira el que hizo entrar en razón a Francisco, que se dio cuenta de que no era el camino que debía seguir para librarse de Baltasar.

Abrió los dedos y la espada se deslizó con un quejido en su lugar de reposo. Tragó saliva con esfuerzo, tomó aire con fuerza y le habló en tono convencido.

—Seréis expulsado de la corte, Baltasar. Yo mismo me encargaré de ello.

—¿Vos? —espetó con una carcajada burlona intentando provocarle viendo que se echaba atrás—. ¡Vos no sois nadie!

—Sí, supongo que eso es lo que creéis... Buenas noches, Baltasar. Os sugiero que no os quedéis en los jardines.

Dos días más tarde, los alguaciles de corte llegaron al hogar de Baltasar. Llevaban

una orden de expulsión; durante quince días no tendría acceso a la corte. Tal vez pudiera parecer un castigo menor, pero era una mancha, una lacra que podría evitar futuros honores. Se apresuró a escribirle al rey solicitando el perdón y dando muestras de no entender lo ocurrido. De nada sirvieron ruegos ni explicaciones. Aún se sentó Baltasar a escribir una segunda carta. Una mucho más dolorosa. Una carta dirigida a Catalina, en un intento de que entendiera la clase de hombre con el que estaba casada. Esperó respuesta durante días.

Nunca llegó.

* * *

Para la corte, la expulsión de Baltasar ni siquiera llegó a ser un rumor. Tal como el príncipe había vaticinado, los corrillos cortesanos eran un hervidero de comentarios acerca del funeral. Y, de entre todos los asuntos, dos se convirtieron en los más comentados.

El primero de ellos fue la orden que Felipe había dado a Francisco de Sandoval durante el entierro. Ya fue bastante extraño que el marqués de Denia, que no tenía una relación estrecha con el rey, hubiera sido uno de los encargados de transportar el féretro junto con los Grandes de España. Pero lo que reveló la importancia que el nuevo rey otorgaba a su amigo fue que se le responsabilizara de la entrega del féretro a fray García de Santamaría, quien debía trasladarlo hasta la sepultura.

El segundo de los cotilleos fue el hecho de que Felipe III había nombrado a Francisco consejero de estado.

Algún tiempo más tarde, el Consejo de Hacienda anunció al rey que las arcas reales estaban exhaustas. Lo único de lo que disponía era de deudas. Si no se tomaban medidas urgentes y radicales, la monarquía no tendría dinero para pagar a sirvientes ni ejércitos.

Aun así, Felipe III debía tener en cuenta otro asunto. Durante años, su padre había mermado la concesión de mercedes a sus servidores, lo que había creado un fuerte clima de descontento entre los nobles, cuyo apoyo y confianza debía ganarse el nuevo monarca.

El dilema se centraba entre limitar el gasto de la corona o contentar a los nobles. Y el rey tomó su decisión.

El día veinticuatro de noviembre se emitía una orden real a la Cámara de Castilla, que era la encargada de revisar y estudiar los memoriales de petición de mercedes. Felipe II había reformado dicha cámara para impedir que las mercedes solicitadas fueran entregadas. Pero su hijo ordenaba que se revisaran todos aquellos memoriales que no se habían estudiado en los últimos años. Su intención estaba clara. Necesitaba,

más que el oro para su reino, el favor de los nobles para su corona.

Parte II

Avaricia
1599-1610

Capítulo X

—He de hacer algo, Rodrigo. —Hablaba con Rodrigo Calderón, el joven que había tomado a su servicio dos años antes y que por esos días ya se había convertido en su secretario. Junto a ellos se encontraba la marquesa.

—Los principales ministros y servidores de Felipe II siguen siendo fuertes —terció Catalina con voz segura—. No sólo eso; debido a sus muchos años apegados al poder del rey disfrutaban de muchos aliados políticos, la mayoría de ellos ubicados en posiciones importantes. No podéis actuar sin más contra señores tan poderosos, esposo mío. Es necesario que seáis inteligente, que utilicéis las armas que ya están en vuestra mano para vencerlos.

Tras su regreso de Valencia, Catalina parecía feliz. Él ni siquiera lo recordaba, pero ella tenía muy presente que su esposo seguía haciendo honor a la palabra dada hacía años en aquel carruaje.

—¿A qué os referís? —inquirió Francisco.

—Si me permitís, creo que sé perfectamente qué quiere decir la señora marquesa. —Después de dos años junto a él, Francisco sabía que Rodrigo no tenía escrúpulos a la hora de lograr sus deseos, cualidad que, en realidad, lo unía más aún a su siervo, de modo que se aprestó a escucharle con interés—. Si me permitís hablar con franqueza, disfrutar del favor real no será suficiente para asegurar el futuro de vuestra casa, y lo sabéis. Mi señor —explicó—, todo el pueblo habla de los muchos problemas que asaltan a la corona. Es algo innegable y, en realidad, si se intentara ocultar el problema se os acusaría, como uno de los principales consejeros del rey, de indolente y poco preocupado por los asuntos de la monarquía. No es ése, a mi entender, el camino que debéis seguir. En mi opinión —continuó Rodrigo cada vez más convencido de lo que decía—, debéis utilizar ese pensamiento, ese malestar, contra vuestros enemigos.

—Interesante idea. Pero... ¿cómo hacerlo sin que se vea como algo personal contra ellos?

—Muy fácil —intervino de nuevo Catalina—. Alguien debe ser culpable de lo que ha ocurrido durante los últimos años.

—Debéis defender que no es la monarquía el miembro enfermo. ¡No! —Golpeó la palma de su mano con el puño para enfatizar sus palabras—. El estado actual de los reinos se debe a la incompetencia de aquellos que los han servido, pues es evidente que no han sido capaces de estar a la altura. Y es más, mi señor —y al pronunciar estas palabras, Rodrigo Calderón esbozó una siniestra sonrisa—: mientras no se identifique a los culpables de todo este desaguado, el nuevo gobierno no podrá cambiar las cosas.

Toda la influencia que Francisco empezaba a acumular junto al rey se puso en

marcha a partir de ese momento. No eran pocos ya los tratados y panfletos que tildaban a los antiguos ministros de Felipe II como avariciosos. Sin embargo, con el auspicio del marqués, ganaron importancia también aquellos otros que indicaban que, durante años, esos mismos ministros que ahora se aferraban a sus puestos junto al nuevo Felipe habían intentado presentarlo ante su padre como un joven perezoso y apático, incapaz por completo de llevar sobre sus hombros la monarquía, en un claro intento de que, a la muerte del anciano rey, éste recomendara a sus favoritos para que mantuvieran sus puestos.

Era un crimen de lesa majestad, y la persecución no tardó en iniciarse, destruyendo a todos los que se oponían a Francisco. El primero en caer sería García de Loaysa.

Cuando Alberto, prometido de Isabel Clara Eugenia, dejó el arzobispado de Toledo para poder contraer nupcias con la que sería soberana de los Países Bajos, el arzobispado de la ciudad toledana había sido entregado a García de Loaysa, que era tutor del por entonces heredero, Felipe. Aprovechando la situación, el nuevo rey ordenó a su antiguo tutor que abandonara la corte y marchara a residir a su diócesis. Fue un golpe terrible, pues, de este modo, Felipe III se desvinculaba de aquellos que habían estado a cargo de su formación y que, además, habían intentado frenar la ascensión de su favorito. Tal fue la pena del arzobispo al conocer los deseos del rey, que murió el veintidós de febrero, antes incluso de llegar a sus dominios.

Para sustituirle en su cargo, Felipe III ordenó que le trajeran el capelo de cardenal a Bernardo de Sandoval y Rojas, el tío de su preferido.

Cristóbal de Moura también suponía un claro impedimento para las ambiciones de Francisco. Debía librarse de su influencia y su poder político, si bien no podía hacerlo de forma directa. El camino que usó para ello fue bien distinto.

A finales de enero, Cristóbal de Moura fue nombrado marqués de Castel-Rodrigo y se le impuso la Orden de Calatrava, lo que representaba un altísimo honor. Sin embargo, el portugués recibió, igual que Loaysa, la orden de abandonar la corte. Con ello perdía su oficio como sumiller de corps del rey, que pasó de inmediato a Francisco. Y, aunque el portugués dejó claro al monarca que si le nombraba presidente del Consejo de Portugal se declararía públicamente servidor del nuevo favorito, el cargo le fue denegado.

Se eliminó también a Rodrigo Vázquez de Arce, presidente del Consejo de Castilla, y se puso en su lugar al conde de Miranda, Juan de Zúñiga, uno de los principales apoyos de Francisco de Sandoval desde hacía algunos años. De nada sirvió que los miembros de la corte castellana se opusieran firmemente a la destitución.

Por orden de Felipe III, previendo cualquier resistencia, Juan de Zúñiga ocupó de inmediato su nuevo puesto. También ordenó que Rodrigo Vázquez no permaneciera a menos de veinte leguas de Madrid. Tan pronto como se conoció la noticia del nombramiento, Baltasar fue a visitarlo. Eran parientes y mantenía una excelente

relación con el hijo de Juan de Zúñiga.

—Muchas gracias, muchacho —respondió cuando Baltasar lo felicitó—. Sé que eres sincero, y que me aprecias, tanto a mí como a mi familia. Pero llevo ya mucho camino recorrido en este mundo ingrato como para esperar que vengas a verme sólo con la intención de darme tus parabienes, ¿me equivoco?

Baltasar sonrió sin poder evitarlo.

—Sois perspicaz. —Baltasar soltó un suspiro y se arrellanó en el sillón, fijando la vista en los ojos rodeados de finas arrugas de su anfitrión. Sin pensarlo más se lanzó a dar explicaciones—. Conocéis bien el estado de mi casa, don Juan, me consta; sabéis que no es bueno. En cuanto a mí, he obtenido algunos honores, pero mi carrera no acaba de despegar. Necesito que me ayudéis. —Se adelantó, sentándose en el filo del sillón, echando todo el cuerpo hacia adelante y uniendo las palmas de las manos en una súplica silenciosa—. Ahora tenéis mucho poder, y sois amigo personal de Francisco de Sandoval —dijo intentando no atragantarse con el nombre—, quien se está convirtiendo a vista de todos en el favorito del rey.

—Es cierto —lo cortó en su discurso—, ahora tengo más poder. Pero hay muchos otros con más poder que yo, y, de entre todos, como bien dices, el mayor es Francisco. —Juan de Zúñiga se detuvo en su discurso y pareció meditar. Tomó una de las nueces de una bandeja de cristal y tras abrirla se llevó el fruto a la boca. Baltasar podía ver cómo rumiaba los pensamientos al mismo tiempo que mordisqueaba distraído. Cuando pareció tomar una decisión, se echó hacia atrás en el asiento y retomó la palabra—. Te seré sincero, hijo: ya he hablado alguna vez con Francisco sobre ti. Le he hablado de tus méritos, que sin duda los tienes, y he intentado que cuente contigo, que te tenga presente. Mas —añadió alzando un dedo— siempre que saco el tema se muestra irritado. No sé qué hay entre vosotros; y no quiero saberlo —aseguró mostrando ambas manos—, pero sí sé que Francisco no te ayudará en modo alguno.

Baltasar mantuvo la mirada fija en el conde. Tamborileaba los dedos sobre el brazo del sillón. Por fin se rindió, hundiéndose en el respaldo.

—Al menos, podréis aconsejarme sobre el camino a seguir...

—No hay mucho que puedas hacer. Imagino que no querrás ir a Flandes, donde tienes más posibilidades de morir de un balazo perdido o ensartado en una pica que de volver con honores. El único camino posible para ti es el de la diplomacia. Es ahí —indicó— donde deberías poner todo tu empeño. Aunque no te resultará fácil. Tu madre tiene gran amistad con la emperatriz, y ya sabemos que ella se opone cada vez más a la relación entre el rey y Francisco.

—Estoy de acuerdo en que ese debería ser el camino. —Baltasar cruzó las piernas y llevó ambas manos hasta su rostro, tapándose con ellas la nariz y la boca. Frunció el ceño unos momentos antes de volver a hablar—. Decís que la relación de mi familia con la emperatriz es una traba. Tal vez pudiéramos darle la vuelta a esa situación y hacer que corra a mi favor.

—¿Cómo pretendéis hacer eso? —preguntó el conde de Miranda con interés.

—Dicen que se quiere licenciar de sus servicios como embajador ante el emperador a Guillén de San Clemente. Mi familia mantiene buenas relaciones con la emperatriz, como bien decís. E incluso con la madre de la futura reina Margarita. ¿No sería eso una ventaja a la hora de tratar con aquella corte?

Juan de Zúñiga volvió a tomar una nuez. No la abrió, sino que la estuvo manoseando, pasándola entre los dedos, pensando en las implicaciones que tenía la idea que le acababan de exponer.

—Sí, es una buena idea —asintió al fin. Viendo la expresión de alegría de Baltasar se apresuró a añadir—. ¡No os precipitéis! La idea es buena, pero tal vez no funcione.

—¿Intentaréis al menos convencer a Francisco de Sandoval? Si él acepta la idea se encargará de que el rey también lo haga, bien lo sabéis.

—Francisco no tiene tanto poder, hijo. No por ahora. Pero no te preocupes —añadió levantándose y dándole unas palmaditas en el hombro—, hablaré con él. Ahora, vamos; el rey debe estar a punto de llegar. ¡Estas fiestas para celebrar la llegada de la que debe ser nuestra reina van a acabar conmigo!

* * *

—No podéis seguir con este ritmo, marqués. —Rodrigo Calderón hablaba muy serio a su señor. La preocupación era evidente en su rostro—. ¡En los últimos días lleváis gastado más de trescientos mil ducados! ¡Y eso sin contar el precio pagado por las joyas con las que agasajasteis a la reina a su llegada!

—¿Tanto? —contestó con ligereza Francisco mientras sonreía.

—No es éste asunto de broma, señor. ¿De dónde pensáis sacar tanto oro?

—¿No te lo he dicho? —respondió mientras se giraba para mirar a su secretario—. Claro, claro... Estos días no te he visto demasiado. Temo que a partir de ahora tengas más trabajo, Rodrigo.

El joven secretario estaba aturdido. Le hablaba a su señor de los problemas económicos en los que estaba incurriendo y él le contestaba de forma extraña.

—No me preocupa trabajar a vuestro servicio, mi señor. Me preocupa vuestra posición. Y no habéis tenido en cuenta el gasto del viaje de vuestra esposa a San Lucar con motivo del parto de vuestra hija, la duquesa de Niebla.

—Mi posición es hoy mejor de lo que era ayer, Rodrigo —contestó con divertida indiferencia—. El rey ha tenido a bien premiar mis servicios, y para ello ha ordenado que se me entreguen ciento treinta y tres mil ducados obtenidos por la venta de una escribanía en Sevilla. Además, me ha otorgado la encomienda mayor de Castilla, que

está dotada con dieciséis mil ducados de renta, así como el señorío de algunas otras villas de las que ya te diré su nombre. No contento con ello, a mi hijo Diego le entrega la encomienda de Calatrava, dotada con otros diez mil ducados. Para ello ha tenido que otorgarle una dispensación, pues aún no es mayor de edad. Y me ha prometido, además, que cuando arribe a Sevilla la flota de Luis Fajardo desde Nueva España me entregará otros cincuenta mil ducados, además de una sorpresa que me ha dicho que tiene preparada para cuando termine este viaje.

Rodrigo Calderón se había quedado perplejo ante aquello. Ante la atónita cara del joven, Francisco estalló en una carcajada, a la que pronto se unió la de su secretario.

—Es evidente, marqués, que el rey está más que satisfecho con vuestros servicios.

—Eso parece, Rodrigo, eso parece. Fue una excelente idea convencerle para que los fastos por su boda se celebraran aquí, en Denia, en mis dominios. Ahora te dejo, quiero ver a Catalina y no puedo entretenerme demasiado pues debo salir a cazar con su majestad; después de todas sus bondades conmigo, no sería apropiado que le hiciera esperar, ¿no crees?

Encontró a Catalina paseando por el jardín, acompañada de una sirvienta que le sostenía un paraguas para protegerla del sol. Fue hacia ella y la abrazó, besándola en la mejilla con efusividad. Ella apenas le sonrió y le devolvió un beso tímido.

—Deseaba veros para tranquilizaros, Catalina: ya no es necesario que os preocupe vuestro viaje.

—¿Cómo es eso posible? —preguntó sin demasiado interés.

—El rey ha escrito a Diego Pimentel, uno de sus asistentes en Sevilla —contestó mientras sonreía a la sirvienta, una chica guapa que apartó la vista de inmediato—. Le insta a que la ciudad os acoja con todas las atenciones posibles, y le indica que su majestad os tiene en alta estima. Es muy probable que en vuestro equipaje, al regresar de este viaje, encontréis más joyas y dinero de las que llevéis el día de vuestra partida.

—¿Es por ese motivo por el que se os ve tan feliz?

—¡Siempre me alegra que se os trate como merecéis, duquesa...! —Ella lo miró sin entender lo que había querido decir al otorgarle ese título. Francisco se echó a reír, la tomó de las manos y la abrazó en un impulso—. ¡Sí, Catalina! ¡Duquesa! El rey me ha asegurado que me nombrará duque de Lerma. ¡Duque, nada menos! ¡Seremos Grandes de España!

Ella se desembarazó del abrazo y le dirigió una sonrisa tímida.

—Me alegro por vos. Es el justo premio a vuestros desvelos y esfuerzos.

—¿Os ocurre algo, Catalina? Esto es motivo de celebración y parecería que no os alegráis...

—¡Oh, no! Desde luego que me alegro. Es sólo que... —Calló de pronto y se giró a la sirvienta—. Déjanos solos, María. —La muchacha se inclinó, plegó la sombrilla y se alejó hacia el interior de la casa. Catalina no se volvió a su esposo hasta estar segura de que la joven no podía oírlos—. Me alegro, Francisco; aunque estáis cada

vez más lejos, cada vez más absorto por los quehaceres de la corte. Es un honor, y es un orgullo saber que mi esposo es un hombre tan valioso para el rey —afirmó mientras acariciaba el rostro de su marido con ternura—, mas os echo de menos. Apenas compartimos ya nada, y nuestros hijos están volando, haciendo sus propios nidos. Ya se fueron Cristóbal y Juana. No tardarán mucho en hacerlo Diego y Catalina.

—Precisamente por ellos me esfuerzo, por ellos me desvelo. Para darles todo lo que puedan necesitar, para que las gentes inclinen las cabezas al ver llegar a los miembros de la casa de Sandoval —aseguró él con tono irritado.

—Y es por eso por lo que os he apoyado todo este tiempo. Mas, a lo largo de todos los años que hemos pasado juntos, me habéis dejado tan claro como el agua de esta fuente que para vos sólo fui un medio para conseguir un fin. No soy una ingenua; hace mucho que dejé atrás la idea de que os convirtierais en el dechado de virtudes que imaginaba siendo niña. Habéis sido fiel a vuestra palabra: dejasteis de ver a otras mujeres y os habéis dedicado en cuerpo y alma a vuestra familia. —Tomó aire y endureció la voz—. Os lo agradezco en lo que vale, aunque me hubiera gustado tener más de vos. Habéis sido fiel a vuestra palabra, sí. Y, por tanto, yo seré fiel a la mía: os seguiré dando todo mi apoyo para hacer que nuestra casa siga creciendo en honores y prestigio; mas no podréis pedirme nada más, pues nada más tengo ya para daros, Francisco. —Él la observaba con la mirada perdida, aguantando con estoicismo lo que escuchaba. Catalina le dio la espalda para ocultar el temblor de sus labios—. He decidido adelantar mi viaje a San Lucar. Como sabéis, Juana ha tenido muchas dificultades para quedar encinta; y las noticias de su embarazo no son buenas. Hago más falta allí que aquí.

Ambos quedaron en silencio. Un trino se escuchó quedo en la arboleda.

—Respetaré vuestro deseo si eso es lo que queréis —dijo Francisco.

Sus pasos comenzaron a resonar en la grava, pero ella esperó un poco antes de volverse. Cuando se giró, pudo ver a su marido alejándose con prisas. Comprobó que se encontraba con Rodrigo y que, al escuchar algunas palabras de éste, Francisco comenzaba a reír.

Catalina cruzó los brazos sobre el pecho, dándose a sí misma el abrazo que había esperado de su marido y que podría haberlo cambiado todo.

* * *

El mar hervía y la espuma salpicaba en todas las direcciones. Los barcos se mecían con fuerza, pues el viento había arreciado y las olas estaban crecidas. Por el fragor se hubiera dicho que se encontraban en mitad de una batalla en la que un millar de

espadas y lanzas estuvieran chocando unas con otras, pero el rey sonreía en la cubierta de una de las naves, disfrutando del espectáculo de la pesca de atunes que Francisco había organizado para entretenerlo durante los últimos días de su estancia en Denia. Margarita ya había llegado a Valencia, aunque se hallaba descansando del largo viaje. Junto al rey estaban el propio Francisco, algo pálido e intentando mantener el equilibrio como buenamente podía; Juan de Zúñiga y Baltasar, que había recibido la invitación con alegría y disfrutaba viendo el mal trago que estaba pasando el marqués.

—Don Francisco, se os ve indispuerto... Si estas olas os producen mareos, debéis dar gracias a Dios por no haber estado en la Invencible.

Francisco iba a responder, irritado ante el evidente pinchazo de Baltasar, pero Juan se interpuso.

—No creo que sea buena cosa recordar aquí cómo acabó la Invencible, muchacho —le replicó dándole una advertencia con la mirada—. Los malos momentos deben quedar en el pasado.

—Bien dicho, Juan —repuso el rey, divertido ante el espectáculo de la pesca, aunque se aferraba a las cuerdas que habían dispuesto para evitar accidentes.

—Además, el rey, y el marqués, tienen una oferta que estoy seguro puede interesarte. Harías bien en escucharles con atención. Felipe miró a Francisco, le sonrió y, haciéndole una señal para que hablara, volvió a fijar su atención en el agua. Éste cogió aire y estuvo a punto de vomitar; disimuló haciendo ver que se agachaba para apartar una de las maromas del barco y consiguió reponerse. Cuando alzó la mirada pudo comprobar que Baltasar le sonreía con suficiencia.

—Bien, Baltasar. El rey ha escuchado a vuestro pariente, don Juan, buen amigo mío y una de las mejores cabezas de los reinos, quien le ha estado hablando muy bien de vos. Necesitamos una persona enérgica —explicaba asido con tanta fuerza a las cuerdas que los nudillos parecían estar a punto de rasgarle la piel—, una persona con algunas cualidades concretas: inteligencia, cierto arrojo y algo de experiencia en asuntos diplomáticos. Había muchos nombres; de entre todos ellos se os ha elegido a vos, en especial, porque, de ir mal las cosas, sois el más prescindible de todos ellos —concluyó con rabia devolviéndole la cuchillada. Cuando comprobó que la herida había sido recibida, y antes de que Juan, porque el rey estaba absorto en la batalla que se fraguaba en el mar, pudiera intervenir, se apresuró a continuar—. Esperamos, no obstante, que eso no ocurra y que deis muestras de que realmente sois la persona adecuada para ese cometido.

Baltasar se contenía a duras penas cuando respondió.

—Si el rey necesita de mis servicios, sólo tiene que decirlo. ¿En qué consiste dicho trabajo?

—Pues bien, ya que queréis saberlo, os diré que se trata de un puesto como embajador. —Francisco hizo ademán de comenzar a pasear por la borda, como si no le diera importancia a todo aquello, pero desistió de su intento recordando lo

inestable del suelo que pisaba. Baltasar miraba a Juan sonriendo, agradeciéndole lo que acababa de oír, pues no dudaba que todo aquello era gracias a sus esfuerzos—. No será una tarea fácil la que se os encomienda. ¿Me oís, Baltasar? —Éste se giró hacia Francisco y asintió—. No será fácil. Las cosas en Flandes están muy complicadas, y no sabemos cómo se tomarán el hecho de...

—¿Flandes? ¿Habéis dicho Flanes?

—Sí, eso he dicho. ¿Acaso no os gusta la encomienda?

—Pero... Yo pensaba... Pensaba...

—¿Qué pensabais, Baltasar? —preguntó Francisco sabiendo la respuesta y sonriendo vanidoso.

El rey aplaudió y se giró hacia ellos, comenzando a perder interés por la pesca.

—¿Habéis terminado ya, Francisco? —inquirió a su favorito.

—No, majestad. Baltasar no parece muy contento. Al parecer, tenía otras ideas que estaba a punto de compartir con nosotros.

—¡Eso está bien! Tú siempre dices que hay que escuchar los consejos ¿no es así, Francisco? —Éste, atrapado, sólo pudo asentir, para satisfacción del rey y de Baltasar, que veía su oportunidad—. Así pues, ¿qué sugeriríais, Baltasar?

—Majestad, me halaga que penséis en mí como embajador. Estaré encantado de servirlos y de manejar vuestros asuntos en el extranjero. No obstante, creo que mi labor sería mucho más eficaz si la desarrollara ante el emperador. Como sabéis, mi trato con su casa, tanto a través de vuestra abuela, María de Austria, como de las relaciones de mi familia con la de vuestra esposa, son excelentes, y eso permitiría que todo fluyera con más naturalidad. Además, el embajador lleva años solicitándoos su regreso a Madrid...

—¡Lleváis razón! ¡Interesante pensamiento...! —El rey miró a Juan, que asintió con la cabeza dando su beneplácito a lo que sugería Baltasar. A continuación se volvió hacia Francisco—. ¿Qué opinas?

—Majestad, recordad que ya discutimos este tema.

—¿Lo hicimos? No lo recuerdo...

—Tal vez por estar preocupado por el agotamiento de vuestra esposa. Lo hablamos ayer, durante la cena, cuando conversabais con vuestra suegra.

—¿Y qué fue lo que hablamos?

—Os comenté, y vos estuvisteis de acuerdo, que era un puesto con demasiada responsabilidad para enviar a un joven sin experiencia —recordó Francisco recalcando las últimas palabras—. El embajador en el imperio es con toda seguridad el puesto en el extranjero más importante de cuantos os representan. Ambos decidimos que Baltasar aún no estaba a la altura.

—No lo recuerdo... —El rey se apoyó en uno de los barriles que había sobre cubierta—. Pero si lo dices así debe ser. ¡Decidido, pues! —zanjó dando una nueva palmada—. Partiréis a Flandes, Baltasar, con la comitiva de mi hermana.

—Majestad...

—Lo que el rey te hace es un honor, hijo —intervino Juan interrumpiéndolo. No necesitaba mirar a los ojos a Felipe como para saber que el hecho de que Baltasar discutiera la decisión podría enfurecerle. Tal vez Francisco se alegrara de ello, pero él apreciaba al muchacho—. No hace mucho fuisteis expulsado de la corte —añadió con intención—. Es todo un honor que limpiará tu nombre y engrandecerá a tu familia ser el embajador en la corte de Isabel Clara Eugenia y Alberto. Y así lo has de considerar.

Baltasar no era necio y comprendió que no tenía alternativa. Por otro lado, era en verdad un honor que no podía rechazar y que solucionaría de una vez por todas sus problemas económicos.

—Y así lo hago. Gracias, majestad. ¿Hay algunas instrucciones que deba tener en cuenta durante mi estancia allí?

—Ante todo —tomó de nuevo la palabra Francisco—, vuestros esfuerzos han de ir dirigidos a lograr la paz con Inglaterra. Sólo de ese modo evitaremos que las arcas flamencas sigan llenándose; si lo conseguimos, daremos fin a la guerra en Flandes. Os acompañará Fernando Carrillo. Es un hombre inteligente que puede servirnos bien. Haced buen uso de sus cualidades.

El resto de la tarde la pasaron discutiendo detalles, perfilando las líneas de actuación que tendría que seguir el nuevo embajador. Mientras ellos tres hablaban, el rey dormitaba en una hamaca. Hubo que despertarlo cuando llegaron a tierra.

Ya se despedían cuando Baltasar logró quedarse a solas un instante con Francisco.

—Quiero agradeceros lo que habéis hecho por mí. Tal vez...

—No os equivoquéis, Baltasar. Lo que hago no lo hago por vos, si no por mí. Cuanto más lejos os tenga de la corte, más tranquilo me sentiré.

Y dándole la espalda, subió al caballo que le acercaban y se puso junto al rey, que inició el regreso a Denia.

* * *

Las tercianas acabaron con mucha gente en los pueblos, las ciudades y las villas, pues había peste aquel año, pero Felipe se dedicó a celebrar su boda. Concluidos los festejos, le presentaron los gastos en los que había incurrido la Corona desde su salida de Madrid el veintiuno de enero hasta el diez de octubre: la suma ascendía a más de novecientos cincuenta mil ducados. La hacienda estaba agotada, pero nada de eso parecía importar al rey. El pueblo había aclamado a su hermosa y flamante reina y de todos los lugares le llegaban peticiones para visitarla. Había llegado el momento de poner en marcha la Casa de la Reina; y Francisco estaba dispuesto a hacer todo lo posible por controlarla.

La duquesa de Gandía ocupaba uno de los mayores honores, el de camarera

mayor. Éste era el puesto de más importancia, pues bajo su autoridad se encontraban todas las demás damas al servicio de su majestad. Era un oficio reservado a una Grande de España. Su poder era incontestable. Pero Francisco creía que la duquesa no ofrecía garantías de mostrarse fiel a sus deseos. Los rumores que presagiaban su destitución se escucharon por primera vez en junio. Antes de que concluyera el año, Catalina de la Cerda, recién nombrada duquesa de Lerma, recibía el cargo que hasta entonces había ocupado la de Gandía. Desde entonces se la pudo ver por los pasillos de la corte, feliz, aunque con una sombra permanente de tristeza en la comisura de sus labios.

No era éste el único cambio que se produjo en la Casa de la Reina.

Juan de Idiáquez había sido uno de los mayores servidores de Felipe II. Fue uno de los que desaconsejaron al rey la empresa de la Armada contra Inglaterra, y había sido nombrado secretario de estado para sustituir a Antonio Pérez. Durante los últimos años los honores le habían llovido, entre ellos el nombramiento de mayordomo mayor de la futura reina. Pero a finales de 1598, al poco de heredar Felipe III, fue sustituido en el cargo por el conde de Altamira, Lope Moscoso, que estaba casado con Leonor de Sandoval, hermana de Francisco. Con todo, Juan de Idiáquez y el marqués de Denia mantenían una buena relación, de modo que el secretario continuó como consejero de estado.

Lo mismo sucedió con los pocos rivales que le quedaban a Francisco. Todos fueron retirados de sus puestos. No era de extrañar, por tanto, que a finales de mil quinientos noventa y nueve corriera por los reinos una coplilla:

La mora^[4] no tiñe.

La fuente^[5] no mana.

La chinche^[6] no pica.

La vela^[7] no arde.

No hay cosa que el tiempo no acabe.

No quedaba, pues, enemigo que se opusiera a Francisco de Sandoval y Rojas. Su estrategia de debilitarlos había resultado efectiva, y creía que podía comenzar a pensar en acrecentar sus bienes y poderes.

Se equivocaba.

* * *

—Pedro, no tienes por qué hacerlo...

Pedro se giró hacia su cuñado, que lo miraba desde la puerta de la casa. Había

intentado marcharse mientras él aún estuviera fuera, pero Juana lo entretuvo el tiempo suficiente para que se encontraran. Era la única oportunidad que tenía para evitar que su hermano los dejara. Allí, de pie, oteando por encima de la casucha en la que vivían, vio un águila perdicera que volaba en busca de una presa. El verano estaba presto a terminar. Llevaba al hombro un zurrón con ropa de abrigo, una manta y comida para varios días; pan y queso, sobre todo.

—Sí, Lorenzo. He de irme, lo sabes muy bien.

—No, no es cierto. Con lo que nos queda aún podemos pasar unas semanas y seguro que en ese tiempo las cosas me empiezan a ir mejor.

Pedro le dio un par de palmaditas cariñosas en el cogote y luego le apoyó la mano en el hombro.

—Es mejor que sea así. Con una boca menos podréis estirar ese dinero algo más, con suerte hasta pasado el invierno. —Un suspiro largo se le escapó de entre los dientes apretados. Agachó la cabeza y pateó el suelo con un pie, como el toro que se dispone a embestir—. Escucha, deberíais venir conmigo. No creo que las cosas se te vayan a solucionar de la noche a la mañana. Llevas ya un año intentando hacerte un hueco en una escribanía, o entrar al servicio de algún señor de la zona, pero no has tenido más éxito que cuando llegaste por primera vez a Guadix. Siempre nos ha ido bien juntos, Lorenzo. Volvamos a lo que de verdad sabemos hacer... ¿quieres?

Tentado estuvo a decir que sí. Entonces escuchó un puchero caer con estrépito en el interior de la casa.

—No podría, Pedro. Sabes que tu hermana desea dejar esa vida. Está claro que tampoco quiere ésta, rodeada de pastores, pero al menos aquí se encuentra en paz. Nunca te lo he dicho pero durante los pasados años siempre me parecía que estuviera en guardia, siempre rumiando alguna cosa; era... era como... —No encontró las palabras y desistió con una fatigada negación—. Un hombre nota esas cosas en su mujer.

Pedro asintió. Sonó un silbido en el valle y los dos hombres se giraron hacia el lugar en el que había sonado. Allá, entre las cárcavas, bajaba un rebaño de ovejas. Los primeros balidos comenzaban a escucharse en la lejanía.

—Es Pablo.

—Me marchó, Lorenzo. No quiero convertirme en él.

—Pablo es un buen hombre.

—Sí que lo es, pero me refería a otra cosa; no quiero ser pastor. No quiero pasar mi vida entre ovejas y cabras, teniendo que follarme a unas o a otras por no tener una mujer que me caliente la cama. Me voy ya. No quiero que Francisca me vea partir. Dale un beso y dile que volveré. Que, mientras tanto, cuide bien de la pequeña María. Su padre está más pendiente del rebaño que de su pobre hija, por más buen hombre que sea.

Se abrazaron palmeándose las espaldas y Pedro empezó a caminar. Mucho antes de que el rebaño llegara a las primeras casas, Lorenzo había perdido de vista a su

cuñado. Recogió a Francisca con una sonrisa y un beso. Ya era una mujercita y él apenas se había dado cuenta de cómo crecía. Pablo lo saludó taciturno, como siempre. Parecía que el hombre hubiera perdido la facultad de hablar desde que su mujer muriera durante el invierno. La peste no hacía distinciones: lo mismo le daba un rico que la mujer de un pastor perdida en un pueblucho en mitad de la sierra murciana. María se quedó mirando a Lorenzo con sus enormes ojos verdes, esperando que también a ella le diera un abrazo.

—¡Pablo! —El pastor se volvió para mirar a Lorenzo sin detenerse—. Deja que tu hija cene con nosotros. Mi Juana ha preparado un buen puchero.

Por toda respuesta, el pastor alzó el brazo con el cayado y continuó su camino hasta el establo. Cuando entraron, ninguna de las chiquillas percibió el lúgubre ambiente que se había instalado en la casa.

Capítulo XI

El viento aullaba con fuerza en el exterior y traía el quejido de las rocas. El chaparrón había pasado tiempo atrás, pero las callejuelas seguían encharcadas y persistía una humedad que calaba hasta los huesos. Por las paredes, en especial la que daba al norte, se colaba un hilillo de agua, y del techo caían goteras del tamaño de las avellanas.

Juana removía el puchero. Más por matar el tiempo que otra cosa, porque apenas tenía nada que pudiera pegarse en el fondo de cobre. Un par de nabos, unas zanahorias y un trozo de tocino que de tanto guisarlo no tenía la menor sustancia, pero al menos le daba sabor al agua. Movía el cucharón con la mirada perdida entre las llamas, arrimada al fuego para calentarse los pies, cubiertos de sabañones.

—Ya ha pasado la Navidad. Y ayer comenzó el nuevo año. Es curioso lo que me costó aprender cuándo se iniciaba un año o no cuando el Papa cambió el calendario hace ya casi veinte años. Y aquí estamos, sin nada que llevarnos a la boca si no es agua hervida con hortalizas medio podridas.

Apenas fue un murmullo. Al otro lado de la estancia, Lorenzo ni se enteró. Estaba apoyado en una mesa, con Francisca a su lado. La muchacha mostraba una capacidad sorprendente para la escritura y él disfrutaba enseñándole. Hacía cuatro días que no podía salir de casa para ir a Ricote a buscarse unas monedas. Tampoco hubiera conseguido traerlas. Desde hacía más de un mes el valle estaba casi desierto, la mitad de las casas cerradas, con sus moradores refugiados por el mal tiempo. Decía Pablo que los inviernos no eran demasiado fríos en la zona, pero aquel estaba empeñado en llevarle la contraria al pastor. Así, entre lluvias, ropas de abrigo y comida, sobre todo comida, fueron perdiendo los pocos dineros que les quedaban.

Estaban atrapados. En pleno invierno, sin dinero, sin nada que vender ni oficio que les suministrara lo mínimo necesario, de no ser por Pablo estarían muertos de hambre. El pastor les llevaba todos los días leche de cabra, un queso de vez en cuando y, cuando podía, algo de carne.

—Es necesario que afiles la pluma —explicaba Lorenzo a su hija—. Debes hacerlo despacio, con mucho cuidado —le puso la piedra en la mano—, de lo contrario podrías romperla. Fíjate en cómo lo hago yo con la mía. Eso es, así...

Un golpe seco resonó en la casa cuando la puerta se abrió de repente. A Juana se le escurrió el cucharón entre los dedos; Lorenzo destrozó el filo de su pluma y Francisca levantó la cabeza intentando mirar por encima del hombro de su padre sin que las manos llegaran a temblarle.

Una figura se recortó en la puerta y dio dos pasos para entrar en la casa. Se sacudió como un perro mojado, dejó caer un zurrón en el suelo y los miró con ojos cansados.

—Juana, dame un poco de ese caldo que estás preparando. Necesito calentarme los huesos.

Todos se levantaron para recibir a Pedro, pues él era, y no otro, el que había aparecido de repente. Se abrazaron y comenzaron las preguntas de unos y otros seguidas por respuestas atropelladas. La conversación se alargó hasta después de la cena. Francisca se sentaba junto a su tío, mesándole las barbas, que nunca antes le había conocido, fascinada por aquella áspera suavidad. No cesaba de preguntar y de hablar y al fin Juana tuvo que poner orden y hacer que todos se acostaran.

—Tiempo habrá mañana para historias. Es hora de descansar.

Tomó unas piedras que dormían junto al fuego y las llevó a los catres envueltas en paños para que calentaran los lechos.

El nuevo día se despertó junto con más lluvia y el olor del pan tostado. Pedro había cortado grandes rodajas de una enorme hogaza que sacó del zurrón y las calentaba frente a la lumbre. Cuando se sentaron a desayunar, fue él quien inició la conversación.

—Vendréis conmigo.

Juana y Lorenzo se miraron de reojo. Francisca dejó de masticar y prestó atención a su tío.

—¿Adonde?

—Cualquier sitio será mejor que éste, Juana —aseguró entre bocado y bocado—. Las cosas os van mal. La casa está peor que cuando me fui en el verano, vuestras ropas llevan remiendos nuevos que parecen viejos, apenas tenéis comida y me juego mi viaje a los infiernos a que tampoco tenéis dinero. Si os quedáis aquí moriréis de hambre.

Juana dejó su tostada, como si las fuerzas la hubieran abandonado de repente. Lorenzo la miró. Los ojos de su mujer se habían cubierto de lágrimas que no llegaban a caer y bailaban en el despeñadero de sus pestañas. Miró a Francisca, que volvía a masticar, muy despacio, intentando que el crujir del pan no le impidiera escuchar ni una sola de las palabras que dijera su padre.

—¿Has pensado en algo? —preguntó al fin, entrelazando las manos y bajando la cabeza hasta apoyarla sobre el pecho.

Pedro se reclinó, apoyándose en la mesa. Se hurgó entre los dientes, quitándose los restos de pan pegado a una muela y chascó la lengua.

—Tengo en mente el negocio perfecto —anunció sonriendo y echándose hacia atrás hasta apoyarse contra la pared—. Lejos de aquí, en Estepa.

Juana y Lorenzo cruzaron las miradas. Sabían que no les quedaba otra opción.

—Esto no traerá nada bueno —sentenció la mujer. Se levantó y comenzó a meter en hatillos las pocas pertenencias que les quedaban.



Tras la boda real se habían publicado varios tratados que comparaban el reinado de Felipe II con el de su hijo, de modo que el flamante duque de Lerma no salía bien parado. Empezó a correr la voz de que Felipe III no tenía voluntad propia, y que, en realidad, Francisco lo había hechizado. Muchos hablaban también de la tristeza de Catalina, aunque Francisco ni siquiera prestó atención a las habladurías sobre su matrimonio: había logrado la posición para la que llevaba trabajando toda su vida y comenzaba a vislumbrar que no bastaba con lograrla.

—Majestad, es necesario que cambiéis, si me permitís decirlo.

Francisco hablaba con seriedad al rey. Éste lo observaba, interesado, por encima de la mano de cartas. Era tarde y disfrutaban de una noche tranquila jugando a los naipes. El rey, como de costumbre, iba perdiendo.

—¿De veras? —Felipe III echó a reír con fuerza ante la mirada que Francisco le dedicaba. Miró a su vez a Juan de Tassis, que acompañaba al duque, aunque no estaba sentado a la mesa. Al comprobar que ambos permanecían con semblante serio, se calmó—. Perdonadme, pero es que no he podido evitarlo. Sigue, por favor; me muero de ganas por saber qué motivos puede haber para obligar a que un monarca cambie.

No había sombra de doble sentido en las palabras del rey, simplemente una clara diversión por la conversación que se avecinaba.

—Ojalá pudiera tomar este asunto con la misma ligereza con la que lo hacéis vos, mi señor —continuó el duque—, mas me temo que se trata de un tema de la máxima importancia.

—Está bien, adelante. Os escucho con atención.

Tras un momento de silencio y un suspiro, comenzó a explicarse.

—Señor, muchos de vuestros súbditos no os respetan lo que deberían hacerlo. —Felipe enarcó una ceja, repentinamente interesado por lo que escuchaba—. Sois un monarca abierto, al que muchos de vuestros siervos tienen acceso. Habéis mostrado un trato de cariño hacia el pueblo, que os adora. Y, sin embargo, no se os respeta.

—¿Cómo es eso posible? —inquirió el monarca, dejando las cartas en la mesa sin preocuparse por descubrir su mano.

—Señor, permitidme hablar, si os place. —Juan de Tassis se adelantó haciendo una reverencia y esperó a que el monarca asintiera ante su petición—. Debéis recordar el trato que tenía vuestro padre con sus sirvientes y ministros. Él se aisló de casi todos, evitó que pudieran entrar a sus cámaras privadas. Necesitaba privacidad, señor. Y eso es, precisamente, lo que vos no tenéis. Los nobles se os acercan sin

necesidad de pedir audiencias. Una multitud de consejeros pulula por los pasillos de la corte. Esa actitud debilita vuestra imagen.

El silencio se aposentó durante unos minutos en la cámara que ocupaban. Al fin, Felipe se volvió a su favorito.

—¿Qué opinas de esto?

—Estoy de acuerdo con don Juan. Bien sabéis que ya vuestro abuelo Carlos se dedicó a evitar un contacto estrecho con la corte. Eso mismo hizo vuestro padre, que rehuyó incluso las audiencias públicas. Eso le hizo fuerte, majestad. Lo elevó por encima de todos. En cambio, vos estáis al mismo nivel que los demás, o casi. Eso os hace parecer un hombre normal.

—Eso es lo que soy, Francisco.

—¡Ahí radica vuestro error, majestad! —exclamó Francisco—. No sois un hombre como cualquier otro. Sois el elegido de Dios, su espada en la tierra, el defensor de la fe. ¿Cómo puede un hombre así asemejarse a cualquier otro? Vuestro silencio tiene más fuerza que las voces de los demás.

—Pero hay algo que no entiendo —comentó preocupado el rey mirando a Juan de Tassis—. Decís que el pueblo no me respeta porque parezco un monarca cercano. ¿No es necesario que el pueblo me ame por mi afabilidad?

—Sí, majestad. Pero el pueblo a veces confunde amabilidad con flaqueza —contestó Juan con rapidez.

—¿Flaqueza? —tronó el rey.

—Disculpad si mis palabras os suenan atrevidas, pero así es. Al comprobar que os rodeáis de tantos consejeros, que tantos siervos y ministros campan libremente por la corte acercándose a vos, no son pocos los que creen que, en realidad, los necesitáis.

—Lo que Juan quiere decir —se apresuró a intervenir Francisco—, es que si necesitáis de tantos consejeros, si hay tantos que debéis tener a vuestro alrededor, es porque en realidad no sabéis gobernar y son ellos los que dirigen la monarquía.

»Es por eso, mi señor, que habéis de cambiar. Por supuesto, debéis mantener cerca a aquellos que cuenten con vuestra máxima confianza; mas evitad el trato con cualquier otro. Muchos son los que intentan acercarse a vos procurando conseguir favores y mercedes a pesar de estar poco interesados en servir os lealmente. Permaneced por tanto alejado de todos ellos. De este modo lograréis el respeto de vuestro pueblo.

Y Felipe III, una vez más, escuchó las palabras de Francisco y se dejó guiar por ellas. Se restringió el acceso a su persona a todos aquellos que no tuvieran las llaves de las cámaras privadas del rey, incluyendo a los Grandes de España, que veían así eliminados sus privilegios. Felipe III comenzó a guardar silencio en las audiencias, tanto en público como entre sus ministros, y se acostumbró a pasar más tiempo en palacios de campo, alejado de todos excepto de Francisco.

El duque había conseguido lo que quería: aislar al monarca y evitar que cualquier otra persona lograra ganarse su favor. Le había costado casi treinta años desde que

heredara su Casa. Había solventados sus problemas de hacienda, y sus amigos, aquellos que lo habían apoyado en los malos tiempo, comenzaban a verse recompensados; pero los de la Corona seguían lejos de estar solucionados.

* * *

—Necesitamos dinero, majestad.

Se había reunido una junta presidida por fray Gaspar de Córdoba, confesor real, para mostrar ante Felipe III un hecho demoledor: la monarquía estaba completamente arruinada.

—¡No puedo fabricar oro!

Felipe estaba fuera de sí. Hacía tan sólo unos meses arribaba toda una flota de las Indias cargada de riquezas; ahora sus consejeros le decían que todo ese dinero había desaparecido, se había dilapidado.

—En ese caso, majestad —continuó el confesor real—, es necesario que se reduzcan todos los gastos. Y hablo de todos. Incluyendo los gastos de las casas reales.

—Eso es una auténtica locura... ¡No puedo vivir como un vulgar campesino!

—Mi señor... En el último año el gasto de la Casa del rey se ha duplicado...

—Os lo advierto, fray Gaspar —cortó el rey mientras señalaba a su confesor con el dedo—: no sigáis por ese camino. No se reducirán los gastos de las casas reales. ¿Necesitáis dinero? Bien: buscadlo, saqueadlo, ¡arrancadlo de la tierra si es necesario! ¡Sois los consejeros del mayor imperio de la Tierra! ¿Y no sois capaces de encontrar alguna otra solución a este asunto?

El silencio se asentó en la sala. Nadie se atrevía a hablar. Francisco, contrario a lo habitual, permanecía callado. Cuando el rey dejó claro que no permitiría una reducción del gasto de sus casas, suspiró. En realidad, al duque no le interesaba esa salida; la entrega de mercedes y favores era el único medio del que disponía para crear un grupo alrededor del rey, sólido, favorable a sus deseos, y todo ese dinero debía salir del presupuesto de las casas reales. De modo que fue el primero en retomar la reunión.

—Veamos —dijo muy serio, sopesando las palabras—. No hay dinero. Es necesario conseguirlo de algún modo. ¿Quién debe aportar dinero a la hacienda real? Los reinos. Pidamos pues a los reinos que cumplan con sus obligaciones.

—No será fácil conseguir eso que decís. —El que hablaba era Juan de Idiáquez—. Tomemos por ejemplo el de Castilla. Es el mayor y el más rico de todos los reinos que gobernáis, majestad. Sin embargo, la peste se ceba en él desde hace tres años; muchos son los que han muerto. Además, vuestro padre inició hace cuarenta años conflictos que aún no han terminado, con lo que la presión fiscal sobre Castilla ha

sido enorme. De modo que, pese a su riqueza, está completamente arruinada. No se le puede pedir un solo ducado más. Y eso mismo puede decirse del resto de los que forman la monarquía.

Tras un nuevo silencio, Francisco volvió a tomar la palabra.

—En ese caso, volvemos al principio. No hay dinero. Tampoco podemos conseguirlo, al menos de forma inmediata. Es necesario entonces reducir gastos, aunque estos no pueden ser los de las casas reales. Por tanto, sólo hay otra opción: reducir gastos militares.

»Como bien ha dicho don Juan, llevamos demasiados años empeñados en empresas inacabables que están sangrando la hacienda real. Bien, pues planteemos un medio por el cual eliminarlas.

—Hay todavía otra opción... —Idiáquez hablaba casi consigo mismo. Al darse cuenta de ello elevó la cabeza y alzó la voz—. Hace tiempo que se estudia la posibilidad de gravar la harina y eliminar el resto de los impuestos.

—Sería una opción interesante si pudiéramos hacerlo de inmediato. Pero no es el caso, don Juan. —Fray Gaspar era partidario no de cargar con nuevos impuestos a los más pobres, sino de rebajar los gastos—. Creo que es interesante lo que solicita el duque.

—¡Pues trabajad en ello! —concluyó el rey exasperado—. Preparad un plan que permita reducir los gastos. Buscad nuevas posibilidades para conseguir oro, ya sea en base a la harina o a cualquier otra cosa. Estableced medios por los que podamos controlar mejor la hacienda y, sobre todo, ¡conseguid un sistema por el cual la hacienda real pueda hallarse saneada en el menor plazo posible!

* * *

Baltasar acababa de llegar a su destino tras semanas de viaje. No había sido fácil atravesar todo el territorio francés, a pesar de las escoltas y las credenciales de su embajada. Más de una vez los franceses lo detuvieron durante horas. Al final decidió dejar las carreteras principales para evitar incidentes. Llevaba una buena escolta y no temía ataques de bandidos. Fernando Carrillo, sentado a su lado, era buen conversador. Hombre culto y de mente abierta, rápido de pensamiento. De esos hombres que, de nacer con una dudosa moralidad, más valdría tener lejos, pues sus argucias podrían llegar a ser más peligrosas que una espada toledana en manos del mejor espadachín de los reinos. Fernando, en cambio, parecía un hombre fiel y trabajador, preocupado sólo en llevar del mejor modo posible sus responsabilidades. Con todo, era posible que el Sandoval lo hubiera enviado para espiar sus movimientos, motivo por el cual procuraba mostrarse amable, aunque distante.

Aun así, lo que más pesaba en el alma de Baltasar no era el viaje, la lluvia, los caminos embarrados, las largas esperas, el traqueteo de la carroza o los ronquidos de Fernando cuando se adormilaba en su asiento. Lo que más lo atormentaba era haber partido sin respuesta de Catalina a su carta. Seguramente reprobaría su conducta. Quizá la historia que había llegado a sus oídos estaba inflada por Sandoval. ¡Quién sabe lo que le había contado! Intentó verla durante su estancia en Valencia, pero le fue imposible. Apenas coincidieron unos días, y no pudo verla más que de lejos, en alguno de los festines o bailes, o al otro lado del crucero de una iglesia; más cerca de Dios que de él. A unos pocos pasos, aunque separados por toda la corte.

La emperatriz misma le había pedido que la visitara para despedirse de él. Le dio un buen consejo para no verse atrapado en las intrigas de otros: «Sé tú el instigador de todas las conjuras».

Eso era lo que se proponía hacer cuando puso el pie en Bruselas.

* * *

Mientras tanto, en Madrid se esforzaron por buscar nuevos métodos de financiación, obteniendo algunos logros, pues Cataluña aprobó un servicio por valor de un millón de libras catalanas; el mayor de su historia. Por su parte, Felipe III continuó gastando ducados en mercedes y en ganarse el favor de sus servidores.

El mayor ejemplo de ello fue el del propio Francisco de Sandoval. Uno de sus hijos fue designado marqués de Cea. Su nieto, conde de Ampudia. El propio Francisco se dedicaba, en aquellos momentos, a comprar casas y palacios en Valladolid. En el primer año del reinado de Felipe III había pasado de tener una hacienda valorada en unos quince mil ducados a otra de más de doscientos mil, sin contar lo recibido en regalos y joyas. Las cosas no podían irle mejor a Francisco de Sandoval y Rojas, S duque de Lerma.

Capítulo XII

Fue evidente desde el principio que 1600 sería un año más difícil que el anterior.

El mes de enero fue extremadamente frío. La nieve se apretujaba en esquinas y calles; se acomodó en el suelo durante tres semanas sin que llegara a fundirse a causa de las fuertes heladas. Hasta Madrid corrió la noticia de que en Guadarrama habían muerto treinta personas por aquel gélido clima.

Con todo, el rey no dejó de salir a cazar a los montes desde la madrugada hasta la noche, alejándose de la corte, delegando en el nuevo duque los asuntos de la monarquía. Tal fue el interés que puso el monarca en esas cacerías, que en una sola de aquellas jornadas envió a la reina cuatro acémilas cargadas con los jabalís y Venados a los que había dado muerte.

Junto con el frío llegaron también nuevas críticas a Francisco de Sandoval. Fray Francisco de Castroverde había servido como predicador de Felipe II. En los pasillos de la corte era conocido por su poder con las palabras y el celo de sus sermones. Y el cuarto domingo de Adviento dedicó un ataque feroz contra el rey y a su favorito sin demasiado disimulo.

Entonces llegaron las primeras noticias que enviaba Baltasar de Zúñiga: los tercios se habían amotinado en Flandes.

Cuando se reunió el consejo para tratar el asunto, el monarca estaba pálido. Las revueltas en aquel país lo estaban volviendo loco, y para colmo de males Isabel Clara Eugenia podría hallarse en peligro.

—¿Cuál es exactamente la situación? —quiso saber el rey.

—Señor —respondió Francisco—, los tercios han ocupado Lieja, se están causando muchos destrozos. Al parecer, el motivo de la revuelta es la falta de cobro.

El silencio se adueñó de la sala. Nuevamente se convertía la falta de hacienda en un problema, y seguían lejos de encontrarle una solución. Francisco de Sandoval intentó, como siempre, calmar al monarca.

—Majestad, es cierto que esto representa un problema, pero...

—¡No es sólo un problema, Francisco! ¡Es una auténtica catástrofe! ¿Cuándo se ha visto que los tercios españoles se amotinen? Mi hermana tal vez corra peligro. ¡Quiero saber qué está pasando en Flandes!

Francisco miró a su alrededor buscando apoyo. Juan de Tassis le asintió brevemente. Fue el único que se pronunció.

—Según Baltasar de Zúñiga, los tercios están depauperados. Sólo había mil quinientos hombres. Y otros ochocientos italianos. Eso son todos los soldados que hay en Bruselas. Al parecer, gran parte del problema es del archiduque Alberto. Zúñiga insiste en que reparte los fondos de la guerra a su antojo: sin cuidar por el dinero, sin hacer previsiones, renovando pensiones a quienes no sirven para nada sólo

por el hecho de ser de su confianza, creando cargos para colocar en ellos a sus familiares o amigos. No se paga a los soldados y se realizan más gastos de los necesarios. —Felipe III estaba rojo de furia. Un hilillo de sudor le rodó junto a la oreja. Francisco nunca lo había visto así, de modo que retomó la palabra para intentar encauzar el desastre—. Majestad..., sin duda es una situación injusta tras todos los desvelos que os tomáis para cumplir con vuestros deberes. Es normal que os preocupéis por lo sucedido. No obstante, creo que no es algo que deba perturbaros en demasía.

—Según mi parecer, la situación es grave. —El rey apretaba las mandíbulas con fuerza.

—Porque vuestra inquietud os ciega, mi señor —contestó el favorito real mientras el resto de los presentes seguía callando—. Veis el problema, y no la solución.

—Cierto, veo el problema: el problema radica en que los tercios no cobran lo que les corresponde. Y no sólo eso, sino que, además, no hay dinero que enviarles. No, Francisco, ¿no veo la solución! —concluyó con grandes aspavientos.

—La solución, majestad, llegó hace unos días a las costas de San Lucar —anunció el duque con aire calmado—. Hoy mismo he sabido que catorce galeones cargados de plata desde las Indias arribaron a nuestras costas. Partieron de La Habana y han realizado el viaje en menos de dos meses dejando atrás al resto de la flota, que ralentizaba su viaje. Según mis informes, vienen repletos; traen más de nueve millones de ducados.

La cara del rey se relajó y al instante mostró una enorme sonrisa. El cargado ambiente que se respiraba momentos antes fue sustituido por otro de alegría y regocijo.

—Eso está muy bien, Francisco, ¡pero que muy bien! Con esa cantidad se podrá enviar dinero a mi hermana, y pagar los tercios para que recobren la cordura... —Quedó pensativo durante unos momentos y luego habló con nuevo interés agitando una mano—. Y... dime... De esa suma, ¿cuál es la que le corresponde a mi casa?

—La parte reservada a la corona sumará más de dos millones de ducados, majestad —respondió el duque.

—Estupendo, Francisco. No sé qué haría sin tus consejos y tus desvelos al servirme. ¿Podrías encargarte de que se efectúe el envío hacia Flandes? He de acicalarme para la boda del marqués de Cuéllar. No puedo faltar.

—No os preocupéis, que yo me ocupo —indicó haciendo una reverencia con la cabeza—. Es necesario también nombrar a los secretarios de Estado para Francia, Flandes y Alemania, así como el de Italia. ¿Os parecería bien que fueran Andrés de Prada y Pedro Franqueza?

—¿Tienen tu confianza?

—De no ser así no los recomendaría.

—En ese caso, mi buen Francisco, tienen también la mía. Y ahora, me retiro. Os veré esta noche en la boda del marqués —comentó alegremente mirando al resto de

los asistentes—. No faltes, mi buen Francisco —terminó p'almeándole el hombro.

El monarca ya se iba cuando regresó sobre sus pasos con una amplia sonrisa en la cara.

—Perdona, Francisco. Pero he olvidado uno de mis deberes reales... El servicio que me has prestado hoy solucionando el problema de los tercios con una noticia maravillosa no puede quedar sin ser recompensado. Daré orden a mi secretario de que se te entreguen cien mil ducados. Y todo mi agradecimiento.

No tardó Francisco en encontrar dónde invertir aquellas monedas. Ya hacía tiempo que buscaba el modo de adquirir varias villas que había visitado en Valladolid. Aquellos dineros los invirtió en comprar tres de ellas. En la corte sorprendió mucho aquello, pues la ciudad del Pisuerga estaba perdiendo habitantes y su economía se había hundido. No tenía sentido comprar en aquel lugar.

El rey y su favorito disponían de oro para todos sus anhelos mientras que, en los reinos sobre los que dominaba Felipe III, la situación económica hacía que los súbditos aguzaran el ingenio.

* * *

Pedro y Lorenzo no habían regresado a Granada; Juana y Francisca, sí. Madre e hija marcharon directamente a Guadix, confiando en que nadie los estuviera buscando. Se había armado un buen revuelo con aquellos plomos encontrados algún tiempo atrás; algunas voces se habían apresurado a decir que eran falsos; otros prácticamente les rendían adoración. Si todo iba bien, los dos hombres tendrían un lugar al que volver que estuviera bien atendido, un lugar tal vez seguro, a su regreso de Estepa.

Juan Bautista Centurión era por entonces el marqués de Estepa. El título lo había comprado en 1543 su padre, un genovés de buena familia. Fue precisamente esa compra la que comprometía a Juan Bautista en un importante litigio que incluía al Papa. El comprador entendía que la encomienda abarcaba la jurisdicción espiritual, el nombramiento del vicario y una parte de todo cuanto la Iglesia obtenía dentro de sus territorios. El vicario, representante del prior de San Marcos de León, que tenía total libertad desde que en 1267 se entregara la fortaleza a la Orden Militar de Santiago y que sólo respondía ante el Papa como un obispo más, no estaba dispuesto a plegarse a esas nuevas condiciones. Así que marqueses y vicarios llevaban cuarenta años pleiteando.

Pedro se había enterado de todo eso por casualidad, mientras tomaba unos vinos en una taberna y ponía el oído a los comentarios de los lugareños, algo que solía darle buen resultado. De inmediato comenzó a informarse más y al fin se decidió a regresar a Blanca en busca de su cuñado. Para aquel trabajo habían decidido cambiar de plan.

La treta del capitán de barco la habían utilizado en numerosas ocasiones y comenzaban a sentir temor de ser descubiertos. El proceso que mantenía el marqués con el vicario les brindaba la ocasión de cambiar sus papeles y lograr un buen pellizco. Para ello tendría que hacer algo que no habían hecho antes, correr riesgos, pero Pedro logró convencer a su cuñado de lo apropiado de su idea. Unos días más tarde, Pedro Maldonado se presentaba en el palacio del marqués, donde había conseguido audiencia diciendo que disponía de la solución para sus problemas.

Fue recibido con interés, pero sin amabilidad. El marqués, Juan Bautista Centurión, se hallaba en un amplio patio. Vestía ropas cómodas y poco vistosas. En una de sus manos sostenía una larga vara mientras que con la otra guiaba un hermoso semental de frisón al que hacía dar vueltas mientras le hablaba con calma.

—Así que dices tener la solución para mis problemas —comentó sin ni siquiera volverse para mirarlo, con la ojos siempre clavados en las evoluciones del caballo.

Pedro se inclinó antes de responder.

—Mi señor, así es. —Se lamió los labios, miró de reojo con intención y volvió a hablar—. No obstante, creo que es asunto que debería ser tratado en privado. Algunas cosas no son para todos los oídos...

El marqués lo miró con cierto desdén mientras hacía cambiar de dirección al animal, que respondió con rapidez al suave tacto de la vara en sus cuartos traseros. Comprobó entonces que Pedro hacía un gesto leve, aunque significativo, en dirección al mozo de cuadra, que esperaba paciente, algo alejado de la escena pero lo suficientemente cerca como para escucharlo que decían. El marqués hizo un gesto de fastidio pero accedió con un asentimiento de cabeza. Dejó que el frisón se detuviera y, caminando hacia su mozo, le entregó el caballo, del que se despidió con afecto. Regresó con los brazos en jarras hasta su invitado y reanudó la conversación.

—Bien, así pues, ¿en qué consiste esa solución? ¿Y cómo es posible que alguien como tú pueda poner fin a un asunto que dura cuarenta años cuando gente mucho más versada ha sido incapaz de lograrlo?

—Mi señor, bien decís que no soy el más inteligente de los hombres, ni el más preparado. Mas lo que me falta de estudios lo compenso con algo de buena suerte y una pizca de ingenio.

—No lo dudo. Bien, dime qué tienes para mí; soy hombre ocupado y no puedo dedicarte toda la mañana.

—Veréis, todo ocurrió así:

»El cuñado de un primo mío es un hombre prudente, muy reservado y leal. Nos conocemos de haber realizado algunos negocios juntos. Nada importante, lo justo como para ganar honradamente dineros que nos permitan llevar adelante nuestras casas. Pues bien, a este hombre le dio hace poco su hermano, que es monje, los documentos de los que os hago entrega. Leedlos, por favor, y juzgad vos mismo si lo que os traigo puede servir o no en vuestros problemas.

Abrió en ese momento una pequeña talega de cuero de la que sacó varios papeles,

los tendió al marqués y éste, cogiéndolos con escepticismo, se dirigió a una bancada cercana, se sentó y comenzó a leer. Cuando acabó con el primer documento, una carta dirigida a él, examinó con detenimiento los otros. Lo hizo sin prisas, tomándose su tiempo y con muestras claras de estar meditando en todo aquello. Al cabo, alzó la mirada e indicó por señas a Pedro que se acercara.

—Según leo en estos papeles, este monje del que hablas se ofrece a prepararme los documentos que necesito para lograr ganar el pleito que mi familia mantiene con el vicario. ¿Sabes con exactitud a qué se refiere? En la carta no especifica nada más.

—Desconozco ese punto, pues, como comprenderéis, no he osado leer una carta dirigida a vos... Mas puedo aseguraros que, según me informó su hermano, el monje estaría dispuesto a preparar cualquier tipo de título que necesitarais. Según me dijo, era diestro en ese trabajo...

—Desde luego. He podido comprobar que realizaría un estupendo trabajo. Los otros documentos que me traes son muestras del tipo de escritura antigua que sería necesaria para llevar a buen término mis deseos.

—Así pues, no os engaña, ¿no es cierto, mi señor?

El marqués no contestó a la pregunta y prefirió realizar otra:

—Y, dime, ¿qué motivos podría tener un monje para preparar unos documentos que perjudiquen a la Iglesia? Sin duda debe saber que el pleito llegará al tribunal de la Rota.

—Bien sabéis que un hombre como el vicario debe haberse ganado a lo largo de los años muchos enemigos. Algunos tan poderosos como vos. Otros... Otros luchan contra él con lo que pueden y tienen a mano.

—Entiendo. Aun así, por lo que he leído, no es sólo la venganza lo que mueve a ese buen cristiano. Pide una bonita suma de ducados e indica que la mitad de la misma debe ser entregada a ti como primer pago por el encargo.

—Nada sé de eso, mi señor —se apresuró a contestar Pedro—, si bien es de entender que cada cual debe cobrar por los trabajos que realiza. Espero que la suma que os pide no suponga ninguna ofensa... De cualquier modo, debéis considerar no sólo lo que os costaría, sino los beneficios que pudierais sacar de esos servicios..., si me permitís el consejo.

—Cierto. Eres hombre sensato y de buen juicio. Precisamente por eso imagino que también tú tendrás un motivo para hacer de intermediario, ¿me equivoco?

—Pues bien, lo cierto es que actúo por el bien de vuestra casa. Nada me han ofrecido por haceros llegar la carta y nada pedí por ello, pues de cualquier modo debía visitar Estepa por otros asuntos. Desconocía incluso el hecho de que tuviera que cargar con una parte del pago. Ahora bien, no os negaré que confío en que, si consideráis que todo esto puede servir de beneficio, podáis demostrar vuestro agradecimiento y grandeza.

—Una vez más llevas razón, Pedro Maldonado. Y he de decir más: malos amigos son aquellos que te envían a un trabajo como éste sin ni siquiera ofrecerte una parte

de su beneficio. Así las cosas, y puesto que el ofrecimiento que me traes solventaría muchos de mis problemas, vas a permitir que te recompense tal como mereces. Espérame aquí, vuelvo de inmediato —concluyó el marqués al tiempo que le palmeaba la espalda y esbozaba una sonrisa.

Pedro se inclinó en señal de agradecimiento y sonrió a su vez cuando el marqués se alejó. No dejaba de sorprenderse ante la ingenuidad de los nobles. Unos instantes más tarde, el marqués regresó, pero no lo hizo solo. Venía acompañado por tres de sus sirvientes, que se echaron encima de Pedro tan pronto como llegaron a su altura.

—Pedro Maldonado, quizá mi padre compró un título de nobleza, pero el honor es algo que corre por la sangre de los Centurión desde hace generaciones. Prefiero que mis nietos continúen con la carga de este pleito antes que engañar a la Iglesia a fin de lograr lo que en derecho me corresponde. —Llamó a uno de los chiquillos de los que servían en la hacienda y le habló con premura—. Miguelillo, corre a la casa del alguacil y dile que venga de inmediato. Dile que la pieza que he cazado para él es de altos vuelos. Y vosotros —continuó señalando a sus hombres cuando el niño salió corriendo a cumplir el encargo—, encerradlo en una habitación. Quedaos con él. Si escapa responderéis ante mí.

Capítulo XIII

Más o menos por la misma época, una figura avanzaba por las oscuras calles de Madrid, embozada, aunque en las primeras horas nocturnas de julio seguía haciendo calor. Lo que se proponía no resultaba fácil, pero iba convencido de que si conseguía su propósito sería recompensado con magnificencia. En cambio, si fallaba en la empresa que tenía por delante podría llegar a ocurrirle una verdadera desgracia.

Al llegar a la puerta que buscaba, cerró los ojos, persignándose para buscar la protección de Dios, y llamó sin pensarlo más.

* * *

—Señor, lamento molestaros... —Rodrigo Calderón le habló con rapidez a Francisco, algo poco habitual en él. El duque se hallaba en su despacho, rodeado de legajos, misivas, plumas, candiles y velas—. Pero creo que debéis atender sin perder tiempo a un visitante inesperado.

—¿Ocurre algo? —preguntó levantando la cabeza.

—Será mejor que lo comprobéis vos mismo —contestó, evasivo, el secretario.

Francisco miró intrigado a aquel hombre que había entrado a su servicio siendo un joven prometedor y que se había convertido en su mano derecha.

—Está bien. Has conseguido llamar mi atención. Hazlo pasar.

Cuando el recién llegado entró, Francisco lo miró de arriba abajo, con curiosidad. Definitivamente, el visitante no era lo que había esperado. Aquel clérigo debería estar rezando sus oraciones, no deambulando por las calles.

El duque apartó la vista de aquel extraño para regresar a los legajos en los que había estado trabajando antes de ser interrumpido. Era una actitud que cultivaba desde hacía unos meses: mostrar a aquellos que solicitaban audiencia que era un hombre ocupado e importante, con lo que el tiempo que les dedicaba era una auténtica dádiva. La mayoría se sentían insignificantes y algunos llegaban a ponerse abiertamente nerviosos. Aquel clérigo permaneció en pie haciendo gala de toda su humildad. La paciencia era algo con lo que convivía a diario.

—Mi sirviente me ha urgido a atenderos con rapidez —comenzó con lentitud mientras continuaba la lectura—. Según parece, tenéis algo que decirme que es de gran importancia.

El monje mantenía el silencio, indeciso entre tomar la palabra o esperar una

pregunta directa. Tras unos instantes, Francisco apartó la mirada de sus papeles para volver a fijarse en él. Le hizo una señal con la mano para que comenzara a hablar y, mientras esperaba, tomó una pluma con la que empezó a firmar papeles.

—Mi señor duque, debéis saber que hay en marcha una traición para quitaros la vida.

Lo desabrido del comentario sorprendió a Francisco, que se sobresaltó, haciendo que la tinta salpicara todo el documento que estaba rubricando.

—¿Qué habéis dicho?

—Mi señor, fuera hace frío y he realizado un largo camino para avisaros... — soltó el monje con descaro.

—Por supuesto... por supuesto. Sentaos mientras os traen un vaso de vino. ¿O preferís alguna otra cosa?

—El vino estará bien. No dudo de que os sirven los mejores caldos del reino — añadió con intención.

Francisco sonrió mientras le daba la espalda y, en lugar de pedir que trajeran algún vino de los que se dedicaban a sus sirvientes, hizo senas a Rodrigo Calderón de que sirviera un Vaso del mejor vino de la casa. Por su cabeza cruzó, arrancándole una sonrisa fugaz, el pensamiento de que en nada se parecería el vino que cataría el monje al que había servido el día de su boda.

El religioso se mantuvo en silencio hasta tener el líquido entre las manos y, al paladearlo brevemente, chispearon sus ojos de deleite.

—Sin duda ofrecéis lo mejor a los que os sirven bien, mi señor duque.

—Puedo ser aún más generoso, fraile... Siempre y cuando quede satisfecho de los servicios recibidos.

—Lo que os he dicho es cierto, excelencia —se apresuró a garantizar el invitado—. Puedo daros los nombres de los que conjuran contra vos.

—¿Y quiénes serían esos que intentan arrebatar-me la vida?

—Puedo daros nombres y datos. Mas es gente importante, y si se sabe de quién ha salido la noticia... —Era evidente que el clérigo pedía protección; y algo más.

—No habéis de preocuparos —dijo Francisco con amabilidad—, que yo sabré protegeros y recompensaros de forma que podáis tomar con vuestra vida la dirección que deseéis sin temer a nada ni a nadie.

Ante aquellas palabras sonrió abiertamente el clérigo, que se lanzó a dar explicaciones.

—Mi señor duque, los que intentarán atentar contra vos son conocidos de todos, y al oír sus nombres... Bien, entonces juzgaréis por vos mismo.

»El primero de ellos es el marqués de Velada quien, aunque disimula ante vos, os quiere mal. El siguiente es el obispo de Cuenca, Pedro de Portocarrero, así como algunos de sus amigos y familiares por el asunto aquél de apartarlo de la corte. El último es Juan de Solís, sobrino de Rodrigo Vázquez de Arce, quien murió durante el pasado verano.

»Como digo, no es necesario que os dé muestras de sus motivos, pues vos mismo podréis adivinarlos. Durante el discurso del monje, a Francisco se le había ido ensombreciendo el semblante. No faltaban razones, tal y como decía el clérigo, para que todos ellos intentaran acabar con su vida. Pero jamás hubiera pensado que se atrevieran a tanto...

Bajó la vista hasta clavarla de nuevo en los documentos que se apretaban en su mesa, intentando pensar. Había algo que no le cuadraba en toda aquella historia, pero era incapaz de concentrarse.

Rodrigo Calderón observó la gota de sudor que corría por la frente de su señor. Había tenido más tiempo que él para pensar en todo ese asunto al haber atendido al clérigo y, entonces, volvió a mostrar su valía.

—¿Cómo habéis llegado a conocer todo esto?

La voz del secretario llenó la estancia y sobresaltó al monje, que bebía de nuevo el vino que le habían servido sin esperar que un sirviente se atreviera a inmiscuirse en la conversación de su señor. Pero el clérigo desconocía que, para el duque, Rodrigo Calderón era mucho más que un simple secretario.

Con todo, el monje salió de aquel trance sin arredrarse, y sin pensarlo dos veces contestó a la pregunta que le hacían:

—Algunos hombres tienen más escrúpulos que otros... Y para ellos, que suelen ser buenos cristianos, Dios hizo provisión del secreto de confesión.

—¿Rompéis entonces vuestros votos para alertarme? —quiso saber el duque.

—Un clérigo también debe tener conciencia, y actuar de acuerdo a ella. Aunque de esa forma tal vez se procure peligrosos enemigos y haya de huir lejos de su hogar.

—Está bien —concedió al fin cediendo ante las continuas peticiones del clérigo y deseando saber más de todo el asunto—. Rodrigo, encárgate de...

—No es necesario que sigáis, mi señor —se apresuró a cortarlo el secretario. Si el favorito del rey estaba dispuesto a entregar dinero a aquel hombre, él se encargaría de que fuera sólo en el caso de que dijera la verdad—. Me ocuparé de confirmar toda esta historia. No hay motivos para dudar de lo que habéis dicho —explicó al monje —, pero vuestras acusaciones son graves y han de ser llevadas ante la justicia para que se investiguen.

Francisco miró a su secretario agradeciendo una vez más tenerlo a su servicio. De haber estado solo habría aceptado sin más las noticias que acababa de escuchar.

—¡Pero si hacéis eso soy hombre muerto! —exclamó con fuerza el visitante, derramando sobre su hábito el poco vino que quedaba en la copa.

—Nada temáis, fraile —continuó Rodrigo mientras sonreía con gentileza—, que mi señor ha de saber cuidaros bien mientras todo el asunto se aclara.

* * *

Francisco se llevaba el pañuelo perfumado a la nariz cuando, unos días más tarde, descendía los escalones que llevaban a las celdas. El olor a encierro y humedad le parecía insoportable y era uno de los motivos por los que solía evitar esas situaciones. Pero aquel asunto le interesaba, pues creía que podía sacar buen provecho de él.

Cuando llegó a la cámara abierta, se encontró con el monje sentado en una incómoda silla, sujeto todo él con grilletes y las muñecas apesadas por gruesas cuerdas a las tablas de los reposabrazos. Bajo ellos, unos torniquetes habían sido usados a conciencia para hacer hablar al religioso.

—Así pues, me mentisteis... —señaló el duque sin apartar el pañuelo de debajo de la nariz.

El pobre reo apenas pudo levantar la cabeza, atenazado como estaba por los dolores, el metal y las cuerdas. Dos gruesos lagrimones bailaron a la luz de los velones mientras viajaban por su piel ajada. Francisco se fijó en los brazos. Las cuerdas habían cortado la piel de las muñecas y se hundían en la carne.

—No debisteis hacerlo, monje. —Se acuclilló frente a él para que pudiera mirarlo a los ojos—. He pensado en entregarte a la justicia. También he pensado en darte muerte aquí mismo; al fin y al cabo, nadie se enteraría.

Un gemido ahogado surgió de la garganta del torturado y el duque necesitó un momento para entender lo que le había dicho: «Tened piedad». Francisco se puso en pie de nuevo, llevó una mano a su espalda y dio un corto paseo alrededor de la silla.

—Podría tener piedad, sí... —concluyó al fin—. Pero ¿qué ganaría si lo hiciera? A menos que estéis dispuesto a trabajar para mí... No os falta valor, y a pesar de que sois religioso no tenéis escrúpulos a la hora de tomar decisiones. Yo necesito un hombre como vos. Alguien dispuesto a llevar a cabo sin rechistar ni cuestionar todas las órdenes que le haga llegar. A cambio, me ocuparía de que a ese hombre no le faltara de nada: ni buena comida, ni buen vino —dijo con intención y una sonrisa afilada—, ni, por supuesto, una bolsa bien provista de dineros; los suficientes como para tener una vida holgada y hasta para irse con alguna furcia de vez en cuando. La cuestión aquí, monje, es si seréis vos ese hombre que yo necesito...

* * *

—El banco de Cristóbal Rodríguez Muñoz ha quebrado.

La sorpresa se dibujó en el rostro de Francisco al escuchar las palabras. Cristóbal Rodríguez Muñoz era uno de los principales banqueros madrileños. Su socio era el sevillano Gaspar de Quintana Dueñas, apoderado a su vez del banquero de Perú

Cristóbal Martín. Su caída ponía de relieve el enorme desplome de la economía.

—¿Es muy grave la situación? —preguntó mientras reanudaba su paseo por el Pisuerga. Llevaba unos días en Valladolid.

—Eso parece. Según se cuenta, debe más de doscientos mil ducados, aunque hay quien dice que si cobra lo que se le debe podrá pagar a sus deudores, y todavía le sobraría. Por el momento, tanto él como su cajero han pasado a la cárcel, y uno de sus socios, Francisco de Ibarra, está arrestado sin poder salir de su domicilio. Lo mismo le ha pasado a Juan Bautista Gallo, que era participante del banco.

—Bueno, es evidente que algunos no saben manejar sus negocios...

—Hay algo más, nada importante —se apresuró a añadir el secretario agitando una mano—, pero que sin duda debéis saber. Los rumores sobre que la corte se trasladará definitivamente aquí, a Valladolid, van ganando fuerza. Tal vez ya no podáis mantener por más tiempo el secreto. La voz que corre dice que el rey mudará la corte en cualquier momento debido a la necesidad que tiene la ciudad, y parece que algunos ya han empezado a buscar casas y palacios que comprar.

—No me preocupa la venta de palacios, Rodrigo. Ya tengo solucionada mi vivienda aquí.

—¿Habéis conseguido el dinero para las obras? —preguntó incrédulo el secretario. Unos meses antes, Francisco había conseguido que la ciudad de Valladolid le entregara una enorme cantidad de terreno para edificar una gran casa. Sin embargo, tras solicitar al ingeniero Tiburcio Spanochi que le trazara el edificio, comprobó que el coste era excesivo. Desde entonces buscaba posibles soluciones al problema.

—No será necesario. He decidido adquirir el palacio del marqués de Camarasa.

—¡Es el mejor palacio de la ciudad! —exclamó Rodrigo—. ¿Cómo lo haréis?

—Bueno, aún no tengo los títulos de propiedad, pero ya es prácticamente mío, y sin necesidad de desembolsar un solo ducado de mi hacienda —continuó con una sonrisa mordaz—, gracias a que el rey me ha entregado las cartas de privilegio sobre las salinas de Atienza y Andalucía. Eso supone una renta de más de tres millones de maravedís, Rodrigo... También debo dar gracias al monje, que ha hecho un gran trabajo, digamos... convenciendo a su propietario de que haría bien en venderlo. No, no me preocupa lo que compren los demás, que nosotros ya hemos adquirido aquello que nos interesaba.

* * *

Lorenzo Ferrer llegó a Guadix como si lo persiguiera una jauría de perros. Había logrado escapar de Écija gracias a las precauciones que habían tomado: en caso de que no tuviera noticias de Pedro antes del mediodía, debía partir de inmediato. Así lo

había hecho, pero los hombres del alguacil habían dado con su pista y lo perseguían desde entonces.

Cuando entró en la casa lo hizo sin resuello, dejando al caballo más muerto que vivo, cubierto de espuma y sudor.

—¡Date prisa! ¡Coge lo imprescindible y vámonos de inmediato! ¡Francisca, ayuda a tu madre!

—¿Qué ha pasado? ¿Dónde está mi hermano?

—No lo sé, Juana. ¡Por el amor de Dios, date prisa!

Así, mientras empacaban las pocas pertenencias que se llevarían, Lorenzo le explicó a su mujer lo ocurrido.

—Sin duda lo han apresado, y en ese caso nosotros no podemos quedarnos aquí. Hay que partir enseguida. Nos iremos todos a Valencia, donde hay muchas oportunidades de hacer negocios.

—No. Ya os dije que esto saldría mal. No pienso dejar a mi hermano solo.

La voz de Juana no se alzó más de lo habitual. No se mostró histérica o nerviosa. Fueron palabras calmadas que detuvieron toda la frenética actividad que se estaba produciendo en la casa. Lorenzo la miró con los ojos desencajados.

—¿Qué estás diciendo?

—No iré a Valencia, Lorenzo. Mi hermano es mi sangre y yo sé bien qué se siente cuando te ves recluida en una celda.

—¡Pero no podemos quedarnos aquí!

—Y no lo haremos, pero no partiré con vosotros. Francisca y tú os marcharéis a Valencia y me esperaréis allí, pero yo iré a Estepa. Rogaré por mi hermano y, si es necesario, pagaré por liberarle. Nos dejó dinero de sobra, lo sabes bien.

—Te apresarán también a ti... —argumentó él con lágrimas temblorosas en los ojos. La abrazó con fuerza y ella se aferró a él, acariciándole el pelo y los hombros—. No puedo dejar que te pase nada malo, Juana...

—Escúchame bien. Me sacaste una vez de una cárcel y desde entonces juré que nunca, jamás, me separaría de tu lado. Donde tú vayas iré siempre contigo. Pero no puedo dejar a mi hermano a su suerte y tú no puedes acompañarme o terminarás como él. Debes hacer lo que te digo: parte con nuestra hija hacia Valencia. Sólo necesito saber dónde parareis para buscaros en el momento en el que llegue. Porque, créeme, Lorenzo Ferrer: llegaré. Nada podrá impedir que me reúna contigo: ni justicia, ni caminos, ni la misma muerte.

—¡No digas eso! Está bien. ¡Francisca! ¿Has terminado de prepararlo todo? Bien —asintió cuando su hija respondió de manera afirmativa—. Vámonos entonces. Cuando llegues —explicó volviéndose de nuevo a su mujer— pregunta por la iglesia mayor. Muy cerca de ella está la plaza del Salvador. Hay una pequeña y discreta pensión que se abre en la calle que verás a tu izquierda si llegas a ella desde la iglesia. Allí te estaremos esperando, no importa lo que tardes.

* * *

—Majestad, la Junta de Hacienda ofrece varias posibilidades para aumentar la hacienda sin necesidad de cargar con nuevos impuestos al pueblo. —El que se explicaba era fray Gaspar de Córdoba, que seguía siendo confesor del rey—. En primer lugar, creemos que sería necesario realizar un decreto en el que se solicitara, a aquellos súbditos que tuvieran una mejor posición, que hicieran donaciones a la Corona.

—Si somos capaces de hacer entender que en realidad es un servicio especial por el cual la corona estaría agradecida a todos aquellos que lo prestaran —terció Francisco—, me atrevo a decir que los nobles accederán con alegría a fin de ganar vuestro favor.

—Sin duda sois inteligente. Sí, me parece muy buena idea. Tomad las disposiciones oportunas para ello. ¿Será suficiente con eso para paliar los problemas de la hacienda?

—Majestad —confirmó el duque—, podemos resumir todos nuestros problemas en dos. —Hizo una pequeña pausa para llamar la atención del rey y entonces continuó marcando lo que decía con los dedos—: tenemos por un lado dificultades militares con Inglaterra y Flandes, y también con Francia, pese a la paz firmada. Para solucionar la situación necesitamos una hacienda fuerte y poderosa que os permita disponer de un ejército más potente. Pero la hacienda real casi está en bancarrota. Y, sin embargo, mientras no se acaben las guerras, no podréis tener una hacienda saneada. Como veis, no parece haber solución.

El rey observaba desalentado a su valido sin saber qué posición tomar. Al fin se decidió.

—Es necesario devolver a la Corona los territorios sublevados de Flandes. Esto es una prioridad.

—Tal vez deberíamos enviar un nuevo consejero a los Países Bajos.

—¿Con qué motivo?

—Majestad, Baltasar no parece estar obteniendo grandes progresos... —explicó lanzando una mirada de soslayo a su buen amigo, Juan de Zúñiga—. Si pretendéis recuperar los territorios perdidos, es importante que recibamos la ayuda del resto de reinos de Europa. En los últimos años no hemos podido detener la sangría que se está produciendo allí, y no hablo sólo de hombres, sino especialmente de oro y recursos.

—Estoy de acuerdo con el duque —intervino el fraile—. El resto de países deberían darse cuenta de que, si cunde el ejemplo de Flandes, ellos mismos podrían verse en serios problemas. Sus propios territorios podrían sublevarse antes o después. Es importante que entiendan la necesidad de que Flandes se someta a su señor, que en

este caso sois vos. Si conseguimos esto, lograríamos un apoyo fundamental que nos permitiría restablecer la normalidad en aquel territorio, limitando, en parte, el gasto.

—Bien, me parece buena idea. ¿Habéis pensado en alguien para esa tarea?

—Creo que el licenciado Fernando Carrillo podría hacer un buen trabajo en este asunto —explicó Francisco, que lo tenía todo pensado de antemano—. Ayudó a Baltasar a establecerse y mantiene buen trato con el archiduque Alberto. Enviémosle de nuevo como su consejero. Que trabaje junto al embajador intentando ganar el apoyo del resto de Europa para nuestra causa. Aun así, deberíamos dejar abierta una puerta para conseguir la paz.

—¿Paz? ¿Con esos rebeldes? Dudo mucho que se rindan a nuestras exigencias...

—El rey hablaba mostrando todo su escepticismo.

—Pero no podemos negarnos a esa posibilidad. Pensad en la cantidad de dinero que ahorraríamos si terminara este conflicto de una vez por todas.

—Bien, Francisco. Si Fernando Carrillo es capaz de conseguir que los holandeses acepten —y aquí el rey comenzó a enumerar con fuerza—: el reconocimiento del catolicismo en todas las zonas que controlan las Provincias Unidas, el reconocimiento de la Corona como su legítima señora y el impedimento de comerciar con las Indias, dará muestras de ser el hombre más valioso del mundo. Y sabré recompensarlo.

—Sería necesario que también se mantuvieran en Flandes las tropas para garantizar que el acuerdo se cumple...

—Bien dicho, fray Gaspar. Añadid eso a las instrucciones que le sean entregadas a Fernando Carrillo. Y que parta cuanto antes.

Fray Gaspar volvió a tomar la palabra.

—Con todo, majestad, es evidente que el oro y los súbditos son los que hacen fuerte a una monarquía, tal y como dice el duque. Como hemos tratado en otras ocasiones, es necesario aumentar los ingresos, reducir los gastos y mejorar el modo en que se administran esos ingresos. La junta recomienda dos medidas. La primera de ellas es la acuñación de moneda de vellón.

—He de deciros, majestad, que yo me opongo a esta medida.

—¿Por qué, Francisco? ¿No insistes en la necesidad de ahorrar plata y oro?

—Así es. Pero acuñar moneda de vellón creará problemas, por no hablar de la cantidad de críticas que se levantarán. La moneda de vellón permitirá que, a corto plazo, la hacienda tenga un ahorro considerable, pero a la larga puede hacer que llegue a desaparecer la moneda de plata... y eso podría colapsar la economía.

—Necesitamos dinero, Francisco, y lo necesitamos de inmediato. Si para ello hay que acuñar moneda de vellón, lo haremos. Al fin y al cabo, no es nada nuevo. —Francisco accedió de mala gana con una inclinación de cabeza.

—Hay otra disposición que la Junta recomienda que toméis, majestad —dijo Juan de Zúñiga retomando el tema principal de la conversación—. Creemos que ha llegado el momento de que recordéis a Castilla sus obligaciones para con vos y empiece a efectuar los pagos que le corresponde.

Capítulo XIV

La corte se trasladó a Valladolid; de nada importó que Castilla no hubiera hecho aún un solo pago de los dieciocho millones de ducados que Juan de Zúñiga, conde de Miranda, había logrado negociar, ni que la hacienda siguiera vacía.

Cuando el mayordomo mayor llegó a la ciudad del Pisuerga, ésta era un pequeño caos. Se había dado orden para que no entrara en ella nadie que no residiera allí con anterioridad. Se prohibió incluso que se introdujeran ropa y otros objetos hasta que no quedara todo listo para la llegada del monarca. Todo esto se hacía de acuerdo a la nueva política que había diseñado Francisco: aislar al rey cuanto fuera posible. Valladolid se convirtió en una ciudad blindada.

Se empezó por controlar quiénes tendrían derecho a permanecer en la corte. En Valladolid sólo habitarían los que ya vivían allí antes del traslado, los oficios palaciegos y los miembros del Consejo de Estado. Todos los demás no tenían cabida en la ciudad. Los nobles tendrían que dirigirse a sus tierras. Los Consejos se ubicarían en otras ciudades. Felipe III decretó que si un noble, aunque fuera un Grande de España, deseaba tratar con él algún asunto, éste ya no tendría acceso a la cámara privada del rey; además, las entrevistas tendrían que producirse, sin excepción, en presencia del sumiller de corps: Francisco de Sandoval, I duque de Lerma. De este modo consiguió Francisco que nadie pudiera criticarlo ante el rey. Nadie podría atacarlo. Nadie podría actuar en su contra, a menos que tuviera el valor de hacerlo frente a él mismo.

No fueron pocos los comentarios que suscitaron todas estas ordenanzas, pero nadie pudo hacer nada por cambiarlas. Ni siquiera se intentó. A cambio, el reino se estaba acostumbrando a las murmuraciones y comentarios velados.

Se alzó un nuevo rumor: Francisco y la reina comenzaban a tener serias desavenencias. Algunos decían que Francisco había organizado el traslado de la corte para controlar mejor a Margarita. En los mentideros se aseguraba que si el dinero de ese traslado se hubiera usado de otro modo, los campesinos y las clases humildes hubieran podido recuperarse de los años de crisis, que incluso nacerían más niños. Para ellos no había dinero, aunque, paradójicamente, llegaban grandes cantidades de plata desde las Indias, que se labraba para disfrute de nobles y ricos.

Otro chisme que corría por ciudades y villas decía que el rey había enviado cartas lacradas a todos los nobles, grandes y pequeños. La misma misiva, según las habladurías, había partido en dirección a cada arzobispado, diócesis, abadía o iglesia, por pequeña que fuera. Y no sólo eso: se decía que los receptores de dicha carta tenían el mandato expreso de no abrir el comunicado real hasta el día veintiséis de abril. La expectación sacudía a todos por igual. En todos los círculos, adinerados o no, plebeyos o nobles, se discutió acerca de cuál podría ser el contenido de tan

misteriosa carta. Todos comentaban que habría de ser un asunto de gran importancia para andarse con tales prudencias y cautelas, pero nadie sabía de qué podía tratarse.

Mientras llegaba el día en que se desvelara el misterio, Francisco, que estaba realmente preocupado por la falta de hacienda, realizó una nueva tentativa para mejorar el estado de la economía. Intentó convencer al rey de que era necesario conseguir la paz en Flandes. Ante la negativa de Felipe III, procuró que al menos se cambiaran las prioridades, que llevaran a cabo una estrategia defensiva, que se evitara perder territorios en lugar de recuperar los que habían caído ya en manos flamencas. Pero, desde el principio de su reinado, Felipe III estaba obcecado con volver a tener bajo su yugo los Países Bajos y por el momento no tenía intención de cambiar de estrategia.

Para complicar aún más las cosas, en Valladolid comenzaron a sufrirse las consecuencias del traslado de la corte a sus calles. La falta de edificios donde aposentar a los nobles y a aquellos que ostentaban un oficio palaciego obligó a que las mejores viviendas de la ciudad fueran divididas. Una parte seguiría siendo la residencia de sus legítimos dueños. La otra se entregaría a los cortesanos.

Los habitantes de la ciudad pusieron el grito en el cielo, pues se les desposeía de aquello que era suyo y para lo que habían estado trabajando toda una vida, mas no pudieron hacer nada por evitarlo. Algunos nobles, por su parte, solicitaban mejores viviendas, en especial cuando comparaban las que les correspondían con las que les habían entregado a otros, y se quejaban de continuo por todas las incomodidades que sufrían.

Con todo, también hubo buenas noticias; al menos para el rey. Cuando Felipe III inició su partida de caza, lo hizo viajando hacia Tordesillas. La reina lo acompañaba, no a caballo, sino en silla. Su vientre se veía abultado. Desde el nacimiento de María, hermana de Felipe III, en 1580, no había nacido ningún otro miembro de la casa real. De eso hacía más de Veinte años y el júbilo por el estado de buena esperanza de la reina no dejó a nadie indiferente.

* * *

Juana ni siquiera llegó a enterarse de todo eso hasta mucho tiempo después. Había viajado hasta Écija para tratar de ayudar a su hermano y se encontró con que las cosas estaban mucho peor de lo que podía imaginar. Pedro había sido interrogado y terminó por acusar a Lorenzo, a quien las autoridades habían dado orden de búsqueda en Granada. Tan pronto como ella se presentó en Estepa fue detenida e interrogada a su vez. Nada pudieron sacarle, pues lo cierto es que su hermano y su marido jamás le contaban en qué negocios andaban, precisamente para protegerla en caso de que algo

saliera mal, de modo que al cabo de pocos días fue puesta en libertad. En cambio, Pedro siguió encarcelado. A raíz de todo aquel asunto se había iniciado una investigación en la que salió a la luz que Lorenzo y Pedro eran responsables de un buen número de otros fraudes, aunque Pedro lo negaba todo. Así las cosas, se le comenzó a dar tormento. Le aplastaron los pulgares hasta llegar a cercenar parte del dedo de la mano derecha. Más tarde emplearon la garrucha y le dislocaron los hombros. Aun así, se mantuvo firme a pesar del dolor y los gritos, negando las acusaciones. Juana iba a diario para intentar verlo y darle al menos un poco de consuelo, pero nunca le permitían visitarlo. La situación se prolongó durante tres meses.

Al fin, una tarde, cuando el sol había pasado a ser una inmensa bola anaranjada que se ponía por detrás de las lomas, Juana vio cómo una figura era sacada de la cárcel y arrojada a la calle. Pedro estaba tan delgado que el esternón parecía la proa de un barco; los tendones se marcaban en brazos y piernas como jarcias; la barba y el pelo parecían los de un náufrago. Y a pesar de todo, reconoció a su hermano de inmediato. Corrió hacia él y lo abrazó con fuerza, incapaz de contener las lágrimas.

Permanecieron allí un rato, tirados en el suelo. La gente los miraba al pasar, alguno incluso les dejó caer unas monedas de escaso valor, aunque ellos no prestaron atención a nada de eso. Juana estaba aferrada a su hermano, mientras que Pedro mantenía los ojos cerrados; incluso la menguante luz del ocaso le hacía daño tras pasar los últimos meses en la oscuridad de una celda. Era incapaz de levantar los brazos, que colgaban a los lados de su cuerpo. Lloraba, pero ni fuerzas para sollozar tenía, de modo que las lágrimas rodaban hasta el suelo sin que Juana se diera cuenta de ello.

Al cabo del rato apartó la cabeza de Pedro y le acarició el pelo, uniendo su frente a la de su hermano. Notó la respiración entrecortada; sintió la humedad de su cara; adivinó los labios agrietados y reseco. Lo tomó de una mano y palpó sus dedos dislocados. Sorbió con fuerza por la nariz y respiró hondo sin apartar el rostro. Acto seguido le tomó la cabeza con ambas manos.

—Todo ha terminado, Pedro. Ahora descansarás y yo me ocuparé de ti.

Colocó sobre su pecho la cabeza de su hermano y lo acunó sin palabras. Entonces escuchó la voz del carcelero.

—No deberías acercarte a él. Tiene bubas.

* * *

La noticia corrió por toda Estepa, de modo que Juana tuvo que dejar la habitación que tenía alquilada y a la que había llevado a su hermano. No hubo modo de que nadie los

acogiera ni les alquilara un lugar en el que cobijarse de aquella lluviosa primavera. Tuvo que pagar largamente a un carretero para que accediera a llevarlos a ambos a una cabaña de pastor abandonada que se caía a pedazos a medio día de camino de la ciudad. El carretero la miró con ojos de lujuria, convencido de que nadie oiría los gritos de la mujer en aquellos parajes, aunque Juana no iba a pasar una vez más por una situación parecida. Unas pocas palabras hicieron que la expresión del hombre mudara hacia el terror:

—Mi hermano tiene bubas. Quizá yo ya esté enferma... ¿De verdad quieres correr el riesgo?

Ante aquello, el carretero se alejó tan rápido como pudo, llamándola ramera y bruja. Ni siquiera pensó en robar el poco dinero que pudiera tener aquella malnacida mujer.

Juana tumbó a su hermano sobre un jergón raído como buenamente pudo, encendió un fuego sobre el que colocó el caldero que había tenido a bien comprar el día anterior y comenzó a preparar un caldo con una vieja gallina, un par de nabos y unas cebollas.

Pedro ardía. Hacía tres días que había salido de la prisión y la fiebre lo acurrucaba entre sus brazos desde la primera noche. Juana lo desvistió, arrancándole los harapos que llevaba puestos y que dejó tirados en un rincón de la cabaña. Comenzó a lavar el cuerpo de su hermano con agua fresca de un arroyo cercano observando una vez más las bubas a las que se había referido el carcelero. Tenía una nueva bajo la oreja que había crecido en las últimas horas. Otra en la axila izquierda. Un carbunco alzaba un monte justo sobre el corazón.

Pasó el día y la noche velándolo. Antes de que cantara el gallo, Pedro comenzó a quejarse de un terrible dolor de cabeza. Apenas abría la boca para comer, por más que Juana insistía en ello. Sólo pedía agua con la que aliviar la sed.

A media mañana, Juana había salido una vez más a recoger agua cuando vio que una figura se acercaba. Corrió hacia la cabaña y se encerró en ella. Temiendo que vinieran a darles muerte, robarles lo poco que les quedaba o a algo aún peor, comenzó a gritar.

—¡Alejaos! ¡La casa está apestada, alejaos!

Para su sorpresa, una voz calmada le respondió ya muy cerca de la cabaña.

—Lo sé, señora. Soy médico. He venido a ayudarla.

* * *

A esa misma hora, un corregidor salía presuroso de la casa de Francisco, la más lujosa de todo Valladolid. Observó la fachada de la iglesia de San Pablo que se alzaba

frente a él, al otro lado de la plaza. El duque se había convertido en el patrón del templo durante el verano anterior y había sustituido el escudo de fray Alonso de Burgos, obispo de Palencia, por el suyo propio. Algo más allá se encontraba el palacio Pimentel, lugar en el que había nacido Felipe II. Todavía se hablaba en Valladolid de aquel asunto y de los festejos de su bautismo.

El regidor giró a la derecha y tomó la calle Platería, aunque algunos todavía seguían llamándola «la Costanilla», tal como había sido conocida durante siglos. El cambio de nombre se produjo tras el segundo gran incendio de la ciudad. El primero había tenido lugar en 1461, y en él se quemó aquella calle, junto a otras, como la de Cantarranas o la Rúa Oscura. Se reconstruyó entonces por completo, pero justo un siglo después fue nuevamente asolada por otro incendio.

Dejó atrás el corregidor Cantarranas y llegó a la plaza Ocho, a cuya izquierda se abría otra plaza, de forma triangular, que con el paso del tiempo se había convertido en el centro comercial de Valladolid. Tal era la importancia de los mercaderes en esta plazuela que cada una de sus aceras y soportales tenía un nombre distinto atendiendo a los oficios y tiendas que albergaban: Espadería, Guarnicioneros, y demás. El regidor pensó que, si quería que todo el mundo conociera el contenido de la cédula que portaba, debería leerla justamente allí; sin embargo, continuó su camino según las indicaciones que le habían dado, giró a la derecha por la calle de la Lonja y desembocó al fin en el enorme recinto de la Plaza Mayor, donde se alzaba la Casa Consistorial, hacia el norte.

El magistrado avanzó hasta situarse de espaldas a la puerta del consistorio, entre las dos grandes torres que flanqueaban la planta del edificio. Y entonces, tomando aire y hablando con voz fuerte y potente, comenzó a recitar llamando la atención de los que se encontraban en la plaza en ese momento.

Era la mañana del veintiséis de abril.

Las gentes habían olvidado la fecha, pues quedó relegada por los últimos acontecimientos: el embarazo de la reina, el creciente aislamiento de Felipe III, los rumores de enemistad entre Margarita y Francisco, los problemas de los cortesanos que iban llegando a Valladolid y las labores propias del día a día. Pero, tan pronto como el magistrado alzó la voz anunciando que daría lectura a una cédula real, a la memoria de todos regresó, fulminante y certero, el recuerdo de aquel cuchicheo que recorrió los reinos de lado a lado unas semanas antes. Al fin iban a conocer el contenido de la misiva que el rey había enviado a nobles, regidores e iglesias con órdenes de no ser abierta hasta ese día.

—Por orden de su católica majestad, Felipe III —comenzó a clamar el magistrado mientras leía—, se hace saber a todo aquel que tenga plata labrada, sea mucha o poca, que debe hacer una relación de toda la que posea. Deberá darse cuenta de la altura y anchura, peso y forma, de cada una de las piezas de plata de su propiedad. —En este punto de la lectura, la gente comenzaba a congregarse alrededor del magistrado, entre asombrada y aturdida por lo que escuchaba—. También deberán consignar cualquier

tipo de seña que pueda tener dicha plata con la que pueda ser identificada. No debe dejarse pasar ni la más pequeña pieza que cada uno disponga. Habrán de hacer esto todos, con independencia de si son laicos o religiosos. —Ahora la gente ya clamaba en voz alta, seriamente impresionada por la orden real—. Y una vez contada y descrita —continuó la lectura elevando la voz para hacerse oír por encima del alboroto que se alzaba en la plaza—, el dueño de ella deberá hacer una declaración jurada que será entregada al escribano que se asigne en los próximos días. Una vez se recojan todas las declaraciones, serán remitidas al rey. —El corregidor se detuvo unos segundos, tomando aire y preparándose para terminar la lectura con la parte que más ampollas levantaría—. Y hasta nueva orden real, toda la plata consignada no podrá venderse ni comprarse, ni labrarse más cantidad de ella.

Los campesinos, arrieros, artesanos y demás plebeyos hablaron y dieron rienda suelta a mil y un comentarios sobre este asunto. Pero a ellos no les afectaba. Eran pobres y la mayoría nada tenían que perder o ganar. Por el contrario, la nobleza, y en especial el clero, puso el grito en el cielo por la orden. Desde los púlpitos, los clérigos se lanzaron a una encendida crítica en contra de dicha medida.

La orden real indicaba que del inventario no podrían escapar ni aún los cálices de las iglesias. Y desde éstas se anunciaba que semejante medida era el primer indicio de la ruina de España.

Mas, aunque muchos se opusieron, al fin se entregaron los inventarios, tanto de legos como de iglesias. Aunque no todos cumplieron con la orden. Ciudades como Toledo, Sevilla, Jaén y algunas más se disculparon ante el rey, indicando que no era justo ni de buen cristiano llegar a contar lo que estaba dedicado al culto sagrado. La palabra herejía llegó a brotar de algunas bocas. Todos imaginaban lo que vendría después del inventario: el saqueo de las iglesias y casas nobles para utilizar la plata, estuviera consagrada o no, a fin de paliar las necesidades de la hacienda real en tanto no se entregaban los millones del servicio aprobado por Castilla. Pero los comadreos y habladurías no cesaban de recorrer la península.

Unos decían que la orden del rey se debía a un intento de grabar con cinco reales cada marco^[8] de plata. Otros, que el propósito de la misma era el de prohibir nuevos labrados de plata, excepto para usarla como vajilla. Todos se enojaron con la medida.

Fue tal el alboroto que se produjo que, tiempo después, en agosto, el rey se vería obligado a proclamar un pregón por el cual se levantaba el embargo. Se había ocultado tanta plata, que la que se inventarió apenas llegó a los tres millones en todo el reino.

* * *

En Estepa, Pedro Maldonado luchaba contra las bubas. Juana recreaba a todas horas la conversación que había mantenido con el médico:

—Me llamo Manuel de Escobar. Soy médico, aunque no de estas tierras. —Juana lo miraba sin saber cómo reaccionar. Su hermano necesitaba atención, pero no había esperado recibir ayuda y ella no podía dejarlo a solas. A cada momento pedía agua, o sollozaba por los dolores de cabeza, o rompía a sudar y ella se empeñaba en aliviarle la fiebre a base de aplicarle paños frescos sobre la cara y el cuerpo. De modo que se limitaba a observar al médico, que había entrado con toda naturalidad en la choza, como si no le importara lo más mínimo quién vivía en ella, si podrían o no pagarle por su arte o incluso la posibilidad de contraer él mismo la enfermedad que aquejaba a Pedro—. Estaba de paso en la ciudad cuando escuché de casualidad vuestro caso. Soy de Tordelaguna^[9]. Allí hubo una epidemia el año pasado. Murieron muchos... Pero muchos otros se salvaron, y no es pecar si digo que en parte fue gracias a mis cuidados. Decidme, ¿desde cuándo tiene fiebre? ¿Hace más de veinticuatro horas? — Juana asintió sin abrir la boca—. Ya veo. ¿Tiene otras bubas aparte de la que se ve bajo la oreja?

—Sí. En el sobaco.

El médico asintió sin mirarla al tiempo que le apartaba la sábana al enfermo. Tras observar con detenimiento durante un largo espacio de tiempo, comenzó a hablar una vez más.

—¿Come?

—No. Apenas quiere otra cosa que beber agua fresca.

—¿Le duele la cabeza?

—Mucho. A veces llora por el dolor. Apenas se mueve en todo el día.

—Debe comer, está muy débil. Debéis darle caldo, pan y algo de carne. Obligadlo a tragar si es necesario. Restringidle el agua.

—¿Sabéis qué le ocurre? ¿Es muy grave? —se atrevió Juana a preguntar.

—Veamos: tiene fiebre alta así como una gran laxitud. ¿Veis los exantemas? — preguntó señalando las erupciones rojizas que cubrían la piel de Pedro—. Están extendidas por todo el cuerpo y son muy acuosas. Normalmente están menos extendidas.

—Entonces, ¿es grave? —El médico asintió con firmeza por toda respuesta—. ¿Qué lo causa? ¿Qué podemos hacer por curarle? —sollozó Juana.

—Señora, cuatro cosas hay que causan las bubas: la primera es que Dios lo quiera. También pueden deberse a una corrupción de la tierra, del agua o del aire. Esta última causa es la peor de entre las naturales. Los planetas relacionados con el fuego alteran el aire y eso provoca la enfermedad. Suele venir acompañada de dolores de cabeza que pueden llegar a provocar la muerte del enfermo. Sabemos que está causada por los planetas relacionados por el fuego porque cuando mueren presentan

el aspecto de un quemado...

—¿Podéis hacer algo por él? —insistió Juana.

Él la miró fijamente. Tentado estuvo a decir que no. En cambio, cuando se encontró con la mirada de ella, esperanzada, fue incapaz de hacerlo. Sabía lo que significaba la muerte de un familiar cercano, él mismo los había perdido durante el año anterior. Conocía de primera mano el dolor, la fe que se abrigaba en esos casos, la necesidad de saber que se había hecho todo lo posible... Se dio la vuelta y salió de la cabaña, acompañado por Juana, que corrió detrás de él.

—¿Os vais así, sin más...?

Tuvo que callar cuando comprobó que el hombre estaba descargando unas alforjas del caballo, que triscaba junto a la cabaña. Al volver no le reprochó nada. Se limitó a regresar sobre sus pasos, pasar junto a ella, que se había quedado callada por la vergüenza, entrar de nuevo en la choza y comenzar a sacar sus instrumentos de medicina.

—Voy a sajarle el carbunco. Luego lo sangraré.

—No podré pagaros... —comentó ella con un susurro de voz.

Manuel de Escobar la miró y volvió a sonreír con aquel gesto suyo tan lleno de tristeza.

—Ya lo imaginaba.

Capítulo XV

Tras el fiasco en el asunto de la plata, el rey solicitó ayuda a los nobles y a la Iglesia y muchos pensaron que tenía que mendigar a sus propios súbditos para poder dedicarse a sus quehaceres reales: fiestas, danzas y cacerías, pues aquellos mismos días, en los que la temporada de cazar aves y zorros ya había comenzado, decidió descansar de las obligaciones, que cada vez con mayor frecuencia delegaba en otros. Partió hacia Lerma para cazar y compró una hacienda en La Ventosilla.

Con esto dejaba claras dos cuestiones: la primera, que el traslado de la corte a Valladolid era más estable de lo que muchos querían creer; la segunda, que poco se preocupaba él de cuestiones de hacienda mientras tuviera dinero para hacer cuanto le placiera.

Lerma pertenecía a la familia de Francisco desde hacía generaciones. El castillo mismo hablaba de la antigüedad de la villa. Era una edificación cuadrangular, con cuatro cubos en sus extremos como defensa, sin que tuviera torres a distintas alturas ni elementos decorativos de ningún tipo. Una barbacana situada al sureste corría formando una curva de saliente a poniente, siguiendo el corte de la elevación sobre la que se encontraba. La muralla, compuesta de dos muros paralelos, estaba formada por lienzos y cubos intercalados a espacios regulares y protegía el caserío de la villa. La vivienda de Francisco de Sandoval, señor de aquellas tierras, era más una fortaleza que un castillo.

Catalina encontró a su marido sentado en la biblioteca. Las enormes estanterías habían perdido el barniz, en algunos lugares se veían desconchones. Los libros se apelotonaban unos junto a otros, atenazando las páginas amarillentas, tan apretados que apenas podías sacar uno sin que los de al lado cayeran al suelo.

Francisco estaba solo, iluminado por un candelabro de tres velas a medio consumir, entre las manos un libro que debía haberse ojeado muchas veces si se juzgaba por el estado de sus páginas, sueltas la mayoría, arrugadas y marcadas por la grasa de los dedos en las esquinas junto a él, en una pequeña mesita auxiliar, una copa de vino descansaba sobre un paño de blanco, lavado tantas veces que se podían contar los hilos que formaban su urdimbre.

Cuando Catalina entró, Francisco apenas alzó los ojos. Le habló sin alzar la cabeza cuando ya había avanzado por la sala y se le acercaba.

—Aquí me leía mi madre los veranos que pasábamos lejos de Madrid. Es el *Romance de Abenámar* —comentó refiriéndose al libro—. Mi madre siempre decía que los hombres deberían encontrar el modo de convivir sin necesidad de luchar por todo. —Acabó las últimas palabras con cierto deje de tristeza. Suspiró, cerró las tapas con mucho cuidado y apoyó el libro en la mesita, de la que tomó la copa y bebió un sorbo antes de volver a hablar—. ¿Deseabais algo, esposa?

—Hablaros, si no estáis demasiado ocupado. —Francisco le hizo una señal con la mano y esperó retrepándose en el sillón. Catalina miró a su alrededor, pero no había otra silla cerca. Lejos de arredrarse, miró a su marido y le habló con tono firme—. Seguidme, por favor.

No esperó a que lo hiciera; simplemente se dio la vuelta y comenzó a caminar hacia la puerta. Francisco chasqueó la lengua, esperó un instante y se levantó arrancando un crujido de maderas a su asiento. Cuando llegó junto a Catalina, que lo esperaba abriendo la hoja de la puerta, ésta le hizo una señal con el brazo abarcando la estancia.

—Mirad. ¿Qué es lo que veis?

Francisco soltó un resoplido.

—La biblioteca de mi familia.

Catalina lo miró fijamente durante unos segundos y comenzó a caminar de nuevo por los pasillos. De vez en cuando señalaba un tapiz, o una silla; el marco de un cuadro, una lámpara, las puertas o las ventanas. En todo aquello que señalaba hacía un comentario: «Fijaos en los agujeros que han hecho las polillas», «¿Veis lo ajado que está el tejido del respaldo?», «Mirad lo enmohecido de la cadena que sujeta la lámpara al techo». Así fue pasando por habitación tras habitación hasta que llegó a su cámara.

—Y aquí, Francisco, el frío se cuela entre las juntas de esa ventana.

—Sí, sé que es necesario hacer algunos arreglos y reparaciones, pero...

—¿Arreglos y reparaciones? —Catalina se echó a reír con las manos en la cintura—. No, Francisco. No se trata de arreglos y reparaciones. Los reyes vienen a esta villa, que es la cabeza de nuestros estados, más de lo que a muchos les gustaría. Y es aquí donde tienen que alojarse. ¿De veras creéis que pueden sentirse cómodos en un hogar así? —Guardó silencio durante un momento, mirando hacia otro lado y tapándose la boca con una mano, como si quisiera evitar lo que estaba a punto de decir. Al final, el impulso fue más fuerte que la prudencia—. Escuchadme bien, Francisco: la reina no os quiere bien. Dice que mantenéis a su esposo bajo vuestro yugo y se queja de forma constante, a cualquier hora y ante cualquiera que desee escucharla. No tengo pruebas, pero podéis estar seguro de que se está levantando una conspiración contra vos y el poder que acaparáis. Lo que acabo de mostraros es lo primero con lo que os atacará. Ya le ha hablado al rey de lo inapropiado de alojarse en este «penoso lugar», tal como ella lo describe. Bien sabéis que os apoyo en todo, tal como os prometí, así que es necesario que comencemos a adecentar este palacio. Cada vez que los reyes vienen a pasar unos días me avergüenzo. ¡Parecemos los mendigos de la corte! —Calló de nuevo tras su explosión. Francisco la miraba sin decir palabra, rumiando lo que acababa de escuchar—. Haced lo que creáis oportuno, pero no digáis que no os advertí.

Catalina se alejó sin que Francisco pudiera siquiera contestar. Se limitó a asentir con la cabeza y dirigirse con andar pesado hacia su propia habitación.

A la mañana siguiente, rey y valido salían de caza una vez más por los bosques de la comarca.

—Me sorprendes, Francisco.

El resto de acompañantes que participaban en la montería llevaban sus caballos unos pasos más atrás, de manera que el rey no tuvo necesidad de bajar la voz.

—¿Por qué, majestad? —quiso saber el duque.

—En los últimos tiempos has adquirido maravillosos palacios y huertos de singular belleza. También lo amueblas todo con gusto exquisito y coleccionas pinturas y cuadros de los mejores artistas conocidos. Y, sin embargo, tu principal propiedad, el castillo que da nombre a tu título, es... podría decir que casi resulta incómodo. No me mires así, mi querido Francisco —añadió el rey mientras reía tras una pausa para contemplar el rostro de su favorito—. Entiendo que respetes la memoria de tus antepasados manteniendo el castillo tal como ellos lo idearon. Pero es sorprendente en un hombre de tu distinción, nada más.

Felipe no lo sabía, pero con aquel comentario estaba poniendo el dedo en una dolorosa llaga. A la mente de Francisco vino de inmediato una meliflua Margarita indisponiendo al rey en su contra, tal como le había advertido su mujer. En su imaginación, Francisco siempre se había visto rodeado de magnificencia y lujos. Catalina llevaba razón: debía cuidar sus posesiones. Aún más, debía hacer ostentación del poder que había conseguido y que durante tanto tiempo le había sido negado. Tal vez así le mostrara a la reina que estaba fuera de su alcance. Además, su ambición ya no tenía límites. Necesitaba más. Más poder. Más honores. Más riqueza. Para conseguirlo, necesitaba llevar al rey y a la corte a su villa. Y ésta, sencillamente, no estaba a la altura. Se dio cuenta de que era necesario acondicionar el castillo y rodearlo de un paisaje en el que pudieran celebrarse lujosas fiestas y ceremonias, de modo que decidió, en ese mismo instante, que había llegado el momento de trabajar por aquello que tanto había deseado: el engrandecimiento de su casa, y no sólo de su enriquecimiento personal.

—Lleváis razón, majestad —replicó con un suspiro de abatimiento, como si tratara un tema que le resultase incómodo—. Todo este tiempo lo he dedicado a adquirir villas o palacios; sin embargo, no lo he hecho por beneficio propio —continuó intentando imprimir a sus palabras el tono más humilde que pudo—, sino para engrandecer vuestra corte.

»Cierto es que he descuidado mi propia casa. Pero no se ha debido a dejadez, más bien al deseo de no importunaros solicitando de vos permisos para ausentarme de la corte y atender mis propios asuntos, o facilidades para llevar a cabo las obras en caso de producirse algún inconveniente.

Felipe detuvo entonces su caballo. El rey posó una mano sobre el hombro del que todos comenzaban a considerar el verdadero gobernante del país, pues, en verdad, sin la aprobación de Francisco no se efectuaba ni una sola cosa en los reinos, y le contestó con una sonrisa afable.

—Conozco bien tus labores y tus esfuerzos por servirme. También sé lo muy honrado que demuestras ser, aunque algunos opinen lo contrario. Por eso mismo te digo que, en este mismo instante, te doy mi permiso para efectuar las obras que consideres oportunas en esta villa. Es más, te pido que me hagas una solicitud al respecto. Sin duda, obtendrás aquello que desees.

Francisco se quedó pensativo. En verdad, no necesitaba ningún permiso del rey para efectuar obras en sus dominios, pero contar con su apoyo y ayuda sería, sin duda, mucho más beneficioso para sus propósitos. Estaba a punto de contestar que no necesitaba nada cuando, de repente, una visión cruzó fugaz por su mente. Algo que haría que para todos quedara claro que Francisco de Sandoval y Rojas era algo más que duque y fiel servidor del rey. Lo que se le había ocurrido le llevaría años, pues ya era incapaz de pensar en medianías. Imaginó por un segundo cómo podría ser el palacio que estuviera a la altura de su dignidad y en su mente se formó una silueta imposible; algo que podría hacer que lo acusaran de rebeldía contra el rey. A menos, claro, que lograra previamente que éste le diera permiso para ello. Sin pensarlo dos veces, realizó su petición.

—Majestad, no es mi deseo solicitar nada de vos... Sin embargo, puesto que habéis insistido en ello, os haré una petición. ¿Me otorgaríais licencia para construir dos torres en mi palacio?

Felipe sonrió abiertamente y, picando el anzuelo que tan hábilmente le había tendido su favorito, siendo incapaz de ver más allá, contestó sin pensar:

—Francisco, eso ni siquiera es algo que debas pedir. Por supuesto que tienes mi permiso para construir dos torres en tu palacio. —Iba a añadir algo, pero su atención, siempre voluble, se fijó en un ave que había quedado atrapada entre el ramaje de un arbusto—. ¡Fíjate! No cabe duda de que ese ejemplar sería mucho más interesante cazarlo atravesando los cielos que atrapado como se encuentra.

Y, picando espuelas, lanzó a su caballo hacia el lugar en el que el revuelo de alas había fijado su atención. Fue un movimiento algo errático que sorprendió a su montura. Ésta se asustó brevemente y el sobresalto hizo que pisara mal sobre el suelo, con tan mala fortuna que uno de los cascos quedó aprisionado bajo el tronco de un árbol caído. De inmediato, el voluminoso corcel dio con sus huesos en el suelo, arrastrando al rey, que no tuvo tiempo de saltar.

Afortunadamente, Felipe no quedó bajo su caballo. No obstante, su pie quedó apresado en el estribo, de modo que el monarca necesitó que sus acompañantes lo ayudaran para ponerse en pie nuevamente. Liberaron al animal, que tampoco había sufrido grandes daños, y cuando se acercaron finalmente al lugar en el que el ave había quedado atrapada pudieron comprobar que había logrado liberarse por sí misma.

Durante el resto del día, y aunque logró ocultar sus verdaderas emociones, Francisco ya no pudo pensar en otra cosa que en el fantástico proyecto para el que había obtenido permiso. Haría de Lerma una ciudad envidiable, a la altura de su

poder y su posición. Construiría un castillo ducal que sería único; en verdad, digno de un rey.

* * *

Manuel de Escobar sujetaba con firmeza su bisturí. Se inclinó hacia Pedro y alargó la mano, pero antes de realizar el corte, se irguió de nuevo y miró a Juana.

—Señora, el estado de este hombre es grave. Lo que me propongo hacer tal vez no solucione nada; incluso puede que empeore la situación.

—No os entiendo...

—Veréis, cuando estudié medicina en Alcalá de Henares me enseñaron que Amato Lusitano, un hombre de tal inteligencia que a la edad de quince años ya escribía sus propios comentarios sobre Dioscórides, y un médico tan versado que llegó a cuidar de la salud de Julio III, desaconsejaba realizar sangrados cuando los exantemas ya han aparecido. También estudié a Hipócrates, quien aseguraba que para apartar los malos humores del corazón lo mejor es usar ventosas y fricciones...

—Y si es tan peligroso, ¿por qué vais a hacerlo?

—Porque el estado del enfermo es, como os decía, muy grave. Hipócrates enseñó que ésa era una de las causas por las que habría que realizar sangrados: la gravedad del paciente. Juega a su favor que aún no ha envejecido. Lo que me preocupa son sus escasas fuerzas... Así que lo que haré será hacer una sangría muy limitada, de forma que pierda poca sangre. De tener sólo fiebre me arriesgaría a sangrarlo hasta su desvanecimiento, pues son muchos los que se reponen de inmediato tras ese tratamiento. No es el caso, así que intentaremos que recobre fuerzas y, si lo logramos, podremos tratarlo de forma más conveniente.

Juana asintió. Agradecía las explicaciones de aquel hombre que había aparecido de la nada y le hacía albergar nuevas esperanzas sobre su hermano. Manuel de Escobar se inclinó nuevamente sobre Pedro, entrecerró los ojos y con pulso firme hizo una pequeña incisión en la vena cefálica, muy cerca del codo. Comenzó a recoger la sangre en un cuenco y casi de inmediato taponó la herida.

—No me arriesgaré más por ahora. —A continuación cambió de posición y sajó el carbunco. Tampoco permitió que saliera demasiada sangre. Ésta era de un color anormalmente amarillento y algo acuosa—. Hemos logrado sacar parte de los malos humores, pero no debemos dejar que siga perdiendo sangre de momento, pues la mala cualidad del humor que afecta al corazón podría agotar las fuerzas del enfermo. —Se alzó para mirar de nuevo a Juana y comenzó a darle instrucciones—. Tal vez os hayan dicho que deberíais purgar al enfermo: no lo hagáis. En lugar de eso, dadle zumo de limones. Usaréis también remedios benditos como rabárbaro mana o

cañasístola, incluso mezclada con ruibarbo, en poca cantidad. Y dadle jarabe rosado de nueve infusiones con agua de borrajas. Volveré mañana.

Cuando ya subía al caballo, Juana se aferró a su pierna.

—No sé cómo puedo agradecereros lo que hacéis.

—Yo sí: rezad. Rezad por su curación. Y rezad también para que vos, señora, no os pongáis enferma también. Y para ayudar a Dios a que os conceda lo que pedís, tomad los mismos remedios que os he indicado para el enfermo.

* * *

La reina Margarita paseaba por el jardín desdeñando lo marchito de las plantas. Tenía unas cejas muy arqueadas que perfilaban unos ojos alargados, oscuros, algo saltones, que apenas se apartaban de las hierbas que pisaba. Su pálida tez, ligeramente coloreada en las mejillas, se ocultaba del sol. Aquel día lucía un alto tocado, mostrando un pelo de color ligeramente rojizo y ondulado. Los carrillos eran alargados y la barbilla un tanto prominente, la nariz alargada y recta y los labios bien formados. En conjunto era hermosa y, por ello, motivo de orgullo del rey.

Aquella mañana, la reina estaba inquieta, incluso enfadada. Su embarazo continuaba sin problemas y el vientre ya abultaba. Se le presentaba un verano difícil, en la cumbre de su preñez, y el rey, su esposo, en lugar de permanecer a su lado, atendiendo tanto a su reina como a los asuntos de Estado, había preferido salir para disfrutar de la caza en compañía de Francisco, el hombre que lo apartaba de todo y de todos, incluidos su reino, su abuela y su propia mujer.

Margarita reconocía los muchos trabajos que realizaba Francisco de Sandoval. Se dedicaba sin descanso a sus deberes, si bien en lugar de buscar el bien de los reinos de Felipe III intentaba sacar de ellos todo el beneficio personal que pudiera.

Ya había hablado sobre ello con Felipe, pero no había logrado hacerle entrar en razón. Y ella, reina, embarazada y con diecisiete años, comenzaba a ver claro que si quería apartar a su esposo de las manos de Francisco tendría que tomar una actitud más activa, aunque fuera a espaldas de su esposo.

Estaba en este pensamiento cuando la marquesa del Valle se le acercó presurosa. Magdalena de Guzmán era pariente lejana de los duques de Medina Sidonia, así como la viuda de don Martín Cortés, hijo de Hernán Cortés, que ostentaba el título de marqués del Valle de Oaxaca, habiéndose convertido de este modo en uno de los primeros nobles con territorios en el país de los aztecas. Años antes, el marqués había tenido problemas con la justicia y llegó a estar preso, e incluso condenado a muerte por una revuelta en México en la que algunos llegaron a querer nombrarlo rey de Nueva España. Sin embargo, salvó su vida y la de sus hermanos gracias al nuevo

virrey de aquellas tierras. Había muerto en 1589 y dejó viuda a Magdalena, su segunda esposa, que aunque también había tenido en el pasado sus más y sus menos con la justicia, formaba parte de la Casa de la reina. La marquesa era leal y solícita, y por la mente de Margarita cruzó por primera vez una idea: tal vez pudiera servirse de ella en sus planes contra el duque.

—¡Mi señora! ¡Mi señora! ¡El rey ha tenido un accidente!

—¿De qué estás hablando? —El hecho de que su marido se dejara guiar por malas compañías no impedía que Margarita se preocupara, y mucho, por su bienestar.

—Al parecer, su caballo ha caído mientras cabalgaba.

—¡Dios misericordioso! —exclamó la reina—. Magdalena, dime que está bien... Dime que el rey no ha muerto, ni está gravemente herido, y tendrás mi gratitud y mi confianza eternas.

—Mi señora, desconozco los detalles del asunto —contestó muy agitada por la preocupación y la carrera, pues ya era mayor—, pero rezo porque nada grave le haya sucedido. Según el mensajero, parece que su majestad tiene buena salud, pero creo que haríais bien en verle cuanto antes para salir de dudas.

—Eso es, Magdalena, justamente lo que pienso hacer. Y puedes creer que si algo grave le ha sucedido, el responsable de esto, porque sólo hay uno y puedo ponerle nombre y título, sufrirá las consecuencias. —La voz de la reina se había endurecido por la preocupación. El semblante se le tornó adusto. Perteneía al linaje de los Austria y, por tanto, era muy capaz de cumplir su palabra. La reina se dio cuenta de que había hablado en voz alta, desvelando en parte sus pensamientos y, dulcificando un poco su tono, volvió a dirigirse a su sirvienta—. Marquesa, sin duda os preocupáis por el rey y por mí. No me cabe duda de que también lo haréis por mis hijos. Sabed que os tengo en gran estima y que gozáis de mi más absoluta confianza. Pronto lo comprobaréis —concluyó con una sonrisa. Y alejándose del jardín, se encaminó con prisa a su cámara para interesándose por lo ocurrido.

* * *

De nada sirvieron cuidados, zumos, purgas o sangrías; Pedro Maldonado moría dos días después, presa de un terrible dolor de cabeza y una fiebre altísima. Juana ni siquiera pudo llorar debido a su agotamiento. Cuando Manuel de Escobar llegó aquella mañana a la choza, la encontró sentada en el suelo, con la espalda apoyada contra el jergón en el que descansaba el cuerpo inerte de su hermano. Apenas levantó la cabeza cuando lo vio llegar. Tenía los ojos hinchados y enrojecidos por la falta de sueño, el pelo alborotado y temblaba de pies a cabeza. Manuel se acercó al jergón para confirmar lo que ya sabía. Tan pronto como certificó que Pedro había muerto, se

arrodilló junto a la mujer.

—Juana, ¿estáis bien?

Ella asintió sin fuerzas y movió los labios sin llegar a pronunciar una sola palabra. Manuel de Escobar frunció el ceño y apoyó la palma de la mano contra la frente de la mujer; el gesto le dejó claro que había enfermado: la piel estaba sudorosa y caliente. Comenzó a palparle cuello, ingle y axilas. Bajo una de ellas notó el nacimiento de una buba pequeña y dura.

* * *

El veintidós de septiembre, la reina daba a luz.

Durante la noche del viernes, Margarita comenzó a ponerse de parto y Felipe acudió de inmediato a su lado, anulando la cacería que tenía prevista. Cuatro horas se alargó el alumbramiento; durante todo ese tiempo, el rey permaneció junto a Francisco en una cámara privada, esperando ansioso el nacimiento de su hijo. Margarita dio una gran muestra de su fortaleza, pues apenas se quejó durante todo ese tiempo. Al fin, cerca ya de las dos de la mañana del sábado, la reina trajo al mundo a una niña que sería llamada Ana y, con el correr del tiempo, llegaría a ser reina de Francia. Fue la primera hija de Felipe III.

Por el momento, lo que se comentó ampliamente fue que la reina ya no se preocupaba de guardar las apariencias con Francisco de Sandoval: su enemistad crecía día a día. Y es que desde hacía semanas se había estado planteando que el alumbramiento del vástago del rey se produjera en la casa de Francisco, en su villa de Valladolid. Infinidad de cofres con ropa, enseres y demás cosas necesarias se trasladaron hasta ella. Las camas ya estaban preparadas para acoger a los reyes mas, cuando sólo quedaban dos días para que trajera al mundo a su hija, la reina anunció que no se trasladaría para alumbrar. Esgrimió para ello una razón cargada de peso: allí había fallecido María de Portugal, la primera esposa de Felipe II. Su muerte se había producido unos días después de dar a luz al príncipe Carlos, de modo que Margarita no deseaba tener a su hijo en un lugar cargado de tan malos augurios. Todos entendieron sus razones; excepto Francisco. Que el nacimiento del hijo del rey se produjera en su mansión le habría servido para reforzar aún más su posición, y la negativa absurda y supersticiosa de la reina lo enfureció.

Tuvo buen cuidado de no mostrar su enfado en público, en especial al rey, disfrazando su verdadero estado de ánimo tras una máscara de melancolía. Y, sin pretenderlo, volvió a sacar partido de la situación, pues Felipe, para compensar a su favorito por el disgusto, le entregó una sarta de perlas de su guardajoyas personal que estaba valorada en más de treinta mil ducados.

La enemistad entre el valido y la reina ya era una guerra abierta que se agravaría durante los años venideros.

* * *

El mismo sábado en el que llegaba al mundo la princesa, Juana pisaba al fin suelo Valenciano. Manuel de Escobar la había cuidado durante días mientras ella estaba poco menos que inconsciente. El buen médico probó todos los remedios, todos los tratamientos, pociones, reconstituyentes, ungüentos, tónicos y recetas que pudo recordar. La forzaba a comer caldo de pollo, e incluso llegó a comprar algunas palomas para asarlas, a pesar de que tenía que abrirle la boca y hacer que tragara. Se quedó día y noche velándola en la choza. Cuando las fuerzas le flaqueaban y pensaba que no podía hacer nada más por ella, recordaba a Francisca, la niña de la que le había hablado y que la esperaba en Valencia; y recordaba también los rostros de los muchos que habían quedado huérfanos en Tordelaguna durante la epidemia, de modo que volvía a ponerse en pie y preparaba un nuevo zumo de limones o una infusión para que Juana bebiera pequeños sorbos. Aplicó paños calientes a la buba para intentar que se abriera y supurara todos los humores malignos que albergaba. La sangraba cada poco, pues por fortuna no habían aparecido exantemas. Al concluir, agotado, se dejaba caer junto al jergón, apoyaba la cabeza junto a los pies de Juana y dormía un sueño ligero e inquieto hasta que un nuevo quejido de su paciente lo despertaba, comenzando así un nuevo tratamiento. Ni siquiera fue consciente de haber sacado el cadáver de Pedro y haberlo enterrado a unos pocos pasos de la cabaña.

Cuando ya habían pasado casi dos semanas, una tarde de principios de mayo, Juana abrió los ojos y pidió agua con una voz fresca, aunque débil. Manuel de Escobar se quitó de encima la somnolencia que lo dominaba y le llevó a los labios un cuenco del que la mujer bebió con ansia.

A partir de ese momento, la enfermedad huyó con rapidez. A pesar de ello, Juana necesitó un par de semanas más antes de tener fuerzas para, siquiera, levantarse de la cama. Había perdido mucho peso, las piernas no la sujetaban en pie y los brazos escuálidos apenas tenían fuerzas para sostener la escudilla en la que Manuel le llevaba las comidas. El médico se quedó con ella hasta primeros de junio, asegurándose así de que su paciente no recaía y que ganaba energías suficientes. Cuando al fin se marchó, la besó en la frente mientras la mujer derramaba lágrimas de agradecimiento. No evitó darle un último consejo antes de desaparecer tal como había llegado: «Recuerda: no partas hacia Valencia hasta que los rigores del verano hayan pasado. No te espongas al sol durante las próximas semanas. Come bien y

descansa cuanto puedas». Y se marchó. Juana lloró y le preguntó mil veces el modo en el que podía recompensarlo por sus cuidados. Él se limitó a sonreírle desde encima de su jaca, dando palmaditas a la mano que se le aferraba a las botas. «Ya me has recompensado, Juana. Gracias a ti he podido probar todo cuanto se podía hacer con un enfermo. He dedicado estos días a comprobar que lo que había escrito en este libro —señaló palmeando una de las alforjas en las que asomaban unas tapas de cuero— funciona. No sé con exactitud qué parte de estos remedios ayuda al enfermo a recuperarse. Pero sí sé que ayudan. Ésa es mi recompensa. Ve con Dios». Tiró de las riendas y se alejó.

Aquellas semanas de soledad le sirvieron a Juana para recuperar fuerzas. Tuvo mucho tiempo para pensar en su situación y la de su familia. Necesitaban un modo de salir de aquella vida de miserias, no podían continuar de un sitio a otro, agotando sus pies y sus esperanzas por los caminos. Bastante había sufrido ya: un embarazo que la llevó a ser repudiada por el hombre al que amaba y que podría haberle proporcionado una vida de lujos, su estancia en la cárcel, el terrible alumbramiento que a punto estuvo de costarle la vida y, ahora, la muerte de su hermano. Ya era hora de reclamar justicia; ya era hora de llevar la vida que merecían, tranquila y sin sobresaltos. Puestos a cobrar lo que en justicia les correspondía, el primero en pagar su deuda debía ser Francisco de Sandoval. Él era el responsable de aquella situación. Es más, había estado en su mano evitarla sólo con haberle permitido permanecer en Madrid, bajo su protección. Sí, Francisco de Sandoval era el culpable de su miseria. Y pagaría por ello. Lo juró junto a la tumba de su hermano.

Capítulo XVI

—¿Qué te preocupa?

Francisco levantó la cabeza de las trazas en las que figuraban las obras del palacio de Benavente al oír la voz del rey.

—¿Por qué lo preguntáis, majestad?

Felipe le pasó una mano por el hombro antes de hablar.

—Es evidente que estás agitado. Te conozco bien, Francisco. Vamos, habla — indicó sentándose en el sillón que tenían junto a la mesa.

—Sois sagaz, majestad —comenzó a decir Francisco mostrando una sonrisa tímida—. Es cierto, estoy preocupado. —Hizo una pausa en la que le dio vueltas al sombrero que tenía entre las manos—. ¿Puedo hablar con franqueza?

El rey enarcó las cejas al contestar.

—¿Alguna vez has dejado de hacerlo en mi presencia? Toma —ordenó poniéndose en pie y ofreciéndole una copa de vino—, bebe. Y cuéntame por qué estás tan perturbado.

—Pues bien, lo que me preocupa es vuestra residencia aquí, en Valladolid, majestad; lleváis años invirtiendo en la ampliación y el arreglo del palacio de Benavente. Ahora os traen nuevos planos; parecen no acabar nunca... Se nos echa encima el invierno, y vos seguís sin tener una residencia adecuada. Todos los nobles están alojados, todos ellos felices. En cambio, vos permanecéis como invitado... Y eso afecta a vuestra dignidad.

—Sí, es cierto. Yo también lo he pensado. Margarita misma lo ha comentado en alguna ocasión. Pero ¿qué puedo hacer? Todos los palacios de la ciudad están ocupados y, además, el de Benavente es el único que estaría a la altura.

—Tal vez eso fuera así antes de que la corte se trasladara hasta aquí, majestad. Pero ahora hay otro palacio que podría servirnos bien: el mío. —El rey lo miró sin comprender y Francisco comenzó a caminar de un lado a otro con pequeños pasos—. Como sabéis, inicié las obras en esos edificios mucho antes de que la corte se trasladara. Todas las reparaciones y mejoras están terminadas. Bien sabéis que he logrado unificar toda una manzana que da al río. Los jardines son enormes y tendríais un espacio con salida al Pisuerga por si fuera necesario abandonar la ciudad con urgencia por cualquier motivo.

»Vos lleváis gastados ya más de once mil ducados —afirmó deteniéndose de nuevo frente al rey y mirándolo a los ojos—, y estáis lejos de conseguir algo que siquiera llegue a parecerse a esos palacios de mi propiedad.

—Sí, sí. Es cierto. Pero no puedo ahora levantar otro palacio similar al vuestro. Llevaría mucho tiempo y dinero.

—Lleváis razón en eso. Pero tal vez no necesitaríais esperar. Yo podría venderos

mis propiedades, si las consideráis apropiadas.

Felipe ni siquiera pensó en que los palacios que le ofrecía Francisco los había conseguido, en gran parte, gracias a los dineros y facilidades que él mismo le había ido otorgando en los últimos años. Sólo vio la solución a un problema menor que su favorito le plantaba encima de la mesa. Apresó la barbilla entre sus dedos, fingió meditar por un momento y tomó su decisión.

—Es una idea magnífica, Francisco. ¡Magnífica! Lo haremos de inmediato.

Francisco ocultó su sonrisa tras una profunda inclinación.

—Me hacéis feliz al serviros, majestad. Mucho me apena separarme de esas propiedades, les he tomado mucho cariño, aunque entiendo que es lo mejor para vos. Os agradeceré que se haga de inmediato, sí. El tiempo se nos echa encima y... Bueno, no quisiera que llegara el invierno sin tener un lugar apropiado en el que cobijarme —propuso arteramente.

—¡Ah! Pero eso no ocurrirá. —El rey volvía a morder el anzuelo que le ponían delante—. Vos os alojaréis en el que a partir de ahora será mi palacio. Sí, así lo haremos. Te nombraré alcalde perpetuo del edificio. Y ese nuevo oficio tendrá un salario anual de... digamos... mil doscientos ducados. Sí, esa cifra me parece justa.

La venta se produjo el once de diciembre.

Poco después, el día de Pascua, Margarita cumplía su decimoctavo cumpleaños viendo cómo Francisco de Sandoval, duque de Lerma, compartiría la misma vivienda que ella. Su enfado fue tan grande que durante días se mantuvo encerrada. Ni siquiera permitió que sus doncellas la sirvieran. Comenzaba a comprender que si quería apartar a su marido de las garras de aquel hombre tendría que empezar a tomar medidas drásticas.

* * *

—Majestad, Baltasar de Zúñiga vuelve a enviarnos despachos en los que se queja de que no recibe dineros suficientes. Asegura que no dispone de medios para poner de nuestra parte a los ministros ingleses para apoyar la candidatura de Isabel Clara Eugenia al trono inglés.

Felipe bajó los brazos con un gesto de fastidio y apoyó la culata del arma con el que había estado apuntando a unas perdices que le habían soltado, retirando la mecha. El marqués de Velada, que de ser su ayo había pasado a ser mayordomo mayor, era el que había interrumpido el disparo. Francisco lo acompañaba. El duque seguía insistiendo en que todo el asunto de la sublevación en Flandes había sido llevado de forma errónea desde el mismo comienzo.

Mucho antes, Felipe II, desoyendo los consejos del príncipe de Éboli, consideró

que aquella rebelión de sus súbditos solo podía contemplar una respuesta por parte de la monarquía española: disciplina y autoridad, pues era a ellos a quien los rebeldes debían rendir obediencia. Comenzó entonces una guerra que ya duraba más de treinta años y que, pese a la decisión del difunto rey de entregar los territorios a su hija, continuaba lejos de resolverse. Ya antes de la muerte de Felipe II, las Provincias Unidas se habían independizado, con Francia e Inglaterra apresurándose a reconocer su soberanía con tal de debilitar al rey español. Seis años después de aquello, tanto los dirigentes como la población de las provincias en rebeldía sentían que no había nada que los uniera con la nación española. Continuar con aquella política sólo conduciría al desastre; aun así, no eran pocos los que insistían en hacer un esfuerzo económico para llevar a cabo un ataque masivo en Flandes. Que el monarca firmara la paz con los rebeldes de las Provincias Unidas era todavía algo impensable.

Felipe no contestó. Se limitó a girarse hacia ellos y apoyar su mano en la cintura.

—Baltasar no está obteniendo resultados, majestad —terció Francisco con tono duro—. Además, asegura que Alberto e Isabel Clara Eugenia jamás renunciarían a Flandes si llegara la ocasión de ocupar el trono inglés. Deberíamos enviar a Juan de Tassis para que tratara todos estos asuntos y lograra la paz con Inglaterra.

El marqués de Velada rezongó:

—Juan de Tassis no tiene el peso suficiente como para dedicarse a una tarea de ese tipo.

—Es cierto que no tiene los títulos —cortó Francisco con mal humor—, y bien que debería cambiar eso por los muchos servicios que lleva realizando durante años a la corona, majestad. Os propongo que lo nombréis conde y que le otorguéis los poderes necesarios para encargarse de tratar con los ingleses.

—Jamás logrará una paz estable en Flandes, y mucho menos con Inglaterra. —El marqués de Velada rumió más que habló, pero Francisco llegó a escuchar sus palabras y las aprovechó para proponer una opción a la que llevaba tiempo dándole vueltas.

—Tal vez llevéis razón y no alcancemos una paz duradera. Tal vez, majestad, sería necesario dar un giro en ese sentido. Las arcas están agotadas. Necesitamos que la guerra cese. Sí, una paz duradera quizá no se logre, pero una tregua...

El marqués de Velada ya no pudo aguantar más su desprecio.

—¡Una tregua! ¡Como si el rey más poderoso del orbe tuviera que suplicar a un puñado de rebeldes!

—Ese puñado de rebeldes lleva treinta años poniendo en jaque a nuestros ejércitos y dejando las arcas reales vacías —explicó Francisco, cansado. Se volvió hacia el rey, que escuchaba la discusión sin intervenir, hurgando con la lengua entre sus dientes—. De este modo obtendríamos un respiro para recuperar fuerzas y rearmarnos si finalmente se opta por continuar la guerra. En caso contrario, si comenzaran a calar los beneficios del cese de aquel conflicto, ya tendremos parte del camino recorrido...

—Está bien, está bien, Francisco. Seguiré tu consejo. Marqués, ¿seréis tan amable de ir a buscar a Juan de Tassis? Decid que quiero verlo de inmediato. —Esperó a que el marqués se hubiera alejado lo suficiente como para no poder escucharlos—. Francisco, hace unas semanas te pregunté si te ocurría algo y me comentaste que estabas preocupado por mi situación en Valladolid. Mas, a lo largo de estos días, he podido observar que, a pesar de estar ya instalado en este maravilloso palacio — indicó señalando con la cabeza a su alrededor—, sigues decaído. Algo te ocurre, y te pido, te ordeno —insistió con voz suave— como tu rey que me lo cuentes.

Francisco se vio atrapado. No podía desobedecer, así que inspiró con profundidad, se aclaró la voz carraspeando un par de veces y se decidió a explicar lo que le ocurría.

—Majestad, bien hubiera preferido no hablar de esto. Es cierto, estoy preocupado. Me preocupa la guerra; me preocupa mi hijo Cristóbal, cada vez más rebelde a pesar de que abandonó mi casa ya hace un tiempo y de que procuro adiestrarlo en vuestro servicio; me preocupa el estado de la hacienda, pues no conseguimos reflotarla pese a todos nuestros esfuerzos... Y, en cambio, lo que nubla mis pensamientos es otro asunto. —Hizo una pausa, agachó la cabeza un instante y miró al rey de soslayo, temeroso de hablarle cara a cara—. Al parecer hay una conspiración en mi contra.

—¿Cómo? —El rey se tensó de inmediato, alzando el fusil como si con ello pretendiera solucionar todos los problemas de su favorito—. ¿Quién se atreve a algo así? ¿Estáis seguro de lo que decís?

—No tengo pruebas, si bien no dudo de quien me informó sobre el asunto.

—Actuaremos, pues. Dime, ¿quién se atreve a conspirar contra el mejor de mis vasallos, aquel en quien cifro toda mi confianza?

Francisco, animado por las palabras del rey, se irguió un poco.

—Para mi desgracia es vuestra propia esposa, la reina Margarita. Me temo que el marqués de Velada, al que habéis visto oponerse a algo tan razonable como lo que os acabo de plantear, forma parte de esa conjura.

* * *

Tras aquella entrevista, y con el propio rey explicándole que nada debía temer de su esposa, Francisco se entregó a los trabajos de reconstrucción de su castillo. Pese a que se habían efectuado algunas reformas, no estaba satisfecho con el resultado y su intención era levantar una mansión que pudiera servirle dignamente mientras llevaba a cabo su propósito de construir un palacio como ningún otro. Si bien ya poseía grandes terrenos, durante la primavera aumentó sus posesiones adquiriendo el molino y la alameda que conocían los parroquianos como «del pisón». No tardó en llevar

plantas y los enseres necesarios para el cuidado de los jardines; además, contrató a un jardinero llamado Domingo de Solís para que comenzara los trabajos a finales de agosto. Incluso se ocupó de poblar las laderas del cerro con conejos, pues deseaba darle una sorpresa al rey al año siguiente.

Todos esos preparativos se pusieron en marcha mientras el duque se armaba de paciencia día a día, pues para ver los resultados de los trabajos, aún de los primeros, todavía serían necesarios varios años.

Por entonces, el rey y algunos de sus consejeros se encontraban en Lerma tratando el tema de la hacienda real. Francisco aprovechó la situación para mantener una reunión con Juan de Acuña.

—Me alegro de poder visitaros, Francisco. —La amistad entre ellos era profunda y cuando se encontraban solos continuaban llamándose por sus nombres de pila—. En la villa hay mucho movimiento y he visto bastante trasiego de obreros por las cercanías.

—Cierto. Tengo algunos planes para Lerma, pero ya os los explicaré en otro momento. Ahora quisiera hablaros de un tema bien distinto. —Francisco hizo una pausa en su discurso mientras apartaba la mirada de su amigo. Poco después retomó la palabra— Nunca os agradecí bastante vuestra ayuda, Juan. Durante años me apoyasteis en mis anhelos, socorriéndome en todo aquello que necesitaba, fueran dineros o cualquier otra cosa.

—Y nunca ha sido necesario que lo hagáis, que muy contento estoy de haberos podido auxiliar. Si me lo permitís, puedo decir que incluso orgulloso al pensar que he podido contribuir a que hoy seáis el hombre más importante de todos los reinos españoles.

—En realidad, Juan, sólo soy el segundo hombre más importante... —comentó mostrando una sonrisa.

—Eso depende únicamente de a quién le preguntéis sobre el asunto —replicó con agudeza Juan de Acuña, provocando una carcajada en su amigo.

—Cierto, cierto. No ha sido poca vuestra ayuda, como os decía —volvió a asegurarle mientras regresaba a un tono más serio, incluso adusto—. Pero lo cierto es que ya no volveré a necesitarla —dijo al fin con tono que pareció severo.

Las últimas palabras pronunciadas borraron la sonrisa del rostro de Juan de Acuña. Si ya no era útil para el favorito del rey, su importancia política estaba más que comprometida. Durante los tres últimos años había permanecido en silencio, sin recordarle el auxilio prestado durante los malos tiempos, esperando que su amigo se acordara de él y lo recompensara por todos los servicios y el apoyo que le había dado. Había visto con cierto recelo el nombramiento de Juan de Tassis como conde y enviado especial para tratar con los ministros ingleses, lamentándose de que sus honores no llegaran. Y de pronto se encontraba con que Francisco le indicaba que ya no era necesario. Juan de Acuña ni siquiera pudo pronunciar palabra. Se quedó callado, mirando a los ojos del duque, esperando una sentencia que lo apartara para

siempre de los círculos de poder.

—No me miréis así, Juan... —comenzó Francisco de nuevo—. No necesito, desde hace tiempo, vuestro dinero, ni vuestro apoyo en la corte, bien lo sabéis.

—¿Pensáis entonces retirarme de mi puesto como ministro en el Consejo de Castilla? —pudo al fin preguntar con media voz, temiendo la respuesta.

—Así es.

—Pero... pero... Siempre os he servido bien, siempre os he ayudado... ¡Incluso somos casi familiares a través de la esposa de vuestro hijo!

—Ya sé todo eso, Juan. ¿Qué os sucede? —quiso saber Francisco mostrando su preocupación—. Parecéis otra persona... Si preferís vuestro puesto como ministro de Castilla podéis conservarlo, por supuesto, aunque mi intención era pagar la deuda que tengo contraída con vos consiguiendo que se os nombre presidente del Consejo de Hacienda.

* * *

Así, una a una, fue pagando Francisco de Sandoval sus deudas, aquéllas que había contraído a lo largo de los años con los que lo habían apoyado. A Juan de Acuña le pidió un esfuerzo especial para que la hacienda real mejorara; ése era el motivo, o tal vez la excusa, del cambio en el presidente. Seguían teniendo un grave problema económico y era necesaria una reestructuración más profunda, y eso es lo que se hizo durante aquellos días en Lerma. Se creó una junta especial formada por el propio duque de Lerma, Juan de Zúñiga, conde de Miranda y presidente de Castilla, Juan de Idiáquez, fray Gaspar de Córdoba, Pedro Franqueza y Alonso Ramírez de Prado.

Estos dos últimos personajes darían mucho que hablar en los años siguientes, pero por entonces eran aún poco conocidos. Pedro Franqueza se había ido convirtiendo con el paso del tiempo en uno de los ministros favoritos de Francisco. En ese tiempo ya había sido nombrado secretario de estado. Por su parte, Alonso Ramírez de Prado era un abogado inteligente y experimentado. Antes de la muerte del antiguo rey cultivaba la amistad de Francisco, lo que le sirvió para ser nombrado consejero de Felipe III. El duque tenía una confianza que rayaba en la obsesión tanto en uno como en otro. A estos dos ministros se les encargó que prepararan un plan de acción para terminar con los problemas de la hacienda real. Poco después, Ramírez de Prado y Pedro Franqueza reunieron al consejo para presentar su plan.

—Majestad, el mayor problema al que se enfrenta la hacienda real no es la falta de dinero.

Una mirada de asombro se pudo ver en los rostros de los miembros del Consejo que escuchaban al abogado.

—No. El dinero entra a raudales en vuestros reinos. Barcos enteros cargados de plata y oro llegan de manera asidua a Sevilla. Aún así, las arcas reales se encuentran vacías. ¿Por qué? ¿Querrían vuestras excelencias contestar esa pregunta? —inquirió Ramírez de Prado mirando a los ministros.

Francisco guardó silencio. Estaba al tanto de lo que se proponía el abogado y ahora esperaba que otros contestaran las preguntas que se plantearían en la reunión. Fue Juan de Zúñiga quien se animó a responder.

—Todos sabemos que la guerra con los Países Bajos desangra a la monarquía. Si a ello le sumamos la despoblación de los reinos, encontramos con facilidad cuál es el problema.

El abogado sonrió con sorna. Sabía que aquella sería la respuesta que se daría a su pregunta. Era perro viejo, aunque apenas sobrepasaba los cuarenta, y su experiencia le ayudó a dar un enfoque distinto a aquel asunto.

—Todo eso que decís es bien cierto, don Juan —contestó Ramírez de Prado con su acento de Badajoz—. Pero en realidad, no es la auténtica causa de nuestros problemas.

El asombro arrancó algunas voces entre los ministros del Consejo. ¿Cómo podía ser que aquello no fuera el problema? Si no era ése, ¿cuál era entonces?

—Señores, señores, cálmense, por favor. —Hablaba Pedro Franqueza, que había trabajado junto al abogado en el nuevo plan que intentaría eliminar los problemas económicos—. Efectivamente, tal como dice el abogado Ramírez de Prado, hay un problema distinto que es el que está agotando en realidad las arcas reales.

—¿Y cuál es ese problema, si puede saberse? —quiso saber el rey, que comenzaba a impacientarse con tanta cháchara sin sentido.

—El problema, majestad, son los intereses.

—¿Intereses? ¿Qué intereses?

—Majestad... la monarquía está ahogada, sí. Está sajada por los gastos. Sale más dinero del que entra y no hay reino que pueda sobrevivir a esa situación. Sin embargo, no son los gastos de la monarquía los que provocan la pobreza de vuestra hacienda. Son los pagos que hay que efectuar los que empobrecen a vuestros reinos.

—¿Y qué diferencia hay entre gastos y pagos?

—Mucha, majestad —retomó el discurso el abogado sustituyendo a Franqueza—, puesto que nosotros entendemos que los gastos en los que incurris, ya sea en la guerra contra los Países Bajos o en cualquier otro asunto, pueden reducirse. Y sin embargo, los pagos que debéis efectuar... Esos no podéis reducirlos ni evitarlos.

—¿Cómo es eso posible? —preguntó Juan de Idiáquez.

—Es posible porque podemos disminuir los costes de un ejército menguando sus efectivos, o sus acciones; pero lo que no podemos reducir son los pagos de los créditos a los que durante años recurrió vuestro padre para hacer frente a los gastos que generaban sus ambiciones. Esos mismos créditos que, a principios de vuestro reinado, vos mismo, majestad, os habéis visto obligado a solicitar. En tanto la

hacienda real esté obligada a pagar créditos y sus intereses, será imposible sanear la economía de vuestros reinos.

Los ministros se miraron uno a uno. Era cierto. La economía había dependido durante años de la petición de préstamos y los intereses que éstos generaban eran astronómicos. Y, sin embargo, nadie, hasta ese momento, había presentado esa cuestión como uno de los problemas por resolver. Tras unos instantes de silencio en los que se permitió que los presentes, incluido el rey, meditaran sobre lo que acababan de escuchar, Francisco planteó al fin la cuestión clave.

—Decidnos entonces, Alonso, o vos, Pedro: ¿qué proponéis para reconducir esta situación?

Los dos interpelados se miraron brevemente y al fin fue Franqueza el que respondió a la pregunta.

—Creemos que debemos actuar en dos frentes: el primero debe ser reducir los gastos. El segundo dedicar tantos recursos como sea posible a eliminar las deudas contraídas en los últimos años. El principal objetivo de este Consejo debe ser el desempeño de las arcas reales.

—Es una idea interesante, Alonso —dijo el rey—. Pero sigo sin comprender una cosa. Veamos si podéis aclarármela: decís que el problema se fundamenta en que el pago de préstamos y deudas dejan la hacienda esquilmada. Y lo que pretendéis es dar prioridad al pago de esas deudas. ¿Estoy en lo cierto?

—Así es, majestad. Lo habéis entendido correctamente.

—Y, sin embargo, no lo comprendo. Si no hay Hacienda para efectuar los pagos... ¿Queréis explicarme de dónde saldrá el dinero para eliminar las deudas?

Alonso Ramírez de Prado y Pedro Franqueza se miraron astutamente. Era el momento que habían estado esperando durante toda la reunión, el instante en que sus palabras debían ejercer el mayor de los impactos al rey y sus ministros. Fue de nuevo Franqueza quien respondió a la pregunta del monarca.

—De Castilla, majestad.

Un alboroto se apoderó de la sala en la que se hallaban reunidos. Al fin, una voz se escuchó por encima de las demás. Era la de Juan de Zúñiga.

—¡Castilla ni siquiera puede efectuar el pago de los dieciocho millones que aprobaron en su día! ¿Cómo pretendéis solicitarle otro servicio?

—¡Ah! Pero nosotros no hemos hablado de un nuevo servicio, don Juan... No, lo que hemos dicho es que el dinero para pagar las deudas salga de Castilla. —El inteligente abogado se giró hacia el rey, que comenzaba a dar signos de cansancio tras una larga y tensa reunión—. Majestad, debéis imponeros al Consejo de Castilla: debe pagar de una vez el servicio que os aprobó hace ya casi dos años.

El tono de Alonso Ramírez de Prado fue aumentando a lo largo de su última intervención y al final daba muestras del enfado monumental que albergaba debido al retraso en el pago del reino de Castilla. Estaba convencido de que, siguiendo la línea de actuación que planteaba, la hacienda real podría recuperarse en unos pocos años.

Pero, para ello, Castilla debía dejar de lado sus exigencias y comenzar a pagar al rey.

El problema, según explicó Juan de Zúñiga, estribaba en que los nobles castellanos estaban enfurecidos contra el monarca por lo que entendían que era una política sin precedentes y completamente errónea. No le había bastado al rey con trasladar la corte a Valladolid, ni con limitar el número de nobles que residirían en aquella ciudad y que incluso los Grandes pudieran entrevistarse con él. ¡Quería, además, que le pagaran dieciocho millones de ducados! Ciertamente era que el Consejo de Castilla aprobó el servicio. Pero no era menos cierto que hasta que el rey no respondiera por sus agravios no tenían pensado efectuar el pago de tal cantidad de dinero, por más que él, como presidente del Consejo de Castilla, presionara para que se llevara a cabo.

Con todo, tras aquella reunión se logró que Castilla reformara sus métodos de recaudación. Además, se fundó un nuevo censo, valorado en siete millones de ducados, para hacer frente al servicio aprobado a la corona. De esta forma, las rentas y el dinero que llegara desde las Indias quedarían libre de toda deuda y completamente disponible para el monarca.

Sin embargo, todos estos cambios conllevarían tiempo, y en las arcas de la corona apenas quedaba nada. Además, el rey se había comprometido con su cuñado, el archiduque Alberto, a enviarle doscientos cincuenta mil ducados durante un periodo de treinta meses.

El rey necesitaba dinero, y lo necesitaba de inmediato.

Ramírez de Prado y Pedro Franqueza sólo encontraron una forma de darle al rey lo que necesitaba. Contactaron con Otavio Centurión, un banquero genovés, y llegaron a un acuerdo por valor de nueve millones de ducados que se harían efectivos en los próximos tres años. Por el momento, la única manera de conseguir el dinero que necesitaba el monarca se traduciría en agravar aún más el futuro de la hacienda.

Capítulo XVII

Juana había llegado a Valencia unos meses atrás, justo antes de que el invierno se recrudesciera. Había seguido las instrucciones que le diera Lorenzo al partir de Guadix y no le costó demasiado dar con el lugar en el que debían alojarse su marido y su hija; sin embargo, al llegar descubrió que no estaban allí. No le sorprendió, aunque a punto estuvo de caer cuan larga era en el suelo de madera. Estaba agotada por el largo viaje, no le quedaba dinero desde hacía más tiempo del que le gustaría recordar y, cuando pensaba que al final podría descansar de sus afanes y llorar con tranquilidad la muerte de su hermano, se encontraba sola y sin consuelo.

Se derrumbó en una silla con el pelo revuelto cubriéndole la cara. El vestido le goteaba barro sobre los pies húmedos. Ni siquiera pensó en acercarse a un rincón más cálido cerca de donde burbujeaba un puchero. Se había quedado sin fuerzas.

—¿Piensas comer o beber algo?

El dueño de la casona la observaba de arriba abajo arrugando la nariz. Ella ni siquiera lo miró; se limitó a negar con la cabeza mientras tomaba aire y suspiraba.

—No tengo dinero —respondió con un hilo de voz.

—En ese caso tengo que pedirte que te marches. No puedes quedarte aquí... A menos que pienses pagar de algún otro modo.

Juana miró de revés al hombre, que a su vez no disimulaba que estaba interesado en su generoso escote. Juana podría estar sucia y cansada, incluso había perdido peso, mas a pesar de todo ello seguía siendo una mujer apetecible.

—¿Qué me dices? Ya no eres una jovencita y apuesto a que tendrás por ahí más de un retoño; pero gallina vieja hace buen caldo, y a mí me gustan las mujeres experimentadas y sin remilgos —explicó mostrando unos dientes amarillos.

Juana se levantó sin decir una palabra y salió a la calle. No sabía muy bien dónde dirigirse y tomó el camino por el que había venido, sin pensar, sin saber qué hacer ni dónde buscar a Lorenzo y Francisca. Había avanzado apenas la mitad de la calle cuando sintió que la tomaban por el hombro. Se giró con brusquedad, apartando la mano que la retenía pensando que podría ser de nuevo aquel tipejo, que no se quería dar por vencido. En cambio, al volverse se encontró con una mujer rolliza, con dientes de ratón y sonrisa amable.

—Perdóname, no quería asustarte —se disculpó la desconocida—. Me llamo Ángela, soy la esposa de ese malnacido con el que has hablado hace un momento. Tú marido estuvo aquí junto con una muchacha; se te parece tu hija, sí señor. Pasó casi tres meses, pero un día, de repente, dijo que tenía que marcharse, que tú vendrías buscándolo y que te dejaba una bolsa con dineros para cuando llegaras. Dijo también que partía hacia un pueblecito de Murcia... ¿Cómo se llamaba...?

—¿Blanca, quizá?

—¡Eso es! A Blanca, a casa de un familiar o algún amigo, no lo recuerdo bien. Tomad, aquí tenéis la bolsa. No es demasiado... Un día me despiste y el desalmado con el que me casé se gastó una buena parte en borracheras y furcias, pero pude guardar el resto. Deben de quedaros unos doscientos maravedíes, suficientes, si los administráis bien, para reunirte con tu familia.

Juana estaba tan abrumada que no podía responder. Un instante antes se había quedado sola en el mundo, sin saber qué hacer, hacia dónde encaminarse ni si podría reencontrar a su hija y su marido. Un momento más tarde volvía a tener dinero y, con él, esperanza. Sin ser capaz de decir una palabra, se echó a los brazos de aquella mujer que tan buen honor hacía a su nombre y la besó con fuerza en las mejillas. Tomó la bolsita de monedas que le tendía y retomó su camino. Cuando se alejaba, escuchó a la mujer regresar a la posada despotricando de su esposo.

* * *

Rodrigo Calderón se había casado en marzo del año anterior con Inés de Vargas en La Cistérniga, una población que colindaba con las tierras de las familias de ambos.

Ella era una hidalga de origen extremeño, heredera del señorío de la Oliva, situado en el valle del Ambroz, al norte de Cáceres. El matrimonio resultaba muy ventajoso para Rodrigo, pero no estuvo exento de polémicas. El día de la boda, cuando el cura le preguntó si deseaba contraer matrimonio, Inés contestó que no. Cuestionada en una segunda ocasión, volvió a responder de forma negativa, con lo que se armó un revuelo considerable durante la ceremonia. Finalmente, y tras levantar un monumental escándalo, la novia aceptó el matrimonio.

Para esas fechas, Rodrigo ya era el favorito del duque de Lerma y había sido nombrado secretario del rey. No fue algo casual. Francisco necesitaba controlar hasta el menor detalle de la vida del monarca. Necesitaba conocer incluso su correspondencia privada, y para ello situó en el puesto a Calderón, pues toda la correspondencia del monarca pasaba por sus manos. Tenía el derecho y la obligación de controlar todos los memoriales de Felipe III. De modo que el duque estaba al tanto de cuanto sucedía.

A finales de 1602, el rey no podía hablar con nadie, oír a nadie y ni siquiera leer a ninguno de sus súbditos sin que Francisco o alguno de sus aliados tuvieran conocimiento de ello.

La única casa que no controlaba el duque era la de la reina.

* * *

Era una fría mañana de enero y el invierno azotaba todos los reinos de Felipe III, hasta el punto que desde Sevilla había llegado noticia de que el río se había helado en algunos tramos. El sol comenzaba a alzarse sobre el bosque de La Ventosilla.

Los reyes católicos habían construido en este lugar un palacete que más tarde había adquirido Bernardo de Rojas, por lo que formaba parte de la herencia de Francisco. Felipe llevaba ya varios días en aquel lugar, habían encontrado un sendero frecuentado por Venados y tuvo la oportunidad de dar caza a un par de hembras y un macho joven. Pero deseaba una pieza mayor. Se encontraron huellas de un macho adulto unas jornadas atrás, y, en aquella brumosa mañana de principios de año, el magnífico animal apareció ante los ojos del monarca. Apuntó con cuidado, pues sólo tendría una oportunidad. Todavía estaba un poco lejos. Debía acercarse algo más para no errar el tiro.

El animal dio algunos pasos aventando el aire. Al rey no le preocupó que pudiera percibir su olor. Había tenido buen cuidado de colocarse de forma que el viento lo alejara del ciervo. Sin duda, aquel era el macho que había estado esperando. Alto, de cornamenta poderosa, en la plenitud de su poder.

El venado avanzó de nuevo unos pasos, con el característico y elegante caminar de su especie. Un poco más cerca y el rey podría cobrar una presa magnífica.

De repente, el animal se detuvo, girando la cabeza. Algo había llamado su atención. Durante un largo instante, el venado se mantuvo inmóvil, con sus oscuros ojos clavados en la floresta. Un leve crujido se escuchó lejos, a la derecha de donde estaba apostado el rey, y el venado desapareció en un abrir y cerrar de ojos con un grácil salto entre los arbustos.

Felipe montó en cólera. Llevaba tres días detrás de aquella pieza y cuando ya la tenía a su alcance alguien la había alertado haciendo que huyera. Se levantó de su posición. Ya no tenía sentido seguir allí, el animal tardaría en volver a pasar por aquel sitio.

Furioso, se encaminó hacia el lugar en el que había sonado el crujido. Él apenas había podido escucharlo, pero al venado lo hizo huir como alma que lleva el diablo. Si descubría que alguno de sus siervos era el responsable de espantar la pieza, sufriría las consecuencias. En cambio lo que se encontró fue a la camarera mayor de la reina, Catalina, duquesa de Lerma, que venía acompañada por un joven guía.

—¡Catalina! ¿Ha ocurrido algo? ¡Decidme que la reina está bien, que no se ha malogrado su embarazo! —El rey no pudo evitar tomarla por los hombros y sacudirla levemente mientras hablaba.

—No, majestad —respondió ella tras una breve reverencia mientras exhibía una sonrisa abierta—, pero debéis volver cuanto antes si deseáis asistir al parto de vuestro hijo. La reina da muestra de algunos dolores y quizá sean señales de que debemos prepararnos para el parto.

Felipe sonrió de inmediato. Ya sólo podía pensar en su hijo, pues un hijo debía ser. Entonces reparó en la palidez de la duquesa y recordó la mala salud que había mostrado en los últimos tiempos. Catalina había ido mostrando señales de fragilidad desde hacía meses. Caía enferma a menudo, aunque jamás desatendía sus obligaciones. Mostraba grandes ojeras, una palidez muy acentuada y se la veía en los huesos. Un peso invisible parecía acompañarla a todas partes.

—Catalina, hacéis honor a vuestro linaje, y a vuestro esposo también, tomándoos tan en serio vuestras atribuciones. Enferma como estáis deberíais haber enviado un mensajero en lugar de venir vos misma.

—Eso sería rehuir mis obligaciones, majestad —contestó ella con una inclinación de cabeza—. No he hecho más que cumplir con mi deber. Me educaron para que llevara a cabo mis responsabilidades y tuve el honor de desposarme con un hombre de vuestra confianza, gracias al cual puedo servir al rey más importante de la Tierra; nada hay que pueda alejarme de mis deberes, pues más que una carga son un privilegio.

—Habláis tal como lo hace vuestro esposo. Es cierto que ese es vuestro deber. Igual que el de un rey es premiar a los siervos que le muestran lealtad. Así que, tomad, aceptad este presente. —Y tomando una valiosa cadena de oro y piedras que llevaba colgada, la entregó a la duquesa.

—Majestad, no es necesario que...

—Ni una palabra más. Mucho he disfrutado de la caza durante estos días, mas todos ellos no pueden compararse con la felicidad que vos me habéis traído. Y ahora, ¡vamos! Regresemos a Valladolid.

Felipe volvió con prisas a la ciudad, donde la reina alumbraba el uno de febrero. El nacimiento volvió a ser una decepción para todos: el rey seguía sin tener un hijo varón.

Era la criatura más pequeña que se ha visto y dio problemas desde su primer día. Nació pasadas las diez de la noche, pero no quiso mamar hasta el día siguiente. No consentía abrir la boca, de modo que tuvieron que forzarla para derramar en ella un poco de leche. Pasó ocho días en esta situación, pues aunque su ama le acercaba el pecho, no chupaba de él. A los quince días le dio un ataque de alferecía, con grandes convulsiones. Los médicos la dieron por muerta. Sin embargo se recuperó, le cambiaron la leche y empezó a comer algo mejor.

* * *

El camino hasta llegar a Blanca fue penoso. Juana se enfrentó a aguaceros que la detuvieron varios días; unas veces sentada bajo el saliente de una balconada que apenas servía para cubrirle la cabeza mientras el resto del cuerpo se le empapaba más pronto que tarde; otras caminando bajo los alfileres de agua que se le clavaban en mitad del páramo en el que la habían sorprendido. La tos no tardó en aparecer. Un par de días después, la debilidad. Llegó a Blanca sin saber cómo, arrastrando los pies, temblando de arriba abajo, tambaleándose, con un viejo chal de lana todavía húmedo cubriéndole los hombros, las mejillas arreboladas por el frío y un dolor de huesos que apenas le permitía dar dos pasos sin arrancarle una mueca.

Unos brazos corrieron a sujetarla cuando estaba ya a punto de desplomarse. Un cubo cayó con estrépito, derramando el agua que había recogido un momento antes del pozo. La sola tibieza de aquellos brazos le provocó un escalofrío. Apoyó la cabeza en el pecho de quien le auxiliaba.

—¡Padre! ¡Padre! Ven, rápido. Madre está aquí. ¡Está enferma!

No necesitó demasiado para recuperarse. Unos días en el jergón, abrigada y cerca de la chimenea, y unos caldos hicieron que pronto se encontrara mejor. Allí fue cuando lloró por fin, soltando con cada lágrima, una a una, las penurias pasadas durante el último año. Le parecía mentira que hubiera pasado casi un año ya... Por momentos creía que toda una vida hubiera transcurrido desde que Lorenzo llegara de Estepa anunciando que Pedro había sido apresado; por momentos creía que en cualquier instante vería a su hermano aparecer por la puerta, con su camisa rojiza y su bonete.

Entre llanto y llanto, Lorenzo le explicó que se vieron obligados a abandonar Valencia. Le llegó la noticia de que lo buscaban. No sabía si por lo de Estepa, aunque también se escuchaban rumores de que el marqués estaba empeñado en descifrar los rollos que se habían encontrado en el monte de Valparaíso. Como había algunas voces que insistían en que los rollos eran falsos, a pesar de la gran acogida que habían tenido, pensó que lo mejor era dejar Valencia y regresar a Blanca, dejando para Juana las indicaciones necesarias y una buena cantidad de dinero.

Juana le contó, a su vez, entre suspiros, estremecimientos y las pocas fuerzas que le quedaban, todo lo sucedido desde que abandonara Guadix. Los padecimientos junto a Pedro, su propia enfermedad, la ayuda del médico, Manuel de Escobar, a quién jamás olvidaría. El viaje a Valencia y el terror al descubrir que no estaban allí...

Fue una noche larga, transcurrida entre susurros cargados de emoción. Las manos suaves y manchadas de tinta de Lorenzo acariciaban el rostro, el cabello o el cuerpo descamado de su mujer al tiempo que lo hacían sus palabras, intentando reencontrar cada hueco y cada curva que antaño había dibujado en las caderas o los pechos, ahora mucho más pequeños y flácidos. Antes de que ninguno de los dos se diera cuenta, le

besaba cada rincón del cuello, aspiraba la fragancia de su pelo, ahora que ya había dejado atrás el olor mohoso del barro pegado, masajeaba sus muslos y se acercaba a los pliegues húmedos, hambrientos de hombre. De su hombre.

Francisca, por su parte, dormía plácida, acostumbrada a los sonidos del amor sus padres durante la noche.

La mañana los encontró abrazados, con las sonrisas elevando aún sus labios, mirándose uno a otro, alargando la noche de amor unos instantes más. Juana suspiró y cerró los ojos antes de hablar.

—¿Qué haremos, Lorenzo? —Al ver que no contestaba, abrió los ojos y lo miró, incorporándose sobre el codo—. Aquí no nos podemos quedar. Lo sabes, ¿verdad?

Él asintió.

—La única salida es peligrosa, Juana. —Lo sé. Precisamente por eso deberíamos dejarnos de medianías e ir a por un pez grande. Solucionar de una vez por todas nuestros problemas y luego olvidarnos de ir dando tumbos de un lado a otro, buscar un lugar tranquilo donde nadie sepa de nosotros y pasar allí lo que nos quede de vida.

—¿En qué estás pensando, mujer?

—Estoy pensando en el duque de Lerma. —Le puso un dedo en los labios para hacerle callar; sus ojos abiertos hablaban del terror que le había producido la sola idea de ir contra el hombre más poderoso de los reinos—. El peligro será el mismo, Lorenzo, que si vas a por un marqués o un obispo. Pero podrás sacar mayor tajada. Tenemos dinero para vivir un par de años gracias a lo que mi hermano te dejó, tú mismo lo dijiste anoche; es tiempo más que suficiente para preparar un buen plan, un plan que no pueda fallar. Es todo lo que necesitamos...

Calló y permitió que Lorenzo le apartara un mechón de la cara. La observó largo rato, mirándola fijamente a los ojos, tratando de meterse, o eso parecía, en sus pensamientos.

—Hubo un tiempo en que cambiaste, Juana. Cuando vinimos aquí por primera vez, cuando nos alejamos de todo y buscamos este retiro tranquilo, tus ojos se volvieron tiernos. Siempre habías tenido una mirada de hierro, siempre con los ojos entornados... Pero aquí pareció que veías el mundo de otro modo. Creí que te habías librado de algún peso, de lo que quiera que te ocurriera en Madrid antes de que te conociera. Pero ahora vuelves a tener los ojos fríos como la nieve, brillantes, pero sin vida.

»Nunca te pregunté. Nunca quise saber qué te pasó antes de que llegaras a Guadix. Ahora vienes diciendo que deberíamos ir contra el duque de Lerma cuando siempre has intentado dejar esta vida. Y necesito que me lo digas, Juana: ¿Hay algo que deba saber de ese hombre?

Capítulo XVIII

El año de 1603 se presentaba funesto; a finales del mes de febrero se vieron confirmados esos augurios cuando la emperatriz, María de Austria, abuela del rey, moría un amanecer en el convento en el que ella misma se había recluido. Cayó enferma seis días antes, con tercianas dobles. Se envió de inmediato noticia al rey, que se preparó en seguida para visitar a su abuela, pero el desenlace fue tan rápido que no dio tiempo. Ordenó luto general en la Casa Real y los Consejos. Hizo lo mismo con las cancillerías, audiencias y ciudades, pero éstas le advirtieron del enorme gasto que eso supondría y desistió de su primera idea.

Todavía no se le había dado sepultura cuando la otra María de Austria, la hija recién nacida de Felipe y Margarita, moría a principios de marzo.

Estas muertes no impidieron que Francisco obtuviera un nuevo nombramiento, y poco después de la muerte de la infanta era nombrado general de la caballería, lo que sumaba a su ya inmenso patrimonio otros doce mil ducados de renta.

Así estaban las cosas en la corte cuando Baltasar de Zúñiga volvió desde Flandes en el mes de abril.

Llevaba ya unos años sirviendo como embajador. Su puesto era importante, pero eso no se traducía en mayor peso político ni en poder. Las trabas a su labor diplomática aumentaban con cada nuevo sol en lugar de disminuir. Y para colmo estaba alejado de la corte, manejada con mano de hierro por Francisco. Baltasar era un hombre ambicioso, que aspiraba a todo, tal y como merecía su familia. O al menos eso pensaba él. Mas, para obtener un oficio cortesano, a esas alturas ya era necesario pasar el filtro que había tejido Francisco, y la cordialidad no era el mejor adjetivo para definir la relación que los unía.

Baltasar llegaba con un permiso especial del rey. La situación en los Países Bajos distaba mucho de estar clara, los informes que llegaban eran erróneos o contradictorios y el monarca deseaba tratar con él de primera mano todos estos asuntos.

Era la oportunidad que el embajador estaba esperando. Deseaba un cargo de mayor importancia, a ser posible como cortesano, y estando en Valladolid se enteró gracias a Juan de Zúñiga de que la presidencia del Consejo de Indias quedaría vacante. Éste era uno de los puestos más importantes, ya que la economía del rey dependía casi en exclusiva de él. Baltasar deseaba ese oficio, y estaba dispuesto a cualquier cosa por conseguirlo; incluso a humillarse ante Francisco si era necesario.

—Adelante, don Baltasar. —Francisco lo miró con curiosidad. Su visitante vestía un jubón de buen pano de Flandes, de tono marrón con adornos negros, unas calzas igualmente oscuras y lucía una amplia gorguera. Su vestimenta era rica, sin duda, aunque demasiado calurosa para la primavera vallisoletana. Sonrió al pensar en el

clima que debía estar soportando en Flandes. Las palabras con las que lo hizo pasar fueron tan frías como la temperatura a la que debía estar acostumbrado el embajador; lo había hecho esperar durante buena parte de la mañana, aunque no estaba ocupado en nada importante. Simplemente, para molestar al incómodo visitante y demostrarle que le hacía una gran favor al recibirle, aparcando para ello otros asuntos—. Perdonad que no os haya atendido antes, pero sin duda imagináis lo ocupado que me encuentro en estos momentos. Vos no lo sabéis, claro, pero habéis tenido el mal tino de ir a venir a Valladolid justo cuando acaba de llegar la noticia de la muerte de Isabel de Inglaterra... Ahora que podríais haber realizado un buen trabajo para colocar a Isabel Clara Eugenia en el trono inglés, resulta que no estáis donde deberíais... Hace una espléndida mañana —continuó sin dar tiempo al embajador a pronunciar palabra alguna, aunque reparó en la palidez que se había apoderado del rostro de Baltasar. Era, sin duda, una terrible coincidencia que jugaba en su contra. Podría haber conseguido honores y su nombre hubiera ganado importancia de haber trabajado en esa posibilidad—. Venid, demos un paseo por el jardín de mi palacio; y no os preocupéis demasiado: he enviado ya despachos a alguien de mi entera confianza para que se ocupe de ese asunto.

—Pensaba que habíais vendido esta finca al rey —pudo decir al fin Baltasar, molesto como estaba por el trato que estaba recibiendo.

El malhumor le hizo perder los buenos modales y Francisco se detuvo de repente, mirándolo de soslayo. De inmediato, el embajador recobró la compostura.

—Quiero decir, excelencia —y le dio una entonación relamida a esta última palabra tragándose la bilis que le subía por la garganta—, que esas fueron las noticias que me llegaron. Si bien es posible que estuvieran equivocadas y este lugar siga siendo de vuestra propiedad, por supuesto.

—No eran erróneas —contestó Francisco mientras reanudaba el camino, imitando el tono del embajador—, y a pesar de todo, sí lo son. Su majestad tuvo a bien otorgarme el título de alcalde perpetuo de este palacio, así que ya veis, en realidad, sí puedo considerarlo como mío. De hecho, nada se lleva a cabo en él sin que yo dé mi consentimiento —dijo con una clara doble intención mientras se detenía a mirar a Baltasar a los ojos. Conocía bien los deseos de su visitante por medrar, así que añadió con malicia—: aunque, por supuesto, estos asuntos quizá no os llegan debidamente, alejado como estáis de la corte.

Baltasar de Zúñiga hervía por dentro mientras hacía un esfuerzo por contener la rabia que lo embargaba. Sus orejas tomaron un color carmesí, signo inequívoco de la indignación que sentía. El duque estaba siendo más hábil que él, llevando la conversación a terrenos que no le interesaban, que jugaban contra sus pretensiones mientras perdía el tiempo. Necesitaba reconducir la situación, pero, alterado como estaba, no quería abordar la cuestión que lo había llevado hasta allí. Francisco continuó.

—Lo cierto es que su majestad está bastante indispuerto con el trabajo que habéis

llevado a cabo durante este tiempo. No habéis logrado encontrar salida con los flamencos —comenzó a enumerar con los dedos—, ni pactada ni militar; tampoco habéis logrado mantener una buena relación con el archiduque Alberto. Fuisteis elegido para una misión de gran importancia, y habéis fallado...

Baltasar se defendió como pudo.

—Bien sabéis que me faltaron los medios. No se puede pedir a un embajador que pacifique todo un país con un puñado de soldados a los que se les debe la paga por falta de dineros. En cuanto al archiduque, mucho me temo que no se dejará manejar por nadie. Habrá que seguir trabajando, pero sin los medios adecuados será difícil encontrar soluciones.

—Para eso se os nombró embajador, Baltasar. Para que vos, y no otro, encontrara esos medios.

Nada podía interponer a eso, de modo que optó por guardar silencio durante unos momentos, ganar un poco de tiempo y ordenar sus ideas mientras dejaban atrás el edificio del palacio y caminaban por entre los jardines que llevaban al embarcadero. Para cambiar de tema comenzó a hablar de asuntos sin importancia.

—Antes de que se me olvide, excelencia —comenzó teniendo buen cuidado de no dar una entonación desdeñosa al título—, debo transmitir los saludos y bondades que mi familia envía para vos.

—Gracias, transmitidle mis mayores deseos de que todo les vaya bien en el extranjero. Vuestro cuñado continua en... ¿Sicilia, tal vez? —continuó Francisco en un nuevo intento de atacar al embajador. Pero éste ya estaba avisado y no mordió el anzuelo.

—Sin duda vuestras muchas tareas evitan que podáis recordarlo todo. Mi cuñado, como sin duda conocéis, es embajador de nuestro señor, —comentó con un ligero énfasis que a punto estuvo de pasar desapercibido— Felipe III, ante el Papa, en Roma.

—Cierto, cierto... ¿cómo se encuentra? ¿Sus hijos están bien?

—Desde luego. Al fin, el menor, Gaspar de Guzmán y Pimentel, será destinado a la carrera eclesiástica. Es una pena, pues sin duda muestra grandes dotes para la política, aunque todavía es joven para ello.

—¿Qué edad tiene?

—Siete años, excelencia.

—Siete años... Bueno, aun cuando fuera el primer hijo de vuestro hermano, dudo mucho que, estando tan lejos de la corte, pudiera llegar a ocupar un auténtico puesto de importancia junto al rey.

Tras un silencio con el que reforzó su comentario, Francisco quiso zanjar de una vez el motivo por el que Baltasar estaba entreteniéndolo aquella hermosa mañana de abril.

—Sin duda no habéis venido a darme noticias de vuestra familia. Decidme, ¿qué es lo que deseáis?

Un suspiro surgió desde el fondo del pecho del visitante antes de hablar.

—En realidad, excelencia —comentó con una ligera reverencia tras la que miró hacia la orilla del Pisuerga para que su anfitrión no pudiera ver su gesto de disgusto —, lo que deseo es, precisamente, acercarme a la corte. —Francisco lo miró con una sonrisa interesada. Ya imaginaba que el motivo de la visita debía ser algo parecido, pero no hizo ningún comentario. Zúñiga no se dio cuenta de ello y continuó con su discurso—. Bien sabéis que toda mi familia lleva años sirviendo a la corona, tanto como la vuestra, pues luchamos ya antaño contra los mismos enemigos. Mas, aunque Felipe II y su hijo han contado con nosotros, lo cierto es que me gustaría permanecer cerca del rey, aprender de vos —intentó comentar con ligereza mientras tragaba saliva— y procurar mayor importancia para mi casa.

—Ya veo —terció Francisco—. Y, decidme, Baltasar —dijo obviando toda cortesía, dando más fuerza aún al hecho de que estaba escuchando la petición de una merced por parte de alguien en una posición inferior a la suya—, ¿habéis pensado ya en algún puesto?

Zúñiga se detuvo por unos instantes, la mirada perdida más allá del río, intentando discernir si las palabras que le dirigía Francisco contenían una invitación real o una velada amenaza. Finalmente debió decidir que si había dado el paso de humillarse ante el favorito real al que tanto detestaba no era para quedarse a medias en su petición.

—He llegado a saber que el puesto de presidente del Consejo de Indias va a quedar vacante. Creo que, por mi experiencia, podría ejercer un buen papel en ese puesto. Por supuesto —se apresuró a añadir—, contando con vuestro beneplácito, pues sin duda os juraría fidelidad, tal como al propio rey.

Nada en el mundo le había costado tanto a Zúñiga como pronunciar aquellas palabras. Su rostro aparecía perlado de pequeñísimas gotas de sudor que no acertaba a secar con su pañuelo.

En un gesto inusual, Francisco se acercó hasta él, le rodeó los hombros con un brazo y, mirándolo a la cara fijamente, le habló con tranquilidad.

—Baltasar, Baltasar... Me habéis fallado en Flandes. ¿Qué garantías tendría de que hicierais un buen trabajo en el Consejo de Indias, un puesto de mucha más responsabilidad? —Alzó la mano para detener la respuesta y continuó hablando—. Decís que me juraríais fidelidad... Bien, veamos si es cierto: desde hace años mantenéis un pleito con mi cuñado, el conde de Lemos, que como sabéis murió hace ahora dos años; ese pleito lo continuáis manteniendo con su hijo, mi sobrino Pedro, a quien tengo en gran estima. Si dejarais a un lado esa pendencia y renunciarais a los territorios y posesiones que ambicionáis, podría tomar tal vez en consideración la petición que me realizáis.

Baltasar se zafó del abrazo que le daba el duque. Alzó el mentón, que hasta ese momento había mantenido pegado al pecho en señal de humildad, y fortaleció el tono al contestar.

—Excelencia: una cosa es mostraros lealtad y otra muy diferente renunciar a lo que en derecho me pertenece, tal como han demostrado las últimas decisiones de los tribunales. No renunciaré a lo que es de mi familia para entregárselo... —Iba a decir a un chiquillo cuyo único valor era tener como padrino en la corte al favorito del rey, pero se detuvo a tiempo y terminó como pudo— a alguien a quien no le corresponde.

Francisco sonrió.

—Así pues, esa es la lealtad que me juraríais: la de obedecerme y seguir mis indicaciones sólo cuando no estuvieran en conflicto con vuestra avaricia... No me sorprende. Sois un peligro para mí, don Baltasar. En la Casa de la Reina se fragua una conjura en mi contra, pese a lo que diga el rey, y los Zúñiga siempre han estado muy unidos a los Austrias, a través primero de vuestra madre y su amistad con la difunta emperatriz, y ahora a través de la reina. Probablemente ese es uno de los motivos por los que intentáis volver ahora a la corte, no dudo que contando para ello con el beneplácito de Margarita. No, Baltasar. Como digo, sois un peligro para mí. Incluso estando lejos. He tenido buen cuidado de alejar a todos mis enemigos de la corte. Imagino que sabréis que el último de ellos ha sido Fernando Niño de Guevara. Todos ellos —continuó— tuvieron el mal tino de criticar mi política, que es la política del rey. Todos ellos están lejos. Decidme, don Baltasar de Zúñiga, ¿por qué habría de acercaros a vos cuando sé que tan pronto como podáis me atacaréis?

—¡Jamás me he avenido a conjurar contra nadie, seáis vos o cualquier otro!

—No, Baltasar —escupió ahora Francisco—. De nada sirve que lo neguéis, que vuestros ojos os delatan. Tal vez no estéis aún en esa confabulación, pero os morís por formar parte de ella. Por mí, os pudriréis en Flandes. Y, si puedo, os enviaré más lejos aún. —Se había dado la vuelta, dejando al embajador junto a un sauce llorón que lamía la corriente del Pisuegra; había caminado varios pasos en dirección opuesta cuando se detuvo de repente, se volvió con brusquedad y rehízo sus pasos. Alzó un dedo y señaló con él la cara de Baltasar, que no se amedrantó por el gesto—. Y, escuchadme bien: no volváis a escribirle una carta a mi esposa, Baltasar. Ya me deshice de una cuando fuisteis expulsado de la corte. Si volvéis a escribirle os juro que haré que vuestra reputación quede mancillada como si la hubieran revolcado en el fango. Ya os juré una vez por la cruz que lleváis colgada al pecho que os enviaría tan lejos de la corte como pudiera y cumplí mi palabra. No me obliguéis a volver a hacerlo.

El día nueve de abril, Pedro Fernández de Castro, conde de Lemos, sobrino y yerno de Francisco, era nombrado presidente del Consejo de Indias. Pero, a pesar de que el duque deseaba mantener a sus enemigos lejos, los que tenía cerca seguían trabajando en su contra sin que pudiera hacer nada por evitarlo. Un ejemplo de ello le llegó por parte de fray Gaspar, quien nunca se andaba por las ramas, así que un día le tendió directamente a Francisco un panfleto. El duque lo tomó con desgana.

—¿De qué se trata?

—Os interesa leerlo. Os explicaré cuando lo hagáis. Esperaré fuera, en el jardín.

El confesor real abandonó la estancia y Francisco comenzó la lectura de los papeles que le habían traído con tanto misterio. Se trataba de una advertencia al rey, una recomendación para que apartara de todo puesto de responsabilidad a dos personas: Pedro Franqueza, que formaba parte del Consejo de Hacienda, y Rodrigo Calderón, que contaba con la total confianza del duque de Lerma. El rey, decía el panfleto, debía apartar a esos dos hombres de su lado debido a que eran corruptos y se dejaban sobornar cada vez que tenían ocasión. Vendían incluso los oficios que debían designar. Por ese motivo ambos se estaban enriqueciendo cuando en realidad los reinos sobre los que gobernaba Felipe III estaban arruinados. Si el rey, terminaba el panfleto, no expulsaba de la corte a aquellos dos hombres, la monarquía estaría perdida.

El documento estaba firmado por Íñigo Ibáñez, antiguo secretario de Francisco que había cambiado de bando. La reina empezaba la partida.

En el escrito no se atacaba al duque, pero sí cargaba contra dos de sus más íntimos colaboradores, embistiendo de ese modo al favorito del rey y sus ministros. Si aquellas páginas eran distribuidas y recibían credibilidad, las voces en contra de Francisco no tardarían en elevarse solicitando, primero, la destitución de sus ayudantes y, más tarde, la suya propia.

Íñigo fue detenido de inmediato y recluido en la casa de un alcalde, atado con grilletes y con una guardia permanente. Se hizo correr la voz de que el antiguo secretario había perdido la razón, pues no había ningún otro motivo que pudiera justificar su actuación.

Poco después se creaba una junta especial: la Junta de Desempeño. Estaba formada por el propio Francisco, el conde de Miranda, que se había convertido en su mano izquierda, fray Gaspar de Córdoba, Alonso Ramírez de Prado y Pedro Franqueza. Su intención era conseguir un control absoluto sobre el modo de administrar la hacienda real, conseguir nuevos modos de obtener ingresos y desempeñar al fisco. Se puso para ello un plazo de tres años.

La junta, y en especial Ramírez de Prado, tenía claro que no era únicamente el reino de Castilla quien debería aportar fondos a la corona. Todos deberían servir al rey por igual. No obstante, había un problema que impedía que esto se llevara a cabo: Felipe III no gobernaba sobre un reino, ni con una sola ley. En realidad, se sentaba sobre un racimo de ellos.

Portugal se consideraba una nación invadida. No sólo eso, los portugueses pensaban que desde que formaban parte del imperio español sus posesiones sufrían más ataques. Y no les faltaba razón. En el lado opuesto de Castilla, los reinos de la Corona de Aragón opinaban que Felipe II había coartado sus libertades, cosa que su heredero no había solucionado, de modo que el nuevo rey no contaba con la total confianza de los aragoneses, catalanes ni valencianos.

Cuando Francisco consultó sobre estos asuntos, la respuesta fue que la única forma de solventar los problemas económicos de la corona española era la unión de

todos los reinos, y que, sin embargo, sería prácticamente imposible conseguir ese propósito. Si miraban a Italia para obtener fondos, desde allí contestaban que no tenían nada que aportar. En Portugal respondían del mismo modo, o incluso peor; y desde Aragón no se encontraba apoyo de ningún tipo, de modo que la situación parecía no tener solución.

Francisco había delegado todos estos trabajos, y es que tenía sus propios asuntos que atender.

En su villa de Lerma se trabajaba ya a pleno ritmo, efectuando obras simultáneamente en el palacio, la huerta y el parque, situados estos dos junto al río Arlanza. Allí, bajo el cerro sobre el que se elevaba el antiguo castillo, se estaban diseñando zonas de recreo, fuentes, estanques... Se colocaban estatuas y se importaban plantas. Pero el talud del cerro, hacia el norte, bajo cuya sombra se efectuaban todas esas labores, presentaba un grave inconveniente para las obras del palacio: se hacía necesario ganar terreno, levantar muros de contención y alargar la meseta de la colina por el lugar en el que estaba previsto situar con el tiempo la plaza, en dirección al río.

La fisonomía de Lerma comenzaba a sufrir severos cambios, augurados por la gran grúa que se construyó para elevar la piedra necesaria hasta pie de obra. Había enormes zanjas, abiertas para la nueva fábrica del edificio, y la tierra excavada para ellas, así como los escombros de las paredes y torreones demolidos, formaban pequeñas montañas que se transportaban fuera de la villa por once carros de bueyes, conducidos a su vez por tres vecinos de Lerma contratados para ello por un total de trescientos treinta ducados.

La huerta y el parque empezaban a parecer una copia de los jardines de Aranjuez. No pasaría mucho tiempo antes de que Francisco llevara tiestos vidriados y ya tenía prevista la construcción de un camino emparrado que estaría pintado de verde. Cuando estuviera listo llegarían los cisnes y pavos reales para alegrar la vista con su belleza. Mas, antes de todo eso, era necesario efectuar muchas otras labores. En ese momento se trabajaba en una zuda con la que poder regar el parque.

El duque se encontraba reunido con Francisco de Mora, quien visitaba las obras para comprobar que todo siguiera el orden previsto, cuando le llegó un mensaje desde Buitrago: su esposa estaba enferma.

Hacía veintisiete años que se habían casado y las dificultades del principio habían quedado muy atrás. La falta de posibilidades económicas había sido reemplazada por los honores, los servicios y la riqueza gracias a su posición. Ambos cónyuges habían ido adaptándose a la cambiante situación de su vida. Los conflictos por la vida disoluta de Francisco fueron olvidados tiempo atrás, aunque Catalina cumplió su palabra: nunca se amaron, pero mantuvieron esa relación apacible que domina la vida de las personas que se ven obligadas a compartir su existencia si bien, en realidad, apenas si pasan unos instantes juntos cada día. Francisco se esforzó tras abandonar a Juana en demostrar algún cariño a su esposa y ésta se lo agradeció en lo que valía,

que era muy poco. Tan pronto como obtuvieron poder, la relación entre ambos había pasado a ser cada vez más fría y distante, aunque cordial. Hablaban a menudo, sobre todo de Margarita, la reina, a quien Catalina debía controlar como camarera real. Catalina siempre echó en falta la pasión y el amor; a cambio tuvo amistad y buenos modales. Jamás volvió a ver borracho a su esposo. Jamás le volvió a faltar éste el respeto. Sus hijos crecieron en un hogar colmado de honores. Ése era su legado. La moneda con la que pagar fue su salud, que se había ido deteriorando en los últimos tiempos.

Cuando Francisco llegó a ver a su esposa, los médicos le indicaron que esperara lo peor.

No se dijeron una palabra. Él la tomó de la mano y le sonrió con tristeza. Ella lo miró con fijeza y ojos velados. Permanecieron así, tan cerca y a la vez tan lejos, gran parte de la mañana. En un momento dado, ella rompió el silencio.

—Nunca me amaste.

—Y, sin embargo, siempre te quise —fue la lacónica respuesta.

No volvieron a decirse nada más. Poco después, Catalina empeoró y vivió veinticuatro horas con el pulso tan débil que apenas lo encontraban. Fue entonces cuando le descubrieron tabardillo. Comenzaron a tratarla y mejoró un poco, de modo que Francisco fue a visitar al rey a la Ventosilla. Al llegar, le estaba esperando una sorpresa: Margarita de Austria lo aguardaba. Tan pronto como supo que había llegado, quiso hablar con él.

—Francisco, decidme, ¿cómo se encuentra vuestra esposa?

—Parece que mejora, majestad —respondió un tanto extrañado. La reina procuraba tener el menor trato con él—. Fuisteis muy amable al dejar junto a ella a vuestros médicos.

—Me gustaría volver a visitarla. Ya lo hice en su momento, mientras el rey y yo permanecíamos en Buitrago —comentó dándole una inflexión intencionada al hecho de estar con su esposo—. El rey mismo ha ido a verla en dos ocasiones.

Francisco cayó de rodillas mientras inclinaba la cabeza hacia el suelo.

—Majestad, no lo hagáis, os lo ruego, pues no ha nacido persona alguna que sea digna de tantas mercedes. —No pudo evitar un ligero temblor en la voz.

—Catalina me asiste bien y lleva mucho tiempo a mi lado. Los servidores fieles merecen que sus señores los traten con generosidad. Vos sois un claro ejemplo, ¿no es así?

—Tanto vos como mi señor, el rey, siempre me habéis tratado bien. —Esto no era cierto en el caso de la reina, pero Francisco no podía acusarla de una animadversión que, en realidad, era mutua—. Con todo, el mejor de los dones que me otorga mi señor es ser digno de su confianza.

—Tened pues cuidado de no perderla, don Francisco —terminó la reina mientras se alejaba.

Aquellas palabras lo inquietaron. Había una amenaza en ellas que la reina no se

había molestado en ocultar.

Durmió mal aquella noche, sin poder olvidar la breve conversación con Margarita, pensando que debería prestar más atención a la reina. Estaba resultando un rival más difícil de manejar que cualquier otro al que se hubiera enfrentado. Se levantó a media mañana y visitó al rey, que seguía con corrimiento de muelas^[10], algo que solía padecer con frecuencia.

Tan pronto como salió de la cámara que ocupaba el monarca, un mensajero se le acercó. Llevaba tiempo esperándolo, pues Francisco había dado órdenes de que no interrumpieran su entrevista con el monarca bajo ningún concepto. El joven hizo una reverencia y, con voz temblorosa por los nervios, soltó el mensaje que le habían confiado sin ningún preámbulo.

—Excelencia, me temo que vuestra señora, la duquesa, murió ayer domingo. Nada pudieron hacer los médicos por salvarla.

Capítulo XIX

Un suspiro fue la única reacción del duque mientras recordaba los últimos momentos vividos junto a su mujer. El cuerpo de Catalina fue trasladado a Valladolid, lo que llevó toda una semana, y quedó expuesto en el monasterio de Belén. Francisco se mostró muy afligido, pues no se encontraba junto a su esposa en el momento de dejar este mundo. Lo único que pudo hacer por ella fue permitir que la abrieran para comprobar su estado. Cuando lo hicieron descubrieron que sus intestinos estaban podridos.

—Francisco —el conde de Miranda, Juan de Zúñiga, le habló en susurros ahogados. Se había convertido en un hombre terriblemente grueso—, no deberíais permitir que este hedor empañe la imagen de vuestra esposa. Al fin y al cabo, era una de las damas más importantes del mundo.

—El sepelio está listo para mañana, Juan. Toda la corte, los reyes incluidos, estarán presentes. No puedo adelantar el entierro.

—No es necesario. Permite que la ceremonia siga su curso, mas entierra ahora a tu esposa, en secreto.

—¿Cómo podría hacer eso?

—La iglesia de San Pablo está bajo tu protección. Si no fuera por ti, estaría arruinada. Allí puedes hacer prácticamente lo que desees sin temor a que los clérigos se opongan. Además, guardarán el secreto. Deja que sean los dominicos quienes transporten el ataúd. Así nadie se dará cuenta de la falta de peso al no encontrarse en él el cuerpo de Catalina.

Francisco no tenía ánimo ni fuerzas para oponerse a nada y accedió a seguir los consejos que le daba su amigo, quien se encargó de efectuar todos los preparativos.

La corte en pleno acudió al entierro, que ofició el cardenal de Toledo. La iglesia de San Pablo estaba cubierta de escudos de armas y paños de terciopelo negro. Un túmulo de treinta pies se alzaba en el interior del templo, y sobre él se colocó el féretro. Sólo las mujeres presentes eran más de ciento cincuenta.

Francisco se entristeció después de esto, tal vez al meditar en lo que había sido su vida de casado: alejado de la única mujer a la que había amado a cambio de poder y encadenado a una buena mujer a la que apenas había prestado atención. Dejó de dar audiencias y atender asuntos de cualquier tipo. Cedió en su hijo mayor gran parte de sus responsabilidades. No se separaba del rey, que procuraba consolarlo como podía.

Aún no lo sabía, pero la muerte de su esposa haría que las cosas comenzaran a cambiar. Con ella se inició un proceso lento que llevaría a su caída final, aunque todavía tendrían que pasar para ello varios años. Tuvo una visión de lo que estaba por venir cuando observó, en la misma iglesia, que la reina y Baltasar mantenían lo que parecía una animada conversación, pero su mente estaba vacía y no reparó en lo que

aquello significaba.

Un mes después del entierro, y para contentar a su favorito, que seguía cabizbajo, el rey se encontraba de nuevo en Lerma. En las laderas del cerro, los conejos que Francisco llevara allí el año anterior habían crecido y el monarca disfrutó dándoles caza. Mientras el rey se dedicaba a esa diversión, Margarita lo observaba desde lejos, enfrascada en una conversación. Estaba acompañada por una mujer que sin duda era una de las damas de su casa. Junto a ellas, Baltasar escuchaba en silencio lo que las mujeres hablaban.

—El asunto que planeamos contra Pedro Franqueza y Rodrigo Calderón no salió como esperábamos.

—No debió confiarle semejante tarea a un secretario recién salido de la cárcel y que había sido servidor del duque —contestó en voz baja la dama. Se hallaban en la galería que se había construido sobre el talud del cerro. Un lugar angosto en el que verían acercarse a cualquier persona mucho antes de que ésta pudiera escuchar sus palabras. Incluso así, corrían un gran riesgo si eran sorprendidas intrigando contra el favorito del rey—. Sólo a un loco se le ocurriría entregarle semejante escrito al confesor del rey. Más aún cuando es de todos conocido que fray Gaspar y el duque comen del mismo plato.

—Era el único que podía llevar a cabo semejante encargo. No olvidéis que frecuente a los favoritos del Sandoval.

—¡Pero si habla se conocerán vuestros planes! Todos sabrán la verdad. Es arriesgado. Especialmente para vos.

—Es un riesgo que debo correr. No puedo permitir que este hombre, avaro y codicioso, siga dirigiendo los asuntos del mayor imperio del mundo. Mi marido es una marioneta en sus manos, y mientras caza y se divierte ahí abajo —señaló Margarita con disgusto la bajada de la colina—, los súbditos de sus reinos pasan hambre por la falta de hacienda y previsión.

—¿Pensáis, pues, continuar oponiéndos a él? —preguntó la mujer con temblor en la voz, manteniendo la cabeza ligeramente inclinada.

—Desde luego. La tela de araña que tejió en torno al rey sigue cerrándose. De todos los gentileshombres de cámara que fueron nombrados hace ya unos años algunos comienzan a ganar cada vez más importancia. Todos ellos familiares suyos. Hay que hacer algo, y pronto, antes de que mi posición pueda quedar definitivamente debilitada.

Se oyó un suspiro quedo, y al momento, la otra figura se arrodilló y dijo con voz clara:

—Mi deber es serviros. Obedeceré vuestros deseos tal como he hecho hasta ahora.

—Lo sé —le contestó la reina con una sonrisa en el rostro—. Conozco tu pasado y sé que estas situaciones peligrosas no son nuevas para ti. Por eso te elegí. Para empezar, deberíamos poder mermar la credibilidad del duque. Haz que se le difame

de alguna manera.

—Eso podría ser peligroso.

—Lo será; sin embargo, es necesario. Haz que se injurie también al rey —comentó en una súbita inspiración—. Eso desviará la atención e impedirá que se siga la dirección correcta en las investigaciones que, sin duda, se iniciarán.

La dama se inclinó una vez más y se alejó con rapidez por la galería una vez la reina le hubo dado permiso para ello. Margarita quedó en silencio, viendo cómo se marchaba, con Baltasar a su lado. Cuando los pasos se hubieron apagado, el embajador tomó la palabra.

—¿Confíais en ella?

La reina sonrió.

—¿En Magdalena de Guzmán? Por completo. Siempre se ha mostrado fiel. ¿Podré decir lo mismo de vos, don Baltasar? —Lo interrumpió antes de que diera una respuesta alzando una mano—. No, no hace falta que contestéis, que bien sé la enemistad que os separa del Sandoval. Ni sé ni me importan los motivos. Lo único que necesito es saber que nunca os aliareis con él. Acompañadme —pidió mientras comenzaba a caminar por la galería—. Sí, confío en ella. Pero eso no quiere decir que no mueva otros hilos. Por eso quería hablar con vos después de que me abordarais en la iglesia. ¿Creéis que el mejor camino es difamar al duque, tal como acabo de ordenar?

Baltasar se tomó su tiempo para contestar. Cuando lo hizo, su voz sonó lenta y pensativa.

—No dudo que sea necesario minar la figura del duque, aunque temo que no será fácil; en mi opinión, tampoco será una táctica efectiva.

—¿Puedo preguntaros por qué?

—Tiene demasiadas hechuras; demasiados hombres que lo apoyan en puestos importantes. Por más que lo atacemos, habrá mil voces que lo defiendan.

—¿Qué propondrías, entonces?

—Precisamente socavar esos apoyos. Si conseguimos eliminar los pilares en los que se sustenta su privanza, lograremos que su figura caiga con estrépito.

La reina se detuvo y Baltasar la imitó.

—Escuchadme con atención, don Baltasar, lo que voy a deciros es importante: Debemos acabar con el Sandoval. Decís que debemos actuar contra sus hechuras, y estoy de acuerdo. Pero algunos deben caer cuanto antes. De modo que, aunque nos tomemos tiempo para desacreditar a otros, con los más importantes actuaremos directamente, nos libraremos definitivamente de ellos. El primero será Rodrigo Calderón. Conocéis, sin duda, a quien pueda encargarse de un trabajo tan delicado.

—Será un asunto complicado.

—Sin duda. Pero ¡tened cuidado! Procurad que no puedan relacionaros con este asunto. De lo contrario, debéis saber que negaré cualquier conocimiento de todo esto. Si os descubren, no podré ayudaros.

—Así lo haré. Empezaré también, con vuestro permiso, a mover los hilos para desbancar a sus ministros. Creo que sé quién puede ayudarnos, aunque tal vez necesite tiempo para encontrarlo.

—Está bien. Haced lo que debáis; pero hacedlo cuanto antes.

* * *

No le faltaba razón a Baltasar de Zúñiga al mencionar el modo en el que el duque de Lerma había blindado su posición. Además de todos sus manejos anteriores, nombró a Pedro Franqueza secretario de la reina, y antes de que muriera Catalina ya tuvo la precaución de sustituirla en su puesto de camarera mayor. Otra Catalina, la propia hermana de Francisco, fue la elegida. Para facilitarles a ambos la tarea, consiguió que se cambiaran las ordenanzas por las que se regía la Casa de la Reina. Se estipuló que la camarera mayor debía permanecer en todo momento con la reina y si ésta dormía sola debía dormir en la misma cámara que ella. Las damas que estuvieran al servicio de Margarita no debían involucrarse en asuntos de particulares; ni siquiera de un ministro u oficial de la Casa. La camarera mayor era la única responsable de las puertas que partieran de la cámara de la reina, incluidas las que llevaran a las habitaciones de sus damas, e incluso al excusado. Y cuando las damas hubieran tenido permiso para salir del palacio, no saldrían ni entrarían directamente por la cámara de la reina. Ninguna mujer, fuera una sirvienta o una dama al servicio de Margarita, podía recibir cosa alguna, ni siquiera para comer, si la reina no había dado orden de ello. Y esa orden debía darla, obligatoriamente, a través de la camarera mayor. Por último, no se permitiría que se escribiera algo en la cámara de la reina, ni se diera orden ni recado, sin saberlo y autorizarlo Catalina de Zúñiga y Sandoval, hermana de Francisco.

Margarita de Austria pasó a vivir así en una magnífica jaula dorada, y poco después de que se tomaran estas nuevas disposiciones, en septiembre, Magdalena de Guzmán, marquesa del Valle, fue obligada a dejar el palacio. Se la sacó de Madrid de inmediato y fue enviada a Toledo, donde debía esperar nadie sabía qué. La pobre mujer tuvo que partir enferma como estaba de tercianas.

Los rumores corrieron por los pasillos. Los cortesanos decían que la habían echado de palacio por hablar mal del duque, aunque otros decían que en realidad lo unía una fuerte amistad. Había quien aseguraba que su expulsión se debía a que reprendía de continuo a la reina con respecto a su hija, con lo que Margarita estaba muy disgustada; algunos más argumentaron que había llenado la corte de chismes. Pero nadie supo la verdad, y Francisco se apresuró para que su hermana Leonor ocupara el puesto de aya de la infanta que dejaba vacante la marquesa.

* * *

—No podemos seguir aquí, Juana.

Lorenzo hablaba mientras se asomaba con nerviosismo a los postigos de la ventana del cuartucho en el que estaban alojados. Habían abandonado Murcia tan pronto como se reunieron y Juana lo había convencido de que tenían que fijar su objetivo en el propio duque de Lerma. Así que pusieron rumbo a Madrid, ciudad que ella conocía bien. No tardó en acercarse, dejando caer posibles beneficios en los oídos de unos y otros, a servidores y lacayos de algún noble hasta que logró lo que pretendía: llamar la atención de una poderosa señora que estaba dispuesta a pagarles con el fin de perjudicar al duque. O eso al menos le había hecho saber por medio de intermediarios, aunque tras aquel primer acuerdo, del que hacía varias semanas no habían vuelto a tener noticias, y Lorenzo estaba cada vez más preocupado. Temía que lo ocurrido con la marquesa del Valle pudiera estar relacionado con ellos y que de un momento a otro llegaran para apresarlos.

—Tenemos que marcharnos cuanto antes.

Juana se acercó a él mirándolo con ojos brillantes y una sonrisa lobuna. Le pasó los brazos por el cuello y se pegó a su pecho. Respiró con suavidad junto a la oreja de su esposo, y la mordisqueó antes de susurrarle:

—Lorenzo... estás demasiado nervioso. Todo irá bien. Esperemos sólo unos días más. —El gesto de Juana enardeció a su marido, que se pasó la lengua por los labios al tiempo que se apretaba con más fuerza contra el cuerpo cálido de su mujer—. Sabes que siempre cuido de los míos y no permitiré que nos pase nada, mi escribano...

—Pero corremos peligro —insistió Lorenzo con voz entrecortada.

—No deberías preocuparte tanto —continuó diciendo mientras mordisqueaba el lóbulo de la oreja de Lorenzo—, aún tenemos mucho del dinero que nos dieron como prenda para que hiciéramos el trabajo que nos encargarían. No hay nada que temer, ningún peligro corremos mientras estemos juntos. Hemos pasado demasiado tiempo separados... —concluyó alzando su pierna y enroscándola en torno a la cintura de su hombre al tiempo que le cubría la boca con los labios. No tardó en desnudarlo y ponerlo sobre ella, haciendo que sus preocupaciones quedaran olvidadas.

* * *

A finales de año, con la mitad de los reinos inundados por fuertes tormentas, el rey había dejado en Madrid a su esposa. Él se dirigía a Valencia, donde estaba previsto celebrar Cortes a principios de enero.

El viaje estaba resultando desastroso. La lluvia empapaba los fardos y las ropas, los ejes de carruajes y carretas se encajaban en el barro obligando a enganchar nuevas mulas para poder tirar de ellos... Para colmo, Felipe III se encontraba de mal humor. Acababa de salir de una inflamación en los carrillos que aún lo tenía dolorido y, pese a desear viajar en soledad, la etiqueta lo obligaba a ir acompañado por sus sobrinos.

En esos momentos envidiaba profundamente a su favorito, Francisco, que viajaba en un carruaje inmediatamente detrás del suyo, en completo retiro para pensar, meditar o, muy probablemente, dormir un rato a fin de evadirse del aburrimiento del viaje.

Sin embargo, Francisco no descansaba. Tenía entre sus manos unos papeles que eran de la máxima importancia. Llevaba todo el día dándole vueltas al asunto, y precisamente por ello había decidido viajar solo en el carruaje. Su carácter se había vuelto taciturno en los últimos meses, sufriendo de melancolías frecuentes, y esto le daba la coartada perfecta cada vez que necesitaba un poco de intimidad.

Los documentos que leía no podían ser más claros: la conspiración en su contra era un hecho y estaba probada. Ahora tenía, después de tanto tiempo, un hilo del que tirar para desmontarla. Aprovechó un nuevo parón de los carros. Al parecer se había vuelto a atascar uno de ellos y los mozos estaban teniendo dificultades para arrancarlo del agujero. Cuando sacó la cabeza por una de las ventanas de su carruaje, pareció que el cielo era la antesala del infierno, tan oscuro estaba. Llamó a uno de los servidores que lo acompañaban y ordenó que le dijeran al marqués de Velada, que viajaba tras él en una litera pequeña, que se le uniera en el carruaje. Tardó más de lo previsto en llegar y, cuando lo hizo, fue refunfuñando por haber tenido que caminar por entre el barro y el lodo. No estaba de buen humor al encontrarse con el duque.

—Excelencia, espero que tengáis un buen motivo para esto. A mi edad no es bueno caminar sobre lodo y el barro. Podría coger un catarro que me ascienda a los cielos antes de tiempo.

Pero Francisco no dijo nada y se limitó a entregarle los documentos que había estado leyendo durante la mañana. El marqués lo observó sin entender qué sucedía.

—Leedlo —pidió finalmente el duque.

Durante un rato, el silencio, roto sólo por los improperios de los mozos que se afanaban fuera, fue absoluto dentro del carro. Cuando hubo terminado, el marqués alzó los ojos.

—¡No creeréis de verdad en todo esto!

—Por supuesto que creo en ello. Es de la más alta fiabilidad.

—Pero, esto significaría que... —dijo sin poder terminar la frase por temor a las mismas palabras que la concluían.

—Así es. Como comprenderéis, es absolutamente necesario impedir que toda esta confabulación continúe adelante.

—¿Qué pretendéis hacer?

—Detener a los implicados, por supuesto.

—¡Pero eso es imposible! —exclamó indignado el marqués.

—Nada es imposible para el rey excepto influir en las decisiones divinas. E incluso esto puede hacerlo, pues por algo se le llama *el piadoso*.

—¡Será un escándalo sin precedentes, don Francisco! —gritó casi el marqués, olvidada toda etiqueta—. ¡Algo de este calibre puede dar al traste con la monarquía!

—Habría que evitar que eso suceda, ¿no creéis? —comentó suavemente Francisco sonriendo levemente. Aunque soportaba al marqués de Velada por su amplia experiencia y por haberse humillado ante él en su día, no era un personaje que gozara de su favor. Lo vigilaba de continuo y ahora disfrutaba al verlo en un estado de ánimo tan alterado—. Sí, habría que evitarlo. Dejad eso de mi mano. Pero es necesario que vos os encarguéis de algo.

El temblor comenzó a ser visible en las manos del marqués, que aún sujetaban los papeles. Temía el trabajo que pudieran imponerle. Al escuchar las palabras, supo que sus motivos estaban fundados.

—Debéis encargaros de apresar a Magdalena de Guzmán.

—Eso sólo puede ordenarlo el rey... ¡Es marquesa! —se quejó en un último intento por salir de aquel trance.

—Dejad que yo me ocupe de eso, marqués... Veo que no os gusta la labor que os encomiendo. Tal vez vos mismo estéis inmerso en esta conspiración...

—¡Soy un hombre de honor! —explotó—. ¡Eso es algo que no todos pueden decir en esta corte!

Francisco decidió obviar el comentario envenenado hacia su persona y sus favoritos. En realidad, no estaba completamente seguro de que las cosas fueran a salir tan bien para sus propósitos como esperaba, y por si acaso fallaba algo, lo mejor era que el encargado de cumplir la orden fuera alguien externo a su círculo de confianza. Mantuvo el silencio durante unos segundos, sin mirar siquiera a su acompañante, que rojo de furia se removía inquieto sobre su asiento. Fuera seguía tronando. Parecía que el cielo deseara lavar toda mancha que hubiera en la tierra. Entonces, Francisco se volvió de nuevo a su acompañante:

—Tomad las disposiciones oportunas. Y, ahora, dejadme solo.

* * *

Los elegidos para detener a la marquesa fueron el corregidor Silva de Torres y el

capitán Ponce, que tuvieron que cabalgar veloces. Habían partido de Madrid antes de la salida del sol, y espoleando sus monturas sin piedad, además de usar las postas disponibles, llegaron a Toledo al caer la noche.

Enviaron un alguacil a la casa del conde de Villaverde con la intención de saber dónde estaba su madre mientras ellos reposaban y comían algo tras su rápido viaje. Poco después, Silva de Torres entró en casa del conde y subió a la habitación que ocupaba la marquesa. Cuando lo hizo, pudo ver que la mujer se inclinaba sobre una mesa teniendo una pluma en su mano. Dejó la escritura y clavó sus ojos, limpios pese a la edad, como si supiera lo que iba a pasar, en el hombre que había aparecido en su cámara.

—Mi señora marquesa —dijo el alcalde—, he venido con orden del rey para que os prenda.

La marquesa no bajó la vista. Continuó con la mirada gélida puesta sobre los ojos del hombre, que se veía cada vez más nervioso. No era habitual tener que arrestar a un miembro tan importante de la corte.

—¿Y a qué lugar habréis de llevarme? —quiso saber ella.

—A San Torcaz, mi señora. He aquí la orden del rey.

El alcalde se adelantó y le entregó la nota firmada por Felipe III. La mujer la levantó con desdén y pasó con descuido sus ojos por entre las letras. Al concluir la lectura, se volvió hacia sus papeles y sin mirar nuevamente a su captor le habló con sequedad.

—Tendréis que esperar a que termine aquí. Podéis hacerlo fuera. Tenéis mi palabra de que no intentaré huir.

El hombre no supo muy bien qué hacer. Era evidente que la idea de dejarla sola no era de su agrado. Por otro lado, se trataba de una marquesa, hasta unas horas antes una de las personas más importantes del reino. Además, era ya una mujer mayor. Era poco probable que se lanzara en una huida saltando ventanas y corriendo en la noche. Tras considerarlo todo, el alcalde volvió a calarse el sombrero y antes de volverse hacia la puerta de la habitación dijo las últimas palabras.

—Disponéis de una hora. Todo lo que tenéis en esa mesa será llevado con vos, al igual que las tres escribanías de esta cámara.

Capítulo XX

La confusión se apoderó de la corte tras la caída en desgracia de la marquesa. Nadie esperaba algo así, pues era de sobras conocida su buena relación con el duque y lo mucho que había ayudado a otros nobles en momentos de dificultad.

Fue por entonces cuando se llamó a Enrique de Guzmán, el embajador en Italia, para que formara parte del Consejo de Estado. Los dos hijos mayores de don Enrique habían muerto en fatídica sucesión en poco tiempo, de modo que el tercer hijo, Gaspar de Guzmán y Pimentel, que estaba en Salamanca para estudiar derecho canónico, abandonó la universidad y se reunió con su padre. Nada de aquello parecía tener demasiada importancia por entonces, ni se preveían los acontecimientos que sucederían años después; los cortesanos estaban más preocupados por otros asuntos, pues el doce de enero se detenía a Ana de Mendoza, sobrina de la marquesa del Valle. En medio de un gran revuelo, el corregidor se la llevó a tirones tras mostrarle una orden firmada por el rey, pese a que hasta ese momento había sido dama de la reina. La introdujeron en un carruaje que la esperaba y se la llevaron sin que nadie supiera dónde.

Las damas de la reina pusieron el grito en el cielo, pues nunca antes había ocurrido algo parecido y temían que se generalizaran los arrestos sin motivo alguno, pues así parecía que se hacían las cosas en palacio en los últimos tiempos. Algunas hicieron llegar sus súplicas a la reina en un intento de que se liberara a la que muchos veían poco menos que secuestrada, pero, de forma enigmática, Margarita dijo que eso era lo menos que merecía.

La marquesa continuaba recluida en la fortaleza de San Torcaz y se la interrogaba de forma frecuente en un intento por descubrir documentos que pudiera tener escondidos. Fruto de esas investigaciones se despidió de palacio a dos criadas de la cámara de la infanta, pero tampoco trascendió el motivo. Todo eran rumores y comentarios.

A la mortecina luz de la luna pudieron ver un amplio espacio abierto. Un poco más allá, una estrecha puerta de arco apuntado daba paso a la capilla del castillo, pero las mujeres no siguieron ese camino y fueron introducidas rápidamente a lo que serían sus celdas.

—¿Cuándo pensáis decirnos los motivos por los que estamos apresadas? —preguntó con altivez Ana de Mendoza cuando era trasladada junto a su tía desde San Torcaz a Brihuegas.

Al cruzar los muros, la mortecina luz de la luna les mostró un amplio espacio abierto. Un poco más allá, una estrecha puerta de arco apuntado daba paso a la capilla del castillo, pero las mujeres no siguieron ese camino y fueron introducidas rápidamente a lo que serían sus celdas.

El alguacil que las acompañaba habló con voz seca y torva cuando le contestó.

—Pronto se os juzgará. Según dicen, será el propio conde de Miranda quien lo haga, junto a otros jueces que nombren del Consejo Real.

Y sin una palabra más, allí las dejó.

* * *

Hacía ya dos semanas que Lorenzo insistía en que debían abandonar Madrid y Juana había ido logrando que retrasaran la partida, pero comenzaba a comprender que no podría retenerlo mucho más tiempo y no encontraba el modo de retomar el contacto con aquella misteriosa mujer que le había prometido ayuda. En los últimos días había deambulado por toda la ciudad buscando a la mujerzuela que le había llevado el mensaje de su señora, al tiempo que las palabras que le había dicho retumbaban una y otra vez en su mente: «Mi señora quiere contar con vosotros para un trabajo. Sabe que pretendéis perjudicar al duque de Lerma y ella tiene motivos sobrados para odiarlo. Tomad esta bolsa y esperad mis instrucciones. No tardaréis en saber de mí»; pero a pesar de su empeño no la encontró en ninguno de los rincones de la villa. Aquel día de enero volvió a pasarlo en su búsqueda y, tal como los anteriores, fue en vano. El sol comenzaba a caer sobre los tejados de las casas cuando tomó el camino de vuelta. Había decidido hacer caso a Lorenzo: no podían permanecer mucho más tiempo ociosos, necesitaban obtener nuevos dineros y su esposo no se atrevía a llevar a cabo sus habituales negocios en una de las ciudades más importantes de los reinos. Regresarían a Guadix, donde ya debía haberse olvidado el asunto que concluyó en la muerte de Pedro, y con suerte nadie los relacionaría con los libros de plomo; podrían retomar su vida. Había allí además un mozo interesado por Francisca, quien se había convertido en una hermosa muchacha que llamaba la atención de todo varón que se cruzaba en su camino. Era tiempo ya de que se ocuparan del porvenir de su hija.

Juana iba pensando en estos asuntos cuando, de improviso, una voz la llamó por su nombre y una mano se posó sobre su hombro, haciendo que se detuviera. Se giró para ver quién la llamaba y se topó con un rostro regordete y mofletudo, de grandes orejas y tez sonrosada.

—¿Quién eres? ¿Acaso te conozco?

—Desde luego que sí. Y tú también me conoces a mí, aunque hace mucho que no nos veíamos... Desde que acompañaba a don Francisco a aquella habitación en la que te montaba hasta quedar exhausto —explicó mostrando una sonrisa simplona.

Juana entrecerró los ojos un instante y luego los abrió de par en par por la sorpresa. Frente a ella, sujetándola por el brazo, se hallaba Miguel, el antiguo lacayo de Francisco, aquél que la había acompañado por última vez a su casa el día en que el

duque le dio la orden de que la enviara lejos de Madrid.

—Sí, ya veo que me reconoces. Tú también estás cambiada, aunque sigues siendo una mujer apetecible —reconoció con voz ronca.

Juana se zafó de un tirón de la mano que la sujetaba y comenzó a correr por una calleja. Si el duque se enteraba de que había vuelto a Madrid podría hacer con ella cualquier cosa; no estaba dispuesta a ponérselo tan fácil. Pero Miguel corría tras ella dando zancadas más largas. No tardó en volver a ponerse a su altura y a detenerla alzándola por la cintura. Ella se revolvió pataleando, sin escuchar lo que el hombre le gritaba, dedicándose a manotear hasta que sintió que hundía las uñas en la piel blanda del rostro de Miguel, que lanzó un aullido y la abofeteó con fuerza. El golpe la dejó aturdida un instante, lo justo para que él le sujetara los brazos y acercara mucho su cara rolliza a la de ella.

—Eres una gata salvaje y puedo comprender, si te dedicas con tanta pasión a todo lo que haces, que le tuvieras el seso sorbido al Sandoval. —El tono en el que dijo las últimas palabras hicieron que Juana bajara la guardia y prestara más atención a lo que le decía—. Si no tuviera prisa tal vez me gustaría comprobar por mí mismo tu género... Pero hay asuntos mucho más importantes y urgentes. Me pregunto qué estás haciendo en Madrid de nuevo, pero también eso tendrá que esperar. Escúchame con atención: ahora sirvo a otro amo, pues el Sandoval se deshizo de mí hace tiempo. Mi actual señor es más noble, aunque no tan poderoso. Pero eso pronto cambiará... Hace años, cuando te obligamos a abandonar Madrid, te fuiste gritando que un día te vengarías. Dime, ¿sigues deseando hacerlo?

* * *

Francisco había engendrado seis hijos junto a su difunta esposa, tres de ellos varones. A todos les había conseguido matrimonios ventajosos. Su segunda hija había casado con su primo Pedro de Castro, conde de Lemos, un joven avisado e inteligente que acometía sus labores con entusiasmo y eficacia, lo que le ganó la total confianza del duque. Cristóbal, el primogénito de Francisco, veía con suspicacia esa relación y temía por su futuro. Francisco intentó calmarlo dedicándole más tiempo a fin de prepararlo para responsabilidades mayores, pero Cristóbal lo hería continuamente con reproches basados en agravios infundados y el duque no sabía cómo detener la obsesión que comenzaba a mostrar su hijo. Notaba que la salud comenzaba a fallarle a sus cincuenta y un años y parecía que su voluntad se resentía junto con todo lo demás, pues no conseguía abandonar del todo sus estados de tristeza. Había aprovechado esa situación para dejar en manos de su hijo gran parte de sus trabajos, intentando así ganarse su confianza, pero el muchacho desarrolló entonces lo que

parecía una ambición sin límites, y desde hacía un tiempo lo presionaba para que lo nombraran duque.

Se pudo ver que los lazos entre padre e hijo eran casi inexistentes cuando Francisco estuvo a punto de morir en el incendio del palacio del Pardo, en el que salvó la vida en el último momento. Cristóbal se presentó ante su padre, que creía que el incendio había sido un atentado contra él, pero en lugar de preguntar por su estado, a pesar de que estaba lleno de magulladuras y mostraba vendajes por buena parte de su cuerpo, se dedicó a echarle en cara que hubiera hablado con Pedro antes que con él, sin tener en cuenta que había tardado casi una semana en visitarlo.

Francisco se resignó al mal humor de su hijo y no le prestó demasiada atención cuando se marchó hecho una furia. Él tenía la mente puesta en el incendio. La única persona que podía aclarar si aquello formaba parte de un atentado contra su vida era la marquesa del Valle, pero de nada sirvieron los interrogatorios. La separaron de su sobrina, negándoles así el apoyo que pudieran darse mutuamente. Con todo, Magdalena de Guzmán dejó claro que no hablaría con nadie, a no ser que fuera el mismo rey o el conde de Miranda. Cuando éste último llegó al fin, pudo comprobar que la mujer estaba muy desmejorada por los meses de encierro. Las arrugas estaban más marcadas en su rostro y había perdido peso.

—No tengo tiempo que perder, mi señora marquesa —comenzó sin preámbulo alguno el presidente del Consejo de Castilla—. Decidme cuanto necesito saber y sin dilación alguna. El tiempo apremia.

Ya fuera por el tono impetuoso que utilizó, por la imponente redondez de su figura o por la tranquilidad que le dio ver a uno de los más cercanos colaboradores del duque, lo cierto es que la marquesa pareció rendirse.

Tomó asiento, mostrándose cansada, y habló con voz queda, aunque firme. En ningún momento apartó su mirada del conde.

—Deberíais hablar con la condesa del Castellar.

Miranda no necesitó más explicaciones. Se dio la vuelta y se preparaba para salir cuando se giró de nuevo para observar a la marquesa. Se acercó a ella y la tomó de la mano con delicadeza.

—Sabéis que todo esto es necesario, ¿verdad? Es importante que vos paséis por esto para desenmascarar lo que está ocurriendo en contra del duque. ¿Sabéis que estaban a punto de descubrir que en realidad espiabais a la reina?

—Lo imaginaba, sí... Decidle a Francisco que puede seguir confiando en mí, que siempre podrá contar conmigo, y que continuó intentando conocer cuanto se prepara contra él desde aquí, entre estas paredes.

—Lamentamos vuestra situación... Pero si tuvierais demasiados privilegios podrían sospechar de vos.

Una triste sonrisa curvó los labios de la mujer, que sin decir una sola palabra asintió con la cabeza.

Nada más había por decir, y Juan de Zúñiga abandonó la estancia.

* * *

Miguel entró en la habitación inmediatamente después de Juana. Se encontró frente a un hombre más o menos de su edad, bastante enjuto, que tenía lo que parecían ser todas sus posesiones en varios hatillos y alforjas. A su lado, una joven que le recordó a la muchacha que había sido Juana guardaba manzanas algo pasadas en unas talegas.

—Nos vamos, Juana. No podemos esp... ¿Quién es éste? —preguntó algo confundido cuando se dio cuenta de que su mujer no venía sola.

Juana iba a responder, pero Miguel se le adelantó.

—Llevo mucho tiempo buscándoos, Lorenzo Ferrer. Sí, os conozco; no me mires de ese modo. Estuve a punto de dar contigo en Valencia, pero perdí tu rastro de repente... Fue como si el diablo te hubiera tomado en sus brazos y te bajara a los infiernos de repente. No hubo manera de dar contigo —explicó con una sonrisa torva que quedaba algo ridícula en el rostro gordinflón.

—¿Y por qué me buscabas?

—¡Oh! Mi señor está muy interesado en ti y en tu trabajo. Claro que si hubiera sabido que teníais una compañera tan hermosa os hubiera buscado con más ahínco —comentó al tiempo que señalaba a Francisca—. Me pidieron que os buscara a raíz de que el marqués de Estepa le asegurara a mi señor que no sé qué rollos encontrados en Granada podían ser falsos. Y a eso me dediqué —dijo encogiéndose de hombros—. Acababa de llegar de vuelta a Madrid después de dar muchas vueltas en vano. Fui a Guadix, pero nadie sabía de vosotros y no me interesaba dar demasiados datos; mi señor no quiere que se levante un escándalo con todo esto. Precisamente me encaminaba esta mañana a verme con una persona a la que debía dar cuenta de mi fracaso cuando me encontré con Juana —y al decir estas palabras la tomó por el talle con rudeza—; Dios aprieta, pero no ahoga —concluyó con una risotada.

—Suelta a mi mujer, te lo advierto...

Miguel no pudo ver lo que Lorenzo encerraba en el puño, pero imaginó una cuchilla o cualquier otro objeto con el que hacerle daño. Nunca había sido valiente ni temerario, y alzó ambas manos mostrando una sonrisa de dientes picados, dando a entender que no pretendía causar daño alguno. Tal vez si hubiera sabido que sólo era una pluma de ganso lo que Lorenzo sujetaba hubiera mantenido su talante chulesco, pero no lo sabía, de modo que se mostró conciliador.

—¡Tranquilo! Tranquilo, escribano... No quiero problemas con vosotros. Tenemos por delante un largo viaje, así que tiempo tendremos para conocernos mejor —dijo lanzando una mirada esquiva a Francisca.

Lorenzo se interpuso entre ellos.

—Te hice una pregunta que no has contestado. ¿Para qué me busca tu señor? ¿Y qué viaje es ése del que hablas?

—Me acompañaréis a verle. Iremos a París.

—¡Ni lo sueñes!

—¡Me habías dicho que lo que querías era hablar con nosotros sobre el modo de acabar con el duque! —protestó Juana descargándole un par de puñetazos en el hombro que apenas sirvieron para incomodarlo.

—Necesitaba encontrar a tu marido. Él es el importante aquí, Juana, por más que tú me gustes mucho más... Vendréis conmigo a París, os guste o no.

—No, no iremos.

—Oh, ya lo creo que sí, Lorenzo —aseguró mientras se le acercaba hasta que su nariz estuvo a punto de tocar la frente del escribano—. Vendréis. Mi señor así lo quiere... Nada debéis temer. Nadie os hará daño. Ahora estáis bajo su protección, y ni siquiera yo puedo tocaros un pelo de la cabeza, por más que quisiera tocarles otras cosas a las dos mujeronas que te has agenciado... ¡Sabes rodearte de buena compañía, bien lo sabe Dios!

—¡Te ha dicho que no iremos! —Juana se cuadró a su lado, con los brazos cruzados sobre el pecho, las piernas abiertas y una mirada decidida.

—Ya lo creo que sí, Juana... Ya lo creo que sí. Por dos motivos: el primero de ellos es porque, de lo contrario, no me dejaréis más remedio que denunciaros a los alguaciles...

Volvió a levantar las manos en aquel gesto de presunta inocencia. Su risita, en cambio, mostraba que se divertía con la situación. Juana y Lorenzo se miraron. Francisca, por su parte, se acercó hasta su madre y la cogió del brazo.

—¿Y cuál es el segundo motivo...? —preguntó la mujer al tiempo que palmeaba la mano de su hija para tranquilizarla.

—El segundo, mi querida familia —explicó poniendo los brazos en jarras que no os mentía: si queréis acabar con el duque de Lerma, ésta es vuestra oportunidad.

Capítulo XXI

La condesa del Castellar, Beatriz Ramírez de Mendoza, se había recluido en el convento de la Concepción Jerónima. Había quedado viuda en 1595, y desde que murió su marido se dedicaba a llevar una vida religiosa, llena de mortificaciones y penitencias. Se dedicó a fundar monasterios y conventos aquí y allá. Era una mujer influyente, con muchos contactos y cuya opinión se escuchaba con interés, atendiendo sobre todo a ese halo de santidad que algunos comenzaban a ver en ella.

Pero todo esto no evitó que fuera visitada por el conde de Miranda una tarde fría. Tan pronto como lo vio entrar, la condesa supo el motivo por el que estaba allí.

—Al fin viene uno de los siervos de Lerma —comentó con cierto desprecio en la voz—. Me preguntaba cuánto tardaríais desde que se detuvo a la desdichada Magdalena.

—Ya veis —respondió el conde—, al fin las obras de cada uno salen a la luz, tal y como vos misma decís en innumerables ocasiones.

—No he hecho nada que tuviera que permanecer entre las sombras.

—Me temo, señora, que no sois vos quien debe juzgar eso.

—¿Para eso habéis venido? ¿Para juzgarme en un convento? —preguntó risueña mientras abarcaba con sus brazos el recinto que la acogía.

—En realidad, he venido para que me expliquéis cuál es vuestro grado de implicación en toda esta trama que se ha formado en contra del duque.

—¿Trama decís? —Y esta vez la risa de la mujer se convirtió en auténtica carcajada—. No, don Juan. Yo no formo parte de ninguna trama. Aunque opino, bien es cierto, que el duque de Lerma hace más mal que bien a los reinos de nuestro señor.

—Sin embargo, habéis hablado en público contra él.

—¡Por supuesto! ¿Por qué no debería hacerlo? ¿Acaso don Francisco de Sandoval es infalible para que no se le puedan criticar sus actuaciones? No, don Juan. No lo es. No es más que un hombre como cualquier otro, aunque tomado por la vanidad y la avaricia —concluyó con fiereza.

—Es evidente que no lo conocéis como yo. Pero, decid: ¿de qué forma habéis tramado contra él?

—Os repito que no he tramado nada.

—Pero hablasteis contra el duque. ¿Con quién?

—Con el propio rey, por supuesto.

Ante esta afirmación, Miranda se quedó boquiabierto. Tomó una de las sillas que había en la cámara, se sentó sobre ella haciendo crujir sus mimbres, y fijó una mirada glacial en los ojos de la mujer que tenía enfrente.

—Quiero que me lo contéis todo —le ordenó en un tinte que no admitía discusiones.

Así fue como Francisco se enteró de que la condesa presionaba al rey para que tomara el peso de la gobernación mientras tildaba al duque de avaricioso e incapaz. Solicitaba además que se apoyara en la reina, pues era una mujer sensata y prudente y sus consejos le serían útiles, pues sus intereses eran los mismos.

—¿Qué puede saber una mujer de política? —inquirió Miranda en un tono un tanto despectivo al escuchar todo aquello.

Una sonrisa volvió a iluminar la mirada de la condesa del Castellar cuando volvió a hablar.

—Sois vos ahora quien conspira contra la reina. Y además, lo hacéis olvidando que una mujer, una gran mujer, por cierto, ha manejado con puño de hierro un reino que ha tenido en jaque tanto a Felipe II como a su hijo. Hablo de Isabel de Inglaterra. Pero esto es un tema aparte que merecería otras consideraciones, me temo.

»Lo cierto es que, de no seguir mi consejo, Felipe III se levantará un día y comprobará que todo se ha perdido. Cuando salía de hablar con él me encontré con la reina que, por supuesto, tenía conocimiento de mi entrevista. Le expliqué lo sucedido, desde luego. Y esa es toda la intriga en la que he participado, don Juan, conde de Miranda. Y, lo juro ante Dios: espero que sirva para algo.

* * *

—Pese a todo, no creo que la condesa me lo contara todo —aseguró el conde tras apurar su copa.

—Ya me lo imagino, Juan —repuso Francisco—. Pero mientras esté recluida en el convento no podremos hacer nada para interrogarla debidamente.

—¿Qué harás entonces? El duque se encogió de hombros.

—Lo único que puedo hacer en un caso como este es solicitar a Roma permiso para sacarla de allí, aunque no sé si sería recomendable...

Los dos amigos anduvieron unos minutos en silencio. Caminaban en el fresco ambiente del atardecer por el parque que se estaba construyendo en Lerma. La belleza de plantas, estatuas y macetas adornaban los rincones aquí y allá, arrancando destellos al sol que se aprestaba a morir por aquel día. Después de un trecho, el conde de Miranda retomó la palabra.

—Francisco, no te será fácil eliminar la oposición que representa la reina.

—¿Sabes, Juan? He contratado la construcción de un cenador de sillería para disfrutar del jardín —dijo el duque sorprendiendo a su acompañante, con la mirada en la puesta de sol—. Creo que será un buen lugar para el verano, ¿no crees?

El conde no sabía qué decir. Estaba realmente preocupado por lo que sucedía alrededor de Francisco mientras que éste parecía no darle importancia, pese a que

unos días atrás le había urgido a investigar todo ese asunto.

—Si crees que es necesario... —pudo decir al fin sin entender a su amigo.

—Bueno, tal vez necesario no, pero sí... apropiado.

—Francisco. —El conde de Miranda se detuvo sujetando por el brazo a su amigo, una familiaridad que pocas veces se permitía—. ¿Te encuentras bien?

—Sí, sí. Perfectamente, Juan, perfectamente —respondió con una sonrisa—. Cristóbal parece algo más aplacado después de que estos días le asegurará que contaré con su ayuda, ahora y en el futuro. Es un peso que me he quitado de encima. Y las obras en Lerma siguen a buen ritmo. Para finales del verano mi hijo fundará aquí mismo un monasterio, lo que lo tiene bastante ilusionado.

—Pero sigues teniendo un enemigo formidable.

—Sí, en eso llevas razón.

—¿Y qué piensas hacer al respecto?

Un revoloteo de plumas cubrió el aire sobre las cabezas de las dos figuras mientras unos pajarillos se dirigían a sus nidos. Un momento después, con el último rayo de sol, el silencio se apoderó del parque, e instantes más tardes, el sonido de los insectos y los animales nocturnos tomó poco a poco el lugar.

—Perdona, Juan. Tenía la mente puesta en otro lugar. En realidad, pensaba en el futuro. Sin embargo, para llegar a él es necesario asegurar el presente... Bien, llevas toda la razón, por supuesto. He de hacer algo. Pero nada hizo Francisco, a pesar de sus palabras, y pareció dedicarse de nuevo a solucionar la situación con Inglaterra. De este modo se firmó, tras casi treinta años de conflicto, la paz en Londres, todo un éxito de su viejo amigo, Juan de Tassis. Y con esa nueva situación, los Países Bajos perdían a su mayor aliado.

Además, Baltasar de Zúñiga parecía estar dando al fin buenos resultados. Tras su visita a Valladolid había sido enviado como embajador a París, donde había comenzado de inmediato un intenso juego político con Enrique IV.

* * *

Precisamente a la capital francesa llegaban un atardecer Lorenzo, Juana y Francisca tras más de tres semanas de viaje. Un emisario, o un noble, llevaban a cabo el trayecto en mucho menos tiempo, pero ellos montaban caballos viejos y cansados y Miguel había insistido en detenerse cada día mucho antes de la puesta de sol, bebiendo y trasnochando en la posada de turno.

A pesar de que su mirada no podía ser más elocuente con respecto a las dos mujeres, lo cierto es que nunca se les acercó, ni siquiera estando borracho, y resultó ser un compañero de viaje divertido, que cantaba o contaba anécdotas que les

ayudaban a pasar las jornadas entretenidos.

Se acercaron a París por el sur. Se asombraron ante Le Chartreux, pero aquello fue sólo una muestra de lo que les esperaba. Cruzaron la muralla de la ciudad por la puerta de San Miguel y avanzaron por la calle que llamaban de la Harpe. Nada más cruzar los muros, Miguel les indicó que París los asombraría por la magnificencia de sus edificios, sobre todo de las iglesias, y empezó a dar nombres de algunas que debían visitar de un modo u otro: Notre Dame, en una isla situada en mitad del río que atravesaba la ciudad y de la que verían sus torres cuadradas; la dedicada a Santa Genoveva, a la derecha de donde se encontraban, a la que se quería erigir un campanario, y otras muchas. Desembocaron así en una impresionante puerta que defendía lo que parecía la continuación de una calle. No fue hasta que se internaron en ella cuando descubrieron que, en realidad, se trataba de un puente anchísimo, tan amplio que había casas en ambos lados de la calzada mientras que por debajo de ellos pasaban los barcos. Atravesaron la isla de la Cité, como dijo Miguel, que señalaba a la derecha, donde, decía, estaba la iglesia más impresionante del mundo y que estaba dedicada a la Virgen. Desde donde estaban apenas podían verlas inmensas torres; la iglesia quedaba oculta por los edificios cercanos. Pasaron por delante de la mole increíble del palacio real, que quedaba a poniente, y se fijaron en una gran torre. Miguel les comentó que aquella era la torre del palacio en la que se guardaba el tesoro real y que Enrique IV vivía a caballo entre ese palacio y el del Louvre, situado al otro lado del río, en la ribera a la que se dirigían, donde habitaba un número ingente de artistas, pintores, escultores y otros muchos que trabajaban en embellecer el lugar. Les habló también de la capilla que se alzaba junto al palacio donde les explicó que se guardaban un fragmento de la Santa Cruz, la Santa Lanza y la Santa Esponja. Miguel les contaba que la isla que atravesaban había sido el origen de la ciudad, pero ellos apenas escuchaban todas las explicaciones. Miraban de un lado a otro, con los ojos muy abiertos. Se fijaron donde se fijaron encontraban centenares de personas caminando por las calles, nobles junto a plebeyos; sacerdotes, panaderos, comerciantes, buhoneros, damas de la corte, monjes, tejedoras, funcionarios, ministros, secretarios, escribas, astrólogos, artesanos, alfareros, pintores, cocineras, limpiadoras, zapateros, albañiles, guardias, titiriteros, arquitectos, ladronzuelos, mercaderes, prestamistas, sastres, músicos, siervos, médicos, joyeros... Todos ellos gritando, todos ellos hablando en un idioma desconocido, todos ellos caminando a toda prisa de un lado a otro en un caos de danzas incomprensibles.

La algarabía les hacía gritar cada vez que querían señalar algo; Francisca era la más asombrada de todos ellos.

Una vez atravesaron la isla, cruzaron un nuevo puente y giraron a la derecha. Avanzaban hacia el este, en dirección a los muelles. Se fijaron entonces en la inmensa cantidad de barcos que navegaban el río, en una u otra dirección. Las voces de los marineros les llegaban nítidas. Descubrieron que en esa zona proliferaban las prostitutas, que prácticamente tomaban las calles. En un momento dado, Miguel giró

a la izquierda tomando otra calleja y alejándose del río: la calle del Templo Viejo, les explicó, aunque no les dijo por qué se llamaba así.

Poco después llegaban a su destino.

Miguel bajó de su montura frente a un palacio impresionante, sin duda, de los más hermosos que habían visto hasta ese momento. Las tallas, los adornos, las columnas, las vidrieras, los frisos, las imágenes que adornaba la fachada... Todo en él hablaba de opulencia, de lujo. Miguel los miró con una sonrisa, sabiendo lo impresionados que debían estar después de cruzar media ciudad. Los instó a bajar y los condujo por un lateral hasta una de las entradas de servicio.

—Ahora os acompañarán para que os lavéis y os cambiéis de ropa. Tal vez os den algo de comer, aunque quizá tengáis que esperar ya a la cena. Mi señor os llamará en cuanto pueda recibirlos.

Una doncella que apenas chapurreaba unas palabras de español los guio por el interior del palacio. Cruzaron varios salones y diversos corredores, a cada cual más lujosos. A Francisca la dejaron en una habitación más grande que cualquier casa que hubiera conocido antes. Miró con temor a sus padres, pero Lorenzo la calmó.

—No temas. No nos han traído hasta aquí para hacernos daño. Aún no sé qué quieren de nosotros, pero puedes estar tranquila: nada nos ocurrirá.

Cuando la dejaron junto a una palangana con agua y un vestido sencillo, aunque mucho más rico de lo que estaba acostumbrada, vieron una sonrisa en su cara. La doncella cerró la puerta de la habitación y reanudaron el camino al tiempo que Juana contestaba a su marido:

—Nada nos ocurrirá... Por ahora.

Se lavaron y se cambiaron con rapidez. En su habitación habían dejado una bandeja de fruta y la cama era tan grande que podían haber pasado en ella toda una semana sin encontrarse si quiera. Estaban cansados, pero los nervios no los dejaron dormir. Se ponía ya el sol cuando volvieron a buscarlos. No era la misma doncella, sino un secretario relamido que los miró de arriba abajo sin disimular su aprensión. Era madrileño, o eso parecía por el acento, pero apenas les dirigió la palabra. Se limitó a pedirles que lo siguieran y a llevarlos dando varias vueltas por el palacio hasta entrar en una vasta biblioteca.

—Mi señor —dijo hablando a un hombre que estaba mirando por las ventanas con las manos detrás de la espalda cuando entraron—, éstos son los Ferrer.

Hizo una inclinación y los dejó allí.

Baltasar se giró hacia ellos con las manos aún enlazadas por la espalda. Los miró con aire serio, pero de inmediato cambió su expresión. Los ojos se abrieron un poco dejando entrever un brillo divertido y cruzó la sala hasta para acercarse. Juana y Lorenzo se inclinaron con torpeza y Baltasar les hizo una mueca divertida. Alzó a la mujer y tomó por los hombros a Lorenzo. Lo tomó por la barbilla y giró su cabeza a un lado y a otro, con firmeza, pero sin brusquedad.

—Sí, sin duda eres tú... —Soltó a su invitado y les dio la espalda, dirigiéndose a

uno de los sillones de la biblioteca—. Seguramente no te acordarás de mí; apenas era un muchachito, pero hace años, en Granada, quisiste venderme un libro de historia. Lo compré, por supuesto, aunque tú nunca cumpliste y jamás me entregaste aquello por lo que había pagado.

Las últimas palabras las dijo ya sentándose en el sillón. Fue entonces cuando comprobó que Lorenzo perdía el color del rostro y se quedaba pálido como el mármol de los suelos del palacio.

—Mi señor, sí os recuerdo... Aquello no fue idea mía. Tenía... Tenía un socio que... Hmmm...

—¡Oh! No te preocupes, Lorenzo. Sí, sé quién era tu socio: Pedro Maldonado, ¿verdad? No temas, no te he hecho buscar y traerte hasta aquí cruzando buena parte de Europa para cobrarme una deuda de hace treinta años. Además, como puedes ver —dijo señalando los estantes al tiempo que sonreía—, tengo tantos libros como puedo desear.

»Debo añadir que no ha sido fácil encontraros. Me puse manos a la obra poco después de aquello, siguiendo el consejo que me dio una buena amiga... Pero os había perdido la pista. No fue hasta hace poco, algo más de un año, que por casualidad volvisteis a asomar en mi vida. Fue en un encuentro con el marqués de Estepa. Echaba pestes porque, según él, los plomos que se encontraron hace unos años en Granada son falsos. No paraba de soltar todo tipo de maldiciones contra los falsificadores y me contó que, algún tiempo antes, un granadino llamado Pedro Maldonado y su socio, Lorenzo Ferrer —dijo señalándolo con un dedo— habían intentado sacarle un buen puñado de maravedíes. No podía ser casualidad que dos hombres, los dos granadinos, hubieran intentado timarlo, de modo que volvía a encontrar de un hilo del que tirar. Un hilo grueso, además, porque ahora sabía vuestra procedencia, y hasta vuestros nombres. Así fue cómo envié a Miguel a buscaros. Me sirve bien desde hace mucho y, una vez más, ha demostrado ser digno de toda mi confianza. A veces es un poco rudo, pero... ¡Aquí estáis!

Lorenzo se quedó callado, sin comprender nada, contemplando la sonrisa de satisfacción de aquel hombre. Se había visto en un momento detenido por falsificador y ladrón; de pronto parecía que aquello no tenía importancia. ¿Por qué los habían arrastrado hasta allí?, ¿y quién era ese hombre? Esas eran las preguntas que martilleaban sus sesos y que no se atrevía a pronunciar en voz alta.

—¿Habéis podido comer algo? —Ambos asintieron, cada vez más confundidos—. Bien, me alegro. Hubiera querido recibirlos antes, pero tengo problemas. Demasiados problemas... Y todo por el maldito decreto de Gauna. ¡Bien que avisé de que no se tomaran dichas medidas! Pero los reinos necesitan dineros, y era un modo de conseguirlos, a pesar de que enfurecería a muchos... ¿No sabéis de lo que hablo? —preguntó al contemplar las caras de los Ferrer—. Pues debéis saber —comenzó a explicar inclinándose hacia adelante en el sillón y entrelazando las manos— que el año pasado se publicó una orden en la que, por primera vez desde hace muchísimos

años, se permite a todos los mercaderes europeos, incluidos los flamencos, comerciar libremente en los reinos bajo el poder de Felipe III. Pero —alzó un dedo— lo que parecía una buena medida en realidad escondía una trampa. Para empezar, grava todos los productos exportados con un treinta por ciento de su valor. Además, las mercancías en cuestión no deben haber pagado derecho alguno a los rebeldes. Y lo peor de todo es que, en realidad, una serie de artículos de dicha medida evita que los productos de países como Inglaterra, o Francia, que es lo que a mí me preocupa, puedan ser comercializados en los territorios de Felipe III. Y eso, mis queridos invitados, es un auténtico problema, siendo como es Enrique IV un hurón. De hecho, ya ha prohibido cualquier comercio con mercaderes o comerciantes españoles. Diréis que eso no tiene nada de extraño, pero supone un grave problema cuando contradice de pleno el tratado de Vervins, que hasta ahora era el único hilo de paz entre esta nación y la nuestra. Desde hace semanas, en la corte de Enrique se habla de iniciar una nueva guerra. Ya hay bastantes problemas con los corsarios que atacan a los barcos que arriban de las Indias. Acabo de conseguir, precisamente, esta misma tarde, de ahí que no pudiera recibirlos antes, que el botín que le habían robado a Jerónimo Vieira, un comerciante portugués atacado en el puerto de Oporto, le sea devuelto.

»Ésta es, queridos ladronzuelos míos, la situación en la que me encuentro aquí, en esta bella y traicionera ciudad, donde el malhadado Francisco de Sandoval me enviara como embajador.

Al escuchar el nombre de Francisco, Juana dio un respingo. Fue a hablar, pero Lorenzo se adelantó.

—Mi señor, la verdad es que lamento vuestra situación. Por lo que contáis no debe ser cómoda. Pero si no deseáis ajustar cuentas sobre un asunto de hace treinta años, por favor, ¿podrías decirnos qué hacemos aquí?

Baltasar se echó a reír y dio una palmada mientras se arrellanaba mejor en el sillón. Cuando se calmó, aún sonriente, los invitó a acercarse. Se puso en pie, tomó una botella de licor de la mesita que tenía junto a él y llenó tres copitas. Tendió dos de ellas a los Ferrer y alzó la suya.

—Os he traído, mi buen Lorenzo, por dos motivos. El primero de ellos sé que os agrada. Ya me ha comentado Miguel que estáis deseando dar caza al duque de Lerma, y podéis creerme: nadie como yo para ayudaros en ese deseo vuestro...

Alzó la copa haciendo un gesto hacia ellos y la vació de un solo trago. Lorenzo y Juana apenas se llevaron las suyas los labios, aunque se miraron algo más tranquilos. Juana, después de un segundo sorbo, se atrevió a preguntar:

—Mi señor, habéis dicho que había dos motivos para traernos hasta aquí. ¿Cuál es el segundo?

Baltasar apoyó una mano en el hombro de ella y otra en el de Lorenzo antes de contestar mirándola con atención.

—La segunda razón para que estéis aquí, Juana, es que tu marido haga lo mejor que sabe hacer: falsificar documentos. Con ellos espero complicarle la vida a Enrique

IV tanto como sea posible.

Capítulo XXII

La primavera llegó plácida a la corte de Felipe III, trayendo nuevas esperanzas de paz y abundancias, si bien los problemas en realidad parecían escurrirse entre los dedos del rey, quien delegaba todos los asuntos en Francisco, que se veía a su vez incapaz de conducir en línea recta la monarquía, cada vez más parecida a un caballo desbocado.

Aquel día había amanecido soleado, y el joven hijo de la duquesa del Castellar, con tan sólo once años, sudaba a chorros en el corto trayecto que llevaba desde la iglesia al carruaje que lo esperaba. Caminaba bamboleando su cuerpo rechoncho, de niño aún, delante del sirviente que lo acompañaba.

De pronto, un sonido sordo se escuchó a su espalda. Podría haber pasado por un gruñido, y a continuación unas voces quedas: «Sujetadlo». Gaspar Juan Arias de Saavedra, que así se llamaba el muchachito, se giró a tiempo de ver cómo un saco maloliente y sucio le caía sobre la cabeza. Se agachó con rapidez, y si bien no logró zafarse del todo, sí evitó quedar enterrado bajo él. Rodó por el suelo peleando con los brazos que intentaban retenerle, y aunque miraba entre las piernas de sus asaltantes, parecía que todos los que paseaban hacía poco por las calles hubieran desaparecido por arte de magia. Se removió como pudo cuando unos dedos que más parecían zarpas que otra cosa se le clavaron en la ropilla. Y en ese momento, el pequeño Gaspar fue capaz de soltar un grito espeluznante.

Lo alzaron del suelo con rapidez mientras pataleaba. Más de un gruñido se escuchó cuando sus talones golpearon carne y hueso, pero de nada le sirvió. Ya se lo llevaban en volandas cuando alguien apareció de repente y golpeó a uno de los dos hombres, un pelirrojo que no había dicho ni una palabra, en la cabeza, haciéndole caer al suelo. A la velocidad del rayo sacó un pistolón que al chiquillo le pareció tan grande como uno de los cañones de La Invencible, apuntó al que sostenía en el aire al hijo de la condesa y con voz agitada espetó:

—Suéltalo antes de que te abra un boquete del que no te salva ni Cristo resucitado...

Las palabras parecieron surtir efecto, porque los brazos del asaltante se abrieron con lentitud dejando que Gaspar, con unos lagrimones como puños arrasándole el rostro, descendiera con lentitud. En cuanto sus pies tocaron el suelo, el tipo aquel levantó las manos y dio unos pasos atrás lentamente; miró a su compañero, que se había levantado alejándose a su vez el hombre de la pistola, y le dijo:

—¡Corre, escocés!

Se giró con tal velocidad que, aunque sonó el disparo, la bala sólo encontró aire, tan rápido había doblado la esquina el asaltante.

—Fue entonces cuando empezaron a llegar otros viandantes —explicaba el

salvador del muchacho, sentado frente a un buen vaso de vino en la sala de visitas del monasterio en el que la condesa se recluía.

La mujer abrazaba a su hijo, todavía sin reponerse del todo del susto.

—Pero fuisteis vos quien primero se acercó a ayudarle; y eso no he de olvidarlo. Tomad —dijo abriendo con una mano un cajón de su escritorio y sacando una bolsa llena de buenos dineros—. Es sólo una muestra de agradecimiento.

El hombre se inclinó en la silla, adelantando la mano para hacerse con el premio que le ofrecían al tiempo que lucía una sonrisa enigmática. Fue entonces cuando la condesa comprobó que lucía gruesas cicatrices en torno a las muñecas y que las manos le temblaban levemente, como si los músculos no fueran suficientes para sostener el peso de las manos.

Una vez tuvo aferrada la bolsa, el hombre se levantó con cierta brusquedad, hizo una inclinación que pareció un tanto burlesca y dio los pocos pasos que le separaban de la puerta. Llegado a ella, se giró de nuevo a la condesa, que parecía sorprendida por la falta de modales de aquel hombre, que tan rápido salvaba a su hijo de un secuestro como se apropiaba de unas monedas sin dar siquiera las gracias.

—He de marcharme ya, condesa; mas, antes de irme, permitidme un consejo: no deberíais ir hablando por ahí de gente más poderosa que vos. Esta vez sólo me contrataron para daros un susto... La próxima tal vez tenga que hacerle daño a Gaspar, o tal vez a vuestro otro hijo, Baltasar. O incluso a alguna de vuestras hijas, y creo que ya habéis sufrido bastante cuando murió la primera de ellas, pronto hará diez años. Atended pues a mis palabras: olvidaos del duque de Lerma.

Ya se giraba para marcharse cuando sonó la voz, temblorosa y hueca, de la condesa.

—¿Quién sois en realidad...?

Cuando el hombre se volvió a mirarla pudo comprobar que sus palabras habían surtido efecto: la condesa estaba pálida, un leve temblor hacía danzar su cabeza de forma involuntaria y las manos aferraban los brazos de su hijo con tanta fuerza que parecían querer convertirse en cadenas con las que atar al chico.

La miró con un brillo macabro en los ojos antes de contestar.

—Algunos me llaman «el monje». Gracias por los dineros, encontraré en qué gastarlos.

Para cuando la condesa fue capaz de reaccionar y salir del despacho, él ya se encontraba en la otra punta de Madrid.

* * *

El verano pasó con rapidez, y una noche de octubre la reina se encontró mirando por

la ventana de su cámara hacia poniente, donde el sol ya hacía rato que se había ocultado. Se encontraba sola por primera vez en mucho tiempo, y bien que le había costado lograrlo. Tuvo que enviar a su camarera, la hermana de Francisco, a conseguirle piedras con las que calentar la cama. En realidad no hacía tanto frío como para tomar esas medidas, pero el hecho de que estuviera embarazada de casi cuatro meses hacía creíble cualquier excusa que diera acerca de su comodidad.

De pronto se abrió la puerta y entró el hombre que había estado esperando. Su voz debió sonar hueca en la gran cámara real.

—Aquí estoy, majestad. Debe ser importante lo que tenéis que decirme, pues no son pocos los esfuerzos que habéis realizado para verme a solas —dijo el recién llegado mientras sujetaba el sombrero con una mano y mesaba sus bigotes con la otra.

—Así es, don Pedro. Y lo cierto es que no tenemos demasiado tiempo, de manera que no me andaré con rodeos. —La reina se giró hacia el hombre y tomó asiento con gracia—. Necesito vuestra ayuda.

—Sólo tenéis que dar una orden y sabré ejecutarla —contestó de inmediato Pedro Álvarez de Toledo.

—Me temo que no es tan sencillo. De lo contrario hubiera acudido a cualquiera de mis sirvientes. No, se trata de un asunto de la máxima importancia, además de ser extremadamente delicado.

—En ese caso me honráis al confiármelo, mi señora.

—¿Puedo contar entonces con vuestra discreción?

—¡Me ofendéis!

—No seáis remilgado, don Pedro. Cuando conozcáis el asunto entenderéis el por qué de mis recelos. Bien, puesto que no tengo otra opción, confiaré en vos.

»Habéis de saber que no os he elegido al azar; más bien al contrario, ha sido tras mucho buscar a la persona adecuada. Dos son los factores que hicieron que me inclinara por vos: el primero de ellos es que sois pariente de María de Medici, la reina de Francia. Su tío, si Baltasar de Zúñiga no me informó mal, ¿no es cierto?

—Es cierto, aunque no es exacto. Mi padre y Leonor de Medici, la abuela de María, que ahora es esposa de Enrique IV, eran hermanos. Soy, por tanto, primo de su padre, o primo en segundo grado de la reina, si lo preferís.

—Para el caso es lo mismo —comentó Margarita con desgana—. ¿Vuestras relaciones son buenas?

—Tanto como pueden serlo.

—Bien. El segundo aspecto por el que os elegí a vos para esta misión es que sois un hombre mayor, que durante mucho tiempo lleva esperando, en balde, que se os reconozcan vuestros muchos servicios. —Ante estas palabras, el rostro de Pedro de Toledo enrojeció—. Sois un hombre prudente —continuó Margarita con una sonrisa—. Me gusta, eso vendrá bien para mis propósitos.

—¿Puedo preguntaros cuáles son éstos?

—A eso voy, a eso voy. No os voy a esconder que mi posición política se sitúa en

el extremo opuesto a la que ostenta ese avaricioso del duque de Lerma... Esto es bien sabido por toda la corte y, sin duda, vos mismo habréis escuchado rumores al respecto. Mi deseo es librar a mi esposo de su influencia malsana, de sus intrigas y corruptelas, de sus ministros ineficaces que sólo buscan sus propios intereses. —La voz de la reina se había ido endureciendo con cada palabra que pronunciaba, como le ocurría a menudo cuando trataba asuntos que le disgustaban—. Y vos podéis ayudarme a conseguirlo, don Pedro. Desde luego, yo sabría recompensaros obteniendo para vos lo que tanto deseáis.

—¿Yo? ¿Cómo?

El napolitano estaba confundido. Era cierto que deseaba obtener el título de Grande de España, toda la corte lo sabía, y que durante mucho tiempo se le había estado negando esa posibilidad. De pronto, la misma reina le ofrecía abiertamente esa merced, aunque para ello debía meterse de lleno en una lucha política de la que tal vez no saliera bien parado. No podía tentarlo con ninguna otra cosa mejor para que aceptara participar en su juego.

—Francia sigue luchando contra España, aunque sea en la sombra —argumentó la reina mientras se ponía en pie y se acercaba nuevamente a la ventana—. No son pocas las ayudas que ofrecen nuestros vecinos a los rebeldes de las Provincias Unidas.

—Francia selló la paz con España hace tiempo, mi reina, creo que...

—¡No seáis estúpido, don Pedro! ¡Si lo sois no me servís en absoluto para lo que deseo! Francia siempre será enemiga de España, bien lo sabéis. Por tanto, cualquier asunto que desestabilice a mi esposo o sus reinos será bienvenido por los franceses.

—Entiendo. Lo que no veo claro es qué tiene que ver mi parentesco con María de Medici.

—Imagino que Enrique sabrá premiar bien a quien pueda servirle en bandeja de plata la cabeza del duque de Lerma, ¿no creéis?

—¿Pretendéis acaso asesinar al duque? ¡Eso es prácticamente imposible!

—Cierto, es imposible. Por eso no quiero asesinarlo a él. Lo que quiero hacer es algo más retorcido, más lento, sin duda, aunque también más seguro. Ya lo he intentado por otros medios, pero mis objetivos no llegaron a cristalizar debido al apresamiento de la marquesa del Valle. Es necesario que termine con cada uno de los ministros y hechuras de Francisco de Sandoval. Por sí mismo, el duque es un hombre poco capaz que todo lo delega. Si conseguimos librarnos de aquellos que le hacen el trabajo no pasará de ser un miembro más en la corte y tendrá que sentarse en algún rincón a lamerse las heridas mientras yo ocupo el puesto que en verdad me corresponde: el de ayudar a mi esposo a gobernar sus estados.

»No tenéis tiempo para pensar en ello, don Pedro. Mi camarera mayor, aunque bien podría decir mi carcelera, no tardará en llegar. ¿Qué respondéis? ¿Me ayudaréis en esta empresa?

Pedro de Toledo se acercó hasta Margarita, dobló su cuerpo a la vez que ella le

tendía las manos mostrando una sonrisa. Las besó delicadamente y, mirándola fijamente a los ojos, le contestó.

—Podéis contar conmigo, majestad. ¿Qué queréis que haga?

El rostro de Margarita mostró todo el placer que sentía en una sonrisa que iluminó sus ojos. Sin embargo, sus rasgos mostraron la ferocidad que albergaba en su interior. Sus palabras no dejaron lugar a dudas.

—¡Todo cuanto sea necesario! —anunció, y volvió a mirar por la ventana, fijando su atención en el cometa que acababan de descubrir los astrólogos.

* * *

Desde que llegara a España varios años atrás y comenzara a servir como paje de Francisco, la situación de Rodrigo Calderón había ido mejorando más y más. A esas alturas era uno de los hombres más poderosos de la corte. Todo pasaba por sus manos, y de él dependía que un asunto obtuviera una resolución rápida o, por el contrario, se ralentizara eternamente, perdido entre un millar de pergaminos de otras peticiones.

Pronto supo sacar provecho de esta circunstancia y no eran pocos los que acudían a él, dinero en mano, en busca de una resolución favorable para su caso, pues el rey, presto como siempre a delegar en otros las decisiones, solía escuchar lo que tenía que decir su secretario.

Estas actividades le ganaron muchas amistades a Rodrigo; gentes sin escrúpulos dispuestas a cualquier cosa por conseguir lo que deseaban. Pero a la vez no eran pocos los que lo criticaban más o menos en público por temor al poder de su protector, el duque de Lerma. El secretario real era una de las principales piezas del juego político que mantenía a Francisco en la cumbre de su poder. Y eso hizo que fuera el primer objetivo que eliminar por parte de la reina.

Aquella noche, Rodrigo Calderón era transportado en una silla hasta su palacio. Se había quedado adormilado cuando, de repente, hubo una conmoción muy cerca de él que lo despertó por completo. Varios hombres gritaron, se desenvainaron algunas espadas y un arcabuz sonó en la oscuridad. Se escuchó el sonido de muchos pasos a la carrera y algunas órdenes y después se hizo el silencio. La silla se detuvo y Rodrigo Calderón asomó la cabeza.

—¿Se puede saber qué sucede? —preguntó con la inquietud pintada en la cara.

—No lo sabemos, señor —contestó uno de los mozos que sujetaban las largas varas de la silla—. Parece que una ronda de soldados intentó dar el alto a alguien. Un oficial ordenó que esperáramos aquí hasta saber lo que sucedía.

Poco después, el oficial regresaba con prisa, haciendo resonar sus botas entre las

casas de la calle. Contestó de inmediato a las preguntas de Calderón.

—Parece que alguien intentó disparar contra vos. Eligieron bien el momento, pues dos días atrás hubo luna nueva y aún refleja poca luz.

—Lo habéis atrapado, espero —comentó el secretario entre temeroso e iracundo.

—Me temo que no. Se ha escurrido por los callejones. Habéis tenido mucha suerte. En la carrera, el malnacido dejó caer el pistolete con el que os quiso disparar. Por fortuna para vos, la mecha no llegó a prender.

Los días que siguieron al intento de asesinato del secretario real fueron un auténtico caos. Se hicieron registros, se inició una investigación... Todo fue en balde. El hombre que había intentado matarlo había desaparecido.

Mientras todo esto sucedía, corrió la voz de que a la marquesa del Valle se la obligaría a despedir a todos sus sirvientes, con lo que, de repente, algunos buenos hombres y mujeres que habían dedicado su vida a servir a la nobleza se verían en la calle sin más hacienda que su propia existencia. Con las posesiones de la marquesa se haría almoneda, vendiéndose al mejor postor el fruto de toda una vida. Ella misma tuvo que tomar una decisión, pues el objetivo de todas estas diligencias era que la mujer entrara en un monasterio y se alejara definitivamente de la corte. Sin embargo, cuando se le indicaron todas estas cuestiones y le preguntaron acerca del monasterio en el que le gustaría recluirse, respondió con entereza e hidalguía, diciendo que en absoluto seguiría esas indicaciones y que cualquier cosa que se hiciera con ella en este sentido sería por la fuerza, y no de buena voluntad.

A finales de año, todos estos rumores cobraron certeza. La intención era persuadirla de que se decidiera por algún convento en el que pudiera recluirse de acuerdo a su importancia. Cuatro días estuvieron intentando arrancarle una decisión. Nada consiguieron; simplemente contestó que, dado que no estaba en libertad, no le correspondía a ella decidir sobre su vida. Se puso entonces en manos del rey y aseguró que le obedecería en aquello que le ordenara.

En lugar de prestar atención a este asunto, Felipe III se dedicó a despilfarrar cuanto oro caía en sus manos en cacerías y juegos. En unos pocos días perdió doscientos mil ducados jugando a los naipes, una de sus actividades favoritas cuando el invierno arreciaba y no le permitía salir tanto como le hubiera gustado a cazar.

La mente de Francisco, por su parte, se encontraba en otro lugar: las obras en Lerma avanzaban a muy buen ritmo. Ya llevaban dos años trabajando en la casa del castillo. En octubre del año anterior había concertado el suministro y colocación de la pizarra de los chapiteles que adornarían su palacio. En ese momento, finalizando 1604, comenzó a sentirse la necesidad que había de llevar agua hasta la casa, pues aunque las obras estaban muy avanzadas nadie había tenido en cuenta ese asunto. Y no sería fácil hacerlo, pues el agua debía llegar hasta el palacio desde el río Arlanza, situado a cincuenta y cinco varas por debajo de la loma en la que se alzaba la vivienda. Francisco de Mora demostró nuevamente por qué era él, y no otro, el trazador real. Ideó una maquinaria que aprovechaba la misma corriente del río para

subir el agua hasta la cima.

Las obras de la carpintería exterior del palacio también estaban casi concluidas, con las ventanas y las puertas ya labradas y los postigos adquiridos. Con todo, aún quedaba mucho trabajo por hacer.

Pese a todos estos afanes, Francisco tenía que atender asuntos más importantes que las construcciones de su villa, y es que había conseguido desbaratar el intento de dar muerte a Rodrigo Calderón, mas estaba convencido de que habría nuevos atentados contra él o sus ministros.

* * *

En la sala del trono de Enrique IV los ánimos estaban alterados. Unos meses antes se había originado un revuelo importante cuando fue descubierto Nicolas L'Hoste, uno de los principales espías españoles, que servía como secretario del encargado de la política exterior francesa. Pero Nicolas supo que había sido desenmascarado y huyó con la ayuda de Baltasar. No obstante, fue perseguido y terminó muriendo ahogado. Enrique IV montó en cólera, pero no tenía pruebas reales de las artimañas del traidor.

Eso puso aún en más aprietos a Baltasar; no obstante, era perro viejo y llevaba muchos años sirviendo como embajador como para permitir que algo así lo pusiera nervioso. Poco después se destapaba un desastre aún mayor, y eso era lo que lo había llevado ante el rey francés. Observó que apenas había servidores y que los pocos presentes se hallaban más alejados de lo habitual. El único que podría escucharlos era el secretario Villaroy, a quien había espiado L'Hoste. Enrique IV no quería montar un escándalo de todo aquello. Al menos, no un escándalo mayor del que ya se había formado. Y es que todo el asunto tenía que ver con la marquesa de Verneuil, la amante del rey.

Enrique ni siquiera mantuvo la mínima cortesía. Tan pronto como Baltasar se acercó a él, se levantó tendiéndole una carta. El rey francés contaba apenas treinta años, pero tenía ya el pelo, la barba y los bigotes salpicados de gris, y la frente, que mostraba unas entradas muy pronunciadas, estaba surcada de arrugas que iban ganando en profundidad con rapidez.

—¡No podréis negar esto con la facilidad con la que desmentisteis el asunto de L'Hoste!

Baltasar tomó los papeles con tranquilidad y sin decir una palabra. Comenzó a leer la misiva, un documento firmado por el rey Jacobo VI de Inglaterra, que aseguraba que la embajada española había preparado una confabulación contra Enrique.

—Podéis ver que se os acusa de intentar derrocar a nuestro rey —dijo uno de los

ministros— y poner en su lugar a... —El hombre titubeó ante lo que iba a decir al comprobar que Enrique lo apuñalaba con los ojos. Cambió de idea y decidió llamarlo por su nombre— a Gastón Enrique.

Baltasar se echó a reír.

—¿Os reís de nosotros? —bramó el rey francés.

—No, majestad —respondió Baltasar sacudiendo una mano mientras se calmaba—. Me río de lo absurdo de todo esto... Decís, a tenor de esta carta, que la embajada española ha tejido una conspiración contra vos con el fin de poner en el trono... ¡A un niño de apenas tres años!

—¿Lo negáis?

—¡Por supuesto que lo niego, majestad! Para empezar, ¿cómo es posible que la marquesa con quien os une... digamos... una excelente relación, pueda ponerse en contra de vos? ¡No lo entiendo!

—¡Por supuesto que lo entendéis! La marquesa tiene en su poder una carta. Una carta que supuestamente firmé de mi propia mano, en la que se le asegura que me casaría con ella. ¡Y jamás firmé algo parecido!

—Lamento que eso ocurra, majestad; mas, en verdad, no sé qué tiene que ver todo eso con la embajada...

—Tiene mucho que ver. Hemos sabido —explicó el ministro—, que contáis entre vuestro personal con falsificadores que muy bien podrían haber escrito esa carta.

—Tened cuidado con lo que decís, Villeroy... —La voz de Baltasar se tornó dura de repente—. No tenéis derecho a acusar sin tener pruebas.

—Podéis indignaros cuanto deseéis, don Baltasar, pero el caso está claro: habéis escrito esa carta, puesto que el propio rey no lo hizo. Y no contento con ello, prometisteis a la marquesa Verneuil que en caso de que la conjura no llegara a buen fin, o si se encontraban con algún tipo de problema con María de Medici, nuestra legítima reina, podría retirarse a España, o a Portugal si lo prefería. Que incluso, si llegaba el caso, se casaría a Gaston con alguna princesa española y defenderíais su derecho al trono. ¿Negáis también todo esto?

—Por completo. ¿De dónde habéis sacado todas esas ideas? ¿Conspirar contra el trono de Francia? Desde el tratado de Vervins mantenemos buenas relaciones, si bien, majestad, os empeñáis en ayudar a los rebeldes que se levantan contra su soberano. Y ahora, no contentos con eso, levantáis toda esta... locura para justificar vuestra política de enemistad contra España.

»Nada tenemos que ver con este asunto. Si me permitís la sugerencia —dijo mirando al rey con severidad—, lo primero que deberíais hacer es lograr esa supuesta carta firmada por vuestra mano y comprobar si hay algo que indique la participación de mi embajada o de cualquiera de los míos. Apuesto a que no lo encontraréis. Y también os insto —continuó con voz firme— a que encontréis los documentos que indican esa supuesta protección contra la marquesa y su... retoño. En todos estos papeles que me habéis mostrado —explicaba mostrando los documentos y

sacudiéndolos en el aire, hay que pruebe que la embajada, ni ningún español, ha tenido que ver en este asunto.

»Majestad —se había dado un respiro para calmar la voz antes de continuar. Relajó los hombros, dejó caer los brazos, abandonó los papeles en un atril cercano y se dirigió al rey de nuevo en el tono más sumiso que pudo componer—, España respeta y apoya vuestro reinado. Dejémonos de buscar fantasmas uno en la casa del otro y busquemos soluciones a nuestros problemas. Porque tenemos problemas, sí. Vos sois un monarca que ama a vuestro pueblo. Y tanto el vuestro como el mío sufren por la falta de comercio entre nuestros países. Permitid que os muestre nuestro apoyo: acordemos medidas que permitan que España elimine los aranceles del decreto Gauna y eliminad vos las tasas en el puerto de Calais.

La reunión fue tensa, pero Baltasar ganó la partida. Enrique no pudo demostrar sus acusaciones y la única salida que le quedó fue aceptar las propuestas del embajador.

Tan pronto como Baltasar regresó al palacio llamó a Lorenzo. Sabía que aquel hombre valía su peso en oro. Su trabajo era de una calidad inigualable y le estaba sacando frutos tan provechosos como el de aquella jornada. Tan pronto como lo tuvo delante, le encomendó nuevas tareas.

—No podría estar más contento de ti. —El escriba se inclinó agradeciendo el cumplido. Por una vez se sentía bien realizando su trabajo y este le permitía llevar una vida rodeados de lujos. Francisca estaba encantada y Juana parecía haber olvidado por el momento sus ansias de venganza—. El asunto de la marquesa ha salido mucho mejor de lo que pensábamos; tus documentos no han sido descubiertos y hemos podido desbloquear la situación comercial. Pero queda mucho por hacer, y lo que tengo que pedirte es si cabe aún más complicado.

»Has de saber que el duque de Lerma, como siempre, se opone a este plan, lo que no nos sorprende, ¿verdad? —dijo con alegría—. No quiere que se declare una nueva guerra contra Francia... Pero nosotros intentaremos un golpe audaz. Prepara nuevos documentos, Lorenzo. Intentaremos levantar a los hugonotes para que apoyen al príncipe de Orange en contra de Enrique. Nuestro duque tiene mucha ambición... pero no tiene el valor necesario para hacer lo que debe hacerse.

Lorenzo se inclinó ante Baltasar y se marchó. Ya empezaba a pensar en cómo llevar a cabo el encargo de su señor.

Capítulo XXIII

Si bien los primeros meses de 1604 estuvieron marcados por las lluvias y las inundaciones, 1605 prometía ser todo lo contrario: un año caluroso. En Sevilla parecía que los meses de diciembre y enero eran en realidad mayo, con los naranjos expeliendo el fresco olor del azahar y los campos florecidos. Pero los rebaños en el campo sufrían la sequía, y las yerbas estaban secas y no podían comerlas. No fueron pocas las procesiones que salieron en la ciudad rogando a Dios por agua, y lo mismo se hizo en otros pueblos de Andalucía. Incluso en Valladolid se prepararon para sacar en procesión la imagen de Nuestra Señora de San Lorente, a la que se tenía gran devoción y a la que ya en otras ocasiones habían rogado cuando la necesidad de agua apretaba a la ciudad. Parecía que el año traería un tiempo estéril que acompañaría a una no menos estéril economía.

La reina, por su parte, mostraba el fruto de su preñez, contrastando con los campos áridos y sedientos. Se presumía que daría a luz en el mes de mayo y todos esperaban que, esta vez sí, alumbrara a un varón sano.

Para Francisco el año comenzó igual que había concluido el anterior: ya a finales de 1604 algunas voces comenzaron a levantarse acusando a Pedro Franqueza y Alonso Ramírez de Prado de ser corruptos y no estar preparados para llevar los puestos que ocupaban. O lo que era lo mismo, de no ser capaces de sacar a los reinos de la difícil situación económica en la que se encontraban. Quizá para tranquilizar un poco a la corte, que llevaba varios meses entre preocupaciones y desvelos, se conoció al fin la sentencia que los jueces dictaron en contra de la marquesa del Valle y su sobrina. Las dejaron en libertad, aunque se les ordenó partir a un monasterio situado en Logroño. No debía ser entendida la orden como una prisión, de modo que las mujeres podrían salir y entrar a su antojo, así como recibir visitas sin privación alguna.

Valladolid se preparaba para los festejos y las celebraciones que estaban por venir cuando llegara el almirante inglés para ratificar el tratado de paz que Juan de Tassis había logrado cuando, una noche, el ocho de abril, las campanas de toda la ciudad comenzaron a repicar. La gente comenzó a salir a la calle preguntándose unos a otros a qué podría deberse el canto de los campanarios. Muchos dijeron que se trataba de anunciar la elección del nuevo Papa. Clemente VIII había muerto un mes antes, pero aún no se tenían noticias de quién sería su sucesor. No tardó en correrse la verdadera noticia: Margarita de Austria había dado a luz a las nueve y media de la noche. Y para satisfacción de todos, se trataba de un varón. Los que temían que el niño pudiera sufrir mala salud, tal y como sucediera con su difunta hermana, pudieron descansar tranquilos. El hijo del rey había nacido sano y fuerte, muy crecido, y la reina sufrió poco durante el alumbramiento.

Valladolid no tuvo descanso aquel día. Las luminarias corrían por las calles y las gentes se regocijaban en la fría noche de aquel Viernes Santo. No pasaron más que unas horas hasta que se empezara a hablar abiertamente de una curiosidad que pocos pensaron que pudiera ser coincidencia: Felipe II nació en mil quinientos veintisiete, Felipe III tenía veintisiete años cuando nació su heredero y, además, hacía veintisiete años que no nacía ningún hijo varón en la casa real. Todo eso no podían ser coincidencias, sino señales claras de la complacencia de Dios en aquel alumbramiento.

Las mascaradas y las festividades, los desfiles y procesiones fueron tantos que Valladolid parecía una ciudad emborrachada de fiestas, pues unas cosas se sucedieron a otras y se celebró el nacimiento del príncipe, la elección del nuevo Papa, la llegada de la delegación inglesa que venía con motivo de la firma de la paz alcanzada poco antes y el bautizo del infante. Se le puso por nombre Felipe Dominico Víctor, y el espectáculo fue tal que nunca antes se había visto nada parecido.

Por fin, el día del Corpus, el rey juró el tratado de Londres, que se había firmado el año anterior. Los festejos duraron hasta mediados de junio, pero aquella noche hubo una mascarada en honor del almirante inglés, Charles Howard, delegado inglés para la ocasión.

Los actores representaron la rendición de Moctezuma ante Hernán Cortés, y hubo tantos indios en aquella representación que parecían haber viajado todos hasta las Indias en un abrir y cerrar de ojos. Bailaron como grullas, hubo desfiles de cuadrillas que cabalgaban en caballos unos, en mulas otros. Moctezuma estaba sentado en un trono tan grande que debía ser transportado por dieciséis hombres. Cerraban la mascarada una compañía de arcabuceros y un Hernán Cortés victorioso y henchido de orgullo por haber sometido a los salvajes.

Hubo entremeses, mojigangas y bailes. Comida y bebida a raudales. Los reyes reían y disfrutaban del espectáculo. El almirante inglés estaba colorado como los tomates que llegaban de las Indias de tanta carne y tanto vino.

Francisco pasó buena parte de la noche sentado algo aparte, lanzando una sonrisa ocasional, saludando a unos o a otros desde su asiento, no muy lejos de los reyes. En mitad de uno de los bailes, el frufrú cercano de un vestido le hizo comprender que no estaba solo.

—Mi querido duque, llevo toda la noche fijándome en vos. Parece que no estuvierais disfrutando del espectáculo, tan alejado de todos... Esta es vuestra gran fiesta. Vos sois quien habéis logrado que la paz con Inglaterra fuera una realidad. ¿Qué os tiene, pues, tan melancólico?

—¡Ah, doña Luisa...! Sois una mujer observadora, a la par que bella. Es cierto, estoy algo apartado. Mucho ha costado lograr todo esto —indicó con un leve movimiento de la cabeza.

—Dejaos de formalidades conmigo, Francisco... ¿Cuánto hace que nos conocemos? Casi toda la vida, ¿no es cierto? Vos marqués de Denia, yo condesa de

Valencia... ¿A cuántos banquetes, a cuantos bailes, mascaradas, obras y festividades hemos acudido juntos? Puedo entender vuestro pesar si se debe a la pérdida de vuestra esposa; Catalina era una gran mujer: devota y fiel a sus señores y; no me cabe duda, también a su casa y a su esposo. También yo sufrí cuando hace unos años enviudé. Pero, creedme, Francisco: vuestro pesar dura ya demasiado. Tiempo es de que volváis a disfrutar un poco y descanséis de vuestros desvelos. ¡Hoy es un día para disfrutar! Así pues, sacadme a bailar. Sé que sois buen bailarín y hace demasiado que nadie dirige bien mis pasos.

Le tendió una mano y Francisco rio.

—Muy bien, Luisa. Bailemos, pues.

La pieza no duró demasiado y la condesa de Valencia dejó pronto a Francisco, que regresó a su asiento. Su rostro parecía haber perdido años y los que estaban junto a él disfrutaron de su conversación durante buena parte de la noche. En un momento dado salió al jardín. Allí se encontró sin esperarlo con un grupo en el que estaban Rodrigo Calderón y su esposa, Juan de Zúñiga y la condesa, Luisa Manrique de Lara. Sin saber cómo, acabaron los dos solos, sentados en un banco, aspirando el olor de las plantas nocturnas. Los sorprendió el sol horas después, tras una larga noche de conversación.

* * *

—¡Todo esto es impresionante, Francisco!

Luisa miraba asombrada los trabajos llevados a cabo en el castillo de Lerma. El edificio no era, ni mucho menos, el definitivo; aún quedaban por hacer grandes cambios, pero los primeros trabajos ya estaban prácticamente concluidos y de la antigua planta cuadrangular apenas quedaban un par de torreones y poco más. Parecía un edificio totalmente nuevo, mucho más sólido y alto, y Luisa estaba maravillada con lo que veía. En especial en el interior de la casa.

Sólo los tapices eran incontables. Decenas de ellos colgaban adornando sala tras sala. Los había reproduciendo escenas bíblicas como el combate entre David y Goliat o la historia de Sansón. Otros representaban escenas mitológicas y contaban las historias de Hércules, la guerra de Troya o las bodas de Mercurio. Algunos más mostraban pasajes históricos: Aníbal, o la toma de Antequera eran algunos de estos últimos. Los suelos apenas se pisaban, sino que se caminaba sobre alfombras, ya fueran berberiscas o del Cairo, mostrando todos los colores imaginables: rojos, negros, amarillos, azules, verdes, blancos y morados. Muchas otras eran maravillosas alfombras indias, o turcas, en las que se podían admirar representaciones de cacerías, o animales y otros dibujos. Y, por supuesto, también había algunas de la fábrica de

Alcaraz. Los muebles eran más dignos del Palacio Real que de cualquier otro sitio. Dos bufetes venidos de Brasil lucían majestuosos junto a otros muebles de nogal e incluso de ébano. Las sillas eran un sinfín, de todos los tipos que pudieran encontrarse: tapizadas en terciopelo, con bordados en oro, con brocados, con tela de Florencia, labradas en seda e incluso con franjones de oro y plata...

Francisco reía complacido mientras observaba a la condesa, con quien pasaba cada vez más tiempo, que miraba a todos lados descubriendo maravillas en cada rincón mientras sujetaba entre sus brazos un perrillo faldero que le había regalado días atrás y al que ella había llamado *Vizconde*.

—Veo que es de tu agrado.

—¡Por supuesto! —contestó—. ¿Quién podría quedarse indiferente ante todo esto?

—Queda todavía mucho por hacer. En la propia casa se están colocando vidrieras, y las puertas y ventanas, como ves, se han cambiado por estas otras labradas. En cuanto a los balcones, Vicente Carducho se encargará de dorarlos y pintarlos.

—¿No es aquel italiano que pintó los frescos del Escorial?

—No. Ése es Bartolomé, su hermano. Vicente aprendió el oficio en su taller y, en mi opinión, su arte es muy superior al de Bartolomé. También queda mucho que hacer en la villa. En el parque, por ejemplo, se está concluyendo el foso para los cisnes que han de llegar desde la Casa de Campo. Y estos días se están derruyendo las antiguas murallas de la ciudad. Pronto empezare a comprar las casas próximas al palacio.

—¿Las casas que hay justo enfrente? ¿Pero en qué estás pensando? —preguntó escandalizada—. ¡Si no son más que sencillas casuchas de madera! Algunas son tan pequeñas que un caballero en su montura puede tocar sus tejas —comentó con desprecio.

Nuevamente se dejó oír la risa de Francisco.

—¡Precisamente por todo eso que cuentas, mi querida Luisa! No puedo tener el mejor palacio de toda España rodeado de simples casas de campesinos, ¿no te parece? Voy a cambiar por completo toda esa explanada. Construiré una plaza ducal como no hay otra. Ya lo verás —concluyó con una sonrisa.

Tras unos instantes de silencio, Francisco la tomó suavemente por el brazo y habló mientras fruncía el ceño.

—¿A qué viene ese gesto de preocupación?

Lo miró a la cara y exhaló un profundo suspiro:

—Pues viene, precisamente, a que estoy preocupada.

—¿Por qué?

—No son pocos los que hablan mal de ti, Francisco. Cuando vean todo lo que estás haciendo aquí, ¿qué crees que dirán? Desde luego, no serán alabanzas lo que recibas...

—Lo cierto es, Luisa, que me importa muy poco lo que puedan decir las malas

lenguas. He de confesarte que me siento ahora más seguro que nunca. Conozco bien a mis enemigos y tengo gente de confianza vigilándolos —dijo bajando la voz. Y tras un instante en el que recuperó su sonrisa, continuó de nuevo esperanzado—. Mas, el hecho de haber logrado la paz con Inglaterra es sin duda mi mayor logro y algo que juega a mi favor, como bien me dijiste hace algunas semanas. Esa paz permitirá terminar de una vez con la guerra en Flandes y, como consecuencia, terminarán los problemas de la hacienda. Créeme, Luisa: en estos momentos soy intocable. Y, además, he descubierto que tengo a una persona que se preocupa por mí —aseguró besando levemente la mano de la mujer.

Luisa sonrió y se llevó a su vez la mano del duque hasta sus labios. No hubo necesidad de decir nada más. Estrecharon sus cuerpos contra uno de los tapices que adornaban las paredes en el que se podía ver a Jesús protegiendo a María Magdalena de ser apedreada. El perro saltó con torpeza de los brazos de su dueña cuando ella apesó el cuello de Francisco y los siguió cuando caminaron a trompicones hasta una de las sillas, donde él se sentó y ella se colocó encima de él cubriéndolo con sus faldas.

Fue un encuentro rápido, cargado de pasión, que repetirían en muchas otras ocasiones. Tras quedar saciados, con los ánimos más tranquilos, se recostaron en un diván y pidieron vino a un sirviente al que llamaron haciendo sonar una campanilla. Cuando estuvieron solos de nuevo, Luisa retomó la conversación.

—Debo insistir, Francisco. Es cierto que tú eres intocable, pero hay otros que no lo son.

—¿Qué quieres decir? —quiso saber intrigado.

Lo miró sin atreverse a hablar. Al fin decidió decir lo que pensaba.

—Está bien: no me gustan Alonso Ramírez de Prado, ni Pedro Franqueza. Son avariciosos, Francisco —le explicó mientras le acariciaba suavemente el brazo ante la expresión de disgusto que se dibujaba en su semblante—. Ya sabes que hace tiempo que la gente habla mal de ellos.

—Sí —asintió él con disgusto—, pero no puedo luchar contra todos los comentarios que corren por los reinos. Tengo cosas más importantes que hacer.

—Desde luego, pero esos comentarios existen, lo quieras o no. Se dice abiertamente que después de ti el más importante es Pedro Franqueza, pero que es tan corrupto que aquellos que desean algo de él ya ni siquiera pueden sobornarlo con regalos menores. Todo tiene que ser a lo grande. Lo mismo se dice de Rodrigo Calderón.

—¿Qué pasa con Rodrigo? —preguntó cada vez más a disgusto con el rumbo que había tomado la conversación.

—¡Por favor, no te enfades conmigo! Sólo intento ayudarte...

—Ya lo sé, Luisa. Perdóname. Bien, dime qué se habla sobre Rodrigo.

—Pues más de lo mismo. Que si es corrupto, que si no se puede hablar con él llevando las manos vacías... La gente comienza a pensar que tus ministros han

transformado la corte en un mercado en el que todo está en venta, siempre y cuando el comprador tenga la cantidad adecuada.

La condesa no hacía más que exponer una verdad: el descontento se estaba aposentando en los súbditos del rey debido a las irregularidades que, según algunos, cometían los principales ministros del reino. Pronto comenzó a criticarse no a las personas de manera individual, sino al mismo sistema de gobierno. La gente empezó a recelar del poder que acumulaba Francisco quien, además, era el responsable de permitir que la corrupción en la corte se hubiera convertido en un caballo al galope.

Unos días más tarde, Francisco se veía con dos de sus hijos. Cristóbal apareció altivo y huraño, como de costumbre. Diego, por el contrario, siempre se mostraba tranquilo en presencia de su padre. Pretendía hablar con ellos y pedirles consejo, explicarles lo que había dicho Luisa sobre sus ministros. Ni siquiera tuvo ocasión. Tan pronto como llegó, Cristóbal tomó la palabra, no llegó ni a aceptar la copa que le ofrecía su padre.

—Espero que me llamarais para decir que al fin se me nombrará duque...

Francisco enrojeció, apretó tanto la mano que a punto estuvo de romper el pie de la copa, se giró y la dejó con malas maneras sobre la mesita auxiliar, manchando de tinto el paño que la cubría.

—En el mundo hay otras muchas cosas que ocurren; gran parte de ellas son más importantes que tú o que yo, Cristóbal —le respondió con furia contenida.

—Sí, ya veo... Hay asuntos tan importantes que os dedicáis a traer a mujeres a este palacio, que fue el hogar de mi madre, para acostaros con ellas. ¡Ésas son las empresas que os preocupan en lugar de atender al futuro de vuestros hijos, padre!

La mano salió despedida antes de que pudiera evitarlo y la bofetada resonó en la sala. Fue propinada con fuerza, de modo que dejó un rastro blanquecino que enrojeció de inmediato la mejilla de Cristóbal. Hubieran llegado a más si no hubiera estado Diego presente, pero se interpuso entre ambos y abrazó a su hermano para impedir que las cosas acabaran empeorando.

—¡No volváis a hacer algo así jamás! —gritaba Cristóbal mientras intentaba zafarse de su hermano.

—¡Ni te atrevas a cuestionarme! ¡Cuidé de mi esposa hasta...!

—¡Tenéis suerte de que no lleve...!

¡... lecho de muerte! La honré y la respet...

¡... os atravesaría con ella sin remordimientos!

—... y tengo el derecho a volver a contraer matrimonio si eso es lo que deseo hacer. ¡Y vive Dios que muchos son los que me lo aconsejan!, así que tal vez siga sus palabras y vuelva a vivir de nuevo.

Se hizo el silencio en la estancia durante unos segundos en los que Cristóbal perdió el color del rostro antes de hablar.

—Si lo hacéis, padre —aseguró con voz helada señalándolo con un dedo—, os juro por lo más sagrado que acabaré con vos.

Se liberó del abrazo de su hermano de un empujón y salió a toda velocidad del palacio. Francisco se sentó con aire cansado y se tapó la cara con las manos inclinando el cuello. Diego lo observó y se dio cuenta de lo mucho que había cambiado. Siempre había llevado el pelo muy corto, pero ahora, con las canas conquistando su cabeza, parecía tener un cabello casi transparente. La piel del cuello aparecía formando pliegues profundos, amplias entradas habían ensanchado su frente cubierta de arrugas y las manos, que ocultaban el rostro, mostraban que también allí la piel había comenzado a perder firmeza. Se acercó hasta su padre y se acuclilló junto a él pasándole un brazo por el hombro.

—No le hagáis caso, padre. Siempre fue de temperamento vivo. Se le pasará tan pronto como le mostréis algo de atención y vea que seguís confiando en él. Ofrecedle algún oficio cortesano, dadle algo en lo que ocuparse.

Francisco alzó la cabeza y miró con afecto a su segundo hijo. Le palmeó la cara con cariño y esbozó una triste sonrisa. A continuación le hizo un gesto para que se sentara junto a él. Cuando lo hubo hecho volvió a servir nuevas copas. La suya no había llegado a llenarla y la de Diego se había estrellado contra el suelo cuando se interpuso entre ellos. Tras un par de sorbos, ya más calmado, contestó.

—No pretendo que Cristóbal alcance un oficio cortesano, Diego. ¡Es mi primogénito! Debe tener algo más. No... Es mi heredero y, como tal, debe ser el custodio de todo el poder que mi casa ha adquirido. Es para eso para lo que lo estoy preparando, pero él no lo ve, Diego... No lo ve. —Quedaron en silencio un tiempo, sorbiendo el vino uno, pensando en cómo recuperar a su hijo el otro. Al cabo, Francisco volvió a hablar—. Eres un buen hijo, Diego. Te has convertido en un hombre. Deberías haber tomado esposa hace tiempo; ya es hora de que prestemos atención a ese asunto.

Diego asintió.

—Haré lo que me digáis, padre... Aunque me gustaría... —Pareció meditar un segundo y concluyó—. Haré lo que me digáis.

Francisco le puso una mano en la rodilla y la apretó con afecto.

* * *

Valladolid se encontró de repente en un brete cuando se declaró una plaga que se llevó a miles. No hubo manera de saber cuántos fueron en realidad, pues los cortesanos, deseosos de regresar a Madrid, aumentaban el número de fallecidos mientras que los regidores de la ciudad lo rebajaban. La mayoría de los muertos fueron los más desfavorecidos, aquellos que se alimentaban mal y tenían peores viviendas. Para complicar más las cosas, el río Esgueva, que bajaba desde la Sierra de

la Demanda uniéndose al Pisuerga en Valladolid y que servía como sumidero para limpiar la inmundicia de la ciudad, estuvo más de dos meses sin llevar agua debido a la sequía. La suciedad que cubría Valladolid no era más que la imagen de otro tipo de inmundicia, moral y ética, que a decir de muchos asolaba a la corte de Felipe III.

Durante todo ese tiempo Francisco había dado la espalda al asunto del que le había hablado Luisa, con quien los mentideros cortesanos se habían apresurado a prometerlo, pero ya no podía demorarlo más. Tenía que tomar cartas para evitar que el escándalo le estallara entre las manos. No cabía duda de que la reina estaba detrás de todos los comentarios malintencionados que corrían acerca sobre los ministros. Era hora de reconducir la situación. Para ello sólo se le ocurrió crear una nueva junta que debía controlar la hacienda. En ella estarían, por supuesto, Juan de Acuña, amigo íntimo de Francisco, como presidente del Consejo de Hacienda; Mardones, que seguía sirviendo como confesor real, Alonso Ramírez de Prado y Pedro Franqueza. El objetivo era que por sus manos pasara cualquier documento relativo a la hacienda. Y parecía que el plan funcionaba, pues pronto comenzaron a descubrirse descuidos anteriores e incluso algunos engaños y estafas.

Francisco creyó que con aquella medida quedaría demostrado a la vista de todos que sus colaboradores eran totalmente honrados. No podía estar más equivocado.

Capítulo XXIV

Fray Francisco de Castroverde era agustino. En 1605 sólo le faltaba un invierno para convertirse en septuagenario, pero sus sermones seguían siendo famosos en la corte. Muchos decían que era el mejor predicador que habían conocido las tierras castellanas.

Por desgracia para Francisco, en el transcurso de los últimos años el fraile había estado criticándolo de forma abierta. El primer domingo de Adviento de ese año volvió a hacerlo; esta vez de forma más cruda que nunca.

La iglesia estaba abarrotada, pues la mayoría de los cortesanos preferían los sermones de fray Castroverde a los de cualquier otro. El mismo rey se encontraba presente. El fraile alzó la voz y, lejos de resultar débil o atiplada, pareció tronar entre las paredes de la iglesia como si Dios mismo hablara utilizando a aquel hombre.

—La avaricia —decía el fraile—, es el peor de los pecados capitales. Ese deseo de obtener más, más riqueza, más lujos, más dinero. ¡Más poder! ¿Para qué, me pregunto?

El fraile calló durante unos momentos para observar desde el púlpito y continuó instantes después.

—¿Podrá acaso el codicioso obtener con su dinero el perdón divino por sus actos? ¿Es quizá por su riqueza por lo que será pesado en la balanza de la justicia divina cuando le llegue la hora? ¿Quién de entre vosotros cree que puede obtener más poder que el Todopoderoso?

La voz del fraile mantenía absorto a todo su auditorio. En la iglesia todo era silencio, roto exclusivamente por las palabras del predicador.

—¡El peor de los pecados, os digo! Y es posible que algunos os preguntéis: ¿por qué? ¿No son tal vez peores la lujuria o la ira? Y yo os responderé ¡No! Aún dentro de los peores actos que un hombre puede cometer, hay ciertos grados.

»El mismo Dios, Nuestro Señor, entregó al gran profeta Moisés las tablas con sus sagradas leyes. ¡Fue el mismo Dedo Sagrado quien escribió sobre aquellas piedras!

»De aquellos diez mandatos que fueron entregados a Moisés, ¿cuántos pensáis que eran relativos a la gula? ¿Y a la pereza? ¿A la ira, la envidia, la soberbia? ¡Ninguno! Y no lo hacían porque Dios tenía asuntos más importantes sobre los que advertir. Uno, sí, uno de ellos advertía en contra de la lujuria. Pero ¿quién de vosotros podría decir cuántas advertencias hizo Dios en aquellas tablas en contra de la avaricia y la codicia?

»Yo os lo diré: *No debes desear a la esposa de tu semejante* —comenzó a enumerar el fraile ante la atenta mirada de su público—; *no debes desear la casa de tu semejante; no debes desear a su esclavo, ni a su esclava, ni a su asno ni a su toro, ni cosa de ninguna otra índole que tenga tu semejante.*

»Y no contento con ello, el Todopoderoso dijo: No robarás.

»Sí, la avaricia es la raíz de todos los males, pues nutre el pecado tal como lo hace la lluvia y el abono con nuestros campos. Por eso, quien desee hacer retroceder sus pasiones tiene que eliminar la raíz, para evitar que la mala hierba pueda volver a florecer en su corazón. Pues, si podas las ramas y las hojas de la avaricia, pero queda en tu interior su semilla, de nada habrá servido todo el trabajo del jardinero, pues el pecado capital volverá a florecer con renovados bríos.

»Porque, tal como un mar no llega a rebosar por muchos ríos que arrojen su caudal en él, asimismo sucede con el avaricioso: jamás está satisfecho con lo que posee. En el mismo instante en el que ha duplicado lo que tenía, en ese mismo momento, os digo, desea volver a duplicarlo, entrando de este modo en un círculo infinito de insatisfacción que sólo llega a su fin cuando el avaricioso encuentra un día, tras una vida de trabajos y esfuerzos, que el Altísimo reclama su alma.

»Y es entonces cuando descubre que los pobres han atesorado con vistas al cielo, mientras que el avaro se dedicó a llenar cuanto agujero encontraba con monedas de oro. Esas mismas monedas que no podrá llevarse consigo. ¡Esas mismas monedas que Dios hará que encuentren los desfavorecidos y necesitados de este mundo!

»Por eso os digo: cuidaos del avaro. La ira de Dios viene presta... Muchas cosas se revelarán en ese día cercano. Por tanto, que cada uno se haga cargo de sus propios trabajos, olvidando sus anhelos de riqueza. Que el panadero amase pan mientras disfruta del don de sus hijos, que el campesino siegue los campos regocijándose mientras lo hace por el sol que el Todopoderoso hace brillar para él sin que necesite nada más, y que los príncipes sean las cabezas de los pueblos que Dios les ha encomendado, evitando ser la mera sombra de otros hombres que, debido a su avaricia, desean controlar y gobernar aquello que Dios entregó a otros.

El revuelo que levantó aquel sermón sacudió a toda la nobleza. Fray Francisco de Castroverde fue expulsado de la corte el tres de diciembre de 1605 sin que ni a Francisco ni al rey les importara el alboroto. Criticar al rey era un acto de suma traición, un atentado contra la paz de los reinos. Y hablar contra el favorito del rey era igual que atacar al mismo rey. Tan sólo Dios podía juzgar y castigar al monarca. Francisco tenía, por tanto, aquello que había buscado toda su vida: todas las riquezas que deseara, además de la autoridad y el deber de perseguir a los que pudieran criticarlo. El fraile recibió la orden de marcharse al monasterio de Arenas, cerca de Talavera. No podía llevar nada con él. Debía permanecer allí hasta que el rey dijera lo contrario.

Unas semanas más tarde, Francisco recibía visita de su tío Juan de Borja, al que transportaban en silla.

Su carrera cortesana comenzó hacía treinta y ocho años, de modo que Francisco apreciaba mucho su consejo y sabiduría. Lo había mandado llamar porque necesitaba encomendarle un trabajo delicado.

—Hijo —comentó don Juan mientras se bajaba con dificultad de la silla—, me

alegro mucho de verte. ¿Qué tal te encuentras?

—Bien, tío. Ocupado, como siempre. ¿Cómo sigue vuestra gota?

—¡Es un auténtico martirio! La verdad es que voy cada vez peor. Las rodillas y los tobillos se me hinchan cada mañana y parece que una maldita rata me estuviera royendo el interior de los huesos. Además... —continuó bajando la voza menudo siento dolores al evacuar la vejiga—. ¡Ya lo ves! No puede uno envejecer —terminó con una triste sonrisa.

—Y pese a todo —certificó Francisco sonriendo a su vez— permanecéis trabajando para el bien de la Corona. Sois un ejemplo, tío. Y una ayuda en todo momento.

—Soy perro viejo, Francisco... No es necesario que te andes por las ramas —lo interrumpió don Juan—. Es evidente que estás en un apuro; te conozco bien y sólo necesito mirarte a la cara para confirmarlo. Crees que puedo ayudar de algún modo y por eso me has hecho venir. ¿Me equivoco?

—¡Tan certero como siempre! Es evidente que la gota es una enfermedad que no afecta al cerebro. Sí, os necesito... Aunque, en esta ocasión, se trata de un asunto delicado. Incluso peligroso.

—¡Bah! Hace tres años que superé los setenta... No tengo grandes esperanzas de vivir mucho más tiempo. Dime, ¿de qué se trata?

—Veréis: como bien sabéis, la reina se opone permanentemente a todas mis iniciativas; estoy seguro de que confabuló con Castroverde y que sabía lo del sermón. La cuestión es que ya no se contenta con hacer comentarios más o menos velados. Creo, pues tengo suficiente información que lo atestigua, que hace algún tiempo decidió poner fin a mi privanza por todos los medios.

»Nunca me he atrevido a hablaros de esto mediante cartas o misivas, pero sospecho, peor aún, tengo la total seguridad de que la facción que lidera la reina para oponerse a mí está detrás del intento de asesinato de Rodrigo Calderón. También creo —continuó sin prestar atención a la expresión de asombro que aparecía en el rostro de don Juan—, que fue ella quien ordenó el asesinato de Eugenio de Olivera, uno de mis secretarios, lo que para mí, por motivos que no vienen al caso, resultó una gran pérdida. Creo, en definitiva, que está tras todos los comentarios en contra de Alonso Ramírez de Prado y Pedro Franqueza.

—¡Pero todo lo que estás diciendo es terrible, Francisco!

—Así es. Y sin embargo, es cierto. No puedo hablaros de quién me aporta la información, pues pondría en peligro a una persona que es para mí terriblemente valiosa, pero juro por todo lo que hay de sagrado en este mundo que no son fantasías ni ensoñaciones.

—Te creo, Francisco. No pongo en duda cuanto dices; sin embargo, me parece increíble que la reina tome tantas disposiciones en tu contra.

—No está de acuerdo con mi política, y es evidente que hará cuanto pueda por ponerle fin. Mucho me temo que está dispuesta a ordenar el asesinato, uno a uno, de

todos mis colaboradores. Y no puedo quedarme de brazos cruzados mientras ella emprende una guerra en los pasillos de la corte. Por eso os necesito, tío. Necesito vuestra inteligencia, vuestra experiencia... y vuestra vigilancia.

—¿Vigilancia dices? ¡Ay, hijo mío! Ojalá pudiera valerme por mí mismo para ayudarte en este asunto, pero soy un viejo al que tienen que transportar en silla para ir de un lado a otro de la calle y que apenas puede orinar sin sentir el terrible abrazo de la vejez. Creo que te equivocas de hombre para este tipo de trabajo.

Francisco volvió a sonreír ante las palabras de su tío antes de aclararle en qué consistiría su trabajo.

—Mirad, lo cierto es que no necesito a nadie que corra detrás de la reina por los pasillos. ¡Ya tengo a quien se ocupa de eso! Pero hay otros asuntos que no puedo controlar, aunque controle incluso su correspondencia. De algún modo consigue burlar la red que he tejido en torno a ella y logra trenzar cuantas intrigas se le ocurren. Necesito una vigilancia de otro tipo:

»Como bien sabéis, Lope Moscoso, mi cuñado, sirve como mayordomo mayor de la reina desde que sustituyó a Juan de Idiáquez, hace ya ocho años. En su momento le pedí que vigilara de cerca los movimientos de Margarita, pero con el paso del tiempo ésta le ha ganado la partida. Así que os necesito una vez más, tío. Os necesito para que vuestro firme y añejo puño mantenga a la reina controlada. Y para facilitaros las cosas —concluyó con una sonrisa lobuna—, os anuncio que pronto habrá cambios importantes... Os aconsejo que vayáis preparándoos para una nueva mudanza.

Francisco dedicó buena parte de la jornada a poner al día a su tío de lo que pretendía. Estaban dando buena cuenta de la comida cuando Juan quedó al tanto de todo. Asimiló primero con sorpresa cuanto había escuchado; luego asintió, comprendiendo la estrategia de su sobrino.

De este modo, el siete de enero, tras la celebración de la fiesta de Reyes, Juan de Borja era nombrado mayordomo mayor de Margarita de Austria. Por su parte, Lope Moscoso pasaba a ser caballero mayor de la reina.

Aun así, los rumores que habían sido alimentados durante tanto tiempo contra Pedro Franqueza y Alonso Ramírez de Prado seguían corriendo por los pasillos de la corte y las calles, de manera que fue necesario enviar al Consejo de Hacienda una comunicación en la que Francisco de Sandoval y Rojas, duque de Lerma, defendía a sus ministros y acusaba al propio Consejo de la bancarrota.

* * *

Pedro Cano tenía una habitación alquilada en la calle del Pez a la que regresaba día tras día cuando concluía su trabajo en los campos. Su familia era de Forcall, un

pueblecito situado en las estribaciones de las montañas cercanas a Tortosa. Moriscos bautizados tiempo atrás, habían tenido que marcharse de su pueblo debido a la presión de la familia Miró, los más influyentes en la zona. Pedro no tenía terrenos propios, pero llevaba toda su vida arando, segando y cultivando tierras ajenas. Unos años antes había llegado a Madrid en un intento de mejorar su suerte.

Esos días caminaba con la cabeza gacha, preocupado. Lo que veía desde hacía un par de años en los cultivos no era abundancia, precisamente. Al regresar un día de los campos, se topó con que la fiesta y la algarabía habían tomado la ciudad.

Pedro avanzó por entre la muchedumbre con la que se cruzaba, que de vez en cuando daba gritos de «¡Viva el rey!», sin que pudiera entender nada de lo que sucedía.

Al llegar a su casa, el bullicio de la calle se colaba incluso por la puerta y las ventanas. Isabel, la hija de la posadera que alquilaba las habitaciones, trasteaba en la cocina.

—¿Pero se puede saber qué pasa aquí? Se diría que todo Madrid se ha vuelto loco...

—¿Aún no lo sabes, Pedro? La corte regresa a Madrid. ¡El rey vuelve a la ciudad! Dicen que al duque le van a conceder las casas que eran del marqués de Poza. Por lo visto valen una fortuna. Algunos hablan de más de cien mil ducados.

Cien mil ducados. Un tesoro para cualquier hombre, aunque Francisco estaba acostumbrado ya a ese tipo de presentes y para él no era nada excepcional. Pedro, por su parte, como tantos otros, se preguntó en qué pensaban los que manejaban la Corona. Madrid llevaba dos años de malas siegas. Apenas habían conseguido lo suficiente para alimentar la ciudad. Y ahora, cuando la cosecha del año estaba aún por ver si sería buena o mala, Felipe III anunciaba que toda la corte volvería a Madrid desde Valladolid, donde, según lo que podía saber el campesino, había abundancia de trigo, suficiente incluso para dos años. Para colmo de males, la ciudad iba a hacer un gasto extraordinario. Pensó que el rey no podía haber elegido peor momento para volver.

La puerta se abrió y aparecieron dos mujeres. Una rondaría los cincuenta años; en su juventud debía haber sido hermosa, pero ahora el pelo ya estaba cubierto de vetas blanqueadas y sus carnes habían perdido firmeza. A su lado una mujer, porque ya no era una muchacha y menos aún una niña. Se le parecía, aunque era más alta que ella. De escote amplio, rostro anguloso, que no flaco, de ojos oscuros y labios gruesos, cuerpo ondulante y caminar seguro. La mayor preguntaba por un alojamiento para su hija. Decía que ella debía hacer un viaje y que su hija necesitaba quedarse en Madrid, por lo que estaban buscando una casa decente, con buena reputación y en la que Francisca, así dijo que se llamaba, pudiera sentirse segura.

Isabel se apresuró a tranquilizarla diciendo que la casa de su madre era justo lo que estaba buscando. Se enredaron en una conversación que Pedro no supo cuánto duró. Durante el tiempo en el que las mujeres estuvieron hablando no fue capaz de

quitarle los ojos de encima a la belleza con la que compartiría alojamiento.

* * *

Baltasar de Zúñiga volvía a estar en la corte. El rey le había dado permiso para tomarse una excedencia de sus obligaciones en París, ahora que las cosas estaban un poco más calmadas, con el fin de ocuparse de algunos asuntos familiares. Justo a tiempo, pues a los cuatro días de regresar a Madrid llegó la noticia de que su hermano había muerto en Lima, donde había servido como virrey. La noticia cayó como un jarro de agua fría sobre la familia. Unos días antes se había fallado definitivamente a su favor en el pleito que llevaban contra los condes de Lemos y se habían regocijado por la victoria... La funesta muerte de su hermano los sumió a todos en la tristeza, en especial a su madre, que ya superaba los sesenta años y empezaba a dar síntomas de debilidad. De hecho, la noticia la postró en cama durante varios días. Durante una semana, Baltasar apenas se atrevió a dejarla sola y sólo le servía de consuelo el placer de pensar en cómo debía haber afectado a Francisco la derrota de su sobrino en los tribunales.

La mañana que debía encontrarse precisamente con el duque se reunió por última vez con Lorenzo y Juana.

—Lorenzo, eres un hombre de un valor incalculable para mí. No temas, todo irá bien. Me preocuparé de que a vuestra hija no le ocurra nada. Pero vosotros debéis abandonar Madrid cuanto antes, es peligroso que os puedan ver; podrían reconocerlos cuando llevemos a cabo nuestros planes.

—Así pues, ¿seguís creyendo que lo mejor es que marchemos a Guadix?

—Sin duda, Juana. No temas nada, todo está arreglado y nadie os molestará. Lorenzo, sigue trabajando en el plan que trazaste. Tal vez no podamos hacer caer al duque de Lerma; no directamente, al menos, pero tumbaremos a sus hechuras —afirmó apretándole un hombro—. Partid cuanto antes; está cerca el momento en que el deseo de todos nosotros se cumpla y nos veamos libres al fin del Sandoval.

—Yo preferiría quedarme en lugar de mi hija...

—Ya lo hemos hablado, Juana. A ti podrían reconocerte; ya ocurrió una vez. No, no es prudente. Y tampoco lo es que se te vea a ti por las calles de la ciudad, Lorenzo. No con lo que tenemos en mente. Confiad en mí. ¿Acaso no he cuidado de vosotros desde que entrasteis a mi servicio?

La conversación se alargó un poco más y al fin se alejaron. Juana con lágrimas en los ojos y apoyando la cabeza contra el hombro de su marido, segura de que ése era el camino, aunque triste por dejar atrás a su hija.

Baltasar los vio marchar y terminó de arreglarse. Tomó aire cuando estuvo listo y

se dirigió al palacio para ver a Francisco. Traía una nueva petición para él, aunque, en esta ocasión, no era a título personal. Había aprendido bien la lección. Antonio Pérez continuaba malviviendo en Francia, país al que se exilió en el transcurso de las alteraciones de Aragón que él mismo provocó. Desde entonces su vida había ido cayendo en una espiral de la que el antiguo secretario real no encontraba salida. Intentó que Enrique IV le proporcionara ayuda, pero no lo consiguió. La única opción que le quedaba era regresar a España. Sin embargo, eso no iba a resultar fácil.

Al abandonar los reinos de Felipe II, Antonio Pérez había sido juzgado por la Inquisición y, puesto que su cuerpo no podía ser llevado a la hoguera, fue quemado en efígie. Su vuelta a los reinos de Felipe III se presentaba como algo imposible, pero aun así, dejó Saint-Denis y se trasladó a Saint-Lazare. Su intención era ganarse la ayuda de Baltasar intentando que éste le apoyara en su deseo de abandonar su exilio. Sirvió bien al embajador durante ese tiempo y, aquel día, Baltasar volvía a encontrarse, dos años después, con Francisco. La entrevista estuvo muy lejos de ser cordial.

—Don Baltasar, como comprenderéis, me encuentro terriblemente ocupado —lo recibió Francisco de mala gana—. El traslado de la corte a Madrid y mis propios asuntos personales me dejan poco tiempo. Espero, al menos, que no sea vuestra intención volver a pedir que se os asigne un oficio cortesano.

—Nada más lejos de ello, excelencia. No vengo a rogar por mi persona, que ya conozco el cariño que me profesáis. No esperaba que me felicitarais por la buena marcha de mis negocios, aunque sí que os condolierais por la muerte de mi hermano y el estado de salud de mi madre.

El tono del embajador era beligerante, pero Francisco ni siquiera le prestó atención al comentario.

—Decidme, ¿por qué motivo venís a molestarme si no es por vos mismo?

—Se trata de Antonio Pérez. Lleva varios años exiliado, como sabéis. Se acerca ya a los sesenta y es un hombre pobre. Tal vez fue quien ordenó la muerte de Escobedo, pero también es posible que pudiera haber seguido órdenes de la Corona. Ha servido bien a la embajada durante los últimos tiempos y creo que ha llegado el momento de que se le perdonen sus pasados errores, que no niego que los tuviera, y se le permita regresar a los territorios de Felipe III.

—Poco importa aquí lo que vos creáis, don Baltasar. Se trata de un hombre que causó graves problemas, un verdadero levantamiento armado contra la Corona. ¿Y ahora pretendéis que regrese como si no hubiera pasado nada?

—¿No perdonó al fin y al cabo Felipe II a muchos de los responsables de aquella revuelta? ¿Qué impediría que él también fuera perdonado?

—Pues yo, don Baltasar —le interrumpió de pronto con tono indignado dejando caer con fuerza unos pliegos sobre la mesa—. Antonio Pérez no fue simplemente un asesino, sin importar si impartió las órdenes o las recibió. Tal vez vuestro puesto de embajador en Francia os haga olvidar algunos asuntos, pero permitid que yo os los

recuerde: Antonio Pérez vendió secretos a Enrique IV y, junto con él, preparó una invasión contra los territorios españoles. Afortunadamente, aquel asunto quedó en nada, pero no contento con eso, vuestro amigo, si me permitís que lo llame así puesto que por él venís rogando, dirigió sus pasos a Inglaterra, donde volvió a vender secretos que llevaron al ataque contra la costa de Cádiz. Precisamente recordé ese episodio con el almirante inglés cuando nos visitó el año pasado. ¡Me confirmó que Antonio Pérez tuvo el descaro de ir embarcado en aquella flota que incendió y saqueó Cádiz, secuestrando a buena parte de las mejores familias de la zona! —La indignación de Francisco había aumentado a medida que avanzaba en su discurso y las últimas palabras las pronunció a gritos, mientras Baltasar de Zúñiga lo miraba sin que su rostro reflejara otra expresión que la de desprecio—. ¿Y ahora venís vos suplicando que Antonio Pérez regrese a España?

—No, excelencia. Nada he suplicado. Ya os supliqué en una ocasión y pude comprobar cuál es vuestra clemencia. —Mientras escuchaba estas palabras, el rostro de Francisco enrojeció por la ira; a duras penas pudo evitar echar mano a la espada—. Permitid que os haga tan sólo una pregunta: ¿negaréis siempre todo aquello que os solicite?

Francisco permaneció en silencio unos instantes, taladrando los ojos de su opositor. Al fin, recordando que podía negar o permitir aquello que le solicitaban, dejó que sus labios se curvaran bajo los bigotes en una sonrisa inexpresiva.

—En verdad, don Baltasar, si todo lo que pedís tiene tan poco sentido como las dos solicitudes que me habéis hecho, habré de negarme a complaceros. Y ahora, por favor, dejadme. He de continuar con mis asuntos.

* * *

Aquel mismo día la reina recibía en secreto a Baltasar. El embajador dedicó buena parte de la tarde, en la Casa de Campo, donde ni la camarera mayor ni el mayordomo mayor pudieran vigilar a Margarita, a poner al día a la reina de los planes que había empezado a esbozar para provocar la caída de su mayor enemigo.

Capítulo XXV

Corría el mes de febrero y el Consejo de Hacienda se hallaba reunido. Alonso Ramírez y Pedro Franqueza habían anunciado que tenían una importante noticia para el rey. Tan pronto como se reunieron, Alonso tomó la palabra usando un tono pomposo.

—Majestad. Excelencia —dijo mirando primero al rey y luego a Francisco—. No me andaré por las ramas. El anuncio que deseamos hacer es que hemos encontrado el modo de liquidar la deuda de la hacienda.

Los presentes en la sala eran pocos, pero las voces se alzaron al unísono, solicitando detalles y pidiendo explicaciones. Si era cierto lo que decía el abogado, los problemas económicos de la monarquía eran cosa del pasado.

—Hemos preparado un informe que podréis consultar cuando queráis. Es algo extenso y bastante complejo. He de añadir, si me lo permitís, que no ha sido fácil encontrar los problemas y darles solución. Durante años, la hacienda ha estado en muy malas manos; pero gracias al trabajo de Pedro Franqueza, conde de Villalonga, y al mío propio, puedo anunciarles que hemos recuperado el crédito internacional, que como saben se nos había negado durante muchos años.

Los presentes lanzaron una exclamación de placer e incredulidad y algunos incluso aplaudieron.

—De hecho —se adelantó ahora Pedro Franqueza—, deben saber que hemos obtenido financiación para poder hacer frente a todos los pagos y obligaciones que hasta ahora nos asfixiaban. Hemos logrado firmar un gran asiento con Otavio Centurión. El valor de dicho asiento es de un total de once millones de ducados.

Los miembros del consejo se pusieron en pie. Algunos aplaudían abiertamente, otros preguntaban cómo había sido posible tal cosa. Uno o dos querían saber cómo habían descubierto el problema, y cuál era, de hecho, la solución. Todos hablaban a grandes voces, cada uno intentando que se le escuchara por encima de los demás. Hubo quien se abrazó a su compañero palmeándose las espaldas con entusiasmo. El rey permanecía sentado, aunque no podía evitar sonreír como un bobalicón y palmeaba la mano de Francisco, quien, sentado a su lado, esperaba feliz a que pudiera continuar la reunión.

Cuando al fin se calmaron las voces, Alonso Ramírez de Prado volvió a relevar a su compañero en la presentación de sus datos financieros al tiempo que hacía gestos con las manos para acallar las últimas voces.

—No sólo eso, majestad. Gracias a ese acuerdo hemos logrado recuperar el crédito ante otros banqueros y podemos anunciaros que la hacienda dispondrá de unas rentas anuales por valor de catorce millones de ducados. Esto significa... —Los gritos de asombro volvieron a interrumpir al abogado, que se mostraba orgulloso ante

el resto del Consejo. Al fin pudo continuar con lo que decía—: Esto significa que cada año habrá un excedente de dos millones de ducados, y eso teniendo en cuenta los pagos propios en el desempeño de la Corona.

Una ovación atronadora terminó por ocupar la sala del Consejo. Si todo lo que decían Franqueza y Ramírez de Prado era cierto, y no había motivos para dudar de ello a menos que se prestara atención a las malas lenguas, Felipe III había recuperado el crédito. Era, en verdad, el rey más rico de la Tierra.

—Mi fiel Alonso Ramírez —comenzó a decir el rey mostrando una gran sonrisa mientras los presentes se giraban para observarlo—. Querido conde de Villalonga. Es evidente que vuestra capacidad para conducir los asuntos de la hacienda están muy por encima de todos aquellos que os precedieron. Mucho me temo, además, que si volviera a caer en manos erróneas el precipicio que se abriría ante nosotros sería más grave que la situación actual. El servicio que le habéis hecho a vuestro rey y a todos sus súbditos es tal que no hay nada en el mundo que pudiera servir de recompensa. Lo único que puede estar a la altura es mi gratitud y agradecimiento. Y desde ahora debéis saber que contáis con ellos.

A su lado, Francisco sonreía. El problema más acuciante de la monarquía, la falta de recursos económicos, se había solucionado gracias a sus ministros, aquellos a los que tanto se había criticado. A partir de ese momento él podía dedicarse a conseguir otro objetivo: pacificar a la monarquía española, eliminar cualquier conflicto bélico que pudiera minar a los reinos. Tras una victoria tan rotunda frente a las dificultades económicas, Felipe III no podía seguir oponiéndose a lo que le indicaba su favorito. Se avino a sus consejos y al fin cedió a sus ruegos. El catorce de abril, Felipe III solicitaba a Ambrosio de Spínola, general de los ejércitos españoles en Flandes, que facilitara cualquier tipo de tregua a la que se pudiera llegar con los rebeldes flamencos.

Pero poco le duró a Francisco el regocijo por los éxitos recién alcanzados y, durante el verano, la situación dio un giro inesperado.

Margarita estaba embarazada y deseaba dar a luz en San Lorenzo. Hacía varias semanas que insistía en ello, mas los médicos reales le aconsejaban esperar a que cumpliera los nueve meses de embarazo para acometer el viaje. A mediados de julio, la comitiva finalmente se dirigía al lugar elegido por la reina para tener a su nuevo hijo. En el séptimo día de viaje, el veintitrés de julio, la reina se acercó inesperadamente a Francisco.

—Querido don Francisco, creo que no he tenido oportunidad de transmitir personalmente mi pesar por la muerte de vuestro nieto —comenzó a decir con semblante afligido—. Debéis perdonarme... pero durante las últimas semanas sólo he pensado en este traslado.

—No tenéis por qué disculparos, majestad. Ha sido una pérdida terrible para la familia, para sus padres en particular. Vos misma sabéis qué es perder un hijo al poco de nacer. Mi hija se encuentra muy afectada.

—Desde luego, desde luego. Transmitidle mis mejores deseos, don Francisco —dijo la reina mientras apoyaba su mano en el brazo del duque.

—Así lo haré, majestad —contestó Francisco un tanto extrañado. La reina no solía mostrar esa clase de gestos con él y se preguntaba qué estaría tramando.

—¿Está todo preparado para nuestra llegada? —quiso saber ella cambiando de tema de manera brusca.

—Desde luego. Se ha emitido orden de azotar a todo aquel que ofrezca alojamiento mientras vos y mi señor, el rey, os encontréis en San Lorenzo. Podéis estar tranquila; nada os molestará.

—Eso me place. —Tras un silencio corto y un suspiro, Margarita sentenció—. Ojalá pudiera decirlo mismo de las últimas noticias que he recibido.

—¿Os ha sucedido algo grave? —preguntó Francisco preocupado de repente.

—¿Aún no lo sabéis? —se asombró la reina—. Imagino que los muchos asuntos de vuestra casa absorben todo vuestro tiempo...

—Todo hombre que se precie debe cuidar por los suyos, como bien sabéis vos misma. —Francisco se encontraba cada vez más incómodo con la conversación, y su misma hermana, situada a unos pocos pasos de la reina, se mostraba intrigada, pues no sabía a qué se estaba refiriendo Margarita—. Sin embargo, podéis estar segura de que mis mayores desvelos se deben a los asuntos de la Corona, y no a los propios.

—En ese caso, don Francisco, hay un asunto de la máxima importancia que habéis pasado por alto, y no consigo entrever cómo ha sido eso posible.

La reina volvió a callar, regocijándose internamente del padecimiento que estaba infligiendo a su mayor enemigo, aquél que la separaba de su esposo y que impedía que los graves problemas de sus territorios tuvieran solución.

Francisco, mientras tanto, apenas se atrevía a respirar. Hacía un rápido repaso de los últimos acontecimientos y no lograba encontrar en ninguno de ellos el menor resquicio por el que pudiera ser reprendido.

Margarita lo observaba con detenimiento mientras él fruncía el ceño. Al fin, comprendió que no sólo desconocía de lo que le hablaban, sino que se encontraba por completo en sus manos. El duque estaba esperando con impotencia que ella, Margarita, la reina del mayor imperio conocido, terminara de clavar el puñal. El momento era sublime. Podía desenmascarlo, podía dejarlo en evidencia, podía, incluso, humillarlo. Pero fue un paso más allá.

—Veo que no tenéis ni idea de lo que os estoy hablando, don Francisco. No sería una mujer, mejor aún, una reina prudente si os echara en cara los errores de vuestros ministros. Por lo tanto, os daré un consejo: comprobad dos veces los últimos informes que hayáis recibido. Encontraréis en ellos algo que no será de vuestro gusto.

Y con estas palabras hizo que se alejara su litera mientras acariciaba el real vientre y exhibía una sonrisa. Al día siguiente, Francisco gritaba cuanto le daban sus pulmones.

—¡Cómo habéis podido hacer algo así!

Estaba completamente fuera de control. Dominado por la furia y agotado tras pasar la noche repasando todos los memorándums, misivas, informes y escritos de los últimos meses, había enrojecido de pies a cabeza y sus gritos podrían haber sido escuchados por media corte. Por fortuna, había tenido el buen tino de concertar el encuentro en el bosque. El rey solía salir a cazar por las mañanas, y se había ordenado que nadie se acercara al Escorial con intenciones de tratar asunto alguno que tuviera que ver con las cuestiones del gobierno. Si era necesario, deberían dirigirse a los Consejos, pues los reyes se habían alejado de Madrid para descansar.

No sucedía lo mismo con Francisco, que había descubierto lo que se escondía tras las palabras de Margarita. Comprobó tras una noche de repasar legajos que la situación sobre la que se encontraba era mucho más delicada de lo que había imaginado. De modo que de inmediato preparó aquel encuentro. De lo que sucediera durante él podría depender en buena medida su futuro.

Se encontraba frente a frente a los causantes de todo el problema, desbordado por la furia. Junto a él, asistiéndolo, estaba su sobrino Pedro Fernández de Castro. Desde que fuera nombrado gentilhombre de cámara del rey, Pedro había ido ganando cada vez más importancia en el círculo de su tío, al punto de que, pese a su juventud, ya se había convertido en uno de los favoritos de Francisco.

Ante a ellos, anonadados, puesto que nunca antes habían visto a su protector mostrando su ira de modo tan abierto, se hallaban Alonso Ramírez de Prado y Pedro Franqueza.

—¿No decís nada? —volvió a gritar Francisco mientras los miraba con los puños crispados.

—Excelencia —acertó a decir Ramírez de Prado—, lo cierto es que desconocemos el motivo de vuestro enfado. Hablo en nombre de los dos cuando digo que estamos sorprendidos por vuestras palabras y nos gustaría que nos explicarais los motivos que...

—¿Que yo os explique a vos, Alonso? ¿Yo... cuando sois vos quien debe dar explicaciones? ¿Y qué me dices tú, Pedro? ¡Tú, en quien he cifrado toda mi confianza!

—Excelencia, por favor... —le respondió el conde de Villalonga, pálido el semblante. No sabía qué sucedía, pero era evidente que algo muy grave había jugado en su contra—. Lo que Alonso desea es que expongáis claramente los motivos de vuestra ira.

Las palabras de Franqueza parecieron apaciguar al duque, un poco al menos. Francisco dio unos pasos arriba y abajo, procurando calmarse para poder pedir explicaciones de manera coherente. Al fin se detuvo, la vista clavada en el suelo, y alzó un dedo acusador contra sus ministros.

—Me habéis robado —acusó de repente. Franqueza y Ramírez de Prado comenzaron a protestar de inmediato ante aquellas palabras, pero Francisco giró la cabeza con brusquedad hacia ellos y la mirada de cólera que les dirigió heló las

palabras en labios de los dos ministros—. Me habéis robado. Y más que eso. ¡Habéis puesto mi cabeza en manos de la reina! ¿Cómo pudisteis actuar con tanta torpeza? — Ante el silencio de los acusados, continuó—. Sí, ladrones y torpes. Y más aún, ¡mentirosos!

—¡Esto es demasiado, don Francisco! ¿Acaso no merecemos una explicación a todo esto?

Francisco miró con detenimiento a Pedro Franqueza, que temblaba por las acusaciones.

—¿Así que deseáis una explicación? ¡Sea, pues! La explicación es que vos, y vos también —dijo señalando a Ramírez de Prado—, habéis robado al rey. Habéis falseado documentos. ¡Habéis tenido la desfachatez de presentaros como salvadores de la hacienda! ¡Y todo esto lo habéis hecho abusando de la posición que habéis conseguido precisamente gracias a mi protección!

—Excelencia, podemos asegurar que nosotros no hemos...

—¡No sigáis por ese camino, os lo advierto, Alonso! ¡No tengáis también la insolencia de intentar negar los hechos ante mí! ¿Queréis saber qué habéis robado? ¿Por qué os acuso? ¿Qué habéis hecho para poner en peligro mi situación ante el rey? Bien, pues mi sobrino os dará todos los detalles.

—Señores —comenzó Pedro con gravedad—, de lo que se os acusa no es cosa de broma. Presentasteis en el Consejo de Hacienda un informe falso, de modo que pudisteis decir que habíais saneado la hacienda. Sin embargo, en dicho informe faltan cifras. —Los dos ministros se miraron ahora sorprendidos. No habían esperado que alguien descubriera esos detalles. Pensaban que nadie haría un estudio en profundidad de los datos presentados al rey. Obviamente, se habían equivocado—. En esta consulta no se han consignado las referentes a las deudas de los años 1603, 1604 y 1605. Esas deudas hacen referencia a los guardas de Castilla, fronteras, las galeras de España, presidios, los salarios de los Consejos y hasta las Casas Reales.

»Esto, señores, presenta una deuda no registrada en vuestro informe de varios millones de ducados que no contempláis ni en la deuda misma ni en vuestro plan para sanear la hacienda pública.

El silencio se espesó en el bosque cuando Pedro terminó de hablar. Ramírez de Prado y Franqueza evitaban la mirada de Francisco, que mantenía los puños cerrados. Al cabo de un tiempo, el duque volvió a hablar:

—Me habéis engañado. Las deudas siguen aumentando de forma imparable sin que nada se haga para evitarlo, y la ruina de Castilla está próxima. Peor aún: me habéis mentido, abusando de este modo de la confianza que había puesto en ambos. Le habéis dado a mis enemigos motivos para criticarme, puesto que yo os defendí cuando todos hablaban en vuestra contra. Y ahora, sin duda, se lanzarán a mi cuello como los lebreles del rey hacen con sus presas. ¡Alejaos de mi presencia! Procurad encontrar una solución a todo esto antes de que rueden vuestras cabezas. Porque debéis saberlo: vuestras vidas valen mucho menos que mi honor.

Los dos ministros se marcharon con las cabezas gachas sin atreverse siquiera a decir una palabra. Habían sido descubiertos y ahora debían buscar urgentemente una solución al problema. Cuando se hubieron alejado, Francisco se volvió a su sobrino.

—¿Qué opinión te merece todo esto, Pedro?

—Ninguna que me agrade, tío. Bien sabéis que desconfío de ellos desde hace algún tiempo. Para mí desgracia y la vuestra, mis recelos tenían base sobre la que cimentarse. Si pedís mi opinión, creo que debéis...

—¿Y por qué debería pedir tu opinión y no la mía, primo?

La voz procedía de detrás de un seto tras el cual apareció la figura de Cristóbal, el primogénito de Francisco. Tanto éste como Pedro se quedaron atónitos ante la interrupción.

—¿Qué haces aquí?

—Querido padre —respondió con sorna Cristóbal—, ¡nada! Simplemente salí a pasear y escuché unas voces airadas. Me acerqué a ver qué sucedía y os encontré en medio de vuestra... conversación. ¡Por supuesto, no quise interrumpir! Parecíaís enfrascados en el asunto. Además, mientras os escuchaba me surgió una duda. Tal vez podáis responderla, padre.

—Si es cierto que has estado escuchando, Cristóbal, deberías saber que no me siento inclinado a participar en tus juegucitos. ¡No me mires así, hijo! Te conozco bien y sé que algo te traes entre manos. Si quieres alguna respuesta, haz la pregunta sin dilación, aunque puedo imaginar de qué se trata...

—Pues bien, padre —dijo Cristóbal mientras se acercaba más a ellos—, ya que así lo quieres, así lo haré. Me pregunto por qué siempre prefieres a Pedro por encima de mí, tu propio hijo. —Las palabras salieron con enojo y la expresión de su rostro reflejaba todo el desprecio que sentía por su primo y cuñado—. ¡Hace años que confías en él para cualquier asunto! ¡A mí ni siquiera me consultas nada!

—Eso no es cierto, Cristóbal. Tu padre siempre se muestra interesado en contar contigo y a menudo incluso lo sustituyes en las recepciones.

—¡Eso no son más que las migajas que caen de su mesa, Pedro! Sin embargo, tú, antes de cumplir los treinta años, ya eras presidente del Consejo de Indias. Gozas de la confianza de uno de los hombres más poderosos del mundo entero. Y, cosa curiosa, aunque ese mismo hombre es mi propio padre, apenas muestra interés alguno en mí. ¿Podrás explicarme alguna vez qué he hecho para ser tratado de ese modo, padre?

—No tengo que darte explicaciones acerca de mis actos, hijo mío. Y una vez más, te repito que debes dejar de lado esos pensamientos, no sólo por ser falsos, sino también porque lo único que consigues es dañarte tú y dañarnos a los demás con ellos. Quieres saber por qué busqué la ayuda de tu primo y no la tuya para lidiar con este asunto y ésta es la respuesta: como presidente del Consejo de Indias tiene en sus manos mucha de la documentación que Ramírez de Prado y Franqueza han utilizado para hacer su trabajo. Por ello hemos podido descubrir sus falacias. Y si le he preguntado su opinión sobre el asunto no es porque la valore más que la tuya, sino

por ser él quien me acompañaba en este momento. Pero ya que estás aquí, mi querido hijo —comentó Francisco sonriendo y tomando por los brazos a Cristóbal, pese a que éste mantenía una expresión adusta—, me gustaría saber qué me aconsejas. Ya tienes experiencia en la corte. Habla sin reservas.

Cristóbal se mantuvo silencioso durante unos instantes, mirando a uno y a otro, sin que el malhumor desapareciera de su expresión. Cuando habló lo hizo dándole la espalda a su padre y a su cuñado, dirigiéndose hacia su cabalgadura, al otro lado del seto del que había salido.

—No creo que te interese demasiado mi opinión, padre. Puesto que elegiste a tu ayudante, que éste sea también tu consejero.

Una vez más, Francisco y Pedro se quedaron solos en el claro del bosque. La tensión vivida durante el encuentro había pasado a ser angustiosa tras la aparición de Cristóbal, y ni tío ni sobrino acertaban a decir nada. Fue Pedro el primero en romper el silencio.

—Lamento que por mi causa tengáis problemas...

—No tienes de qué disculparte. No sé qué le pasa, parece que nada de lo que hago por él resulta suficiente. Temo que en el futuro eso sea un problema mayor. Pero eso será en el futuro —dijo al cabo de un momento de reflexión—, ahora tengo que ocuparme de este asunto de la hacienda o no tendré un futuro del que preocuparme. Antes de que nos interrumpiera decías que debo hacer algo. Estoy de acuerdo. La cuestión es decidir qué hacer. ¿Tienes alguna idea?

—Según lo entiendo, no tardarán en alzarse las voces contra Franqueza y Ramírez de Prado. Y eso, de un modo inevitable, salpicará vuestra reputación.

—Así es.

—Por lo tanto, creo que deberíais evitarlo. Y la única manera es ser vos mismo quien ponga a esos estafadores en manos de la justicia.

Francisco se quedó pensativo. De algún modo, la sugerencia le gustaba, aunque tenía las manos atadas.

—¡No puedo hacerlo, aunque me gustaría! La corte en pleno se opondría a mi privanza.

—Siempre y cuando no tuvierais motivos. En cambio, motivos sí tenéis. Y nosotros sólo hemos rascado la superficie de todo este asunto. Mi consejo es que designéis a alguien para que los investigue a fondo, que estudie todos sus billetes, archivos y correspondencia. Además —añadió Pedro—, creo tener a la persona adecuada para ello.

Francisco lo miró interesado. Lo conocía lo suficiente como para saber que lo que se le había ocurrido era una buena idea, de modo que esperó mientras Pedro terminaba de ordenar sus ideas antes de exponerlas.

—Creo que Fernando Carrillo sería la persona apropiada para dicho trabajo, tío. No lo hizo mal cuando se le envió a Flandes. Vos mismo convencisteis a vuestro hijo de que lo tomara como tutor de su hija Luisa. Desde entonces ambos mantienen

buenas relaciones. De este modo conseguiríais matar dos pájaros de un tiro: si vuestras sospechas sobre Ramírez de Prado y Franqueza terminan siendo ciertas, podréis acusarlos y detenerlos formalmente. De este modo os presentaréis como un ministro eficaz que se preocupa de los asuntos del reino y al que no le tiembla la mano a la hora de aplicar la justicia, aun cuando los infractores sean de vuestra confianza. En caso contrario, es decir, si nuestros temores son infundados, el asunto no saldrá a la luz, pues Carrillo es persona leal. Además, designar a Carrillo agradará a vuestro hijo, más aún si se lo consultáis previamente.

Francisco pensó en todo aquello. A continuación miró a Pedro a los ojos y le habló con cariño.

—¿Ves, Pedro? Éste es el motivo por el que confío en ti: tú me ofreces soluciones. Mi hijo sólo me plantea problemas.

Capítulo XXVI

No tardaron en elevarse las críticas contra Franqueza y Ramírez de Prado. Un asunto de tal calibre no podía pasar desapercibido durante demasiado tiempo; menos aun cuando la reina estaba interesada en que saliera a la luz.

El viernes dieciocho de agosto, Margarita volvía a dar a luz a una hija, María Ana. Toda preocupación quedó atrás cuando se pudo confirmar que tanto la reina como la niña se encontraban bien de salud. No obstante, a Margarita no se la veía feliz. Juan de Borja estaba realizando bien la labor que Francisco le había encomendado, y aunque la reina conseguía hacer bailar algunos hilos en contra del duque, sus movimientos se habían visto reducidos de manera radical y eso la enfurecía. Tenía que encontrar algún modo de librarse de aquel anciano tan devorado por la gota que debía ser trasladado por los pasillos de palacio en silla. Parecía increíble que, impedido como estaba, lograra controlar a todos los sirvientes de modo tan eficaz. Margarita pensaba a menudo en la mejor forma de solucionar aquel problema, pero por más que se dejaba la razón en ello, no encontraba una salida satisfactoria.

Fue precisamente pensando en las dificultades físicas de su vigilante como encontró el modo de librarse de él. Solo necesitaba unas pocas monedas y un sirviente corrupto. La reina no tenía problemas para encontrar lo primero. Para encontrar al segundo recurrió a Baltasar.

* * *

Juan de Tassis, que llevaba tiempo alejado de la corte, visitaba a Francisco. Se abrazaron con cariño y pasaron buena parte de la mañana dedicados a traer a la memoria viejos recuerdos mientras hablaban de política. Mucho se debían uno al otro, y ese intercambio de favores era el que había cimentado su amistad. Juan, no obstante, observaba con curiosidad a su alrededor. Cuando reposaban la comida y Francisco mantenía entre sus manos una taza de chocolate vacía al tiempo que cerraba los ojos, Juan hizo el comentario que llevaba días preocupándolo.

—Francisco... Hace días que no se os ve por los pasillos de la corte. Algunos dicen que estáis enfermo, y ése fue uno de los motivos que impulsó mi visita. Mas os encuentro bien de salud, si bien es cierto que apenas habéis comido. No parecéis enfermo, aunque habéis perdido peso y se ven gruesos círculos oscuros alrededor de

vuestros ojos. Tenéis un palacio digno de un rey y vivís rodeado de lujos, pero las ventanas están cubiertas y apenas entra luz en vuestras estancias. Habéis sonreído si acaso dos veces en todo este tiempo, aunque sois un hombre que me consta goza de buen humor...

No quiso seguir. Francisco lo miró un instante y asintió lentamente.

—Muchas son las cosas que me preocupan, Juan. Ya conocéis lo ocurrido con Pedro Franqueza y Alonso Ramírez de Prado. Me acosan los problemas; quisiera encontrar soluciones y sólo descubro dificultades. La reina conspira contra mí, y estoy seguro de que Baltasar, que continúa en Madrid a pesar de que debería haber vuelto a París hace tiempo, la ayuda. Si no fuera por mi tío Juan, que controla la Casa de la Reina con mano de hierro, no me sentiría tranquilo.

—¿Eso es lo que tenéis? Os conozco bien, Francisco, y sé que sufrís de frecuentes melancolías; sólo que esta vez os veo más sumido en ella que en otras ocasiones. No asistís a reuniones, fiestas, banquetes ni consejos.

—Es la soledad del poderoso, Juan. No puedo fiar en nadie, o en muy pocos. Incluso Cristóbal, mi propio hijo, se me enfrenta cada vez con más ahínco. He llegado a soñar con él situado frente a mí, moviendo la cabeza con fuerza, haciendo que sus negros rizos nieguen cualquier cosa que le pida y acusándome de abandonar mi casa.

—En cambio, no hace mucho se os veía feliz... —apuntó Juan con cuidado y sin mirar de frente.

—¿A que te refieres?

—Hablaré con franqueza; no pude evitar fijarme durante la fiesta en Valladolid en honor al almirante inglés en que pasasteis buena parte de la noche con la condesa de Valencia. Luego han llegado voces, incluso hasta la corte inglesa, de que os veáis con ella. Decían que se hablaría pronto de compromiso y de que ambos os mostrabais radiantes. En cambio, a mi llegada a Madrid descubro con sorpresa que hace tiempo que no la veis.

Francisco clavó el mentón en el pecho y quedó en silencio durante un tiempo tan largo que Juan empezó a pensar que podría haberse quedado dormido. Esperó en silencio hasta que Francisco suspiró con fuerza y contestó.

—No tuve más remedio que alejarme de ella, Juan... Era peligroso. Las murmuraciones, como bien dices, aumentaban. Y Cristóbal... Cristóbal dejó muy claro que si llegaba a casarme con ella encontraría el modo de provocar mi caída. Bien sabes cuánto he luchado por conseguir todo esto, la posición de que ahora disfruto. No puedo perder algo por lo que tantos, tú el primero, buen amigo, hemos luchado.

Juan se puso en pie. Los labios curvados en una sonrisa que sus ojos húmedos entristecían. Se acercó hasta Francisco y se agachó junto a él.

—Pronto cumpliréis cincuenta y tres años, Francisco. Vuestra esposa, Catalina, a quien todos amábamos y teníamos en alta consideración, hace más de tres años que

fue a reunirse con nuestro hacedor. Habéis pasado solo más tiempo del que es prudente para un hombre de vuestra posición. Tiempo es ya de que retoméis vuestra vida, amigo mío. Tiempo es ya de que seáis vos quien decida lo que deseáis hacer sin dejarse llevar por lo que puedan decir unos u otros, menos aún un hijo desagradecido que habla más de lo que debería sin tener capacidad ni fuerza para cumplir sus amenazas. Tiempo es ya, Francisco. Así pues, levantaos y apartad los tapices de las ventanas, que entre luz en vuestra vida. La condesa es una gran mujer, adecuada para un gran hombre como vos. Tenéis grandes pesos y responsabilidades sobre vuestros hombros, no os neguéis el disfrutar de los pocos placeres que el amor de una buena mujer pueda aportaros; sin duda, si alguien se merece un respiro por sus afanes, ese sois vos.

* * *

Francisca regresaba a la pensión. Había llegado un poco antes, pero salió de nuevo a buscar agua en un pozo cercano. El que había en la esquina de la calle estaba muy concurrido, así que decidió ir a otro algo más alejado. Ahora volvía cargada, golpeándose la pierna con la madera húmeda y resoplando por el peso. Se paró a descansar un poco las manos. Estaba levantando de nuevo el asa cuando notó que una mano fuerte alzaba el cubo con aparente facilidad.

—Perdóname, no pretendía asustarte.

La voz sonó junto a su oído. Francisca se había llevado la mano al pecho con el sobresalto. Al reconocer a Pedro, el labriego que se alojaba en su misma posada, cerró los ojos más tranquila. Cuando los abrió pudo ver que el hombre la miraba algo preocupado.

—¡Tranquilo! No deberías preocuparte, sólo ha sido la sorpresa —explicó echando mano al cubo.

—¿Regresas a casa? —Cuando Francisca asintió, él sonrió abiertamente—. Entonces déjame que yo lo lleve. Pareces cansada.

No podía negarse, y en realidad no quería hacerlo. Aquel hombre le gustaba, tenía unos grandes ojos marrones y era alto y apuesto, de nariz grande y recta y mandíbula cuadrada. Lucía siempre una expresión franca en el rostro y sonreía a menudo, pero tenían pocas ocasiones para pasar juntos algo de tiempo; menos aún a solas. Sabía que él se sentía atraído por ella, sólo había que observarlo por debajo de las largas pestañas para comprobar que se turbaba ante la mirada, mucho más cuando las manos se rozaban de forma involuntaria al pasarse el pan o los platos. Así que el encuentro inesperado era más que bienvenido por parte de ambos. Francisca puso las manos en la espalda, alzó la cabeza y los hombros, y comenzó a caminar con pasos cortos.

Pedro la siguió de inmediato; un cordero caminando tras su pastora.

—Me alegro de haberte encontrado, paso mucho tiempo fuera de la pensión y apenas te veo. No sé ni a qué te dedicas... ¿Eres costurera? ¿Vendes de casa en casa?

—No, no —negó con vehemencia—. Sirvo en una casa, limpiando —dijo mordiéndose los labios, esperando que no se le notara mucho la mentira. Nunca se le había dado bien engañar a otros. Pero Pedro no pareció notar nada extraño.

La realidad era bien distinta. Trabajaba en uno de los despachos de Baltasar en Madrid, preparando documentación que podría ser necesaria para su padre cuando regresara. A diario terminaba con las manos manchadas de tinta, de ahí que se lavara cuidadosamente para borrar las marcas en sus dedos. Por eso había salido a por agua.

—Pues tu señor es un hombre afortunado...

Ella volvió a la realidad dejando de lado sus pensamientos.

—¿Por qué?

Pedro la miró con aquellos ojos francos al contestar.

—Porque, sin duda, tiene la sirvienta más hermosa de todo Madrid.

Ella se ruborizó. Apartó por un momento el rostro, pero al instante volvió a mirarlo con las mejillas arboladas. Sólo para descubrir que él la miraba fijamente a los ojos.

* * *

Con la primavera llegó una buena noticia: Flandes había aceptado el acuerdo de suspensión de armas que el general Spínola había propuesto unos meses atrás, de modo que Francisco organizó una fiesta para celebrarlo.

Media corte acudió. El duque recibió a marqueses, condes, cortesanos y gentileshombres con amabilidad, pero cada vez que se anunciaba la llegada de un nuevo invitado miraba con ansiedad hacia la puerta.

Fue de los últimos en llegar, pero Luisa apareció. Vestía de forma espectacular una basquiña negra con bordados de espigas de plata en la parte inferior; un cuerpo igualmente negro, con las mangas acuchilladas plagadas de adornos plateados. Llevaba un amplio escote que permitía ver todo el cuello y el inicio de los hombros, lo que suscitó muchos comentarios al huir de la habitual lechuguilla. Tan pronto como entró, se iluminó la cara de Francisco en una sonrisa. Porque la condesa traía en brazos a *Vizconde*, el perrito que el duque le regalara tiempo atrás y que lucía un pelo blanco bien cuidado. Le había escrito una carta que le hizo llegar junto a la invitación a la fiesta. Le pedía perdón por haberse alejado de ella y le rogaba que, si le permitía volver a iniciar la relación en el punto en el que la habían dejado, acudiera a la fiesta acompañada del perro.

Se acercó a ella tan pronto como se internó en el salón. Ambos se fijaron en que Cristóbal, al ver la escena, se despedía con brusquedad de aquellos con los que había estado hablando y salía a grandes pasos del palacio.

Francisco tomó la mano de Luisa y la besó, acariciando la muñeca con su pulgar mientras lo hacía.

—Me alegra verte de nuevo, Luisa. Me alegra mucho.

—Deberías soltarme la mano, Francisco. ¿Pretendes que mañana nos convirtamos en el centro de los chismorreos de toda la corte?

Francisco miró a su alrededor con el ceño fruncido. Más de cien invitados copaban el salón.

—No sé de quién hablas, Luisa... Nadie nos ve. Estamos solos.

Y sin decir nada más, la acompañó hasta la zona dedicada a servir como pista de baile acariciando a *Vizconde*, que ladró durante toda la velada a cualquiera que se acercara a la pareja.

Desde aquella noche, el talante de Francisco pareció regresar. Hizo oídos sordos a las amenazas de Cristóbal, escuchando así el consejo de Juan de Tassis, y retomó sus negocios en la corte. Se anunció el compromiso con Luisa, que pasó a ser una mujer mucho más respetada, aunque desde el principio dejó claro que no entraña en juegos políticos. Un día, en pleno agosto, Francisco se preparaba para acudir a Madrid, pues continuaban en El Escorial, con el fin de otorgar audiencias. Cuando ya se aprestaba a salir de su cámara, llamaron a la puerta. Al abrir se encontró con la silla en la que su tío se desplazaba por el palacio. Juan sonrió y Francisco le devolvió el gesto invitándolo a entrar en su habitación.

—¡Jamás haría eso! —contestó risueño don Juan—. Luego sería demasiado difícil volver a sentarme en la silla para que me lleven a mis propias habitaciones. Tan sólo quería venir a despedirte, hijo, y a desearte que todo te vaya bien por Madrid.

—Así lo espero yo también. En verdad, maldita la gracia que me hace este viaje, pero no puedo demorarlo por más tiempo...

—No te preocupes por nada, Francisco. Yo me encargaré de todo, y en caso de que surjan problemas te informaré de inmediato. Ahora te dejo en paz. Vuelve pronto y, a ser posible, de buen humor.

Tras esas palabras, don Juan dio orden a los sirvientes que lo transportaban de que lo llevaran nuevamente a su cámara. Caminaron por el pasillo arrancando ecos de las paredes. Giraron al llegar a la esquina y comenzó a bajar la escalera que conducía al piso inferior. Fue entonces cuando la silla en la que viajaba se desequilibró peligrosamente.

De inmediato, don Juan se aferró al asiento, aunque de nada le aprovechó. La sacudida aumentó y, cuando pudo centrar su atención en ello, comprobó que el sirviente que la llevaba por la parte delantera perdía pie y comenzaba a rodar escalera abajo.

En el mismo instante, la silla volcó, con el inmenso cuerpo de don Juan en su

interior intentando aferrarse a cualquier parte en un vano afán por detener su caída. Salió disparado del asiento y fue lanzado por el aire. De nada valieron los intentos del otro servidor por evitar el golpe. Don Juan cayó por las escaleras y fue a descargar un impacto brutal contra la pared, que retumbó por el edificio.

Uno de los brazos del mayordomo quedó doblado en una posición antinatural; de su frente comenzó a manar sangre en abundancia.

«Un accidente», fue lo que se dijo. Francisco siempre sospechó la verdad, mientras que Margarita y Baltasar se alegraron al ver que sus planes salieron tal como habían previsto. Don Juan fue sangrado por los médicos y su estado mejoró un poco. A pesar de todo, unos días después su salud empeoró. Se quejaba al orinar y los médicos lo dieron por desahuciado. Moría el tres de septiembre y al abrirlo le encontraron una enorme piedra en el riñón. De haberlo sabido, Margarita tan sólo hubiera tenido que esperar un poco más de tiempo y dejar que la naturaleza misma de su mayordomo hubiera acabado con él. Pero si con su muerte creyó librarse de la vigilancia a la que estaba sometida, pronto se dio cuenta de que estaba en un error, pues Francisco se aseguró de que el puesto dejado vacante por la muerte de su tío fuera ocupado, con idénticas instrucciones, por Sancho de la Cerda, marqués de la Laguna, su cuñado.

La reina no tardó en quejarse de toda aquella vigilancia. Lo hizo ante el rey, lo hizo ante el propio Francisco, pero éste alegó que, lejos de controlar los pasos de la reina, su interés consistía en querer servirla con aquellos que tenían su total confianza. Margarita acabó hecha una furia, pero no logró que Felipe hiciera nada al respecto.

De modo que se dedicó a recrudecer las habladurías; la situación creada por el engaño de Ramírez de Prado y Franqueza, y también los comentarios en contra de Rodrigo Calderón, calaron hondo. No tardó en descubrirse que parte de todas aquellas intrigas partían de Baltasar de Zúñiga, de modo que Francisco consiguió que el rey lo enviara tan lejos como pudo: se le nombró embajador ante la corte del emperador.

Francisca temió que Baltasar la obligara a partir con él. Su relación con Pedro iba calando poco a poco, pero de manera imparable. Apenas se veían, coincidían rara vez, pero se buscaban cada vez que podían y algunos días disfrutaron de largos paseos por las calles de Madrid. Los sirvientes de Baltasar que vigilaban a la joven no tuvieron nada que decir. Su trabajo consistía en comprobar que nadie sospechara de ella; lo que hiciera no les importaba demasiado. En nada quedaron sus temores cuando Baltasar mismo le confirmó que no lo acompañaría. Respiró aliviada, aunque un instante después Baltasar la enviaba a Guadix, con sus padres. Quedaba poco tiempo para que Lorenzo pudiera poner en marcha su plan y Francisca tenía que ponerlo al corriente de todo: a quienes debía ver, a quienes evitar, qué amistados tendría que fomentar... Aquella noche Francisca no pudo dormir; la pasó entera mirando al techo, tumbada en su catre. Pensando en qué haría con Pedro. Al menos,

tenía algo de tiempo por delante para tomar una decisión. Quizá el morisco se decidiera a pedirle matrimonio antes de que se marchara. Ése fue el pensamiento con el que la encontraron los primeros rayos de luz que entraron en la habitación.

Francisco, por su parte, se alegró de librarse de Baltasar. Cuanto más lejos estuviera, mucho mejor. Intentó abstraerse de cuanto le rodeaba, se llevó a Luisa a Lerma y se dedicó a comprar tierras por los alrededores, pero ni así se libró de los problemas que acuciaban a sus principales ministros.

El almirante de Aragón tuvo un altercado a las puertas de la casa de Pedro Franqueza por el que el militar tuvo que ser arrestado, y a finales de año era evidente que la Junta de Desempeño, que tantas alegrías prometía, estaba resultando un auténtico fracaso a la hora de aliviar las cargas económicas de la hacienda real. El rey tan sólo tenía una opción: abolir la Junta de Hacienda y reformar una vez más el equipo que debía estar encargado de buscar soluciones a la economía. La situación comenzaba a ser desesperada, de modo que las órdenes que se impartieron eran radicales: la nueva junta tenía poder para recoger, administrar y cobrar toda la Real Hacienda sin limitaciones de ningún tipo. Lo que la Junta ordenara debía considerarse como una orden impartida por el propio rey, de manera que todos los ministros y tribunales deberían obedecer de inmediato. Muchos se sorprendieron cuando se hizo público el nombre de los que formarían parte de dicha junta. Francisco y Juan de Acuña, presidente de Hacienda, estaban incluidos, como era de esperar, así como otros ministros importantes junto a ellos, también fueron nombrados Alonso Ramírez de Prado y Pedro Franqueza. A pesar de todas las críticas que recibían. Parecía que nada, ni siquiera las habladurías en contra de su capacidad para administrar la hacienda real, podrían hacer que el duque les retirara su confianza. Mas todo estaba preparado y, para evitar situaciones embarazosas, Francisco se retiró de nuevo a sus tierras achacando problemas de salud.

Así llegó el día de Navidad, fecha en la que el conde de Miranda daba una comida a la que había invitado a varios de los más importantes personajes del reino. Aquel día se precipitaron los sucesos.

Alonso Ramírez de Prado recibió una notificación de Fernando Carrillo en la que le urgía a presentarse en su casa, pues había un servicio al rey que necesitaba de su presencia. Tan pronto como se encaminó a casa de Carrillo, subió ingenuamente al carruaje que los llevaría a su destino. Cuando estuvo acomodado en él y el cochero tomó el camino de Alcalá, Fernando Carrillo le comunicó que debía considerarse arrestado.

Lo llevaron, rodeado de guardias, a la prisión de la Alameda.

Otro alcalde entró en la vivienda de Ramírez de Prado, detuvo a su mujer e hijos y se inició un registro de lo que había en la vivienda. Se hallaron allí más de treinta mil escudos en oro y plata labrada, noventa mil ducados en tapices y colgaduras, otros cien mil en letras de cambio y casi medio millón en juros, tanto a su nombre como al de otros. Sólo las casas y tierras que poseía fueron tasadas en más de

cuarenta mil ducados.

Cuando se supo que Francisco había ordenado la detención, y que Fernando Carrillo recibió el encargo de preparar un informe sobre los crímenes de Alonso Ramírez de Prado, la corte comenzó a comprender cuál era, en realidad, la situación. Pero si Francisco creía que con eso cortarían las alas a las habladurías que fomentaba la reina, estaba equivocado, pues el proceso abierto contra el ministro de hacienda abrió un nuevo abanico de posibilidades para atacar al duque, y Margarita logró que se cuestionara a Francisco por permitir el enorme poder que habían adquirido, bajo su protección, una serie de ministros corruptos. Toda su privanza comenzó a perder credibilidad. El duque de Lerma estaba en un atolladero. Todo el poder que acumulaba no era suficiente. Nada aseguraba su inmunidad.

Capítulo XXVII

Baltasar partió a finales de mayo tras demorar su marcha tanto como le fue posible. Sirvió para ello que cayera enfermo, igual que su madre. Pero, a diferencia de ésta, él pudo recuperarse. La visitó con mucha dificultad en su lecho horas antes de que muriera. Allí la encontró pálida y consumida, con el cabello ralo pegado a la cabeza, que parecía haber encogido, tan macilenta estaba. Poco hablaron, aunque al despedirse Inés dio su última orden para su hijo: «Os encargo que seáis tan buen tío para vuestros sobrinos como buen hijo habéis sido para mí». Baltasar juró a su madre que así lo haría, y se quedó junto al lecho, tiritando por las fiebres, hasta que ella exhaló el último suspiro. Unos meses después comenzaba su viaje hacia su nuevo destino como embajador tras haber hablado largamente con la reina, que evitaba con más facilidad a su nuevo carcelero de lo que había sorteado a Juan de Borja. Los aspectos más urgentes en los que debía trabajar el diplomático eran asegurar la sucesión de la Casa de Austria en Bohemia y el Imperio y la organización de una liga católica que hiciera frente al ascenso protestante.

Antes de partir se entrevistó también con Francisca, que recogía en el despacho los últimos legajos de su trabajo para enviárselos a su padre. No sería prudente ni sensato que viajara con ellos en su poder. Baltasar le pidió que urgiera a su padre; era necesario ponerse en marcha contra Rodrigo Calderón, tal como habían planeado.

Al día siguiente, Pedro se levantó con el alba. Bajó a la cocina y cogió uno de los panes que Isabel preparaba cada noche para que el labrador pudiera llevárselo a los campos. Cortó un trozo de queso y cogió unas uvas, disponiéndose a guardarlo todo en su morral. Fue entonces cuando escuchó un sonido de pasos quedos que bajaban la escalera. Tomó la vela y se asomó a la puerta. No solía haber nadie despierto a esas horas. Lo primero que vio fue un revuelo de faldas y a continuación un talle delicado. Antes de que pudiera darse cuenta, Francisca estaba junto a él, con una media sonrisa bailando en la comisura de sus labios.

—Buenos días —logró decir el labriego.

—Hola, Pedro. He venido a despedirme.

—¿A despedirte? ¿Por qué? Tengo que regresar con mis padres. Partiré hoy mismo... —La voz, hasta ese momento segura, de la muchacha comenzó a flaquear—. Me gustaría... Es decir... Quisiera saber... ¡Ay! Esto es más difícil de lo que pensaba...

—Habla sin temor —consiguió decir Pedro con la garganta tan seca como si acabara de tragarse un puñado de tierra.

—Es sólo que necesito saber... —Francisca lo miró fijamente a los ojos, incapaz de decir nada. Había esperado que el hombre hiciera un gesto, se le acercara durante las últimas semanas. Pero seguía mirándola con devoción, aunque sin dar un paso

definitivo para declararle su amor. En un arranque de valor, Francisca se alzó sobre las puntas de sus pies y dio un tímido beso en los labios del morisco.

Pedro se quedó de piedra, no había esperado algo así y no supo reaccionar. Francisca, viendo que permanecía inmóvil, giró sobre sus talones y comenzó a subir de nuevo los escalones que llevaban hacia su habitación. Esto hizo que Pedro saliera de su trance y diera unos pasos rápidos en dirección a ella, logrando tomarla por la mano. Al sentir el contacto, Francisca volvió la cabeza hacia él.

—¿Dices que te vas hoy mismo?

Ella asintió con un nudo en la garganta, incapaz de responder de otro modo.

—¿Volverás? —preguntó él con voz trémula.

Los ojos de Francisca se abrieron y brillaron con bríos renovados, curvó los labios en una amplia sonrisa y asintió con fuerza.

—En ese caso —concluyó él—, te esperaré.

* * *

En Lerma las construcciones se habían ralentizado durante el año anterior. Aun así, la plaza ducal comenzaba a tomar forma. Las viviendas que tiempo atrás había comprado Francisco en torno a su palacio fueron demolidas. Una vez quedó diáfano el espacio, se había comenzado a igualar el terreno, marcando la enorme área cuadrangular que formaría la plaza ducal, y se derribaron los paredones que formaban las antiguas vallas de la población. Las piedras y los materiales se reutilizaban para construir las edificaciones que se estaban levantando en el parque y en la huerta. Fue entonces, una vez preparado el terreno, cuando los servidores y aliados del duque comenzaron a edificar sus propias casas. El primero en hacerlo fue, como no podía ser de otro modo, Rodrigo Calderón. Los trabajos se contrataron hacia finales de 1605 y hacía tan sólo unas semanas que se habían terminado.

Durante el tiempo que pasó en Lerma, cada vez que no paseaba con Luisa o le hacía el amor, Francisco se dedicaba a pensar en el modo de escapar de los problemas que le causaba Margarita. Fue así como decidió que su voz tenía que escucharse con más fuerza en los Consejos. El primero de ellos al que acudió con esa intención se celebró el dieciocho de enero.

—¡Pero, majestad! Es una necesidad imperiosa que terminemos, de una vez por todas, con la guerra contra los flamencos. —El que hablaba era Juan de Idiáquez, que desde hacía tiempo insistía en ello. Seguía sirviendo al rey, tal como había servido a su padre. Sin apoyar del todo a Francisco, pero sin presentarle tampoco oposición alguna. Al menos en aquel asunto estaba de su parte—. Es, sin duda, lo más recomendable. Habiendo quedado claro que los planes de Alonso Ramírez de Prado

para sanear la hacienda eran falsos, no podemos seguir permitiendo que la corriente de aquella guerra se lleve el oro que nos llega como si se tratara de simples guijarros arrastrados por un riachuelo.

—Don Juan, no estaréis sugiriendo que la Corona, es más, que yo como rey y gobernante de medio mundo, como defensor de la fe, me pliegue a los deseos y condiciones de los herejes flamencos, ¿verdad?

Las palabras del rey no hicieron callar al consejero; llevaba demasiados años envuelto en la política real como para que pudieran afectarle. Y contaba, además, con el respaldo de Francisco, que pugnaba desde hacía años por acabar con aquella guerra.

—En absoluto, majestad. Sin embargo, la tregua es necesaria. Diría más: vital para vuestros intereses. Los holandeses deben tener restricciones, claro está. En mi opinión, se debería evitar, tal y como se hizo con el tratado de Inglaterra, que tuvieran tratos comerciales con las Indias. Creo que aceptarían un trato en tales condiciones, pues se les igualaría con una nación constituida, aunque no lo sea de hecho.

—Creo que don Juan lleva razón, majestad —intervino el conde de Miranda—. De hecho, tengo conocimiento de que no sólo nosotros necesitamos una tregua. Los rebeldes han hecho llegar a Spínola su deseo de entablar conversaciones que puedan llevarnos a conseguir la paz, o cuando menos, un armisticio.

—¿Cómo? —se interesó Felipe de pronto—. ¿Los flamencos desean la paz?

—Eso es lo que parece.

—¿Pero qué condiciones solicitan para ello? —quiso saber Idiáquez.

—Poco importa lo que ellos deseen —medió el rey—. Si realmente han solicitado conversaciones para una tregua, están dispuestos a negociar. Creo que deberíamos ser nosotros los que impusiéramos nuestras condiciones. ¿Cuáles serían las que propondrías vos, don Juan? —preguntó Felipe, tras una ligera pausa, dirigiéndose al conde de Miranda. Hacía tiempo que éste se había convertido en parte principal de los consejeros reales.

—En mi opinión —comenzó el presidente de Castilla—, las provincias rebeldes deben seguir formando parte de los territorios gobernados por la Corona. No deben conseguir la independencia ni obtener soberanía propia. Es vuestra hermana su regente, según los deseos de vuestro padre, y debería seguir siendo así. Por otro lado, el gobierno con las Indias debe estar restringido para los holandeses, siguiendo el ejemplo inglés. Por último, es primordial que se garantice la seguridad de los católicos en los territorios flamencos. Éstas son las condiciones que deberían aceptar los rebeldes antes de un cese del conflicto.

Los presentes se mantuvieron en silencio. El rey mesaba sus bigotes mientras pensaba. Siempre había encontrado enormemente aburridas aquellas reuniones y, una vez más, deseaba encontrar una solución, tanto mejor cuanto más rápida. Finalmente, hizo lo mismo de siempre. Giró su cabeza y se dirigió a la persona que se sentaba situaba más cerca de él.

—Francisco, siempre he confiado en tu buena opinión, y tu consejo es para mí el más valioso. Decidme, ¿qué opináis?

—Veréis, majestad, creo que deberíamos ser un poco más prácticos a la hora de atender este tema. —Cambió de posición mientras un gesto de dolor se dibujaba en su cara. Estaba sufriendo problemas con la gota y tenía las pantorrillas inflamadas pese a las sangrías que, de continuo, le practicaban los médicos. Pero aún con las recomendaciones de éstos seguía sin evitar los excesos en la comida y la bebida. Instantes después continuó hablando—: hoy por hoy, los rebeldes tienen un poderío naval en verdad impresionante. Quizá, si no hubiera sucedido en tiempos de vuestro padre el desastre de la Invencible, podríamos detener la expansión de los flamencos, mas me temo que en el mar son superiores a nosotros, como lo demuestran los muchos ataques que reciben nuestras naves.

»Esto es un hecho, nos guste o no y, por vuestro gesto, puedo adivinar que no os gusta. Pero no importa, tenemos que ser realistas, y realista es reconocer que eso no va a cambiar fácilmente. De modo que no podemos impedir que Holanda se expanda por el mundo. Por lo tanto, incluir en un tratado de paz una condición que restrinja esa expansión no tendría sentido alguno.

—Precisamente para contrarrestar ese poderío se debería limitar antes su capacidad de comercio, ¿no os parece? —preguntó Idiáquez.

—Así podría parecer, don Juan —respondió Francisco de inmediato—, pero ese poderío naval es eminentemente militar. Dudo mucho que los rebeldes estén en condiciones de establecer un comercio fluido con las Indias. Si solicitan una tregua es precisamente para poder organizar los asuntos y recuperarse, no para emprender una guerra comercial. No creo que puedan hacer un daño real en nuestro comercio con las Indias.

»Se ha comentado también la necesidad de proteger a los fieles en aquellos territorios. Majestad, durante los cuarenta años que dura ya esta guerra, el número de católicos en las Provincias ha disminuido. No tanto por haber sido asesinados, sino por su huida de aquellos lugares. Una tregua aumentaría su presencia nuevamente dadas las oportunidades que la paz ofrece. Al fin y al cabo, es lo que ha ocurrido en Inglaterra.

—De modo, Francisco —intervino el rey de nuevo— que vuestro consejo es permitir que los rebeldes comercien libremente con las Indias y no incluir en el tratado ninguna garantía para los católicos... Si no os conociera bien, diría que es un consejo poco adecuado.

Francisco sonrió al monarca antes de contestarle.

—Entiendo que tal vez sea esa la impresión que causan mis palabras, majestad. No obstante, podéis estar seguro de que es el camino correcto. En realidad, los Países Bajos ya son un territorio independiente si nos ajustamos a los hechos. Nuestra situación económica aconseja concluir las hostilidades. Si intentamos retener esas provincias a toda costa, con seguridad se perderá todo lo demás. Vuestro imperio se

irá desgastando como la roca contra la que rompen todas las olas. Por tanto, ¿no sería más razonable consolidar la Corona en los territorios que continúan siendo leales en lugar de perder la cabeza por los flamencos? Incluso los emperadores romanos cedieron territorios a cambio de mantener todo un imperio.

»Seguid mi consejo, majestad. Frente a cuarenta años envueltos en una guerra de la que todo el mundo, incluso los que la originaron, está hastiado, que vos consigáis pacificar la Corona será visto como el mayor éxito de vuestro reinado.

* * *

Francisco estaba sobre Luisa, que se mordía el labio inferior al tiempo que ladeaba la cabeza a fin de dejarle más espacio para los besos del duque. Él fue bajando por el cuello hasta llegar a los pechos, donde comenzó a lamer y chupar los pezones, provocando gemidos de placer en su amante, que se aferró a las sábanas con fuerza. La lengua del duque era salvaje y le arrancaba latigazos de placer. Luisa se había perdido entre espasmos y caricias, abandonando su voluntad a los apetitos del duque.

—Te deseo, Luisa... —La voz ronca de él la excitó aún más—. Necesito estar dentro de ti; sentirte todo alrededor...

De nuevo aplicó la boca al pecho, silenciando sus palabras. Luisa se escuchó responder como a través de un velo al tiempo que tomaba a Francisco por el pelo y le apretaba la cabeza contra el cuerpo.

—¿Y a qué estás esperando...?

Francisco no aguantó más; se puso de rodillas, le abrió las piernas y se colocó entre ellas. Tan pronto como se hundió en Luisa exclamó con satisfacción. Ella colocó las piernas alrededor de la cintura del duque y lo animó a empujar entre gemidos.

Al poco se abrazaban, tumbados ya ambos y satisfechos, sobre las sábanas húmedas por el sudor, Luisa haciendo espirales con el dedo sobre el pecho de Francisco.

—Firmaremos la paz, Luisa.

—¿Cómo?

La condesa tuvo que hacer un esfuerzo por concentrarse.

—Vamos a firmar la paz con los flamencos. He logrado convencer a Felipe y... ¿Ocurre algo?

Luisa se había incorporado, alejándose de él. La miró con el ceño fruncido. Ella se volvió hacia él. Los ojos se veían brillantes y acuosos.

—No quiero seguir así, Francisco.

—¿A qué te refieres?

—Hace meses me dijiste que estabas dispuesto a preparar un documento de compromiso, pero pasa el tiempo y no das el paso, a pesar de que toda la corte lo sabe. No quiero seguir así. La situación empieza a ser embarazosa. —Francisco entrecerró los ojos y se cruzó de brazos—. Quiero que nos casemos.

Entonces, el duque se levantó del lecho y comenzó a caminar por la habitación con grandes aspavientos, mientras hablaba.

—¡Hay muchas cosas que debo atender, Luisa! Mil enemigos a los que sortear. ¡Y tú me presionas para que haga una declaración formal de compromiso! ¿No te basta con que todos sepan que te he elegido a ti? ¿Que, llegado el momento, serás mi esposa?

—No, Francisco. —Luisa se incorporó en la cama. Las sábanas rodaron y dejaron a la vista su torso desnudo—. Lo que la gente sabe no es que seré tu esposa. Lo que la gente sabe —y se levantó con presteza, empezando a recoger las ropas que había dejado tiradas por el suelo— es que comparto tu lecho cuando te acuerdas de mí, que tu hijo se opone a que mantengas relación alguna conmigo y que, de hecho, no te dirige la palabra desde hace meses. Lo que la gente sabe —lo señaló con un dedo acusador mientras hablaba— es que para ti es más importante tu posición que yo. Y, con sinceridad, mi querido duque: tengo una posición tan estable como pudiera desear. No quiero más honores, ni más títulos pegados a mi apellido, o al vuestro. Lo que yo quiero es que se me demuestre que soy lo más importante en la vida del hombre al que amo. Y, la verdad, vos estáis muy lejos de conseguir eso.

Así se fue, desnuda como estaba y con el montón de ropas en los brazos, llamando a gritos a una sirvienta que la ayudara a vestirse.

* * *

Al día siguiente, Fernando Carrillo le explicaba a un Francisco de Sandoval especialmente apático los informes que había preparado en contra de Pedro Franqueza. Porque, aunque ya se había detenido a Ramírez de Prado, no se había hecho lo mismo con el conde de Villalonga. Y es que, pese a todos sus esfuerzos, Francisco no lograba impedir que las gentes siguieran criticándolo, a él y a sus ministros. Ahora además se empezaba a decir que había jugado con la condesa de Valencia, quien, aseguraban, se había negado a seguir amancebándose con él. De nada había servido la detención de Ramírez de Prado. Muy al contrario, conocer las cantidades de dinero de que disponía hizo que las críticas aumentaran. Y sólo había una cosa que se podía hacer.

El diecinueve de enero se celebraba en palacio un torneo. Presentes estaban los reyes, Francisco, el conde de Miranda y, en definitiva, toda la corte. Entre ellos,

Pedro Franqueza, conde de Villalonga. El torneo había concluido y se celebraba una fiesta nocturna en la que el rey entregaba los premios a los vencedores. Fue pasada la medianoche cuando apareció Rodrigo Calderón y, junto con él, Fernando Carrillo. Se encaminaron directamente al lugar que ocupaba Francisco. A su lado se sentaba Franqueza, que por el otro costado era flanqueado por el conde de Miranda.

Los recién llegados tomaron por los brazos a Pedro Franqueza, que quedó tan asombrado que no atinó a decir palabra. Enseguida le advirtieron que estaba siendo apresado por orden del rey, y en ese mismo instante comenzó el alboroto. Pedro Franqueza se removía intentando zafarse del abrazo de sus captores y a su alrededor los cortesanos comenzaron a murmurar primero y a comentar después en voz cada vez más alta lo que estaba sucediendo. No tardó en propagarse entre los presentes la noticia. Cuando el preso desapareció del recinto, Francisco mostraba un semblante tan hierático como le era posible. Felipe III, por su parte, volvía a divertirse entre la multitud y la reina Margarita dirigía una sonrisa aviesa al duque.

El registro a las posesiones de Pedro Franqueza ofreció un resultado aún más escandaloso que el de Ramírez de Prado. Se arrestó tanto a la esposa como a los hijos, puesto que cuando los alguaciles llegaron a su casa se afanaban en arrojar por un sumidero cajas enteras de joyas y riquezas. Durante tres días, varios carros se dedicaron a trasladar el menaje expropiado de la casa del conde. Se retuvieron varias acémilas, cargadas con trescientos mil ducados, que la mujer de Franqueza había enviado hacia Valencia con tal de salvar parte de sus dineros. Se investigó la casa a fondo, y cuando se cavó en ella se encontraron varios lugares en los que había acumuladas auténticas fortunas. Incluso fue necesario prender a varios frailes de la Merced junto a su comendador, pues la investigación descubrió que, en el convento, Franqueza había escondido parte de sus riquezas. Se hallaron bajo uno de los sepulcros dos cofres que contenían oro y joyas. Junto con todo ello, Pedro Franqueza tenía guardados todos los libros de la hacienda real, con los que hacía y deshacía a su antojo, logrando así acumular toda su fortuna.

Capítulo XXVIII

Guadix comenzaba a desperezarse, pero Jacinto hacía tiempo que estaba levantado. Todos los días, antes de que el sol clareara, él ya estaba trabajando, rodeado de velas, copiando las cartas y documentos que Lorenzo le había encargado. Desde que la familia Ferrer volviera a Guadix, Jacinto había insistido en trabajar codo a codo con Lorenzo. No lo movía sólo la ganancia, si bien podía comprobar que las cosas le iban bien a su vecino; además, el interés que había tenido tiempo atrás por Francisca había aumentado tan pronto como la vio de nuevo a su regreso de Madrid hacía unas semanas. En los años que había estado fuera se había hecho una mujer. No tenía un pecho tan abultado como su madre, pero bajo las faldas se adivinaban piernas firmes y un culo prieto, que lo volvía loco cuando se balanceaba al caminar. Él se quedaba con la boca seca siempre que se encontraba cerca de ella, aunque la muchacha parecía no fijarse demasiado en él. No le importaba; sabía que la madre lo miraba con buenos ojos, que el padre estaba contento con su trabajo una vez que le había permitido que lo ayudara, aunque apenas le pagaba unas monedas. Francisca acabaría siendo suya a poco que las cosas siguieran su curso natural.

Cuando el sol se decidió a iluminar las casas, Jacinto tomó las hojas en las que había estado trabajando, las metió en una ajada cartera de cuero junto con sus útiles de escritura y se dirigió sonriente a la casa de su patrón. Tan pronto como entró por la puerta descubrió que sus aspiraciones podrían irse al traste. Francisca estaba preparando un hatillo y su padre le hablaba con voz ansiosa.

—Debes tener cuidado en Madrid, Francisca. Es una ciudad de lobos donde nada es lo que parece, y ahora no estará Zúñiga para protegerte.

—Lo sé, padre. —Siempre lo llamaba así, aunque sabía que no era su padre natural—, no te preocupes. Conozco la ciudad lo suficiente como para no meterme en líos.

—Es importante que te asegures de que los detalles de la vida del padre de Rodrigo Calderón son exactos. Es fundamental, ¿me entiendes bien?

Ella asintió.

—Así lo haré.

—¿Te marchas a Madrid? —preguntó Jacinto con la voz aguda de un chiquillo.

Francisca se giró hacia él y le respondió con desgana, aunque no pudo evitar un brillo de ilusión en los ojos al pensar en su viaje.

—Sí, tengo que regresar.

Jacinto se olvidó de ella y habló directamente con Lorenzo.

—No es prudente, señor. Es una mujer, estará en peligro...

—Es la única manera, Jacinto.

—Pero, señor, ¿podría ir yo!

—Sí, lo pensé, pero no me sirves. Necesito alguien que conozca la ciudad, alguien que pueda moverse por sus calles, que sepa a quién acercarse y a quién evitar para hacer el trabajo que necesito. Tú no sabrías ni por dónde empezar...

Francisca se acercaba ya a la puerta y se abrazó a su madre, que la miró con orgullo.

—Recuerda, hija mía: todo esto lo hacemos por venganza, no sólo por dinero —aseguró apretando los dientes, con la voz acerada y las manos crispándose en torno al cabello negro de su hija—. Todo saldrá bien. Tienes amigos poderosos que te cuidarán aunque tú no los veas.

La voz le tembló al final y acabó por abrazarse a ella. Jacinto asistía a todo aquello boquiabierto. Cuando Lorenzo se acercó a Francisca aprovechó para colocarse a su lado. Lorenzo le besó el pelo con ternura. Cuando ya salía por la puerta, Jacinto estalló.

—¡No puedes irte así! ¡Yo iba a pedirte en matrimonio!

Francisca se giró hacia él, blanca como la nieve, incapaz de decir una palabra. Miró a su madre y a su padre. Lorenzo agachaba la cabeza, un tanto azorado. Algo se temía, pero no había esperado una salida así. Juana, en cambio, se adelantó para zanjar la cuestión.

—Tiempo habrá para solucionar esto cuando vuelva, nada ganamos aceptando una proposición a la puerta de la casa antes de un viaje importante.

—Pero, madre, yo no...

—No hay nada que hablar, Francisca. —Juana amenazó a su hija con un dedo antes de que siguiera hablando—. Cosas más importantes deben regir tus pensamientos en los próximos meses. Hablaremos más delante de todo esto —zanjó con una sonrisa y un último beso.

Francisca asintió, y sin dirigir una sola mirada a Jacinto se dio la vuelta y comenzó a descender la cuesta que partía desde su casa hacia el centro de Guadix. Cuando ya se había alejado unos pasos, Jacinto quiso lanzarse tras ella, pero Juana lo detuvo colocando una mano sobre su él.

—Nada ganarás si la apremias ahora. Déjala ir tranquila. Yo sabré convencerla a su regreso.

* * *

La reina caminaba con lentitud mientras hablaba. A su lado avanzaba un fraile, un personaje que hacía tiempo tenía un peso singular en la corte, pues era el confesor de Francisco de Sandoval.

—Hace mucho que deseaba hablaros con calma, fray Aliaga —decía la reina con

su mejor tono.

—Siempre estoy disponible para vos, majestad —respondió el religioso con humildad.

Conocía, como todos, que la reina estaba enemistada con el duque. Sin embargo, él pensaba de un modo más espiritual y, en realidad, creía, como muchos otros, que la política de Francisco era adecuada y correcta, al menos, casi toda ella. En más de una ocasión lo había defendido de críticas y ataques.

Margarita, por su parte, tenía pocos apoyos; Baltasar de Zúñiga estaba muy lejos y sus planes para desestabilizar el poder del favorito del rey no cumplían del todo sus objetivos, aunque cierto era que en los últimos tiempos las cosas habían mejorado para ella tras las detenciones de los ministros. Pero era una mujer ambiciosa y ya había tejido nuevas intrigas y estratagemas. En una de ellas, el papel de aquel monje era crucial. Margarita conocía un pequeño detalle, un íntimo deseo del religioso. Y como buena pescadora que era, le mostraba ahora su señuelo.

—He oído que vuestro hijo ha sido ya destetado —continuó el fraile—. ¿No es quizá un poco pronto?

—¡Ah!, fray Aliaga... Se nota que sois hombre religioso y no muy ducho en este tipo de cuestiones. No, no es pronto. Dos años es una edad más que conveniente para apartar a un príncipe del pecho que lo amamanta. Lo demuestra el que Felipe se encuentra perfectamente bien de salud y come a dos carrillos, como suele decirse. No es la salud de mi hijo lo que me preocupa, fray Aliaga... Son asuntos de mayor importancia, tanto para el propio Felipe como para todo el reino. Por eso os hice llamar. Necesito vuestro consejo, padre.

Las últimas palabras fueron pronunciadas por Margarita con un temor reverencial, como la persona que se siente profundamente afligida y necesita un consejo sabio en el que apoyar una crucial decisión. El rostro del dominico se cubrió de pronto de arrugas de preocupación. Era evidente que la reina tenía un problema, y aunque no entendía por qué lo había llamado a él en busca de consejo, no pudo evitar sentirse halagado.

—Majestad, veo que sufrís, no hay más que mirar vuestro rostro. Si puedo ayudaros en algo, debéis saber que vuestras palabras morirán en mis oídos, ni una de ellas partirá de mi boca.

—Lo sé —respondió ella—. Precisamente porque conozco vuestra lealtad y prudencia me atrevo a hablaros a vos y no a otro. —Se hizo un silencio entre las dos figuras, que caminaban ajenas a cuanto les rodeaba. El fraile no despegaba sus labios, concediendo el tiempo que la reina parecía necesitar para decidirse a proferir en palabras sus pensamientos—. Veréis —se animó la soberana—, puesto que no encuentro un modo suave de plantearos la cuestión, lo haré de manera abierta.

»Estoy muy preocupada, padre... Y todo mi temor surge del mismo lugar. La herejía nos rodea, fray Aliaga. Judíos y moriscos campan a sus anchas por las tierras que gobierna un rey católico. He intentado hablar con mi esposo abiertamente, como

lo hago con vos, de este asunto. Pero no quiere escucharme... He pensado que, ya que vos sois el confesor del duque, el más valorado de los consejeros de mi esposo, tal vez podríais hablarle a él sobre este problema.

»Porque, veréis, según he podido saber, hace casi un siglo que se ordenó la expulsión de aquellos que no se bautizaran en el nombre de Nuestro Señor, mas a día de hoy corretean por nuestros campos y nuestras villas, viven en nuestras ciudades y hablan con nuestros hijos. ¡Y nadie hace nada por evitarlo!

»Por favor, padre —dijo la reina deteniéndose y arrodillándose ante el fraile mientras le cogía las manos y gruesas lágrimas surcaban sus mejillas—, ¿no podríais vos tratar de este asunto con el duque?

El fraile se quedó sin palabras. La reina del mayor imperio del mundo se hallaba postrada ante él, solicitando su ayuda para llevar a cabo un trabajo que, en su opinión, debería haberse realizado hacía mucho tiempo. Cuando reaccionó, se apresuró a ayudar a la reina a ponerse en pie.

—¡Ay, hija mía! —suspiró comenzando a morder el anzuelo, aunque no era consciente de ello—. Lo cierto es que el propio duque se opone a ese decreto. En verdad, según la ley, los moriscos no serían expulsados si se bautizaban. Pero lleváis razón: la herejía nos rodea y algo deberíamos hacer al respecto.

—¡Cómo es posible! —gritó Margarita escandalizada—. Que un noble, un hombre de fe como don Francisco se oponga a que se tomen las medidas que alejen a los hombres de la falsedad y la herejía... jamás lo hubiera dicho. ¿Acaso no dijo Jesús que había que eliminar la mala hierba de los campos para obtener una cosecha de fieles? ¿Y qué son los moriscos, sino las malas hierbas que crecen por doquier?

Aquel fraile no estaba acostumbrado a las intrigas políticas, siempre había huido de ellas, optando por mostrar lealtad. Fue entonces cuando empezó a pensar que quizá Francisco de Sandoval debería optar por una postura distinta y más acorde con la fe de un hombre de su categoría. Prestó de pronto atención a las palabras de Margarita, que continuaba hablando.

—... Deberían ser expulsados, y yo apoyaría a aquel que lo hiciera, por descontado. La cuestión es que con el duque oponiéndose a ese decreto... ¿quién se atreverá a proponerlo ante el rey? Debe ser sin duda un hombre de valor, cuya fe sea inquebrantable, que no se deje influir por las opiniones ajenas... Decidme, fray Aliaga —concluyó la reina volviéndose al monje que lo acompañaba—, ¿podéis indicarme al hombre adecuado para semejante tarea? Si es así, hacedle saber que contará con toda mi ayuda y protección para que pueda convertirse en el auténtico brazo ejecutor de la divina voluntad.

No fue necesario decir mucho más. Durante el breve rato que siguió, Margarita y fray Aliaga pasaron casi en silencio.

* * *

Por esas fechas, desde Flandes llegó al fin la noticia de que los archiduques habían firmado un acuerdo de suspensión de armas con los flamencos. Había, por supuesto, algunos que se opusieron a la resolución del conflicto. Veían en la paz con los rebeldes que la monarquía católica perdía su razón de ser al dejar de defender la verdadera fe y doblegarse ante los herejes del norte. Opinaban que tal vez a corto plazo la tregua pudiera tener algunas ventajas, mas, pasado el tiempo, culminaría en la pérdida de la reputación de la monarquía española.

Francisco recibió numerosas quejas y presiones para que la firma no se llevara a cabo. Se hablaba mucho y mal de las concesiones religiosas que habría que hacer durante la negociación. Y tras todos estos comentarios y argumentos surgía de manera indivisible la figura de Margarita, que sabía aprovechar cualquier circunstancia para socavar a su adversario. Por más que Francisco y sus aliados se dedicaron a pregonar a los cuatro vientos que la paz era algo necesario debido a las dificultades económicas, entre el pueblo surgió un acalorado debate: unos a favor de los rumores y otros de la posición que había tomado la Corona. Además, los comentarios sobre Alonso Ramírez de Prado y Pedro Franqueza seguían sacudiendo a las gentes. Del primero se afirmaba que se había trasladado a la fortaleza de Brihuega, aunque nada se sabía de cierto.

En cambio, de Pedro Franqueza se llegó a afirmar que había sido envenenado y enterrado en secreto en el monasterio de la Esperanza. Algunos hicieron correr el rumor de que la orden de darle muerte había partido del propio Francisco, pues temía lo que el conde de Villalonga pudiera declarar. Las lenguas estaban ya desatadas en las calles, y para finales de mayo se decía que el próximo en ser encarcelado sería Rodrigo Calderón, a quien muchos criticaban por sus corruptelas y negocios sucios y por la envidia que suscitaba su hacienda, que crecía año tras año. Llegó a divulgarse la noticia de que ya estaba encerrado en Pinto, pero todos aquellos que se regocijaron con ella se vieron corridos al conocerse que no era cierta.

Lo que sí resultó cierto fueron los graves cargos con los que se acusó a Ramírez de Prado y Pedro Franqueza. Fernando Carrillo acusó a ambos ministros de más de quinientos cargos. La investigación descubrió que recibían dinero y regalos de banqueros portugueses y genoveses. Los príncipes italianos les ofrecían joyas para influir en la política del rey y los nobles españoles pagaban sus servicios en un intento porque sus peticiones al monarca fueran bien recibidas. Fue entonces cuando el incendio provocado por estos ministros prendió en el que había sido su valedor, y Francisco se vio obligado a iniciar una investigación contra Rodrigo Calderón en un

intento de evitar que la comenzaran otros. Al menos, de ese modo podría controlar sus resultados.

Capítulo XXIX

Llevaba todo el día inquieta, paseando por la pensión de un lado a otro, llevando cubiertos o platos o cuencos a la alacena, preparando masa para el pan, recogiendo agua del pozo y mirando a cada instante para ver si se abría la puerta de entrada. Pero todo se mantuvo en calma hasta que hubo anochecido y las calles comenzaban a quedar vacías.

Lo vio entrar, con la cabeza agachada y los hombros cargados por el cansancio, resoplando y empapado por el aguacero que había empezado a caer poco antes. Se quitó la pelliza nada más entrar, con el cabello chorreando sobre la cara; bien sabía que Feliciano pondría el grito en el cielo si cubría el suelo de agua y barro. Estornudó y entonces levantó la cabeza.

Así fue como lo reencontró Francisca, que sonreía feliz al verlo de nuevo. Pedro Cano no acertó a moverse durante unos momentos. Cuando estaba a punto de arrancarse a ir a por ella y abrazarla, llegó la voz de Isabel.

—¿Ya estás aquí? Pues venga, quítate esas ropas mojadas y siéntate a la mesa, que hemos preparado una sopa de nabos para calentarte el estómago.

Cenaron casi en silencio y todos en la casa se retiraron pronto a sus habitaciones. Pedro no podía dormir; su hombría pulsaba a cada instante recordándole que ella había vuelto, y estaba muy cerca, a un par de pasos de él. El dolor de su miembro hinchado lo mantuvo en vela. Escuchó los ronquidos lobunos de Feliciano, que ahogaban el respirar más pausado de su hija. Y entonces se abrió la puerta de su habitación. Francisca se acercó hasta él, sin vela ni candil que iluminara su paso. La vio como un espectro, un espíritu que llegara hasta él en mitad de la noche. Una aparición dispuesta a satisfacer todos sus deseos.

* * *

A Francisco no le gustó tener que hacerlo, pero finalmente desposeyeron a Rodrigo Calderón de sus oficios reales, aunque no fue detenido. Más bien al contrario, recibió una cédula firmada por el rey en la que se le perdonaban sus crímenes y errores pasados y se prohibía que fuera criticado en público o se hiciera escarnio de él. Rodrigo Calderón no sería perseguido por sus fechorías, y todos vieron en ese trato de favor la mano de Francisco. Poco le importaron las habladurías al rey, que a finales de julio se recreaba encerrando juntos en una plazuela tras el palacio a un toro

con un león, y al ver que éste se acobardaba ante la mole que lo empitonaba una y otra vez, ordenó que dejaran salir una jauría de perros. Estos acosaron durante más de una hora al toro, que finalmente sucumbió a sus dentelladas mientras el rey le lanzaba jaras para debilitar aún más al animal.

Para alejarse de los comentarios, el duque volvió a dedicarse a los trabajos en su villa de Lerma. No le dio importancia al hecho de que Cristóbal de Moura, el antiguo favorito de Felipe II a quien había enviado a Portugal hacía ya tantos años, regresara y se asociara de inmediato con aquellos que criticaban la política del rey. Por ahora seguía ganando la partida a la reina y, una vez alejados los ministros más corruptos de su entorno y reforzada su posición a la derecha del rey, tenía poco que temer. Fray Aliaga le advirtió en contra de los pecados de la vanidad y la avaricia, pero no fue más que un ligero picotazo en su conciencia. No podía saber que su confesor empezaba a cambiar de bando.

Más preocupante era la salud de Juan de Zúñiga. Ya hacía más de un mes que no acudía a los Consejos y su estado había empeorado desde que un fuerte dolor le apretara las ijadas. Aún así, a finales de agosto, Juan abandonaba su postración y aparecía en el Consejo de Castilla. La situación financiera de la hacienda real seguía decayendo. Castilla debía ya al rey veinticuatro millones de ducados, pero no parecía posible que su pago comenzara de inmediato. El conde de Miranda porfió por conseguirlo, pero durante la sesión hubo de ser sacado para que lo vieran de inmediato los médicos de la corte. Un fuerte dolor en los riñones y problemas con la orina volvieron a obligarlo a guardar cama.

Fue entonces cuando Pedro Franqueza, que seguía encarcelado, empezó de pronto a dar muestras de perder la razón. Dejaba de comer algunos días, los más los dedicaba a decir disparates y cosas sin sentido, no era extraño que se mostrara furioso y arremetiera contra todo aquel que se le acercara. Pero ni siquiera los médicos que fueron enviados para que estudiaran qué le sucedía pudieron decir nada concluyente, por lo que muchos comentaron que en realidad no estaba enfermo, sino que se hacía pasar por loco para evitar que se le interrogara durante el juicio que había de celebrarse contra él.

A nadie le extrañó que, al llegar septiembre, Gabriel Escobar, un profeta, visionario bastante conocido y gran ajedrecista, alzara la voz anunciando catástrofes y desastres inminentes. Se lanzó a las calles pregonando su última visión y provocó que una oleada de temor y superstición se abrazara a las almas de aquellos que lo escuchaban. Con el pelo todavía revuelto por una noche insomne, las calzas manchadas por unas gachas comidas a prisa unos días atrás y la voz estridente, comenzó a correr por las calles, haciéndose perseguir por todos aquellos que deseaban escuchar lo que tenía que contar.

—¡Preparaos todos para una época de grandes cambios! —gritaba ajeno a las lastimaduras que se hacía en los pies descalzos—. Pronto seremos invadidos. —Gritos histéricos comenzaron a sonar alrededor del profeta al escucharse estas

palabras—. Pero no a sangre y fuego. Será una invasión de almas, los espíritus de los judíos y los moriscos crecerán y llegarán a los cielos, pues tan pronto como empiece el año próximo muchos se harán bautizar en el nombre de Nuestro Señor Jesucristo y pasarán a lidiar con nuestras almas por el perdón de pecados y por un sitio en los cielos.

Las gentes se agolpaban alborotadas junto al visionario, que había dejado de correr, desfallecido, y se apretaba los costados intentando reducir los incómodos dolores del flato y recuperar el aliento. En ese momento hizo su más sorprendente anuncio:

—No serán esos los únicos sucesos prodigiosos que sucedan durante el próximo año porque, en mis visiones, la Divina Providencia me ha revelado que nuestro rey morirá. Y que su principal ministro morirá, y que a la mayoría de los que están hoy en el poder se les separarán las cabezas de sus cuerpos.

El temor se propagó por los reinos como el fuego de los campesinos arrasa los rastrojos.

* * *

—¡Mentiroso serás tú! —gritaba un chiquillo de unos cinco años a un joven de diecisiete. Éste lo miraba burlón, riendo del monumental enfado del pequeño.

—¡Pero cómo pretendes que alguien se crea una cosa parecida! —decía el mayor—. Más vale que no se entere tu padre de que andas contando patrañas como esas.

El menor cogió entonces una rabieta y con sus puños diminutos comenzó a golpear furioso a su acompañante. La reina, que había estado observando divertida lo que sucedía, se decidió a detener la pelea, pues el mayor comenzaba a cansarse del juego, ejerciendo más fuerza de la debida para detener a su compañero. Una fuerte palmada resonó en el corredor y de inmediato las figuras que peleaban en él se detuvieron, azoradas al ver llegar a Margarita, que alzó la voz intentando ocultar su diversión.

—¡Francisco de Aguilera Ibarra! ¿Se puede saber qué le habéis hecho al pequeño Diego^[11]?

—Perdonad, majestad —comenzó a disculparse el muchacho—, pero es que...

—¡Francisco me ha llamado mentiroso, mi señora! —exclamó airado el pequeño.

—¿Y puede saberse por qué le has llamado así, Francisco?

El joven Diego contestó sin permitir que Francisco llegara a abrir la boca.

—¡Mi padre ha contado en mi casa que don Francisco de Sandoval le ha dicho al rey que va a dejar sus obligaciones en la corte, y Francisco dice que eso no puede ser, que soy un mentiroso! —terminó de decir mientras soltaba un nuevo puñetazo contra

el muslo de su acompañante.

Margarita se había quedado inmóvil en medio del pasillo. La tez de la reina adquirió un tono cerúleo, y dando un pequeño traspiés se apoyó en la columna más cercana para evitar caer al suelo. Los dos pajes de la Casa de la reina reaccionaron de formas distintas. Diego no supo qué hacer y se quedó esperando mientras se mordía el labio inferior. No era algo habitual ver cómo una reina estaba a punto de rodar por el suelo. Francisco, sin embargo, corrió hacia la reina para ofrecerle su apoyo, lo que logró con cierta dificultad. Tan pronto como la sujetó, pudo percibir el sudor frío que corría por el rostro, el cuello y las manos de Margarita. Inmediatamente gritó solicitando ayuda.

No tardaron en llegar sirvientes de todo rango que aparecían corriendo por los pasillos. Margarita pareció reponerse con rapidez y el color regresó pronto a su rostro cuando bebió un poco de agua. Retomó su apostura, se irguió en toda su estatura y habló con seriedad a Francisco.

—Francisco de Aguilera Ibarra, os agradezco la prontitud con la que habéis acudido a socorrer a vuestra reina. Provenís de una casa que sin duda dará satisfacciones a la Corona, y me atrevo a decir que vos mismo obtendréis honores. Sin embargo, sólo os lo diré una vez: no admito que entre los servidores de mi casa crezcan rencillas y peleas. Y menos aún cuando uno de los implicados no es más que un niño de cinco años. Tened cuidado en el futuro.

La voz de Margarita podría parecer severa, pero en su rostro lucía una sonrisa, y una luz prendía sus ojos, que Francisco de Aguilera no supo comprender.

El rumor corrió por toda la corte, como no podía ser de otro modo. Por los pasillos y en cada corro se comentaba la decisión de Francisco de abandonar la corte. Muchos decían que era para no caer igual que había ocurrido con sus ministros, otros que por motivos de salud. Algunos se alegraron de la decisión en murmullos apagados, mientras que había quien lamentaba las oportunidades que perdería de medrar en la corte al desaparecer su protector. No fueron muchos los que entendieron que, si el duque renunciaba a su puesto, todo el trabajo que había realizado, en especial para lograr la paz, sería derruido en unos pocos días.

Sin embargo, si hubo alguien a quien no le gustó la noticia fue al rey. Francisco era para él mucho más que un apoyo, más que un ministro abnegado. Era su consejero de confianza, quien dictaba las políticas, aquel que, en definitiva, permitía que Felipe III se olvidara de la mayoría de asuntos de Estado pudiendo dedicarse a lo que más le gustaba: la caza y las diversiones.

—¡No lo permitiré, Francisco! —gritaba Felipe fuera de sí—. ¿Por qué deseáis abandonar mi servicio? ¿Acaso no se os ha recompensado adecuadamente durante todo este tiempo? ¿Es tal vez que el amor que debéis sentir hacia vuestro rey se ha enfriado?

Mientras Felipe caminaba arriba y abajo, Francisco permanecía con la cabeza agachada en señal de humildad. Por su parte, Margarita presenciaba la escena pálida

por completo. Había llegado a creer que al fin podría librarse de aquel cortesano cuya avaricia y escasos escrúpulos estaban dando al traste con el mayor reino del mundo, y de repente se encontraba con que su esposo estaba a punto a echarse a llorar de desesperación ante la simple idea de que el duque lo abandonara. De repente, la voz de Felipe la sacó de sus pensamientos.

—¡Díselo tú misma, Margarita! Dile que no aceptaremos que nos abandone ahora, cuando más necesitamos de sus servicios y consejos.

La reina tardó en contestar, clavando los ojos en su marido, pugnando por evitar que su boca estallara, intentando evitarse la satisfacción de llamar al rey lo que pensaba de él: pusilánime y débil. Mas no podía hacerlo, por supuesto, de modo que desvió la mirada y, arreglándose un pliegue invisible del vestido, contestó desgana, como si en realidad la situación no revistiera importancia alguna:

—Mi querido esposo... ¿por qué os empeñáis en ser egoísta? Ya hace años que nuestro querido duque nos sirve... del mejor modo que sabe hacerlo. Miradle a la cara. ¿No se reflejan en ella los disgustos, los problemas que le causan los asuntos de la monarquía? Era un hombre aún joven y con fuerza el que colocasteis a vuestro lado cuando subisteis al trono. Ahora se le ve cansado, con el peso de todas las decisiones tomadas marcando arrugas en su rostro. Un consejero como él debe ser un hombre fuerte, capaz de soportar todas esas cargas. Y si nuestro buen duque ha decidido que no puede continuar llevando ese peso, vos, esposo mío, deberíais respetar su opinión y sus deseos y otorgarle su retiro como el justo premio a tantos años de trabajo.

Francisco apenas podía respirar. Todo aquello era un movimiento político, por supuesto. Había simulado dejar la privanza por agotamiento y para evitar que continuaran las habladurías, pero estaba convencido de que el rey nunca lo permitiría. Ninguno de sus consejeros había esperado una audiencia con Margarita presente y, desde luego, la presentación de la situación que estaba haciendo era en verdad inteligente. Francisco pudo verlo en los ojos del rey: donde antes ardía la ira y el disgusto una sombra había caído, y sabía que aquella sombra era el reflejo de la indecisión. Demasiadas veces lo había visto ya.

—Dime, Francisco. ¿Crees que mi esposa lleva razón? ¿Debería dejarte marchar?

—Majestad, mi señora demuestra una inteligencia inusual, como siempre hace a la hora de dar sus opiniones. Mas creo que en esta ocasión yerra en sus apreciaciones. Los motivos que me han llevado a solicitar que me permitáis abandonar la corte no es la falta de amor a vos, ni el cansancio de mis tareas, como mi reina ha expuesto. No, no se trata de eso.

»Lo que me hizo presentar mi despedida de la corte fue el hecho de que hay quien piensa que mi labor a vuestro servicio no es la adecuada, y esas críticas revierten en vuestra persona —dijo mientras miraba con fijeza a la reina—. Jamás me perdonaría que os critiquen por mis consejos, majestad. Antes prefiero la muerte.

—¿Y qué hay de vuestras enfermedades, don Francisco? —se apresuró a intervenir la reina, viendo con temor que la presa podía escaparse de su propia trampa

—. Hace tiempo que os impiden ofrecer audiencias y atender determinados asuntos.

—Cierto es eso que decís, mi señora. Mis cincuenta y cuatro años comienzan a pesar algunas veces y la gota me atenaza las piernas en ocasiones. Aunque es bien cierto que hay servidores y cortesanos que llevan muchos más años que yo al servicio de la monarquía y que me aventajan en mucho la edad. No, tampoco son los achaques de un viejo los que me impedirán servir a mi rey, por muchos años que pueda llegar a tener. Como digo, majestad —y de nuevo se giró para hablar directamente a Felipe—, lo único que me puede apartar de vos sois vos mismo, o aquellos que me quieren mal y pueden llegar a haceros daño a través de mi persona.

—No necesito escuchar nada más, Francisco. No me cabe duda de vuestro deseo de servirme, y sé bien que vuestros consejos son sabios y adecuados para estos tiempos. Además, ¿qué importan las piernas en un hombre cuando lo verdaderamente importante es su cabeza? Por tanto, os deniego la posibilidad de abandonar la corte. Debéis retomar de inmediato todos vuestros asuntos, o al menos tan pronto como lo deseéis, que todo esto os debe tener trastornado. Tanto la reina como yo os lo agradeceremos. ¿No es así, Margarita?

Ella no contestó; sólo pudo mostrar una sonrisa que se le había congelado en el rostro.

* * *

Durante el resto del año se estuvo especulando sobre la posibilidad de que Francisco abandonara la corte. El rumor le beneficiaba. Cada vez que alguien decía que se marcharía, el mismo rey se ocupaba de asegurar lo contrario, fortaleciendo de este modo a su favorito en su posición.

Así fue como nuevamente tuvo fuerzas para oponerse e impedir una vez más la expulsión morisca, que volvía a ser tema de importancia en la corte. Explicó hasta la extenuación que los moriscos eran la base de los que poblaban los reinos, que sin ellos las tierras quedarían sin gente que las trabajara y la pobreza se convertiría en indigencia. Seguía, además, preocupado por el juicio que había de celebrarse contra Pedro Franqueza y Alonso Ramírez de Prado.

El primero de ellos seguía comportándose como un loco. Gritaba blasfemias y no reconocía a nadie, ni siquiera a su mujer e hijos, a quienes llevaron a la prisión para ver si recobraba la cordura. Lejos de eso, dijo que a su mujer e hijos los habían asesinado; únicamente hablaba en latín, y sólo con el doctor que lo veía de vez en cuando, al que contaba que lo visitaban tres personas desconocidas y a quien rogaba que sacaran de la celda a los perros y gatos que lo rodeaban día y noche. Pronto corrió el rumor de que estaba endemoniado.

Pero, sin que se supiera muy bien cómo o por qué, tras unas sangrías de los médicos recobró la cordura, y Fernando Carrillo se apresuró a tomarle declaración para seguir adelante con las diligencias que se tomaban en su contra.

Fue entonces cuando Simeone Contarini, el embajador veneciano, aseguró que Francisco de Sandoval aceptaba sobornos y regalos, que en los siete años de reinado de Felipe III el duque se había enriquecido más que ningún otro personaje de la corte. No era más que un reflejo de lo que se decía en la corte y hasta en la calle, donde se veía a Francisco como uno de los responsables de la situación corrupta que los rodeaba a todos. En verdad, desde 1599 la situación económica había ido empeorando sin que el rey ni sus ministros lograsen detener la debacle. La deuda económica había ascendido a más de veinte millones de ducados. Cada mes se enviaban a Flandes trescientos mil. Desde la Junta de Hacienda, a la que el rey delegaba toda decisión económica, decían que ni siquiera se podían conseguir cien mil. No había ni dinero ni medios para encontrarlo. No se podía pagar a los proveedores. Ni siquiera a los oficiales. Francisco recibió una notificación en la que se le indicaba que dejaría de recibir su salario como general de la caballería y que no tendría fondos para atender a las necesidades de ese cuerpo. Sencillamente, no había dineros para ello.

En medio de todo este caos, Francisco se encontró con Luisa.

Fue en uno de los jardines, cuando el sol se había convertido ya en una inmensa bola rojiza y se aprestaba a retirarse. Francisco caminaba cabizbajo y pensativo, intentando encontrar la llave que le abriera la cerradura de las arcas castellanas. Llegó a una fuente que lanzaba pequeños surtidores de agua que brillaban con las últimas luces y reflejaban un cielo entre malva y anaranjado. Francisco se sentó en el pretil con un suspiro de cansancio.

—Se te ve cansado, Francisco.

Se giró con un sobresalto hacia su izquierda. Encontró allí un banco en el que no se había fijado, y en él a Luisa. Hacía semanas que no se veían, desde que se marchara despechada de su cama. La vio allí sentada, con aquella sonrisa que le sacaba ligeros hoyuelos junto a la comisura de los labios y *Vizconde* dormido en su regazo; una pequeña bola de pelo sedoso y bien cuidado.

Francisco respondió a la sonrisa con un brillo en los ojos.

—Lo estoy, mi querida Luisa. Lo estoy. Muchas cosas van mal.

—Como siempre —respondió ella sin abandonar el tono ligero.

—Cierto. Pero ahora que te veo me alegro de haberte encontrado. —Las últimas palabras las dijo mientras se acercaba al banco y se sentaba junto a la condesa—. Es curioso lo mucho que se nota la ausencia de las personas a las que se ama cuando no están cerca; y lo poco que apreciamos su importancia cuando las tenemos junto a nosotros.

Ella no dijo nada y se dedicó a acariciar al perro. *Vizconde* despertó de su siesta y, sintiendo la cercanía de Francisco, ladró con voz aguda moviendo el rabo y cambió

de piernas. Luisa hizo el amago de cogerlo y llevarlo de nuevo a su regazo, pero Francisco se lo impidió tomándola de la mano.

—Déjalo, Luisa. A él también lo he echado en falta.

—Os estropeará las calzas.

—Unas calzas no tienen la menor importancia. —Se llevó la mano de Luisa a los labios sin que protestara—. Llevabas razón, ¿sabes?

—¿En qué?

—En todo... En todo. He pensado mucho en lo que me dijiste la última mañana que pasamos juntos.

—No, Francisco. No en todo llevaba razón. Tienes responsabilidades. No es justo pedirte que las abandones sólo para que yo me sienta bien. Debí entender que eres importante, que los reinos se sostienen en parte por tus trabajos y desvelos. También yo sé rectificar.

Le acarició el pelo plateado con la mano libre. Francisco se acercó a su boca y la aprisiono entre sus labios. Con lentitud al principio, ansioso un instante más tarde, sin que a ninguno de ellos le importara que pudiera pasar alguien por los jardines en ese momento.

Unos días más tarde, la corte se revolucionaba al hacerse público el documento del compromiso entre el duque de Lerma y la condesa de Valencia.

* * *

Poco después, el siete de noviembre, Felipe III, tras pasar unos días cazando durante la brama, reconocía la situación económica y firmaba un decreto de suspensión de pagos. Al día siguiente daba orden de que se preparara una fiesta en la que habían de correrse toros para celebrar el nacimiento de su hijo Carlos, que había venido al mundo dos meses atrás. No tenía intención alguna de frenar los gastos de las casas reales, sin importarle que las gentes bajo su gobierno se encontraran en la más absoluta pobreza.

A nadie sorprendió que, durante la Pascua, Gabriel Escobar volviera a profetizar que la caída de la Casa de los Austria estaba cerca.

Capítulo XXX

1608 comenzó con un acontecimiento histórico: Felipe IV era jurado como sucesor de su padre el domingo día trece. El acto se celebró en el monasterio de San Gerónimo. Allí estaban embajadores, caballeros, obispos, consejeros y, en definitiva, lo más granado de la corte. Era un día de ostentación. Todo fueron excesos.

Al finalizar la jornada, Francisco pudo ver cómo el recién jurado heredero era entretenido por Gaspar de Guzmán, sobrino de Baltasar de Zúñiga y heredero del conde de Olivares, quien había muerto unos meses atrás.

* * *

Lorenzo Ferrer trabajaba junto a un ventanal de su casa de Guadix. Había envejecido y su piel comenzaba a estar cubierta de finas arrugas, como si se estuviera convirtiendo en uno de los pergaminos sobre los que trabajaba. Fruncía los ojos inclinándose mucho sobre las hojas a fin de tener mejor visión. A su lado se inclinaba Jacinto. El muchacho había avanzado mucho en el oficio y ya se encargaba de preparar las tintas y hacer los documentos más sencillos. Pero el trabajo de toda una vida de Lorenzo Ferrer no lo había llegado a tocar. Era un libro de tapas de cuero teñido de rojo, con una encuadernación de cartera bellamente engalanada, que Lorenzo tenía abierto en ese mismo instante.

La mañana era fría. El cielo estaba cubierto de nubes; no amenazaban lluvia, pero ocultaban el sol, de modo que Lorenzo refunfuñaba cada poco quejándose de que necesitaba más luz. Jacinto lo miraba ocultando una sonrisa. Había llegado a apreciar a aquel hombre tranquilo y paciente que le estaba enseñando todo cuanto sabía. Llevaban así media mañana cuando la puerta de la casa se abrió con un golpe, sobresaltando a los dos hombres, que se giraron para comprobar que la que entraba de ese modo era Juana.

—Mujer, te he dicho mil veces que no me des sustos como ese. ¡Si hubiera caído una sola gota de tinta en el libro hubieras arruinado años de trabajo!

—Lo siento.

Juana intentó parecer compungida, pero no lo logró. Estaba demasiado nerviosa. Jacinto la miró con ojos tiernos y preocupados, como siempre. Francisca había regresado a Madrid hacía meses y, aunque mantenían contacto regular, Juana acusaba la ausencia. Jacinto también lo estaba pasando mal, pues hubiera deseado zanjarse el

compromiso con Francisca antes de que se marchara. La paciencia no era su mejor virtud. Había perdido algo de peso y por momentos le podía la apatía. Lorenzo estaba a punto de abrir la boca y preguntarle a su mujer qué le ocurría, por qué motivo tenía la cara desencajada, cuando ella se adelantó:

—Ha llegado el momento.

—¿Qué quieres decir?

Juana no respondió a la pregunta, sino que se giró hacia la puerta haciendo una señal con la cabeza. De inmediato entró un hombre alto y mal encarado, uno de los siervos de Baltasar, que se adelantó hasta la mesa donde Lorenzo se sentaba. No esperó a que le preguntaran.

—Debéis partir para Madrid de inmediato.

—¡Pero el libro aún no está terminado!

—Tiempo habéis tenido para ello. Mi señor lleva mucho tiempo costeándoos, ya es hora de que empecéis a realizar el trabajo que espera de vosotros. Vuestra hija dice que todo está preparado, no podéis esperar más.

Lorenzo miró a Juana, que asintió con la cabeza; él le repitió el gesto al desconocido. Para la hora de comer ya lo tenían todo listo; había poco que empaquetar, apenas unos hatillos con algo de ropa, comida para el viaje, algunos dineros y una bolsa de cuero recio para el libro. Cuando se aprestaban para partir, Lorenzo tenía la mirada velada por la preocupación Juana lo llamó en un aparte. Cuando comenzó a hablar tenía la voz tensa y disgustada.

—Presta atención a Francisca.

—¿Qué quieres decir?

—Francisca oculta algo, me temo que tiene que ver con algún hombre, ¿por qué estaba tan feliz de volver a Madrid? —Lorenzo se encogió de hombros sin llegar a responder—. ¿Acaso crees que estoy ciega? No soy tonta, conozco bien el corazón de una mujer. ¿Crees que no sería capaz de darme cuenta de que mi hija tiene la mente y el corazón en Madrid?

* * *

Fernando Carrillo seguía trabajando en las acusaciones contra Pedro Franqueza y Ramírez de Prado mientras que a la marquesa del Valle le retiraron los guardias que la custodiaban y le permitieron recibir visitas en Logroño. Entretanto, la Corona seguía intentando lograr la paz definitiva con los rebeldes flamencos.

Éste era el ambiente en la corte española cuando Margarita pudo al fin recoger la red que había tendido para pescar en las aguas del duque.

—Disculpad que no os haya recibido en mi cámara, pero sigue en obras... Mi

esposo está empeñado en cambiar medio alcázar y mucho me temo que Francisco de Mora morirá antes de que concluyan los trabajos —se disculpó la reina con su visitante. Lo había hecho esperar en el patio de la reina, que a aquella hora mostraba el trasiego habitual: cortesanos yendo y viniendo, obreros que entraban y salían para llevar o traer materiales e incluso algunas figuras buscando la sombra que ofrecía la galería porticada para protegerse del sol primaveral del mediodía. El visitante había esperado junto a la impresionante escalera, diseñada casi ochenta años atrás, que daba acceso al patio del rey y al de la reina a través de la Capilla Real—. Me sorprende veros aquí. Pensé que os encontraríais en Lerma. ¿No se halla allí el duque?

—Don Francisco se halla en Lerma, efectivamente, majestad —contestó el visitante mientras inclinaba la cabeza en un gesto de reverencia—. Francisco de Mora, del que vos renegáis, le ha preparado las trazas para un nuevo pasadizo en la villa y quería comprobar que todo estuviera a su gusto.

—¿Y cómo es que vos no lo habéis acompañado? —se interesó Margarita.

—Necesito hablaros, majestad. Las cosas no van bien, hay asuntos que, como dijisteis hace algún tiempo, deberían hacerse de otra manera. Me preguntasteis entonces si conocía a la persona que pudiera llevar a cabo determinadas tareas. Y creo que es el momento de hablar de ello.

—Bien, hablemos pues. Demos un paseo a través del pórtico —indicó Margarita mientras comenzaba a caminar. La figura con la que hablaba, en cambio, no la siguió y torció el gesto ante la sugerencia—. ¿Qué os sucede? ¿Acaso no os place lo que os digo?

—En cualquier otro momento os acompañaría por la galería, majestad. Mas creo que el tema del que quiero hablaros precisa estar alejado de oídos indiscretos... —contestó el hombre en voz baja.

—De acuerdo entonces —accedió la reina mientras ahogaba una sonrisa—. ¿Dónde creéis que debemos hablar?

—No será necesario buscar un lugar especial. Con salir de palacio a un lugar más abierto creo que será suficiente.

—Como queráis, fray Aliaga. Adelante, os sigo.

Se dirigieron entonces hacia el exterior del alcázar y, mientras caminaban, el religioso habló de temas intrascendentes.

—Vos no habíais llegado aún a España, majestad, pero en esta explanada —dijo abarcando el enorme terreno con los brazos abiertos—, los hermanos Buratines realizaron en 1597 una maravillosa actuación de funambulismo.

—Sin duda mi esposo disfrutaría de ello... Cualquier cosa que suponga una distracción es de su agrado. Contadme cómo fue aquella actuación.

—Apenas podría daros algunas ideas, majestad. Es una pena que Jehan Lhermite abandonara la corte hace ya algunos años. Él estuvo presente en algunas de las actuaciones de los funambulistas, creo que incluso realizó un dibujo sobre ello.

—¡Ah, sí! El buen Jehan...

Unos segundos de silencio se interpusieron entre la reina y Aliaga. Al fin, Margarita perdió la paciencia.

—Y bien, fray Aliaga... ¿Cuál es el motivo de vuestra visita? Hablad con claridad, y no temáis. Si lo que venis a decirme es de mi agrado, sabré recompensar vuestros desvelos.

* * *

—No podemos firmar la paz con los holandeses, excelencia. ¡Por más que esta nos convenga! —Juan de Idiáquez hablaba profundamente alterado ante el rey, el duque y fray Aliaga, que estaba presente no sólo por ser el confesor del duque, sino además para consultar y explicarlo que fuera necesario desde un punto de vista religioso del informe que había recibido el monarca. En él se atacaba con saña la nueva política española de negociar con los herejes—. Las palabras del reverendísimo señor arzobispo de Valencia no dejan lugar a dudas: la paz con Inglaterra está emponzoñando a vuestros siervos, pues los ingleses llegan a nuestras costas para comerciar con la herejía a bordo de sus naves.

—Me gustaría saber —interrumpió Francisco intentando mantener la calma—, qué tiene que ver la paz firmada hace unos años con los ingleses con la búsqueda de la paz en Flandes.

—Me temo, excelencia —intervino Idiáquez—, que tiene mucho que ver. Está en juego el papel de nuestro monarca como defensor universal de la verdadera fe. En realidad, se perdería la auténtica razón de ser de la monarquía; a saber, el deber de supeditar cualquier otra consideración a la defensa de la fe. Recordaréis bien —continuó dirigiéndose al rey que vuestro padre aseguraba que prefería perder su vida y todos sus reinos antes que convertirse en rey de infieles y herejes.

—Sí, recuerdo bien aquellas palabras de mi padre...

—Pero no es sólo eso lo que está en juego —intervino de nuevo Francisco—. También está en juego la propia existencia del mayor imperio del mundo: el vuestro. El único modo de salir de esta difícil situación económica es alcanzando la paz en Flandes. ¿Habéis olvidado, don Juan, que Felipe II también firmó la paz con Francia, aunque buena parte de sus habitantes no profesaban el catolicismo?

—Firmemos la paz, entonces —clamó Idiáquez—, pero, tal y como aconseja el patriarca Ribera, que sea exclusivamente logrando la conversión de los herejes.

—¡Eso es del todo imposible, don Juan! —estalló Francisco—. Es precisamente esa imposición, entre otras, la causante de la guerra. ¿Cómo vamos a alcanzar la paz si mantenemos a toda costa los motivos de la guerra?

Las voces se sobrepusieron unas a la otra en una cascada que aumentaba de

volumen por momentos. El rey observaba a sus consejeros discutir defendiendo una u otra postura. Tras escucharlos un tiempo, se decidió a tomar la palabra.

—De modo que, por lo que veo, se trata de perder el gobierno de mis reinos por los problemas económicos que nos afligen o perderlo en base a una revuelta religiosa. Bien, ninguna de las dos opciones me atrae lo más mínimo... ¿No hay alguna otra posibilidad?

El rey estaba incómodo, cambiando de posición constantemente en el asiento. Los presentes mantuvieron el silencio durante unos segundos. Fue fray Aliaga quien comenzó a hablar. Sentía que había llegado su momento. No podía perder la posibilidad que se presentaba frente a él.

—Majestad, excelencia... En realidad sí hay otro camino que se podría tomar. Aunque no será fácil ni, me temo, del gusto de todos los presentes.

—Con que me guste a mi será suficiente —lo cortó el rey con brusquedad—. Bien, hablad con claridad y explicadnos en qué pensáis. Y por favor... procurad no aburrirme demasiado.

—Majestad —comenzó el fraile tras un ligero carraspeo—, el dilema es cómo sellar la paz con Flandes sin que en vuestros reinos se origine un cisma religioso y político. La respuesta es bien sencilla: encontrando un nuevo enemigo. Uno que amenace, más incluso que la herejía, a la verdadera fe.

—¿Qué queréis decir? —preguntó Idiáquez.

—Es muy sencillo. Hay un enemigo al que todos vuestros súbditos reconocerán como tal, majestad, contra el que hace años se clama. Vos mismo iniciasteis hace unos años la conquista de uno de sus reinos, aunque aquella empresa no llegó a buen fin. El turco, majestad, el árabe infiel, es un peligro mucho mayor que la herejía holandesa.

Un bufido de Francisco enmudeció al fraile, que lo miró con malos ojos mientras escuchaba lo que el valido tenía que decir.

—Fray Aliaga... El propósito de conseguir la paz en Flandes es lograr una paz que nos está desangrando. ¡No tendría sentido concluir una guerra para iniciar otra!

—Por supuesto, excelencia... Pero creo que no me habéis entendido. Permitid que termine mi exposición para que podáis juzgarla convenientemente —contestó Aliaga desabrido, aunque procurando suavizar su tono al tiempo que hacía gestos calmados con las manos. De inmediato bajó de la silla y empezó a caminar por la sala, declamando como si estuviera en el púlpito de una iglesia—. Decís que no es conveniente iniciar un nuevo intento de invasión, y lo veo acertado. Ahora bien, no es necesaria una actuación de este tipo porque, en realidad, los territorios invadidos son aquellos sobre los que domináis, majestad.

»Cuando sus majestades, los Reyes Católicos, reconquistaron la tierra que por derecho propio les correspondía, muchos moriscos decidieron quedarse en sus territorios. Muchos son los esfuerzos que se han realizado por integrarlos en las enseñanzas de Nuestro Señor, pero tras casi cien años de intentos parece que estamos

muy lejos de lograrlo. En verdad, parece imposible que alguna vez se llegue a realizar, pese a las presiones de la Iglesia e incluso de la Santa Inquisición.

»Los moriscos son una influencia perniciosa, majestad —concluyó tras un silencio significativo, con la voz endurecida y los dedos crispados—. Un auténtico peligro para los fieles. Son ellos, los que viven entre nosotros, junto a nuestras casas, viendo crecer a nuestros hijos, los que deberían preocuparos, y no unos herejes que viven más allá del mar o en tierras lejanas.

—Pero, majestad... Aún no hace ni un año que estuvimos discutiendo la conveniencia o no de expulsar a los moriscos —terció Francisco de nuevo—. Si recordáis, fue a finales del pasado verano. Y ya entonces quedó claro, y vos mismo estuvisteis de acuerdo en ello, que los moriscos son cristianos. Sí, cristianos —continuó alzando la voz ante los murmullos de desaprobación del fraile e Idiáquez—, pues no sin motivo han recibido el sagrado sacramento del bautismo. Por lo tanto, la obligación de la Corona como defensora de la fe es integrar a los moriscos, no expulsarlos de sus territorios.

Fray Aliaga no pudo contenerse y exclamó indignado ante esas palabras.

—¿Negáis, pues, que los turcos y los árabes, y por lo tanto los moriscos, que para eso tienen la misma raigambre en su corazón, son mentirosos y corruptos? ¿Decís que los herejes no son violentos, lascivos y avariciosos? ¿Estáis dispuesto a afirmar que, en lugar de tratarse de una estirpe traidora e inclinada al mal se dedican a cultivar las virtudes cristianas del temor a Dios, la caridad, la modestia o la piedad? ¡No olvidéis, excelencia, que los vicios de esa raza se transmiten de generación en generación!

—¡Y no olvidéis vos, fray Aliaga, que sois un instrumento de Dios para salvar almas, y no para destruirlas! —gritó el duque mientras amenazaba al religioso con un dedo, perdidos ya los nervios ante el ataque del que hasta entonces había sido un fiel aliado.

Durante unos momentos nadie habló. La crispación iba en aumento y la tensión entre los presentes amenazaba con llevar la discusión por caminos poco aconsejables. Quien retomó la discusión, intentando derivarla por cauces más livianos, fue Juan de Idiáquez.

—Lo cierto es, excelencia, majestad, que la convivencia entre los cristianos viejos y los moriscos se hace cada vez más incierta. El propio Botero^[12] lo decía hace ya casi veinte años: nada hay que diferencie tanto a los hombres como la religión y sus creencias. Por tanto, si no se puede convertir a los moriscos, será mejor controlarlos tanto como sea posible para evitar enfrentamientos entre vuestros súbditos. Es más, los moriscos ya han intentado crear revueltas en varias ocasiones. Recordad aquel asunto que se destapó en Sevilla y que dio pie al intento por invadir Argel, o el levantamiento que se preparaba en Valencia y que se detuvo gracias a la buena fe de los ingleses.

»Prohibidles cualquier acto público de fe, prohibidles que se reúnan en grupos; impartamos a sus hijos una educación que les quiebre cualquier capacidad de

rebelarse contra vos. Y si todo esto no surte efecto —concluyó mirando de reojo al duque—, optad por la expulsión, majestad.

—También Justo Lipsio^[13] —medió Aliaga apoyando las palabras de Idiáquez—, aconseja que en un reino haya una sola religión, majestad.

—Y sin embargo —continúo Francisco con la defensa de los moriscos—, Lipsio dice que la expulsión únicamente es aconsejable en ocasiones concretas y bajo circunstancias peligrosas.

—¿Y no son peligrosos los moriscos en los territorios bajo el poder de nuestro rey? —volvió a atacar Aliaga—. Don Juan os ha recordado los últimos intentos moriscos por alzarse en armas. Ahora yo os recuerdo el conflicto de Granada. Esta rebelión se convirtió en el problema más grave que han vivido nuestros reinos en los últimos años. Pudo sofocarse, con ayuda de Dios, pero no antes de que segara un buen número de vidas y tras un fuerte gasto de la hacienda.

—Majestad —Idiáquez hablaba de nuevo—, yo estuve presente cuando los difuntos Rodrigo Vázquez de Arce y Fernando Álvarez de Toledo, junto con el confesor de vuestro padre, le aconsejaron la expulsión de los moriscos, en 1582. Aquel día se indicó a vuestro padre que los moriscos de Valencia podrían rebelarse, y hace poco han estado a punto de hacerlo. Al principio de vuestro reinado se habló de la posibilidad de enviar a galeras a los moriscos jóvenes, expulsar a los ancianos y reeducar a los más pequeños. Y desde que se ha empezado a buscar la paz en Europa cada vez hay más voces que os piden la expulsión de los moriscos como un medio de proteger a vuestros súbditos.

El rey observó con detenimiento a los presentes. Idiáquez tenía una expresión de súplica en el rostro. La cara de Aliaga estaba tensa, con gruesas arrugas marcadas en el entrecejo. Francisco hubiera querido fulminar a su confesor con la mirada, pero no cruzó la vista con el rey ni volvió a abrir la boca.

Felipe suspiró profundamente, se giró a Idiáquez y le habló con voz trémula.

—¿Y cómo sugeriríais que se diera inicio a la expulsión morisca?

—En mi opinión, majestad, deberíamos comenzar por los que residen en Valencia. No en vano han sido ellos los primeros en levantarse contra vuestra soberanía.

—Los señores valencianos no lo permitirán, majestad —terció apresurado Francisco—. Perderán mano de obra, artesanos, y su economía se resentirá. ¡Los moriscos son la base de nuestras arcas!

—Eso no debería ser un problema, majestad —concluyó Aliaga cerrando la trampa—: entregad a los señores valencianos las tierras que dejen los infieles. De esta forma quedarán más que compensados por las pérdidas.

* * *

Lorenzo estaba con Francisca, caminando por Madrid mientras seguían de lejos a un religioso. Cuando padre e hija se reencontraron, Lorenzo la había estrechado entre sus brazos, como hacía siempre. La había criado como si fuera su propia hija; había pasado cientos de horas junto a ella, enseñándole a escribir, el arte de la caligrafía, a preparar tintas y papeles y, en definitiva, todos los intrínquilis de su oficio. Pero Francisca notó desde el momento en que se volvieron a encontrar que su padre ocultaba alguna sombra, una preocupación que no lograba adivinar; hasta que esa tarde le había hablado de la conversación que había mantenido con su madre acerca de la relación que ella pudiera tener con algún hombre en Madrid. Francisca bajó la mirada y durante unos momentos se mantuvo en silencio. Finalmente asintió con la cabeza dando la razón a su padre, convertida de repente en una chiquilla a la que han descubierto robando un trozo de pan duro para calmar el hambre.

—Dime, ¿por qué te desagrada Jacinto?

—No hay un motivo, padre. Y en realidad no me desagrada. Sólo es que lo conozco desde que éramos niños y no soy capaz de verlo de otro modo.

—¿Y el hombre de Madrid...?

Los ojos de Francisca destellaron, aunque mantuvo baja la cabeza.

—Todo ocurrió por sí solo. Hablamos el día de mi regreso y quiere que nos casemos —explicó omitiendo mayores detalles.

Padre e hija se quedaron en silencio un momento. Fue Lorenzo quien retomó la palabra.

—Tiempo habrá de que hablemos de todo esto. Ahora debes centrarte, Francisca. Lo que nos traemos entre manos es peligroso y necesitare de tu apoyo y tu ayuda. No puedes distraerte con asuntos del corazón.

—Padre... —Lorenzo la miró y vio la turbación de su hija. Con un golpecito en la mano y una inclinación de cabeza la animó a continuar—. Es que... Nunca os he preguntado, pero necesito saber por qué odiáis tanto al Sandoval.

Lorenzo la miró sin pestañear al responder:

—Yo era joven cuando conocí a tu madre. Ella acababa de llegar de Madrid. Y él, el Sandoval, era un noble venido a menos. Creo que se amaban; o al menos tu madre lo amaba a él. Nunca me lo ha dicho abiertamente, pero a menudo me mira con los ojos de quien quiere que una persona distinta sea la que comparta su vida. Entonces el Sandoval se casó; por dinero, claro. La abandonó por una mujer que le aseguraba una buena renta. Despreció a tu madre como si fuera menos que aquella otra mujer. Y no lo es, nunca lo fue. Si algo tiene mi Juana es que puede compararse a cualquier mujer del mundo. Siguieron viéndose, durante un tiempo, hasta que se quedó embarazada... Fue entonces cuando se deshizo de ella. La condenó a parir y cuidar sola de la que habría de ser su hija... Tú, mi buena Francisca —dijo acariciándole el pelo oscuro—. Tú eres la hija de Francisco de Sandoval y Rojas, el duque de Lerma;

el hombre más poderoso de los reinos sobre los que se sienta Felipe III. Lo odio. Sí. Lo odio por abandonar a tu madre, a la que encontré en la peor situación posible, y por olvidarse de lo que para mí ha sido más importante en este mundo: tú. Tu madre también lo odia, pero por pensar que una mujer noble es mejor que una plebeya. ¡Óyeme bien, Francisca! —espetó al ver que ella comenzaba a rehuir la mirada—. Tu padre te abandonó y hubierais muerto de no ser por tu pobre tío primero, y yo mismo después. Siempre fui tu verdadero padre, aunque no te engendrara. Así que ahora deja a un lado tus sentimientos por ese hombre al que amas y ayúdame en esto. Cuídame tú, ya que tu madre no está aquí para hacerlo. Tal vez no me ame como amó al Sandoval, pero soy el único hombre de su vida. Y cuando hayamos acabado con el duque, veremos a qué arreglo podemos llegar para tu boda.

Francisca se secó las lágrimas y tragó en un baldío intento porque el nudo que le atenazaba la garganta la dejara decir alguna palabra. Puesto que no lo consiguió, se abrazó a su padre, sin que le importara la gente que pasaba junto a ellos y los miraba de mala manera.

Capítulo XXXI

No tardó Felipe III más que un suspiro en solicitar que se reuniera toda la documentación que hubiera respecto a la expulsión de los moriscos, sellando así la primera derrota política de Francisco desde que ascendiera al poder. Para complicarlo todo aún más, Juan de Zúñiga, conde de Miranda, anunció que dejaba sus oficios cortesanos debido a su mala salud. Zúñiga había sido el principal valedor de la política del duque y su amistad con el rey y su experiencia le otorgaban un enorme peso entre los cortesanos.

Margarita, mientras tanto, seguía trabajando contra él, y Pedro de Toledo había seguido ofreciéndole su ayuda en todo aquello que la reina le requería desde que mantuvieran aquella conversación en la cámara real, hacía ya tanto tiempo. Había sido él quien preparara el intento de asesinato contra Rodrigo Calderón; fue él quien propagó determinados rumores contra los principales ministros del duque. Sin duda cumplió su palabra. Pero Margarita no cumplió la suya, y Pedro de Toledo seguía sin lograr aquello que deseaba: ser nombrado Grande de España. Poco le importaba si la reina lo había intentado o no. Mientras estaba en Valladolid Francisco le instó a que se presentara en Aranjuez. Cuando llegó al palacio, situado en la plaza de San Martín, lo hicieron pasar rápidamente. El duque lo esperaba en una amplia sala en la que se veían multitud de documentos, libros, tratados y escritos de todo tipo. No en vano era uno de los mecenas más importantes de su tiempo.

En el mismo instante en que Pedro de Toledo hizo su aparición, Francisco dejó aquello en lo que trabajaba y habló con rapidez.

—Debéis salir de España, don Pedro. De inmediato.

El napolitano se quedó inmóvil, sin entender lo que sucedía, boqueando mientras una mirada absurda cubría sus ojos.

—Pero... ¿por qué? —pudo articular finalmente.

—No necesito daros explicaciones... Debería bastaros la orden para que obedecierais.

—Excelencia, os ruego que no me malinterpretéis —pidió Pedro, inclinándose—. No es mi intención desobedecer vuestra orden, pues un simple deseo vuestro es suficiente para mí. Mas desearía que me explicarais el motivo de mi partida. ¿Acaso no he hecho todo aquello que se me ha pedido hasta ahora? —insistió con humildad.

Francisco se lo quedó mirando con tristeza, exhaló un profundo suspiro y se dejó caer sobre su sillón.

—Don Pedro, no es mi deseo que penséis que no estoy satisfecho de vos. Todo lo contrario. Desde hace tiempo habéis sido una fuente de información muy valiosa sobre los movimientos de la reina. Gracias a vos salvamos la vida a Rodrigo Calderón, y gracias a vos he podido adelantarme a menudo a las intrigas de

Margarita. Me habéis servido bien.

—¿Cuál es entonces el motivo para que tenga que partir de forma tan apresurada, excelencia? He corrido graves riesgos a vuestro servicio: me gané la confianza de la reina tal como me pedisteis, y me confió parte de los trabajos con los que pretendía atacaros, conjuras que puntualmente os daba a conocer...

—Todo eso lo sé bien. Y es cierto que si os descubrían estaríais en peligro, pues Margarita no se contentaría con saber que trabajabais para mí y no para ella, tal como cree todo el mundo, incluso mi propia hermana. Ése es precisamente el motivo por el que debéis abandonar la corte; y no sólo eso, sino marchar tan lejos como sea posible.

»Fue necesario hacer lo mismo con Margarita de Guzmán, la marquesa del Valle. Ayudaba a la reina, sí, pero me ofrecía información de muchas de sus intrigas a través de su sobrina. Cuando Margarita comenzó a sospechar de la marquesa no me quedé más remedio que simular un juicio en su contra y alejarlas de la corte por su propia seguridad. Pero ¿hubiera permitido que la marquesa siguiera recibiendo el salario que percibía por su puesto como cortesana de haber conspirado realmente contra mí? ¡Sería absurdo! Magdalena siempre me fue leal, y sufrió de manera ejemplar su encarcelamiento para protegerme, a mí, también a ella misma y a su vez a su sobrina, pues de no hacerlo así la reina hubiera sospechado la verdad, y yo no podía permitir que la dañaran en modo alguno. En unos días la veré, ya que viene de camino a Madrid, y promoveré en secreto su regreso a la corte, si me es posible. Margarita no podrá imaginar que sigue siendo mi aliada y la recibirá con cariño e interés, pues cree, equivocadamente, que Magdalena de Guzmán la ha estado protegiendo todo este tiempo, cuando en realidad era de mi persona de quien cuidaba.

»Y ahora, don Pedro, sucede algo parecido con vos, pues tengo motivos para creer que la reina y mi confesor, fray Aliaga, han llegado a algún tipo de acuerdo o, al menos, están empezando a colaborar juntos. Hasta ahora Aliaga era un aliado de mi causa, pero en los últimos tiempos eso ha cambiado. Ha logrado poner al rey en mi contra en asuntos de verdadera importancia y me sermonea cada vez que puede. Por último, sé que en al menos dos ocasiones ha visitado a la reina. Y Aliaga sospecha, si es que no tiene la seguridad, que vos trabajáis para mí, don Pedro. Por lo tanto, debéis partir cuanto antes, y bien que lo lamento, pues echaré mucho en falta vuestros servicios.

—Entonces, excelencia —comentó Pedro de Toledo tan alicaído que casi no se escuchó su voz—, ¿he de entender que abandonaré España sin lograr lo que me prometisteis?

Francisco lo miró. Comprendía a la perfección los sentimientos del napolitano: el deseo de obtener para su casa la posición que merecía, la sensación de estar en una esfera inferior a otros que, en realidad, no eran superiores a él. Algo se removió en su interior y sin pensarlo dos veces le dio instrucciones.

—Don Pedro, yo he de salir de inmediato para Aranjuez. Seguidme dentro de dos días. Debéis estar allí para el día cinco^[14], lunes. No faltéis.

—No lo haré, excelencia. Allí estaré.

El día señalado, Pedro de Toledo, tras cruzar los inmensos jardines que llevaban hasta el palacio de Aranjuez, llegaba a la estancia donde Francisco y el propio rey le estaban esperando. Se descubrió la cabeza y conversó con el rey sobre caza y otros asuntos sin trascendencia durante casi una hora. Entonces Felipe III le pidió que lo dejara a solas con el duque, y Pedro de Toledo, haciendo una nueva reverencia, se retiró, aunque permaneció en la estancia contigua junto a otros cortesanos que hablaban animadamente, sin entender muy bien para qué le había pedido el duque que se presentara allí. Pero enseguida Francisco lo llevó a parte del resto y con una radiante sonrisa en su rostro le habló con calma.

—Don Pedro, tal y como os dije hace unos días, debéis abandonar España. No os preocupéis —se apresuró a decir viendo cómo el rostro del napolitano cambiaba de expresión—, que todo está arreglado y vuestra salida tendrá una honrosa misión y un destino que, a buen seguro, os placirá. Estad atento a las palabras del rey...

Francisco volvió a alejarse, dejando aún más perplejo a Pedro de Toledo, y regresó junto a Felipe, con quien reanudó su conversación.

El pobre hombre no sabía qué pensar de todo aquello. Francisco le hablaba de modo misterioso y él no acertaba a comprender qué sucedía. Se encontraba intentando descifrar su futuro cuando la voz de Felipe III se alzó por encima de los murmullos de las distintas conversaciones de la sala. Los presentes lo miraron y se dieron cuenta de que mantenía la vista clavada en Pedro de Toledo mientras hablaba.

—Cubríos, marqués de Villafranca —ordenó el rey.

Pedro de Toledo se quedó atónito. No podía creerlo. Allí estaba el momento por el que tanto había trabajado, las palabras que tanto tiempo había soñado con escuchar... Se inclinó en una profunda reverencia ocultando la inmensa emoción que lo embargaba, con el sombrero todavía en la mano. Entonces volvió a hablar el rey, con una nota divertida en la voz ante la expresión del recién nombrado Grande de España^[15]:

—Cubríos, marqués.

Pedro de Toledo alzó la mirada hacia Felipe III, los ojos brillantes mientras intentaba controlar las lágrimas que se agolpaban en ellos. Pero su cuerpo no le obedecía y el sombrero seguía colgando de la mano. El rey, divertido ante la situación, le hizo una señal y entonces, al fin, Pedro de Toledo cubrió su cabeza ante la presencia del monarca y se arrodilló ante él, henchido de orgullo y emoción. De inmediato solicitó besar las manos de su señor, quien le concedió el deseo, y la besaron también todos los presentes por el gran honor otorgado a Pedro de Toledo, que veía así cumplido su máximo deseo. No le importó dejar la corte y convertirse en embajador en Francia. Tal como había dicho Francisco, era un destino que le convenía; al fin y al cabo, la reina francesa era su sobrina.

* * *

Al poco tiempo, Francisco estaba de nuevo en Lerma acompañado por los reyes. A Felipe III le llamaron la atención las cinco ermitas que acababan de comenzar a construirse en la vega del Arlanza. Mientras acrecentaban el parque, Francisco decidió reedificar otras dos ermitas que estaban en pésimas condiciones. Lo que estaba construyendo no era simplemente una espléndida zona de recreo para el disfrute de los sentidos; deseaba también añadir lugares para el reposo del alma; aunque no fue paz y descanso lo que encontró aquel mes de julio en Lerma.

Al día siguiente de llegar a la villa, Felipe III anunció a Margarita que María Ana de Baviera, su madre, había muerto a finales de abril. La reina rompió en sollozos de inmediato, se encerró en su habitación y estuvo todo aquel día y el siguiente sin salir. Cuando lo hizo, pudo comprobar que todos los cortesanos que los acompañaban en aquel viaje, los nobles y los caballeros, vestían de luto para acompañarla en su dolor. Unos días después, y con la intención de animar a la reina, Francisco preparó en el parque, junto al Arlanza, una pelea entre perros y gansos que los divirtió mucho. Durante la merienda que siguió, fray Aliaga no se separó de la reina. A todo el que se extrañaba por aquello, el fraile le contestaba que estaba consolando el alma de Margarita.

Tan sólo unos días más tarde se presentó una nueva ocasión para mostrar el abierto desacuerdo entre la reina y el duque.

Juan Bautista de Acevedo, que había sido nombrado presidente de Castilla hacía unos pocos meses, murió a finales de julio. Hubo muchos que corrieron a proponer sus propios nombres para heredar el puesto, aunque Francisco deseaba que se nombrara para presidir el consejo castellano a Pedro Manso, presidente de Valladolid y con quien mantenía muy buenas relaciones. Con la muerte de Acevedo también quedaba vacante el puesto de inquisidor general. Se comentaba que el puesto sería entregado a Juan de Borja, tío de Francisco. Margarita, por su parte, rogó a su esposo que el nuevo inquisidor fuera el cardenal Zapata. Una nueva lucha por conseguir el poder se levantaba entre ellos.

* * *

Mientras todo eso ocurría más al norte, Lorenzo Ferrer, a mediados de 1608, caminaba por la Puerta del Sol de Madrid acompañado de Francisca.

—Mirad, padre —dijo la muchacha señalando un cartel que se había colocado en

el monumento—. «Despertad todos los que adormecidos permanecéis, pues el peor de los tiranos es el que nos gobierna, manteniendo bajo su yugo al rey, que no a la reina. Y tanto oro ha robado, que la hacienda real el privado ha agotado» —leyó Francisca.

—Maldita sea la hora en la que nos metimos en todo esto... —contestó Lorenzo bajando la voz mientras veía que en torno al cartel comenzaban a congregarse algunos vecinos. Tomó a Francisca del codo y, medio corriendo medio a la rastra, la alejó del lugar.

—Escúchame bien: debes tener cuidado. Estamos metidos en un asunto turbio y peligroso. ¿Quieres que nos maten a los dos? —exclamó Lorenzo, temeroso. Se detuvo por fin y miró a su hija, comprobando que tenía el brazo enrojecido en el lugar de donde él había estado tirando. Se acercó y la abrazó con fuerza—. Mira, Francisca, no nos conviene que las gentes piensen que nosotros podemos tener algo que ver con lo que allí se dice, ¿entiendes?

Ella asintió.

—¿Recuerdas que hace unos días se armó un alboroto porque dijeron que Alonso Ramírez de Prado había muerto en la cárcel? —Francisca volvió a asentir—. Pues estaba en la cárcel porque hizo cosas que ponían en peligro al duque de Lerma. Fíjate bien, hija. Los dos eran amigos, buenos amigos. Y sin embargo el poderoso ha dejado que su amigo haya muerto encarcelado. Con ese tipo de gente es con la que vamos a tener que tratar. Venga, vámonos a casa —comentó alegremente intentando dejar atrás lo ocurrido—. Hoy tenemos mucho que hacer, ¡y voy a necesitar que me ayudes!

Caminaron con prisa y llegaron casi sin aliento al lugar en el que se alojaban. Al entrar se encontraron con Pedro, que regresaba de los campos. Los dos jóvenes cruzaron la mirada pero no dijeron nada, aunque una sonrisa floreció en el rostro de Francisca sin que pudiera ocultarla. Lorenzo no se dio cuenta, preocupado como estaba por llegar a su habitación. La casa era bastante amplia y, según Lorenzo, estaba bien llevada por una mujer ya mayor que vivía con su hija y tenía fama en el barrio por saber utilizar hierbas con las que curar, o cuando menos aliviar, algún que otro dolor.

Pedro Cano y Lorenzo Ferrer no hicieron buenas migas, por más que Francisca se empeñó en que congeniaran. El campesino creía que Lorenzo era un hombre hosco, silencioso y taimado. El escribano recelaba de un morisco fornido y soltero. Y Francisca intentaba que cada uno de ellos se acercara al otro en un intento de facilitar su compromiso.

Tan pronto como entraron, padre e hija se encaminaron a la habitación que tenían alquilada. Era bastante amplia, aunque sin ventilación. Los camastros, un armario desvencijado y un candil sobre una mesa con dos dedos de suciedad encima era todo el mobiliario. No necesitaban más. Todo cuanto precisaban para llevar a cabo sus planes lo llevaban consigo.

Lorenzo se arrodilló junto a la cama y descubrió el agujero que había hecho en el suelo de tierra y que tapaba de manera ingeniosa con una tapa hecha a base de cañizo y barro. A continuación extrajo una caja de considerables dimensiones. Se acercó a la mesa con su tesoro y padre e hija comenzaron a trabajar en el libro que desde hacía tiempo estaban falsificando. Pronto lo terminarían y, si todo iba bien, dejaría aquel cuartucho para cambiarlo por todo un palacio.

* * *

Si el mes de julio había resultado duro para Francisco, agosto no fue mejor.

La muerte de Alonso Ramírez de Prado volvió a centrar de manera inevitable la atención de todos, entre otras cosas porque el ministro había defendido su inocencia, ayudado por su hijo, hasta el momento de su fallecimiento en la cárcel.

Y el dos de septiembre murió Gerónimo Xavierre, el que había sido confesor de Felipe III, lo que, a la larga, supondría un auténtico quebradero de cabeza para el duque, pues fray Aliaga, que cada vez estaba más distanciado de él, se perfilaba como nuevo confesor real. Algo estaba cambiando en los pasillos de la corte. El viento viraba, soplando adverso a los deseos de Francisco. Lo único que podía hacer era buscar ayuda en alguien que no le fallaría, y es que, si bien Rodrigo Calderón había sido despojado de sus oficios reales, en contra de lo que se podría haber esperado siguió acumulando riqueza. Muchos asuntos pasaban por su mano y su poder en la corte sólo era inferior al del propio Francisco. El mismo rey seguía escuchando su consejo en muchas ocasiones, y por eso se reunieron una mañana.

—Rodrigo, estoy preocupado. Me estoy quedando sin apoyos; Ramírez de Prado y Franqueza me fallaron estrepitosamente, fray Aliaga me abandona y ya no me queda duda alguna de que está aliado con la reina... Sólo me quedas tú.

—Estáis exagerando, Francisco. ¿Acaso no habéis colocado a Pedro Manso como presidente de Castilla? ¿No es vuestra palabra la que más valora el rey?

—Pedro Manso tiene algunas cualidades, pero quizá no esté a la altura del puesto. No tiene ni la categoría, ni la experiencia, ni tampoco la influencia que atesoraba el bueno de Miranda, Dios lo tenga en su gloria. En cuanto a mi consejo... Cierto es que Felipe presta atención a mi palabra, pero tal vez eso resulte insuficiente dentro de poco tiempo. Y, si eso llega a suceder, todo por lo que hemos luchado caerá con estrépito.

—Entonces tendréis que hacer valer vuestra posición ahora que aún podéis para asegurar que no cambie en el futuro —contestó Calderón con una sonrisa enigmática.

—Más vale que hables claro, Rodrigo... No estoy en condiciones de descifrar acertijos.

—De acuerdo, escuchadme entonces con atención. Teméis que en un futuro próximo vuestra opinión tenga menos peso ante el rey, que la voz de otros pueda ir ganando relevancia frente a la vuestra. Pues bien, la solución pasa por evitar que se oigan esas voces.

—Pero ¿cómo conseguirlo?

—¡Muy sencillo! —respondió Calderón mientras prorrumpía en una carcajada—. Hay que conseguir que el rey no escuche la voz de nadie. Literalmente. ¿Cómo hacerlo? Sencillamente, logrando que nadie hable con el rey.

—¡Eso es imposible, Rodrigo...! Has debido perder el juicio.

—¿Imposible? ¡Nada más lejos! Mirad, Francisco, seamos sinceros. Al rey no le gustan los consejos, no le agradan las juntas, le aburren las largas sesiones en las que escuchar a unos y a otros... Bien, pues facilitadle su «trabajo real». Conseguid que toda consulta elevada al rey se haga por escrito. No sé si lo recordaréis, pero hace años, un tal Cristóbal de Castro os envió un memorial en el que os hablaba de los distintos medios para que el rey atendiera los asuntos, aconsejando precisamente éste que yo os recomiendo ahora. Ese documento debe estar archivado en vuestra biblioteca y sin duda podréis darle un buen uso para convencer al rey de que es lo mejor para la monarquía y, lo más importante, para él mismo.

—Es una buena idea —accedió Francisco, por primera vez animado desde hacía días—. Eso me permitiría estudiar la petición, e incluso anotar lo más importante antes de que Felipe vea el documento en cuestión.

—Además, no será algo tan extraño —continuó argumentando Calderón—, pues Felipe II ya recibía las consultas por escrito.

No resultó difícil convencer al rey de copiar el ejemplo de su padre. Al fin y al cabo, de ese modo Felipe III delegaba en otro su trabajo. De modo que en el mes de noviembre se ordenó a todos los Consejos que cualquier consulta se hiciera por escrito. Y que se dirigiera al duque de Lerma.

A cambio, los enemigos de Francisco se volvieron más osados. Hasta entonces, el duque había conseguido controlar los nombramientos de la mayoría de oficios de la corte. Mas, a principios de diciembre, fray Luis de Aliaga era nombrado confesor real. El mismo día era nombrado también consejero de Estado. Margarita cumplía de este modo su palabra de ayudar al fraile a obtener una posición de poder.

A los pocos días de ocupar su puesto, fray Aliaga recibía a Francisco de Mendoza. Este llevaba años sirviendo primero a Felipe II y luego a su hijo. Había ocupado diferentes puestos: desde soldado a embajador en Francia, Hungría o Polonia. Cuando Isabel Clara Eugenia y su esposo Alberto ocuparon su puesto como gobernantes de los Países Bajos, Mendoza era el encargado de los asuntos militares en Flandes y había obtenido diversos éxitos. Más tarde fue capturado y retenido durante casi dos años. No era un hombre especialmente querido, pero sí tenía conocimiento de muchas cosas y ostentaba el cargo de almirante de Aragón. Por eso el recién nombrado confesor real se apresuró a recibirlo cuando le anunciaron que

tenía un documento que podría interesarle.

Cuando el almirante entró en la habitación, Aliaga pudo ver que su visitante era un hombre no muy alto, con un pelo de grandes rizos negros que clareaba ya con vetas de plata en algunos lugares. Lo que más le llamó la atención fue la mirada de Mendoza: cruel, siniestra. La gran nariz aguileña contribuía a que la expresión del rostro del almirante fuera sombría.

—Pasad, almirante. ¿Os apetece tomar alguna cosa? ¿Tal vez un vaso de vino?

Mendoza estaba arruinado, viviendo poco más que a costa de su hermano Juan, que era duque consorte del Infantado. Sin embargo, aunque no siempre podría disfrutar de los mejores caldos, Mendoza decidió que debía dar una imagen de suficiencia y, muy a su pesar, rechazó la invitación, encaminando la conversación de inmediato a lo que le interesaba.

—Gracias, fray Aliaga, mas no he venido a deleitarme con vuestra bodega. Hay un memorial que debe llegar a las manos del rey, y creo que vos sois el más indicado para lograrlo.

—¿Un memorial? —preguntó interesado el fraile—. ¿De qué tipo? ¿Quién lo ha escrito?

—Yo mismo soy su autor. Y en cuanto a su contenido, denuncio en él algunos de los excesos que se están llevando a cabo de un tiempo a esta parte en la corte.

—¿Puedo verlo? —pidió Aliaga.

El almirante abrió su capa y le tendió un legajo que el fraile se apresuró a leer.

—¿Estáis seguro de que queréis que esto llegue a manos del rey? —preguntó el fraile al concluir la lectura.

—Tan seguro como que Dios cuida de su rebaño.

Lo que acababan de entregarle era un arma poderosa siempre y cuando se utilizara debidamente. La reina, desde luego, estaría encantada de conocer los detalles que se daban en el documento, pero Felipe... ¿cómo saber el modo en que reaccionaría? Finalmente, tomó una decisión.

—Si voy a presentar esto en vuestro nombre debéis saber que me limitaré a actuar como mediador —dijo el religioso. Decidió que, de ese modo, si aquel asunto salía bien su posición mejoraría a los ojos de todos, mientras que si terminaba en un desastre se escudaría en haber realizado simplemente la entrega de un documento en el que no había participado—; en ningún caso os defenderé, ni mucho menos abogaré por vos ante el rey.

—Lo entiendo. No será necesario. Todo lo que habéis leído es cierto y podéis comprobarlo.

—¿Cómo? ¿Cómo probaréis que lo que argumentáis es verdad?

—No soy ningún necio, fray Aliaga... Cada palabra de las que he escrito puede ser probada, pues no en vano me han mostrado documentos y me han explicado los hechos. Vuestra próxima pregunta será quién me ha informado de manera tan explícita. Quien lo ha hecho es Francisco de Gamboa. ¿Os suena su nombre? —El

almirante esperó unos instantes mientras los ojos del fraile se entrecerraban mientras hacía memoria. De pronto miró a Mendoza con una expresión de incredulidad—. Sí, fray Aliaga. Francisco de Gamboa, el que fuera durante un tiempo secretario personal de Rodrigo Calderón. ¿Y quién mejor que él para mostrar que Calderón ha aceptado, y sigue aceptando, sobornos, ha perseguido a todos los que se le han opuesto y que además ha sustraído ingentes cantidades de dinero de la hacienda real?

Capítulo XXXII

El regreso de fray Francisco de Castroverde tres años después de su expulsión de la corte podría haber sido un motivo de preocupación más para Francisco, pero su mente se centraba en cuestiones más importantes. Por un lado, su relación con Luisa era una realidad y debían formalizar la boda. Por otro, era necesario firmar la paz con los rebeldes flamencos. Cuando llegaron las condiciones que éstos exigían, los miembros del Consejo de Estado montaron en cólera. Casi todos estaban de acuerdo en que era mejor estar en guerra que aceptarlas. No obstante, para Francisco, firmar aquella paz era más que necesario: era vital. De modo que se hicieron mayores esfuerzos y el nueve de abril se alcanzaba y firmaba el acuerdo. Ciertamente tenía carencias: no se hablaba sobre el trato que recibirían los católicos en aquellos territorios, ni tampoco en qué posición quedaban los Países Bajos con respecto a la monarquía. Igualmente, se permitía que los holandeses comerciaran con otros países de Europa, pero no que lo hicieran con las Indias. Era una paz débil, sí. Enfermiza y frágil, pero paz al fin y al cabo.

Era una victoria que permitiría reducir los enormes gastos, la sangría de recursos humanos y económicos que hacía decenas de años se vertían en los campos holandeses. Sin embargo, nadie pudo disfrutar del triunfo, pues se puso sobre la mesa un tema que ya se había tratado en los meses anteriores y que había quedado relegado.

* * *

Cuando entró en la casa, Pedro Cano comprobó que Francisca estaba sola una vez más. Su padre salía a menudo en los últimos tiempos y no regresaba hasta muy tarde. Poco a poco la relación entre ellos había ido profundizándose. Pasaban largas horas hablando junto al fuego y a veces daban largos paseos si Pedro llegaba pronto. Ahora, cuando lo vio regresar de los campos, la muchacha se acercó corriendo hasta él.

—¿Otra vez te has quedado sola?

—Sí, te estaba esperando —respondió ella ahogando un suspiro y mordiéndose el labio inferior.

—¿Sabes? —preguntó muy serio el morisco—. Traigo mucha hambre de los campos... Podría comerme cualquier cosa...

Francisca se dirigió a la cocina sin dejar de mirar atrás una y otra vez mientras

Pedro se sentaba a la mesa.

—Más vale que nadie te escuche decir algo parecido. —Pedro se volvió de inmediato al escuchar la voz. Feliciano, la casera, asomaba la cabeza desde el patio—. Eres morisco... —siguió diciendo ella—. ¿Quieres que empiece a correr el rumor de que de verdad te comes cualquier cosa? ¿No sabes que hay quien dice que os coméis a los niños? En estos días de escasez puedes estar seguro de que más de uno prestaría atención a una cosa como ésa.

La mujer, ya mayor, fruncía el ceño mientras hablaba. En contra de lo que podía parecer, era una buena persona, pero el aspecto no la acompañaba. Era enjuta, y no sólo de carnes. Hablaba poco, y cuando lo hacía solía ser con un tono seco, como si no le gustara poner palabras a sus pensamientos. Parecía que no habían podido elegir peor nombre para ella. Por eso a Pedro Cano le extrañó lo que le dijo a continuación:

—He de hablar contigo. Francisca —dijo volviéndose a la muchacha—, déjanos un rato, chiquilla —exclamó alzando un poco la voz.

Cuando la muchacha se marchó, la casera acercó un taburete a la mesa y con una señal indicó a Pedro que le prestara atención.

—Empiezan a escucharse cosas, Pedro. Cosas malas.

—¿Qué cosas son ésas? —preguntó el morisco.

—Se dice que se os va a obligar a que trabajéis en el campo. No quieren que seáis tenderos, o mercaderes, ni siquiera arrieros. Dicen que los tuyos promueven muchos daños en los reinos si están viajando de un lado a otro sin que nadie pueda controlarlos.

Pedro no se sorprendió por lo que escuchaba. Al fin y al cabo, hacía mucho que se hablaba mal de los conversos.

—Todas esas habladurías, y muchas peores, hace años que se dicen, Feliciano. No deberías prestar atención a todo lo que se oye.

—Es cierto. Yo aún era joven y ya se hablaba de echaros a todos de los reinos gobernados por Felipe II. Pero créeme, ahora hay algo... distinto. Llámalo si quieres una intuición, aunque yo lo llame experiencia. Se huele en el aire, Pedro.

La mujer hablaba con voz queda en contra de lo que era habitual en ella. Casi como si estuviera contando un secreto importante que pudieran escuchar oídos indiscretos. Su rostro había dejado su expresión permanente de disgusto para cubrirse con una mueca de preocupación.

—No creo que nos expulsen, Feliciano. ¡No puedo imaginar la de trabajo que supondría eso! ¿Cómo se haría? ¿Con filas interminables de hombres, mujeres y niños vagando por los caminos? ¿Qué ocurrirá con sus bienes, sus casas, sus tierras, sus negocios...? Por no hablar de que los moriscos suponen una buena fuente de ingresos para los señores, e incluso para el mismo rey.

—Tal vez no lo hagan. Tal vez os permitan quedaros tal y como ha sucedido hasta ahora; pero te lo advierto: prepárate para lo peor. Y ahora te dejo. He de preparar una cataplasma, parece que alguien se ha caído de un caballo —comentó la mujer

mientras se levantaba, dando por terminada la conversación.

Ya se perdía en la cocina cuando el campesino volvió a hablarle.

—Feliciano, aquellos que te critican diciendo que eres una bruja maliciosa no te conocen. Bajo ese ceño fruncido se esconde una buena mujer.

La casera sonrió con picardía mostrando una dentadura estropeada. Al hablar, su voz dejó clara cuál era su verdadera preocupación.

—Mira, Pedro... si te expulsan de Madrid ya habrá quien alquile tu habitación. Pero, si todos los moriscos empiezan a trabajar en los campos, los jornales bajarán. Y entonces... ¿de dónde sacarás el dinero para pagarme? —No dijo más y al momento Pedro pudo escuchar el ruido de los cazos y los cántaros—. ¡Y otra cosa! —Alzó la voz para que se escuchara por encima del trajín de la cocina—. Ándate con ojo con esa muchacha. Ella te mirará con buenos ojos, pero a su padre no le gustas.

Pedro sonrió al escucharla, pero cuando miró hacia el lugar por el que se había ido Francisca, no pudo evitar hacerlo con preocupación.

* * *

A esas mismas horas, Lorenzo Ferrer caminaba por las calles de Madrid hacia un destino concreto. Hacía semanas que durante las tardes de primavera y principios de verano, cuando el sol comenzaba a bajar, él se dedicaba a observar, a estudiar a los hombres de mayor relevancia de la corte y, más en concreto, a los que mantenían alguna relación con Rodrigo Calderón. Éste había sido la víctima elegida por Baltasar; era el servidor más cercano y leal al duque de Lerma; era rico, aunque con la suficiente codicia como para desear aumentar su hacienda tanto como fuera posible; sin escrúpulos, dispuesto a asumir ciertos riesgos, y con poder suficiente como para desviar las miradas curiosas hacia otro lado si llegaba a ser necesario.

Nadie conocía a Lorenzo Ferrer en Madrid. Nadie sabía de sus anteriores problemas con la justicia ni a qué se dedicaba. Nadie sabía de su relación con el embajador. De modo que podía ser cualquier persona, de mayor o menor importancia. Habían decidido que sería capitán de barco, tal como lo había sido el propio padre de Rodrigo Calderón. Incluso habían preparado documentos que mostraban que ambos habían navegado juntos.

Lorenzo comenzó a frecuentar círculos cada vez más cercanos a su presa, comenzando por sus pajes y escalando a partir de ahí. Contaba a todo el que quería escucharle que había nacido en Flandes, que tenía muchos conocimientos acerca del mar y de lo que en él sucedía. Narraba tal como hiciera tanto tiempo atrás en Granada, a quienes se acercaban para escuchar sus cuentos y prodigios, que había descubierto el paso del norte que con tanta ansia buscaban los ingleses para llegar a la

China y al Japón, y que lo había recorrido en tan sólo tres meses.

El nombre de Lorenzo Ferrer empezó a hacerse popular entre las gentes, ávidas en aquellos tiempos difíciles de maravillas y portentos. Sus aventuras corrieron de boca en boca; llegó a entregar algunos memoriales sobre sus ficticios viajes a algunos ministros.

Alquiló con su nueva identidad otra habitación a la que poder retirarse sin levantar sospechas. Y así creció su figura hasta que las habladurías e historias que contaba llegaron al lugar adecuado. Un clérigo, aquél al que había seguido junto a Francisca, un hombre de Dios que se apegaba a las riquezas de Rodrigo Calderón más que a las bondades divinas, comenzó a tratar con el supuesto capitán. La relación fue a más, y una tarde, entre chanzas e historias, Lorenzo Ferrer decidió que había llegado el momento de lanzar el anzuelo. Tomó del brazo al cura y lo llevó a un lugar apartado.

—Padre, desde que os vi supe que Dios os había puesto en mi camino —comenzó a decir con un discurso que había ensayado en multitud de ocasiones—. Bien sabéis que mi vida ha resultado azarosa, aunque cierto es que, por la gracia divina, siempre he salido con bien de todo lo que he emprendido. A lo largo de mis muchos viajes he visto cosas maravillosas que llenarían varios libros si se escribieran. Pese a todo, nada de eso puede compararse con una rareza que llegó a mis manos del modo más extraño.

—¿De qué me estás hablando, hijo mío? —quiso saber el cura, cada vez más intrigado.

Lorenzo Ferrer apretó la mano sobre el brazo del religioso mientras observaba a un lado y a otro, como si temiera que alguien pudiera estar escuchando. Cuando volvió a hablar lo hizo en un susurro, junto al oído de su acompañante.

—Veréis, padre: ya sabéis que nací en Flandes y que me hice a la mar muy joven. En uno de mis primeros viajes, cuando aún no había navegado con Francisco de Calderón, Dios lo tenga en su gloria, conocí a un extraño anciano. Los marineros decían que era brujo, que había que tener cuidado con él pues podía maldecimos en cualquier momento. Nadie se le acercaba, pero el pobre viejo enfermó durante el viaje... —Lorenzo Ferrer parecía estar evocando aquella historia, tanto se había metido en su papel. El cura, por su parte, se había dejado arrastrar por la voz del «capitán», misteriosa y lúgubre, y en aquel momento se encontraba más en la litera de aquel inexistente navío que en las calles de Madrid—. Yo no pude dejar de lado mi conciencia ni tampoco mi caridad cristiana, padre, de modo que me ocupé de aquel pobre hombre lo mejor que pude.

»Pero no había nada que hacer y la muerte lo visitó una noche para llevarse su alma junto a Dios, o junto al Diablo, según algunos. La cuestión es que, quizá por mis bondades con él durante sus últimos días, poco antes de morir me hizo entrega de un secreto que desde entonces me acompaña. —Lorenzo volvió a detener la narración y a mirar de un lado a otro. Al hablar otra vez, su voz bajó de volumen todavía más, y

el cura tuvo que hacer un esfuerzo por entender lo que le decía—. Vos sois un hombre ilustrado, padre. ¿Habéis oído hablar de los *Libros del Tesoro* del rey Alfonso?

Los ojos del cura se abrieron como platos y asintió con fuerza, incrédulo ante lo que escuchaba.

—Aquel anciano, padre, tenía consigo uno de aquellos maravillosos *Libros del Tesoro*, un libro que hace referencia al modo en que es posible fabricar oro de cualquier otro metal. No me preguntéis cómo lo consiguió aquel viejo, pues el desdichado entregó su alma antes de poder contar su historia, pero era claro como el día que había descifrado aquel libro antiguo, pues junto a él encontré varias piedras de oro puro, casi del tamaño de un puño. Gracias a ellas pude prepararme a conciencia, y terminé como capitán de barco. Mi deseo era el de viajar, pero no por conocer lugares exóticos, padre. No. Quería viajar para poder encontrar en los sabios orientales, que siempre han sido, como sabéis, los más aventajados alquimistas, los secretos que me llevaran a descifrar el conocimiento oculto en el libro.

»Mucho tiempo ha pasado de eso —concluyó con un suspiro Lorenzo Ferrer—, y de todo aquel oro que me entregó el anciano junto al maravilloso libro ya no queda nada. Todo lo he gastado buscando el modo de comprender lo que está escrito en aquellas páginas. He estudiado con varios sabios, me he sumergido en el conocimiento prohibido. Y hoy, padre, puedo asegurar que sería capaz de crear oro de cualquier metal, aunque para ello se necesita tiempo y dineros.

»El tiempo me sobra, todavía no soy un anciano. Pero se necesitan instrumentos, alambiques y otras cosas, así como cierta cantidad de oro mismo para dar comienzo a todo el proceso. Y no dispongo de dichos recursos. Por eso confío en vos, padre. Tal vez vos sí conozcáis a la persona que esté dispuesta a efectuar un gasto considerable en principio pero que puede llevarlo a convertirse en la persona más rica del mundo. Y todo gracias a la caridad que mostré un día con un anciano moribundo y a la gracia de Dios, que lo puso en mi camino.

El cura creyó la historia, como no podía ser de otro modo. Lorenzo Ferrer era un capitán reconocido que tenía tratos con ministros. ¿Por qué estaría dispuesto a arruinar su reputación contando una mentira tan descabellada? De modo que, tan pronto como estuvo junto a Rodrigo Calderón, el religioso le contó lo que acababa de conocer, y el que fuera secretario real vio en aquel relato un medio más de aumentar su riqueza.

Lorenzo Ferrer se dirigía poco después hacia el hogar de Calderón con el libro en el que había trabajado tanto tiempo, aquel libro de guardas de cuero rojo; escrito por él mismo en un lenguaje que recordaba al de los tiempos del antiguo y sabio rey; envejecido por Ferrer con ayuda de su hija y Jacinto; guardado en un arcón de madera. Estaba seguro de que Calderón, llevado por la avaricia, haría todo lo posible por fabricar oro de la nada. Y Lorenzo Ferrer se aprovecharía de ello tanto como pudiera.

Rodrigo Calderón se entusiasmó con la idea desde el primer instante. Puso a

disposición de Lorenzo Ferrer todo lo necesario: redomas, hornos, alambiques y todo lo que pidió el recién descubierto alquimista. Y oro. Todo el que el farsante solicitaba. Lorenzo Ferrer se dedicó desde ese momento a convertirse en la sanguijuela de Rodrigo Calderón. Éste, por su parte, no tuvo un verano plácido.

Los documentos que el almirante de Aragón había entregado a fray Aliaga a finales del año anterior habían pasado por manos de la reina, y tras eso terminaron en las del rey. Margarita se encargó de que se le diera publicidad a todo aquel asunto y terminó siendo discutido largamente por los cortesanos. Incluso se encontraron en algunas calles folletines que hablaban del asunto.

Al almirante no le importó que Felipe III hubiera ordenado que nadie hablara mal de Calderón ni lo acusara, fuera cual fuera el motivo. Creía tener en el antiguo secretario real una víctima fácil ahora que ya no tenía oficios cortesanos y que, en apariencia, había perdido el favor del rey. Pero no contó con el apoyo que Francisco seguía ofreciendo a Rodrigo. Y a mediados de mayo, poco después de que la reina volviera a dar a luz a otro varón al que bautizaron con el nombre de Fernando, el almirante, que se encontraba en Guadalajara, fue aprisionado por el alcalde Silva de Torres, quien lo encerró en San Torcaz. No había llegado aún el momento en que se pudiera atacar a Francisco usando a su favorito sin sufrir las consecuencias, y Lorenzo tomó buena nota de ello.

Por aquel tiempo, y de acuerdo a los planes del duque, Margarita de Guzmán, la marquesa del Valle, fue recibida de nuevo en Madrid. La reina la acogió bien, tal y como estaba planeado, aunque no logró volver a introducirse en la corte. Las cosas no iban bien para Francisco. A la crítica contra sus ministros y la presión constante a la que se sometía su política se sumaban los problemas en el seno de su familia. Su hijo Cristóbal continuaba enquistándose contra él, y la última noticia que corría por los pasillos de palacio le dio un nuevo motivo para odiarlo un poco más. Cuando Cristóbal acudió a la cámara de Francisco tras recibir su llamada, su humor era pésimo.

—Me han dicho que deseabais verme. Espero que no sea para anunciarme vuestra boda con esa... condesa —señaló con malos modos.

—Así es, aunque si hubiera sabido que pensabas llegar olvidando toda educación, tal vez no te hubiera hecho llamar —repuso con el rostro congestionado por la ira.

—Perdonad, excelencia —contestó irreverente mientras se inclinaba en un saludo burlón—, pero he oído noticias que me han trastornado. Podréis entender, sin duda, que cuando un hombre prefiere honrar a otro antes que a su propio hijo, éste ha de verse forzosamente afectado.

—Por Dios misericordioso... ¿Puedo saber de qué estás hablando?

—¿Cómo podéis ser tan hipócrita, padre? —gimió Cristóbal—. ¿Vais a decirme que no es cierto que hayáis logrado que mi primo sea nombrado virrey de Nápoles? ¿Y que, además, para suplirlo como presidente del Consejo de Indias habéis preferido a Juan de Acuña antes que a mí? ¿Seréis capaz de negar que ni siquiera contarais

conmigo para ocupar el puesto que Acuña dejará libre como presidente de Hacienda, y que este puesto será ocupado por Fernando Carrillo? —La furia de Cristóbal había ido creciendo mientras hablaba y ahora su rostro estaba congestionado, completamente enrojecido.

Francisco se levantó de su asiento, iracundo, mientras escuchaba a su hijo.

—Para empezar, Cristóbal, tu primo ha demostrado a lo largo de varios años su valor y templanza al servicio del rey. Juan de Acuña y Fernando Carrillo se han ganado con creces mi amistad, por su trabajo y fidelidad, y justo es que sean recompensados. Además, ¿no son ambos también de tu entera confianza?

—Sí, padre... Todos ellos son dignos de tu confianza, se han ganado tu favor. Todos ellos medran en la corte gracias a tu apoyo ¡Pero esa misma confianza y apoyo me los niegas a mí, tu propio hijo! ¿Acaso no he demostrado también yo mi valía? ¿No te he sido también yo leal? —gritaba Cristóbal golpeándose el pecho con furia—. ¡También yo merezco que se cuente conmigo para los oficios importantes!

Francisco miró a su hijo con tristeza y cierto desagrado. Le dio la espalda y volvió a su asiento. Suspiró profundamente y, moviendo la cabeza, desalentado, habló con una voz cargada de abatimiento.

—Eres un necio, hijo... Nunca has valorado mi trabajo ni lo que he hecho por ti. Tan pronto como pude conseguirlo fuiste nombrado gentilhomme de la cámara del rey, con lo que has estado en contacto permanente con el monarca y los asuntos de mayor importancia de los reinos. Antes de que obtuvieras la edad suficiente ya fuiste nombrado marqués, hace tiempo que he delegado en ti parte de mis labores, el rey mismo te tiene en gran estima... ¡Y aún así, para ti nada es suficiente!

—Eso es porque en realidad no tengo nada... Ningún oficio real, ningún puesto en la Casa del rey... ¡Nada! Mientras que te has encargado de que todos tus confidentes, todos tus aliados, incluso los que están más vinculados a mí que a ti, dispongan de puestos cortesanos y de poder, a mi me has dejado de lado, sin que te importe lo más mínimo mi futuro ni el de mi casa.

—No digas estupideces, Cristóbal. Escúchame bien. Voy a viajar a Lerma y estaré fuera de la corte durante un par de meses. Si te he hecho llamar ha sido precisamente para anunciarte que vas a aumentar tu presencia junto al rey. Me vas a sustituir en las audiencias públicas, tanto ahora como siempre que me encuentre enfermo, cosa que irá ocurriendo cada vez con más frecuencia para que ocupes con el tiempo el puesto que hasta ahora cubría yo mismo. Yo soy la mano derecha de Felipe. Pero su mano izquierda está sin dueño, o peor aún, la maneja Margarita, que se opone abiertamente a mí. Dime qué prefieres, hijo: ¿un oficio en la corte, o convertirte en la tercera persona con mayor poder del imperio más extenso de la historia? Yo no viviré siempre, Cristóbal. Y tú debes empezar a prepararte con vistas a ese momento.

Le explicó a su hijo, que permanecía ceñudo y serio, qué era lo que esperaba de él. Fue al concluir esa entrevista cuando en la mente de Cristóbal germinó la semilla de un nuevo pensamiento: aunque su padre tenía planes para él, no estaba dispuesto a

esperar siendo una simple sombra de Francisco. Y en ese instante decidió encontrar su propio camino para alcanzar el poder que tanto ansiaba.

Capítulo XXXIII

Comenzaba el mes de octubre y los días se acortaban con rapidez. Pedro Cano regresaba por tanto algo más temprano a su habitación. Aquel día se encontró con Lorenzo Ferrer. Hacía semanas que no lo veía, aunque apenas habían podido estar a solas con Francisca, pues solían encontrarse con Feliciano o su hija, quienes impedían que fueran más allá de una simple conversación. Estaba convencido de que Lorenzo había hablado con las mujeres para que cuidaran de su hija durante sus ausencias y Pedro se había prometido hablar del asunto con el padre tan pronto como lo viera.

—Me alegra encontraros, pues hace días que deseo hablar con vos, Lorenzo. —El escribano apenas había alzado la mirada un instante, mostrando así el poco interés que tenía en el campesino—. Ya veo que no estáis de buen humor y no deseo importunaros, pero...

—En ese caso, no lo hagáis —lo cortó Lorenzo, pero Pedro no se arredró.

—Tendréis que escucharme aunque no os agrade. ¿Acaso no os preocupa el porvenir de vuestra hija?

—Lo que me preocupe a mí no es asunto vuestro... morisco. Lástima que la expulsión no os encontrara viviendo en Valencia.

Pedro había pretendido hablar con Ferrer de Francisca, pero las últimas palabras dichas lo dejaron helado. Unos segundos después acertó a preguntar.

—¿Expulsión? ¿Qué expulsión?

Lorenzo Ferrer se echó a reír con fuerza ante la expresión de sorpresa y terror dibujada en el rostro del campesino.

—¡Vaya! Jamás hubiera pensado que sería yo quien os diera la noticia. Es evidente que no estáis enterado. —Lorenzo Ferrer acercó su cara a la de Pedro, dejando atrás la risa y transformando su rostro en una máscara de odio—. Más te vale salir de Castilla mientras puedas, maldito morisco. En Valencia ya están expulsando a todos los de tu ralea. Decenas de barcos se acumulan en la costa para llevaros a todos a Argel o a cualquier otro sitio. Y pronto serán los moriscos que vivís en Castilla los que tengáis que dejar estas tierras.

Lo que decía Lorenzo Ferrer era cierto. Hacía unos días que se había pregonado en Valencia el edicto de expulsión, por más que Francisco intentó evitarlo. Los expulsados dispusieron de tres días para abandonar las tierras sobre las que reinaba Felipe III. Se anunció que el rey era magnánimo y que no dictaba sentencia de muerte contra los herejes y traidores moriscos. Sus bienes no eran confiscados, pero a cambio sólo podían embarcarse con las pertenencias que pudieran llevar sobre sus cuerpos. Se autorizó a todo el que encontrara un morisco pasado el plazo de tres días a que lo prendiera y tomara cuanto llevaba. Incluso a darle muerte si llegaba a resistirse. Fueron muchos los que cayeron a manos de salteadores y bandidos que,

aprovechando la salida precipitada de tantas familias desguarnecidas, se apostaron en los caminos, cayendo sobre los que se dirigían a los puertos, arrancándoles las pocas posesiones que llevaban con ellos, y hasta la vida en muchas ocasiones. Incluso los soldados enviados para dirigir la expulsión se dedicaron a estos asaltos, con lo que los moriscos no encontraban ayuda ni protección.

Algunos señores se vieron en la obligación de escoltar a los que hasta entonces habían trabajado en sus tierras, aunque sólo fuera como compensación por apoderarse de sus casas y aperos. Otros llegaron a escoltarlos hasta su destino, en Orán o Argel, pues se supo que algunos moriscos adinerados que habían logrado fletar sus propios barcos eran asaltados por las tripulaciones, que les daban muerte para saquearlos, arrojándolos luego al mar.

Fueron tantos los que tuvieron que huir a toda prisa, que aquellas tierras necesitarían casi un siglo para recuperarse.

Pedro apenas podía dar crédito a lo que escuchaba de boca de Lorenzo, de modo que le dio la espalda y se encaminó a la cocina para preguntarle a Feliciano mientras oía cómo, a su espalda, Lorenzo decía unas últimas palabras.

—Vete mientras todavía hay tiempo...

* * *

A pesar de que la expulsión morisca suponía una nueva derrota, el año concluyó con un pequeño alivio para Francisco. A finales de diciembre salía la sentencia contra Pedro Franqueza. Se le acusaba de cuatrocientos setenta y tres cargos y se le condenaba a pagar un millón cuatrocientos mil ducados, además de retirarle cuantos fueros y mercedes se le habían concedido. La condena establecía que pasaría en prisión el resto de sus días.

Francisco se libraba así de un lastre: nadie podría decir que protegía a los corruptos ni apoyaba a los ministros deshonestos. Rodrigo Calderón ya no tenía oficios reales, Pedro Franqueza era condenado por sus delitos y Alonso Ramírez de Prado había muerto.

A pesar de eso, Margarita seguía tejiendo su madeja en torno al duque. Con cada día que pasaba, el poder de fray Luis de Aliaga crecía más y más. Su influencia llegó hasta la Junta de Hacienda, que ahora estaba en manos de Fernando Carrillo. Juan de Acuña, anterior presidente del Consejo de Hacienda, que había sido bastante crítico con la labor de Franqueza y Ramírez de Prado, pronto se unió a Carrillo y Aliaga. El bando que la reina había deseado poner en pie contra el duque de Lerma durante tanto tiempo comenzaba a tomar forma.

Fue entonces cuando se promulgó un bando en Castilla, Extremadura y la Mancha

en el que se animaba a los moriscos a vender sus posesiones y dejar los reinos de Felipe III en un plazo de treinta días, siempre y cuando no llevaran con ellos ni oro ni plata ni monedas. Pero nadie sabía si pasado ese tiempo se declararían la expulsión de los moriscos de esos lugares tal y como se había hecho en Valencia. Pedro Cano hizo preparativos, pero no se decidía a partir, pues Francisca insistía en que no podía dejar a su padre solo en Madrid y Pedro no quería partir sin ella.

A mediados del mes de enero se promulgó la expulsión de los moriscos de Andalucía y Granada. En Hornachos se dio muerte a muchos de ellos, pues se decía que habían cometido desmanes y delitos contra los cristianos viejos. Se dio permiso en Sevilla y Granada para que aquellos de los que los obispos tuvieran noticias veraces de su buena cristiandad pudieran quedar en sus hogares sin ser expulsados, pero los que tuvieran que marcharse debían dejar a los niños menores de siete años. Toda Andalucía y todos los reinos bajo el gobierno de Felipe III bullían de movimiento por los caminos. Se decía que, de los moriscos que habían dejado Valencia, más de un tercio había muerto antes de llegar a su destino.

* * *

—Francisca, me preocupas. Has perdido peso y desde hace tiempo tu pelo ha perdido brillo. Tus ojos están hundidos... Pedro le hablaba con ternura y voz grave. Ella lo miró de reojo, bajando la cabeza antes de hablar. Habían encontrado una mañana para estar juntos cuando Francisca aprovechó la ausencia de Feliciano y fue a llevarle algo de vino a los campos en los que el morisco trabajaba. Hacía mucho que no tenían un momento para estar a solas.

—No pasa nada...

—No, no. A mí no me engañarás con facilidad. ¿Estás enferma? —Ella negó con la cabeza—. ¿Acaso tienes problemas con tu padre? ¿Necesitas dinero?

—¡No! No, de verdad...

—Entonces, ¿qué te ocurre?

Viendo que le sería imposible desviar la atención de Pedro, se decidió a decir la verdad.

—Estoy preocupada por ti. Están echando a todos los moriscos... —explicó bajando mucho la voz—. ¿Qué será de ti si también os expulsan de Castilla? ¿Y qué será de mí? No puedo dormir pensando en todas las historias que corren, Pedro. Creo que sería mejor que te marcharas, que te fueras ahora que aún estás a tiempo, por más que eso me entristezca.

—No sería tan fácil. ¿Crees que no lo he pensado? Pero no voy a hacerlo... No voy a separarme de ti. No hasta que vengas conmigo o un soldado me clave su pica

para obligarme.

La besó con ternura y la cogió de la mano. Hicieron el amor, muy despacio, como si quisieran tomar cada instante y guardarlo en el algún lugar oculto que sólo ellos pudieran visitar más tarde si sentían la necesidad de volver a estar juntos a pesar de encontrarse separados por cientos de leguas. Al concluir se tumbaron en el suelo. Estuvieron así, abrazados y en silencio, hasta que escucharon a los otros jornaleros que se acercaban al concluir la jornada.

* * *

A Felipe III le preocupaba poco la suerte de aquellos que, al fin y al cabo, eran súbditos suyos y volvía a estar de visita en Lerma. Subía por la cuesta que llevaba al palacio, donde ya estaba la reina y donde tenían previsto esperar a que Margarita volviera a dar a luz. Cuando llegó a la gran plaza que se estaba construyendo ya no pudo permanecer en silencio por más tiempo. Lo que había visto desde que llegara lo tenía asombrado. Las ermitas del parque que Francisco comenzara a construir tiempo atrás ya estaban terminadas y el papa Paulo V accedió a la petición del duque de otorgar indulgencias a aquellos que las visitaran. El parque mismo aparecía en todo su esplendor primaveral y la ciudad seguía bullendo de actividad. En la plaza ducal, un hombre trabajaba con su aprendiz, empedrando con cantos y piedras del río y cubriendo luego el empedrado con arena.

—Estoy impresionado, Francisco... Esta villa aparece más hermosa cada vez que vengo.

—Me honráis, majestad. Todo lo que hago es para estar a la altura de vos. Hay otra obra que aún no habéis visto. ¿Os apetecería verla ahora?

—¿Por qué no? —contestó el rey despreocupado—. No tenemos nada mejor que hacer.

Comenzaron a andar dando la espalda a la mole del palacio, que seguía en obras. Pasaron junto a las casas de los condes de Barajas, Gelves y Saldaña y junto a las de los marqueses de La Laguna y de Miravete, llegando a un grupo de viviendas que se había levantado para cerrar la plaza. Desde allí, una calle partía del vértice opuesto al palacio y comenzaba un descenso acusado. Mientras caminaban, Francisco comenzó a tratar un tema que deseaba hablar con el rey desde hacía un tiempo.

—Majestad, debo elogiaros por los enormes éxitos que se han conseguido en los últimos años —comenzó—. Se ha logrado la paz con Inglaterra y con Flandes, cierto es que con algunas concesiones que no son de nuestro agrado, mas el éxito es indiscutible.

—Bueno, Francisco, he de decir que gran parte de los asuntos que mencionas se

llevaron a cabo gracias a tus recomendaciones.

—Es mi deber, majestad. Como siervo vuestro no puedo hacer otra cosa que intentar aconsejaros de la mejor forma posible. Precisamente por eso quiero hablaros de un tema que ya hemos tratado en alguna ocasión. —Los pasos de ambos resonaban al clavarse los tacones de las botas en las piedras de la calle—. Se trata del matrimonio de vuestro hijo, majestad.

—¡Ah, sí! El matrimonio de Felipe... ¡Vaya, Francisco! ¿Qué es lo que estás haciendo aquí?

Habían llegado, tras una bajada y un ligero giro a la izquierda, hasta una de las antiguas puertas de la villa. Frente a ella se encontraba el convento de las carmelitas. Aquella era la única puerta que quedaba en pie tras el derribo de la muralla que había rodeado a la población y que se demolió al iniciarse las obras del palacio ducal. Trabajaban allí cuatro o cinco personas, un par de oficiales junto con sus ayudantes.

—He decidido elevar esta puerta, majestad; en vuestro honor. Se levantará una pared por este lado, el que cae a la villa, y toda la puerta estará cubierta por un tejado fabricado con armaduras de madera. Cuando esté concluido se colocará mi escudo sobre él en la única puerta de entrada que tendrá la ciudad.

—Hermoso, sin duda... No reparáis en gastos, Francisco.

—¿Quién podría hacerlo cuando ha de estar a la altura del rey más poderoso del orbe? —respondió mientras giraba sobre sus talones, satisfecho por la expresión del rey ante lo que veía. Retomó el camino ascendente de vuelta al palacio. Tras un instante de silencio continuó la conversación anterior—. Como os iba diciendo, vuestro hijo, Felipe, cuenta ya cinco años. Ha llegado el momento de buscar para él esposa, ¿no os parece?

—Cierto, cierto... Y dime, ¿has pensado ya en quién podría ser la más indicada?

—En cierto modo, sí, majestad. Veréis: la paz con Inglaterra es firme, no creo necesario que el matrimonio del príncipe deba fortalecer ese acuerdo. Francia, sin embargo, es un caso diferente. La paz de Vervins sigue vigente, pero bien sabéis que Enrique hace cuanto puede por influir en nuestros enemigos. Seguramente recordaréis a Antonio Pérez.

—¿El que fuera secretario de mi padre? Sí, claro. No fueron pocos los problemas que causó en su momento.

—Muy cierto, majestad. Hace un tiempo solicitó a través de Baltasar de Zúñiga que se le permitiera regresar. Yo creí más oportuno usar su pobreza y su posición en Francia, cercana al rey gracias a los servicios que le ha prestado en el pasado, y utilizarlo como espía. Bien, pues me informa de que Francia ha estado apoyando a los flamencos, y que aún lo hace. Incluso ofrece ayuda a los moriscos. Por lo tanto, creo que un matrimonio que fortaleciera los lazos entre ambos países sería muy recomendable.

—No lo dudo. Aunque opino que Enrique no aceptará bajo ningún concepto que esa unión se lleve a cabo. Su odio hacia nosotros es demasiado profundo, está

demasiado enraizado. Sería, desde luego, una gran opción, pero no creo que sea posible mientras él se siente en el trono.

—¿Y si os dijera que Enrique IV ya no reina en Francia?

Felipe se detuvo de inmediato a mitad de la cuesta que subía hacia el palacio mirando a su favorito. Frunciendo el ceño, volvió a hablar.

—¿Qué quieres decir, Francisco?

—Enrique IV fue asesinado hace unos días. Acabo de saberlo esta misma mañana.

—Pero... ¿Cómo...?

—Un hombre, un tal Ravailac, atacó la carroza en la que viajaba Enrique. Parece que el asesino no está en su sano juicio y que odia a los hugonotes, pues su familia sufrió a manos de éstos.

—¡Pero es terrible, Francisco!

—Sí, majestad, lo es.

—Francisco, debes ser claro en esto: ¿hemos tenido algo que ver con ese asesinato? —La voz de Felipe sonó aguda y temblorosa ante la idea.

—No estaría seguro de seguir siendo Baltasar de Zúñiga embajador en Francia. Bien sabéis que realizó muchos negocios turbios contra Enrique en su momento. Pero Baltasar ya no está en Francia, así que no, no lo creo... Mas poco importa eso en realidad, majestad —contestó Francisco con cierta dureza—. La cuestión que debemos valorar ahora es cómo podemos sacar provecho de la situación. Y, sin duda, María de Medici estará más dispuesta que el difunto rey a llegar a un acuerdo matrimonial.

Continuaron ascendiendo en silencio hasta llegar al palacio. Llegados a la plaza en obras, el viento sopló sacudiendo los pensamientos del rey.

—Me gustaría salir a cazar, Francisco, a la Ventosilla. ¿Te ocuparás de que se arregle todo para mañana?

—Desde luego, majestad.

—En cuanto a la boda de Felipe... Haré caso una vez más de tu consejo. Sí, creo que será un acierto casar a mi hijo con Isabel. ¿Crees que debería encargarse tu hijo de prepararlo? —continuó el rey mientras palmeaba el hombro de Francisco y se introducía en el palacio.

—Preferiría hacerlo yo mismo. El asunto es de la máxima importancia y Cristóbal tal vez no tenga la experiencia necesaria —concluyó satisfecho mientras cerraba el enorme portalón a sus espaldas.

* * *

Unos días más tarde, Margarita daba a luz nuevamente. Tenía veintiséis años. Era una niña a la que llamaron como a su madre. El séptimo hijo que nacía del matrimonio real; la pobre infanta moriría seis años después.

Tras el alumbramiento, Francisco se puso a trabajar de inmediato en concertar la boda. Estaba seguro de que el enlace serviría no sólo para cimentar la paz con Francia. Además, permitiría que la hacienda terminara por recuperarse pues no habría ya conflictos por los que gastar grandes sumas de dinero. Podrían pedir a Castilla el pago de sus deudas y solucionar de una vez por todas los problemas económicos de los reinos.

Precisamente para obtener oro seguía trabajando Lorenzo Ferrer en la casa de Rodrigo Calderón. Llevaba tiempo buscando la piedra filosofal siguiendo los pasos del libro que él mismo falsificara y, como era de esperar, los resultados no llegaban. Rodrigo Calderón comenzaba a perder la paciencia.

Cuando bajó un día al sótano donde estaban las herramientas del alquimista, encontró a Lorenzo Ferrer enfrascado en el libro que nadie más podía entender.

—¿Cómo avanzan vuestras pesquisas, maese Ferrer? —preguntó Calderón desde las sombras, levantando ecos en el sótano de su palacio.

Lorenzo Ferrer se sobresaltó, golpeando una redoma y derramando su contenido, que humeó al caer al suelo.

—¡Maldita sea! —exclamó irritado—. ¡El trabajo de meses perdido! ¿Quién osa molestarme? ¿No he dejado claro que necesito soledad y silencio para poder trabajar? ¡Sabed que vuestro señor se sentirá indignado cuando sepa que, estando ya tan cerca de obtener lo que deseaba, por vuestra culpa tendré que empezar todo el procedimiento!

Rodrigo Calderón se adelantó hasta que la luz del candil que iluminaba a Ferrer alcanzó su rostro.

—Tu señor está aquí, maese Ferrer... Lamento lo sucedido, pero vengo a urgir. Espero resultados y los espero pronto. Ya hace un año que trabajáis a mi costa, se os ha entregado todo aquello que habéis solicitado, mas no ofrecéis resultado alguno. Empiezo a pensar que este asunto se está convirtiendo en un pozo sin fondo.

—Perdonad mi mal humor, mi señor —se disculpó Ferrer ante la reprimenda, inclinándose con insistencia. Llevaba algunas semanas esperando el encuentro, preparando lo que debía hacer cuando se produjera: el frasco astillado para que se rompiera con facilidad al caer, los ingredientes necesarios para producir el tenue humo que tan visual debía resultar... Hacía tiempo que preparaba la monumental estafa y no iba a abandonarla en el mismo instante en que empezaran a sospechar. Había mil y un modos de seguir aprovechando la avaricia de Rodrigo Calderón. Y él necesitaba tiempo para hacer lo que realmente pretendía: encontrar el modo de desacreditar a Calderón y provocar su caída, así como la del duque de Lerma—. No

sabía que erais vos quien me hablaba. ¡Pero esto es un desgraciado accidente! —dijo con voz trémula mientras señalaba el líquido esparcido por el suelo—. ¡Si supierais lo cerca que estaba! —gritó desesperado asiendo los brazos de Calderón—. ¿Veis ese humillo que asciende desde el suelo? ¡El proceso ya había empezado!

—¿Y no hay nada que podáis hacer para remediarlo? —inquirió desesperado Calderón al ver lo ocurrido.

—Unas horas más habrían bastado, tal vez unos días, y habríais obtenido lo que tanto anhelaís: el poder de transmutar los metales en oro... —continuó lamentándose Ferrer sin prestar atención a lo que le decía Calderón—. Ahora, lamentablemente, habré de volver a empezar...

—¡No puede ser!

—Lo lamento, pero no hay nada que hacer. El proceso es complejo y largo y el menor error o variación de los componentes, o de los recipientes donde han de encontrarse estos, una simple gota de sudor, fijaos bien lo que os digo, puede dar al traste con todo el trabajo. No es en vano, señor, que os pidiera soledad absoluta.

—¿Y no podréis acelerar el proceso, maese Ferrer? —La desesperación de Calderón era patente en su tono de voz.

Lorenzo sopesó su respuesta. Sabía que podía alargar la estafa, pero no debía tensar la cuerda en exceso. Tras pensarlo detenidamente, contestó con calma y aspecto cansado.

—Veréis, mi señor: no puedo, como me pedís, acelerar los procedimientos, ni los tiempos en que los materiales deben estar expuestos a determinadas circunstancias. —El rostro de Calderón aparecía sombrío y pesaroso. Entonces, Ferrer decidió relajar un poco el ambiente—. Mas es cierto que no perderé tanto tiempo en descifrar las instrucciones del libro una vez que ya lo he hecho antes. No significa eso que pueda llevar a cabo todo el proceso sin consultar las instrucciones, por supuesto, pero sí es cierto que tendré que dedicar a ello menos tiempo. Sed paciente. Sabíais que no sería fácil ni rápido. Confiad en mí —añadió con su mejor sonrisa, acercándose a Rodrigo y mirándolo con ojos limpios—, y dentro de poco tiempo seréis el hombre más rico del mundo.

El color debió volver a la cara de Calderón, que sonrió al comprobar la confianza de Ferrer y, sin decir una palabra, asintió convencido de lo que escuchaba. Ferrer se acercó a él nuevamente, lo tomó del brazo y comenzó a llevarlo hacia la escalera de salida.

—Será necesario que me proporcionéis otros trescientos ducados. Hay que volver a comprarlos materiales que hemos perdido, y ya sabéis que son raros y difíciles de encontrar...

—Está bien, maese Ferrer. Me ocuparé de que así sea —asintió Calderón mientras se perdía por la escalera.

Parte III

Avaricia
1610-1625

Capítulo XXXIV

—¿Cómo podéis hacerme esto, padre?

Cristóbal, que recientemente había sido nombrado duque de Uceda, estaba hecho una furia. Los ojos le chispeaban, hacía alarde de fuertes ademanes con brazos y manos y su voz rugía en la cámara de su padre. Francisco lo miraba asombrado. Nunca había visto así a su hijo; en otras ocasiones se había mostrado alterado, pero no hasta tal punto; en ese momento las venas del cuello semejaban serpientes y las de las sienas gusanos palpitantes a punto de estallar, el rostro congestionado era una máscara roja y por las comisuras de los labios se veía salpicar la saliva.

—Lo que yo haga o no es cosa mía —replicó con tono cansado.

—¡Sí! ¡Siempre y cuando no me afecte a mí, padre!

—¿Y en qué tendría que afectarte? —preguntó comenzando a perder la paciencia.

—¿Qué en qué tendría que afectarme? ¿En qué? ¡Oh, vamos, padre! ¡Vais a Volver a casaros! ¿Y preguntáis en qué va a afectarme ese matrimonio? ¿Qué será de vuestra hacienda, padre? ¿A quién irá? ¿Quién se quedará con todo cuando Vos ya no estéis?

—Nada de eso debe preocuparte, Cristóbal —intercedió con voz cansada—. El rey ya me ha entregado cien mil ducados como felicitación por la boda y ya había pensado hacerte entrega de buena parte de esos dineros. Todo lo mío irá para ti cuando yo ya no esté, ¡eres mi heredero! Nada temas, pues en nada te afectará mi boda con Luisa.

—¡Sí, *excelencia!* ¡Por supuesto que me afecta! Tenía la secreta esperanza de que finalmente creyeráis en mi valía, pero ahora sé que eso nunca sucederá. No os preocupéis por mí, padre. A partir de ahora encontraré mi propio camino. ¡Aunque vos me interrumpáis el paso!

Cristóbal salió golpeando la puerta, que retumbó en el pasillo. En su cámara, Francisco estaba anonadado, sorprendido ante el repentino ataque de su hijo. Sí, había pensado casarse con Luisa Manrique de Lara, una mujer atractiva y apetecible, aunque había ganado algo de peso, con la que había recuperado las ganas de vivir. Pero no era ésa la cuestión. No era prudente, ni aconsejable, que el duque de Lerma, el favorito del rey, permaneciera viudo. Ya había bastantes comentarios sobre su política como para que también lo criticaran por su situación personal. La condesa de Valencia era la mejor opción, y había esperado que su hijo lo entendiera llegado el momento pese a las advertencias que le hiciera en su día. Tras esa entrevista comprendió que no podría casarse con Luisa a menos que estuviera dispuesto a perder definitivamente a su hijo.

—¡Don Cristóbal! Esperad por favor, quisiera hablaros.

Fray Aliaga se apresuraba para alcanzar a Cristóbal mientras sus hábitos susurraban por el pasillo. Éste se giró con semblante hosco, pero recibió al fraile con una sonrisa abierta tan pronto como lo reconoció.

—Fray Aliaga... precisamente estaba pensando en vos. De hecho, desde un tiempo a esta parte soléis estar presente en mis pensamientos.

—En ese caso, don Cristóbal, debe ser providencia divina, pues a mí me ocurre igual con vuestra persona. Hay asuntos que creo que deberíamos tratar, pero, ante todo, permitidme que os dé la enhorabuena. En primer lugar porque a vuestro hijo lo han nombrado gentilhombre de la cámara del rey. Siempre es un honor. Y por otro lado, felicitaros a vos mismo. Vuestro nombramiento como duque de Uceda debe haberos llenado de satisfacción.

—Cierto, fray Aliaga, cierto. —Cristóbal se hinchó de orgullo ante la felicitación—. Parece que al fin mis trabajos al servicio de su majestad han tenido su recompensa.

—La verdad —dijo el fraile de manera íntima mientras tomaba del brazo a Cristóbal y comenzaba a deambular con paso lento—, me sorprende que no recibierais dicho honor mucho antes, siendo vuestro padre tan querido de nuestro rey.

—Bueno, sin duda sabréis —comentó con acritud— que mi padre no valora mis servicios tanto como me gustaría. No en vano le habéis servido durante muchos años en los que habréis podido advertir esta circunstancia.

—Mi querido duque —señaló el fraile adulando a su acompañante—, duras han sido a menudo las palabras con las que vuestro padre os señalaba, tanto en público como en privado. Y es cierto que no os valora como merecéis. Precisamente por eso deseaba hablaros. Estáis en una posición envidiable.

—¿Así lo creéis? —Cristóbal se sorprendió.

—Sin duda alguna. Contestadme a una pregunta: ¿pensáis que vuestro padre está llevando a cabo una política adecuada?

Cristóbal observó con gravedad al fraile.

—¿Por qué me preguntáis eso?

—¡Mi buen duque! —exclamó Aliaga mientras reía débilmente—. Me temo que os he asustado. No debéis preocuparos, que lo que conversemos quedará entre nosotros. Mas, como veo que aún receláis, os hablaré con franqueza, pues creo que lo merecéis y que no me equivoco al hacerlo.

»Veréis: hay personas muy poderosas que opinan que hay otro modo de hacer las cosas, que se pueden solucionar los problemas de los reinos siguiendo otras ideas, otras propuestas. Estas personas están obteniendo la fortaleza necesaria como para

presentar una firme oposición a los que ahora ostentan el poder. —Aquí, el fraile bajó la voz—. Por supuesto, no puede hacerse todavía abiertamente, está demasiado cerca en el recuerdo de todos lo sucedido con Rodrigo Calderón y el almirante. Pero sí se están empezando a mover hilos, a forjar alianzas, a implantar otras opiniones.

»Entre otras cosas, don Cristóbal, vuestro nombramiento como duque de Uceda, aunque vos penséis que se debe a la influencia directa de vuestro padre, ha tenido también otros impulsores, personas que piensan que seríais un valioso aliado a la hora de presentar ante el rey el cambio que creemos que es necesario llevar a cabo en la corte.

»Como podéis comprender, arriesgo mucho al haceros partícipe de todos estos asuntos. Podría decir que soy imprudente, pero mis años y mi experiencia me dicen que no me equivoco al hablaros con franqueza. Que decís, duque de Uceda..., ¿estáis interesados en presentaros como la cabeza visible de una nueva voz ante el rey?

No fue necesario que Cristóbal contestara a la pregunta.

* * *

Luisa miraba la carta con los ojos cegados por las lágrimas.

Sin duda tendrás razones para despreciarme cuando leas esta carta, aunque espero que no llegues a aborrecerme. Muchos son los que opinan mal de mí, y no deseo que tú seas una más. He de romper el compromiso de matrimonio que nos une, por más que me pese. He de romperlo para mantener mi casa unida y evitar que estalle en mil pedazos, perdiendo todo por lo que he luchado a lo largo de tantos años. Nada me entristece más que tener que tomar esta decisión, y me siento en el infierno con cada letra que escribo, quemándome las yemas de los dedos y hasta el alma mientras me obligo a decirte estas cosas. Me pongo a tus pies e imploro tu perdón, Luisa; seré el centro de las críticas, objeto de mofa y befa por parte de la corte; mas es mejor así.

Releyó la misiva varias veces, sorbiendo por la nariz a cada momento el amargor del despecho, preparándose para ser ella, y no el duque, la que recibiera todas las críticas, la que fuera señalada por los pasillos de la corte. Pensó en acudir a su palacio y abofetearlo, o al menos pedirle explicaciones personalmente, pero rechazó la idea. Decidió que, a partir de ese momento, daría la misma explicación que había recibido al compromiso de su boda: Francisco estimaba la supervivencia de su puesto y de su casa más que su propia palabra.

No se equivocó. En el revuelo que se formó se llegó a decir que, en realidad, se

habían casado en secreto, y que no lo hacían público porque el duque había solicitado el capelo cardenalicio a Roma. Cristóbal creyó esta última versión. De nada le sirvió a Francisco romper aquel acuerdo excepto para tener un motivo más por el que ser criticado. Luisa decidió que no se plegaría a los rumores. Mantuvo una actitud altiva y a todo el que quiso saber de primera mano lo ocurrido le mostró la carta enviada por Francisco.

* * *

Pasado el verano, el puesto de presidente de Castilla volvió a quedar vacante. Francisco presentó a su candidato al rey para que ocupara el puesto. Y, por primera vez en varios años Francisco de Sandoval se encontró con una oposición organizada. Fueron fray Aliaga y el propio Cristóbal quienes se opusieron al candidato del duque y presentaron a Juan de Acuña, a quien el propio Francisco había encumbrado como presidente de Hacienda.

La corte al completo se mantuvo expectante para conocer la decisión del rey. De ella dependería el futuro de los reinos sobre los que gobernaba. Su decisión sorprendió a todos. El elegido fue Juan de Acuña. La posición de Francisco comenzaba a perder fuerza.

Animados por la situación, a finales de año crecieron las voces que se oponían a la corrupción que seguía asentada en la corte. Se escribieron varios libros denunciando lo que sucedía y aconsejando el rey. Algunos de sus autores, como Juan de Mariana, fueron arrestados por varios años y sus libros censurados. Se llegó a asegurar en aquellos escritos que si la situación no cambiaba el pueblo estaba obligado a sublevarse, e incluso a dar muerte al causante de las corruptelas y el grave estado de los reinos, y que, para evitarlo, el rey debería escuchar a varios consejeros, y no a uno solo.

Éste era el ambiente poco antes de Navidad, cuando Lorenzo Ferrer se entretenía en el sótano del palacio de Rodrigo Calderón sin hacer nada de provecho. Había intentado entrar en la cámara en la que Rodrigo guardaba sus documentos, si bien era muy difícil conseguirlo. Lo logró en varias ocasiones, aunque nunca tuvo mucho tiempo de buscar entre los cientos de legajos que se acumulaban allí y no encontró nada que sirviera a sus propósitos. Al fin llegó a la conclusión de que no era en aquel lugar donde Calderón guardaba los documentos más delicados. Aquel día ya era tarde y decidió que había llegado el momento de regresar a su habitación. Llevaba varios días sin aparecer por la posada y quería ver cómo estaba su hija.

Recogió su capa y se dispuso a subir los escalones que llevaban hacia la planta superior; entonces se detuvo. Unas voces llegaron claramente hasta él. Una de ellas

pertenecía a Rodrigo Calderón, no cabía duda. A la segunda no le costó ponerle cara.

—De nada ha servido, Rodrigo. Mi hijo me ha traicionado, sin importar los sacrificios que he llegado a hacer por él. Se ha unido a Aliaga, que es como unirse a la reina.

—¿Estáis seguro?

—Sí, es ella la que maneja los hilos.

La voz de Rodrigo sonó tensa al volver a hablar.

—Ya quiso quitarme la vida años atrás y hace todo cuanto puede para poner trabas.

—Lo sé, Rodrigo. Pero no puedo hacer nada.

—Podríais casaros de una vez con Luisa. Al fin y al cabo, la amáis.

—No, no... Me temo que eso ya es imposible. La conozco bien y jamás me perdonará. Según me han dicho, está decidida a regresar a la vida tranquila que llevaba tras la muerte de su esposo, apartándose de la política tanto como pueda.

—¿Estáis seguro? No me extrañaría que la reina quisiera aprovecharse de su despecho. Sin duda, son muchas las cosas que le habrás contado en la intimidad...

—No es algo que me preocupe; no accederá a los deseos de Margarita. No, ni ella me aceptaría de nuevo ni creo que sea buena idea volver a anunciar nuestro matrimonio; bastantes habladurías ha habido ya con todo este asunto. De hecho, estoy pensando en hacer verdad parte de esos rumores y pedir mi nombramiento como cardenal...

Las voces se habían alejado hacia la puerta del palacio y apenas llegaban hasta Lorenzo Ferrer, que se esforzó en entender lo que decían.

... lo que debe hacerse está claro como el agua: Margarita debe desaparecer.

El silencio se apoderó de toda la mansión, que pareció prestar atención a lo que se decía junto a la puerta.

—Tú lo has dicho, Rodrigo: aunque yo no puedo hacer nada de eso... Las implicaciones serían demasiado graves.

—Lo entiendo. Mas no tenéis por qué preocuparos. Yo me ocuparé de todo.

Segundos después la puerta se cerraba, el invitado dejaba la casa y los pasos de Rodrigo Calderón se alejaban de la puerta. Lorenzo Ferrer se mantuvo completamente inmóvil durante un tiempo prudencial. Acababa de escuchar cómo se hablaba del asesinato de la reina. Estaba seguro de que quienes lo hacían eran Rodrigo Calderón y el duque de Lerma. Y ese conocimiento lo llenó de temor.

Capítulo XXXV

Todo el frío de la noche de Navidad pareció agolparse en la casa cuando la puerta se abrió de golpe. El monje sujetó a la puta que, de rodillas, mientras la penetraba desde atrás, dio un respingo asustado ante el ruido, impidiendo que se moviera.

El recién llegado la observó: era apenas una mujercita, una de las pobres muchachas de Madrid que tenía que venderse para tener algo que llevarse a la boca. Tenía pechos pequeños y caderas estrechas, aunque una cara hermosa se entreveía por debajo de la capa de suciedad que la cubría. Observó que lo miraba con ojos asustados, y tal vez para que se quedara tranquila y no organizara un escándalo, prestó su atención a la sala.

Era una casa humilde, con un mesa que apenas se tenía en pie, dos o tres taburetes esparcidos de cualquier manera, un colchón tan cubierto de chinches que parecía que las sábanas tenían vida propia y un buen fuego encendido para espantar las bajas temperaturas del invierno.

—Nunca entenderé por qué vives de este modo. ¿Acaso no te han pagado siempre con buenas bolsas de dinero como para tener una vida mejor? —preguntó el recién llegado observando el techo oscurecido por los humos de años sin limpiar.

—Soy un hombre con demasiados vicios —fue la respuesta. Salió de la mujer con cierta brusquedad y se echó por los hombros una manta de lana al tiempo que cogía una jarra de vino de la que dio un buen trago para confirmar lo que decía. La joven hizo el intento de arrebujarse bajo las telas que cubrían la cama, pero el monje la empujó impidiéndoselo—. No te muevas... No hemos terminado.

El recién llegado se fijó de nuevo en la mujer. Recordaba haberla visto en compañía del monje otras veces. Quizá se había aficionado a ella; bello rostro no le faltaba, desde luego. Se sacudió el pensamiento y procuró centrarse en el asunto que lo llevaba hasta allí.

—Te encargan un nuevo trabajo —comentó sin más, alargando una mano para tender un documento.

El monje lo tomó sintiendo el cálido tacto del guante de piel que protegía la mano del visitante, lo desplegó y leyó entornando mucho los ojos. Su vista ya no era la de años atrás. Pareció sorprenderse ante el escrito y lo leyó de nuevo dos veces. Al fin, ceñudo, se atrevió a preguntar:

—¿Lo que dice aquí es correcto? —El visitante se limitó a realizar un mudo asentimiento y, en ese mismo momento, el monje se pasó los labios por la lengua, relamiendo de sus labios una miel imaginaria. Las siguientes palabras las pronunció con un tono de avaricia inconfundible—. Esto será caro...

Una bolsa voló desde la mano del visitante y fue a estrellarse contra el suelo, a un palmo del colchón, con un sordo tintineo. Por el tamaño, el monje calculó que debía

contener al menos cien ducados.

—Tendrás otra igual cuando el asunto esté resuelto satisfactoriamente.

Una risita escapó entre los dientes del monje, que asintió con la cabeza. El visitante dio media vuelta y salió sin molestarse siquiera en cerrar la puerta. El monje extendió la mano, tomó la bolsa, volvió a colocar a la puta de rodillas, se situó nuevamente detrás de ella y reanudó la cópula interrumpida unos momentos antes. Tal vez fuera por la excitación del trabajo propuesto, tal vez por el tacto de la bolsa repleta de monedas de oro. Quizá porque aquella muchacha despertaba en él un ardor mayor de lo que estaba dispuesto a admitir; lo cierto es que, con tan sólo unas pocas investidas, derramó en ella su simiente con un gruñido de placer salvaje.

Cuando hubo recuperado el resuello, tomó el enmarañado cabello de la muchacha entre sus dedos, puso en sus manos una de las brillantes monedas que acababa de recibir y dándole una sonora palmada en las nalgas le dijo:

—Y ahora, ve a buscar al escocés.

* * *

El día de año nuevo amaneció frío y nublado, pero el escocés permanecía en la calle, esperando. En sus tierras el frío era más intenso y aunque ya llevaba tiempo en España, la temperatura de Madrid no lo asustaba. Sabía que los reyes no tardarían en salir hacia la Compañía de Jesús a escuchar misa. No había error posible: quien le había encargado el trabajo conocía cada movimiento que hacían los monarcas. Al cabo de un rato comenzó a notar que el ambiente de la calle cambiaba. Algunas personas se apresuraban, acercándose; se escucharon a lo lejos los cascotes de algunos caballos.

El escocés cerró la mano bajo la capa, apretando con fuerza. No estaba nervioso, pero la tensión se dejaba notar. Los primeros caballos se acercaron al trote arrancando sonidos en la calle. La gente que se encontraba cerca comenzó a vitorear al rey, él se adelantó un par de pasos.

El carruaje de los reyes apareció por fin, acompañado por caballeros. El escocés comenzó a correr para cercarse. Un ligero revuelo se levantó tras él. Cuando ya estaba cerca de la ventana tras la que se encontraban los reyes, alzó una mano en la que se veía un fajo de papeles.

—¡Majestad! ¡Deteneos, por Dios! —gritó con fuerte acento—. ¡Es importante que os haga entrega de este memorial!

Pedro Álvarez, el cochero, no detuvo el carruaje, aunque aminoró la marcha para evitar atropellar a aquel loco que se exponía a caer bajo sus ruedas. La reina asomó la cara por la ventanilla preguntándose qué ocurría. Un lacayo se acercó corriendo y, de

malos modos y a empujones, intentó apartar al escocés.

Entonces los acontecimientos se precipitaron.

El conductor de la carroza real ralentizó aún más el paso de los caballos, preocupado por la algarabía que se estaba armando a su alrededor. El escocés sacó un cuchillo que empuñó con la mano libre e, intentando zafarse del lacayo, apretó el paso en dirección al carruaje de los monarcas.

Margarita estaba paralizada, con la cabeza saliendo por la ventanilla y viendo con ojos desorbitados cómo el escocés la miraba con frialdad. El cuchillo estaba ya muy cerca. Por su mente cruzó la imagen de Enrique IV, el rey francés, asesinado en su carroza unos meses antes.

El brazo comenzó a descender, con la afilada hoja apuntando hacia la reina. Margarita cerró los ojos con fuerza, esperando el golpe que le arrancara la vida. En lugar de eso, sintió que su cuerpo era impulsado hacia atrás cuando los caballos que tiraban de la carroza aceleraban súbitamente el paso azuzados por Pedro Álvarez, el cochero, que al fin había comprendido lo que sucedía. Un gruñido se oyó muy cerca, justo detrás de la ventanilla en la que había estado asomada. La reina abrió los ojos, vio que Felipe la miraba extrañado, sujetándola por el brazo. Le decía algo, pero era incapaz de escuchar sus palabras.

Volvió a mirar por la ventanilla, segura de haber dejado atrás al asesino; no podría competir con los caballos lanzados en un trote rápido. Pudo ver cómo algunos guardias sujetaban a un hombre desarrapado, le quitaban el enorme cuchillo y lo ponían en pie.

Margarita se recostó en el asiento de la carroza y respiró profundamente, intentando calmarse.

—¡Margarita! ¿Puedo saber qué está pasando? —escuchó por fin que decía su esposo.

La reina giró la cabeza y Felipe se preocupó aún más al ver lo pálida que se encontraba. Pero cuando habló, su voz sonó tranquila y llena de fuerza.

—Creo, mi querido esposo, que han intentado matarme.

El rey se quedó con la boca abierta, asombrado e incrédulo por lo que escuchaba. Se removió inquieto en el asiento y se asomó en un vano intento de observar lo que dejaban atrás. Se volvió nuevamente hacia su esposa y la tomó con ternura de la mano.

—No temas, querida. Investigaremos lo que ha sucedido y quién era ese hombre. Esto no quedará así.

—Puedes estar seguro —afirmó ella mientras recomponía su vestido.

Pero por más que torturaron al escocés, nada salió de su boca. Intentaron conocer cuáles eran realmente sus intenciones, por qué, si era el caso, había intentado dar muerte al rey o la reina y, si esto era así, si actuaba por sí mismo o bien alguien había pagado sus servicios. Todo fue inútil. Tres días duró el tormento del reo y tres días permaneció en silencio. Ni siquiera soltó un alarido. Finalmente le dieron cien azotes

en público; los alguaciles se preparaban ya para ahorcarlo cuando el rey dio orden de que se le mandara a galeras; el ahorcamiento debió parecerle una muerte demasiado rápida.

* * *

Rodrigo Calderón estaba inquieto sabiendo que las cosas se habían torcido. Por fortuna, se había elegido bien al encargado de todo aquel asunto: el monje llevaba años ocupándose de los trapos sucios del duque y del propio Rodrigo. Sabía que tenía tratos con aquel escocés que tan prudentemente había mantenido la boca cerrada, pues en el momento en el que hubiera comenzado a dar explicaciones toda su familia habría sido acusada de herejía y quemada en la hoguera de la inquisición. Fuera como fuese, la reina no había muerto, y seguiría causando problemas. Para empeorar más las cosas, Francisco había montado en cólera.

—¿Tan necio eres como para hacer algo parecido? ¿Es que acaso has perdido el juicio? —le había gritado fuera de sí. El atentado contra la reina los había situado a todos en una posición delicada, en especial a Francisco, de quien todos sabían sus malquerencias con Margarita.

—¡Así dieron muerte a Enrique el año pasado! ¡A manos de un loco en su propio carruaje! Si funcionó allí, ¿por qué no iba a hacerlo aquí?

—¡Una locura! —insistía Francisco iracundo—. ¡Nos pusiste en peligro a todos! ¿Acaso esperas que Margarita se quede cruzada de brazos?

—No es culpa mía que todo esto saliera mal. Mas yo estoy a salvo, y por tanto vos también lo estáis, Francisco. La reina no puede hacer nada, no encontrará nada que nos vincule a esto.

Francisco gritó y porfió, y Rodrigo Calderón siguió en sus trece hasta que poco a poco ambos se calmaron. Al cabo de un rato, Francisco marchó no sin antes dejar claro a Calderón que no volviera a intentar nada parecido.

Pero Rodrigo pensaba de modo bien distinto. Margarita era algo más que una molestia; era un incordio, pues hostigaba continuamente contra Francisco y su entorno, del que Calderón era el miembro más importante. Llevaba tiempo dándole vueltas a otra posibilidad, pero no encontraba el modo de llevarla a cabo. Hasta que dio con la persona adecuada.

Pedro de Betona servía en la Casa de la reina desde 1600 en calidad de mozo de cocina. A mediados del año anterior había sido promovido a oficial. Era un hombre codicioso, y eso le bastó a Rodrigo Calderón. Le prometió su protección, que era lo mismo que ofrecer la protección del duque de Lerma, así como un puesto de cocinero mayor tan pronto como hubiera uno disponible. Pedro aceptó el trato. Lo único que

tenía que hacer Rodrigo Calderón era encontrar el modo de envenenar a Margarita. Entonces se acordó de su alquimista. Un hombre de sus conocimientos sin duda podría aconsejarle, o incluso proporcionarle aquello que necesitaba. Habló con Lorenzo Ferrer, cuidando sus palabras pero dejando claro lo que necesitaba: un veneno que no dejara huella, que pudiera pasar por una muerte natural.

—No soy versado en venenos, mi señor —contestó procurando mantener la tranquilidad—, pero creo que podré seros útil una vez más, pues conozco a quien podría servirlos en esa empresa —aseguró—. Desde luego, no será económico...

—Eso no es problema. Tened, cincuenta ducados. Confío en que sea suficiente para mantener las bocas cerradas. Por otro lado, maese Ferrer... ¿Cuánto más tendré que esperar resultados? Empiezo a creer que vuestros esfuerzos son baldíos. He gastado una fortuna para que fabriquéis la piedra filosofal y hasta ahora no he visto más que polvo sobre la mesa.

—Ya estamos muy cerca; en unas pocas semanas obtendremos aquello que buscamos —anunció Ferrer simulando una excitación que no sentía—. Con vuestro permiso, señor, iré de inmediato a intentar conseguir lo que necesitáis.

Lorenzo abandonó el palacio evitando nuevas preguntas y se encaminó hacia la posada. Cuanto más se alejaba de la casa de Calderón, más apresuraba el paso. Entendió que lo que se estaba llevando a cabo era la planificación del envenenamiento de la reina, una vez el intento de asesinato que había aterrorizado a todo Madrid había fracasado; y él estaba involucrado, conocía el secreto. Comprendió también que a partir de ese momento su vida no tenía ningún valor: si Rodrigo Calderón intentaba acabar con la vida de la reina, no le costaría trabajo alguno eliminar a un simple falsificador.

Cuando llegó a la casona lo hizo ahogado por la ansiedad y las prisas. Comenzó a buscar a su hija, llamándola a gritos, pero quien apareció fue Feliciano.

—¿A qué vienen esas voces? ¿Acaso os habéis vuelto loco, maese Ferrer?

—¿Dónde está mi hija?

—No lo sé. Salió hace rato con Pedro, como hacen de vez en cuando por más que, como nos pedisteis, intentemos complicarles las cosas siempre que vos no estáis aquí.

—¿Con Pedro? ¿Acaso no os pedí que impidierais que estuvieran a solas? ¿Queréis ver a mi hija con un morisco?

Lorenzo estaba fuera de sí, hacía aspavientos con las manos y caminaba a grandes zancadas de un lado a otro. Feliciano, en cambio, apenas se inmutó.

—Poco me importa a mí con quién acabe vuestro retoño. Si queráis vigilancia, haber pagado por ella o haberla vigilado con vuestros propios ojos.

—¿Dónde están? ¿Sabéis al menos dónde van?

Feliciano se encogió de hombros junto con la respuesta.

—No tengo ni idea. De nada servirá que salgáis a buscarlos, Madrid es demasiado grande. De cualquier modo, no tardarán en volver. Regresan siempre mucho antes de que el sol se ponga, y ya no falta demasiado para que eso ocurra.

Lorenzo gruñó con fuerza, Feliciano le dio la espalda y regresó a sus tareas. No le quedaba más remedio al escribano que esperar, y decidió hacerlo mientras preparaba su partida. Apenas había empezado a recoger las pocas pertenencias que tenían cuando escuchó la puerta de entrada y la voz preocupada de su hija. Bajó a toda prisa y se encontró con que Francisca llegaba, en efecto, acompañada de Pedro. Se lanzó contra el morisco, pero éste, más fuerte y más joven, lo hizo a un lado con facilidad.

—¿Qué os ocurre? ¿A qué viene esto?

—¿Qué pasa, padre? —preguntó Francisca con preocupación al verlo tan alterado.

—Date prisa, hija —la urgió él por toda respuesta—, sube a la habitación, tenemos que marcharnos enseguida. Y tú —dijo señalando a Pedro—, mantente alejado de nosotros.

—¿Por qué irnos con tantas prisas? —insistió Francisca—. ¿Tiene que ver con que hayan expulsado a los moriscos de Castilla?

—¿Cómo?

—¿No te has enterado, padre? Acaban de anunciar que los moriscos tienen que salir de inmediato de Castilla. Y yo me iré con Pedro —aseguró pegándose al campesino.

Lorenzo no supo reaccionar. Cuando se quiso dar cuenta, Pedro ya había subido a su habitación. La cabeza de Lorenzo bullía, incapaz de centrarse en una sola cosa. Temía que Rodrigo Calderón pudiera ponerse tras su pista. Temía incluso que lo hubieran seguido hasta allí y que los hombres de aquel ministro corrupto y asesino estuvieran a punto de entrar por la puerta. Temía también la relación de Francisca con un morisco, pero, si lo que había entendido era cierto, tal vez le sirviera para dejar Madrid sin levantar demasiadas sospechas. Corría otros riesgos, sí, pero al menos tendría una posibilidad. Se decidió a subir y hablar con el campesino. Cuando se asomó a la habitación que ocupaba, Pedro Cano se echaba ya al hombro lo que podía llevar. Tenía la capa puesta, camisas, calzones y algún bulto atados de cualquier modo. Una faltriquera con los pocos dineros que tenía se ataba a la cintura, oculta bajo las calzas.

—¿Te vas? —preguntó sin más a Pedro.

—¿Qué más os da? —dijo con tristeza el morisco.

—Sólo quiero saber si es cierto.

—¿Dónde vivís que no os habéis enterado? Expulsan a los moriscos de Castilla, tal como ya han hecho en Valencia, en Andalucía, en Granada... Nos obligan a dejar la tierra que amamos, la que conocemos y nos ha dado de comer. Y a la que nosotros hemos alimentado a base de sudor y llagas en nuestras manos. Pero ¿qué más os da? —concluyó mientras se dirigía a la puerta.

Lorenzo lo tomó del brazo, ante el asombro del morisco. Siempre habían tenido una mala relación, no se podía esperar otra cosa. Pero ahora, Lorenzo Ferrer veía en la huida de Pedro una esperanza. No podía dejar escapar una oportunidad como ésa.

—¡Espera un momento, Pedro! Escucha, sé el cariño que sientes por mi hija, no hay más que mirarte a los ojos para darse cuenta de ello. Estoy en peligro y, como consecuencia, ella también lo está. —Lorenzo hablaba atropellado, intentando convencer al campesino de lo inconcebible—. Debemos escapar de Madrid, poco importan ahora los motivos. Permite que vayamos contigo, nadie sospechará si te acompaño. Creerán que somos moriscos, como tú; tal vez hermanos, o incluso que Francisca y tú estáis casados —comentó mientras tragaba saliva—. Y quizá juntos podamos evitar algunos peligros que pueden esperar en el camino. Tengo dinero, suficiente para que todos vivamos mucho tiempo...

Pedro Cano lo miraba receloso. Durante dos años había desconfiado de aquel hombre que siempre lo había tratado mal, siempre pensó que manejaba algún negocio turbio. Que ahora deseara por todos los medios abandonar Madrid, incluso en compañía de un morisco, aun cuando pudieran tacharlo a él mismo de serlo con todo lo que eso conllevaba, no hacía más que confirmar sus sospechas. Pero en ese momento Francisca apareció con su hatillo bajo el brazo, con las telas colgando por los lados, a punto de caer todas al suelo, dispuesta a huir con él. Pedro no podía dejarla en peligro.

—¿Adonde quieres ir? —le preguntó a Ferrer.

—A Blanca. Es un pequeño villorrio de Murcia, en el valle de Ricote —respondió éste.

—Está bien —cedió al fin—. Date prisa en coger tus cosas. Pero has de saber que, si puedo, no me haré a la mar. Haré cuanto pueda por casarme con Francisca, y no podréis hacer nada por evitarlo.

Lorenzo Ferrer no se lo hizo repetir dos veces.

—Hija —dijo mirando a Francisca—, escribe a tu madre de inmediato. Dile que nos reuniremos en Blanca, que parta cuanto antes y nos espere allí.

Se perdió en su habitación y, mientras recogía sus trastos, Francisca miró a Pedro.

—¿De verdad nos vamos a ir contigo? —Su voz sonó incrédula.

—Sí —contestó él sin poder evitar una sonrisa—. Lejos... hacia el sur.

* * *

Francisco llevaba demasiado tiempo envuelto en los asuntos de la corte como para no hacer nada cuando quedó al descubierto que Fray Aliaga, su hijo y Juan de Acuña, al que tanto debía y al que, a su vez, había alzado una vez tuvo poder para ello, se habían aliado para presentar un frente común contra él. Comenzó a pensar en el futuro, cosa que no hacía desde que Felipe III heredó la corona. Tenía claro lo que debía hacer; ya lo había hecho antes, e intentó ganarse al heredero. Así logró que se

le nombrara ayo del príncipe, así como su mayordomo. Pero no tardaría mucho tiempo antes de que la Casa del príncipe se rebelara como un nuevo foco de oposición.

Un tiempo después, Margarita se afanaba por dar nuevamente a luz. Eran las once de la noche del veintidós de septiembre. El parto resultó muy fácil y, antes de que llegara la medianoche, un nuevo infante había llegado al mundo. Un niño fuerte y hermoso. Aquella noche se prepararon luminarias y hubo repiques de campanas. Los caballeros del reino se preparaban para hacer una fiesta el día del bautismo. Francisco recibió la noticia en su casa de Madrid, situada junto al monasterio de las Descalzas Reales. La ciudad se preparaba para una nueva fiesta durante el bautismo del infante, al que llamarían Alonso.

Fue tan bueno el parto que, a los dos días, la reina enviaba a la comadrona para que atendiera al parto de la duquesa de Feria. Pero cuatro días después de dar a luz, las cosas comenzaron a ir muy mal.

Margarita comenzó a purgarse con normalidad, pero pronto se vio que la hemorragia no remitía. Perdió el conocimiento durante varias horas. Los médicos la sangraron y la trataron con varios remedios, pero ninguno de ellos parecía dar resultado alguno. Se empezó a temer por su vida. Algunas voces empezaron a decir que, tras haber tenido otros partos sin demasiados problemas, lo que le estaba ocurriendo no era natural. Algunos cuchicheos hablaron de envenenamiento. El jueves veintinueve de septiembre quedaban pocos que pensarán que pudiera recuperarse. Madrid entero se volcó en los ruegos por la salud de la reina. Las iglesias sacaron el Sagrado Sacramento en procesión, así como a la imagen de Nuestra Señora de Atocha. La gente se agolpaba en las calles a su paso, rogando a la Virgen que sanara a Margarita. Las lágrimas y los ruegos se alzaron hasta los cielos.

La Virgen pareció escuchar las oraciones y Margarita mejoró levemente. Lo justo para recibir los sacramentos. Ese día pidió ver a fray Aliaga. Cuando el fraile llegó a la cabecera de la cama apenas pudo reconocerla. Estaba pálida, cualquier rastro de color en su rostro parecía ser un mero recuerdo. Los ojos estaban hundidos en sus cuencas, perdidos todo el brillo. Al empezar a hablar, fray Aliaga hubo de acercarse a los labios, exangües, y esforzarse por entender lo que decía Margarita, que de ser una mujer hermosa se había convertido en el breve suspiro de una belleza soñada.

—Fray Aliaga... Bien sabe Dios cuánta es mi alegría al veros... —Cada palabra pronunciada era poco más que un susurro, entorpecido por siseos y por el esfuerzo que hacía la reina al respirar.

—Majestad, he venido tan pronto como me llamaron.

—Os creo, os creo... En realidad, sólo en vos puedo confiar ahora... Ahora que mi vida se apaga.

—No digáis eso, mi señora. Confiad en Dios. Él todo lo puede —comentó el fraile en un vano intento de animarla.

—Sí, Él lo puede todo... y ahora me llama a su lado. Ahora, que tan cerca estaba

de... lograr mi propósito... —La reina calló durante unos instantes, intentando recuperarse del esfuerzo que estaba realizando. Cuando retomó la palabra, su voz era aún más débil que al principio—. Fray Aliaga... debéis jurarme ante Dios que haréis todo lo posible por... detener a aquél que tiene al rey en su mano... aquél que ha plagado la corte de corruptelas y negocios fraudulentos, llevando a los reinos de mi esposo a la ruina. Sólo vos podéis hacerlo, yo ya no podré...

—Haré cuanto esté en mi mano, majestad; pero ¿no deberíais ser vos misma quien cumpliera ese propósito?

—Escuchad, fray Aliaga... —dijo Margarita con un esfuerzo supremo—, prestad atención, pues no parecéis... entender que me muero, o tal vez no queréis entenderlo... Creo que no es de Dios esta enfermedad que sufro, sino que la mano del hombre está tras ella... Pienso que han podido envenenarme de... de algún modo, tal y como creemos que intentaron hacer... con vos el pasado verano. No contaréis, pues, más con mi... protección y ayuda... ¿Confíaís plenamente en... Uceda? Al fin y al cabo, es hijo del mismo diablo...

—Sí, mi reina. Confío en él.

—Bien está entonces... Fiaos también del marqués... de Velada. Juradme ahora, ante Dios, que no descansaréis hasta... ver la caída del duque de Lerma. Es la última orden que os da vuestra reina...

Fray Aliaga contempló aquellos ojos vacíos de toda vida, casi traslúcidos, en los que las lágrimas comenzaban a formarse y caer con lentitud, como si recorrieran el real rostro apenadas por la despedida de Margarita. El fraile solo pudo asentir ante la petición de su reina.

—Así lo haré, majestad, tal como es vuestro deseo.

—Bien... Bien... Confío en vos entonces... De ese modo tal vez quede algo para mi hijo cuando... herede el trono de su padre. Sí, es un pensamiento alentador...

Margarita se quedó dormida tras el esfuerzo y fray Aliaga salió lentamente de la cámara real. No pensaba defraudar la confianza que habían depositado en él.

El día tres de octubre murió la reina, y por tres días tañeron las campanas anunciando su partida a los cielos. El rey se encerró en su aposento y no permitió que nadie, excepto Francisco, Cristóbal y Rodrigo Calderón entraran a visitarlo. Se declaró luto en todos los reinos; tanto los caminos como las calles de las ciudades, y hasta del menor de los pueblos, se vistieron de negro. Margarita había muerto sin llegar a cumplir los veintisiete años, tras cruzar media Europa y sentarse en el mayor trono del mundo. Llegó a él con quince años y lo abandonaba once años y ocho hijos más tarde.

Había sido la mayor enemiga del valido real, siempre buscando modos de atacarlo, siempre atenta a la menor ocasión para ocasionarle problemas. Ahora que había muerto, Francisco se había deshecho de su mayor rival. La Casa de la reina fue desmontada, pues ya no tenía razón de ser. Su mayordomo mayor obtuvo permiso para abandonar la corte. La mayoría de las damas de la reina fueron recolocadas en

las casas de las infantas, y Francisco, que era mayordomo mayor del príncipe Felipe, quedó a cargo también de éstas. Colocó a su hermana Catalina en la mejor posición posible para dirigir a las infantas y al príncipe, pues se le encargó la crianza y guarda de todos ellos, ocupando así el puesto que hasta entonces ocupara la reina. Pero si con todas esas disposiciones Francisco creía que habían quedado atrás todos sus problemas, estaba equivocado.

Los comentarios en contra de Rodrigo Calderón no cesaban. Al contrario, iban en aumento. Corrió el rumor de que había conspirado contra la reina, e incluso que había organizado su asesinato, pero nada de eso se investigó y el asunto quedó en simples cuchicheos que pasaban de unos oídos a otros. La presión sobre él se hizo tan insostenible que tuvo que ser alejado de la corte. Se le envió como embajador a Venecia. Francisco se quedó así sin uno de sus mayores apoyos.

Poco después, multitud de sátiras y críticas aparecieron en contra del propio duque de Lerma. En ellas se le llamaba «archiduque Lerma», se hablaba en contra de su forma de vestir, siempre ricamente, siempre adornado con las joyas y galas que le regalaban aquellos cortesanos que permanecían cerca de él, intentando obtener su favor para satisfacer así sus propios deseos. Se inventaron un lema para el duque: «Todo para mí».

Fray Aliaga comenzó a moverse siguiendo los deseos de Margarita. Desde entonces en adelante, nada sería fácil para Francisco de Sandoval.

Capítulo XXXVI

Habían llegado al valle de Ricote. No fue un viaje fácil, dieron muchas vueltas y cambiaron mil veces de dirección en un intento por evitar a los bandidos que acechaban a los miles de moriscos que abandonaban Castilla. Tuvieron que hacer fuertes pagos y la faltriquera de Lorenzo perdió peso con cada moneda. Viajaron de noche, ocultándose del sol como buenamente podían; sin encender nunca un fuego, arrecidos y sin encontrar más abrigo del intenso frío del invierno que sus cuerpos uno contra el otro. Lorenzo, preocupado por los que pudieran estar siguiéndoles; Pedro, intranquilo por lo que les estuviera esperando mas adelante; Francisca, ilusionada por estar junto al hombre al que había decidido entregarse.

Entraron un atardecer en una pequeña cabaña que se usaba cuando los rebaños triscaban los campos, ateridos y calados hasta los huesos por el aguacero que estaba cayendo. Por primera vez en semanas se animaron a encender fuego. Todos durmieron pegados a los rescoldos.

A la mañana siguiente, Lorenzo y Francisca descendieron las lomas en dirección a Blanca. Pedro se vio obligado a permanecer en la cabaña; ninguno de ellos quería problemas si llegaban a sospechar que se trataba de un morisco.

Juana se alegró al verlos entrar en la casona y corrió a abrazarlos. De inmediato quiso saber qué ocurría, pues cuando se habían marchado a Madrid habían acordado que Lorenzo enviaría una carta en el momento en que dispusiera de información que pudiera comprometer a Rodrigo Calderón o al duque y que mientras tanto no mantendrían ningún tipo de contacto para evitar que algún servidor de Calderón pudiera interceptar sus mensajes en caso de estar siendo espiados; si llegaba a darse el caso de que ocurría alguna desgracia era Francisca la que viajaría. Por eso estaba preocupada, sabía que algo había ocurrido. Se echó a los brazos de su hija, mirándola a los ojos mientras la apretaba con fuerza una y otra vez. Se abrazó también a Lorenzo. Los notó cambiados, delgados y secos como una caña, agotados, con grandes ojeras. Antes de que dijeran una sola palabra, los llevó junto al hogar encendido y les puso en la mano una escudilla con caldo caliente. Cuando empezaron a sorber la sopa, Juana comenzó a preguntar. Entonces fue cuando Lorenzo narró toda la historia. No había querido contársela ni siquiera a Francisca, aunque allí, al fin a salvo y junto a un buen fuego, sus inquietudes comenzaron a desvanecerse.

Les contó cómo había logrado obtener cientos de ducados de manos de Rodrigo Calderón, dineros de los que aún conservaba una parte importante y que había ocultado cerca de la cabaña mientras Pedro dormía. Cómo vez tras vez conseguía engañar a Calderón para postergar su estafa, cómo había logrado entrar en el despacho y revolver en los legajos sin encontrar nada que pudiera servir a sus fines, cómo había sido testigo de una conversación en la que se hablaba sobre asesinar a la

que sospechaba que era la reina, cómo se había asustado al comprender que realmente habían intentado darle muerte a través de un asesino, cómo, poco más tarde, Rodrigo Calderón le había pedido ayuda para encontrar veneno, cómo, debido a eso y para evitar verse presionado y desenmascarado, habían tenido que salir a toda prisa de Madrid y cómo, finalmente, se habían enterado de la muerte de la reina.

Francisca cabeceaba junto al fuego, más dormida que despierta, y Juana tomó a su marido de la mano y lo sacó de la casa. Cuando estuvieron solos habló sobre todo aquello.

—¿No has logrado entonces nada que pueda comprometer al Sandoval? —Pedro negó con la cabeza y Juana lanzó un bufido—. Entonces tendrá que valer tu palabra.

—¿Cómo?

—Que tendrá que valer tu palabra. Fuiste testigo de cómo se urdía el asesinato de la reina. Los que hablaban de ello eran los principales enemigos de Margarita. El rey te escuchará.

—Estás loca... jamás podré ni acercarme al rey. ¿Quién va a escucharme? No soy nadie, llevo años haciéndome pasar por alguien que no soy, un capitán de barco. Tan pronto como me acerque a denunciar el caso me encarcelarán; o mucho peor: me mandarán a galeras por mentir en contra del valido del rey. De nada serviría que Baltasar defendiera mi causa. No, Juana. No voy a decir nada de lo que escuché. Puedes quitártelo de la cabeza. Tal vez odies a Francisco de Sandoval con toda tu alma, pero espero que no lo bastante como para ponerme a mí en peligro.

—Es verdad. No puedo hacerte eso. Pero sí podemos sacar provecho de esto, Lorenzo —concluyó con una sonrisa salvaje.

—¿En qué estás pensando?

—Ya te lo diré. Ahora hay algo que me preocupa más... ¿Quién es ese Pedro que os ha acompañado?

* * *

La noche había pasado. Nació un nuevo día, el sol alcanzó el cenit y hacía tiempo que había comenzado a bajar de nuevo sin que Francisca o Lorenzo regresaran, y Pedro estaba cada vez más inquieto. Al menos había podido comer un poco de queso acompañado de pan duro y unas tiras de cecina, pues no se habían llevado el morral de comida cuando partieron hacia Blanca. Llevaba horas sentado junto a la cabaña, escrutando el camino por el que se habían marchado. Comenzaba a pensar que no volverían tampoco esa noche cuando le pareció distinguir al fondo una figura moviéndose. Tuvo que pasar un tiempo para comprobar que era una mujer joven, y mucho más aún para darse cuenta de que no era Francisca.

La muchacha caminaba a toda prisa, y cuando aún estaba lejos se dirigió a él en un grito casi sin resuello. A Pedro le costó entender las palabras.

—¡Date prisa! ¡Date prisa!

Soltó una retahíla que Pedro no alcanzó a descifrar, pero, asustado, se puso en pie de un salto.

—Date prisa —urgió la muchacha cuando estuvo más cerca—. Han avisado a la Inquisición. ¡Vienen a por ti!

Él no reaccionaba. No podía haber recorrido media península para acabar a manos de la Inquisición. ¿Y qué pasaría con Francisca?

—¡Pero espabila, hombre de Dios! —espetó al llegar a su lado.

—¿Quién? —preguntó cuando al fin los pensamientos se abrieron camino en su mente—. ¿Quién la ha avisado?

—Fue Juana —respondió ella sujetándose un costado—. Lorenzo no quería, pero ella insistió. Esta mañana salió temprano. Los escuché hablando de ello cuando Francisca aún dormía. No tardarán en venir. Quise avisarte antes, pero no he podido. ¡Tienes que venir conmigo!

—¿Y quién eres tú?

—María. Soy amiga de Francisca. La quiero como a una hermana. Juana no permitirá que se case contigo. —La hija del pastor hablaba a toda velocidad, atropellándose con las palabras. Mientras soltaba todo aquello, manoteaba y mostraba unos dientecillos pequeños como los de un ratón. No podía ocultar su nerviosismo.

—¿Dónde quieres que vaya?

—Te esconderé en lugar seguro. Cuando escuché a su madre subía con el rebaño y no he podido escaparme hasta ahora. Pero he estado vigilando el valle. Sé que Juana regresó hace poco y la Inquisición debe seguirle los pasos. Conozco bien estos riscos. Puedo esconderte, ¡pero tienes que acompañarme ya!

—¿Y Francisca?

—A ella le diré dónde estás cuando el peligro haya pasado. No querrás que puedan capturarla también, ¿verdad? Por lo que me contó anoche, eres un buen hombre, y ella te ama. La única forma en que podrías volver a verla es confiar en mí. ¡Vámonos! —exigió volviendo a echar una mirada temerosa en dirección a la mancha blanca de las casas que se veían al otro lado del Valle.

—No va a venir, hija.

Juana se arropaba del frío tapándose con una manta. La mañana estaba avanzada, pero el cielo nació encapotado y gris, la niebla remoloneaba a aquellas horas entre las peñas. Juana, a su lado, cerró los labios con fuerza. No contestó.

Pasaron dos horas más de pie, con Juana cada vez más inquieta; Francisca con la cabeza más hundida entre los hombros. Juana se acercó a su hija y la abrazó echándole un extremo de su propia manta por encima.

—Los hombres son así. Te prometen la luna, te dicen que jamás te abandonarán, pero cuando algo los pone en peligro corren como ratas en una inundación. Lo sé

bien —soltó con un suspiro—, yo pasé por algo parecido antes de que tú nacieras. Te ha dejado —aseguró apretándola contra su cuerpo mientras Juana se encogía y empezaba a llorar—. Escucharía que llegaba la Inquisición y se marchó. No lo culpo: quedarse podría significar la muerte. Ya, hija... Ya... —Le acarició la cabeza—. Lo mejor es que lo olvides.

—¡Nunca podré hacerlo!

—Oh, ya lo creo que podrás, hija... Eres joven, y hermosa. No tardarás en conocer a otro hombre que ocupe tu corazón. —Tú no lo entiendes, madre. No podré olvidarlo. Su hijo crece en mi interior. Pronto seré madre. Y estoy segura de que cada vez que vea a ese niño recordaré a su padre.

Francisca se separó de su madre y se alejó unos pasos, yendo a sentarse junto a un tocón. Allí tomó un saco cercano y se lo echó al hombro.

—Estoy lista. Podemos irnos. —Se giró para mirar al pueblo de Blanca, que se veía en la lejanía—. Sólo lamento no haber podido despedirme de María. No volveré a verla... Jamás volveré a Blanca.

Echó a andar y se acercó a Lorenzo, que había permanecido taciturno y silencioso durante toda la mañana. Francisca palmeó el morro del borriquillo que llevaría sus bultos y tomó la senda, dejando atrás a sus padres.

Cuando Juana llegó donde la esperaba Lorenzo, tenía los ojos enrojecidos y llorosos.

—Llevabas razón —le dijo a su esposo—: tal vez haya cometido el peor error de mi vida.

* * *

El hábito blanco de fray Aliaga avanzaba, cubierto por la oscura capa que completaba la indumentaria del dominico, por el Patio de los Reyes, junto a la basílica de El Escorial. Acudía a la llamada del rey, quien deseaba hablar con su confesor y su favorito, si bien Francisco se había excusado por estar sufriendo un fuerte ataque de esquinencia. Las estatuas de seis de los reyes judíos, con David y Salomón en el centro, observaban el caminar pausado del monje. Fray Aliaga subió la amplia escalinata, dejó atrás las torres y el atrio y cruzó el llamado templo pequeño, encaminándose con calma hacia la capilla mayor. No prestó atención a las bóvedas de crucero, ni a los cuatro pilares centrales, ni tampoco a la cúpula. Tenía otras cosas en las que pensar. Cuando al fin llegó al altar, hizo una genuflexión y se persignó mientras rezaba una rápida oración. Al concluir, el rey, que lo esperaba arrodillado frente al retablo, le pidió que se le uniera en sus oraciones. Pronto haría un año de la muerte de Margarita.

Ambos hombres se sumieron en sus ruegos. Algún tiempo después, un breve suspiro de paz exhalado por parte de Felipe indicó al fraile que había concluido y lo estaba esperando. Aliaga se dio prisa por terminar el Ave María que se dibujaba en sus labios. Se pusieron en pie y comenzaron a caminar por la planta del templo, completamente vacío.

—Estoy preocupado, fray Aliaga.

—¿Puedo preguntaros cual es el motivo de vuestra inquietud, majestad?

—Nada parece ir bien —dijo con desolación el rey—. Aunque las guerras han cesado, los problemas económicos siguen acuciándonos; muchos creen que la corte es un nido de corrupción... Intento seguir los consejos de aquellos en los que confío, pero en los últimos tiempos incluso eso parece estar fallando.

—¿Acaso no confiáis en mí, señor? —inquirió el fraile con voz compungida.

—¡Sí! Sí, fray Aliaga, por supuesto que sí confío en vos. Pero también confío en don Francisco, y vuestros pareceres, creo, están lejos uno del otro —concluyó Felipe, cansado.

—Eso no debería preocuparos, majestad. Ya lo dijo el sabio rey Salomón: la sabiduría se esconde en la multitud de consejeros. Es conveniente que podáis escuchar distintas opiniones, diversos modos de llevar a cabo propósitos distintos. Sólo así podréis discernir el camino que más os conviene.

—Tal vez llevéis razón, pero es un trabajo agotador... y a menudo sucede que ambas opiniones me parecen acertadas, cada una en su lugar y con beneficios e inconvenientes.

—Nadie dijo nunca que el oficio de ser rey resultara fácil, majestad —comentó con ligereza el fraile, comenzando a llevar la conversación hacia su terreno.

—Quien lo hiciera sería un necio —replicó Felipe, ahora de mal humor.

—No en vano, majestad, Dios elige a aquellos hombres sobre los que debe recaer el peso de la Corona.

—A veces pienso, fray Aliaga, si no se equivocaría Dios en su elección...

—Él no comete equivocaciones, majestad. Sólo nosotros lo hacemos. Y es entonces cuando nuestra conciencia nos atormenta por nuestros hechos y palabras. Decidme, ¿os acusa vuestra conciencia en la soledad de vuestra cámara, cuando ya nadie os ve, por las decisiones que habéis debido tomar en vuestra labor real? No olvidéis que soy vuestro confesor —añadió el fraile con una sonrisa pacífica.

—No, fray Aliaga. Mi conciencia no me trastorna, ni turba mi sueño. Aunque, en ocasiones, me pregunto si realmente tomo las decisiones acertadas. Me gustaría estar seguro de no equivocarme en aquello que emprendo.

—Sólo hay un modo de acallar esas preguntas, majestad —afirmó el fraile cuando llegaban ya a la puerta de salida de la basílica—: vos mismo decís que, en ocasiones, no sacáis nada en claro de las opiniones de vuestros consejeros, ni siquiera de los más allegados. Bien está entonces. Dejad de lado a los consejeros, sin importar quiénes sean, vuestra relación con ellos ni el cariño que les tengáis. Tomad vuestras propias

decisiones, de acuerdo a vuestras opiniones y tras meditar profundamente en ellas. Ésa es, majestad, la única manera de actuar en conciencia. Permitid que sea vuestra propia voz la que se oiga, y no la de hombres que sólo buscan su propio beneficio. Al fin y al cabo, éstos no fueron señalados por el Dedo Divino —terminó el fraile.

* * *

Francisco se puso hecho una furia tan pronto como conoció todo aquello. Caminaba por su cámara privada ante la mirada atenta de su hermana, que asistía preocupada a su ataque de ira.

—¡Lo que está haciendo ese maldito fraile es inconcebible!

—Cálmate. Bien sabes que el rey jamás seguirá su consejo. Está demasiado acostumbrado a que tú tomes las decisiones como para cambiar ahora su actitud. Créeme, hermano.

—No estoy tan seguro como tú, Catalina. Algo está cambiando en la corte. Ese... fraile —dijo escupiendo las palabras— está revoloteando día y noche junto a Felipe. Y mi hijo se ha aliado con él, ¡en contra de su propio padre! ¿Puedes creerlo?

—No debería sorprenderte tanto. Ya hace años que se convirtió para ti en una fuente de problemas continuos.

—¡Ja! —rió con sarcasmo—. Y él, que siempre se quejaba de que no le mostraba mi confianza, ahora que delego en él las audiencias y recepciones actúa como si no le importara lo más mínimo. Se levanta pasado el mediodía y no presta atención a documentos ni misivas —terminó de decir entre aspavientos.

Catalina siguió atenta a lo que decía su hermano; sabía que necesitaba desahogarse y, ante todo, un consejo, aunque no creía estar a la altura.

—¿Puedo preguntarte por qué has dejado de dar audiencias, Francisco?

—¿Y qué querías que hiciera? —preguntó a su vez, volviéndose bruscamente hacia ella—. Necesito evitar que todas las miradas estén sobre mí, es el único modo de librarme de las críticas permanentes de aquellos que buscan mi caída a cualquier precio. ¿No lo entiendes? Ahora, cuando al fin necesito a mi hijo, éste me da la espalda actuando con desidia...

Catalina mantuvo el silencio durante un tiempo mientras Francisco observaba desde una ventana cómo continuaba la vida en las calles madrileñas, ajenas a sus problemas. Cuando Catalina se decidió a hablar, lo hizo con firmeza:

—Tal vez escudarte tras tu hijo no sea suficiente. Nuestra familia descende de una estirpe de afamados religiosos. —Francisco se volvió de nuevo a mirarla, frunciendo el ceño sin entender lo que quería decirle. Cuando lo advirtió, terminó de decirlo que pensaba con una sonrisa enigmática—. ¿Nunca has pensado seriamente

en vestir de rojo, hermano?

Capítulo XXXVII

Cierto era que Cristóbal había atendido en un principio sus nuevas obligaciones con desidia, pero pronto advirtió que eran una bendición caída del cielo. Su padre estaba desaparecido para la corte, no hablaba con nadie ni recibía a personaje alguno. Alguien tenía que ocuparse de las embajadas y servir al rey como intermediario entre la Corona y los cortesanos, y habían delegado en él esa responsabilidad y privilegio. Comenzó a obtener lo que tanto tiempo llevaba deseando: un peso político difícil de igualar. Había además otro asunto que lo unía a Felipe III, un vínculo que los hacía entenderse un poco mejor: ambos habían quedado viudos siendo hombres jóvenes y con unas pocas semanas de diferencia.

Muchos comenzaron a ver que, si bien el duque de Lerma seguía siendo la mano derecha del rey, el de Uceda se estaba convirtiendo en la izquierda. Hubo voces que empezaron a decir que el rey trataba a Cristóbal con gran familiaridad, y que incluso hablaban de asuntos personales y secretos. Francisco volvió a darse cuenta de que su posición era cada vez más débil cuando intentó actuar a fin de mantener la ascendencia que ejercía sobre Felipe III. Una mañana de nubes claras y altas se dirigió a ver a Juan de Acuña, confiando en que su antiguo amigo lo ayudara en esa ocasión.

—Don Juan, vengo a pedir el inicio de una investigación.

Francisco habló confiado, intentando no recordar que Juan de Acuña había dejado de ser un amigo para pasarse al bando contrario, procurando que escuchara su petición sin oponerse a ella. Lo visitaba en su casa, situada en la plazuela de San Salvador.

—¿Una investigación? —preguntó Acuña extrañado—. ¿A quién?

—A fray Luis de Aliaga —contestó sin preámbulos—. Sé que no será de vuestro agrado, pero es necesario que la hagáis.

—Ciertamente, no es de mi agrado. ¿Puedo preguntar a qué se debe que deseéis investigarlo?

—Creo que no actúa de buena fe con el rey.

—Eso es una falsedad. Luis de Aliaga es un hombre honorable que hace cuanto puede por el bien del rey y de sus reinos —replicó Acuña con dureza.

—Es una opinión que no comparto, don Juan, y tengo mis motivos para solicitaros que iniciéis esa investigación —insistió Francisco cada vez más ofuscado.

—En ese caso, tendréis que ser más explícito y hacerme partícipe de esos motivos que comentáis —continuó, pertinaz, Acuña.

—Me temo que tendréis que fiaros de mi palabra, don Juan. Durante muchos años hemos sido amigos y hemos colaborado juntos. Creo que merezco esa confianza.

—No dudo de vos, excelencia. Pero mientras no disponga de una base sobre la

que iniciar una investigación, me niego a proceder a ella. Más aún cuando la persona en cuestión se trata de alguien de mi entera confianza y, más aún, de la confianza del rey.

—En ese caso, deja de ser una petición para convertirse en una orden. Debéis iniciar las indagaciones que os indico.

La voz del duque se había vuelto dura, acerada. Era evidente que Acuña lo había abandonado definitivamente. Juan debía creer que no había obtenido todo cuanto pensaba que merecía de manos de Francisco y había tomado partido por el bando contrario. Lo único que le quedaba al duque era hacer gala de su poder. Pese a todo, no estaba preparado para la respuesta del que antaño fuera su amigo. Acuña lo miró fijamente a los ojos, se atusó la perilla y, confiando en su nueva posición y en la influencia de sus nuevos protectores, no dudó al replicar.

—Lo lamento, excelencia. Me niego a iniciar una investigación, pese a vuestra orden, si no dispongo con antelación de motivos que den lugar a ella. Es mi última palabra. Si no estáis de acuerdo con ello, dirigíos al rey.

Francisco abandonó la casa más triste que furioso. Tal como había dicho Juan de Acuña, sólo le restaba por hacer una cosa: dirigirse al rey. Quizá había perdido importancia política, pero no influencia sobre Felipe. Gracias a eso pudo convencerlo de que enviara a todos los Consejos y ministros una misiva recordándoles que debían obedecer las órdenes que provinieran del duque de Lerma como si fueran las del propio rey.

Los Consejos quedaron atónitos al recibir la nueva misiva real, pues nunca había ocurrido que alguien desobedeciera al duque, pero, en definitiva, aquello fue la primera muestra pública de que Francisco ya no tenía el poder absoluto. Tal vez por ese motivo, el duque comenzó a hablar en sus círculos más íntimos del deseo de ser nombrado cardenal, tal como le había aconsejado su hermana.

Por su parte, Felipe seguía teniendo una vida placentera, olvidándose de las preocupaciones y dedicando su tiempo a disfrutar cuanto fuera posible. Salía a cazar en pleno verano hacia las cuatro de la tarde por los bosques de El Escorial, cuando el sol era más fuerte, y se entretenía en las arboledas hasta pasada la media noche. Solía comer fiambres mientras estaba en el campo, y cuando regresaba pasaba el resto de la noche jugando a las cartas. Hacía un tiempo que el rey no visitaba Lerma, pero se detuvo allí a descansar en el viaje a Burgos con motivos de la boda de su hijo. Junto a él viajaba Francisco y ambos conversaban sobre la guerra que había estallado en el norte de Italia.

—Bien sabéis, majestad, cuál es mi opinión sobre este asunto. Creo que nuestra posición es más débil de lo que debería. Saboya tiene algunos aliados; nosotros, ninguno. La necesidad de una salida negociada no es un capricho, es una necesidad impuesta por la falta de fondos.

—Pero debéis reconocer que poco podemos hacer en ese sentido si Carlos Manuel continúa con sus pretensiones. Además, no podemos permitir que el duque de

Saboya muestre una actitud tan arrogante, ni que amenace con sumirnos en una guerra contra todo el norte de Italia.

—No niego que el asunto sea de importancia, desde luego. Y estoy seguro de que una derrota en este conflicto tendría consecuencias nefastas, pues habría muchos Estados que intentarían aprovecharse de la situación. Precisamente por eso, majestad, es por lo que debemos evitar a toda costa involucrarnos en una nueva lucha armada. Vuestros reinos siguen convalecientes tras los años de guerra en los que han estado envueltos desde el reinado de vuestro padre. Es por tanto vuestro deber atender a su recuperación antes de mezclaros en una nueva guerra.

El carruaje en el que viajaban ascendía ya las cuestas de Lerma y, como siempre, el rey se asombró ante la cantidad de construcciones que había en marcha y la velocidad a la que éstas se levantaban. Olvidando el asunto que les preocupaba, comenzó a hablar sobre lo que veía.

—¡Ya habéis concluido los trabajos del arco! —exclamó el rey recordando la última vez que estuvo en la villa.

Avanzaban bajo la gran puerta que se había ampliado poco antes. El cochero giró a la izquierda, dirigiéndose hacia la plaza en la que se encontraba la iglesia de San Pedro. Toda ella estaba en obras.

—Mi tío, el cardenal de Sevilla, me indicó hace tiempo que la villa cabeza de mis posesiones debía tener una iglesia mayor que esta —señaló mientras abarcaba con un gesto el edificio que se levantaba a su lado—. Estamos ampliándola.

»El edificio que habéis visto cuando llegábamos, frente a la puerta de la hería, es un nuevo monasterio para los frailes dominicos que, como sabéis, están ahora alojados en las casas a las que ya empiezan a conocer como «de los abades».

»Además, podréis ver que, junto al palacio, he dado inicio a la construcción de un nuevo convento, el de San Blas, que se sitúa en los terrenos que antaño ocupaba el muro y los fosos derruidos hace unos años.

Llegaban a la enorme plaza ducal, la más grande que los reinos hubieran conocido. El semblante del rey se fue oscureciendo a medida que se acercaba a ella y observaba a través de la ventanilla del carruaje. Al poner pie en tierra, se quedó mirando ceñudo al palacio sin prestar atención al convento de San Blas, que comenzaba a levantarse a su derecha.

—Francisco, vuestros trabajos en esta villa son impresionantes, pero ¿no creéis que tenéis un poco abandonado vuestro palacio? —preguntó mientras señalaba el edificio que se levantaba frente a ellos.

La casa que antes fuera antiguo castillo era por entonces un edificio desigual, todavía mostrando dos de los añejos cubos que habían servido como torres. Anexo a este edificio se levantaba la nueva construcción, que resultaba algo más baja que la anterior.

El aspecto de la casa era el de haber sido levantado sin orden ni concierto, como si se hubieran edificado varias viviendas unidas por muros, pero cada una de ellas

siguiendo unas trazas completamente diferentes.

—Lleváis razón, majestad. He estado en los últimos tiempos más dedicado a edificaciones religiosas y al embellecimiento de la ciudad que a mi propia casa. Lo cual, debo añadir, es imperdonable, puesto que ella debe albergar vuestra persona y realeza. Mas esto ya está cambiando. En abril firmé un nuevo contrato con los constructores y éstos se han comprometido a concluir las obras antes de cuatro años, siguiendo para ello las trazas realizadas por Francisco de Mora.

—Bien está entonces. Y volviendo a lo que hablábamos... ¿de veras crees que deberíamos seguir intentando negociar con Saboya?

—Estoy convencido de ello, majestad. Logramos la paz con los rebeldes flamencos, con Francia y con Inglaterra... No sería prudente iniciar ahora una nueva guerra. Démosle confianza a Hinojosa. Siempre habrá tiempo para levantar al ejército.

* * *

Se alojaban en la orilla este del Tagarete, cerca del lugar donde vertía sus aguas en el Guadalquivir. La ciudad llevaba unos días revuelta porque había llegado a ella una embajada japonesa que partiría hacia Madrid a ver al rey. Francisca los vio pasar, con sus extraños vestidos y unas curiosas espadas al cinto, las cabezas rapadas y los rostros rasurados. Tan sencillos, tan extraños, tan distintos a todo lo conocido, que enormes grupos de chiquillos, y más de un adulto, los seguía en su pasear por las calles de Sevilla, con la nariz siempre arrugada sin que sevillano alguno pudiera imaginar que el gesto se debía a las calles enlodadas, las basuras acumuladas en las calles y la suciedad que lo cubría todo, hablando un galimatías imposible de entender.

Los Ferrer llevaban casi dos meses en la ciudad. Las noches de viaje fueron lo peor para ellos, pues temían por Francisca, que caminaba en silencio y casi sin comer ni beber. Procuraban detenerse en alguna habitación de las posadas que encontraban en el camino con tal de que descansara y pudiera reponerse. Durante todos los días de viaje hasta Guadix no dijo una sola palabra; sus labios se veían cuarteados. En esas pocas jornadas perdió tanto peso que cuando Jacinto la vio creyó que había enfermado.

Allí la casaron con Jacinto a toda prisa sin que ella pudiera oponerse, con la mirada perdida ante el cura, respondiendo con un «sí» tan lacónico que podría haber sido cualquier otra palabra. No hizo falta convencerla: sabía que Jacinto era la única salida que tenía para el niño que esperaba.

Hicieron noche en Guadix, permitiendo que se consumara el matrimonio, y partieron al alba hacia Sevilla. Allí esperaban desde entonces tras haberle escrito a

Baltasar explicando el motivo de su partida de la corte, dejando la misión que les había encomendado de buscar pruebas contra Rodrigo Calderón. Argumentaron que el ministro había empezado a sospechar, que no había en la casa un solo documento que hablara contra él ni contra el duque y que, ante la posibilidad de ser descubiertos, habían aprovechado el caos que se originó con la expulsión morisca para escapar.

Lorenzo, he procurado regresar a la corte, mas el rey no ha tenido a bien tomar en cuenta las peticiones que le hago desde hace tiempo. A cambio, me envía a Roma como embajador. Dejaré pues la corte del emperador para acudir a la embajada más importante de todas: ante el mismo representante de Dios en la Tierra. Pronto os enviaré nuevas instrucciones. He oído que Rodrigo Calderón volverá a Madrid dentro de poco dejando su embajada veneciana, por tanto, no os acerquéis de momento a la Villa y corte. Sedme fieles y seguiré cuidando de vosotros como hasta ahora.

La carta venía acompañada de un buen puñado de maravedíes. Tan pronto como concluyó la lectura, Lorenzo habló con su mujer:

—Tenemos que desaparecer, Juana. —Ella lo miró inquisitiva—. Llevamos años jugando con fuego. Hemos ganado mucho dinero y hemos perdido otro tanto en huidas y correrías.

—¿Qué quieres decir?

—¡Que ya es hora de que nos plantemos, mujer! Míranos, Juana... Ya no somos niños. Tenemos suficiente como para establecernos en algún lugar, quizá aquí, en Sevilla, o en Córdoba, para evitar que don Baltasar pueda encontrarnos. Con la ayuda de Jacinto podríamos poner en marcha una escribanía, hasta Francisca podría echar una mano...

Juana negaba con la cabeza.

—No, Lorenzo. No. No podemos escapar de los grandes. El pacto que hicimos con el embajador nos ata. Si desaparecemos nos buscará, y dará con nosotros tal como ya hizo hace tanto tiempo, la primera vez que nos encontró. ¿Acaso piensas que después de tanto dinero como ha gastado en nosotros nos dejaría ir sin más?

—Todo esto nos viene grande, Juana... Hemos pagado con creces. Perdimos al pobre de tu hermano —se sentó abatido mientras hablaba—. Francisca es una sombra de lo que fue, toda la vida y la ilusión que veía en sus ojos murió. Estoy cansado de huir, y mientras sigamos el juego del embajador, por mucho que tú desees la caída del Sandoval, no podremos estar seguros. Preguntas si creo que nos dejará marchar después de gastar tanto dinero... Pero, dime: cuando los nobles están dispuestos a segar la vida de una reina, ¿crees tú que alguien preguntaría por la desaparición de una familia de timadores?

Juana seguía negando con la cabeza. Lorenzo se levantó y se acercó a ella. La rodeó con los brazos y la besó con dulzura. Cuando se apartó, una lágrima goteó

sobre el dorso de la mujer, que alzó la mirada para encontrarse con los arrasados ojos del único hombre que se había portado bien con ella.

—Yo me voy, Juana. Quiero que vengas conmigo. Pero, si no lo haces, me iré de todos modos.

* * *

Tal como había anunciado Baltasar, Rodrigo Calderón regresó a Madrid. Francisco porfió para colocarlo en el puesto de Juan de Idiáquez, que estaba muy mayor y atenazado por las enfermedades, al punto de que los médicos dijeron que su debilidad era grande y que cualquier dolencia, por pequeña que fuera, podía costarle la vida. Sin embargo, aunque el rey recibió a Calderón con grandes muestras de cariño, encargó a Cristóbal que atendiera los asuntos que hasta entonces llevaba Idiáquez. De esta manera, Francisco quedó un poco más apartado de Felipe III. Al mismo tiempo, fray Aliaga fue nombrado consejero supremo de la Inquisición.

Los enemigos de Francisco seguían obteniendo victorias, mientras que las hechuras del duque cosechaban fracasos, pues el marqués de Hinojosa no había logrado convencer al duque de Saboya de que atendiera a razones en el conflicto italiano.

* * *

—¿Os habéis enterado?

Rodrigo Calderón comía con fruición sentado a la mesa del duque. Hacía poco que había sido nombrado marqués de Siete Iglesias, título que sumaba al que ya tenía de conde de la Oliva. Francisco lo miró interesado por la pregunta mientras arrancaba el muslo de un capón.

—¿De qué?

—Pedro Franqueza ha muerto en León —contestó Rodrigo mientras cortaba una hogaza de pan.

Francisco se quedó callado un tiempo, pensativo. No pudo disimular su pesar cuando volvió a hablar.

—Es una pena... —comentó jugueteando con un trozo de carne—. Primero Alonso, ahora Pedro. Lamento sobre todo que no le permitieran recibir a sus hijos, ni a su mujer, y ni siquiera mantener correspondencia con ellos... Como suele decirse,

«muerto el perro se acabó la rabia». Siento decirlo, pero hay asuntos que, en estos momentos, me preocupan más; la guerra en Italia, por ejemplo. Al fin y al cabo, Pedro Franqueza y todo lo que tiene que ver con él está ya olvidado por todos.

—Parecís especialmente taciturno hoy, Francisco. ¿Ocurre algo grave? —preguntó Calderón dejando de comer.

—Sí, Rodrigo... hoy todo es grave, me temo —exhaló un profundo suspiro—. Para empezar, no tengo en la corte quien me apoye. Sí, estás tú, pero no dispones de ningún oficio en palacio con el que poder respaldarme. Mi sobrino, en quien confío, está en Nápoles como virrey. Necesito quien me ayude, Rodrigo.

»Y me preocupa, en especial, que Felipe se haya decidido a atacar a Saboya. El duque de Osuna, por su parte, sigue empeñado en atacar a los turcos con su flota, y continúa realizando ataques corsarios en el Levante con el apoyo de mi hijo y el silencio del Consejo de Estado.

»Algunos empiezan a decir que mi deseo de lograr la paz por medio de la diplomacia es una muestra de la debilidad de la Corona. Incluso me acusan de convencer a Felipe de no querer defender sus territorios.

—Desde luego —insinuó Calderón, súbitamente saciado—, Hinojosa no se está cubriendo precisamente de gloria con todo este asunto.

—Dices bien... Él es el responsable del fracaso diplomático. Aunque parece que nadie más se da cuenta de que Francia, pese al próximo enlace de los príncipes, está apoyando a Saboya. En definitiva, el rey ha ordenado que se levante un ejército de treinta mil hombres y que Hinojosa los conduzca cruzando el Sesia para atacar a Carlos Manuel.

—Mal asunto, Francisco. Nada puedo aconsejar sobre esto. Sin embargo, sí puedes encontrar un buen aliado. El marqués de Velada lleva tiempo intentando obtener la grandeza para su casa y siempre se le ha denegado tal posibilidad. Su influencia y experiencia es mucha. Ya sabes que no son pocos los que apoyan todo aquello que él dice.

—Velada... —comentó Francisco con desdén, dejando caer un trozo de pan sobre el mantel—. Siempre me ha sido hostil; aunque hace mucho que no se me opone, no me tiene el menor aprecio.

—Pero sabe, Francisco —dijo, inclinándose hacia él en la mesa—, que sin tu aprobación jamás obtendrá lo que desea. Además, hace años que se le deben los gajes de su oficio como mayordomo mayor. La misma Isabel Clara Eugenia ha escrito al rey en ocasiones aconsejándole que le otorgue el título de Grande. Obtendrías su agradecimiento, lo que sin duda te será de provecho.

Francisco meditó sobre el consejo de su favorito mientras mordisqueaba unas uvas y cuando retomó la conversación terminó por darle la razón.

—No es mala idea. Además, Velada es buen amigo de Aliaga. Si no logramos su apoyo, al menos evitaríamos que apoye a mis rivales.

—No dejes entonces de intentarlo. En cuanto al asunto de Hinojosa... ¿tanto te

preocupa realmente?

—Mucho. Si no encontramos pronto una solución, nada bueno puede salir de todo esto. La verdad es que cuanto antes consiga ser investido cardenal, mucho mejor — resolvió.

Poco después, el diecinueve de septiembre, el marqués de Velada recibía título de Grande. Desde ese momento, a pesar de que llevaba dieciséis años manteniendo una rivalidad encubierta en contra del valido, dejó de mencionarlo, para bien o para mal. Francisco había logrado neutralizar a un enemigo que lo acosaba desde el inicio de su privanza y le restaba apoyos a Aliaga y a Cristóbal.

Era una pequeña victoria. No podía saber que pronto perdería la guerra.

Capítulo XXXVIII

—¡Es inadmisibile, majestad! —Cristóbal estaba fuera de sí tras conocer los términos en los que se había firmado la paz de Asti, unos días antes—. ¿Esto es todo lo que consigue Hinojosa tras dos años de guerra? Con todo el poderío de la nación más importante sobre la faz de la tierra, con todos los hombres y medios a su disposición en contra del duque de Saboya, ¿sólo es capaz de conseguir semejante afrenta?

—La devolución de todos los territorios conquistados a Saboya, majestad... —Fray Aliaga repetía las condiciones del tratado, moviendo de lado a lado la cabeza en señal de incredulidad y enervando aún más el ambiente—. Y, además, ni siquiera se asegura que Carlos Manuel abandone sus pretensiones sobre los territorios de Mantua, dejando esta cuestión para deliberaciones sucesivas.

—En Italia, majestad, incluso se empiezan a cantar coplillas y se hacen chanzas sobre nosotros. —El marqués de Velada hablaba con voz abatida, intentando que sus palabras no causaran problemas a Francisco—. Me temo que todos los enemigos de vuestros intereses en Italia se alzarán ahora contra vos. Al fin y al cabo, si Saboya, un estado pequeño, ha sido capaz de poner en jaque a vuestros ejércitos, ¿qué no podrán hacer otros con más recursos y valor?

—¡Mi reputación por los suelos! —estalló Felipe. El silencio se hizo en la estancia mientras el rey mordía su puño, frustrado por la incompetencia mostrada por el marqués que en tan grave aprieto había puesto a la Corona—. Francisco, fuiste tú quien me aconsejó a tu primo para que ocupara su puesto como gobernador de Milán. ¿Qué tienes que decir de todo esto?

Francisco se mantuvo en silencio durante un tiempo, a todas luces apesadumbrado, sin atreverse casi a levantar la mirada, mientras que su hijo y fray Aliaga sonreían aviesamente.

—Majestad, es cierto que fui yo quien aconsejó a Hinojosa para ese puesto, y bien que me arrepiento de ello a la vista de los resultados. Es evidente que no ha estado a la altura, que os ha fallado a vos, y también a mí, que tan sólo quiero lo mejor para mi rey.

—¿Qué pretendéis, excelencia? —preguntó Aliaga—. Es evidente que Hinojosa no ha estado a la altura, no es necesario que nos lo recordéis con tanta vehemencia... A menos que queráis evitarle la responsabilidad que le corresponde excusándole en su mediocridad.

—Lamento deciros que, en esta ocasión, vuestro juicio no es acertado, fray Aliaga —respondió con fiereza sacudiéndose el desaliento—. Como digo, le ha fallado al rey, y eso no tiene excusa posible. Desde este momento —continuó dirigiéndose a Felipe—, os recomiendo, majestad, que se le destituya de inmediato, arrestándole para que responda de sus actuaciones en todo este asunto. Más aún —siguió mientras

alternaba la vista de su hijo al fraile—, aconsejo que se inicie una investigación sobre su modo de manejar los acontecimientos con tal de esclarecer si actuó buscando el interés de su rey o no. —Aquellas palabras, con las que se desvinculaba por completo del que hasta entonces había sido su protegido, desarmaron por completo a sus rivales, dejándolos sin argumentos para continuar atacándole—. Aunque, majestad... —continuó ahora con un tono humilde y abatido—, es por completo absurdo, e incluso injusto, hacerme responsable de su actuación.

»Debéis recordar que desde que Carlos Manuel diera inicio a todo este embrollo siempre he aconsejado que se buscara una salida negociada en lugar de utilizar las armas para ponerle solución, mas he de decir que no es este el resultado que yo deseaba. Vuestra reputación, es cierto, ha quedado en entredicho, y asimismo es cierto que muchos buscarán aprovechar lo ocurrido para oponerse a vuestros intereses. Por lo tanto, mi recomendación, majestad, es que rechacéis este tratado de paz, que en nada os beneficia y tanto puede perjudicaros. De no hacerlo de este modo, me temo que la situación habrá de agravarse en un futuro, creándose un conflicto mucho peor que éste que intentamos evitar.

* * *

—No te entiendo, Francisco. —Rodrigo Calderón se mostró incrédulo al escuchar lo que había sucedido en el Consejo de Estado—. ¿De veras crees que Felipe aceptará tus consejos?

—No, no lo hará —aseguró dejándose caer en el sillón, agotado y con cercos de sudor en las axilas—. No al menos en cuanto a rechazar la paz firmada por Hinojosa... Es cierto que es una paz deshonrosa, incluso ficticia si lo deseas. Mas al menos significa que el gasto de la hacienda se verá reducido al concluir la guerra.

—Yo, en cambio —terció en la conversación Catalina, la hermana de Francisco—, creo que sí arrestará a Hinojosa. Si lo pensáis con detenimiento, es el único modo de salir con bien de una situación incómoda. De esa manera aceptará la paz, puesto que su representante la firmó, pero dejará claro que no está de acuerdo con ella, ni con el modo de proceder de nuestro primo.

—En mi opinión, Francisco —comentó Rodrigo Calderón con cautela—, te precipitaste al sugerir dicho arresto. Si se lleva a cabo perderás influencia en los asuntos italianos, y bastante estás perdiendo en los últimos tiempos; no olvides que Baltasar de Zúñiga acaba de tomar posesión de la embajada en Roma.

El comentario arrancó una mueca en Francisco antes de que contestara a esas palabras.

—Y sin embargo, mi querido Rodrigo, no podía hacer otra cosa. —Un suspiro

salió de la garganta del duque, que se tomó su tiempo para servirse una copa de jerez antes de hablar—. Es cierto que con lo ocurrido mi posición se debilita; mas, de no haber ofrecido ese consejo, se habría entendido que sigo apoyando a Hinojosa, y las críticas, en lugar de ser dirigidas contra él, se hubieran centrado en mí. Y eso sí que no puedo permitirlo.

—¿Se sabe ya quién ocupará su puesto? —preguntó Catalina.

—Pedro de Toledo.

—Otra mala noticia... —bufó Rodrigo Calderón.

—En eso sí llevas razón. Es cierto que Pedro de Toledo me ayudó en su momento, pero fue únicamente buscando su propio beneficio. Tan pronto como fue nombrado Grande y marchó a Francia, cortó todo lazo con mi privanza, y está más cerca que nunca de Cristóbal y Aliaga. —Movía la cabeza a un lado y otro, incrédulo con el modo en que tantos a los que había ayudado se habían vuelto contra él—. Además, el rey le ha dado órdenes estrictas de mantener a Saboya en su lugar, utilizando para ello una política tan agresiva como sea necesaria.

»Ya lo veis —concluyó con tristeza—, todos estos años abogando por un intento de lograr la paz y dejar las armas y, de pronto, todo lo conseguido se encuentra pendiente de un hilo y mi posición ante el rey más debilitada de lo que lo ha estado nunca.

—¿Y qué piensas hacer? —inquirió Calderón preocupado.

—Lo único que puedo, Rodrigo... seguir insistiendo al Papa para que me nombre cardenal.

Y dejó la copa de jerez, intacta, sobre la mesa.

* * *

Jacinto empujaba con fuerza al tiempo que resoplaba. Mantenía los ojos cerrados, intentando concentrarse un poco más. Los brazos soportaban su peso sobre el colchón. Bajo él, Francisca aguantaba mordiéndose levemente el labio inferior, incapaz de moverse ni mostrar la menor pasión. Jacinto era considerado y no le causaba dolor, pero ella no podía disfrutar cuando compartían el lecho, a pesar de que se habían casado hacía ya varios meses. Había perdido el niño de Pedro varias semanas atrás, lo que la llenó de tristeza; justo lo contrario que a Jacinto, cuya alegría por no tener que cuidar del hijo de otro fue evidente. Vivían junto a sus padres, que se habían trasladado a Córdoba en un intento de que Baltasar no pudiera volver a encontrarlos. Allí habían puesto una pequeña escribanía, y Lorenzo, que había falsificado sus propias credenciales, comenzaba a ganar fama de buen secretario.

Juana, por su parte, había intentado por todos los medios convencer a su marido

de la necesidad de dar a conocer lo ocurrido entre Rodrigo Calderón y el Sandoval, pero no había logrado nada, de modo que se conformó con alejar a su hija del morisco y casarla más bien que mal con un buen cristiano conocido de la familia. La tristeza por el dolor de su hija la tamizó convenciéndose de que había hecho lo mejor para su hija.

Francisca, a pesar de todos los esfuerzos, no había conseguido olvidar a Pedro. Sabía que lo recordaría durante el resto de su vida. Quería creer que su amiga de la niñez lo habría cuidado bien y que había terminado abandonando la península, como el resto de moriscos.

Un gruñido por parte de Jacinto seguido de un jadeo rápido le indicó que había acabado. Se derrumbó al lado de ella, con la respiración agitada, le besó la mejilla y no tardó en quedarse dormido.

No llegó a verlas lágrimas que vertía su mujer en silencio.

* * *

Felipe III aceptó la paz de Asti y siguió todos los demás consejos de su favorito. Fueron muchos los que aprovecharon las circunstancias para anunciar que la voluntad pacifista de Francisco era desidia y desinterés; que el duque pecaba de avaricia y siempre había estado más interesado en obtener beneficios personales que en cuidar de los intereses del rey. La corte, tras quince años bajo el dominio que Francisco de Sandoval había impuesto, al fin se había dividido en dos facciones claramente enfrentadas. El primer campo de batalla tuvo como escenario la Casa del príncipe Felipe.

Francisco había logrado, sin demasiada dificultad, que el rey lo nombrara mayordomo mayor y tutor del heredero, a la vez que le encargaba a su hermana Catalina la crianza de sus hijos. Desde hacía quince años, el duque había aunado en sí mismo todos los cargos de importancia en la corte. Sin embargo, la boda entre el heredero español y la princesa de Francia se acercaba, y por lo tanto era necesario organizar la Casa del príncipe. Pudo mantener su puesto como mayordomo mayor. Además, su hijo Diego, conde de Saldaña, obtuvo el puesto de caballero mayor. Asimismo, el conde de Santiesteban y Fernando de Borja, familiares de Francisco, fueron nombrados gentileshombres de la Cámara del príncipe.

Pero ahí quedó cuanto pudo conseguir. Y sus rivales no se quedaron atrás.

Como sumiller de corps, y por tanto a cargo de la Cámara del príncipe, Felipe III nombró a Cristóbal. Peor aún, éste logró colocar en la Cámara del príncipe a dos gentileshombres próximos a él: al conde de Lumiares y a Gaspar de Guzmán y Pimentel, el sobrino de Baltasar de Zúñiga. Francisco era consciente de las

aspiraciones de Gaspar. Le había ofrecido hacía algún tiempo el puesto de embajador en Roma, puesto que ya ocupara su padre, con el fin de alejarlo de la corte y del príncipe, pero Gaspar, escuchando los consejos de su tío, había rechazado el ofrecimiento, estrechando su relación con Cristóbal. Desde entonces, Gaspar había gastado una fortuna en regalos para el príncipe.

El futuro de los reinos comenzaba a tomar forma.

A pesar de ello, Francisco no hizo nada que le ayudara en su intento de mantener su posición. Al contrario, se dedicó a rematar las obras que tenía iniciadas en su villa de Lerma, en especial su palacio.

Para aquella fecha, los trabajos estaban prácticamente concluidos. Las fachadas del antiguo castillo se habían igualado con la nueva edificación que había levantado, aunque la imagen que representaba el edificio era pesada, cuadrangular y monótona. Fue entonces cuando dio la orden de que se efectuara el último cambio en el edificio, aquél que había vislumbrado tantos años atrás. Lo que haría que su palacio fuera único y hablara por sí mismo de la importancia de su dueño. Pero aunque Francisco hiciera oídos sordos a su pérdida de poder e influencia, era de todos conocido lo que en realidad sucedía.

* * *

—¡Al fin te encuentro! No ha sido fácil dar con vosotros.

La puerta de la casa de Córdoba se había abierto de golpe, dejándolos a todos en silencio. En ese momento estaban comiendo. Lorenzo Ferrer detuvo la cuchara llena de garbanzos a medio camino de su boca, mientras que Juana había lanzado una exclamación aguda. Jacinto se puso en pie con brusquedad, al tiempo que Francisca se arrinconó, con los ojos apagados de un animal temeroso. En el vano de la puerta se recortaba la figura de un hombre grande, pero los rasgos quedaban ocultos al trasluz.

—¿Pedro...?

Francisca se había adelantado unos pasos. Hizo la pregunta con cautela, como si el simple hecho de decir el nombre en voz alta fuera un pecado o estuviera prohibido.

—¿Pedro? ¿Quién es Pedro? No sé a quién esperabais, pero desde luego no soy yo. ¿No me reconocéis? —El hombretón entró en la casa y pudieron al fin verle la cara. Era Miguel, el sirviente de Baltasar de Zúñiga—. He tenido que viajar por todos los reinos para encontraros. Fuisteis muy hábiles al usar el revuelo montado por esos japoneses para escapar de Sevilla. No me fue fácil dar con vuestras huellas, pero las encontré. ¡Y aquí estoy! Mi señor se alegrará cuando les lleve vuestras cabezas en un cesto. Le costasteis mucho dinero. Mucho, en verdad. Sois buenos en vuestro oficio, y no sólo engañasteis a Rodrigo Calderón, sino también a don Baltasar, haciéndole

creer que podríais precipitar la caída de sus enemigos. ¡Pero ya veis! Al final, los poderosos siempre ganan...

Las últimas palabras las dijo acompañándolas del ominoso ruido de la hoja de una daga deslizándose fuera de su vaina. La hoja estaba sacada a todas luces de una espada ropera e insertada en un mango de pata de ciervo. Tan pronto como la empuñó, sacó una segunda daga de mano izquierda y guarda de vela. Se acercaba ya a Lorenzo, que sólo pudo permanecer sentado con la cuchara aún sujeta, cuando Juana se interpuso.

—¡Espera! No seas necio. —Se había acercado hasta Miguel dándole un golpe en el hombro, como si no le importara que aquel hombre pudiera destriparla con un solo movimiento de muñeca. Fue precisamente la sorpresa que causó en Miguel ese gesto lo que impidió que la rajara de arriba abajo sin esperar a que dijera una sola palabra. Juana se plantó ante él, con los brazos en jarras, la matrona que sermonea al chiquillo al que ha pillado cogiendo un bollo caliente del horno—. Dices que tú nos has buscado. ¿Acaso piensas que nosotros no hemos intentado escribir a don Baltasar? ¡Claro que sí! Pero no teníamos forma de hacerlo, porque supimos que nos seguía un hombre de Rodrigo Calderón. Pensábamos que podría tener algún espía entre los siervos de don Baltasar y que gracias a eso nos habían localizado en Sevilla. Tuvimos que marcharnos a toda prisa, sin poder ponernos en contacto con ninguno de los hombres de tu señor. ¿Cómo íbamos a hacerlo si jamás nos dijisteis el modo? Mi marido tuvo que huir de Madrid. Sí. Su vida corría peligro. Y más tarde tuvimos que salir a toda prisa de Sevilla. ¡No tenemos intención de traicionarle! Es más, te aseguro que tenemos en nuestro poder el modo de lograr que el Sandoval caiga en desgracia ante el rey.

—Juana, no es prudente...

—¡Calla, Lorenzo! ¿Acaso prefieres la muerte?

El enviado de Baltasar de Zúñiga los miró con interés, con las dagas aún alzadas.

—Os escucho. Si me convencéis con lo que me digáis, tal vez salvéis la vida.

Capítulo XXXIX

Cuando el rey se sumió en una profunda melancolía en marzo de 1617, al morir su hija, la infanta Margarita, con sólo siete años, Francisco tenía sus propios problemas. El único sostén que le quedaba era su sobrino. Tiempo atrás había dejado su puesto de virrey en Nápoles, dedicándose desde entonces a presidir el Consejo de Italia, desde donde apoyaba a su tío tanto como podía. Para anular ese apoyo, Cristóbal consiguió que el rey lo nombrara el intermediario entre la corte y los asuntos de Nápoles. Desde ese instante inició de inmediato una oposición férrea a las opiniones y políticas de su primo.

Así estaban las cosas cuando, en el mes de julio, Francisco recibió una profunda herida en su relación con Felipe, que cada vez se distanciaba más del que había sido su más cercano ayudante.

—Buenos días, excelencia.

Francisco se detuvo al reconocer la voz que oyó a su espalda. Hacía tiempo que no la oía, pero el acento, y en especial el tono despectivo con el que sonaba, hizo que cerrara los ojos con fuerza, procurando contener el escalofrío que amenazaba con recorrer su espalda. Se giró muy lentamente. Lo primero que encontró cuando alzó la vista fue un crucifijo conocido. Uno que se le había quedado grabado en la mente muchos años atrás. Luego se encontró con dos ojos fríos y llenos de odio que lo miraban desde unas cuencas muy hundidas: los ojos de Baltasar de Zúñiga. Las entradas se le habían ensanchado y el pelo lucía ya por completo vestido de gris. Los párpados, que siempre había tenido amplios, estaban arrugados y le cubrían casi por completo los ojos. Las orejas le habían crecido, o eso parecía. Baltasar contaba ya cincuenta y seis años.

—¡Vaya! Parece que no esperabais verme, excelencia... —comentó en tono burlesco.

—Así es... Erais la última persona que esperaba encontrar entre los pasillos de la corte. Os hacía en Roma, atendiendo, como es vuestro deber, los asuntos del rey ante el Papa.

—Os creo, excelencia, os creo. Mas no debéis juzgarme con tanta rapidez. Lo cierto es que no desatiendo los asuntos del rey. En absoluto. Más bien, ahora empiezo a ocuparme de ellos —contestó Zúñiga con una enigmática mirada.

—No os entiendo.

La carcajada de Baltasar dejó a Francisco completamente paralizado. Unos finísimos surcos de sudor frío comenzaron a dibujarse en su frente.

—Veréis, excelencia —contestó Baltasar mientras se acercaba y elevaba la voz para que los que pasaban cerca de ellos pudieran escuchar la conversación—. Sucede que ya no sirvo como embajador de su majestad ante el Papa. La verdad, no sé si

echaré en falta tal trabajo —añadió con una sonrisa abierta.

—¿Habéis vuelto entonces para dedicaros a vuestros asuntos? —preguntó Francisco.

—¡No! No... Como os decía, no he desatendido los asuntos de nuestro rey. En realidad, Felipe me ha mandado llamar para que le sirva aquí, en la corte —explicó mientras señalaba con sus brazos los muros del palacio. Ante aquellas palabras, la tez de Francisco perdió color—. Veo que la noticia os era desconocida. Me causa gran placer ser yo mismo quien os la dé —se regocijó Baltasar.

—Pero... ¿cómo es posible?

—¡Ah!, don Francisco —dijo Zúñiga sin utilizar la deferencia que se le debía al duque, mostrando con ello que tenía la partida ganada—. Fue vuestro hijo, Cristóbal, quien insistió al oído del rey para que me llamara. Sí, en verdad parece que lleva tiempo solicitándolo a su majestad. Por su puesto, mi sobrino, Gaspar, ha influido en esa petición, como no podía ser de otra manera. Al parecer, tanto él como vuestro vástago mantienen una excelente relación.

»¿No os parecen curiosos los caminos del Señor, don Francisco? —continuó Baltasar—. Hace tiempo jurasteis que me pudriría lejos de la corte, que haríais cuanto estuviera en vuestra mano para mantenerme alejado del rey. Sin embargo, las manos de los hombres terminan por debilitarse, pronto o tarde, y parece que las vuestras lo han hecho antes de lo que esperabais —concluyó acercándose mucho y bajando el tono levemente.

—Mis manos no son tan débiles como parece que os gustaría, don Baltasar —arguyó Francisco recuperando la apostura—. Tal vez os encontréis en la corte, como siempre ha sido vuestro deseo; mas de ahí a convertirlos en alguien de auténtico valor ante el rey hay un gran trecho y no todo el mundo es capaz de recorrerlo. Ahora, excusadme, ya he perdido suficiente tiempo con vos en el pasado. No pienso continuar haciéndolo en el futuro.

—Me despido de vos entonces, don Francisco. Aunque, antes de marcharos, recordad que os advertí hace mucho de que soy un mal enemigo... Y aún no he hecho mi última jugada.

Francisco se alejó con rapidez, dando la espalda a Baltasar, quien durante todo el día fue incapaz de borrar la sonrisa de su cara, pues los comentarios del duque carecían de valor, y ambos lo sabían. Baltasar era un hombre que contaba con una gran experiencia política, pues había servido como embajador en Flandes, París y Praga, además de una vasta cultura. Todos estos ingredientes formaban una mezcla que lo iba a elevar, de inmediato, a la cabeza de la facción que se oponía al duque de Lerma y con la que, desde la lejanía, había estado trabajando desde hacía tiempo.

Así las cosas, lo único que podía hacer Francisco era intentar seguir actuando como el personaje más influyente en la esfera de Felipe III. Aprovechó que por fin se firmó una paz ventajosa en Italia para llevar a cabo la consagración de la colegiata de San Pedro, en la que se había estado trabajando en Lerma durante los últimos años.

Todo aquel que era alguien importante en la corte se trasladó hasta Lerma en el mes de octubre. Para cuando Felipe III llegó a la villa, le esperaba una sorpresa.

Todos los edificios de importancia que se habían estado levantando durante los últimos veinte años estaban prácticamente concluidos. El parque y la huerta a orillas del río Arlanza lucían en todo su esplendor, adornados con infinidad de estatuas, estanques y fuentes; una gran variedad de plantas, árboles y animales; veladores y las siete ermitas para las que el Papa había concedido la bula especial. La villa se recortaba majestuosa sobre una prolongada colina a cuyo pie se abrían amplias llanuras y praderas, arboledas, viñas y sembrados, todo ello salpicado aquí y allá por alguna torre, caserío o pequeña aldea. Los arroyos, los ríos y los puentes contribuían a crear un paisaje de ensueño.

El palacio se alzaba, pues, en una altura que dominaba el terreno hasta donde llegaba la vista sin que nada pudiera estorbar la contemplación de los alrededores. Y el palacio mismo atraía de inmediato la mirada de todo el que se acercaba a la villa. Se dibujaba sobre la cima del monte un edificio rectangular de enorme tamaño que a la lejanía descubría al menos tres plantas de altura. La fachada estaba edificada con gruesos sillares de piedra, con largos muros lisos, de paños rectangulares. Doscientos diez balcones de hierro, azules y dorados, se abrían a lo largo y ancho de todo el palacio. Las fachadas se veían hermosamente rematadas por una cornisa de piedra que rodeaba todo el perímetro. Por encima de ella, las cubiertas de pizarra contrastaban su color negro con el ocre de la piedra sobre las que se apoyaban. Junto al palacio se alzaba el monasterio de San Blas, al que se unía por medio de un pasadizo en el que se abrían tres arcadas.

Pero lo que causaba que todos los que llegaban a Lerma se quedaran pasmados no era sólo la majestuosidad, la belleza del edificio que se levantaba ante ellos como el garante de la importancia del duque de Lerma. Lo que hacía que todos miraran hacia lo alto de aquel suntuoso palacio eran las cuatro torres que se levantaban, cada una en una esquina, casi treinta pies por encima de las cubiertas. Cuadradas, ligeramente más altas que anchas, terminadas con una cubierta idéntica a la que les daba soporte, subiendo con inmensa simetría para terminar en punta piramidal. El chapitel estaba rematado por globos de bronce que refulgían al sol, con veletas de hierro de extremos dorados que cegaban con sus destellos. Era una obra perfecta y asombrosa. Pero era una obra que atentaba contra la majestad del rey, pues sólo los palacios reales podían contar con cuatro torres.

Tan pronto como se encontró con Francisco, Felipe III le habló con furia.

—¿Cómo te has atrevido? Has abusado de mi confianza, has abusado de mi amistad. ¡Nunca creí que fueras capaz de llevar a cabo semejante afrenta!

El rostro del monarca estaba congestionado, completamente enrojecido por el ardor de su rabia, a la que no ponía freno. No tenía por qué hacerlo: era el rey. Francisco, por su parte, se mostró sorprendido. Frunció el ceño y se inclinó mientras hablaba.

—Ante todo, majestad, os doy la bienvenida a mi casa. Pero perdonadme si no entiendo el motivo de vuestro disgusto. ¿Qué he podido hacer para levantar de tal modo vuestra ira?

—¿Qué has podido...? —Felipe se interrumpió a mitad de la frase, incapaz de continuar hablando debido a su enfado. Se volvió y, señalando a los cielos, dónde se alzaban las cuatro torres, gritó—. ¿Es que acaso pretendes derrocarme para sentarte tú mismo en el trono?

Fray Aliaga, que se hallaba cerca, sonreía abiertamente, convencido de que aquel atrevimiento de Francisco le costaría su puesto.

—No termino de entenderos, majestad...

—¡Las torres, Francisco! ¿Cómo has osado construir un palacio real? —estalló Felipe por completo fuera de sus casillas.

—¡Pero, majestad! ¿Acaso no lo recordáis? —se defendió Francisco con total incredulidad.

—¿Recordar? ¿Qué tendría que recordar?

—¡Ah! Mi rey... Sin duda ha pasado mucho tiempo, y muchos asuntos de importancia han transcurrido desde entonces, pero no pensé que olvidaríais la gracia que me hicisteis.

—¿Y qué gracia es esa? —preguntó Felipe que no terminaba de ver claro lo que ocurría.

—Majestad, ocurrió dos o tres años después de que sucedierais a vuestro padre en el trono. Os encontrabais cazando por los bosques cercanos a esta misma villa. ¿Recordáis que vuestro caballo tropezó arrastrándoos por el estribo? La noticia llegó con prontitud a la reina, Dios la tenga en su gloria, y se preocupó tanto por vuestro estado que regresasteis rápidamente a Valladolid. ¿Lo recordáis?

La imagen de aquel lejano día se fue formando difusa en la mente del rey, y terminó por sonreír ante el recuerdo.

—Sí, Francisco, recuerdo aquel día. Creo que me lancé en pos de un faisán y mi caballo tropezó, ¿no es así?

—Justamente, majestad.

—Bien, caí del caballo. Mas ¿quieres explicarme qué tiene eso que ver con el hecho de que hayas levantado cuatro torres para tu palacio? —volvió a inquirir. Sin embargo, el tono de su voz había cambiado. Ya no era el de un hombre iracundo, sino más bien interesado, aunque, sin duda, molesto.

—Majestad, aquel día me hablasteis de adecentar este palacio. Si recordáis, por aquel entonces se trataba simplemente de un antiguo castillo que no estaba a la altura de vuestra realeza. Me animasteis a engrandecerlo. Entonces os solicité permiso para construir dos torres en él. ¿Lo recordáis?

—Sí... —contestó débilmente Felipe.

—Pues bien, aquí están las torres —respondió Francisco señalando a los pináculos de su palacio—. Las dos que le corresponden por ser un palacio ducal y las

dos para las que me concedisteis la gracia de elevarlas.

—Pero... ¿no se trataba justamente de construir dos y no cuatro torres? —intervino por primera vez fray Aliaga, viendo que, una vez más, la presa se le escapaba.

—Pensad, fray Aliaga... —comentó Catalina, que había presenciado toda la escena en silencio, mientras sonreía al saber que Francisco había vuelto a ganar la partida—. ¿Para qué tendría que pedir mi hermano permiso para construir dos torres? No necesita permiso especial para ello, pues su título conlleva el privilegio de levantar dos torres en su palacio. Las dos torres para las que el rey le dio permiso fueron, sin duda, una gracia real. ¿Pensáis que nuestro señor podría no haber reparado en semejante detalle?

—Pero... —comenzó a protestar Aliaga.

—Lleváis razón, Catalina, como casi siempre —intervino el rey mientras palmeaba la espalda de Francisco. De ningún modo iba a pasar por estúpido, ni a permitir que sus súbditos pensaran que podían haberse mofado de él por medio de engaños—. No sé cómo he podido olvidarlo. Os felicito, vuestro palacio luce magnífico —concluyó sonriendo mientras apretaba el brazo de su valido, que se inclinó en una profunda reverencia, orgulloso de haber conseguido lo que nadie más tendría nunca: un palacio ducal que podía pasar por uno real, con cuatro torres que se alzaban altivas hacia los cielos en una nueva demostración de su poder y posición ante todos los miembros de la corte.

* * *

Con la llegada del nuevo año, Francisco vio cumplida una de sus mayores expectativas: se vestía con sotana negra y estaba tocado por el capelo cardenalicio. En su dedo lucía el anillo de oro con el sello del Papa. Hacía tan sólo unos días que había recibido la noticia desde Roma y en la corte era el único tema de conversación, relegando los asuntos de Italia, de Saboya y cualesquier otro.

—Llevo años solicitándolo al Papa, Rodrigo. Puede que mis rivales saquen provecho de la situación. Es más, estoy convencido de que lo harán. Pero es el único modo de ser intocable para ellos.

Era cierto que en su calidad de cardenal de San Sixto, prelado de la Iglesia, Francisco de Sandoval, I duque de Lerma, estaba por encima de las intrigas cortesanas que sus rivales pudieran urdir contra él, pero Rodrigo Calderón le hablaba de los inconvenientes que tenía aquella investidura.

—Pensad que deberéis dejar todos vuestros oficios cortesanos. ¡Todos! Como prelado de la Iglesia no podéis servir al rey.

—Lo sé, Rodrigo. Lo sé. Ya he hablado con Felipe sobre ello. En cuanto al príncipe, de nada sirven, al parecer, ruegos, consejos ni regalos. Está cegado por Gaspar de Guzmán.

—Pero alejaros de vuestros oficios sólo servirá para que perdáis mayor influencia —insistió Calderón.

—De lo que se trata aquí es de evitar que puedan tomar acciones en mi contra. Sí, tal vez pierda mis oficios —explicó con franqueza, con una voz fuerte y renovada, como hacía mucho que Rodrigo no le escuchaba—. Mas no perderé la influencia sobre Felipe, que siempre me seguirá viendo como su amigo. Mis oficios pasarán todos, de inmediato, a mi hijo. Pero es un mal menor. Al fin y al cabo, él y Aliaga ya controlan buena parte de la corte, al menos en lo que concierne a los asuntos internos. Es lo que siempre quise para Cristóbal, aunque, por desgracia, mi hijo seguirá, me temo, una política por completo diferente a la mía... En el extranjero, sin embargo, sigo teniendo influencia. Eso no pueden quitármelo. Y, desde luego, Felipe me mantendrá en el Consejo de Estado; en eso, mi hermana llevaba razón.

—Bueno, en ese caso sólo me queda una cuestión por resolver... —dijo Calderón rindiéndose al fin ante los argumentos de su valedor—. ¿Debo llamaros «excelencia», o tal vez deba usar a partir de ahora otro título para dirigirme a vos? —dijo con tono jocoso.

Una sonrisa sardónica se perfiló en el rostro de Francisco mientras le contestaba.

—Tal vez sea necesario inventar uno nuevo..., ¿qué te parecería... eminencia^[16]?

Ambos rieron un momento, pero, al instante, Rodrigo retomaba un aspecto serio.

—Ha venido conmigo. Deberíais verlo.

Un suspiro escapó de los labios de Francisco.

—Lo sé... —le dio un par de vueltas a su anillo antes de decidirse—. Está bien. Que pase.

El monje apareció caminando con aire resuelto. Tantos años después, volvía a estar frente al duque de Lerma. Muy lejos quedaba aquel anochecer en el que se había atrevido a presentarse ante él con la idea de sacarle unos buenos escudos mediante falsas acusaciones. Luego vendrían unos días de pesadilla, aquellos en los que a punto estuvieron de amputarle las manos usando la tortura. Nunca había llegado a recuperarse del todo de aquello, pero a cambio tuvo una vida cómoda en la que podía darse los caprichos que deseaba, siempre en forma de mujeres y vino. Mucho le costó ser recibido en audiencia, y si al fin la había obtenido fue por la amenaza de organizar un escándalo en la corte.

La sala en la que lo recibieron era otra muy distinta, mucho más amplia; no el despacho de un ministro agobiado por el trabajo, sino el lugar de recepción de un prelado de la Iglesia. Gruesos tapices cubrían las paredes, cuadros de los más famosos artistas se veían por todas partes. Al frente, en una amplia mesa bellamente labrada presidida por un crucifijo de oro con incrustación de piedras preciosas, el trono en el que se sentaba el nuevo cardenal. El mismo duque había cambiado. Ahora

mostraba un pelo cano, y sus rasgos, tiempo atrás firmes, habían sido claramente vencidos por las arrugas de la piel. No había vuelto a verlo desde aquel día en las celdas, a pesar de que desde entonces se ocupaba de todos sus trabajos oscuros. Al llegar frente a él, el monje se inclinó levemente, sin parecer impresionado por todo aquello, aunque no estaba acostumbrado a tratar con nobles y poderosos.

—Enhorabuena, excelencia —dijo sin esperar a que le dieran permiso o lo saludaran—. Ahora podemos decir que pertenecemos a la misma familia...

—Tu y yo jamás tendremos nada en común, monje —lo cortó Francisco con enojo.

—No me malinterpretéis —se defendió el monje con una nueva inclinación y abriendo mucho los brazos—. Yo me refería a...

—Sé a lo que te referías, y poco me importa. Estás aquí porque querías hablarme. Bien, te he recibido: aprovecha el poco tiempo que tengo para dedicarte.

El monje se alzó y cruzó las manos por delante de él al comenzar a hablar.

—Excelencia, muchos son los años que llevo a vuestro servicio y nunca me ha faltado nada. Siempre cuidasteis de mí, haciendo honor a vuestra palabra. Y yo, por mi parte, cumplí lo pactado: encargarme de cuantos trabajos me encargarais. Mas en los últimos tiempos no me han llegado dineros vuestros, ni tampoco nuevos asuntos de los que ocuparme. Y no podéis olvidaros de mí de este modo...

Las últimas palabras conllevaban una amenaza que no se molestó en ocultar. Francisco miró a Rodrigo, que permanecía de pie, al extremo de la mesa, y luego devolvió la atención al monje.

—No eres tú quien me ha de dar permiso para hacer o deshacer en mis asuntos.

—Desde luego, desde luego, excelencia. Mas sería conveniente. Conozco demasiadas cosas, he participado en asuntos que... bueno... todos nosotros preferiríamos que quedaran como están... —explicó con una sonrisa falsa en los labios. A continuación agachó la cabeza y encogió los hombros para continuar hablando—, aunque, si no tengo medios con los que vivir, tal vez pueda encontrar una salida buscando quien estuviera dispuesto a escuchar la historia de mi vida. En según qué oídos podría ser de lo más interesante.

Francisco lo observó detenidamente con los ojos entornados y los dedos tamborileando sobre la mesa. Al poco, hizo un gesto con la mano a Rodrigo, que se acercó al monje y le hizo entrega de una pesada bolsa de monedas.

—Cuídalas bien, monje: son las últimas que te entregaré. Me retiro de la política, bien sabes que no puedo mantener mis oficios cortesanos ahora que visto ropajes más excelsos.

—Desde luego. Os lo agradezco, excelencia —repuso el monje contando las monedas a través de la bolsa y pensando que, si había pagado una vez por su silencio con tanta rapidez, el nuevo cardenal sería fácil de chantajear.

Se retiró sin una palabra más. Tan pronto como se cerró la puerta a su espalda, Rodrigo cruzó la mirada con su anfitrión. No fue necesario que Francisco dijera nada.

—Me ocuparé de él —aseguró Rodrigo con un cabeceo firme.

Aquella misma noche, el monje salía de una taberna después de haber estado despilfarrando dineros de la bolsa recién recibida. Se encaminó hacia el cuchitril que llamaba casa y se detuvo a aliviar su vejiga en una esquina. Estaba acabando con un suspiro de satisfacción y un eructo pronunciado cuando una vizcaína apareció en mitad de la noche empuñada por alguien a quien no llegó a ver. El tajo fue rápido y preciso, y el monje cayó desmadejado en el charco que acaba de formar su propia orina.

Capítulo XL

Un mes después, Cristóbal de Sandoval, duque de Uceda, recibía todos los oficios que hasta entonces ocupara su padre. Pese a todo, no le bastó con eso y continuó firme en su empeño de despojarlo de todo poder y autoridad. Aprovechó para ello la rebelión de Bohemia. La noticia llegó a Madrid durante la primera semana de junio y de inmediato se inició un acalorado enfrentamiento sobre cuál era la postura que debería tomar Felipe III al respecto. El rey preguntaba en el Consejo de Estado directamente a Baltasar de Zúñiga, que se había erigido en la voz más escuchada en aquellos asuntos.

—Vos sois quien mejor conoce la situación del Imperio, no en vano habéis vivido en aquella corte largos años. —El rostro de Francisco se tornó blanquecino, contrastando con la negra sotana que vestía. Por su parte, Zúñiga no pudo reprimir un gesto de satisfacción—. ¿Cuál es vuestro consejo en todo este asunto? Os escucho con atención.

Baltasar no contestó de inmediato, sino que pareció reflexionar profundamente sobre la cuestión. Cuando finalmente habló, lo hizo con voz grave y lenta.

—Majestad, creo que se presenta ante nosotros la peor situación a la que os habéis enfrentado desde que ocupáis el trono. Si Fernando no logra ponerle fin, la posición de la Casa de los Austrias en Europa correrá peligro. Aún más, la Iglesia podría enfrentarse a una gran amenaza. En cuanto a vuestros intereses: si la rebelión se impone en el Imperio, podríais llegar a perder vuestras posesiones en Italia.

—Sin embargo, majestad, si me permitís —intercedió Francisco intentando encontrar una vez más el camino de la paz—, una intervención de vuestras tropas en un conflicto local como este puede inflamar a toda Europa y arrastrarla a una guerra sin precedentes. Es por completo imposible que unos pocos rebeldes, sin recibir ayuda de los protestantes de Alemania y otros lugares, hayan podido organizar semejante sublevación.

—En ese caso, majestad, es necesario que busquemos cuanto antes aliados que se comprometan a luchar contra las fuerzas protestantes —terció fray Aliaga—, comenzando por el propio Papa, desde luego.

—Además, es necesario hacer entender a Francia que no debería aprovechar estos momentos para debilitaros aún más —continuó Francisco—. Bastantes problemas tendremos ya si los flamencos se unen a esta rebelión como para enfrentarnos también con los franceses. Es necesario atajar todo este asunto cuanto antes.

—Precisamente, majestad. —Zúñiga volvía a hablar con seriedad y aplomo—. Lo grave de las consecuencias que puede acarrear esta situación hace que sea necesaria una actuación contundente. Ayudad al emperador con todos los medios a vuestra disposición. Ése será el único modo de evitar males mayores.

—Desde luego que es necesaria vuestra ayuda e intervención, majestad. — Francisco hablaba ahora con una voz que denotaba una crispación creciente—. Mas no creo que el mejor modo sea enviando tropas y armas hasta Praga. Es necesario que se negocie una solución pacífica. Alentad al emperador a negociar con los rebeldes. Recordad que en el caso de Saboya, tras un enorme esfuerzo económico, finalmente fue necesaria una salida pactada.

—¿Qué os ocurre, excelencia? —estalló Cristóbal—. ¿Acaso sois incapaz de ver cuán difíciles son las circunstancias, o es que tal vez vuestra cobardía os ciega?

El ambiente de la Cámara del Consejo se volvió irrespirable. Como si el aire hubiera desaparecido de improviso, todos los presentes contuvieron la respiración ante el grave insulto pronunciado.

Francisco clavó los ojos, ardientes y coléricos, sobre su hijo, que lo miraba desafiante.

—Don Cristóbal —contestó finalmente con voz dura y semblante tenso—, puesto que nunca me habéis respetado como vuestro padre de sangre, haríais bien en hacerlo como cardenal ordenado por el propio Papa. De lo contrario, podríais veros envuelto en un grave problema del que, con toda seguridad, no saldríais bien parado.

»En cuanto a si mi postura se debe a la cobardía, majestad —explicó volviéndose hacia el rey con orgullo—, pensad en lo siguiente: los problemas en la hacienda están lejos de desaparecer. Y no sólo eso, sino que se agravaron en la reciente guerra contra Saboya. ¿De veras creéis que las arcas reales podrán hacer frente a una guerra en la otra punta de Europa contra todos los Estados protestantes? Quien así lo crea, haría bien en abrir los ojos a la realidad. Por otro lado, la costa mediterránea está en continuo ataque corsario. Nuestros barcos son atacados con frecuencia y el comercio vuelve a resentirse pese a las últimas victorias obtenidas. Creo que haríais bien en ocuparos de solucionar los problemas de vuestra propia casa antes de arreglar los de las ajenas. —Ante este comentario, pudo observar con sorpresa que fray Aliaga hacía un gesto de asentimiento—. Y, por último, el emperador no se contentará con recibir cien mil ducados, tal y como se ha propuesto durante esta reunión. Si le entregáis ese oro creará que cuenta con vuestro total apoyo, se embarcará en una guerra a gran escala y, cuando le fallen los recursos, cosa que le ocurrirá sin duda alguna, pedirá más de vos. Más dinero, más hombres, más involucración en una guerra que no es la vuestra.

Ante estas palabras de Francisco, la discusión se recrudeció. Algunos de los presentes abogaban por una salida negociada, tal y como sugería el nuevo cardenal, aunque pedían al rey que enviara el dinero solicitado por el emperador para que, en caso necesario, las tropas españolas pudieran estar preparadas.

Baltasar de Zúñiga, por el contrario, se opuso a todo aquello.

—Majestad —comenzó alzando la voz para sobreponerse al desconcierto que gobernaba en la sala—, cierto es que el estado de la hacienda no es el que todos deseáramos, pese a que nadie ha podido ponerle remedio durante todos estos años —

añadió mientras miraba a Francisco con ojos acusadores—. Y cierto es también que una nueva guerra empeorará las cosas, mas no podéis menospreciar la importancia que tiene esta situación. Si no hacéis nada por remediarlo, el emperador será derrocado, y tras eso, vos perderéis, sin duda alguna, los Estados del norte de Italia. Y a continuación se perderá Flandes. Bien está que se intente lograr la paz sin necesidad de llegar a las armas. Pero las armas ya están sonando en Praga. Deberíais ayudar al emperador con todos los medios a vuestro alcance, y anteponer dicha ayuda a cualquier otra consideración o necesidad que pueda presentarse si no queréis ver cómo vuestro imperio se derrumba.

No fue necesario decir nada más: Felipe III aprobó la intervención directa de sus ejércitos en el conflicto de Bohemia. El encargado de redactar la propuesta para que la firmara fue el propio Baltasar de Zúñiga.

* * *

Poco después, el dos de octubre, Francisco acudió a un requerimiento por parte del rey. Permaneció durante dos horas reunido a solas con él. Cuando salió del palacio, los que lo vieron pudieron comprobar que sus ojos aparecían llorosos y que no se esforzaba por contener las lágrimas. Al día siguiente visitó a su hermana.

—¿Qué te ocurre? —preguntó angustiada nada más ver su rostro, pálido y ojeroso.

Ante la pregunta, Francisco no pudo reprimir nuevamente las lágrimas, se dejó caer, sentándose en el frío suelo; una inmensa masa negra contra el mármol blanco. Tras un largo silencio en el que Catalina le sirvió algo de vino, Francisco pudo comenzar a hablar con voz temblorosa y afectada mientras su hermana se acuclillaba frente a él.

—Catalina... todo ha terminado. Todos estos años de trabajos y esfuerzos, todos los sinsabores y afanes, han quedado en nada.

—Pero ¿de qué estás hablando? ¡Explícate, por lo que más quieras!

Tomó aire y exhaló un prolongado suspiro. Tras ello, comenzó a revelar lo que había sucedido.

—Hace seis meses, cuando fui investido cardenal, Felipe me ordenó que abandonara todos mis oficios y dejara la corte. Por extraño que parezca, fue la intervención de Aliaga, quién lo iba a decir, la que permitió que el rey se retractara de dicha orden contentándose con que dejara todos mis negocios en manos de Cristóbal. Imagino que Aliaga, en realidad, teme el poder que mi hijo puede tener al lado de Felipe. Supongo que se ha dado cuenta de que ha creado un monstruo voraz que no se detendrá ante nada, y que mi presencia ayudaba a equilibrar las fuerzas —comentó

con tristeza.

»Abandoné todos mis oficios cortesanos; no obstante, nada me impedía oponerme a lo que creo que es un sin sentido, como una nueva guerra en el otro extremo de Europa... Mas Felipe ahora ve sólo a través de los ojos de Cristóbal, quien a su vez sólo tiene oídos para Baltasar de Zúñiga y Gaspar de Guzmán y Pimentel.

»Ayer intenté de nuevo que el rey entrara en razón, que recapacitara y se diera cuenta del veneno que le han obligado a ingerir sin que ni siquiera se diera cuenta de ello.

—¿Y qué sucedió?

Francisco pareció recuperarse del desespero en el que había caído de pronto, como si su mente lo hubiera devuelto al momento nefasto en el que tuvo lugar aquella conversación.

—Sucedió, mi querida Catalina, que Felipe contestó con unas palabras que había escuchado durante un sermón: «Que no sólo el toro y el león deben bramar, sino que es bueno también que el cordero lo haga de vez en cuando». Lo que pretendía decir con ello es que, aunque el rey debe ser por lo común razonable y dado al perdón, es necesario que en ocasiones actúe demostrando todo su poder, castigando las malas acciones y expulsando de su lado a aquellos que las han cometido.

»Qué malas acciones son éstas no las mencionó, aunque puedo imaginar todo cuanto Cristóbal ha ido diciendo a los oídos del rey: que velo más por mis intereses que por los de mi señor, que he sido incapaz de solucionar problemas graves como los que acusa la hacienda real, que los ministros que me han acompañado durante estos años han demostrado su corrupción...

Nuevamente quedaron en silencio. Pasó bastante tiempo sin que ninguno de ellos dijera una sola palabra.

—He de partir antes de que acabe la semana, Catalina —concluyó por fin Francisco, poniéndose al fin en pie y ayudando a su hermana a erguirse—. Si para entonces no he abandonado Madrid, seré sacado de la corte por la fuerza.

Se despidieron allí, entre abrazos y sollozos. Ninguno de ellos comprendía en realidad lo ocurrido.

Abandonó la casa de Catalina y se encaminaba a su carruaje cuando escuchó una cancioncilla a su espalda.

—¡Para no morir ahorcado, el mayor ladrón se vistió de colorado!

Francisco se giró con rabia haciendo volar su sotana. A unos pocos pasos, junto a una esquina, encontró a una mujer que debía estar cerca de los sesenta años. Vestía ropas de cierta calidad, aunque muy usadas. El pelo le caía, largo y gris, hasta los hombros. Los labios eran carnosos y mostraban una sonrisa de triunfo. Los carrillos le colgaban un poco a ambos lados de la cara y tenía los ojos hundidos. No estaba gorda, mantenía una buena figura para su edad. La camisa que vestía apenas podía esconder su busto.

—Veo que no me recuerdas... —se carcajeó—. Yo, en cambio, no te he olvidado.

—Se acercaba a Francisco poco a poco a cada palabra que decía—. Has vivido en mi mente cada día de mi vida desde que me obligaste a marcharme de Madrid, a pesar de que esperaba una hija tuya.

—¡Juana!

—Sí, Juana... Juana la lavandera. Juana la puta. Juana, la que ha forjado tu caída en desgracia.

Hablaba ya a grandes voces, como si estuviera sufriendo un ataque, incapaz de contener las risas ni los aspavientos, moviendo los brazos a toda velocidad a los lados de su cuerpo.

—¿Qué estás diciendo? —Francisco se acercó rápido hasta ella y la sujetó por los brazos—. ¿Qué es lo que has hecho? ¿Qué es lo que has hecho?

Estaba fuera de sí, la zarandeaba con fuerza mientras ella continuaba riendo a carcajadas.

—Durante todos estos años busqué mi venganza. No fue fácil; muchas veces creí que jamás lograría devolverte todo el daño que me causaste. Pero se ve que hay Dios en las alturas y fuiste tú mismo el que revelaste el modo en que había que atacarte.

—¿Qué quieres decir?

—Sí, Francisco. Nunca fuiste demasiado listo y te rodeaste de la gente equivocada. Te escucharon. Sí. Te escucharon cuando planeabas la muerte de la reina.

—¡Yo jamás quise que le ocurriera nada a Margarita!

—Eso son tus palabras, pero existe un escrito rubricado con tu firma en el que le indicas a Rodrigo Calderón que hay que deshacerse de la reina.

—¡Es falso! ¡Jamás firmé nada parecido!

—¡Jajaja! ¡Por supuesto que es falso! Pero es tu firma, sí... Tu firma. O una tan parecida a ella que nadie podrá decir lo contrario. Me costó cuarenta años. Pero ha merecido la pena cada uno de los días vividos si a cambio tengo que ver cómo te marchas de Madrid obligado, igual que yo.

—¡Eres una malnacida!

Francisco sacó una pequeña daga pero ni siquiera llegó a alzar el brazo. De inmediato aparecieron tras la esquina las figuras de Baltasar de Zúñiga y su sobrino, Gaspar de Guzmán.

—No lo hagáis, don Francisco. No suméis a vuestros delitos también el de asesinato —le indicó Baltasar.

—¡Protestaré ante el rey! ¡Le explicaré lo ocurrido!

—De nada os servirá. No tenéis pruebas, disponemos de un documento con vuestra firma y muchas bocas que susurran a los oídos reales vuestra felonía. Os lo advertí; deberíais haber contado conmigo en lugar de apartarme de la corte. Ahora pagáis por vuestros errores: disteis muerte a vuestra mujer, que sin duda murió por la pena y el dolor de sentirse abandonada por su propio esposo; abandonasteis a su suerte a una pobre muchacha que lo único que hizo fue confiar en la palabra de un noble venido a menos; acorralasteis a la reina, vuestra señora natural... Y

conspirasteis contra su vida, pues os escucharon. Os cegó la avaricia, don Francisco, duque de Lerma y cardenal de San Sixto. Habéis perdido. Limitaos a marcharos de Madrid tal como se os ha ordenado, de lo contrario aún pueden esperaros cosas peores.

Capítulo XLI

Extracto de las memorias de Francisco de Sandoval y Rojas, duque de Lerma y cardenal de san Sixto

Abandoné Madrid sólo unos días más tarde, ¿qué otra cosa podía hacer? Fueron días tristes en los que me despedí del príncipe Felipe, a quien profesaba por aquel entonces un gran cariño pese a que con el tiempo demostrara no ser digno de tal cosa.

Así mismo, me despedí de algunos cortesanos a los que durante el transcurso de los años llegué a apreciar por sus honrosos esfuerzos y desvelos. Pude, sin embargo, mantener en secreto mi caída en desgracia hasta el mismo día de mi partida de Madrid, el cuatro de octubre del año de Nuestro Señor de 1618. Un carruaje me alejaba de Madrid a las cinco de la tarde para llevarme al exilio, en Valladolid. No cesé de llorar, si bien es cierto que desde entonces, y siete largos años han transcurrido ya desde aquel terrible día, no dejé de preguntarme cuál era la razón de mis lágrimas: si alejarme de la corte, abandonar los trabajos a los que había dedicado los últimos veinte años de mi vida o dejar atrás todo aquello que había amado.

Con todo, creo que la razón de mi tristeza se debía al enorme desprecio que mi señor, Felipe III, demostró hacía mí durante aquellos días, pues, pese a todos mis esfuerzos, mis desvelos, mis trabajos, mis consejos y, sobre todo, el amor que le había profesado a lo largo de los años, el rey no permitió siquiera que pudiera presentarme ante él para despedirme. Sí, sin duda esa fue la mayor herida que he podido recibir en toda mi existencia: tener que abandonar Madrid sin una sola palabra de amistad, sino de cariño, por parte de mi rey.

Ese mismo día, la noticia de mi expulsión de la corte inflamó todo Madrid. Me consta que algunos se apenaron al conocerla. Otros, sin duda, elevaron sus plegarias a los cielos agradeciendo mi caída en desgracia.

No tardaron aquellos que se opusieron a mi valimiento en arrestar a mi querido Rodrigo Calderón, apenas cinco meses después de mi exilio forzoso de la corte, en febrero de 1619; mas pronto se pudo comprobar que, tras mi expulsión, las serpientes que moraban por aquel entonces en la corte como si de un nido de víboras se tratara comenzaron una lucha en la que todos los que antes se habían aliado para buscar mi caída se disputaban ahora el favor real, sin atender a lealtades ni apegos de tipo alguno. Y no sólo por conseguir la complacencia del rey, sino también la del príncipe. Para todos fue evidente lo que sucedía cuando el monarca cayó enfermo por vez primera durante 1619.

En el mismo rey se había producido una profunda transformación. A raíz de que

ordenara mi expulsión, Felipe comenzó a acumular todo el trabajo que en los años anteriores había ido delegando, primero en mí y con posterioridad en Cristóbal.

Mi propio hijo descubrió bien pronto que no podría obtener todo el poder que el rey me había confiado en su día. Felipe comenzó a pasar horas y más horas trabajando cuando previamente las pasaba en los montes, cazando, o bien buscando placeres en comedias y fiestas. Cristóbal llegó a firmar en nombre del rey alguna orden, mas Felipe se apresuró a dejar claro a los distintos Consejos que la suya, y no otra mano, sería la encargada de firmar los documentos, en especial los referentes a la concesión de mercedes. También ordenó que todos aquellos asuntos que mientras permanecí junto al rey pasaban por mis manos debían dirigirse ahora directamente a él, sin consultarse con anterioridad con persona alguna. Muchos siervos del rey se alegraron por aquella nueva disposición de Felipe, pues no eran pocos los que lo habían criticado en el pasado debido a su despreocupación de los asuntos de los reinos. Habiendo escuchado esas otras voces, y sin duda debía recordar a menudo la de Margarita entre ellas, Felipe decidió que no volvería a caer en las mismas críticas hacia su modo de gobernar.

Esto hizo que tanto Cristóbal como fray Aliaga percibieran más pronto que tarde que no serían ellos los que lo controlarían todo, tal y como habían creído que ocurriría cuando se produjera mi expulsión de Madrid. Fue sin duda una decepción para mi hijo, que siempre había sido avaricioso y deseaba amasar tanto poder como pudieran abarcar sus dedos. Ciertamente es que Felipe dejó claro que Cristóbal mantendría su importancia en los asuntos de Estado, e incluso que representaba algo más que un simple ministro, pero él había esperado más. Mucho más, en realidad. Puedo imaginar cuánto debió sangrar por aquella herida: ser comparado con el cardenal duque de Lerma y no poder alcanzar su poder, pese a haber sido uno de los causantes de mi caída. No puedo evitar que una sonrisa se asome a mis ajados labios cuando medito en ello. Y, sin embargo, una profunda tristeza invade mi alma al recordar a mi malogrado hijo, el que estaba destinado a sucederme en mi privanza y a heredar todo aquello que había ido consiguiendo año a año.

Fray Aliaga, por su parte, disponía de sus propios problemas.

Había sido nombrado inquisidor general y debía dividir sus esfuerzos entre el Consejo de Estado, sus nuevas obligaciones eclesiásticas y el servicio personal al rey. Este último trabajo se resintió de tantos quehaceres y labores. No faltaron aquellos que se apresuraron a acaparar los servicios que Aliaga había prestado a Felipe como confesor real. Para su desgracia, aquellos que eligió el rey para suplir esos servicios se mostraron contrarios a la privanza de mi hijo.

Nadie pudo evitar que las críticas volvieran a aparecer. Tal como al inicio del reinado de Felipe III las críticas contra mi persona se sucedían al compararme con ministros anteriores, como Cristóbal de Moura, ahora eran mi hijo y Aliaga aquellos que eran criticados, e incluso comparados en sus decisiones, con las que se habían tomado durante mi privanza.

Muchos fueron los que hablaron acerca de mi regreso. Muchos los que creían que el rey volvería a llamarme a su lado. Tristemente para mí, ese llamamiento jamás llegó, si bien he de confesar, en esta hora tan tardía de mi vida, que siempre esperé que Felipe me perdonara.

El pueblo acabó desencantado. Lo que sucedía en la corte se comentaba ampliamente en calles y plazas, en ciudades y villas a lo largo y ancho de todos los reinos sobre los que Felipe III gobernaba. Y los comentarios siempre eran sobre corrupción y vicios desmedidos. Los que vivieron el inicio del reinado de Felipe III no pudieron dejar de comparar aquellos lejanos tiempos con los que se vivían en 1619, en las que dos facciones se enfrentaban una a la otra: los que intentaban controlar a la Casa del príncipe y los que se mantenían en el poder junto al rey. El escenario era el mismo, sólo habían cambiado los personajes.

Aunque, haciendo honor a la verdad, algo sí había cambiado: mientras que yo siempre intenté encontrar por todos los medios la paz y evitar los conflictos armados, Baltasar de Zúñiga y Gaspar de Guzmán y Pimentel, que se habían hecho con el control de la Casa del príncipe y comenzaban a ganar cada vez más importancia, aconsejaban de continuo al rey que debía fortalecer sus ejércitos para los malos tiempos que sin duda se avecinaban.

Así estaban las cosas en la corte cuando, en 1621, Felipe cayó enfermo de gravedad. Llevaba ya mucho tiempo con grandes melancolías. Hablaba a menudo de su fracaso como rey y muchos pensaron que aquella dolencia era más espiritual que física.

Ciertamente, Felipe estaba equivocado. Juntos logramos pacificar el mundo, y aún así, los territorios sobre los que llegó a gobernar Felipe III crecieron, aunque en verdad él no llegó a compararlos con los de su padre. Nunca se preocupó por semejantes asuntos.

No... aquellos que pensaron que las dolencias del rey eran espirituales se equivocaban, y el último día de marzo de 1621, Felipe, el rey que logró la paz con Francia, Inglaterra, los Países Bajos y Saboya, dejaba este mundo para rendir cuentas de sus actos ante Dios.

No había vuelto a tratar conmigo en modo alguno, pero he podido llegar a saber que, en su lecho de muerte, se lamentó profundamente, diciendo que si el Cielo le otorgara vida gobernaría de modo distinto a como lo había hecho durante todos aquellos años. Murió contando cuarenta y dos, creyendo que su legado hacia su hijo era inferior al que él mismo había recibido: un prestigio venido a menos, la reputación real por los suelos y la sensación general de que la Corona de España había dejado de ser invencible.

Fue entonces, al acceder Felipe IV al trono, cuando se desató la locura.

El nuevo rey recibió gran cantidad de memoriales en los que sus autores le recomendaban que castigara, tanto mejor cuanto más duramente, a aquellos que habían causado un grave daño, decían, a la Corona durante los años anteriores. De

todos esos memoriales y escritos, el que más hondo caló en la tierna mente del nuevo rey, que contaba sólo dieciséis años cuando fue coronado, fue el de fray Juan de Santa María. Puesto que yo ya estaba exiliado, el buen fraile aconsejaba a Felipe IV que se castigara de inmediato a los que habían tenido algún puesto de poder junto a su padre. Felipe IV siguió sus consejos, escuchando, además, lo que le indicaban Baltasar de Zúñiga y Gaspar de Guzmán y Pimentel.

De este modo, fray Aliaga fue desposeído de todos sus cargos y obligado a dejar la corte, exiliándolo a una villa de Aragón en la que ahora llora los tiempos pasados, aquellos en los que disfrutó de poder y riqueza.

Mi propio hijo sufrió una de las más severas persecuciones. Lo apresaron y juzgaron por corrupción. El que fuera su amigo y aliado, Gaspar de Guzmán, al que ya se conoce más como conde-duque de Olivares, fue el que provocó su caída tras varios enfrentamientos, a pesar de la amistad que los había unido. Felipe IV intentó resarcirle de algún modo procurando nombrarle virrey de Cataluña, mas en un nuevo proceso judicial fue encontrado culpable y se le llevó a presidio en Alcalá de Henares. Nunca me perdonó. Nunca llegó a entender que yo deseaba su bien, que lo preparaba para responsabilidades futuras. Nunca llegó a comprenderme. Debido a ello, nunca llegó a salir de aquella prisión, en la que murió hará pronto un año.

Mi querido Rodrigo Calderón también sufrió el castigo del nuevo rey. Él, que había sido secretario real, caballero de Santiago y capitán de la guardia tudésca. Él, que tan bien me sirvió a lo largo de los años... Nada pude hacer por salvarle.

Fue acusado de más de doscientos cargos, entre los que se contaban algunos tan graves como el envenenamiento de la reina Margarita, ordenar el asesinato de al menos cinco personas, intentar envenenar a fray Aliaga, a mi hijo Cristóbal y al propio príncipe, y de otros tan banales como la ingratitud del trato que mostró a sus padres. Me escribió, cuando ya llevaba dos años encarcelado para contarme una alocada historia sobre la búsqueda de la piedra filosofal y todo lo relacionado con un personaje que había desaparecido hacía mucho y que, según conoció más tarde, se trataba de un falsificador que llevaba años al servicio de Baltasar. Él nunca lo supo, pero ese hombre fue, sin duda, el que falsificó el documento que provocó mi caída; debió oírnos, como dijo Juana. Los caminos de Dios son inescrutables. Lo que sí supo Rodrigo fue el momento en el que se dictó su sentencia de muerte: cuando las campanas repicaron para anunciar el fallecimiento de Felipe III, los que estaban cerca le escucharon decir: «El rey ha muerto, yo estoy muerto».

No se equivocó... Su ajusticiamiento fue señalado para el veintiuno de octubre de 1621 y él mismo solicitó la ropa con la que habría de vestirse: una sotana larga de bayeta a la que le cortó el cuello, diciendo que así facilitaría la labor del verdugo que había de cercenarle la cabeza, pues no podía ser colgado por el cuello debido a su condición de noble.

Rodrigo demostró su fe y buen hacer hasta el último momento, pues entró en el oratorio, dónde escuchó varias misas. Cuando habían pasado tres cuartos de las diez

de la mañana, su confesor le dijo que el Cielo lo llamaba y era ya hora de ir a su encuentro, a lo que él contestó que, si Dios lo llamaba, debía apresurarse. Bajó los escalones que lo conducían a la calle sin temor alguno, y al traspasar la puerta se encontró con su gran amigo, el alcalde de corte Pedro Mansilla, a quien le encargó se ocupara de los asuntos de su mujer e hijo, prometiendo Mansilla hacerlo tal y cómo él le encomendaba. Muchos amigos y criados lo esperaban para despedirlo y a todos los saludó él con muestras de gran cariño, diciéndoles que no era momento de llorar, puesto que iba a encontrarse con Dios. Subió al asno que lo esperaba y le dijo al verdugo que no era necesario atarle las piernas, pues, ¿adónde sino ante Dios podría ir? Se compuso los negros ropajes y los largos cabellos y se dejó conducir sin dar muestra alguna de inquietud ni cobardía.

Una enorme muchedumbre, según me contaron, pues al estar exiliado no pude acompañarlo en sus últimos momentos, se agolpaba en las calles mientras todos le gritaban deseándole que Dios lo acogiese en su gloria.

Lo condujo el verdugo hasta el cadalso, situado en la plaza Mayor, pasando por la puerta de Santo Domingo y los Ángeles. Anduvo junto a la casa del conde de Altamira. Caminó por la calle de la Puentecilla, atravesó la plaza de los Herradores y terminó subiendo por la calle de los Boteros.

Mi buen Rodrigo se apeó de la mula llegando al cadalso con su ánimo intacto. Se sentó en la tosca silla de madera que le habían preparado y de inmediato se confesó con grandes muestras de cristianismo. Tantas, que los presentes quedaron admirados de la fe que demostraba.

Le indicó el verdugo que ya era hora, y sentose de nuevo en la silla que estaba preparada para ello. «¿Estoy bien?», dicen que le preguntó a su verdugo, a lo que éste le contestó que sí. Le vendó los ojos con un paño negro y, entonces, Rodrigo rogó a los santos padres que le acompañaban en su última hora que no lo abandonaran. Éstos le indicaron que dijera «Jesús» y él obedeció al punto.

Y, de inmediato, el hacha del verdugo silbó, separándole la cabeza del cuerpo.

De este triste modo perdí al mejor amigo que un hombre puede tener, y no pasa día alguno sin que recuerde sus muchos servicios y los consejos que me dio durante el tiempo que pasó junto a mí. Quiera Dios que podamos encontrarnos sentados junto a Su gloria.

Cierto es que no todos los que han muerto durante estos últimos años han sido gentes tan queridas por mí, pues Baltasar de Zúñiga, quien ocupó el puesto de primer ministro desde que se juzgara a mi hijo, murió hace ahora tres años, Dios lo maldiga por sus intrigas y perfidias.

Por mi parte, debo decir que sigo representando, me temo, un problema para el actual rey y su favorito, aunque estoy exiliado desde hace ya tanto tiempo. Ellos, y otros muchos, me creen responsable de todo lo malo ocurrido durante estos veintisiete años transcurridos desde que Felipe III ascendiera al trono dejado por su padre. Mas tengo poderosos protectores, de entres quienes Dios y el propio Papa son

los mayores. Dispuestos los asuntos de tal modo que estos enemigos míos no pueden atentar contra mi persona, se han dedicado a despojarme de todo lo que logré durante mi servicio en la corte. Me han arrancado todas mis propiedades y obligado a defender mi riqueza. Me acusan de corrupción, de recibir sobornos y vender oficios palaciegos. De pervertir la justicia y de tantos otros cargos que sería imposible señalarlos todos en estos pocos papeles. De ellos me he defendido y me defenderé siempre, incluso en los documentos que han de formar mi testamento. Durante los últimos tiempos he tenido que ver cómo todas y cada una de las mercedes que me habían sido concedidas se me han despojado, o se han otorgado directamente a aquellos que ahora se sientan cerca de Felipe IV.

De nada de lo que hice me arrepiento, aunque hay un asunto que durante las noches de vigilia, cuando a mi alma se le niega el descanso y los recuerdos de mi vida se agolpan en mi mente, viene a rondarme a menudo: el siseo de las ropas de Luisa, quien jamás me perdonó, al desvestirse; el ladrido del pobre *Vizconde*, que debió morir hace ya mucho. Debí haberme casado con ella. Debí aprovechar los últimos años de mi vida disfrutando del amor de una buena mujer a la que, por avaricia, arruiné. Cometí pecado capital.

Sin duda he tenido una vida plena de honores y mercedes, aunque el poso que queda en el último trago de ella es amargo, y la impresión que me acompaña es la de una vida transcurrida demasiado aprisa.

Estoy cansado. Y anciano.

Echo en falta el vigor y la fortaleza de mis años pasados, que se fueron en el servicio de mi señor, el muy cristiano rey Felipe III.

Mucho fue el trabajo realizado, y mucho el esfuerzo y el empeño que puse en todos mis oficios. Mas cometí un error: alejar de mi lado a una mujer que me amaba, una simple lavandera; un ángel de pelo negro y escote generoso que hubiera dado su vida por mí. Ese error me costó todo lo demás.

Y ahora... ahora sólo me queda rezar por el perdón de mis pecados.

Epílogo

El diecisiete de mayo de 1625, las campanas de la iglesia de San Pablo de Valladolid tocaron a muerte. Francisco de Sandoval y Rojas, I duque de Lerma y cardenal de San Sixto había partido para reunirse con su hacedor. Siempre se defendió de las acusaciones de corrupción que pesaban contra él, y entre los documentos de su herencia se encontraron papeles en los que se declaraba inocente de todas ellas.

La orden de los dominicos, a la que el duque había favorecido durante toda su vida, no lo dejó caer en el olvido, y el general de la orden, fray Juan de Berrio, ordenó que en todas las iglesias bajo el gobierno dominico se llevaran a cabo misas por su alma.

En Plasencia, el veintidós de junio de 1625, fray Fernando de Araque era el encargado de hablar de las muchas virtudes que habían investido al que viviera siendo duque y muriera como cardenal frente a una iglesia repleta de gente. Habló de las muchas mercedes que hizo, de sus muchas acciones a favor de la fe y de aquello por lo que debía ser recordado.

—Durante mucho tiempo sostuvo sobre sus hombros a toda una nación —concluía el fraile el sermón—. No fue rey, si bien igualó en grandeza a muchos reyes de los que hoy se sientan en los tronos de distintos estados.

»Yo seré uno de los que se encuentre entre aquellos que defenderán su partido, hablando de sus virtudes, cristiandad y religión.

»Y cuando juzgó el mundo que había caído, incluso en eso se engañó, pues tal como su celo religioso jamás decayó, así tampoco podrá caer jamás el trono de su grandeza.

Post Scriptum

o Ramírez de Prado se defendió, ayudado por su hijo Lorenzo, de las acusaciones realizadas en su contra durante todo el tiempo que permaneció en prisión. Años después de su muerte, fue declarado inocente y a sus herederos se les devolvieron todos sus derechos y privilegios.

io Pérez murió en París en 1611, arruinado y casi parálítico tras haber dictado una declaración de fe y encomendado al rey español el cuidado de su familia, pidiéndole a Felipe III que lo hiciera por el recuerdo de su padre, que había servido durante muchos años tanto a Felipe II como a Carlos I. Fue enterrado en el convento de celestinos de París; su tumba quedó destruida durante la Revolución francesa.

na de Sandoval, condesa de Lemos, fue a la vez respetada y temida. Nunca ocultó el desprecio que sentía por su sobrino Cristóbal, duque de Uceda. Fue la única representante de los que habían apoyado a su hermano, Francisco de Sandoval, que permaneció en su puesto tras el ascenso de Felipe IV y el conde-duque de Olivares hasta su muerte, ocurrida en 1628.

ide de Lemos, Pedro Fernández de Castro y Andrade, hijo de la anterior y sobrino de Francisco de Sandoval, fue generalmente conocido como «el gran conde de Lemos». Durante toda su vida alimentó la amistad de los hombres de letras de su tiempo, a los que prácticamente conoció y ayudó a todos. Así, Lope de Vega estuvo durante algún tiempo a su servicio, y fue mecenas de Luis de Góngora, Miguel de Cervantes o Francisco de Quevedo. Murió en Madrid, el diecinueve de octubre de 1622, cuando visitaba a su madre, que convalecía de una enfermedad. Su muerte fue tan repentina que se llegó a rumorear que sus enemigos lo habían envenenado.

Luis de Aliaga fue acusado por la Inquisición de luteranismo y materialismo en un proceso que inició el cardenal Zapata. Su acusación contra Rodrigo Calderón, en la que aducía que éste había intentado envenenarlo, fue juzgada y los magistrados la declararon como no probada. Murió en 1626.

nilia de Pedro Franqueza, conde de Villalonga, fue detenida a la caída del ministro de Hacienda y trasladada a una residencia bajo vigilancia situada en Torrejón de Ardoz. Su hijo Martín dedicó todos sus esfuerzos a recuperar el patrimonio de su padre, incluidos los señoríos de Valencia y, en especial, el dominio de Villalonga. A finales de 1613, el Consejo de Aragón se avino a un compromiso en el que le ofrecían los dominios de Villafranesca y Benimelich a cambio de que cesara en sus pleitos contra la Corona. Parece que no hubo acuerdo, pero en 1622, Martín Valerio Franqueza y su esposa se vieron obligados a renunciar formalmente a sus derechos en favor de la Corona. Ese mismo año, Martín fue nombrado gentilhomme, al tiempo que Felipe IV le reconocía sus derechos sobre Villafranesca, Benimelich y Navajas,

lo que conllevaba que se le concediera el título de conde de Villafranesca. Hacia 1642, y tras muchos esfuerzos por conseguir el favor real, la familia Franquesa se encontraba en una decadencia económica y patrimonial debido a las muchas deudas contraídas por su padre de la que no volvería a levantarse.

Lhermite abandonó la corte española en 1602 para regresar a Amberes, su ciudad natal, donde escribió sus memorias, que han llegado hasta nosotros con el título de *Les passatemps*. Tiempo más tarde, en la correspondencia de la infanta Isabel, ésta menciona que Lhermite tenía intención de volver a visitarla corte, si bien no hay constancia de que lo hiciera.

En la casa que fuera de Juan de Acuña se celebraron desde 1619 las reuniones del Ayuntamiento de Madrid. En 1629, Felipe IV autorizó al ayuntamiento para labrar en la casa un edificio que le sirviera como sede. Las obras comenzaron en 1644, y a lo largo del tiempo ha sufrido diversas modificaciones. Sirvió como sede del ayuntamiento madrileño hasta su traslado al palacio de Cibeles en el año 2011.

Después de que Lorenzo Ferrer regresó a Madrid al conocer el ajusticiamiento de Rodrigo Calderón. Se alojó en una posada de la calle del Pez disfrazado de clérigo, disfraz que dejó al poco tiempo para volver a hacerse pasar por capitán, con lo que provocó un gran escándalo entre los que vivían cerca. No sé saben los motivos, pero le contó a Isabel, la posadera, sus intenciones y trabajos, tal vez para conseguir su ayuda. Sin embargo, dejó aquella posada y se trasladó a un barrio de más importancia. Comenzó de nuevo a falsificar documentos que le eran encargados para probar la hidalguía de sus clientes. Llegó a tener una gran intimidad con el conde-duque de Olivares, de quien se hizo confidente en algunos asuntos. Trabajaba en la confección de unos documentos falsos a favor de éste cuando murió, parece que el 12 de enero de 1625.

Isabel, la hija de Lorenzo Ferrer, estuvo prometida con Jacinto Arias Añasco, natural de Guadix, un ayudante de Lorenzo en los trabajos que realizaba para el conde-duque. Puesto que aquellos trabajos no fueron concluidos, Gaspar de Guzmán y Pimentel se negó a efectuar el pago a la viuda y la hija de Lorenzo. Jacinto se ofreció a terminarlos y el conde-duque aceptó, ofreciendo un sueldo mensual de seis escudos que debían ser recogidos en Milán. A partir de ese momento, nada más se sabe de la familia Ferrer.

Marquesa de Lara, la condesa de Valencia, nunca perdonó el modo en el que Francisco de Sandoval actuó con ella, a pesar de que él le imploró su perdón por carta en varias ocasiones. En una de las respuestas a súplicas de Francisco, llegó a decir que preferiría el infierno antes que ser su esposa. Nunca volvió a casarse. Murió en 1627.

Marquesa de Guzmán, marquesa del Valle, regresó a Madrid en 1608 tras su exilio en Logroño, aunque nunca volvió a servir en palacio. Durante el resto de su vida mantuvo una magnífica relación con Francisco de Sandoval, tal como lo demuestra la

gran cantidad de correspondencia intercambiada entre ambos.

Vázquez, secretario de Felipe II, mantuvo una enconada rivalidad con Antonio Pérez y la princesa de Éboli, lo que le llevó a intrigar en su contra, provocando la expulsión de la princesa de Madrid y el encarcelamiento de Antonio Pérez. Desde ese momento y hasta su muerte, se convirtió en uno de los personajes de mayor influencia de la corte de Felipe II. Murió el cinco de mayo de 1591 a causa de la gota, al igual que su señor.

archivos de Blanca, municipio de Murcia situado en el valle de Ricote, se encuentra un documento que hace referencia a los moriscos que, o bien se refugiaron allí durante la expulsión, o bien regresaron tiempo más tarde. En él se menciona a Pedro Cano Serrano. Según el mismo documento, se casó con María Ojeda Hernández, con quien tuvo un hijo nacido en 1633.

IV llegó a ser conocido como el *Rey Planeta*. Su reinado duró más de cuarenta y cuatro años, convirtiéndose en el segundo más largo de la historia de España, superado sólo por Felipe V. Durante los primeros años de su reinado se lanzó a una política exterior muy agresiva en la que demostró el, aún, poderío de los Habsburgo. Sin embargo, los enormes esfuerzos por luchar de continuo contra los protestantes europeos y Francia llevaron a la ruina a la Corona española, que hubo de ceder su hegemonía en Europa. Realizó una reforma de la hacienda introduciendo nuevos impuestos en un intento por sanearla, pero fracasó. Alejándose de la política pacifista llevada a cabo por su padre, participó de lleno en la guerra de los treinta años. En 1621 comenzó nuevas hostilidades con los Países Bajos. Tras la batalla naval de las Dunas, en 1639, fue evidente que España no podría mantener bajo su yugo a estos territorios y en 1648, con la paz de Westfalia, los Países Bajos se constituían como reino independiente. Inició también nuevos enfrentamientos con Inglaterra y en 1655 dio comienzo la guerra anglo-española. En 1635, Francia, tras comprobar las victorias de los ejércitos españoles en la guerra de los treinta años, decidió ponerse del lado protestante, declarando la guerra a España bajo el gobierno del cardenal Richelieu. Felipe IV murió en 1665.

Pese a que el valimiento del duque de Lerma durante el reinado de Felipe III causó muchos y diversos problemas, la Corona de España no pareció aprender la lección. Felipe IV, en especial al inicio de su reinado, cedió gran parte de su poder a su valido, Gaspar de Guzmán y Pimentel. La historia, pues, habría de repetirse con el conde-duque de Olivares quien, al conocer la noticia de la muerte de Felipe III, exclamó: «Ahora, todo es mío».

Listado de personajes

(En orden alfabético. Los personajes históricos aparecen en negrita).

o del Castillo: traductor musulmán del Santo Oficio.

o Muriel de Valdivieso: secretario de cámara del príncipe Felipe, quien llegaría a reinar como Felipe III.

o Ramírez de Prado: abogado nacido en Zafra y nombrado fiscal del Consejo de Hacienda por Felipe II en 1590. Mantenía una buena amistad con Francisco de Sandoval, lo que le permitió ser nombrado en 1599 consejero del rey. Formó parte del Consejo de Castilla y en 1601 de la Junta de Facenda portuguesa, dónde coincidió con Pedro Franqueza, a quien le uniría una gran amistad durante el resto de su vida.

le Mendoza: sobrina de Magdalena de Guzmán, marquesa del Valle. Era la secretaria de ésta en su puesto de aya de la infanta Ana.

s: albañil granadino.

pastor de Blanca.

a: posadera de Valencia.

ar de Zúñiga: embajador español en varios países, como Francia, o del emperador alemán. Mantuvo una enconada oposición a Francisco de Sandoval desde el comienzo del reinado de Felipe III.

iz Ramírez de Mendoza: condesa del Castellar y viuda de Fernando Arias de Saavedra, afín a la reina Margarita de Austria.

rdo de Sandoval y Rojas: sacerdote y, con el tiempo, cardenal de Toledo. Tío de Francisco de Sandoval.

ina de la Cerda: esposa de Francisco de Sandoval, duquesa de Lerma. Hija del IV duque de Medinaceli y hermana del conde de Miranda. Ocupó el puesto de camarera mayor de Margarita de Austria.

ina de Sandoval: condesa de Lemos, hermana de Francisco de Sandoval. Ocupó el puesto de camarera mayor de la reina Margarita y gozó de una importante influencia en la corte.

de Zafra: conde de Zafra, descendiente de Hernando de Zafra, quien fue secretario de los Reyes Católicos.

ibal de Moura: uno de los principales ministros de Felipe II. En 1589 fue nombrado

sumiller de corps de su hijo, el príncipe Felipe. Con el tiempo sería nombrado marqués de Castel-Rodrigo.

Íbal de Sandoval: primogénito de Francisco de Sandoval, marqués de Cea y, posteriormente, duque de Uceda.

foro: boticario del monasterio de Sanjerónimo de Granada.

Gómez de Sandoval: segundo hijo de Francisco de Sandoval.

Melchor de Acuña: hijo de Juan de Acuña. Fue paje de la reina Margarita hasta 1611. Llegaría a ser el II marqués del Valle de Cerrato. Murió joven y soltero en 1631.

ue de Guzmán: embajador en Italia. Cuñado de Baltasar de Zúñiga, padre de Gaspar de Guzmán y Pimentel, quien sería conde-duque de Olivares.

ue IV: rey de Francia.

ana: posadera de la calle del Pez, Madre de Isabel.

: II: rey de España desde 1556 hasta su muerte. Hijo de Carlos I e Isabel de Portugal. Bajo su reinado se unificó España con Portugal. Se casó en cuatro ocasiones y tuvo en total ocho hijos. De su último matrimonio, con Ana de Austria, nació el que sería su sucesor, Felipe III.

: III: rey de España desde 1598 hasta su muerte. Hijo de Felipe II y Ana de Austria. Padre de Felipe IV, su sucesor.

: IV: rey de España desde 1621 hasta su muerte. Nació en 1605. Hijo de Felipe III y Ana de Austria.

ndo Carrillo: enviado como consejero ante los archiduques Alberto e Isabel Clara Eugenia. Investigó y preparó las acusaciones contra varios ministros de Felipe III.

isca Ferrer: hija de Juana Maldonado e hijastra de Lorenzo Ferrer.

isco de Aguilera Ibarra: paje de la reina Margarita.

isco de Mendoza: almirante de Aragón.

isco de Sandoval y Rojas: V marqués de Denia y, posteriormente, I duque de Lerma.

Aliaga: inició sus contactos en la corte al ser el confesor de Francisco de Sandoval.

Francisco de Castroverde: predicador real. Realizó una fuerte oposición en contra del duque de Lerma.

Gaspar de Córdoba: confesor de Felipe III y miembro de su junta de consejo.

el Escobar: profeta y visionario madrileño.

a de Loaysa: tutor de Felipe III, arzobispo de Toledo, consejero de Estado y de la

Inquisición.

z Dávila y Toledo: marqués de Velada, ayo del príncipe Felipe III y posteriormente mayordomo mayor del rey. Durante la mayor parte de su vida, fue visto como una posible amenaza política por Francisco de Sandoval.

le Velasco: madre de Baltasar de Zúñiga.

: hija de la posadera de la calle del Pez de Madrid.

l Lhermite: súbdito belga, gentilhombre de la cámara de Felipe II y III y profesor de francés del príncipe.

Bautista Centurión: marqués de Estepa.

de Acuña: aliado del duque de Lerma. Llegaría a ser presidente del Consejo de Hacienda y más tarde del de Indias.

de Borja: tío y aliado de Francisco de Sandoval y consejero de Estado. Uno de los mayores apoyos de Francisco de Sandoval.

de Idiáquez: consejero de Estado de Felipe II. Su trato con Francisco de Sandoval fue cordial, y debido a eso, pese a perder su puesto como mayordomo mayor de Margarita de Austria, pudo mantener cierta importancia dentro de la corte como consejero de Estado.

de Tassis: uno de los mayores aliados de Francisco de Sandoval. Fue uno de los responsables de lograr la paz con Inglaterra.

de Zúñiga: conde de Miranda. Primo de Catalina de la Cerda y aliado político de Francisco de Sandoval. Pariente de Baltasar de Zúñiga.

l Maldonado: lavandera natural de Guadix. Hermana de Pedro Maldonado.

zo Ferrer: falsificador de Guadix que durante los reinados de Felipe III y IV fue perseguido por la justicia.

Manrique de Lara: condesa de Valencia. Prometida de Francisco de Sandoval.

alena de Guzmán: marquesa del Valle, aya de la infanta Ana desde noviembre de 1601.

el Escobar: médico de Tordelaguna. Escribió un tratado sobre la cura de los bubones y los carbuncos.

arita de Austria: archiduquesa de Austria y reina de España tras su matrimonio, en 1599, con Felipe III, cuando tenía 15 años.

: sirvienta de Catalina de la Cerda.

o Vázquez: secretario de Felipe II.

el de Luna: traductor musulmán del Santo Oficio.

el: paje de Francisco de Sandoval.

▫ **Álvarez de Toledo:** príncipe de Montalbán.

▫ **Cano:** campesino morisco.

▫ **Fernández de Castro:** conde de Lemos. Hijo de Catalina de Sandoval y sobrino y yerno de Francisco de Sandoval.

▫ **Franqueza:** uno de los principales ministros de Francisco de Sandoval, quien le otorgó toda su confianza. Fue secretario de la reina Margarita y consejero de Hacienda. Durante su estancia en la Junta de Facenda portuguesa trabó una gran amistad con Alonso Ramírez de Prado.

▫ **Maldonado:** falsificador natural de Guadix. Hermano de Juana.

go Calderón: paje de Francisco de Sandoval que iría adquiriendo poder con el paso de los años hasta convertirse en uno de los personajes más influyentes de la época. Llegaría a ser conde de la Oliva y marqués de Siete Iglesias.

go de Castro: tío de Francisco, obispo de Córdoba y, más tarde, arzobispo de Sevilla.

de Torres: corregidor de la villa de Madrid.

elo de Guimaraes: portugués que debía cierto dinero a un familiar del duque de Alba.

Notas

[1] Descripción completa y actual de la Tierra. <<

[2] La tierra del sur ha sido descubierta recientemente, pero aún no está explorada. <<

[3] Isabel de Valois. <<

[4] Cristóbal de Moura. <<

[5] El conde de Fuensalida. Había sido consejero de Felipe II y fue sustituido al inicio del reinado de Felipe III. <<

[6] El conde de Chinchón. <<

[7] El marqués de Velada. Todos estos personajes perdieron sus puestos a favor de los amigos de Francisco de Sandoval. <<

[8] Peso de media libra, o 230 gramos, que se usaba para el oro y la plata. El de la plata se dividía en 8 onzas. <<

[9] Torrelaguna. <<

[10] El corrimiento, o reuma de dientes o muelas, estaba considerado una fluxión de los humores del cuerpo en alguna zona del mismo, como podían ser los ojos o la boca. Podría tratarse de alguna inflamación, gingivitis, parodontitis u otra enfermedad similar. <<

[11] Diego Melchor de Acuña, hijo de Juan de Acuña, presidente del Consejo de Hacienda. <<

[12] Giovanni Botero publicó en 1589 su obra *De la razón de Estado*. Idiáquez habla del 5.º libro. <<

[13] Los seis libros de la política. <<

[14] 5 de mayo de 1608. <<

[15] Uno de los privilegios que conllevaba el título de Grande de España es el derecho de permanecer con la cabeza cubierta ante el rey. De ahí que se usara la fórmula «cubríos», pronunciada por el monarca, para otorgar el título. <<

[16] El título de eminencia no se aplicó a los cardenales hasta algunos años más tarde.

<<